

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

SANTA CRUZ

VISTA POR CRONISTAS Y AUTORES
NACIONALES Y EXTRANJEROS
SIGLOS XVI AL XXI



Grupo Editorial

Kipus



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

CRONISTAS, SUS CRÓNICAS, BIOGRAFÍAS, MITOS, RECOPIACIONES, ESTUDIOS, ANÁLISIS, LA FILOSOFÍA, LA MORAL Y LAS CLAVES PARA COMPRENDER LAS MISMAS, LA LITERATURA, EL CINE, ANÁLISIS POR VIRREINATOS, CRÓNICAS VIRREINALES SOBRE BOLIVIA

CRONISTAS Y SUS CRÓNICAS EN ORDEN CRONOLÓGICO

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 206

Número del texto en clasificación por autores: 13123

Título del libro: Santa Cruz vista por cronistas y autores nacionales y extranjeros siglos XVI al XXI

Autor: Mariano Baptista Gumucio

Editor: Grupo Editorial Kipus

Derechos de autor: Deposito Legal: 2-1-2152-13; ISBN: 978-99954-97-35-4

Imprenta: Grupo Editorial "Kipus"

Año: 2013

Ciudad y país: Cochabamba - Bolivia

Número total de páginas: 269

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Crónicas Virreinales sobre Bolivia

Descubrimiento, pasión y encantamiento, son las palabras que bien pueden intentar describir lo que nos aguarda en este libro. Quizás, también, fue lo mismo que sintieron los cronistas y viajeros al conocer esta población en medio de la nada, pero con tantas particularidades humanas y tanta importancia en el desarrollo geopolítico de Sudamérica, primero como para casi vaciar Asunción, después como detente para el avance paulista, luego para poblar y retener lo que nos queda del nordeste y ahora con su gravitación económica para Bolivia.

Con seguridad la compilación de páginas escogidas, realizada por Mariano Baptista Gumucio, es amplia e incluye textos poco conocidos, ofreciendo un conjunto fascinante y revelador, lo cual justamente le llevan a declarar en su introducción que este volumen sobre Santa Cruz es el que le ha causado mayores asombros y felices comprobaciones.

Conviene advertir que el libro no se queda en el pasado e incluye textos de análisis actuales, como para no ser sólo álbum y pretende una mirada honrada a comienzos de otra centuria.

ISBN: 978-99954-97-35-4



9 789995 497354



MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

Estudios secundarios:

- Colegio San Calixto y Bolívar de La Paz.

Universitarios:

- Derecho: Universidad "San Francisco Xavier" Sucre.
- Universidad "San Andrés" La Paz.
- Instituciones y literatura inglesa "City of London Collage", Londres.

Trabajos desempeñados:

- Sub-Director de la Biblioteca Nacional (Sucre); bajo la dirección de Gunner Mendoza.
- Ministro de Educación y Cultura, en el gobierno del Gral. Alfredo Ovando Candia, en el Gobierno Constitucional Interino del Dr. Wálter Guevara Arze. En el Gobierno Constitucional del Lic. Jaime Paz Zamora.
- Embajador de Bolivia en los EE.UU. en el Gobierno Constitucional del Dr. Hernán Siles Zuazo.
- Director de "Última Hora", durante catorce años.
- Creador de la revista "Semana" y de la Biblioteca Popular que editó 50 títulos de autores bolivianos.
- Cónsul General de Bolivia en Chile.
- Gerente General de la Empresa Nacional de Televisión Boliviana. (Canal 7). Desde el año 2000, conduce el programa "Identidad y magia de Bolivia", Premios "Illimani de Oro" y "Marriot Internacional", que ahora se emite en Cadena "A".

Instituciones a las que pertenece:

- Miembro de las Academias de la Lengua, de la Historia de Bolivia, Sociedad de Historia, de Bolivia y de Chile.

Publicaciones:

- Libros y folletos en los campos del Ensayo, la Pedagogía, la Historia, Biografía, Antologías, Periodismo, textos escolares de sociales y 2 traducciones de libros del inglés al español.

Algunas distinciones:

- Premios nacionales de ensayos de las Alcaldías de Cochabamba y La Paz.
- Medalla de Alfabetización de la UNESCO.
- Condecoración "Andrés Bello" de Venezuela.
- Medalla "Andrés Bello" concedida por la reunión de Ministros de Educación de los países integrantes del mismo Convenio.
- Premio Nacional de Cultura de Bolivia. (1993).
- Premio "Andrés Bello" de educación de la Organización de Estados Americanos.
- Premio Nacional de Gestión Cultural "Gunnar Mendoza", (2004).
- Premio "Bandera de Oro" del H. Senado Nacional, (2007)
- Premio Nacional de Periodismo (2011).

SANTA CRUZ

**VISTA POR CRONISTAS Y AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS,
SIGLOS XVI AL XXI.**



*Selección y prólogo de
Mariano Baptista Gumucio*

SANTA CRUZ

VISTA POR CRONISTAS Y AUTORES NACIONALES
Y EXTRANJEROS, SIGLOS XVI AL XXI.

Primera Edición, 2013

Segunda Edición, corregida y aumentada, mayo 2014

© Grupo Editorial Kipus

Calle Hamiraya N° 127 casi Heroínas, Cochabamba – Bolivia.

Telfs./Fax.: (591– 4) 4731074 – 4582716

E-mail: ventas@editorialkipus.com

Página web: www.editorialkipus.com

© Autor: Mariano Baptista Gumucio

Depósito: 2-1-2152-13

ISBN: 978-99954-97-35-4

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones previstas por las leyes.

Diagramación: Nelson Alex Terrazas Vega (G.E.K.)

Diseño tapa: Luis Alberto Borda Torres (G.E.K.)

Ilustración tapa: Atuendos de Santa Cruz, Alcide d’Orbigny, 1830.

Impreso en Grupo Editorial “Kipus” Telfs.: 4116196 – 4237448, Cochabamba - Bolivia

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi agradecimiento a Don Alberto Vásquez (+) por la generosidad que siempre tuvo de abrir su biblioteca a sus amigos, y a Paula Peña, Directora del Archivo Histórico de Santa Cruz. En esta investigación, mi tarea ha sido facilitada por el libro publicado por la Universidad “Gabriel René Moreno”, en 1961, bajo el rectorado de Walter Suárez Landívar: *Cronistas cruceños del Alto Perú virreinal*, con compilación, prólogo, estudio sobre Alcaya y notas de Hernando Sanabria Fernández, *Estudio sobre Caballero* de Germán Coimbra Sáenz, *Estudio sobre Soletto Pernía* de Marcelo Terceros Bánzer, *Estudio sobre Arteaga* de Leonor Ribera Arteaga; *El álbum conmemorativo del 4° centenario de Santa Cruz de la Sierra*, 1961, bajo la dirección general de Hipólito M. Molinari y la edición de Antonio Velasco Franco; *Hitos del acontecer cruceño* de Ángel Sandoval Ribera, Santa Cruz de la Sierra, 2006; *Desde el oriente. Documentos para la historia del Oriente Boliviano y Santa Cruz la Vieja (1542-1597)*, de Catherine Julien, Fondo Editorial Municipal, Santa Cruz, 2008 y *(Santa Cruz era una fiesta, antología de crónica de viajeros)* de Alcides Parejas Moreno, editorial La Hoguera, 2010.

Pero mi reconocimiento más sincero va a mi amigo de la juventud, Carlos Serrate Reich, en cuya magnífica biblioteca he encontrado siempre el dato preciso o la información cabal, de cuanto necesitaba para escribir no solamente este libro, sino los dedicados a otros Departamentos de la República. Como sabe cualquier investigador, una cosa es buscar alguna información, corriendo el riesgo de que se lo considere a uno fastidioso o intruso, y otra, que se la proporcione generosamente, colaborando en la búsqueda el propio dueño de casa. Así me ha sucedido siempre con Carlos.

INTRODUCCIÓN

De los libros acerca de viajeros y cronistas que escribieron sobre nuestras ciudades y departamentos entre los siglos XVI y XXI y de los que ya he publicado los relativos a Pando, Sucre, Oruro y La Paz, cada uno de los cuales me ha permitido hallazgos históricos y satisfacciones espirituales, confieso que el volumen sobre Santa Cruz, que ahora el lector tiene entre manos, es el que me ha causado mayores asombros y felices comprobaciones.

Pertenezco a la generación que todavía conoció la aldea colonial que era Santa Cruz, a mediados del siglo XX, con sus casas de enjalbegadas paredes con horcones de ladrillo o madera y sus techos de tejas rojas que habían aguantado soles capaces de derretir plomo o chubascos torrenciales sin ser cambiadas desde el siglo XIX o incluso del XVIII, con calles polvorientas que se volvían cenagosas en la estación lluviosa, atravesadas por unos pocos vehículos, pero también por carretones tirados por bueyes y a donde se llegaba desde otros lugares del país por senderos de mula o utilizando, en los trechos que era posible, el transporte fluvial, en jornadas agotadoras que podían durar más de un mes. Yo viajé allí a mis 18 años acompañando a mi tío Alfonso Gumucio Reyes, quien, sin duda, es el que más hizo, como Presidente de la Corporación Boliviana de Fomento y Ministro de Economía en el gabinete del Dr. Víctor Paz Estenssoro, por el desarrollo cruceño en el siglo XX, y cuyo nombre muy pocos recuerdan hoy allí. (Se menciona siempre en cambio, el informe del norteamericano Mervin Bohan, de 1942, como el antecedente del progreso de la región, que obviamente, de haber quedado como legajo escrito, sin su aplicación a la práctica no habría tenido mayor trascendencia) El mérito de Gumucio es haberlo aplicado, junto a muchos otros proyectos exitosos que aportaron al desarrollo de todo el oriente boliviano.

Llegamos en un avión pequeño a la capital y proseguimos a Guabirá, donde el Estado instalaba un moderno ingenio de azúcar, con maquinaria y asesoramiento franceses. Grata sorpresa fue para mí encontrar la flamante maquinaria y un grupo numeroso de obreros instalándola. A mediodía almorzamos en una cafetería con menú internacional, destinada a los ingenieros y funcionarios y servida por mozos impecablemente vestidos con camisas blancas. Todo una novedad para quien, como yo, había conocido hasta entonces esas fondas del altiplano con secos ingredientes andinos, atendidas a la buena de Dios.

Para que se aprecie la soledad en que vivía Santa Cruz vale la pena citar un prospecto de la casa comercial "Tórrez y Hno", de Cochabamba, de 1882, pioneros en el comercio de y hacia el oriente. Los carretones de los Tórrez partían de Puerto Suárez a Santa Cruz en trabajosas jornadas. De esta capital, cambiando carretones y animales, la columna proseguía a Cochabamba, pasando por Porongo, Cuevas, Samaipata, Mairana, Mataral, San Pedrillo, Pulquina, Chilón, Chalguañi, Totora y Pocona, con un total de 45 días de viaje. Desde Cochabamba se distribuían las mercaderías hacia La Paz, Sucre y Oruro por precarios senderos que no habían sido mejorados desde la época colonial. El trayecto de Santa Cruz a Sucre era todavía más difícil, pues el viajero debía recorrer Las Horcas, El Torno, Mediomonte, Tarumá, Angostura, Pie de cuesta de Petacas, Las Abras, Achiras, Samaipata, Vallecito, Pampa Grande, Tasajos, Alto de San Pedrillo, Pulquina, Chilón, Real, Perarata, Agua Verde, Lajas, Pauquillo, Aiquile, Chinguri, La Barca, Palca de Tocola, Palca de Hualipaya, Sucre. Naturalmente que en épocas de lluvia, había que hacer paradas y el viaje se prolongaba todavía más.

El acercamiento de Santa Cruz al resto del país se hizo de una manera súbita, debido a la guerra del Chaco que rompió por fuerza el aislamiento en el que había vivido la capital oriental desde su fundación por el capitán Ñuflo de Chávez, en 1561, y sus dos posteriores traslados hasta asentarse en el lugar que hoy ocupa. Hasta fines del siglo XIX, su población apenas superaba los 30.000 habitantes y causa ciertamente asombro cómo ese conglomerado humano pudo sobrevivir en medio de la selva, y frente al acoso de los chiriguano y otras tribus que, por cierto, ya antes de la llegada de los españoles, guerreaban entre sí por su propia sobrevivencia. Una de las lecciones de la historia que extrae Will Durand, al concluir su monumental investigación, es la de que la guerra es la forma que tienen las naciones de comer. La vasta llanura rodeada de selva en la que se asentó el villorrio español, después de tantas peripecias y la propia muerte de su fundador atacado a mansalva por un cacique que le atribuyó la muerte de su hijo, demuestran ese aserto. Nunca se vieron, ni en esas tierras ni en otras, las supuestas Arcadias que ahora imaginan algunos ilusos pretendiendo que esos pueblos podían sentir alguna afinidad entre sí, cuando de lo que se trataba era de sobrevivir por cualquier medio, tal como afirma Roberto Levillier en su excelente prólogo al libro de Enrique Finot, sobre *La historia de la conquista del oriente boliviano*: “Los chiriguanoes, los chanés, los chiquitos, los guarayos, los ambayas, los mojos, -dice el historiador argentino- reñían entre sí con afanes de predominio sobre aguas y pastos, se esclavizaban, se entremataban y algunos se entrecomían, antes de llegar los castellanos a Indias. Si los conquistadores hubiesen desertado la región, por penosa e improductiva, habrían seguido los indios entrematándose después, hasta eliminarse, porque sí, porque así eran desde siglos y no cabía esperar de ellos un mejoramiento espontáneo en el porvenir. Pero jamás cedieron en sus empeños los civilizadores cristianos, ni abandonaron la partida, y quedaron en pie los fortines de avanzada en medio del clima ardiente, defendiendo con su presencia las ciudades que progresaban a retaguardia, mientras ellos vegetaban en el aislamiento, la pobreza y los peligros de guazavaras indígenas. Tiene Santa Cruz de la Sierra particular derecho a la gratitud del occidente boliviano”. Expliquemos que la “guazavara” era el ataque sorpresivo aprovechando el momento de descuido o descanso que podían tener los adversarios, lo que se diría en lenguaje cortesano, “a traición”, única manera en la que los indígenas obtenían una ventaja competitiva, pues sus armas de combate no podían compararse con las de los españoles.

Pero no eran sólo los indígenas los que querían acabar con ellos, pues también merodeaban ése y otros poblados castellanos, las partidas de bandeirantes portugueses en busca de recursos y mano de obra esclava. La tierra era grata y podía ser fértil, pero previamente había que “desencantar la selva” en la poética expresión que usara Ñuflo de Chávez, en una de sus cartas, explicando cuál sería el trabajo de esa avanzada española que atravesó bosques y serranías desde Asunción del Paraguay: Crear una ciudad que sirviera de conexión con Lima, proveer con sus propios esfuerzos al mantenimiento de sus habitantes, pero sin olvidar como suprema ilusión para soportar esa vida de afanes, peligros y de toda clase de carencias, la ilusión de encontrar algún día, el reino de El Dorado o del rey Paitití, donde abundaban el áureo metal y las piedras preciosas, leyenda que los sucesivos pueblos indígenas, desde que Colón pusiera pie en la isla de Guanahaní, transmitieron a los recién llegados para librarse de ellos y alejarlos a sitios más lejanos. Tales reinos no aparecieron nunca, o si lo hicieron fue de otra manera, como se vería después, pero en todo caso, la naturaleza y el clima cautivaron con lazos inquebrantables a todos los que llegaron allí, causándoles arrobos, admiración y, finalmente, amor perdurable.

Ñuflo de Chávez, en su disputa con Andrés Manso por la posesión de esas tierras, cumplió la hazaña increíble de recorrer dos veces el territorio desde Asunción, y luego de la ciudad por él fundada, hasta la capital del Virreinato en Lima, sufriendo un sinnúmero de peripecias, pero cautivado por la naturaleza. Las crónicas de Suárez de Figueroa, Juan Pérez de Zurita, Martín de Almendras, Diego Felipe de Alcaya, Lorenzo Caballero, Soletto Pernía y otros, pasando por las descripciones de Francisco de Viedma o

los franceses D'Orbigny y Castelnau, refieren también ese encantamiento que los viajeros sentían en contacto con la floresta ubérrima y los ríos tan anchos y caudalosos, que parecían mares. Imaginemos el pasmo de esos primeros conquistadores ante ese paisaje del primer día de la creación, árboles, algunos de ellos, altos como catedrales, la floresta tupida, donde antes ningún ser humano había puesto el pie, animales de todo tamaño y condición, tigres, serpientes venenosas, mosquitos, garrapatas y arañas en constante asedio en el bosque de mil colores; en los ríos, caimanes, pirañas, tábanos y otras sabandijas. Todo era soportable ante tantos dones de la naturaleza, al extremo de que el Gobernador Suárez de Figueroa, en su informe al Rey (1586), afirma que: “Es tierra sana y de buen temple, caliente y muy fértil y abundosa de los mantenimientos que en ella se dan y de mucha caza y pesca en lagunas”, añadiendo sobre el río que cruza la ciudad: “Es tanto el pescado que en él hay, en tiempo de cuaresma con las crecientes de las lluvias que parece más milagrosa que natural”.

No sólo la naturaleza impresiona a los cronistas, sino también, las virtudes y belleza de sus pobladores. El gobernador Francisco de Viedma no dejó de observar que “en todo el Perú no se encontrarán mejores soldados. Las expediciones contra portugueses, indios chiriguano y de la pasada rebelión, dan buen testimonio de esta verdad”. Añadiendo sobre el sexo opuesto: “Las mujeres regularmente son bien parecidas, afables, obsequiosas e idólatras de su tierra, lo mismo que los hombres”.

Medio siglo después, Mauricio Bach, ciudadano alemán que acompañó a D'Orbigny, no dejaba de notar que había mucha sangre indígena entre los cruceños, pero que ellos eran “sin lugar a dudas los mejores y más bellos seres humanos en todo Perú y Bolivia; muy blancos, de bella fisonomía y bien desarrollados”.

El abogado cochabambino Genaro Dalens, confinado por el gobierno de Linares a esa tierra, pese “al peso de las cadenas que arrastraba y a los tristes recuerdos del hogar perdido” escribió un simpático folleto (1861), en agradecimiento a la hospitalidad recibida, pero también cautivado por el paisaje cruceño: “La primera impresión que sufrí, -cuenta- al ver de improviso aquellas inmensas sabanas verdes, fue sublime: nunca sino entonces me formé una idea cabal de lo infinito; mi vista no alcanzaba a tocar los últimos límites de aquellas llanuras sin fin; pues ellas se confundían a lo lejos con el azul del cielo. Al ver aquellas magníficas y hermosas regiones, me llené de santo arrobamiento, y creí ver a Dios excelso, delineado ante mis ojos en toda su esencia, lleno de bondad, de poder y sabiduría”. Añade Dalens: “Los cruceños tienen el acento, el genio y las costumbres de los andaluces: son muy aficionados al baile, al canto y a la equitación y tienen un amor ciego a su país. Sin embargo, aunque alegres por organización y por costumbre, no tienen decisión por los licores espirituosos; muy rara vez se ve un hombre embriagado en las calles de Santa Cruz. Las mujeres son esbeltas y bien desarrolladas; de pelo y ojos rasgados negros, con el cutis un poco pálido, vestidas casi siempre de géneros blancos transparentes, nada tienen que envidiar a las bellas hijas del Rimac”.

En tanto, no quedaba otra cosa que cultivar la tierra, sosteniendo el azadón en una mano y el arma, cualquiera que fuese, en la otra. El más distinguido historiador de todas las épocas, René Moreno, retrató así a sus antepasados cruceños: “Hermosos como el Sol y pobres como la Luna, sus moradores no eran sino patriarcales labriegos, que seguían y proseguían viviendo en sociedad civil sin pagar al Rey alcabala; y tampoco tributaban sus yanaconas, y las tierras eran de sus poseedores mientras en ellas mantenían ganados, labraban chacos o cultivaban algodones y cañaverales, cada cual se instalaba en el terreno que le convenía hasta concluido su negocio o disuelta su familia. La propiedad raíz, divisible y transmisible no existía en la campaña, lo que es un signo evidente de la exigüidad de los cambios y de la estagnación de los productos exportables”.

En territorios de Moxos, la Chiquitanía y el Chaco, los jesuitas se instalaron por casi un siglo, hasta su expulsión en 1767, creando con los pueblos selvícolas una jurisdicción cerrada a los extraños y que es lo más parecido que se ha hecho a una utopía en la tierra. Con la profusión de pueblos dispersos en el oriente, fueron sin quererlo custodios de lo que sería después territorio boliviano, y abrieron esas tierras a los cruceños que en el último cuarto del siglo XIX, partieron al noroeste, en busca del caucho. Aunque es una parte de la historia, no le falta razón a Oscar Alborta Velasco al decir que: “la conquista de un enorme jirón del corazón de la América meridional es la mayor de las glorias del solar cruceño”.

Fueron pasando los años, los siglos y llegó la República, para cuyo advenimiento también pusieron el hombro abnegadamente los cruceños. En tanto, obligados por su aislamiento habían desarrollado sus propias instituciones y formas de vida sabiendo que no podían contar con apoyo externo. El Virreinato del Perú y la Real Audiencia de Charcas habían ejercido un control muy menguado, aunque Potosí era el mercado con el que podían contar para la venta de sus escasos productos.

Por cierto que existe una abundante bibliografía sobre la historia cruceña y hay que hacer un esfuerzo de selección, cuando se trata de escoger las páginas de mayor interés y amenidad. Creo que el lector encontrará aquí un conjunto de crónicas que reflejan cabalmente la fascinante evolución de Santa Cruz de la Sierra a lo largo de 450 años y verá por qué factores y circunstancias, los cruceños han desarrollado una personalidad que no se parece a ninguna otra y en la que se destacan, la hospitalidad y la alegría de vivir, al par que su amor entrañable a su tierra de origen. En cuanto a lo primero, lo confirma el viajero francés Alcide D’Orbigny, después de su visita en 1830: “Cuanto más pruebas de bondad se han recibido en un lugar, tanto más difícil es abandonarlo. En efecto, en ninguna parte sentí más pena que al dejar esta ciudad hospitalaria, en donde me acogieron como a un compatriota, como a uno de los suyos”.

En cuanto a lo segundo, afirma Manfredo Kempff Mercado que el cruceño ha vivido siempre envuelto por la naturaleza, sintiéndose parte de su paisaje feraz. “A su orgullo racial –dice este autor– se añadió la seguridad de ser dueño de la naturaleza más prodigiosa. Dios le había regalado y no sólo prometido, una tierra paradisíaca. La semilla germinaba y se transformaba en espiga sin que él apenas se preocupara en lograrlo. El campo respondía, alegre y sumiso, a todo cuanto le fuera pedido. De ahí esa manera tan peculiar de encontrarse el hombre cruceño insertado en su tierra”. A esos dones de la naturaleza se añade el ingenio de sus varones y la belleza de sus mujeres, a la que la comunidad boliviana ha rendido siempre culto. En su agria soledad de Santiago de Chile, René Moreno recordaba que en su adolescencia, sus coterráneas “hermosas andaluzas, solas en los bosquecillos a la caída del Sol iban por agua, como en la tierra de Canaán” y que Santa Cruz era “una república de mujeres, presidida en jiras, bureos, saraos, lidias de toros, corridas de cañas y de sortijas, juegos florales y de prendas, etc., presidida por una beldad suprema, unánimemente admirada y cortejada, y cuya primacía de honor no duró nunca más de un lustro. La naturaleza regala allá este período de esplendor a la hermosura de la mujer. No hay lengua humana capaz de pintar aquel vergel de delicias”.

Ya el conde de Castelnau destacó algo que no había encontrado en ninguna otra ciudad de Charcas: Santa Cruz estaba poblada por mujeres, pues entre la guerra de la Independencia, que había diezmando a los varones y el abandono que éstos hacían de la ciudad para cultivar sus tierras y atender a su ganadería, el sitio era dominado por las féminas, pero con una gracia que tal dominio era grato para todos, estantes y visitantes. “La gente joven de mi expedición –escribe el noble francés– se familiarizó rápidamente con los bailecitos, graciosa danza con pañuelos, y con los fandangos y sus movimientos azuzados por las castañuelas. La coquetería que despliegan estas mujeres es realmente un prodigio. Entrar al baile con

tal o tal persona, es un asunto de Estado; no fallar a ninguna contradanza es también objeto de intrigas dignas de experimentados diplomáticos. El prefecto del departamento, gran bailarín había importado de la capital algunas contradanzas francesas y, desde su llegada, su principal ocupación consistía en difundir entre sus administradas este peculiar beneficio. A una cierta hora de la noche, siguiendo sus órdenes, las bonitas danzas españolas se suspendían y las pobres cruceñas estaban condenadas a enredarse en inextricables figuras, que según se les aseguraba, estaban de moda en París”.

Y algo que también le sorprendió, pues no se estilaba en ninguna otra ciudad de Charcas, era el reinado que se otorgaba a la muchacha más bella: “Altas y bien formadas, estas mujeres tienen lindos ojos y magníficos cabellos; su voz es agradable y su coquetería extrema. Cada año se elige una reina de belleza quien, más feliz que muchas soberanas, tiene asegurado su reinado durante un año. Cuando estuvimos allí, una jovencita llamada Enriqueta ostentaba este alto título. Más graciosa que linda, para poder comprender el entusiasmo del que era objeto, había que verla en una sala de baile excitada por el baile y por los aplausos de la multitud, entonces, ligera y loca, se lanzaba toda temblorosa y aceleraba aún más el vivo compás de las danzas castellanas con los sonidos precipitados de sus castañuelas”. A más de siglo y medio de distancia podemos ver en las pantallas de televisión, los desfiles de *Las Magníficas* o el paso de la última reina del carnaval cruceño, y sentiremos el mismo goce que experimentó el viajero francés en 1843.

Ya que hemos hablado tanto de las mujeres cruceñas, hagamos el homenaje a sus varones con las palabras de Ciro Tórres López, viajero argentino, cuya obra está injustamente olvidada, incluso en su país, y que recorrió nuestro territorio en 1930: “En menos de 70 años, desde 1855 hasta 1908, – dice Tórres López– Santa Cruz había conquistado para la civilización casi dos millones de kilómetros cuadrados de tierras bárbaras en las pampas bravas y en las selvas ásperas del corazón de América en pugna con los salvajes, con las enfermedades, con la intemperie, con el hambre, la soledad, la nostalgia y el desierto brutal, jalonando esas conquistas con los cadáveres de más de cien mil cruceños, de más de cien mil héroes que habían titanizado la tierra con hazañas dignas de los dioses antiguos –que al presente eran no sólo desconocidas sino hasta negadas por la Bolivia occidental-, pero que cuando un hombre las incorporase a los vientos de la fama, no sólo abarcarían a toda Bolivia, honrándola, encumbrándola, e iluminándola, sino que como un nuevo Sol de América se dilatarían más grandes que el Continente mismo, reclamando un nuevo Homero y exigiendo nuevos clarines que como todo lo de América tuviesen una cuarta más de altitud”.

Como señala Humberto Vásquez Machicado, cuando el 15 de febrero de 1560, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza nombró a Ñuflo de Chávez, como teniente de gobernador de la provincia de Moxos, que es como se conocía al trópico boliviano, así unió la suerte de esa inmensa región a la Real Audiencia de Charcas, núcleo de la nacionalidad boliviana. Y en esos tres siglos, pese a las malas comunicaciones y a la desidia del poder central, se fue consolidando un proceso de relación que se asentaría luego con la república, la guerra del Chaco, la revolución de 1952, la creación del Comité Cívico Pro Santa Cruz, la conquista del 11% de regalías y el desarrollo espectacular que ha tenido Santa Cruz a partir de la segunda mitad del siglo XX, ubicándola como una ciudad única, entre las que en Sudamérica han crecido lejos de la costa marítima, como Asunción, Manaus o la propia Brasilia.

Como no podía ser de otra manera, este libro recoge también los desencuentros, agravios y reconcomios que han abrigado los cruceños, con justa razón contra el descuido que la República, asentada en el Ande, tuvo hacia el Oriente, explicable pero no justificable, por el hecho de que la riqueza inmediata con la que sobrevivía el Estado era la minería, y ella se encontraba en las montañas y el altiplano.

Se cultivó desde entonces recelo e inquina hacia los habitantes del occidente y el lector encontrará abundantes argumentos en varios de estos textos. El escritor español, Ciro Bayo, visitó Santa Cruz a fines del siglo XIX formulando valiosas observaciones sobre el carácter de orientales y andinos: “Hay cierta oposición entre los cruceños, habitantes de Santa Cruz, y los collas, los habitantes de las alturas”, -dice- “los primeros son vagos, alegres, frívolos, irónicos, superficiales, abiertos, amables, generosos y hospitalarios. Por el contrario, los últimos son laboriosos, cerrados, ahorrativos, de buen corazón, confiables y recelosos. Al cruceño le gusta divertirse. Si ha ganado mil pesos en los bosques de caucho, viaja a su amada ciudad natal y se consigue muchachas, champaña, vino, chicha de maíz y una pequeña banda de música, y entonces el dinero vuela, vuela más rápido de lo que ha tardado en ganarlo. El forastero rara vez puede quejarse de haber sido engañado por un cruceño. Son extremadamente hospitalarios y no preguntan si el emigrante europeo es o no un aventurero. Lo más importante es que sea agradable y alegre; por lo demás, nadie se preocupa de quién pueda ser... Su vida es también plácida y tranquila, como en el tiempo de los virreyes, y la gente acomodada pasa el día meciéndose en la hamaca, mueble que empieza a verse y a usarse por primera vez viniendo de la cordillera. Es gente muy distinguida, amable y hospitalaria, que recibe al viajero sin ningún género de prevenciones; y si es extranjero, mejor. Las antipatías las guardan para los collas, los bolivianos de las alturas, de los que se diferencian tanto como el andaluz del catalán”.

Confiamos en que el país, ahora encaminado hacia las autonomías departamentales, pueda encontrar el equilibrio para satisfacer a plenitud los anhelos cruceños y orientales, sin quebrar la unidad de la patria. La ciudad, por su pujanza económica y su volumen demográfico (ha sobrepasado hace rato el millón y medio de habitantes) es ya la primera de la República y está conformada por gentes que han acudido en tropel, desde todos los departamentos de la República y también del exterior, en las últimas décadas, buscando oportunidades de trabajo y una vida más grata. Emplearemos una metáfora de Ray Bradbury para explicarnos lo que sucede ahora con ese *melting pot* cruceño. En *Las crónicas marcianas*, uno de los niños de la familia terrígena que ha emigrado a Marte, asomado con sus hermanos y su madre a un canal, pregunta a su padre, ¿quiénes son y dónde están los marcianos?, y él, mostrándole la imagen de la familia, reflejada en las aguas, le contesta: “ellos son”. Por supuesto que la convivencia no siempre ha sido armoniosa para decir lo menos, pero es indudable que los emigrantes de occidente han dado su cuota parte, con laborioso esfuerzo, al progreso de Santa Cruz.

Es cierto que transcurrida esta primera década del siglo XXI, Santa Cruz no es todavía el Dorado que soñaron encontrar los conquistadores. Lamentablemente la flora y la fauna que con amoroso detalle catalogó Rafael Peña en el siglo XIX, y que cantó bellamente en su poesía, Raúl Otero Reiche, han sufrido enormes mermas debido a los chaqueos anuales que devoran miles de hectáreas y también a las siembras intensivas de los agroindustriales que poco se ocupan del cuidado de la naturaleza. Hay graves problemas en la tenencia de la tierra, pues en los regímenes militares se hizo uso discrecional de su reparto a favor de los validos. Existen problemas de inequidad con los sectores indígenas y miles de niños trabajan todavía recogiendo caña. Las cooperativas de servicios, sin duda, más eficientes que las del resto del país, fueron capturadas -como revela Reymi Ferreira-, por logias secretas que las convirtieron en monopolios de los allí nacidos, política que ya avanzado el siglo XXI y con tantos andinos que contribuyen también al progreso cruceño, debería cesar.

La propia ciudad, como insinúan varios de los autores congregados en este volumen, no ha progresado al mismo ritmo y hay falencias ostensibles en los servicios básicos y en la calidad de las escuelas, postas y hospitales. Y como en el resto del país, el narcotráfico campea impune acompañado de una delincuencia que mantiene a la ciudadanía en vilo. En el último medio siglo, sus habitantes no han tenido suerte en la

elección de sus autoridades municipales, y difícilmente podrían recordar a un puñado de burgomaestres cuyos nombres merezcan el reconocimiento público. Sin duda, que los ha habido buenos y la prueba es que han podido capear con éxito el vertiginoso crecimiento de una ciudad que hace tiempo ha pasado el millón y medio de habitantes. Es justo destacar la presencia de quince universidades (hace menos de medio siglo, el país en su conjunto, solamente tenía nueve instituciones de educación superior), así como los excelentes festivales de música barroca, teatro y libros, los dos primeros por iniciativa de ciudadanos de buena voluntad, agrupados en la Asociación Pro Arte y Cultura, las actividades del Centro Cultural Franco Alemán, el Centro Cultural de la Fundación del Banco Central de Bolivia, el Centro Patiño, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, el centro de arte Kiosko, la librería “Ateneo”, con sus dos instalaciones, una en el corazón de la ciudad y otra en el campo, sin duda, la más original de Bolivia y la propia Casa de la Cultura del Municipio, bellamente refaccionada.

Pese a todo, el imán cruceño continúa atrayendo a gentes de diferentes lugares, que aunque no salen de su pobreza, piensan que sus hijos sí lo harán, contagiados de la alegría de vivir de las gentes del lugar y que aprecian como una bendición, el calor del ambiente y el menor esfuerzo que deben hacer sus pulmones.

Como todos los viajeros que aparecen aquí, yo también he quedado enamorado de Santa Cruz y cuantas veces puedo, muestro aspectos de su paisaje y de sus gentes en el programa televisivo “Identidad y magia de Bolivia”. Pero creo haber hecho algo más en retribución a lo que esta tierra me dio y quisiera citar al paso, tres hechos que me relacionan a ella. En 1990 hice aprobar en el gabinete un Decreto Supremo, que firmó Luis Ossio como presidente interino (el titular se hallaba fuera del país, y en esa época se estilaba esa curiosa costumbre de tener un presidente fuera y otro dentro de la República, que con el tiempo se ha suprimido), consagrando a la flor “Patujú Bandera” como símbolo nacional al igual que la Khantuta; en el mismo año, el Ministerio de Educación y Cultura a mi cargo, presentó e hizo aprobar ante la UNESCO, la Declaratoria como Patrimonio de la Humanidad de las Misiones Jesuíticas de Chiquitos, cuya justificación preparó Alcides Parejas, y creo que un año después entregamos oficialmente a la Casa de la Cultura de Santa Cruz, a cargo de Cecilia Kenning, una hermosa casona republicana, arrebatándola del dominio de los profesores, a quienes se entregó otro establecimiento para que el de la calle Sucre esquina Potosí, sirviera, cual sucede hasta hoy, como sede del Museo de Arte Contemporáneo de la ciudad.

Este homenaje a Santa Cruz, tierra del amor y la belleza, no podía empezar sin una ofrenda poética, la de Ruber Carvalho.

De mi parte quiero expresar mi agradecimiento a Alejandro Serrate Valvidia, por el aliento y apoyo que me dio para la publicación de este volumen y, por tanto, la continuación de la serie en la que estoy empeñado sobre las ciudades bolivianas.

A SANTA CRUZ, EN UN DÍA CUALQUIERA

Para que sepan las gaviotas y las lluvias que te amo

Ruber Carvalho

*Porque en las tejas coloniales de tus techos nace la flor de pitajaya.
Porque llegué a tus aleros buscando un vaso de agua para mi
sed de peregrino y me ofreciste la tinaja repleta de tus ríos.
Porque me diste un pedazo de tierra para desenrollar mi
estera de totora movima y una sombra para mi descanso.
Porque tus horcones de madera tallada, los balaustres de tus ventanas
antiguas, tus calles arenosas, tus patios con aljibes, dejaron
impresas sus huellas, para siempre, en mis andares.
Porque en mi portabalayo mojeño guardo la ternura de tu gente,
tu cielo americano color de mis mares interiores, tu acento
y tu sentir en una flor de belleza inigualable.
Porque en tus corredores la tertulia se hizo larga y la merienda
fue la pascana definitiva de mis sueños trashumantes.
Porque siento en las manos de tu pueblo el calor amigo
con tu llaneza sincera y transparente.
Porque acompaño tu crecer y recojo tu esperanza en la esperanza
de mi hija que lleva tu horizonte en sus pupilas.
Porque eres pampa y Sol, verde y azul, miel de mieles y noche de
estrellas con guitarras; alma de trasnochador impenitente.
Porque me gusta el sabor del achachairú, la ambaiba y la guayaba
y la espesura total del motoyoé, tu árbol mágico.
Porque tu carcajada resuena en el surazo y tu sonrisa se hace un
canto universal en los rostros de belleza sin par de tus mujeres.
Porque eres un puerto imaginario; pero un puente real entre los grandes
mares de la Tierra. Aquí se encuentran los cuatro puntos cardinales de la rosa que
marca el rumbo de los astros y del bohemio vagabundo.
Porque hablo tu lenguaje y me nombro en tus sonidos.
Porque habito tus misterios y conozco la pila bautismal de tus orígenes.
Porque en una loza escondida escribiré mi último poema para que sea mi epitafio,
que señale donde duerma para siempre en el fresco nocturno de tu arena, con olor
a sal de un mar lejano, recóndito y profundo...
Sólo el mar en este meditar mediterráneo.
Por eso.....
Porque tu modo de ser es mi costumbre.
¡Te amo Santa Cruz!*

SOBRE LA VIDA Y HAZAÑAS DE SU PADRE

CARTA DE ALBARO DE CHAVEZ Y ESCOBAR

Muy poderoso señor. Don Albaro de Chaues y Escobar, hijo legítimo del general Nufrio de Chabes, digo que para ynformar a Vuestra Real personal y Vuestro Real Consejo de mis meritos y servicios que en este rreyno y en las provincias de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra e hecho a Vuestra Alteza, y de lo mucho y bien quel dicho general my padre hizo en las provincias del Río de la Plata y en la de Santa Cruz de la Sierra que conquisto e poblo, en todas las ocasiones que se an ofrecido tocantes a vuestro rreal servicio, con sus armas y caballos, siempre con cargos preheminentes de capitán y general, tiempo de quarenta años y mas, hasta que murió en conquistas, poblaciones y pacificaciones de los naturales, especialmente que el dicho general paso de los reynos de España en la armada y gente que trajo el gobernador Albar Ruyz Cabeza de Baca el año de quarenta, trayendo gente a su cargo como capitán vien aderezado de armas e caballos y otros pertrechos de guerra, sirviendo en lo que se ofreció hasta llegar a la ciudad de la Asunción del Paraguai, y de a poco después de llegado a la dicha ciudad, el dicho general, por orden del dicho governador, fue con gente que llebo en su compañía a la jornada de los juries, para lo qual hizo a mucha costa de su hacienda los nabios e barcos que fue necesario; y habiendo descubierto el puerto de Los Reyes, bolbio a la dicha ciudad, y aviendo buelto el dicho general de la dicha hornada, fue con gente y como capitán al allanamiento y seguridad del camino del Brazil, donde tubo muchos guazabaras y reencuentros con los yndios de aquella provincia: y buelto que fue de la dicha jornada, sirvió en todas las ocasiones que se ofrecieron para el sosiego y pacificación de la tierra, dando siempre buena quenta de lo que era a su cargo.

Después de lo qual, por orden del dicho governador hizo cierta armada de veynte e tres nabios, sin cantidad de canoas, en que gasto de su hacienda muchos pessos, en la qual fue por capitan de la gente que en ella yba en prosecución del descubrimiento de la provincia de los jaries, yndios velicosos de guerra, por conquistar, y abrió y aseguró el pasaje de los caminos de aquella provincia: y para mejor allanar, conquistar e poblar aquella tierra, y que nadie se bolviese a la dicha provincia, hauiendo pegado fuego a los dichos nabios, el dicho general se entro la tierra dentro con la dicha gente, donde tubieron muchas guazabaras y padecieron mucho trabajo y riesgo de sus vidas, y hasta llegar a la provincia de los chiquitos y piritaguaris.

Después de lo qual, el dicho general con quarenta soldados fue a la jornada de los gorgotoquies, donde andubo conquistando y allanando los naturales de aquella tierra con los mejores medios que combino para que no quedasen desipados; y hauiendose el dicho general y su gente aloxado en la laguna de Mapa, ques en la misma provincia donde dio orden de que se visitase y empadronase los naturales de aquella tierra y hizo repartición y encomienda dellos entre los soldados que le siguieron en la dicha conquista y apacificación.

Después de lo qual, el dicho general para mas servir a Su Majestad fue a La Barranca y poblo un pueblo en la provincia de Grigotá, donde el capitán Andrés Manso que tenía la población de Condorillo le salió a la contradicción respeto de la demarcacion de la juridicion, donde el dicho general con prudencia y buenos medios apaciguo al dicho capitán Andrés Manso y su gente, y les dio la comida y bastimentos

necesarios y andabuieron en toda conformidad y ebito las disensiones muertes y daños que en otra manera se esperaua rresultarian.

Después de lo cual, el dicho general salió a esta provincia, y fue a la ciudad de Los Reyes a dar cuenta de todo el estado de la tierra al Marques de Cañete, vuestro visorrey que fue destos reynos, con cuya orden bolvio a entrar en la dicha población con gente que de nuevo recogio; entro allanando los yndios chiriguanaes de la cordillera, recorriendo la tierra de cabarcanes y gorgotoquies, pacificando y visitando la tierra; e poblo la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, la cual a sido y es freno y resistencia para que los yndios chiriguanales de Ytatin no se ayan juntado con los demas que residen en esta cordillera y hecho grandissimos daños en estas provincias de Los Charcas y muerto y comido ynnumerables gentes en la provincia de los llanos y Santa Cruz, en los quales el día de oy esta publicada y augmentada nuestra sancta fe católica y se ban reduciendo a ella cantidad de naciones de aquellas provincias y sugetadose a vuestra real corona.

Y después de haver poblado en la dicha ciudad de Santa Cruz, el dicho general Nufrio de Chaves bolvio a la ciudad de la Asunción del Paraguai, y hizo otra armada muy gruesa que le costo mucha cantidad de pesos, en que trujo doscientos hombres y muchos dellos casados, bien aderecados de armas e caballos a mucha costa suya; y llegado que fue el dicho general a la dicha ciudad de Sancta Cruz de la Sierra con la dicha gente, hallo alzada la cordillera de los chiriguanaes y que havian muerto al capitán Andrés Manso y su gente y despoblado los pueblos de Condorillo; el dicho general y su gente fue al castigo y allanamiento dellos donde bolvio a La Barranca, continuando la guerra y castigo de los dichos chiriguanaes, de donde, haviéndosele acabado la munición, salio a esta provincia y se pertrecho della; y con gente que hizo con orden desta real audiencia bolvio a la dicha provincia de Santa Cruz y fue con su gente al camino del Paraguai hasta poner en tierra de paz al obispo y Felipe de Caseres y su gente.

Y buelto que fue el dicho general de la dicha hornada, fue a la dicha provincia, de Yabira al descubrimiento de ciertas minas de plata, donde los yndios que estaban conjurados en su rebelion y allanamiento mataron al dicho general, por la cual, yo e mi madre y hermanas quedamos pobres y necesitados; e yo, militando al celo quel dicho general my padre siempre tubo al servicio de Su Majestad, siendo de edad de diez y ocho años, en la primera ocasión que se ofrecio, el año pasado de ochenta e quatro, en acompañamiento de don Lorenzo Suarez de Figueroa, gobernador de las dichas provincias de Santa Cruz de la Sierra, bien aderecado de armas y caballos a mi costa y mission, fuy a la jornada, castigo e pacificacion de los yndios chiriguanaes de la cordillera, que tantas muertes, robos y asaltos auian causado en los españoles y naturales, vasallos de Su Majestad, hallandome en los primeros reencuentros, peleando con ellos y entreteniendome con la dicha pelea con ellos hasta que vino socorro de gente, donde maté y fueron presos muchos dellos, y quedaron disipados y desbaratados con que se aseguro el campo.

Después de lo cual, haviendo entrado la tierra adentro en acompañamiento del dicho gobernador, serui de los delanteros en todas las ocasiones que se ofrecieron hasta que bolui con la gente que traya el dicho gobernador, adonde hauia quedado con la demás gente el maese de campo Hernando Cacorla de Narbaez, desde adonde dentro de seis días salió el dicho gouernador a la cordillera de los chiriguanaes con ochenta soldados, entre los quales fuí siruiendo en lo que se ofrecio, y siempre de los delanteros y primeros, que di en el pueblo de Aguapea, peleando con ellos hasta los debaratar en mucho rriesgo de mi vida por ser tantos y tan belicoso hasta boluer a Grigota, adonde estaba la demás gente hasta quel dicho gobernador se bolbio aquel ynbierno a la dicha ciudad y gobernación de Santa Cruz, y fuy en su acompañamiento.

Y haviendome tornada a aderecar de nuevo de lo necesario, bolui en compañía del dicho gobernador a la dicha cordillera, trayendo conmygo doce soldados, sustentándolos a mi mesa; y haviendo llegado a la dicha cordillera, me halle en un reencuentro y guacabara con los yndios chiriguanaes con mucho riesgo de mi vida; y serui en las demas ocasiones que en la pacificacion e castigo de la dicha cordillera se ofrecieron sin faltar jamas en ninguna hasta quel dicho gobernador se salio della a los llanos de Guirgota donde estaba aloxada parte del exercito, donde tubo por nueba el dicho gobernador que cerca de alli estaba um pueblo [de] chiriguanaes, llamado el cacique de Caripuy, el cual era el que hauia desbaratado al capitán Hernando de Salazar y su gente y los hauia muerto y herido y robado; el dicho gobernador me proueyo y nombro por capitán de quarenta hombres, con los queales fui al dicho pueblo donde estaba el dicho cacique y gente, de donde, una noche de Sanctiago, entre en el y mate al cacique e muchos yndios, juntamente con la gente que conmygo yba; y se tomaron cinquenta yndios chiriguanaes con algunos esclauos que tenían y un negro, y se les tomaron arcabuzes y otras armas que tenían de los robos y muertes que hauian causado y se les quemó el dicho pueblo, y quedaron muy pocos y lastimados, con lo cual bolui a dar quenta de todo al dicho gobernador en cuyo acompanamiento desde pocos dias bolui a la dicha cordillera y otras partes, encargandome dellas correrías y otros trariazones que se ofrecieron hasta fin del verano que se deshizo el campo por alargar el ymbierno y el dicho gobernador se fue a Santa Cruz de la Sierra, y a mi me ynbió a esta prouincia con el resto de la gente, en todo lo cual serui con mucho lustre y a mucha costa, empañandome en muchos pesos de oro; y ansimismo don Francisco de Chaues, mi hermano, siruio en su tiempo muy calificadamente en todas las ocasiones que se ofrecieron, de lo cual se hizo ynformacion de oficio questa em poder de Juan de Losa, nuestro secretario, de que pido se ponga con este un traslado autorizado; y siendo necesario para que conste, hago della presentacion para que, hauida consideración a lo uno y a lo otro, vuestra real persona me haga merced cumplida con que, conforme a la calidad de mi persona, me pueda sustentar en cantidad de diez myl pesos de renta en un repartimiento, más que lo balga, y no le haviendo baco, en vuestra real caxa.

A Vuestra Alteza pido y suplico mande se reciba la dicha ynformación de oficio con citación de nuestro fiscal, y hecha, con el parecer de vuestro presidente e oydores en la dicha cantidad de diez myl pessos de renta en cada un año en vuestra real caxa o en un repartimiento de yndios según la calidad de my persona, meritos y seruicios míos y del dicho general Nufro de Chaues, mi padre, y hermanos, se ymbie a Vuestra Real Persona y Real Consejo de Yndias en conformidad, y por la orden dada por vuestra real cedula; e para ello, etc. don Albaro de Chaues. Cometese al señor licenciado Calderon en La Plata a nueue de julio de myl y quinientos e ochenta e ocho años, en acuerdo de justicia los señores presidente e oydores prouehen lo decretado de suso, presente el señor fiscal a quien cite. Juan de Lossa. Muy poderoso señor.

Don Albaro de Chaues, acerca de la probanza de oficio que tengo pedido se haga conforme a vuestra real cedula de mis seruicios y de los que en su tiempo hizo a Vuestra alteza el general Nufrio de Chaues, my padre, la cual sería haciendo, y demás de los seruicios espresados en la petición que tengo presentada, agora han uenido a my noticia otros calificados que combiene a la aberiguacion de la verdad se haga juntamente con la demas para que todo junto se embie a vuestra real persona y vuestro Real Consejo de Yndias con el parecer de vuestro presidente e oydores, que son que el dicho general mi padre salio de las prouincias del Paraguai en compañía del gobernador domingo Martínez de Yrala al descubrimiento de la prouincia de La Barranca, y estando en la Barranca y Santa Cruz de la Sierra por camynos muy remotos y no usados, y estando en La Barranca el dicho general, haviendo tomado nueba de algunos yndios que lo dixeron de que en este reyno hauia cierto alzamiento contra vuestro real seruicio, como tan leal basallo hize lo de las cosas de vuestro real seruicio, con cierta gente de soldados que para ello

apercibio salio a ver y sauer lo que era a este reyno para se juntar con el que sustentase boz e darle fabor e ayuda para la desacer; y quando llego era ya desbaratado y preso y castigado Gonzalo Pizarro y sus capitanes y sequaces y estos reynos reducidos a vuestro real seruicio; y el dicho general fue hasta la ciudad del Cuzco a dar quenta de su salida al licenciado Pedro de Gasca, vuestro presidente e gouernador destos rreynos; y despues con otra gente que recogio se boluio a las dichas probincias de los tamusioses, Barrancas y Santa Cruz de la Sierra; y en la salida y buelta corrio mucho peligro y riesgo de su vida respecto destar toda la tierra por conquistar y pacificar; y andando en la conquista y pacificación de la corroderra de los chiriguanaes desta parte de Santa Cruz de la Sierra, tiniendo noticia el dicho general que los chiriguanaes tenian en su poder presas dos mugeres de Castilla y que se aprouchauan dellas, haciendolas forciblemente usar de sus ritos, cerimonias y abusos e costumbres, con mucha diligencia y cuydado trabajo de entrar a sus mismas poblaciones donde tubieron muchas guazabaras; y a fuerza de armas saco las dichas mugeres, y dentro de dos oras despues de la hauer sacado, caso la una con uno de los soldados de su compañía y la otra ansimesmo recogio; la otra, donde a ciertos dias, la doto y caso con otro vezino; y en este mismo tiempo hizo otros muchos y notables serbicios en toda aquella tierra. Don Albaro de Chaues. En la ciudad de La Plata a veinte e dos dias del mes de septiembre de mil y quinientos e ochenta e ocho años, en audiencia publica la presento; e lo contenido los dichos señores mandaron que declaren sobre todo, presente el fiscal a quien cite. Juan de Losa.

1588

Esta relación está inserta en un documento de Albaro de Chávez, hijo de Ñuflo, contemporáneamente incluido en "Desde el Oriente. Documentos para la historia del Oriente Boliviano y Santa Cruz La Vieja (1542-1597)". Fondo Editorial, Gobierno Municipal Autónomo de Santa Cruz de la Sierra, 2008.



RELACIÓN VERDADERA DEL ASIENTO DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA, LÍMITES Y COMARCAS DELLA, EN LAS PROVINCIAS DE LOS CHARCAS

PARA EL EXCMO. SEÑOR DON FRANCISCO DE TOLEDO, VISORREY DEL PIRÚ

Está Santa Cruz, Excmo. Señor, situada en 16 grados y medio a la parte del Sur, casi en el medio de los principios de dos poderosísimos ríos, que son, el uno el de La Plata, que llaman Paraguay, a la parte del Oriente, hasta ochenta leguas de la ciudad, el otro el río que en los Charcas llaman Grande y los indios Iguapahy, en las riberas del cual hubo ya un pueblo pequeño que llamaron La Barranca. Este espacio de 50 leguas al poniente del río ha tenido y tiene cerca de sí muchos indios con diferentes nombres y lenguas, grandes labradores, muy mansos a respecto de los Chiriguanas, que llamamos Guaranís; están repartidos a los vecinos y sirven en todo lo que los mandan, porque no están tasados. Está asentada esta ciudad junto y muy arrimada a una sierra que atraviesa desde las riberas del Paraguay, del Levante a poniente, hasta cerca del río Hy-guapahy y en frente, a la parte Norte, corre otra cordillera la misma vía, quebrándose en muchas partes, apartándose la una de la otra ocho o nueve leguas, pero por algunas partes con algunos miembros de ellas se juntan con poca altura, en las cuales a 30 leguas de Santa Cruz, están hasta 4.000 indios guaranís que han pasado de la otra banda del Río de La Plata, por comer y destruir infinitas naciones de gentes que por allí había y por ser la tierra buena así en fertilidad como de pesquerías y cazas y frutas silvestres. En medio de estos indios se han hallado muchas minas de plomo, y según expertos mineros que tenemos son de plata, porque allí las sierras tienen grandísima altura. De las riberas de Hy-guapahy o Río Grande, pasando unos campos llanos muy agradables y llenos de mucha caza, a doce o catorce leguas de él, comienzan las cordilleras y sierras altísimas de estos grandes reinos, que corren de Norte a Sur, de las cuales salen innumerables ríos, que recibe en sí el Hy-guapahy, conformando en esto con el nombre, porque Hy-guapahy tanto quiere decir como “agua que bebe todas las aguas”. En estos llanos, que no se sabe aún dónde acaban, porque siempre van costeano el río, entretejiéndose en medio y por los arroyos hermosos y grandes bosques, viven unos indios que llaman tomacucis, que ahora son pocos y han servido a los cristianos. Defiéndanse de los chiriguanas por estar en raso, dado que son amigos contra nosotros. De estas cordilleras sale este Río Grande, el cual nace y se hace poco al poniente de la ciudad de La Plata, que está en 20 grados, y colándose por la estrechura de las sierras, sale a los llanos, tomando con una hermosa vuelta la vía del Norte, siguiendo la vista de las sierras altas; al contrario (así) del Río de La Plata, que lleva su curso derecho al Sur, y dejando de ser navegable en poco menos de 16 grados. Entre las sierras y el río se hacen en algunas partes grandes pantanos causados de los muchos y grandes ríos que, como digo, salen de estas provincias. En aquella parte que este río deja las sierras y comienza a llevar sus corrientes por los llanos, están poblados, parte de los chiriguanas con su principal, que llaman Vitupuerá, capitán y cabeza de todos los daños que han recibido los cristianos. Luego, siguiendo estas cordilleras al Sur, apartados los unos de los otros algunas leguas, están otros muchos pueblos de ellos que hacen daños a nosotros y a los de los Charcas continuamente, debajo de capitanes indios que con nuestros daños habemos sabido sus nombres. Están los segundos pueblos sobre el río Condurillo, que sale al Sur de la ciudad de La Plata, donde hubo un pueblo que llamaron Nueva Rioja o del Manzo, porque el capitán

que lo pobló se llamaba así. Este río, luego que sale a los llanos, se derrama y se embebe en los arenales y tierras sueltas por donde corre; pero cuando viene avenida, pasa adelante por grandes herbazales y vienen sus aguas a parar al Y-guapay, atravesando nuestro camino y dejando a su mano derecha o parte del Levante a Santa Cruz. Pasando más adelante a la parte del Sur, sobre la ribera del río Pilcomayo, que nace y se hace junto a Chuquisaca, están los postreros indios chiriguanas en poco más o menos de 22 grados. Las aguas de este río Pilcomayo van por unos llanos muy llanos, salidos de las sierras, despoblados, de campos y bosques grandísimos, difíciles de tratar por su aspereza, a parar al río de La Plata, diez leguas en bajo de la Asunción, que está en 25 grados y un tercio, donde lo llaman Araraguay. En tiempo de invierno es de muchas aguas, pero en verano de muy pocas, especialmente cerca de las tierras altas, y donde hay los bosques que digo, cuando va por los rasos, se empantana y hace lagunas llenas de unos herbazos sueltos por encima del agua, espesándose y atravesándose a manera de un vellocino, que ocupan las madres o canales del río, que no se pueden navegar sin gran trabajo en canoas. En estos llanos cercanos al Paraguay andan muchas naciones de gente que se mantienen de caza y pesquería de lagunas que tienen conocidas, sobre las cuales pelean muchas veces, pero los que las toman se quedan con ellas aquel año por defenderse bien dentro, hasta que, convidados de los tiempos, van a comer otras comidas. Han deseado los del Paraguay abrir este camino para contactarse con los del Pirú, pero todas las veces que lo han probado se vuelven o por muchas aguas, o por grandísimas secas y falta de ellas. Y muchos chiriguanas, queriendo pasar cuando asentaban en las cordilleras, dejaban sembrados los campos de sus cuerpos muertos con cruel sed y mordeduras de ponzoñosas víboras o serpientes. De esta parte de los bosques que he dicho hay otros llanos no tan sin montes como los otros, sino con muchos, espinosos, ásperos y difíciles de tratarse; pero la tierra es diferente, porque las de más adentro son de suelo tan duro, que hacen morteros de él para moler la garroba los indios cazadores; estos otros son casi arenales que para poco el agua en ellos, y de menos caza. En frente y al Este de Condurillo, solían ser muy poblados de mucha gente de behetría y fueron repartidos encomendados por el Manzo; mas ahora no hay tantos, no sin culpa de los cristianos. Bebían éstos de algunas lagunas donde el agua se detiene por ser barriales, y de unos pozos que hacen en 50 brazas y 60 con facilidad, por ser tierra arenosa; y para que se vea cuánto lo es, diré una cosa graciosa que acaeció a un indio, el cual, estando cavando muy en lo hondo de un pozo que había hecho, se hundió sobre él, y pensando que era muerto, salió de allí a 2 días por otra parte, haciéndose camino con las uñas, y echando tierra atrás, fue subiendo arriba. Está toda esta provincia cavada y hecha cuevas o madrigueras de unos ratones o topos grandes que comen por buen manjar; y por esto no se puede hacer mal a los caballos sin peligro de caer.

Estos indios eran naturales de los valles que están a los principios de la cordillera que poseen los chiriguanas, no de los que hay cerca de los Charcas, como algunos han pensado, los cuales, echados de los chiriguanas, se pasaron en aquella aspereza de tierra por escapar de sus crueldades, y defendiéndose bien y multiplicando en gran muchedumbre, porque engendran mucho, han venido a ser pocos por haber pasado por sus tierras los españoles y mostrado los caminos a los chiriguanas, que después les han hecho grandes daños y presas, y algunas veces con ayuda nuestra, y los más de los que han quedado se han hecho sus amigos de miedo. No dejaré de decir la culpa que han tenido muchos españoles, con poca conciencia, de traer al Pirú grandes cuadrillas de ellos a vender públicamente, incitando a los chiriguanas con sus rescates a hacer cada día mayores presas, y otros vendiendo y dando de sus repartimientos; esto se ha disimulado, aunque al principio castigado, con una intención dañosa, diciendo que se pueblan con ellos muchas chacras de los españoles y se hace abundoza de mantenimiento aquella provincia de los Charcas, no mirando que para traer 10 matan y comen cientos; después mueren los otros 5 por la disconformidad de los temples de la tierra a donde los pasan, que es de muy caliente a

muy frío; y con haber visto esto por experiencia, la codicia y maldad hace persuadir otra cosa, y así han dejado despobladas muchas partes que fueran buenas para siquiera saberse bien lo que hay adelante, y aún este deseo no lo tienen perdido, porque han acrecentado sus bolsas y henchido sus casos en este maligno trato; por cierto yo no sé cómo harán entender que no sea injusto y malo hacer tanto mal porque venga bien a unos pocos que quieren enriquecer con mal ajeno, los cuales habemos visto morir malísimas muertes y no gozar tan malos bienes y asimismo muchos de los que se los consintieron. De este menoscabo de los indios pormudallos a diferentes provincias, sabemos que ha habido en muchas partes de las Indias; yo digo esto a vuestra Excelencia, como procurador general de todas aquellas provincias y gentes, para que vuestra Excelencia mande poner el remedio que sea servido, porque los que pretenden que se pueble Condurillo, es para que castiguen los Chiriguas (así) y les traigan al Pirú las otras naciones juntamente con ellas, no haciendo caso de que aquel pueblo puede ser bueno, porque a Ñuflo de Chávez le dieron piedras de metal excelentísimo los guaraníes cuando estaban de paz, y no tuvo lugar de ir a ver de dónde se lo habían traído, que era allí cerca. Demás que se podrán poblar de otros pueblos siguiendo las cordilleras al Sur contra Tucumán, que sabemos que hay provincias bien pobladas enfrente de La Asunción en poco más o menos de 25 grados, y podría ser que el camino que ahora parece malo, sea bueno después de visto, pues no es largo. Confieso que para poblar y atraer estos indios hay grande dificultad, porque no creen cosa que les dicen ya, pensando que es para engañarlos y traerlos a vender, pero creerlo aún cuando vieren a los españoles asentados y que los defienden de los chiriguas, porque el Demonio les ha hecho entender que no habemos de permanecer en la tierra, sino que nos habemos de venir todos y traerlos por esclavos; y por esto, cuando les enseñan algunas cosas de nuestra fe, responden: “Poco a poco lo entenderemos, pues estáis ahora aquí”.

Esta tierra que hay de Condurillo al Paraguay parece que es poca y fácil de pasar para hacerse contratación de ellos al Pirú; y cierto ella no es mucha, no poniendo por delante las dificultades que tiene lo primero; por todas las partes que los del Río de la Plata la han pasado, atravesándola, hallan hasta la cordillera 150 leguas, muy poco menos, y 70 y 80 de sierras hasta lo poblado, de tales caminos, montes y pasos malos, que parece que la naturaleza se esforzó a hacerlo muy malo en todo. Este camino de Condurillo y Pilcomayo abajo parece que gente de guerra lo podría pasar sabiendo el tiempo, porque se saben algunos nombres de gentes cercanas a él, como son, de esta parte, los Tobas, que se dice que labran alguna comida; Comoguaque, cazadores; Nocegue, también cazadores, que son cerca de La Asunción en las riberas del Pilcomayo; y si el Manzo no muriera, tenía determinado de verlo teniendo más gente.

Tornando al río Yguapay, digo que poco abajo del pueblo de La Barranca, que era en 17 grados, se hace tan grande, que pone admiración lo que los indios Guaraníes cuentan de él afirmando, ciertamente, que pasado de una sierra que sale y se desgaja de las de estos reinos, que lleva la vía de donde nace el Sol, se hace un mar lleno de islas y muy poblado de gente, y que la tierra firme de la mano izquierda o del poniente, es la tierra rica que andamos a buscar. Son sabedores de esta noticia y los que dan más clara relación de ella, otros indios chiriguas, que dicen de Pirataguari, que están al norte de Santa Cruz hasta 45 leguas, junto a la nación de los Chiquitos, que está repartida a los españoles. Están estos Chiquitos, que su nombre verdadero es Tobacicoci, como 30 leguas del pueblo que fue de La Barranca, y servirán allí bien, reedificándose aquel lugar en mejor asiento que estaba, como conviene y es muy necesario para hacer la guerra y castigo a los Chiriguas y para el descubrimiento de la tierra rica que impropriamente llaman Mojos; para la cual poblazón y la de Condurillo y descubrimientos convienen mucho la conservación de Santa Cruz; porque sin la ayuda de aquella república no se pueden poblar ni descubrir sin grandísimo trabajo. Tengo yo por casi cierto que este río Guapay es aquel poderoso Marañón que sale en la costa de Tierra Firme en 2 grados a la parte del Sur, al Oriente de la Isla de la Trinidad y del río que llaman Grande. Porfian algunos que este descubrimiento se hará mejor por

Cochabamba, que está en 17 grados, tan cerca de Guapay, que si las sierras no lo estorbaran, no hay 30 leguas; y porque los que esto dicen fundan sus razones diciendo que el gobernador y soldados que entraren tendrán más atención al descubrimiento que al castigo de los chiriguanas, digo que esto fuera cuando la entrada estuviera tan aparejada que no hubiera de parar a saber cómo y cuándo la había de comenzar y a hacer armas y una gruesa armada de navíos que son menester; y cuando Vuestra Excelencia, la hubiese dado a otro que le tomase la delantera sin estorbo de perderse, como todos los que han entrado y entraren por otra parte, se perderán; y cuando los españoles que hoy hay tuviesen aquel brío, valor y hermosos deseos que solían tener los antiguos para servir a su Rey;



Del libro de Ulrico Schmidl. Crónicas del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil, 1599.

pero yo veo, hablando sin perjuicio de los buenos, que tienen hoy más codicia de hallar de comer y 4 piezas que les sirvan, que ponerse a ningún peligro de hambre, guerra y cansancio. Y más debe temerse que no se hallará gente bastante para poblar estos pueblos, que demasiada para que haya junta de ella, de donde redunde novedad en estos reinos. Porque dejaran de ver, primero que hagan la entrada, las minas de plata y oro, las cuales, siendo como deseamos, atajan todas las dificultades que quisieren poner, y ellas harán la guerra a los indios por llevarlos a su labor; cuanto más que yo espero en Dios, por la experiencia que tengo de esta nación, que entrando un capitán con nombre de grande, que así le llaman ellos, se han de allanar, sirviendo en lo que les mandaren, sabiendo rodear con prudencia la cosa. Y no hay porque nos espanten con hacerlos tan valientes, pues es cierto que ninguna gente es tan cobarde sacados de hacer sus saltos y viniendo a las manos con ellos. Este descubrimiento y gobernación de los Mojos, Excmo. Señor, es la dama muy hermosa por quien ha de hacer la guerra a los chiriguanas el que la quisiere conquistar, y si Vuestra Excelencia, es servido que estos indios se castiguen, esta jornada ha de dar en premio de ello sin duda ninguna, y se cesarán tantas pérdidas de españoles como en esta demanda se han perdido guiados ciegamente; y de Santa Cruz no saldrán si no fueren mancebos, porque los demás están casados, y de los que entraren se quedarán más de los que querrán, porque hay bien de comer y hospédanles con mucha familiaridad y cortesía. Y sin duda ninguna Santa Cruz se perderá no llevando el que hubiere de ir esta empresa, porque no hallará gente para ella sola y con título de entrar luego en guerra con Chiriguanas.

1564

(Relación presumiblemente escrita por un expedicionario del Paraguay al Pirú, antes que el virrey don Francisco de Toledo hiciera su infelicísima entrada al castigo de los chiriguanaes, hacia los años de 1574. Del libro de Don Marcos Jiménez de la Espada y las "Relaciones" del siglo XVI)

CRÓNICA SOBRE LA CIUDAD DE SANTA CRUZ Y LA MUERTE DE ÑUFLO DE CHÁVEZ

Pedro López

De esta ciudad (Tarija), se va a la provincia de los Gorgotoquis, que es en los llanos, la cual tierra conquistó y pobló el Capitán Andrés Manso y Ñuflo de Chávez; esta tierra es fertilísima de bastimentos; los naturales de ella son belicosos. Los que participan de la sierra llámense hiriguanas, quiere decir en nuestra lengua caribes y es gente carnícera, comen carne humana y usan el nefando; las mujeres son hermosas, andan vestidas con un traje galano, son muy amigas de nuestra nación. Han hecho y hacen cosas muy señaladas en armas y han muerto muchos españoles; mataron a estos dos capitanes descubridores y a mucha gente con ellos; poblóse en nombre de Su Majestad, por mandato de don Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Visorrey que fue del Perú; pobláronse la ciudad de Santo Domingo de la Rioja y la ciudad de Santa Cruz de la Sierra y después acá se ha poblado otro pueblo. En esta tierra y provincias no hay oro ni plata ni otra riqueza; los indios andan los más vestidos, especial los de tamaguzies y yuracarés; estas 2 provincias andan con policía; hay mucha caza, así volatería como salvajina; hay liebres de España, conejos, venados, ciervos, jabalíes; es tierra de buenos aires, buena disposición, más sabanas que monte; hay muchos avestruces; no nos podíamos aprovechar de ellos ni de los venados porque como la tierra es rasa no les pueden dar alcance los perros de caza que andan en manadas como ganado manso de España.

Aquí hizo una inbizion (?) un caballero que se llama Francisco de Ahumada, grande arcabucero y cazador y fue que tomó una piel de venado y a la misma usanza suya cubierto de todas partes andando con las manos y con los pies a gatas se iba a los venados, el que como le venían así no se azoraban; llegaba cerca de ellos haciendo sus paradas y a tiro de arcabuz disparaba y derribaba y daba a uno o dos y de esa suerte nos aprovechamos de ahí delante de este arte.

Para matar a los avestruces los indios nos dieron industria: hacían una casita poco mayor que un hombre y metíanse en ella llevándola en la cabeza, la cual de ramas verdes y con flores que en el campo las había y por el monte adentro llegando poco a poco adonde los avestruces pazían, los cuales como veían la montaña o casa de ramas pensaban ser asimismo como los demás y tirábanles un tiro bien cerca, pocas veces lo erraban. De esta suerte nos aprovechábamos de la caza que los perros no podían alcanzar, y estas avestruces tienen las piernas como de carnero; es buena comida, no se come más que las piernas.

En esta provincia hay muchos pájaros que se llaman negrillos y muchas perdices. Un caballero llamado Antonio de Valda fue el que el primer pájaro tomó y cazó con el cacique señor de la tierra que se llama Grigotá, estaba preso y no había remedio de hacerle sacar su gente de paz, este caballero Antonio de Valda era Maese de Campo del Capitán Andrés Manso. Un día sacó a este señor de prisión y lo llevó consigo a caza, el cual le vio volar 2 o más perdices que en aquella tierra hay muchas y como vio que el pájaro hacía lo que su señor. le mandaba y que mataba las perdices para que su señor comiese y le echaba al vuelo a perder de vista, y con una voz al señor lo venía, estaba admirado. El señor llamó a sus indios algunos de los que allí tenía y les dijo que pues que los espíamos, hacían a las aves que los sirviesen y venían a su llamado desde el cielo, que mal se podían ellos defender, pues los pájaros no

se defendían; que le parecía que se saliesen todos de paz y que sirviesen a los cristianos. Así con gran contento se volvió a la ciudad y dijo al capitán y maese de campo que le dejasen ir a sacar su gente, que él quería servir y que Dios se lo mandaba, hicieron confianza de él; al cabo de 6 días que había salido vino a la ciudad con gente en orden. Traía entre hombres y mujeres a mil personas, todas en batalla, haciendo grandes alharacas y tocando muchos instrumentos de cuernos y tambores como ellos suelen. Los nuestros se pusieron en batalla y salimos cerca de la ciudad, lo mejor en orden que pudimos; el capitán le había pesado haber usado con el señor de la liberalidad que había usado pensando venir de guerra. Acercándonos a ellos salió el señor con algunos principales delante y con pajes tras con ramos en las manos a recibirnos y abrazarnos muy estrechamente, así a nosotros como a los caballos como si fueran íntimos amigos y así lo fueron y jamás se hubiesen levantado ni tenido guerra con los españoles.

Va un río grande que lleva mucho pescado por junto a la ciudad. De aquí se va para ir al río de La Plata por los palmares, en los cuales hay culebras de gran gordo y largor; tigre que es animal el más bravo que en aquellas partes hay; los montes son muy altos y largos y ralos que fácilmente puede un hombre y muchos hacer mal a sus caballos sin que la montaña les impida. En este monte hallamos a la ida muchas lagunas de agua en las cuales hallábanse muchas anguilas, y a la vuelta estas lagunas estaban secas, por manera que según los naturales decían de invierno venían estas lagunas con agua y de verano estaban secas y en el cieno de ellas se quedaba la generación, por manera que vueltas las aguas hallaban el pescado que así en el cieno quedaba y había desovado. Es tierra muy poblada de indios, los cuales están de guerra la mayor parte, y es necesario pasar 40 ó 50 soldados juntos; de esta manera pueden pasar sin temor de los indios y llegan a la provincia de los Chiquitos, en la cual el Capitán Ñuflo de Chávez pasó grandes trabajos en conquistar y apaciguar esta provincia; tienen hierba, que a 24 horas muere el herido de ella, y así cuando hieren a algún hombre o caballo es menester atarle o empalarle para que no haga mal, porque como se sienten heridos de la hierba los caballos hacen mucho daño entre los toldos y tiendas y rabian como cuando rabia un perro; los españoles se comen las manos y los bezos (?) de rabia y es lástima verlos heridos, así que esta provincia fue malísima de conquistar, mataron estos indios más de 80 soldados. Llámase la provincia de los Chiquitos, porque son muy pequeños de cuerpo y fornidos. Este capitán quemó y aperreó en este castigo a más de 3.000 indios; era cruel y siempre los que crueles son entre los indios fenecen mal. Este buen capitán en este castigo entre otros muchos quemó a un indio de la provincia de Taguanbucu, el cual tenía un hijo. Después de hecho el castigo, vino este indio hijo del Tuguanbucu, y preguntó por el general Ñuflo de Chávez y dijéronle estaba dentro de su aposento. Entendióse que venía de paz con algún mensaje de algún señor; dejáronle entrar. Llevaba como suelen traer una porra colgada de la muñeca de largor de 2 palmos y medio o 3. Salió el General Ñuflo de Chávez y preguntó qué quería; respondióle: “¿Eres tú el que hiciste el castigo en los Chiquitos?” Respondió el General que sí; díjole si sabía que había quemado a su padre; respondió que sí y que le quemaría a él también como a los demás si no era bueno. El General volvió la cabeza a hablar con un soldado, el perro indio alzó la macana y dio al pobre caballero en los cascos que no dijo Dios válgame y cayó en tierra. Los soldados tomaron la puerta y prendieronle herido, hizose castigo de él con fuego, quemándole vivo; persuadíale un clérigo nuestro se volviese cristiano, respondía que no, que su padre no lo había sido, que no lo quería ser él; decíanle que le quemarían vivo si no se volvía cristiano; respondía que él había muerto a quien había muerto a su padre, que le quemasen presto que quería irlo a ver y decirle cómo había muerto a quien le había quemado, el cual estaba en este tiempo colgado por los brazos atados atrás, bien un estado del suelo colgado de un árbol y lleno de leña, hasta mi cuerpo, y de esta manera estuvo más de una hora y en este tiempo jamás quiso convertirse, pusieron fuego a la leña y en breve tiempo se abrasó; fue milagroso el ánimo que éste tuvo y temerario en su acometimiento. Así feneció el pobre caballero que a tantos había muerto; dejó mujer y una cuñada que

se llaman doña María y doña Leonor de Mendoza, hermanas que era lástima de ver las lástimas que decían. Dio Su Majestad esta Gobernación y conquista a don Diego, hermano de estas señoras.

De esta provincia de los Chiquitos se va al Río de La Plata, a la ciudad de Santiago de Buenos Aires; hay de camino 220 leguas. En esta Gobernación del Río de La Plata estaba por Gobernador de ella Domingo de Hiralá, vizcaíno; hay en ella 3 pueblos de españoles poblados; viven con la miseria del mundo; no hay oro ni plata ni esmeraldas ni minas de provecho; dánles los indios de tributo pescado y carne de monte y cueros de venados y algún algodón; tiene este río de ancho por junto a esta ciudad quince leguas y por la boca, que está cuarenta leguas de esta ciudad, dicen tiene sesenta leguas. Tiene islas en medio. Conquistán a los indios por bien y amor dándoles de lo que tienen. Lllaman a los cristianos, hiribayaras, que quiere decir en nuestra lengua hermanos. Dicen estos indios que la mejor nación del mundo somos nosotros y después ellos; es gente de guerra, grandes flecheros. Aquí salió una compañía de soldados portugueses que venían conquistando la tierra. Desde la India de Portugal traían 4.000 indios amigos que les ayudaban a la conquista. Dijeron estos españoles que portugueses habría a 180 leguas a la ciudad suya. Que estaba poblada en el Brasil. Estuvimos en esta tierra 3 meses; vendíamos los bastimentos para nuestro sustento caros y míseramente; su contratación era por espigas, no por banegas, sino tantas espigas de trigo de las Indias, un tanto.

1570

“La relación inédita de Pedro López”. Un cronista imaginativo. Perú, historia – descubrimiento y conquista, 1519-36- Figura en el catálogo de la Biblioteca Lilly de la Universidad de Indiana, EE.UU. “La relación” ha sido publicada por el historiador peruano Guillermo Lohmann Villena, quien en la introducción hace notar “la rusticidad literaria y la prosa mazorral, tan reñida con la gramática como con la sintaxis”, de este cronista casi analfabeto, pero que dejó sin embargo, un testimonio muy fresco de sus andanzas por América.



Encuentro entre aborígenes y conquistadores españoles según un grabado alemán del siglo XVI.

RELACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

POR SU GOBERNADOR DON LORENZO SUÁREZ DE FIGUEROA

La ciudad de Santa Cruz de la Sierra está poblada 140 leguas de la ciudad de La Plata a la parte de Levante, en altura de 17 grados y medio de latitud meridional. Poblóla el capitán Ñuflo de Chávez el año de 60. Hay en ella 160 hombres que los 65 son vecinos encomenderos de pueblos de indios, en que habrá de comarca de 12 leguas de esta ciudad 8.000 indios de visita y servidumbre, sin más de 3.000 indios e indias que hay de servicio personal dentro de la ciudad en las casas y chacras de los vecinos y moradores de ella. Es tierra sana y de buen temple, caliente y muy fértil y abundosa de los mantenimientos que en ella se dan, y de mucha caza y pesca en lagunas; falta y estéril de ríos y fuentes y arroyos, que hay muy pocos y pequeños. El agua que tiene la ciudad, con que se sustenta, es un arroyo de muy poca agua, el cual desde su nacimiento hasta que se acaba no corre una legua; y con ser tan pequeño, es tanto el pescado que en él hay en tiempo de cuaresma con las crecientes de las pluvias, que parece más cosa milagrosa que natural.

Los pueblos de los naturales que están encomendados y en servidumbre de los vecinos de esta ciudad, están en término y contorno de 12 leguas, y todos los más junto a lagunas pequeñas hechas a mano, en que se recogen las aguas del invierno, por la falta de ríos y arroyos, como dicho es; y por esta causa, algunos años secos, pasan gran necesidad de agua y perecen de sed algunas personas, particularmente niños. La gente es humilde y no obedecen a caciques, aunque los tienen, y andan desnudos como nacieron, sin cobertura en todo ni en parte. Comiéntaseles de presente a enseñar la doctrina cristiana por algunos mozos que están señalados para ello que hacen algún fruto; sería muy mayor si hubiese sacerdotes que anduviesen entre ellos, frailes de San Francisco o religiosos de la Compañía del Nombre de Jesús, pues por la necesidad y pobreza de la tierra no puede haber otros al presente que pretendan más intereses que el servicio de Nuestro Señor.

El tributo y aprovechamiento que los vecinos de esta ciudad tienen de los indios de sus encomiendas, es solamente la diligencia que con ellos ponen para sembrar con qué poderse sustentar, y en que les hilen un poco de hilo de algodón para hacer lienzo para vestirse; y esto es con mucha moderación y de manera que se les podría mandar a los indios que ayudasen a sus amos con más ayuda de la que les dan; porque, como testigo de vista, en otras provincias como éstas, en donde ni hay plata, ni oro, ni tasa, más de la diligencia que los españoles ponen en aprovecharse del servicio personal de los pueblos e indios de sus encomiendas, se sirven y aprovechan más del sudor de ellos, con el cuatro doble, que en esta gobernación, y por ser así y haberlo visto, entiendo que los vecinos de esta tierra no tienen sus conciencias cargadas en este particular, y si en el estado en que al presente está esta tierra me pareciere que conviene poner tasa y orden en el servicio de los naturales y aprovechamientos que dan, lo haré, inclinándole más con toda moderación al descanso de ellos y a su aumento, que al aprovechamiento de sus encomenderos.

Además de los indios naturales que sirven a esta ciudad, hay otros muchos que no sirven, por estar más apartados, escondidos y derramados por parentelas en grandes espesuras de bosques y montes de

que toda esta tierra está muy cerrada y dificultosa, y por no servir a los cristianos y por miedo de los chiriguanaes, que los matan y se los comen, se apartan y esconden lo más que pueden; y es toda gente desnuda, como nacen, como dicho es, y muy bestial, sin orden ni razón, ni ley, y los más viciosos de borracheras de vinos de maíz de cuantas naciones he visto.

El aumento y crecimiento que esta ciudad puede tener, ha de ser por una de dos cosas o por ambas; la primera es por descubrimiento de las minas de oro y plata de que se tiene grandísimas noticias que están 30 leguas de esta ciudad en la provincia de Itatin, la cual, por estar poblada de chiriguanaes en frontera de esta ciudad y no haber habido fuerzas para poderlas ir a descubrir y poblar, no se ha puesto por obra. La otra es por descubrimiento de los moxones y de otras muchas provincias que no están lejos de ésta hacia la parte del norte y noroeste, de que se tiene grandísima noticia de gran suma de gente vestida y muy rica de plata y oro y ganado y fertilidad de tierra, lo cual es más fácil de descubrir y poblar desde esta dicha ciudad que de otra parte, así por ser toda la tierra por donde se ha de descubrir poblada y no haber cordillera ni sierra que pasar, como por el buen aparejo que de aquí se sacará de servicio e indios amigos y buenas guías y leguas, que saben el camino, y de otras cosas necesarias a la guerra, lo cual se podrá hacer con grandísima facilidad y seguridad y con menos gente que desde el Perú, donde es cosa muy dificultosa querer hacer esta jornada, por estar la cordillera de por medio, que es muy áspera y mucha tierra despoblada y dificultosos ríos; y la gente que se saca del Perú para estas jornadas, sale sin servicio y no está tan bien armada ni tan diestra como la de estas fronteras; y otros muchos inconvenientes que se podrían dar.

Esta ciudad de Santa Cruz de la Sierra está poblada entre 2 ríos que no creo que se hallen otros mayores en el mundo. El primero y principal el río Guapay, el cual pasa 40 leguas de la ciudad por la parte del Poniente, el cual nace en la provincia de los Charcas, donde le llaman el Río Grande, y cortando la cordillera del Perú en altura de 20° de latitud meridional, corriendo hacia Levante, en llegando a los llanos, da la vuelta corriendo derecho al Norte, recogiendo todas las aguas que descenden de las cordilleras del Perú y del Brasil, que son muchos y muy grandes ríos. Y la significación de su nombre Guapay declara su grandeza, porque quiere decir “que llevé todas las aguas”. Y lo otro es el principio y origen del Marañón, como brazo más apartado y que va recogiendo en sí a todos los demás que en él entran; el cual corre más de 700 leguas desde su nacimiento hasta donde entra en la mar en 2° de latitud meridional; lo cual he inquirido y procurado de saber con grande diligencia de los más antiguos hombres y más curiosos de esta tierra y por relaciones de indios viejos caciques naturales de ella, y es razón que cuadra lo que dicen, así por la significación del vocablo, como porque tan grande río como es éste, el cual no muy lejos de esta ciudad sabemos que va poderosísimo y navegable para navíos, y que corre hacia la misma parte y lugar donde entra el Marañón en el mar; no puede ser otro, pues no hay en la costa sino el de Orellana, el cual se ha de hacer de los ríos que salen de la misma cordillera del Perú y de la gobernación de Popayán en Nuevo reino de Granada, que no alcanzan a juntarse con éste.

El otro es el río de la Plata no de menos fama y casi de tanta grandeza, el cual pasa 60 leguas de esta ciudad por la parte de Levante y su carrera es de Norte a Sur, al contrario del Marañón, recogiendo las aguas que descenden de la cordillera del Brasil y las de esta gobernación y de la de Tucumán y Chile y también algunas del Perú, que son muchos ríos, los cuales corriendo al contrario unos de otros, de Levante a Poniente y de Poniente a Levante, encuentran con éste que va por medio corriendo Norte Sur, y reuniéndolos en sí a todos se hace tan poderoso, que desde la mar se ha navegado por él arriba en bergantines más de 500 leguas. El brazo más distante es el Paraguay, el cual nace en altura de 14° y corre más de 600 leguas hasta entrar en la mar en la altura de 36° y en grandeza de más de 25 leguas de anchura de barra. En las riberas de este río están pobladas las ciudades de La Asunción y Santa Fe y la

Trinidad de Buenos Aires, y la de Ciudad Real de Guayrá en el Paraná, brazo del mismo río, que son de la gobernación que llaman del Paraguay y Río de la Plata.

Por estos dos ríos se podrán comunicar los vecinos de esta gobernación con los reinos de España, descubriéndose en ella las minas de que hay grande noticia, como dicho es; aunque será más fácil y breve por el de el Marañón, por correr carrera derecha hacia España, y también porque el principal aumento de esta tierra, como dicho es, consiste en el descubrimiento de los Moxos, y de las demás provincias de que hay noticia, las cuales están entre las riberas de este dicho río y de los que en él entran y la cordillera del Perú, en donde se podrán poblar muchas y grandes ciudades por donde los reinos del Perú podrán tener entrada y salida y grande aumento y se vendrán a poblar y comunicar toda la tierra hasta la costa del Brasil, descubriéndose todos los secretos y riquezas de que hay gran noticia.

Esta ciudad de Santa Cruz de la Sierra está en frontera de 2 provincias de indios chiriguanaes, nación la más mala y soberbia que jamás se ha visto, por sus malas costumbres e inclinaciones, como adelante se dirá. La una de estas 2 provincias se dice Itatin, en la cual están las minas de plata y oro, como arriba se ha dicho, y asimismo hay muchas minas de cobre y de plomo, las cuales se han visto ya de los cristianos y sacado metal de ellas en cantidad, o se provee esta ciudad a las veces de plomo, de ellas y yo he hecho sacar para esta ciudad casi 100 arrobas de ella. Habrá en esta provincia 2.000 chiriguanaes y están de esta ciudad 30 leguas a la parte del Levante. Son éstos los que mataron al general Ñuflo de Chávez, poblador de la ciudad.

La otra provincia es la de los chiriguanaes que están en la cordillera del Perú a 50 y 60 leguas de esta ciudad, por la parte del Poniente, entre ella y la provincia de los Charcas, los cuales están repartidos en tres fronteras. Son estos chiriguanaes los que mataron al capitán Andrés Manso y despoblaron la ciudad de la Nueva Rioja y mataron a los pobladores de ella; y asimismo mataron al capitán Antón Cabrera en el asiento de La Barranca con los moradores de ella; y los que mataron al capitán Pedro de Castro, y los que desbarataron al general Ñuflo de Chávez, con muerte de 9 españoles; sin otros muchos daños y muertes que han hecho y cada día hacen. Éstos son los que entraron a castigar el señor visorrey de don Francisco de Toledo personalmente con 2 campos de mucha y muy buena gente y con gran aparato de guerra, el cual se volvió sin hacer efecto a lo que iba y con daño y pérdida de mucha hacienda, quedando los chiriguanaes más soberbios y ufanos y llenos de despojos. Y por ser negocio de mucha importancia y conveniente al servicio de Dios Nuestro Señor y de S.M., bien y quietud de la provincia de los Charcas y de éstas, el castigo y conquista de estos chiriguanaes, daré relación de ellos y de sus costumbres y de la cantidad de gente que será de guerra, y la orden que acá parece que sería la más fácil para castigarlos y desarraigarlos de donde están, para que haya la seguridad y quietud que conviene, lo cual he procurado de saber e inquirir con mucho cuidado y diligencia de los vecinos más antiguos de la tierra y que más la han corrido y de muchos indios que han estado cautivos muchos años en poder de los dichos chiriguanaes.

El propio nombre de esta generación es Cario, de donde se deriva el nombre que tienen, Caribes, que quiere decir “comedores de carne humana”. Llámanse también guaraníes y guarayus, que quiere decir “gente de guerra”. También les llaman chiriguanaes, corrompido el vocablo, el cual se deriva de chiriones, que quiere decir “mestizos, hijos de ellos y de indias de otras naciones”. Su origen y principio dicen que es de la costa del Brasil y han ido extendiéndose por muchas partes y provincias, poblando donde hay mucha gente, para ejecutar su crueldad natural contra el género humano.

Las costumbres e inclinaciones de los chiriguanaes son las siguientes: Es gente soberbia, cruel y engañosa, y no guardan promesa ni palabra; es gente ingrata e interesada en tanta manera, que aunque

les hayan hecho muchas buenas obras y dádoles muchas cosas, si ellos dan alguna de su voluntad y sin pedírsela, piden después el precio de ella, no acordándose de las que han recibido. Es gente vengativa y no olvidan jamás agravio o injuria que les hagan, y si no pueden vengar, dicen cuando mueren, que es la causa el agravio que recibieron, aunque sea a cabo de muchos años y la injuria muy pequeña y encargan la satisfacción a sus hijos y parientes. Précianse de crueles y de grandes carniceros, matadores y comedores de carne humana. Hacen reverencia y respetan a los sacerdotes y muestran deseo de ser cristianos y tienen veneración a las cruces y las ponen en sus pueblos. Son sufridores de trabajos, y en la guerra y en las necesidades muy abstinentes; y si pasan alguna gran necesidad de hambre o sed, no comen ni beben luego que se lo dan, hasta que se lo rueguen algunas veces, mostrando valor en haber pasado necesidad y tener un poco todos los trabajos del mundo. Tienen todas las naciones en poco y por esclavos, salvo a los españoles, estimándose ellos por tan buenos.

La cantidad de los chiriguanaes que habrá en toda la cordillera me certifican los que más la han andado y visto y los indios que han estado cautivos entre ellos, que serán 4.000 indios de guerra, y que no son la mitad de los naturales chiriguanaes, sino mestizos, hijos de ellos y de mujeres de otras naciones, los cuales son tan malos y peores que los legítimos y naturales; y sin éstos tienen sujetos a sí más de otros 4 o 5.000 indios de los llanos del capitán Andrés Manso, que los llaman esclavos a los cuales cuando tienen guerras, los ponen en la vanguardia y primeros encuentros, y saben que si no pelean hasta morir, que han de morir a manos de sus amos, y por escapar de este peligro, pelean más que los propios chiriguanaes.

La conquista de éstos, si se ha de hacer como conviene, ha de ser de manera que comenzada, no se deje de la mano hasta concluirla, castigándolos y desarraigándolos de la cordillera, que es su fuerza por la grande aspereza de las sierras y grandes bosques y ríos que tienen, y dádoles por esclavos o laborios. Con este interés habrá gente para hacer la dicha conquista; y quedando la cordillera segura y libre de esta mala generación, llevándolos al Perú y a otras partes, se podrá poblar un pueblo de españoles en donde estuvo poblado el capitán Andrés Manso o en aquella comarca donde vieren qué más conviene, en el cual servirán todos los indios que ahora tienen sujetos y por cautivos los chiriguanaes y otros muchos más que se sabe cierto que los hay, y será este pueblo muy provechoso para la comunicación de estas provincias y de las del Paraguay con las de Perú, porque estará 70 u 80 leguas de la ciudad de La Plata y otras tantas y aún menos de la de Santa Cruz, y gozarán los vecinos y moradores del dicho pueblo de muchos indios y de tierra muy fértil y de buen temple y de llanos y sierras y de minas ricas de que hay noticia y de muy buenos ríos y valles llenos de mucha caza y pesca, en donde se darán todas las cosas necesarias a la vida humana.

Esta conquista, para hacerse a menos costa y con más facilidad, propuesto el interés dicho, en el cual se hace la guerra con tibieza, sería necesario que por mandado de S.M. o de Su Excelencia viniesen de la ciudad de La Asunción, gobernación del Paraguay, 100 soldados arcabuceros, naturales de la dicha gobernación, que son diestros en semejantes guerras y no hacen falta en la dicha ciudad, por haber mucha gente en ella; y han de venir a ésta para que, juntos con los que de ésta podían salir, salgan juntos con el gobernador de estas provincias o repartidos en dos partes, para que a la par den en las fronteras de Condorillo y del Itupue; y en este mismo tiempo sería cosa muy acertada e importante que los capitanes de las fronteras de Tomina y de Tarixa saliesen con cada 60 o 70 soldados y diesen en los pueblos más principales de sus fronteras, señalándoles el tiempo a los unos y a los otros la Real Audiencia, haciendo mensajeros a las dichas partes con grande secreto; mas, es necesario, que mucho tiempo antes esté la gente apercebida y aderezada y las cosas necesarias para la guerra, para que a la par se dé por todas partes en los pueblos más principales de los enemigos, y con los fuertes que hicieren procuren

luego lo primero fortalecerse en los dichos pueblos y en recoger y juntar las comidas y cimeteras de los enemigos, lo cual se ha de hacer en tiempo que estén para coger y no cogidas; porque tiene de costumbre esta mala nación quemar sus propias comidas, porque no se aprovechen de ellas los que van a buscarlos y hacerles guerra, la cual se les podrá hacer y fenecerla con brevedad por la orden dicha; porque fortalecidos los nuestros en los principales pueblos y recogidas sus comidas, podrán después, quedando pocos en los fuertes, salir los más por todas partes con guías en busca de los enemigos, teniendo advertencia en no creerse de ellos, si después vinieran de paz, pues por experiencia se sabe que no han de guardar palabra, y castigando las cabezas y enviándolos prisioneros al Perú y a otras partes, dividiéndoles, se allanaría todo en breve tiempo con aprovechamiento de los soldados, quedando las dichas fronteras y caminos seguros, con lo cual se podría poblar luego el pueblo que arriba se ha dicho. Dejándose de hacer lo dicho, corre riesgo esta ciudad de Santa Cruz, por estar poblada entre estas dos fronteras, por las pocas fuerzas que tiene, que van en disminución y crecen las de los enemigos cada día más, de lo cual redunda también gran daño a la provincia de los charcas y fronteras de Tomina y Tarija, no remediándose en tiempo.

Que sea negocio muy importante al servicio de Dios Nuestro Señor y de S.M. esta conquista, es cosa clara, por los buenos efectos que de ello se siguen, particularmente por excusar las guerras, asaltos y muertes que cada día hacen, así en las fronteras del Perú como en otras partes. Asimismo restituir la libertad a gran suma de inocentes que estos chiriguanaes tienen sujetos. Asimismo excusar la carnicería pública de carne humana que tienen en los pueblos y conquistas. Asimismo asegurar los caminos reales de los robos que en ellos hacen. Asimismo quitar la ladronera que tienen los esclavos y negros del Perú y los indios delincuentes o que no quieren servir, que se recogen a ellos. Asimismo poblarse al pueblo arriba dicho o el de La Barranca, negocio importante al Real servicio, de donde por el dicho río Guapay se pueden hacer descubrimientos y poblaciones en acrecentamiento de la Corona Real. Asimismo quitar el peligro en que están las fronteras de Tomina y Tarija y el que tiene esta ciudad, la sustentación y conservación de la cual es de grandísima importancia, por llevar adelante la predicación del Sagrado Evangelio y continuación en la conversión de los naturales de ella a nuestra Santa Fe Católica, para que no vuelvan a sus idolatrías, ritos y malas costumbres. Asimismo por ser fuerza contra ambas fronteras de los chiriguanaes de Itatin y de la cordillera, por estar poblada en medio de ellas y ser estorbo para que no se junten los unos con los otros contra las fronteras del Perú. Asimismo por ser defensa de estas naciones de indios que están amparados en servidumbre, los cuales, dentro de muy poco tiempo que les faltase el amparo de esta ciudad, serían destruidos y comidos de los dichos chiriguanaes, y asimismo por ser lugar importantísimo para el descubrimiento de los Moxos y de las demás provincias de que hay grandísima noticia, sin la que se tiene de las minas de plata y oro que se esperan descubrir con brevedad, sin otros muchos buenos efectos que se siguen del intento y conservación de la dicha ciudad y conquista de los chiriguanaes y muchos males y daños de lo contrario.

1586

Del libro de Don Marcos Jiménez de la Espada y las “Relaciones” del siglo XVI. Hállase el original en el Archivo de Indias, sección titulada “Patronato Real”.

RELACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTA CRUZ Y SU GOBERNACIÓN

JUAN PÉREZ DE ZURITA, GOBERNADOR QUE HA SIDO DE ELLA

Primeramente, está la ciudad al pie de una sierra en un llano, y de allí adelante comienzan los llanos montuosos y faltos de agua. Están cubiertas algunas de las casas de tejas de palmas.

El agua que la ciudad tiene es un arroyo que sale de unas peñas, que se destila de ellas; será tanta, al parecer, como una muñeca. En el tiempo de las aguas llega este arroyo a unas lagunas que están a cuatro leguas, poco más o menos y sube de estas lagunas tanto pescado (cuatro géneros de él), que basta a que se sustente todo el pueblo y servicio de él con mucha abundancia. Es pescado muy delicado y suave; corrómpese con brevedad. Esta avenida es en tiempo de Cuaresma y poco antes.

Hay frutas naturales, como son plátanos, muchos y muy buenos, guayabas en mucha cantidad, piñas muy buenas y granadillas. Hay otra fruta que llaman ambaybas, es el árbol tan grande como las higueras, aunque las hojas mucho mayores; la fruta es, que sale un pezón y de este pezón salen 5 o 6 como dedos de una gema en largo, y tomándola del cabo, se queda la fruta en la boca y queda la vena limpia. Es fruta suave y muy delicada. –Hay lúcumas–. Hay otro árbol que llaman tucumay; es árbol grande, a manera de aceitunas la fruta de él, que se comen en adobo y sin él.

Hay palmas que dan fruto que se saca harina y es de mucho sustento para los naturales, y esto en cantidad mucha. Hay fruta de España, uvas, melones e higos en mucha cantidad, sino que duran los árboles poco. Hánse dado muy pocas granadas y membrillos y mal.

No se ha dado bien el trigo, aunque lo han sembrado algunas veces; créese se dará bien en la tierra de unos indios Chiquitos que está a 60 leguas, poco más o menos, de la ciudad de Santa Cruz, porque es tierra de lomas y de agua y arroyos y frío y calor a su tiempo.

El maíz se da bien, sale de ordinario a 100 fanegas de una y de ahí arriba. Dánse muy bien los frijoles y maní y zapallos en cantidad. Dánse en los indios payconos, 20 leguas de la ciudad, unos calabazos o mates muy hermosos a la vista, y hacen alguno de ellos a botija y media y a dos botijas de agua, sirven de tener ropa en ellos.

Es tierra muy caliente y muy fría. Hace el frío desde el mes de mayo hasta principios de agosto, y suele ser algunas veces tanto que se hiela todo el algodón y se han visto los árboles que llaman ambaybas helados hasta las raíces. Este daño es cuando corre el viento sur, y es de ordinario desde mediados de junio hasta fines de julio. Es el calor más recio por Navidad.

Comienzan las aguas por San Francisco. La sementera buena es por Todos Santos y el cogerla a fin de marzo. Suele el tiempo de las aguas estorbarse el caminar de aquí allá, por los ríos y porque se empantan 4 jornadas de palmar y bosque, que comienza el palmar; y este estorbo es 25 leguas antes de llegar a Santa Cruz, poco más o menos; y no se camina este camino en el mes de junio hasta octubre por falta de aguas, y han corrido riesgo algunas personas en este camino por falta de ellas.

Ha sido esta gente muy perseguida de los indios chiriguanaes que confinan con estas Charcas y de los indios Itatines, que están a 35 leguas de la ciudad de Santa Cruz, en tierra muy buena y muy fértil y de mucha comida y agua y montañas grandes. Y en esta tierra de los Itatines hay metales de cobre en cantidad y de plomo y de plata, los cuales se hicieron sacar y traer los unos y los otros; y éstas son las minas que dicen se han descubierto ahora en tiempo del gobernador don Lorenzo Suárez de Figueroa y en ellas fue donde mataron al general Ñuflo de Chávez, que Dios perdone.

Los indios que se llaman los Chiquitos es gente belicosa y muy buena y buenos labradores. Cogen mucha comida de maíz, frijoles, maní y zapallos y otras legumbres. Tienen muy buen algodón. Andan las mujeres vestidas. Usan estos indios de hierba muy mortal, por lo cual son muy temidos. Trajéronse todos de paz y metiéronse mucha gente de ellos en Santa Cruz de la Sierra, a tiempo que ya tenía el gobernador don Lorenzo Suárez el gobierno de ella, porque cuando allá llegó, se andaba allanando aquellas provincias de los indios Chiquitos y Chiriguanaes Citataguaries gente muy dañina. Trujéronse todos a poblar junto a la ciudad.

Hay en los naturales de Santa Cruz mucho algodón y muy bueno, que es lo mejor que por estas partes se halla. Hay tinta para ello negra y amarilla y colorada de raíces, a lo que se cree, y hay azul lo mejor que dicen hay por acá, y esto es de una hoja de un arbolito muy pequeño, menos que coscojas de España, y es la hoja de que se hace la tinta; y dura el arbolito muchos años; y cuecen aquella hoja y beneficianla y hácenla panecillos o pelotas.

Dánse en Santa Cruz y su comarca cañas dulces muy bien y en mucha cantidad; siémbra la un año, dura muchos sin la resiembra; dáse a 9 o a 10 meses, y si de aquí pasa, florece, hácese muy buena miel de ella, y si la cuecen bien, acaece estar la mitad de la botija hecha azúcar morena y alguna piedra.

Hay en La Barranca gran cantidad de venados pequeños y mucho ganado vacuno y puercos monteses; muchas perdices grandes y chicas, pavas, faisanes, papagayos, toceños, que son unos pájaros poco mayores que urracas y tienen el pico tan grande que de él se hace un frasquillo muy galano amarillo transparente, y algunos entreverados. (Los tucanes, predicadores). Hay muchas tortugas y otros animales monteses y osos al modo de los de España y todo esto y tigres en cantidad. Hay en aquellos llanos de La Barranca y en Santa Cruz y su distrito cuervos muy grandes y antas. Hay más en aquel distrito el animal que dicen trae los hijos en la barriga y otros pájaros naturales; y hay liebres y conejos así al parecer de los de España, sino que no tienen cola. Hay zorras, muchos géneros de micos. Hay grandísima cantidad de víboras y otros animales muy ponzoñosos y mortales, las víboras muy grandes; hay culebras muy grandes.

Hay caña fistola muy buena y muy gruesa y otros géneros de purgas. Hay garroba en cantidad. Hay garrobilla para curtir, que vienen las suelas y baqueta a 40 o 50 días. Hay guayacán en gran cantidad y otros árboles muy medicinales; y aciga, que es la trementina que en aquella tierra hay y es de un árbol grande.

1586

* * *

Hállase el original en la Real Academia de la Historia de España. Consta de tres folios útiles y en buen estado. Del libro de Don Marcos Jiménez de la Espada y las "Relaciones" del siglo XVI).

MISIÓN O RESIDENCIA DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

ANNUA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS – TUCUMÁN Y PIRÚ

En la gobernación de *Santa Cruz de la Sierra* y en las provincias a ellas anejas, ha cerca de 11 años que trabaja la Compañía con grande aprovechamiento y fruto así de españoles como de indios. Residen al presente, o por mejor decir, peregrinan por estas partes 9 de los nuestros, 7 Padres y 2 Hermanos, acudiendo cada uno a la parte que le cabe, conforme a la lengua que ha desprendido. Las primeras cartas que para esta annua se han recibido, son del mes de agosto de 94, y las postreras de octubre de 95. Lo sucedido en este tiempo diremos muy brevemente, aunque de las provincias que están tan remotas y apartadas, y tan cerrados e impedidos los caminos, ni se puede escribir todas las veces que era menester, ni se reciben todas las cartas que se envían; así no podrán dejar de ir interrumpida en algunas cosas la historia.

“Tres ciudades han fundado en esta gobernación y provincia los españoles, para tener sujetos y pacíficos a todos los indios de ella. La primera y principal es la de *Santa Cruz de la Sierra*, la cual tomó este nombre por estar fundada junto a un montecillo y sierra, no habiendo muchas leguas alrededor otro menor ni mayor, y le dio a toda la provincia y gobernación. La segunda es la ciudad de *San Lorenzo el Real*, fundada 6 años ha por don Laurencio de Figueroa, que le puso el nombre de su Sancto, entre la ciudad de *Santa Cruz* y el *Pirú*, para asegurar el camino a los que van y vienen a Santa Cruz, de muchos indios enemigos y grandes guerreros que les estorban. La tercera, la de *Sanctiago del Puerto*, por la devoción que tiene la nación española a este glorioso Sancto y por estar a la entrada y puerto de muchas y diversas naciones, fundada 3 años ha en medio de grande muchedumbre de indios enemigos y flecheros, y para que fuese freno de su crueldad y fiereza, y para abrir la puerta a su conversión, por donde entrasen en la Iglesia católica, como en efecto se abrió, si sus pecados, por los secretos juicios de Dios, no la cerraran. En cada uno de estos puertos residían siempre los nuestros, acudiendo desde allí como principal asunto a los indios comarcanos, como iremos diciendo. Pero este año pasado, como se toca en la annua pasada, se alzaron los indios que servían a la ciudad de *Sanctiago*, y así fue forzoso desamparar aquel puesto, que con trabajo se había adquirido, porque no fuese todo caminar, como dicen, viento en popa, como se verá por una que escribió el P. Diego de Samaniego, de *Santa Cruz de la Sierra*, a 8 de agosto del 94, al P. Provincial Joan Sebastián, que es la siguiente:

“Pax Christi, etc. Pocos días ha escribí a V.R., y así por esto, como por estar de prisa los mensajeros, seré breve. La ciudad de *Sanctiago*, que con tanto contento se pobló y perseveró por más de un año, como a V.R. escribí, ha permitido N^o Señor no se pudiese por agora conservar en aquel puesto, porque aunque los indios *Tovasicosis* o *Chiquitos*, por otro nombre, se levantaron y con púas en el suelo enherboladas y flechas, así mismo con hierba muy mortífera, se defendían de los españoles, escondiéndose por los montes, aquí 10, allí 15, sin salirles al raso y campo juntos, sino flechándoles desde allí, eso no fuera parte para que se salieran de la tierra, sino la mucha hambre que en la ciudad tuvieron; porque los mismos indios, por no darles mucho trabajo, si los hicieran en la misma ciudad, haciéndoles venir desde sus mismos pueblos a trabajar en ellas, y ellos cogieron los frutos y los escondieron en el monte y parte quemaron. Envío el señor gobernador un capitán con gente a los *Timbus*, adonde antes hallaron mucha comida, y este año no hallaron nada, por haberse anulado toda. Quiso él mismo verlo por sus ojos, y habiendo corrido

por diversas partes, halló ser verdad lo que se refería. Viendo el poco remedio que de comida tenían de presente, y menos esperanza para adelante, porque con el hambre se huían los indios de servicio y no podían hacer sementeras, aquella ciudad requirió al señor gobernador diversas veces se volviesen a ésta y que otro año más abundante se podían asentar en parte más cómoda. El señor gobernador se detuvo en concederlos esto; antes les ofreció darles 10.000 ducados y que pusiesen 2 procuradores en esta ciudad y en Sant Lorenzo que les comprasen y proveyesen de comida. Pero no lo aceptó la ciudad, pareciéndoles no se les podía llevar tan lejos, así por falta de caballos como de soldados que acompañasen y defendiesen la comida de los enemigos que saltaban el camino y ponían púas con hierba, que por esta causa también nunca socorrió esta ciudad con comida ni aún pudo enviarlos carcas por más de 4 meses; y por la ciudad de *San Lorenzo* había tanta agua en un palmar que estaba en el camino, que 20 leguas desta ciudad se volvían los mensajeros sin poderlo pasar; lo cual puso en mucho cuidado a este buen caballero y fue ocasión a los de *Sant Lorenzo* que escribiesen a esos reinos que los indios de aquí se habían levantado y nos habían muerto a todos, lo cual fue sin fundamento. Pues por todas estas causas y por pedirles muchos soldados que habían ido de aquí a socorrerlos y muchos *Itatines* licencia para venirse, condescendió con lo que se requería con tiempo, para acudir también a estotras ciudades y ver si entraba la gente del *Perú* y la munición que espera. Agora envía gente que los ayude en el camino, y Su Señoría irá en todo este mes a *Sant Lorenzo* para ir con los soldados que entraren agora; y de aquí llegará a descubrir el río abajo hacia los *Moxos* lo que se pudiere hogaño. ¡Plegue a N^o Señor no lo impida el Demonio como otras muchas veces lo ha hecho! Yo iré con Su Señoría, y en tanto que se disponen las cosas en *Sant Lorenzo*, entraré, placiendo a Dios, a la Cordillera y Sierra, si la Divina Majestad dar alguna luz con su santa palabra a aquellos bárbaros, aunque por lengua tan ruin y torpe como la mía, que será de mucho provecho, y tocándoles sus corazones, de lobos los volverá ovejas, y de bravos leones mansos corderos, como hizo con sus parientes los de Itatí, que de potros cerreros que arrastraban a los de esta gobernación, los volvió caballos mansos que ayudan y sirven a los de ella, como se ha visto en esta guerra contra los *Chiquitos* y en otras ocasiones...”

“El P. Diego de Samaniego, fue con el gobernador a la ciudad de *San Lorenzo*, como él dijo en la pasada suya. Mientras que se aprestaba para la entrada de los *Moxos* fue en compañía de un mancebo que sabía aquella sierra, a los *Chiriguanaes*. Es esta nación muy valiente y guerrera y que a todos los demás tiene por esclavos y les hace guerra y a los españoles no se quieren sujetar. Ha costado mucha sangre y muertes el haberlos querido rendir, y de toda la fuerza del *Perú* se defendieron por ser muy montuosa la tierra y doblada y ellos muy animosos; y tarde o mal o nunca se han de rendir por armas. Hase procurado por algunas vías rendillos y amansallos con la suavidad del Evangelio; y ansí, viniendo un cacique dellos a pedillo, fue a ellos el P. Diego de Samaniego, como él lo escribe al P. Diego Martínez a 14 de octubre de 95 por estas palabras: “Dos días ha que llegó *Curapay*, cacique de la cordillera, con algunos indios. Hablómelo luego y dijo cómo venía por mí en su nombre y de otros caciques, para que bautizase a ellos y a sus hijos, y mostrando buena voluntad en ellos; lo mismo dijo al señor gobernador y respondió que me lo rogaría, y otras palabras buenas, como Su Señoría suele. Dijimos misa el Padre y yo por esta intención; volvió el cacique con sus indios esta mañana por la respuesta, mostrando muy grande deseo dello, y después de haberlo consultado, pareció que fuese yo solo, porque entendiese que me fiaba de ellos; pero que no fuese más que a los cuatro pueblos primeros, porque los demás estaban enemistados con ellos...”

“Acerca de esta ida y de las demás ocupaciones de los nuestros, escribe el gobernador al P. Provincial lo siguiente a 28 de octubre de 94 de *Sant Lorenzo el Real*:

“Mucho tiempo ha que no he tenido carta de V.P., aunque confío de la mucha merced que V.P. me hace que no me olvide, porque conozco las mercedes que Nuestro Señor me hace por oración de V.P. y de esa

santa Compañía... Gran consuelo me da el mucho fruto que estos santos varones desta santa Compañía hacen a esta tierra, y eso me da ánimo a desear extender y descubrir tierra donde ensanchen la palabra evangélica; y así se va conservando la jornada del *Moxos*, aunque no por eso pierden punto, que todos se emplean y ocupan sin tener hora ociosa. Mi padre y santo varón Diego Martínez trabaja con los indios de *Santa Cruz* con el P. Velásquez, P. Miranda y P. Ortiz; a P. Angelo fue a la provincia de *Itatin* a proseguir el mucho fruto que entre aquellos naturales ha hecho; mi P. Diego de Samaniego, porque mi P. Hierónimo de Andian estaba en esta ciudad procurando la buena ocasión que agora se ha ofrecido, porque ha muchos días que inclinábamos a estos indios *Chiriguanaes* de la Cordillera que apetiesen entrasen allá algunos destos mis PP.; y agora vinieron algunos destos caciques *Chiriguanaes* a pedir fuesen allá uno de los PP., y así habrá ocho días partió con ellos el P. Samaniego. Espero en la Divina Majestad ha de hacer algún fruto, porque aunque es gente de tan malas inclinaciones esta *Chiriguana*, el ver que el padre no tiene otra pretensión más que su bien, les moverá mucho... y porque los PP., escribirán a V.P. el estado de la jornada de los *Moxos* y las prevenciones que para ella hago, así de navíos para ir por agua, como para por tierra, me remito a lo que ellos escribieren”.

“Copia de una del P. Diego de Samaniego para el P. Juan Sebastián, provincial, a II de noviembre de 1594, escrita en el camino de *San Lorenzo* volviendo de los *Chiriguanaes*, de su entrada a ellos y del suceso della.

“Pax Christi, etc. Gracias a Dios N° Señor, que nos ha llevado y vuelto con bien de los *Chiriguanaes* de la Cordillera, y los que a parecer de muchos nos habían de matar y comer, ¡nos han recibido muy bien y dado comida!... pues éstos son tenidos por fieros leones en estas partes; y porque estando en *San Lorenzo* con prisa de mi partida escribí s [solo?] una inclusa, avisando a V.P., desta misión, en esta daré cuenta della deste camino 16 leguas de *San Lorenzo*, a do topé agora gente que va al *Pirú*, comenzando desde cuando me quería partir aderezando cosas que darles, poniendo títulos a envoltorios, a unos chaquitas, a otros rosarios para mujeres de caciques, a otros gargantillas, a otros otras mil brujerías, aunque de todo había poco, me reía entre mí y consolaba de verme hecho buhonero por Christo, y no sin fruto, como después diré. Por otra parte, ha sido esta misión de cruz para mí, porque fuera de otras incomodidades, un mancebo que iba conmigo (que yo quisiera más hermano de la Compañía, pero no le había y acordábame de cuántos estaban en los colegios de España que me acompañarían de buena gana), a la segunda jornada se me tulló, de suerte que no ha faltado en qué padecer y servir al que me había de ayudar a mí, y hasta hoy aún no está sano. Y con este dolor y trabajo con que íbamos, puso Dios N° Señor, en mi corazón esperanza... Sobre la enfermedad se llegaba otra que no menos le afligía, que era un gran temor de que nos habían de matar, porque el cacique le acababa de decir aquella noche, que no tenían olvidado los males que los cristianos les habían hecho, y que no tratase el Padre de baptizar a sus hijos, que les habían dicho ahogaba los niños cuando los baptizaba, y que a los huérfanos los había de llevar consigo, y que me contentase con decir la palabra de Dios. Y yo le animé cuanto pude según el temor, y le dije que nuestra guarda no era de soldados armados, sino del mismo Dios, en quien teníamos nuestra esperanza, y que aunque no vea la guarda, ángeles teníamos que nos guardaban; y cuanto a lo demás, que yo esperaba en N° Señor nos habían de rogar los baptizásemos a ellos y sus hijos, que esto no es obra de hombre, sino de Dios, que se lo encomendásemos y esperásemos en él, y que no dijese al cacique que no me había dicho nada, y que oída la palabra de Dios, sería otra cosa, como de hecho lo fue y diré adelante. Volviendo a nuestro camino y recibimiento, 5 o 6 principales hijos de caciques con sus esclavos nos acompañaron unos desde *San Lorenzo*, y otros desde sus rasos donde se habían quedado descansando, y a tres jornadas antes de llegar a sus pueblos, que fue hasta de donde escribo, venían dos sobrinos del cacique mayor del primer pueblo, vestidos a la española en sus caballos y encontrándonos en el camino, se apearon, y dejando sus lanzas, se llegaron a besarme la mano con tanta

crianza como si fueran españoles, y dijeron que su tío les enviaba a recibirme, que fuese bienvenido; y llegando a la dormida, hallé a otros muchos principales que me estaban esperando, y llegando al río nos pasaron con mucho amor; y pasándolo, el cacique mayor se arrodilló y me besó la mano. Luego fuimos a su pueblo, que estaba a una legua, aunque con la mala fama que el Demonio de mí sembró de que ahogaba a los niños cuando los bautizaba, dijo el cacique a mi compañero lo que arriba dije. Luego que en el segundo pueblo, que es mucho mayor, supieron que había llegado, vinieron algunos principales y hermanos del cacique mayor a pedirme fuera a su pueblo, y yo lo diferí para otro día, y volviendo ellos por mí, fui allá, donde estuve tres días tratándolos por mañana y tarde y predicándoles algunas cosas generales que debían saber; no me pareció tratarlos por ahora en particular de sus vicios, de las muchas mujeres que tienen, de las guerras que hacen, por no ponerles luego lo dificultoso al principio, sino aficionarlos antes a N° Señor y después él dará fuerzas para quitar lo otro, que pide espacio. El Demonio había ya esparcido en el segundo pueblo lo que arriba dije de los niños, y así, aunque oían la palabra de Dios N° Señor, no traían a sus hijos para bautizar. En este pueblo hallé mensajeros para dos pueblos y por ser ya tiempo de aguas y de hacer sus sementeras, no me pedían fuese a sus tierras, que pasadas las aguas, lo pedirían éstos y otros muchos que me venían a visitar. Traían presentes de gallinas, camotes y otras cosas, pescados, huevos de gallina y de avestruz para comer, y otras cosas, y yo también les daba después de lo que llevaba, y en la doctrina, de los rosarios, gargantillas, para que así se animasen a acudir con más voluntad; algunos me pidieron con instancia les bautizase, pero viendo yo el poco tiempo que tenía y que era menester largo catecismo e instrucción para gente tan enfrascada en grandes vicios y difíciles de vencer, particularmente el de las muchas mujeres, se lo diferí para otro tiempo, aunque ellos dijeron que pensaban venir a la ciudad de *San Lorenzo* a bautizarse, y así no bauticé a adulto alguno, si no fuere enfermo, por el peligro; el día antes que me partiese para *San Lorenzo*, me pidieron algunos que bautizase a sus hijos, pero que no lo osasen decir al cacique, porque había dicho que ninguno bautizase a sus hijos, porque decía los ahogaba yo cuando los bautizaba; que yo se lo dijese; y yo se lo dije al cacique, y movióle N° Señor de tal suerte, que él ofreció de que también traería a los suyos y lo mismo dijeron otros. Con esto enarbolé mi bandera y cruz encima, y díselo al cacique mayor la tuviese a la puerta de la iglesia, con que se publicó el bautismo de los niños, y todos muy apriesa traían a sus hijos. Los primeros fueron 3 hijos del cacique mayor que arriba dije lo estorbaba, y después aquella tarde y otro día siguiente bauticé muchos, de que no acababa de admirarse mi compañero, viendo tan trocado de quien tanto se recelaba. Bauticé a estas criaturas por el peligro en que estaban siendo niños, y por la esperanza que tengo de que se podrá cada año entrar a catequizar y predicarles. Tres o cuatro frutos hallo de esta mi entrada: el primero la quietud de esta gente, que estaban en un pie para huirse, por muchas malas hablas que les llevaba los indios de los cristianos que allá se huyen, de que ha de dar el gobernador en ellos, y ténenle tanto, que cada día les parece lo tienen sobre sí, y así no querían sembrar. Como me vieron y oyeron se aseguraron y hacen ya sus sementeras, y porque las hagan los dejo yo que se les acaba el tiempo de hacerlas. El segundo, que se abrió la puerta para que se les entre el año que viene y lo siguiente, nunca habían visto Padre ni oído cosa de su salvación. El tercero, haberse bautizado estos corderitos, que algunos se llevará N° Señor, en flor que interceda[n] por sus parientes. V.R. los haga encomendar a Dios Nuestro Señor”.

“El mes de agosto pasado escribía V.R. cómo con la poca lengua *chiriguana* que sabía, fui enviado a *Itatin*, y quiso N° Señor que me recibieron muy bien. Casé a los que hallé dispuestos, etc... Quiso también N° Señor que tuviésemos entrada en unos pueblos más adelante en donde no había entrado el P. Samaniego ni otro español, por muchos estorbos que cada vez que intentaba el Padre le ponían delante. Eran estos 4 o 5 pueblos, en los cuales casi todos los viejos eran cristianos bautizados muchos años antes pues había un sacerdote que anduvo por allí muy de paso; pero en más de 25 años no se habían

confesado ni estaban casados por la iglesia casi ninguno, ni tenían de cristianos más que el bautismo y el nombre. Todos los mozos de 25 años abajo son infieles; deseaban bautizarse, y así lo pedían y se hacían escribir en la memoria que hacían de los niños que habían de bautizar, pero con harta pena mía les decía que no podía ser por entonces, que era menester saber bien las cosas de Dios, y que tenía orden de volverme a *Santa Cruz* antes de entrar las aguas; y así bauticé en estos pueblos que digo hasta 100 niños y casé hasta 50 pares, que no fue poco quererse casar éstos, habiéndolo procurado el Demonio y esos otros pueblos en darles a entender que si se casasen se les moriría la mujer; y así muchos rehúsan casarse por la iglesia, estándose en mal estado mucho años. Es esta gente muy soberbia ni reconoce sujeción, o muy poca, a sus caciques, aunque después que el P. Samaniego los ha tratado, están más domésticos y se puede entrar con más seguridad a ellos; y si pudiese estar algunos meses o más tiempo algún Padre entre ellos, sería muy grande provecho; pero no se puede acudir por más tiempo, porque somos pocos y hay muchas partes donde hacemos falta. Andando en la fuerza de mis ocupaciones, me dio una recia enfermedad que en pocos días me puso muy a peligro. Bien entendí que fuera esta tierra mi sepultura; pero quiso N^o Señor, darme salud, porque saliendo en hombros de indios, que me llevaban en una manta, por no poder ir de otra manera, comencé luego a mejorar y ya lo estoy del todo, como [que] dentro de pocos días saldré con el P. Martínez a visitar los pueblos de alrededor y para aprender en su compañía la lengua *gorgotoqui*. Grande deseo tengo de salir con ella, porque tantos hombres cuántas lenguas saben, y si no las saben sunt *illis barbarus et mihi illi barbarissimi*. No acabo de dar gracias a N^o Señor por la merced que me ha hecho en quererse servir de mí en estas partes, y muchas veces no me hartó de llorar oyendo confesiones de esta gente, primicia de esta gentilidad, viendo el cuidado que tienen muchos de sus almas, etc.”

“Después de escrita ésta, se recibió otra carta del P. Diego de Samaniego, del sobredicho pueblo de *San Lorenzo*, a 13 de diciembre de 95, para el P. Provincial, confirmando lo que arriba se dijo de éste.

“La falta que hizo la muerte del gobernador don Lorenzo de Figueroa para la conversión de toda aquella gentilidad y conservación de los ya convertidos, aunque fue grande, la suplió Nuestro Señor con la elección que hizo el señor virrey de gobernador en el capitán Gonzalo de Solís, que era su teniente y cuya es la carta que está arriba desde *San Lorenzo*, para el P. Provincial; el cual no sólo por su mucho valor y cristiandad, sino también por el deudo que tiene con la Compañía, por hermano del P. Diego Gonzalez, que está en esta provincia, en quien la ha siempre amado y favorecido mucho, y se entiende lo hará en adelante; de suerte que ni la Compañía ni la conversión de aquella gentilidad echa de menos al gobernador pasado, si no es por lo que la ley del agradecimiento obliga.

“Fuera de estas misiones, donde ha tantos años que andan los nuestros peregrinando, se ha dado principio este a otras dos o tres, que aunque hasta agora no son más que principios, porque se vea las muchas puertas que están abiertas para tanta gentilidad como hay en esta tierra, las pondré aquí.

1596

“Relaciones geográficas de Indias”, Ministerio de Fomento. Perú, Tomo II. Madrid. Tipografía de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, 1885

VIAJE DE SOCORRO AL CACIQUE CUÑAYURU Y SUS COMARCANOS

GOBERNADOR MARTÍN DE ALMENDRAS

Este día, 12 de julio, salió el señor gobernador con la mayor parte del campo, a dormir a la boca del monte grande, que es en el Palmar, a cinco leguas de San Lorenzo y allí se detuvo otros dos días siguientes, que fueron viernes y sábado, para que se acabase de juntar toda la gente; y domingo y lunes se caminó por el monte grande y se salió al raso de los Pozuelos, donde se halló un soldado que el sargento mayor había despachado desde el pueblo de Cuñayaba a ver si venía el socorro, porque lo esperaban por momentos. Y habiendo tomado lengua y razón de todo lo que había, se holgó allí el martes, porque salió la gente y caballos muy destroncados del monte, que tiene 10 leguas, y no se tocó en más de una aguada, que es una lagunilla de agua llovediza.

Allí se hizo reseña y lista de todas las personas, así españoles como naturales, armas y caballos que en el campo venían, y halláronse que venían 80 soldados y un sacerdote (que es el padre Fray Pedro de Villacorta, comendador de la casa de Nuestra Señora de las Mercedes de la ciudad de San Lorenzo), y allí se repartió la gente en cuatro escuadras: una tomó el señor gobernador y las otras tres dio a los capitanes Francisco de Coimbra, Francisco Hurtado de Mendoza y Juan Arredondo; eligió por maese de campo a Bartolomé Cortés, su teniente general, y por alférez real a don Pedro Álvarez Holguín, y por proveedor general al capitán Francisco Bello.

Halláronse que con otros 10 soldados que estaban con el sargento mayor fueron por todos 90 con capitanes y soldados, los 74 armados de arcabuces, cotas y escaupiles, celadas, y 13 con caballos armados de peto e hijares y todas sus armas para de a caballo, y todos los de a pie y de a caballo con sus adargas, que los arcabuceros las llevan sobre el lado izquierdo, con sus fiadores, además de otras muchas que traía la gente de servicio. Indios de servicio o negros y mulatos: 200. Caballos: 280 cargados con mucha vianda y bastimento para más de seis meses.

Miércoles y jueves siguiente se caminó hasta el río Guapay. Halláronse los caminos todo lo que era montaña bien abierto porque los indios lo habían abierto para la venida del señor gobernador, aunque su costumbre es huir de tenerlos abiertos, pero con el deseo que tenían de socorro vencían sus inclinaciones y costumbres.

Viernes se llegó al pueblo de Cuñayaba. Estaban esperando en la playa del río Guapay con 150 indios para ayudar a pasar el río que llevaba mucho agua, y ellos lo hicieron muy bien. Sitióse el campo un cuarto de legua de su pueblo porque el señor gobernador dio orden de que nadie entrase en sus pueblos porque no les hiciesen daños, y luego vinieron las indias mujeres de los caciques principales con sus indias de servicio cargadas de comida aderezada, de aves y pescado, frijoles y otras legumbres; trajeron maíz para la gente y caballos que pareció cosa extraordinaria la confianza que hicieron en traer mujeres e hijos donde venía un campo tan grande, porque esta nación suele ser recatada y no usar de tanta confianza. Habrá en este pueblo 60 chiriguanaes naturales y tendrán otros 150 indios a quienes llaman esclavos.

Hallóse en este pueblo otro soldado de los que estaban con el sargento mayor y un hermano del cacique Cuñayuru, que se dice Mocapiri, indio brioso y de mucha razón y entendimiento, al cual se despachó luego para que secretamente avisase a su hermano y se tomasen los caminos para resguardo de los enemigos, y siempre este cacique hizo este oficio muy bien. Enviáronse también dos españoles con carta y aviso al sargento mayor de cómo quedaba allí el campo y que partiría el día siguiente. Está este pueblo a 23 leguas de San Lorenzo.

Sábado salió el campo de dicho pueblo y vinieron para ayudar 150 indios flecheros, entre chiriguanaes y esclavos. Caminóse aquel día cuatro leguas donde estaba el sargento mayor en un arroyo salobre que es la mitad del camino de Cuñayaba a Cuñayuru, y otro día siguiente (que fue el día de la Magdalena), al amanecer llegó a aquel puesto una carta de Francisco Ontón en que decía que la tarde antes habían llegado mensajeros de los caciques del Palmar a saber cuándo había de llegar el gobernador porque querían acudir a ayudarle, y también habían llegado mensajeros del pueblo de Tembero que decían que ellos y el pueblo de Yaguapitán se habían juntado y dado una guazabara al cacique Areya y su gente y la de su hermano Mapahé y muértoles muchos caciques y esclavos, en venganza de que ellos habían muerto a su cacique Tembero. Y este día se llegó al pueblo de Cuñayuru porque estaban bien abiertos los caminos, aunque paró el campo a oír misa en la mitad del camino, y a él envió el cacique Cuñayuru refresco de chicha y agua que no la había en el camino. Sitióse el campo un tiro de ballesta del pueblo, porque el cacique mostrando confianza había hecho limpiar aquel sitio y no quiso que se rancheasen lejos y tenía mucho refresco de bebida aderezada, chicha y otras cosas, y comida para los indios de servicio y maíz para los caballos, y todo el día estuvieron los caciques y sus mujeres e hijos y esclavos dando recaudo a los soldados y sirviéndolos.

Después de haber sitiado el campo se mandaron juntar los caciques del pueblo de Cuñayaba que desde el río habían venido con el señor gobernador, y al capitán Cuñayuru y demás caciques de su pueblo y a los mensajeros del cacique del Palmar, y a los del pueblo de Tembero. Con buenos intérpretes les hizo decir el dicho señor gobernador que ya habían que cuando enviaron a avisar a San Lorenzo que los tenían cercados Sebastián Rodríguez y los caciques Tatamiri y Charagua, se les enviaron cuatro soldados de socorro para que los ayudasen a descercar; y que después, volviendo a pedir otro socorro y significando gran necesidad y aprieto si no se le daba, les envió su señoría al sargento mayor con otros seis soldados para que los amparasen y los defendiesen y avisasen a Sebastián Rodríguez y a los demás sus amigos que no les hiciesen a ellos más agravio porque de otra manera sería obligar a darle mayor socorro, y que le habían escrito que aunque habían hecho estas diligencias no aprovechaba, antes le había avisado el dicho Cuñayuru que si dentro de un mes no le enviaba el socorro le sería forzoso rendirse y entregarse a sus enemigos, que entonces echaría de ver el riesgo que corrían San Lorenzo y los caminos reales y que esto le había movido a venir en persona a darle el dicho socorro; que mirasen bien la justificación que en esto había porque con ella estaba presto a ayudarle y ampararle, pues tan bien había guardado y cumplido la paz que había quedado con los de San Lorenzo. A lo cual respondieron el dicho Cuñayuru que él había cumplido las paces que prometió y que a él se le había prometido en ellas de guardarle, contra sus enemigos, y que a los del pueblo de Sebastián Rodríguez no les había dado ocasión para que fuesen de mano armada a quererle matar y le cercasen como le tuvieron cercado, matándole a sus parientes y poniéndoles en gran aprieto y llevándole (como le llevaron) dos pueblos de esclavos y todos sus caballos y yeguas y mucha hacienda; y que además de eso, enviándoles después a pedir paz, no la querían, respondiéndoles que eran mujeres de los cristianos y que cuándo habían de venir sus maridos y socorrerlos, que cuando viniesen saldrían a caballo a pelear con ellos y que los habían de acabar a todos ellos y a los de San Lorenzo, y que Sebastián Rodríguez decía, animando a sus amigos, que él recibiría en las palmas de las manos las pelotas de los cristianos, y que éstas y otras desvergüenzas decían, y que

por ser muchos estaban con gran temor porque Sebastián Rodríguez y los demás cristianos que estaban con ellos tenían sus arcabuces.

Y no obstante lo susodicho quiso el dicho señor gobernador saber el origen que habían tenido para ir a cerca de Cuñayuru, Sebastián Rodríguez y sus aliados, y pareció que habiendo el cacique Curupay (que tenía su pueblo a un tiro de arcabuz desde Cuñayuru) hecho maltrato a unos indios cristianos enviados por algunos españoles de Tomina, el cacique Cuñayuru reprendió al dicho cacique Curupay diciendo que él no había de consentir se tratase mal a cosa de cristianos porque así lo habían prometido en las paces; y que enojado de esto el cacique Curupay, diciendo que por qué le había de mandar Cuñayuru, envió mensajeros al cacique Yaguapitán (que estaba a una legua de Charagua) y Sebastián Rodríguez, pidiéndole que hablase al dicho Sebastián Rodríguez para que con toda la gente de sus pueblos le fuesen a ayudar a dar cabo de Cuñayuru, y que lo mismo harían de todos los cristianos y se harían ricos en el camino del Perú a Santa Cruz, y que luego habían ido secretamente el dicho cacique Yaguapitán, y por su orden fueron con él Sebastián Rodríguez y los caciques Charagua y Tatamiri y los demás de su pueblo, y le habían cercado y hecho los daños referidos; y que cuando alzaron el cerco se habían venido el dicho cacique Curupay y su pueblo con el dicho Sebastián Rodríguez y estaban con él.

Y no obstante esto y las informaciones y diligencias hechas por el dicho señor gobernador, habló al dicho cacique Cuñayuru y le dijo que él venía a socorrerle y que pues era suya la causa y él estaba ofendido y tenía causa justa, que viese lo que quería hacer, que su señoría le ayudaría contra el pueblo de Sebastián Rodríguez, porque con todos los demás pueblos y caciques había de procurar conservar la paz y procurar la tuviesen con todos los cristianos. Y el dicho cacique Cuñayuru dijo que él también lo quería así. Tiene este pueblo de Cuñayuru 300 indios chiriguanoes y 100 esclavos y está a 31 leguas de San Lorenzo.

Lunes 23 del dicho salió el campo del pueblo de Cuñayuru y salieron de él 100 indios chiriguanoes y esclavos de guerra. Llegóse este día al pueblo de Tembero, donde estaban los caciques Yaguapitán y Vitupué con toda su gente, que habían desamparado a su pueblo e ídose al de Tembero, de miedo de los caciques Areya y Mapahé por la guazabara que dos días antes les habían dado y hécholes mucho daño (como va dicho que lo escribió Francisco Ontón), y porque estaban enemigos el dicho cacique Cuñayuru con el dicho cacique Yaguapitán por haber sido el instrumento de que fuesen a cercarlo Sebastián Rodríguez y sus aliados y él con ellos, el señor gobernador trató de conformarlos y hacerlos amigos, y habiendo en su presencia dado sus quejas y razones, hizo entre ellos las amistades. Alojóse el campo a un tiro de arcabuz del pueblo de Tembero porque allí tenían limpio y aderezado los caciques y dieron refresco de comida como los demás, y le trajeron sus mujeres e hijos. Está este pueblo a tres leguas de Cuñayuru.

Este día pidieron los dichos caciques Yaguapitán y Vitupué y los demás del pueblo de Tembero al dicho señor gobernador, que diese primero en el pueblo de Mapahé y Areyá y que después daría en el de Sebastián Rodríguez y su señoría él respondió que no había de hacer mal al pueblo de Mapahé y Areyá y que procuraría componerlos antes de que se saliese de la provincia.

Otro día martes 24 de julio salió al campo del pueblo de Tembero y aunque el cacique Yaguapitán se excusó de ir con él, salió el cacique Vitupué con su gente y otros deudos de Yaguapitán con la suya y los caciques del pueblo de Tembero, de manera que de 600 indios que tiene este pueblo de Tembero y Yaguapitán y Vitupué (los 100 chiriguanoes y los 500 esclavos) saldrían 250 indios de guerra entre chiriguanoes y esclavos. Y habiendo caminado como dos leguas pequeñas, se hizo alto en un palmar

donde nos detuvimos hasta las 3 de la tarde, y a aquella hora se comenzó a caminar dejando el camino derecho y tomando otro, que aunque fue mucho rodeo se hizo por no ser sentidos. Y habiendo caminado hasta 2 horas de la noche, se hizo alto hasta el cuarto del alba, y aquella hora se volvió a caminar poco a poco en ordenanza, despachando siempre espías delante, de manera que diciendo los guías que estábamos cerca del pueblo, se hizo alto sin apearnos para aguardar a que fuese de día.

Ya que lo era, miércoles, día del señor Santiago, la gente que iba con los caballos armados comenzaron a galopar creyendo que estaban junto al pueblo y fueron galopeando tres cuartos de legua, y los arcabuceros que iban a caballos detrás para socorrer, luego como eran tan lejos tardaron algo más, excepto cuatro o cinco que fueron galopeando tras la gente de a caballo.

El capitán Francisco de Coimbra comenzó a hablar a los esclavos (que es la gente que tenían por delante a la entrada los chiriguanaes, que así lo acostumbran) y les dijo que se estuvieran quedos, que a ellos no pretendíamos hacer mal, y así lo hicieron al principio, hasta que habiéndose puesto los chiriguanaes en resistencia por el lugar que tuvieron de haber oído el ruido, se disparó con arcabuz, y fue tanto el espanto que los esclavos recibieron que comenzaron a huir y meterse por los montes, y los chiriguanaes también se retiraron a la orilla del monte y a las asperezas donde la gente de a caballo no podía llegar, y como el pueblo era tan grande (que tiene un cuarto de legua desde las primeras casas hasta la fortaleza que tenía Sebastián Rodríguez y los chiriguanaes) la gente se fue esparciendo por todo él, así soldados como chiriguanaes indios amigos. Y cuando los arcabuceros llegaron al pueblo de Sebastián Rodríguez y dieron el “Santiago” con la arcabucería, todos los enemigos desampararon el puesto, y las mujeres e hijos habían dividídose, huyendo la sierra arriba, que es muy montuosa y áspera. Quemáronseles las casas y fragua y cogióse este día una chiriguana natural, mujer de un cacique, y otros chiriguanaes hijos habidos en esclavas y 150 piezas de indios e indias chicos y grandes, y con eso se recogió el campo y nos fortificamos. Cogiéronse también este día como 20 caballos y muchas sillas y otras cosas de las que tenían en sus casas, con que los indios amigos quedaron ricos. Y porque los enemigos andaban hablando desde los montes y de lo alto de los cerros diciendo muchas libertades a los que iban a las escoltas, salieron este día sobre tarde 12 arcabuceros sueltos hacia el pueblo donde solía estar Sebastián Rodríguez y los chiriguanaes, porque allí había golpe de ellos, y haciéndolos retirar a arcabuzazos ellos también tiraron a los nuestros cinco arcabuzazos, y entendiendo los nuestros que eran Sebastián Rodríguez y don Pedro, les hablaron diciéndoles que para qué estaban entre aquellos bárbaros, que se viniesen, que el gobernador los recibiría bien, y a esto respondió el Sebastián Rodríguez: “Antes cegaréis de ambos ojos que tal veáis”. Y tuvieron otras prácticas, y al cabo de ellas los recidió con otro arcabuzazo.

Tendría este pueblo 2.500 indios de tomar armas. Las casas eran de tabique con sus troneras, y había galpones, unos 200 pasos y otros de 150 y otros de más y menos. El sitio de los esclavos es llano y de buen terruño, y el arroyo de Charagua que lo va prolongando; y el sitio de Sebastián Rodríguez y los chiriguanaes es en un alto en la chapa o falda de un cerro y barrancas por delante.

Quemáronseles a Sebastián Rodríguez dos fraguas, una de herrero y otra de platero. Y según la multitud de chacras que hay cogidas y por coger, tendrían más de 5.000 fanegas de frijoles en sus casas, y grandes chacras de yuca y camotes y otras legumbres por coger. Y lo que más se ha estimado es que con pocas muertes se le han quitado las muchas fuerzas y soberbia que este pueblo tenía, con que a todos amenazaba, que sí como estaba malquisto con todos los de la Cordillera o estuviera también, pudiera hacer mucho mayor daño. Porque es gran fuerza la de casquillos de acero que el Sebastián Rodríguez les había hecho, unos de punta buida para las cotas, y otras de arpón para los caballos e indios y toda la demás flechería con hierba mortífera, que no sólo en este pueblo sino en toda la cordillera está de nuevo introducida,

porque no solía haber tal, y a no haberse hallado la contrahierba que se hizo en los Chiquitos, pudiera ser grande el daño. Mediante ella no ha habido ninguno, antes los chiriguanaes, que han tenido otras guerras de behetría unos contra otros, nos la vienen a pedir para sus heridos. Matáronse hasta siete y ocho de los que resistieron.

Otro día que fue de Señora Santa Ana, por quitar la soberbia de los enemigos que nos andaban a la redonda, salió el capitán Francisco Hurtado de Mendoza a pie con 20 soldados arcabuceros y 300 amigos hacia la parte donde estaban los chiriguanaes, y tuvo con ellos muchas guazabaras y siempre los llevó retirando hasta donde tenían las mujeres, las cuales ya se retiraban y esparcían por la sierra montuosa. Con todo eso cogió 15 piezas, entre las cuales trajo una chiriguana natural, hermana de un cacique, que era mujer de otro, y otras piezas chiriguanaes de menos cuenta.

Y este dicho día salió el capitán Juan de Arredondo con 15 hombres y 100 amigos hacia donde se retiraron los esclavos, a llamarlos de paz; y otro día siguiente volvió con algunas piezas de ellos. Despacháronse este dicho día otros indios de los prisioneros a que hablen bien a sus parientes y los traigan de paz, y siempre van trayendo algunos de su voluntad y dicen que tienen deseo de venir, sino que aún no se tenían de golpe.

El sargento mayor salió otro día hacia la parte donde están los esclavos y trajeron algunas piezas y caballos y yeguas, que también en las otras correrías se han traído golpe de ellas.

El día de Señora Santa Ana vino el cacique Mapahé que tiene su pueblo a una legua de éste, y dijo que habiendo oído los arcabuces conoció que habían venido aquí los cristianos y él venía a ver lo que se le mandaba, y trajo algunas cosas de presente. El señor gobernador le hizo decir que estimaba mucho su venida y que bien parecía que era bueno, pues venía a oír su palabra y que estuviese quieto y seguro en su pueblo porque él no venía más que a castigar a Sebastián Rodríguez porque inquietaba a toda esta provincia y hablaba mal contra los cristianos, y que él por su parte procurase cómo le hubiese a las manos, que con eso se volvería luego y los dejaría quietos y les daría la manera que han de guardar la paz con Santa Cruz y con todas las fronteras del Pirú, y que el que así la guardase podrá tener seguridad de que no se les hará mal, y que le enviase luego mensajeros con esta razón a todos los pueblos comarcanos y les avisase que el que recogiese a Sebastián Rodríguez se enojaría contra él.

Y el dicho cacique Mapahé respondió que se había holgado mucho de lo hecho por él y los demás comarcanos, estaban mal con este pueblo y con Sebastián Rodríguez por sus inquietudes, que él acudiría a la voluntad del gobernador y llevaría la paz que con Santa Cruz y las fronteras del Pirú ha tenido, y avisaría a sus comarcanos que viniesen a ver al gobernador, el cual le mandó que luego trajese un negro herrero que tenía en su pueblo huido del Pirú muchos años ha, y otro al día siguiente le envíe. Vinieron asimismo mensajeros de parte de los caciques del Palmar, llamados Iribí, y Abaú-taipá y Chavé y Ibirá-guazú, y mostraron contento de lo que se había hecho; y el señor gobernador les mandó hacer el propio razonamiento que al cacique Mapahé, y lo propio hicieron los caciques Areyá y Tabapané.

En 2 de agosto llegó un hijo del cacique Chavé y dijo de parte de su padre que ya tenían preso a Sebastián Rodríguez y que al otro día siguiente lo traerían, que aquel día habían de salir del pueblo de su padre con él (que habrá cinco leguas). Regalósele y volvióse luego a despachar con orden de que dijese a su padre, y a los demás caciques que luego trajesen a Sebastián Rodríguez y que se les daría por ello buen premio.

A 3 de agosto llegó un indio esclavo con una carta de Sebastián Rodríguez en que se decía que él venía a ponerse en manos del señor gobernador fiado en su clemencia y que llegaría dentro de dos días, y el indio que trajo la carta dijo que los caciques lo traían oprimido. Volvióse luego a despachar con palabra a los

caciques de que luego le trajesen y no diesen lugar a tantas dilaciones, y que se les premiaría muy bien el traerlo y que con eso se haría con ellos las paces, porque sólo el intento de nuestra venida era sacar aquel hombre de allí que les inquietaba.

Sábado 4 de agosto volvió el mismo hijo del cacique Chavé que había traído la primera nueva de que traían ya a Sebastián Rodríguez, y dijo que su padre le enviaba a decir que luego traerían a Sebastián Rodríguez; y por parecer de las razones que traía eran falsas para entretener, pues tres días antes había traído razón de que al otro día a las 10 horas del día le traerían y eran pasados tres días y no traían aún razón de que viniese, y con esta ocasión se les dijo que ya veía que se le conocía que traía falsedad, y que se había de quedar en rehenes y enviar un esclavo que consigo traía a que luego otro día a medio día trajesen a Sebastián Rodríguez, donde o que se entendiera su artificio. Despachó luego el esclavo en el caballo que él había venido, a decir a su padre que luego trajesen a Sebastián Rodríguez y él se quedó en prisión, haciéndole muy buen tratamiento de palabra y obras, de que él se mostró agradecido y no descontento.

Aguardóse otro día siguiente, que fue domingo, día de Nuestra Señora de las Nieves, y por no venir respuesta y estar ya descontentos los indios amigos, deseosos de volverse a sus casas por decir que se les habían venido muchos de sus esclavos y que no eran parte para detenerlos; y así se acordó que otro día siguiente, que era el de la Transfiguración, a 6 de agosto, partiésemos de allí y nos volviésemos, trayendo entre rehenes bien tratado al prisionero. Y así se hizo, que el día de la Transfiguración, después de oído misa, marchó el campo viniendo por los pueblos de Areyá y de Mapahé, que están el de Areyá (que es más de 1.000 indios) a una legua del de Charagua que se despobló, y el de Mapahé a legua y media (que será de 250 indios), porque los caciques lo pidieron así. Pasóse por medio del pueblo grande de Areyá que es de muy buen asiento, con un buen arroyo y valle, y además de estar sobre una barranca fuerte tenía una fuerte palizada. Marchaba el campo tan bien ordenado y fuerte, yendo delante el señor gobernador y sus oficiales en su escuadra, y luego otra de vanguardia, y entre medias de ella y el batallón, la mitad del bagaje y prisioneros; y entre el batallón y la retaguardia el demás bagaje y prisioneros, y un sargento mayor que rigiese cada dos compañías, de manera que por momentos se sabía de la retaguardia a la vanguardia lo que había, de más que se había dado orden que en cualquiera parte que tuviese necesidad de pedir se hiciese alto u otra cosa, disparase un arcabuz y fuese pasando la palabra, que por toda la cordillera junta se pudiera pasar sin ningún riesgo.

Y así los indios quedaron admirados. La gente del pueblo estuvo quieta, viendo pasar el escuadrón los hombres y mujeres y niños, y con el mismo orden se pasó por junto al pueblo de Mapahé que estaba cercado de palizada y contra palizada, con sus cubos y troneras. No se entró por el pueblo porque el camino real va junto a su muralla y de dentro miraba la gente, hombres y mujeres y criaturas. Los caciques de ambos pueblos nos habían salido a recibir antes de entrar en el pueblo de Areyá y así vinieron hasta el alojamiento, que aunque le tenían hecho a un cuarto de legua del pueblo, por no estar fuerte y estar lejos del agua se resolvió levantarlo cerca del agua y se sitió en parte fuerte. Allí trajeron los caciques de entrambos pueblos mucho bastimento de gallinas, patos y legumbres, unas guisadas y otras por guisar, y mucho maíz para los caballos y servicio.

Y habiéndoseles agradecido y los caciques mostrándose gustosos de que con tanta paz se hubiese pasado por sus pueblos y venido sus mujeres e hijos al real a traer comida y a hablar con los cristianos, se partió otro día, 7 de agosto, de allí y se vino a dormir al Palmar, y otro día, 8 de agosto, a los pueblos de Tembero, Yaguapitán y Vitupué, pasando por medio de ellos con muy buena orden el campo. Estuvieron quietos hombres y mujeres mirándonos, nos sitiaron adonde tenían limpio y mucho maíz y batimento, chicha, gallinas y otras viandas. Y pidiéndoseles a los caciques que se había sabido que en el pueblo de Tembero

estaban algunos indios de los que se habían traído de San Lorenzo en tiempo que había guerras, pues en las paces se habían quedado otros que se sabía que estaban allí. Los caciques dijeron que los buscarían y sobretarde trajeron tres indios de la encomienda de Elvira Muñiz, dijeron que no había más.

Otro día jueves 9 de agosto, habiendo hablado a los caciques, que quedaron muy contentos, y vuelto a ratificar las paces, partió el campo y llegamos al pueblo del capitán Cuñayuru donde habíamos dejado el mayor de los impedimentos y bastimentos, y fuimos muy bien recibidos, y allí se holgó otro día, por ser del Señor San Lorenzo.

Esto es lo que hasta hoy queda visto. Y también se ha echado de ver y considerado el remedio para todo sería poblar un pueblo de españoles en esta provincia, que además de asegurar la de los Charcas se haría gran servicio a Dios Nuestro Señor y a Su Majestad, porque se quitarían de la sujeción que tienen tantos indios chanés, a quienes los chiriguanaes llaman esclavos y se sirven de ellos con grandes crueldades, y los unos y los otros vendrían en conocimiento de Dios Nuestro Señor y obediencia de Su Majestad. Y de otra manera muestra cada día más peligro, porque si no se hubiera hallado la contrahierba de los Chiquitos, con la hierba que tienen y los casquillos de acero de que Sebastián Rodríguez ha henchido esta tierra, bastaría otro cualquier delincuente belicoso que con los que acá están se juntasen para hacer muchos daños, como ya iban amenazando con él si no se les hiciera este castigo. Y por no haber la gente y preparamientos necesarios para la población dejó de hacer ahora, aunque se vio cuánto convenía.

Hecho en el pueblo de Cuñayuru, en 10 días del mes de agosto de 1607 años.

Testigos que se hallaron presentes: el general Gonzalo de Solíz Holguín y el maese de campo Bartolomé Cortéz, y el sargento mayor capitán Juan de Urrutia, y otros muchos capitanes y soldados del campo.

* * *

Después de que se salió de Cuñayuru llegamos en dos días al pueblo de Cuñayaba, donde se nos hizo el mismo buen recibimiento y provisión de todas viandas que en los pueblos pasados. Traíanlo las mujeres de los caciques y sus hijos. Tratóse con ellos si querían les fuese a adoctrinar un padre. Dijeron que sí y pidieron que fuese el padre Samaniego, rector de la Compañía de Jesús.

Después de llegados a esta ciudad de San Lorenzo se trató con el padre Diego de Samaniego y demás padres de la Compañía, que pues los chiriguanaes pedían su santa doctrina y sus personas, que ellos con su acostumbrada caridad les socorriesen, disponiéndose para ello, que además del servicio que a Dios Nuestro Señor se haría, lo era muy grande a Su Majestad por la quietud que mediante eso tendrían los chiriguanaes y la que redundaría a esta provincia y a la de los Charcas. El padre Diego de Samaniego se determinó ir personalmente por saber la lengua chiriguana y llevar al padre Anelo Oliva, que sabe la chané. Y así se ha enviado un soldado a avisar a los chiriguanaes cómo saldrán de aquí dentro de ocho días. Será Dios Nuestro Señor servido se haga entre ellos un gran fruto con que la Majestad Divina sea conocida y venerada y la Católica respetada y obedecida.

Martín de Almendras Holguín. Por mí: Pedro de Arteaga. Escribano Público.

1607

“Cronistas cruceños del Alto Perú Virreinal”, Publicaciones de la Universidad “Gabriel René Moreno”, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 1961.

RELACIÓN SACADA DE LA QUE EL CAPITÁN MARTÍN SÁNCHEZ DE ALCAYAGA, SU PADRE, DEJÓ HECHA, COMO PRIMER DESCUBRIDOR Y CONQUISTADOR DE LA GOBERNACIÓN DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA.

DIEGO FELIPE DE ALCAYA, CURA DE MATAKA, AL SEÑOR MARQUÉS DE MONTES CLAROS, VISORREY DE ESTOS REYNOS.

El cual con particular cuidado y estudio fue asentando todo lo que en su descubrimiento sucedió; y en especial de la Tierra Rica que Mango Inca, segundo Capitán de este nombre, tiene conquistada, que hoy posee en grandísima felicidad por su gran prosperidad, llamada Payití, en la cual tiene descubierto todo género de metales hasta el más lúcido que es el oro, saca piedras de todos colores de grande estima; y del Cerro Rico, que el Capitán Condori labró en la cordillera de los Chiriguanaes, llamado Caypuru; y del oro que sacaba su hermano Guacané, Rey Nuevo de los llanos de Grigotá, cuya fortaleza está muy en pie, en testimonio de lo dicho por su gran fundamento, llamada Sabaypata; que es como sigue:

Capítulo I

De cómo el príncipe Inga Guacante bajó a la llanura y recibió en vasallaje al cacique Grigotá

Antes de que a estas partes llegasen los españoles de España, ni a los del Paraguay, el Inga con su buen gobierno, como parece en todo este reino, iba conquistando cada año nuevas provincias, procurando siempre ser él solo Señor, para cuyo efecto dio comisión a un descendiente suyo llamado guacane, el cual dejó a un hermano suyo en la ciudad del Cuzco, llamado Condori, y asimismo le dio suficiente gente para la conquista, enviándole a los llanos de Grigotá, cuyo antiguo nombre fue tomado en aquella provincia del Gran Cacique Grigotá, que así se llamaban todos los que sucedían en el gobierno, como en Roma los Césares, los Faraones en Egipto y los Ingas en el Cuzco.

Habiendo llegado este capitán Guacane con muy lúcida gente a los valles de Mizque, comenzó a enviar a sus exploradores a tierra adentro y a disponer su osado intento y hacer consulta abierta, para que cada uno diese su parecer. Y a lo último se resolvió no perder ocasión, y tomando más bastimento, entró por los valles de Pojo, Comarapa, los Sauces, valle de Pulquina, Vallegrande, y subió al asiento de Sabaypata, adonde asentó su real, que tiene de subida del último valle una pequeña legua. Y luego sacó de tres leguas de allí, tomando el nacimiento el arroyo que baña el Vallegrande, una acequia de agua debajo de tierra, de manera que hasta hoy no se sabe por dónde viene, más de que sale a una hermosa fuente que él mandó labrar de dura piedra a modo de caracol, y al profundo de la quinta y última vuelta tiene en medio un ojo por donde desagua, y tampoco hay ninguno por curioso que sepa a dónde responde. Y allí se hizo una fortaleza grandiosa con aposentos para el alojamiento de sus soldados, de hermosa piedra labrada.

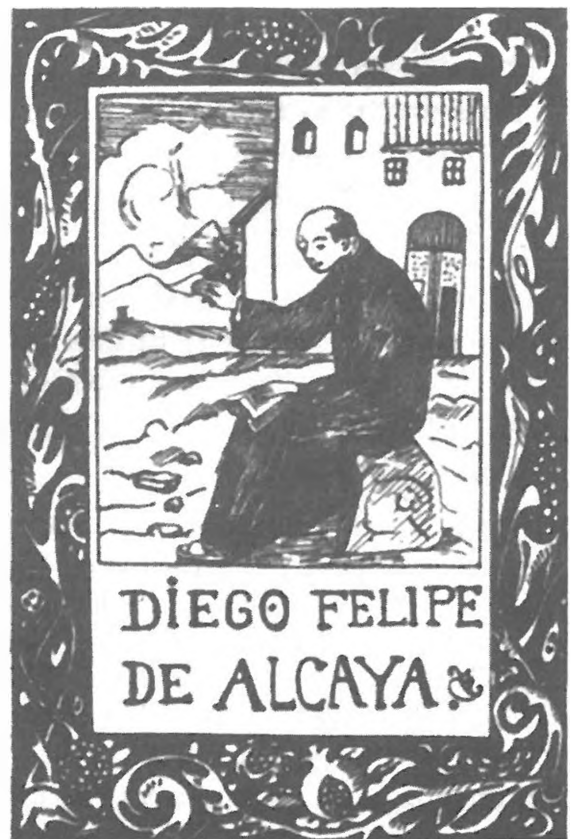
Y los primeros años se ocupó en esta obra, que es muy firme; y después pobló a los valles de arriba, haciendo en las poblaciones grandes edificios y fuertes, como hoy parecen, sacando acequias para regar aquellos pedazos de fertilísimas vegas para el sustento de las nuevas poblaciones.

Lo cual hecho, volvió a su valle de Sabaypata, a donde tomó la mayor parte de su gente; y alistándose con ellos, llevó gran suma de preseas, de vestidos de cumbe(?), cocos y medias lunas de plata y escoplos y hacuelas de cobre, para presentar al gran cacique Grigotá y a sus vasallos, con el fin de traerlos a su devoción, por haber entendido mucho antes la humilde condición de ellos. Y entró a los llanos, y luego despachó a su capitán, con un presente de muy lúcidos vestidos de cumbe, triplicados, para que se mudase, y en que bebiese, cocos de plata de diferentes hechuras, lo cual fue muy bien recibido por Grigotá. Y fue a dar la bienvenida al nuevo rey Guacané, con muchos indios desnudos, y él salió con una sola camiseta variada de colores, hecha en su tierra, de algodón.

Luego que se vieron quedaron hechas las paces y confirmadas las amistades, de manera que se despojó de todo punto de su señorío y mando y le dio reconocimiento de vasallo, él el primero y luego todos sus pueblos. Allí se juntaron los caciques Goligoli, Tendi y Vitupué, todos principales, que estaban sujetos al gran Grigotá, y con sus parcialidades que pusieran de cincuenta mil indios, dieron la obediencia al nuevo rey Guacané.

Y con este aplauso y dichoso suceso, se dispuso al descubrimiento de metales, y volvió a las faldas de la cordillera, donde halló el memorado cerro de Caypuru, vocablo corrupto que en lengua del Inga se llama *Caypurum*, que quiere decir *aquel despoblado*. Por sus faldas, asimismo, labró mucho oro que de ellos sacó algunos años. Haciendo otro fuerte en la vega de un valle largo y no muy ancho, llamado guanacopampa, que quiere decir en su lengua "llanura de guanacos", porque halló en este valle infinitos guanacos, carneros de la tierra que no están domesticados. Allí puso algunos indios labradores de los llanos, dejando mil indios de este reino para labrar el oro, y en el de plata dejó la gente necesaria para labrar la plata que es cosa muy conocida y cierta es de gran consideración y rico aquel gran cerro.

Y con la ambición de gozar del nuevo título de Rey de los Llanos, hizo chasqui al rey Inga del Cuzco, a dar cuenta de su buena suerte, enviándole ciertos tejos de plata y en un cabalazo cantidad de pepitas de oro, pidiéndole por merced le confirmase el título que le había prometido, y que le enviase a su hermano Condori, dándole título de Capitán del Cerro de Caypurum, de que le hacía servicio para su corona, por caer fuera de su conquista, como es verdad que el cerro está de esta nuestra parte y la labor del oro cae ya en los llanos. Lo cual visto por el Inga lo hizo cumplidamente, y le envió a Condori con cinco mil indios para que sustentasen aquellas minas, donde las labró muchos años. Que no se puede esconder cosa por las muestras que hay de las casas de pedrería que tienen por todas las faldas de este cerro, que hay de más veinte pueblos y ranchería fundada, donde se hallan barretas de tres palmos de cobre, y esto muy de ordinario se ha visto.



Y habiendo dividido su reino, al rey Guacané le cupo la fortaleza de Sabaypata para hacer en ella cabeza de su reino, y los demás valles arriba referidos dio al del Cuzco, el cual puso luego sus capitanes, con cargo de que acudiesen con el bastimento de comidas a los mineros del cerro de Caypurum. Guacané salió a dar orden en su fortaleza, y envió por sus concubinas a la ciudad del Cuzco, y llegadas con prósperos sucesos de este capitán y nuevo rey, las dejó en la fortaleza con otras de su hermano Condori, y en su guarda puso bastante gente y ciertos eunucos que las sirviesen y algunas chinas de servicio.

Continuando su conquista, ya como rey y Señor de los llanos, entró a ver a su gente, que con firme fe le respetaban y servían sin ninguna condición, porque este Señor les hacía grandes dádivas, a fin de que su nombre corriese la tierra adentro entre las demás naciones, que toda ella estaba encadenada de diferentes provincias, y a cada paso hallaban grandes poblaciones, toda gente bruta y desnuda y nada belicosa.

Este Señor tuvo el suceso deseado a medida suya. Y para más atraerlos a su servidumbre, los ocupaba poco a poco en labrar chacaras de maíz y de cosas de la tierra, cebándolos con las cazas de los venados y pescas en los caudalosos ríos, porque no echasen de ver que los metía en trabajos y nuevas labores, y acompañábalos en correr avestruces y en la caza de pavas y liebres a aquellos que son bien inclinados.

Capítulo II

Donde se hace relación de la furiosa acometida de los guaraní y la derrota y muerte de Guacané

Estando en tal ocupación aqueste infeliz rey, pareciéndole que todas las naciones de tierra adentro eran de aquella condición, vivía entre ellas sin ningún recato y dormía como en sus casas y no quería ya que su guardia tuviesen vela, pues tenía quinientos indios de este reino consigo, que le servían y acompañaban con sus hondas y livis (?), que son las armas que usan los indios del Perú, cuando la fama de este Señor, que de mano en mano iba corriendo, llegó a los belicosos y ni menos traidores oídos de los guaraní del Paraguay, los cuales, habiendo entendido de los naturales de los llanos las riquezas que estos dos hermanos poseían y la vestidura de que usaban, hicieron junta en sus pueblos, y con determinación diabólica se alistaron hasta ocho mil indios guaraní, grandes flecheros. Y con sus mujeres e hijos y un intento de no volver más a su naturaleza, como que ya tenían la tierra sujeta y muertos a los dos capitanes, a quienes pusieron por nombres "Hijos del Sol", por la variedad de los vestidos que tenían y las chapas de oro y plata que en sus pillos (?) y camisetas dibujaban, se apercibieron para su viaje. Y tomando las canoas suficientes para el viaje, y con sus armas, como tan inclinados a la guerra que lo son de nacimiento, subieron el río arriba de La Plata, que es el de Pilcomayo que baja de Potosí y entra en el Paraná, río del Paragua y, y vinieron a tomar puerto en la gran provincia de los Jarayes, gente deshonesto y altiva, labrada la cara y cuerpo desnudos, y allí hicieron alto.

Al ver eso los Jarayes se pusieron en armas para defenderse, entendiendo que esta carnícera nación aportaba en su tierra con intento de poblar en ella. Y como hubiesen entendido el viaje que llevaban, tuvieron grandes borracheras, y les dieron más clara noticia de los dos señores, y les mostraron manijas de plata y argollitas de plata para sus arcos, que el rey Guacané les había enviado desde Grigotá, que hay de allí cien leguas escasas. Asimismo les dieron noticia cierta de Mango Inga, el cual no dormía en su nueva conquista por hacia el Norte y Oriente, corriendo y atravesando la tierra con su buen gobierno, y a los naturales que en aquel espacioso reino hallaba, que los hay a cada paso, los acariciaba, y con buen semblante, abrazándolos amorosamente, los iba sujetando y enseñándoles a sacar el oro de los arroyos,

oro que lo tienen en toda aquella tierra, los cuales, habiendo entendido la certeza de los bienes de que estos capitanes gozaban, y de cómo no usaban armas que les pudiesen ofender más de la honda, se dividieron en tres ejércitos: cinco mil de ellos vinieron para Grigotá y mil se quedaron en la provincia de Itatín, donde hoy hay más de ocho mil, todos bautizados, aunque con la traslación incauta que don Francisco de Alfaro hizo de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, han apostado de nuestra santa fe y vuelto a su primer intento de matar y conquistar y comer carne humana. Y los dos mil restantes fueron a ver al rey Mango Inga, de los cuales han quedado pocos, porque hallaron gente de guerra que los fueron matando, y en particular los de la provincia de los Chiquitos, que usan hierba mortífera. De éstos que han quedado, que se hallan de veinte en veinte a diez leguas unos de otros, hay muy cierta noticia de Mango Inga y de sus descendientes y de la Tierra Rica que pobló con la gente que llevó de este reino.

Llegados los cinco mil guaraníes al asiento de Santa Cruz de la Sierra, que fue ciudad que don Francisco de Alfaro despobló, sujetaron a la gente de aquella parte, por ser humilde y poco industriada en la guerra. Allí se detuvieron un invierno, desde donde enviaban sus espías a los llanos de Grigotá, donde el rey Guacané, sin ningún cuidado, se holgaba con los suyos como en su reino. Y mientras el invierno hacía su curso, esta carnícera nación se ocupaba en hacer grandes matanzas en estos desnudos naturales, comiendo criaturas y gozándoles sus mujeres como de las suyas propias, a fin de levantar y engrandecer su nombre por toda la tierra y hostigar con su cruda condición a los naturales y comarcanos.

Pasado el invierno y que ya el río del Guapay, que es nombre que el segundo capitán que el Inga del Cuzco envió, puso a este caudaloso río, que aquella partícula *gua* quiere y significa una administración, como quien dice: ¡*Válgame Dios!*, y la última que es *pay*, quiere decir en lengua del Inga, *aquel*, porque de allí vino todo el daño al desafortunado rey Guacané, por las emboscadas que los guaraníes hicieron en su cañaverál, que la tienen muy espesa, en manera que no se puede significar. Y habiéndose enterado del poco recato que el rey Guacané tenía, y que sus soldados ya no montaban la guardia, ni tomaban la flecha, ni la gente que tenía de guarnición la honda, y Grigotá y los demás caciques gozaban con su nuevo rey de una feliz quietud a su parecer, decidieron atacarlos. Una no pensada noche los de esta traidora nación salieron de la emboscada de este río, y llegando al real y sitio de la congregación, que era grande y de más de veinte mil indios con sus familias, a diestro y siniestro empezaron a manejar sus macanas y flechas, matando a quien y cuanto encontraban, donde entre los demás fue muerto el rey nuevo y Grigotá salió mal herido, aunque no murió. Escapáronse muchos indios y mujeres, mataron muchos niños y niñas, y otros que hubieron a sus manos los ataban para comerlos.

Con esta famosa victoria quedaron muy gozosos y empezaron a tomar noticia de dónde sacaban aquella plata de que Guacané hacía aquella vajilla. Y los naturales a quienes tenían cautivos les dijeron que del cerro que el capitán Condori, hermano del rey muerto Guacané, poseía. Y sin más dilación tomaron la vía hasta el pie de la cordillera, donde dejaron sus mujeres e hijos, con mil indios de los suyos para guarda. El resto de la gente con sus flechas subieron al cerro. Y otra noche posterior atacaron y mataron a los mineros, y prendieron al capitán Condori y lo bajaron con ellos a los llanos.

Tuvieron con estas dos victorias grandes despojos de plata y vestidos de mucha estima y otras joyas, que estos dos capitanes tenían, lo mismo que sus ministros y soldados, que habían hecho traer del Cuzco para complacer a los naturales que ya eran sus vasallos, los cuales habían ya desamparado sus nidos y quemado sus ciudades y metídose a las montañas, por el temor de lo que les había sucedido y pudiera sucederles.

Escapáronse más de quinientos indios de este cerro de Caypurum, porque estaban a una legua y cuarto, de manera que no pudieron los enemigos hacer entera presa. Éstos vinieron a las fortalezas de

Guanacopampa y a la de Sabaypata y dieron cuenta a las dos coyas, mujeres de estos dos capitanes, y a sus ministros, acerca de la muerte de Guacané y de la prisión de Condori, al cual trajeron luego incontinenti los indios guaraníes, que con ánimo indómito seguían la victoria. Y llegados a Guanacopampa, no hallaron gente, porque toda ella se retiró con la nueva a los valles de Pojo. Y llegaron a la fortaleza de Sabaypata, donde fueron recibidos de las coyas y demás concubinas de los Ingas, con hartas lágrimas. Llevaron las presas con otras mozas y criadas, y a los eunucos que guardaban a estas reinas los mataron. Y antes que estos refalsados llegasen a esta fortaleza, los indios de ella enterraron gran suma de plata en tejos y jarritos de pepitas de oro; y en el cerro de Caypurum cogieron muchos tejos de indios guaraníes. Y esto se afirma ser verdad porque el Padre Corrella que ahora es Deán de esta Barranca, ha sacado innumerables vestidos de cumbe, podridos, de esa fortaleza, y no ha podido hallar el entierro de la plata. Y es que no la enterraron en ella, sino en la montaña, donde quedará sepultada en su seno hasta el fin del mundo.

Asimismo desampararon la fortaleza los indios que había hasta mil de presidio y se retiraron a Comarapa y a Pulquina y a Pojo, pueblos muy fuertes y grandes. Y solas las mujeres de estos Ingas quisieron morir allí donde las habían dejado sus maridos, por guardar el uso y forma de su ley.

Vueltos con estas victorias los indios guaraníes, poblaron la cordillera que ahora poseen y no mataron a Condori ni a sus mujeres.

Capítulo III

Del desquite que se tomó el cacique Grigotá y de la expedición de Mango Inga a tierra de chunchos

Sabido, pues, el suceso por el Inga del Cuzco enfurecido de ira con la triste nueva, determinó hacer el castigo y preparar su labor y fortificar de nuevo el cerro de Caypurum, para cuyo efecto nombró por su capitán a Lucana, natural Inga y de su sangre real, poniéndole por nombre Turumayo, que en su lengua quiere decir *Lodazal del Río*, porque le mandó que entrase a hacer el castigo a esta refalsada nación por la vega del río, por ser la playa limpia y rasa y desembarazada de montañas para que pudiesen jugar las hondas, lo cual sabido por los nuevos enemigos, salieron al encuentro y en poco espacio los desbarataron y mataron a más de seis mil indios, y de los llanos muchos que se habían hecho un cuerpo con el nuevo capitán Turumayo, hallándose también en este castigo y batalla los caciques Grigotá y los demás, a favorecer la causa de su rey. Por cuyo respeto y por la gran suma de indios flecheros que estos naturales llevaban con el nuevo capitán y consigo, se escaparon muchos indios de este reino y de los llanos, no pudiéndose escapar el valeroso Turumayo, que allí murió afrentosamente.

Y porque el cacique Grigotá y demás de la comarca recibían cada vez notables daños en sus pueblos y chozas donde se habían retirado, cautivándoles sus mujeres e hijos, estos extranjeros enemigos, aborrecíanlos grandemente, determinó luego aquella noche dar un asalto con su gente al enemigo, que estaba con esta tercera victoria mucho más altivo que antes. Al esclarecer del día, con ímpetu furioso, rompiendo por medio de su campo, mataron hasta quinientos de ellos y cautivaron doscientos, los cuales con su embajador envió a la ciudad del Cuzco, pidiendo favor del Inga para desterrar de su tierra a aquellos enemigos, que ya cogían maíz y otras semillas de la tierra, los cuales prisioneros llegaron vestidos ante la presencia del Inga, y otro día fueron puestos por su mandado desnudos, en los extremos más altos de unos cerros nevados, atados de pies y manos. Allí, con guarda que les puso, quedaron una noche, donde amanecieron muertos, sin poder gozar más del aliento preciado de sus vidas.

Sabido por el Inga cómo eran muertos, levantándose de su asiento muy contento, dijo en voz alta: *Halla, halla chiripiguañuchini*, lo cual quiere decir: *Así, así les he dado escarmiento con el frío*. Chiri es el frío en lengua de los ingas y *guana*, el escarmiento. De donde les quedó hasta hoy el nombre de *Chiriguanos*.

En este mismo tiempo el Inga del Cuzco envió a su sobrino Mango Inga, segundo de este nombre, a la conquista de los chunchos, gente caribe que tiene ocupadas todas las faldas del Cuzco, Chuquiago y Cochabamba, el cual entró con ocho mil indios de armas, llevando consigo a un hijo suyo, y con próspero suceso llegó a los llanos de esa cordillera, que viene a ser una sola con la de Santa Cruz de la Sierra, aunque hay grandes ríos y mucha tierra que bajan de estas cordilleras y muchos pantanos anegadizos, el cual también llevaba título de Rey de las provincias que conquistase. Y no quiso quedar ni hacer asiento tan cerca del Inga del Cuzco, porque no le quitase lo que ganase, como hizo a los reyes de Umaguaca, Chile y al de Quito, después que tenían quieta y sujeta a la gente. Antes con esfuerzo varonil determinó con su gente pasar todas las dificultades que podían haber de alejarse de su tío. Y pasando muy grandes asperezas y peligros por la gran corriente de los ríos intratables que hay de arrebatada corriente y hondura, añadiéndose a esto la gente de naturales que cada día le salían puesta en arma a defender su tierra, facilitaba estos inconvenientes con dádivas de medias lunas de plata para que se pusiesen en la cabeza. Con esto los naturales de estos llanos le iban sirviendo, dándole canoas para navegar por los ríos caudalosos, que son muchos y muy grandes, y le traían sus hijas para que le sirviesen y le daban todo el bastimento necesario de maíz, yucas y maní a este capitán.

Y habiendo llegado al río Grande de Guapay, sobre cuya barranca están fundadas las dos ciudades de San Lorenzo de la Frontera y Santa Cruz, poco más de cien leguas debajo de esas ciudades le pasó sin pérdida de un indio, porque ya los naturales le habían conocido, y como no quería quedar en sus pueblos, éstos le dieron infinidad de canoas con las que hizo su viaje entre el Norte y el Oriente. Y llegado a otro río caudaloso, que en partes tiene una legua de ancho, llamado Manatí, que corre al pie de otra larga cordillera, hizo con su gente una puente de crizneja, después de haber considerado el sitio más aparejado, el que tiene hoy día vivo, renovándola cada año. Es lugar más angosto, que con una teja se pasa a la otra parte. Allí tiene puesto este gran señor, por sello y señal de que comienza allí su reino, un carnero de piedra.

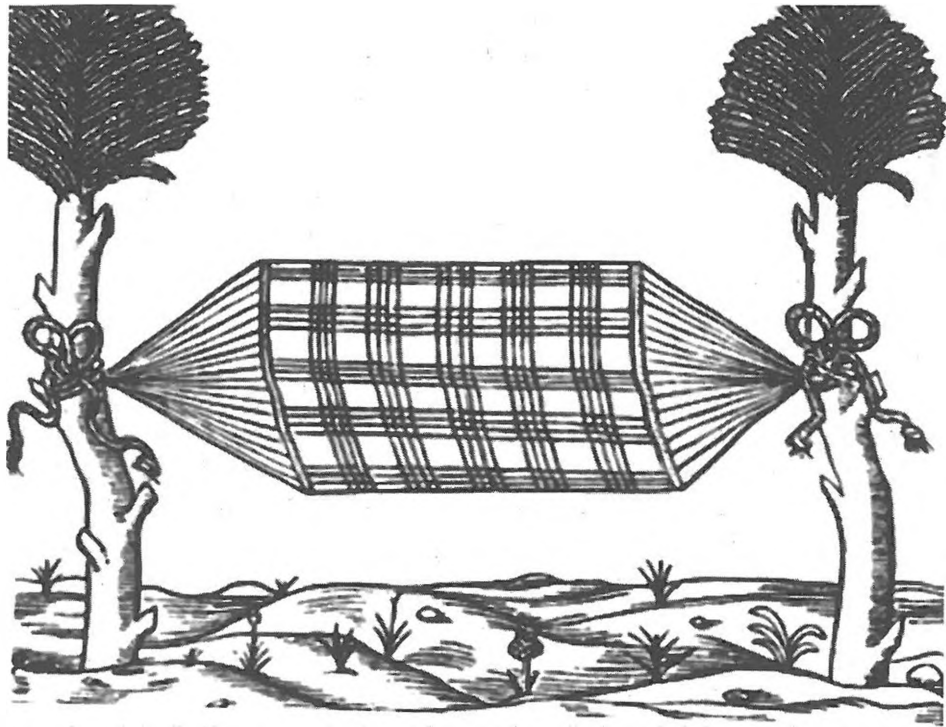
Capítulo IV

Trata de las diligencias de Mango Inga y da noticia del Paytítí, por otro nombre Moxos

Después de haber pasado toda su gente, subió la cordillera, que tiene poco menos de legua, pensando que como tenía la subida tendría la bajada. Y puesto en lo alto se sabe que es toda en igual alteza, de extremado temple y lo más es rasa. Hay muchas islas en estos llanos y muchos árboles frutales. Hay morales y robledales, que son arboleda de España. Hay también muchos arroyos de alegres aguas.

Por allí encontró innumerables provincias de diferentes naciones, gente limpia, que tienen sus ciudades cercadas de unos higuerones que dan higos blancos, y los caminos limpios de hasta quince pies de ancho. Es gente vestida de algodón y labradora, la cual, sin ninguna dificultad ni tomar armas recibió a este dichoso rey y lo reconoció por su señor hasta hoy día.

Al juicio de los pilotos tiene este reino más de mil leguas de longitud y cuatrocientas de ancho.



Una novedad para los europeos fue el uso que hacían los indígenas de la hamaca para dormir y descansar.
(Grabado de 1547).

Considerando la buena disposición de esta tierra, pobló luego a las espaldas del cerro llamado Paytití, donde dicen los naturales guaraníes que han entrado después acá a ver a este potente señor, que en este cerro se halla en partes plata corrida, y de allí sacan su metal y lo acrisolan y funden y sacan la plata limpia. Y así como acá fue el Cuzco cabeza de este reino, lo es ahora en aquel grandioso reino el Paytití, llamado Moxos.

Y después que dio asiento a las cosas tocantes a la nueva ciudad, que es la mayor que acá tuvo el Inga, porque este dichoso rey no desmembró su gente sino que siempre la tuvo en un cuerpo, y asegurando en su reino aquellos que primero sujetó lo mejor que pudo mudando unos de una parte a otra despachó a su hijo Guaynaapoc, que quiere decir en su lengua “Rey Chico” o “Rey mozo”, al Cuzco, para que diese cuenta de la conquista que su padre había hecho, a su tío el Inga. Y no le envió plata ni oro, ni cosa alguna que oliese a estima, porque no le quitase lo que tanto sudor y fatiga le había costado. Antes le mandó y encargó el secreto de la Tierra Rica, diciéndole que si quería ser señor de lo que había visto que sólo dijese al Inga que no se había hallado más de aquel cerro de plomo, que es el Paytití. Tití, en su lengua, es el plomo y pay, aquel. Lo mismo encargó a quinientos indios que le dio de los suyos para que le fuesen sirviendo hasta el Cuzco. Y mandó a éstos que trajesen sus mujeres e hijos y las tías y madres de aquellos hijos y las de los que con él quedaban. Y que dijesen al Inga que, por ser aquella tierra más aparejada para sus labranzas y crianzas, se había allí poblado, y que le enviasen carneros y semillas de esta tierra, y que toda la riqueza quedaba en las faldas del Cuzco, como es verdad, que se saca en nuestros tiempos el oro en Carabaya, Simaco y otros lugares.

Llegado, pues el rey chico a la ciudad del Cuzco, halló la tierra dominada por Gonzalo Pizarro y a su tío preso por la muerte del rey de Quito, y el otro Inga retirado en Vilcabamba. Y con esta ocasión hermosa, convocó él de su parte, con los indios que traía de la suya, a que le siguiesen a la nueva tierra que tenía su padre descubierta, llamada Moxoalpa, vocablo corrupto del español, que ahora llamamos Moxos, de manera que con la novedad de los españoles, poco fue menester.

Siguieron a Guaynaapoc hasta veinte mil indios, aunque al juicio de los indios del Cuzco pasaron muchos más, de los que se habían retirado a Vilcabamba con su rey, el cual volvió poderoso de gente a su nación. Llevaron consigo gran suma de ganados de la tierra y oficiales de platería, y de paso fue reduciendo por bien a los naturales de los llanos, llevándolos consigo hasta la puenta de criznejas, que está en el río Manatí, el cual corre desde su nacimiento doscientas leguas del Sur al Norte y entra en este río de la Barranca. Y de la otra parte del río Manatí los plantó, sin que su padre hubiese entendido en cosa de tanta importancia. Y pasó al Paytití, donde fue de su padre y soldados muy alegremente recibido, doblándose el gozo por la seguridad de su reino, por haber hecho preso al rey del Cuzco el marqués don Francisco Pizarro.

Y no perdiendo tiempo, el viejo Mango Inga se fue extendiendo con esta gente, sujetando la tierra y poblándola con los suyos, enseñando a labrar y poseer plata y oro a los de la tierra y a sacar perlas y piedras de todos colores de estima. Que de éstas, Don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador que fue, envió al Consejo, hará ventidos años, la muestra de esta verdad. Lo cuentan los indios de la provincia de los Paretís, quienes veían sacar de aquella laguna las perlas, y de unos cerros altos las piedras de colores, y que veían salir y entrar al Sol en esta laguna, de donde se infiere que no es laguna, sino la Mar del Norte.

Capítulo V

En que se da noticia de las riquezas del Gran Moxo, de su fastuoso templo y sus sacrificios rituales

Tiene este Gran Señor grandes provincias sujetas, las cuales le sirven con amor por ser la nación dócil y de lealtad. Posee grandes tesoros, y lo que saca lo tiene en una casa a modo de templos, con muy buena guarda. Visita sus ídolos, a los cuales, cada mes, por la menguante de Luna, ofrece un niño de dos años, que él propio degüella, y la sangre del inocente la guarda. Y mata asimismo un carnero de la tierra, el más hermoso que hay, y le saca la grasa, la cual mixturada con la sangre del inocente, derritiéndola, y él por sus manos asperja, primero al Sol por donde sale, y luego a sí, y después a los circunstantes. No se hallan mujeres en este sacrificio, sino sus capitanes y caciques de aquella tierra, naturales de ella, para que aprendan a hacer lo mismo.

Y esto hace en una plazuela no muy grande, que tiene dedicada fuera de su ciudad, con una muralla que por dentro da a los pechos y por fuera es de dos estados, que la tiene hecha a posta. Tiene dos altares de piedra en el medio de esta plazuela, que es hecha en cuadro: Un altar sirve para degollar a las criaturas y el otro para los animales. Y desde un extremo de la plazuela sale una calzada como calle, de la misma manera que la plaza sus paredes fortísimas dan hasta el pecho, y por de fuera de dos estados y algo más, de manera que ellos ven a los que están fuera y lo divisan todo.

La calzada es de diez brazas de ancho y de largo, veinte, y sale a otra plaza, casi como la de la ciudad del Cuzco, donde está un templo grandioso y muy grande, que da temor entrar en él, porque hay tantos púlpitos de una parte y otra, puestos y arrimados a los lados del templo, que es cosa de maravilla considerar cuán sujetos los tiene el demonio con esta diabólica orden. Los púlpitos son hasta la cinta, a modo de una caja de guerra, redondos y gruesos, que un hombre no los puede abarcar, y encima su ídolo de plomo y estaño. Esto es de los caciques y de la gente noble. Los de la gente ordinaria son de palo, todos pequeños, unos con figuras de monos y otros de leones y de otros de culebras, sapos, pájaros y otros animales que produce y cría aquella tierra, que no la tengan puestos en el templo. Y a lo último, ya cerca de la pared, antes de llegar a ella como dos brazas, está un grandioso altar, que tiene en redondo seis peñas o gradas alrededor

del altar hasta lo alto de él, de piedra famosa, y en el altar está un ídolo a modo de un árbol arrancado, que tiene muchas raíces, cosa fiera de dos codos de alto. Tiene el ídolo una nariz encorvada y grande, dos ojos rasgados y una boca grande con cuatro dientes fieros, el brazo derecho levantado y en la mano una escoba.

No tienen estos indios al Sol, como sus antepasados, que tenían al Sol y le adoraban en el Cuzco, porque, cuando este rey entró en este reino, se le apareció el demonio en esta figura, yendo a una necesidad solo. El cual demonio le iba limpiando por donde iba, con esta escoba, el suelo, y le habló y dijo: “No temas, que yo soy el señor de esta tierra”, en lengua quichua, diciéndole: *Llastayoc micani*. Lo que quiere decir en lengua del Inga así: *Llastayoc*, el señor de la tierra. “Y si tú me hicieras un templo en que haya memoria de mí, yo te daré este reino sujeto”. Esto mismo dijo al Redentor en el desierto. “Y te mando que no adores al Sol, sino a mí”. Y así lo primero que hizo después de haber conquistado algunos pueblos fue edificar este templo, incitando el demonio para esta obra los ánimos de los naturales, que en breve tiempo se acabó. Y así le tiene puesto con la escoba en la mano.

Tiene dos brazas de espacio lo alto de este altar, y a la frente de él está hacia la entrada del templo este ídolo. A la redonda de su altar hay unos jarritos de plata toscos, con que todos brindan a sus ídolos, y éstos son de a jeme de alto, y tantos no hay número.

Entra el rey el primero y se va derecho al ídolo, y luego los indios principales. Llegando al rey, que lleva la criatura a ofrecer a este ídolo, quitan estos jarritos, y sube el rey y lo pone a los pies del ídolo, y luego se baja y se sienta frente a frente del ídolo, él en medio y todos los demás por todo el cuerpo del templo. Y brinda el rey tres veces al ídolo con su bebida y luego a los demás ídolos. Detrás del ídolo está un capitán sentado, el cual bebe las tres veces que le brinda el rey por el ídolo. Y este capitán, después que todos han brindado por esta orden a sus ídolos, saca al niño y lo entierra en una sepultura hueca que sirve para ésta. Y cerrada la sepultura comen el carnero crudo que sacrificaron entre todos, y hacen gran borrachera en esta plaza del templo, donde ya están las mujeres del pueblo congregadas. Y ésta es la causa de no adorar al Sol.

Tiene repartidas las provincias a sus hijos este rey primero, que ya murió, y quedó Guaynaapoc, el Rey Chico, que también se habrá muerto.

Capítulo VI

De lo que aconteció a los capitanes españoles que trataron de alcanzar el Paytiti.

Sabida esta riqueza por los vecinos del Cuzco, el capitán Peranzúrez entró en pos de ella con ciento veinte hombres bien apercebidos, por los mismos pasos de este Inga. Y llegado que hubo a los llanos y se vio sobre un río caudaloso, le dijeron que por allí navegó en canoas el Inga. Dijo que no podía ser y que no había pasado el Inga de allí, y se volvió diciendo que este rey se había quedado en las faldas de la cordillera. Que estaba con los Chunchos, donde los primeros de ellos los desbarataron y mataron. Y el capitán y algunos soldados salieron a la ciudad del Cuzco, que como bisoños se perdieron.

Y después entraron otros capitanes valerosos a esta misma noticia, por Vilcabamba, a espaldas del Cuzco, y se volvieron del mismo río. Entre ellos capituló con S.M. el capitán Maldonado, vecino del Cuzco, de gastar su plata y hacienda en esta conquista del Paytiti, con tal de que se le diese título de gobernador, todo lo cual se le otorgó. Y no se ha hecho nada, ni se puede hacer por el Cuzco, por las dificultades que tengo dicho, que pasan de quinientas leguas y de arrebatados ríos. Otros han entrado a esta noticia por Canata, y no hacen sino engañar a los señores visorreyes.

Todo se ha de hacer por San Lorenzo de la Barranca, y de allí se ha de pasar el río Guapay y entrar en la ciudad de San Francisco de Alfaro, y de allí, que es toda tierra alta, ir a dar a la puerta de criznejas, que no hay cien leguas de San Francisco de Alfaro.

En este medio llegó don Pedro de Mendoza al puerto de Buenos Aires, con dos mil y trescientos hombres de armada, la flor y nobleza de España, el cual, como poco experimentado en guerras y descubrimientos, hizo alto en el mismo puerto, donde se le murieron de hambre mil y quinientos hombres. Y él, apurado de la vergüenza, una noche apercibió doce amigos y un piloto, y se huyó a España. De hambre murieron los cinco, y él, de comer de una perrilla salida que llevaban, murió de corrimiento del humor que le causó la carne de la perrilla. Y los demás llegaron a la presencia del Emperador Carlos V, y le dieron cuenta del caso triste y relación de la tierra donde quedaba el resto de aquella armada, y de que los socorriese con lo necesario, y que ellos volverían al descubrimiento.

Hernando de Ayolas, que apenas tenía veinte años, sobrino de don Pedro de Mendoza, que se huyó a España, con ánimo esforzado y discreto, que lo fue mucho, tomó el oficio de su tío sin otra orden. Y animando a la gente que había quedado, macilentos, enfermos y flacos, les dijo: “Yo tengo dónde dar bastante bastimento de muy buenas comidas a este campo, y donde todos cobremos la deseada salud y tengamos qué comer. Anímense todos y embárgense conmigo, pues mi tío se ha vuelto a España, donde no tendrá disculpa de esta ruina que ha causado, quedando por ser incauto la flor de España sepultada en este puerto”. Con estas razones tan vivas todos le dieron las gracias y le respetaron por su capitán, y se embarcaron en sus bergantines y carabelas, y subieron el río arriba sin saber dónde iban.

Y en poco tiempo que navegaron comenzaron a ver canoas por el río de los indios guaraníes, los cuales, maravillados de ver navíos, se allegaron a los nuestros, que también deseaban su comunicación para tomar lengua de dónde habían aportado. Llegados los guaraníes, que venían de veinte en veinte indios en cada canoa, con sus arcos y flechas, que andaban en sus pescas, hablaron por señas, y con su voluntad fingida de servirles, se fueron juntos. Y desembarcaron al cabo de seis días en sus pueblos, saltando ellos de sus canoas cada noche, que fue permisión del cielo que, aunque éstos tenían trazada la traición de matarlos, no quiso Dios por entonces. Antes servían muy bien a los nuestros, matando mucho pescado y venados para los españoles, y sacaban miel de abejas de los árboles cada mañana, y la daban a comer. Y llegado a sus pueblos, pobló la ciudad de la Asunción, en medio de las poblaciones de estos indios guaraníes, que es cabeza de las provincias del Paraguay. Y en poco más de tres meses se aprendió la lengua de ellos, y se dispuso luego a la predicación de nuestra santa fe católica, y se redujo a ella muchas provincias, que hasta hoy están católicas, bautizándolos con agua, que muchos recibieron después el santo óleo y crisma.

Y luego tomó lengua, de las personas que mostraban buena voluntad de entre estos guaraníes, y supo dónde había oro y plata. Ellos le dieron con facilidad noticia de la riqueza que poseían los indios parientes suyos en los llanos, riqueza que habían descubierto los dos Ingas que aquéllos mataron, que ya lo sabían los guaraníes en su tierra. Y por las lunas que contaron, pareció haber once años que mataron a esos Ingas.

Y sin más dilación, Ayolas tomó trescientos hombres y se embarcó y vino con mil indios guaraníes amigos, y subieron por el río de La Plata que baja de Potosí, y vinieron por los mismos pasos que los indios guaraníes, y desembarcaron en la provincia de los Jarayes. Y allí vieron muestras de oro y plata que tuvieron por cierta la noticia a que venían. Y con determinación de trasladar la nueva ciudad que estaba poblada en la Asunción y poblar en los llanos, comunicándolo con los indios, y ellos por verlo

fuera de sus tierras le dijeron que ellos también le irían sirviendo a los llanos, donde tenían muchos parientes pobladores. Y vueltos a la ciudad, les faltó comida y desembarcaron en la provincia de los Perabazanes, que es larga, para tomar comida, y allí los mataron a todos, sin poderse escapar más de uno. Éste, con algunos indios amigos, se volvió a la ciudad a dar cuenta del caso triste, y halló en ella al gobernador Cabeza de Vaca, que había llegado de España con cuatrocientos hombres, todos nobles.

Y sabida la noticia, Cabeza de Vaca sin más dilación tomó su gente y subió cien leguas del río arriba de donde llegó Hernando de Ayolas, y desembarcó en la provincia de los Piritiguares. Allí halló clara noticia de Mango Inga, que el río de Pilcomayo que baja de Potosí entra a este río que baja al Paraná y se junta con este de Potosí. Y por este río subió Cabeza de Vaca, dejando el de Potosí mucho atrás. Y como quisiese allí poblar, los soldados lo contradijeron, y no querían detenerse por aquella tierra, sino ir a ver los llanos donde se sabía de cierto que el cerro que Condori labró. Y con esto se le amotinaron todos y le prendieron, y se volvieron a la ciudad y lo enviaron a España.

Capítulo VII

Que sigue al anterior y con él termina esta crónica

Después del suceso relatado, la gente se juntó, y todos a una eligieron por su capitán a Domingo de Irala, el cual se dispuso al nuevo descubrimiento de los llanos de Condori y Moxos, y vino por el viaje de los guaraníes, y llegó a los llanos de Grigotá con trescientos y cincuenta hombres, dejando con los bergantines, en el puerto de Jarayes, a cincuenta soldados.

Y habiendo pasado el río Guapay, donde tenemos nuestras ciudades de San Lorenzo y Santa Cruz de la Sierra, envió a un don Alfonso Cayperú, indio guaraní refalsado y traidor, con quinientos de su nación a hablar a Grigotá, el cual muy gozoso vino con buenos presentes de la tierra y con sus caciques y muchos indios, y dieron la paz al capitán Irala, con el fin de confederarse con él para desterrar de sus pueblos y tierras a los chiriguanáes. Y habiéndolo tratado con él y con todo el campo nuestro, holgó de favorecer su causa el capitán Irala, y de poblar al pie del cerro Caypurum y labrar este cerro.

Y luego envió al mismo don Alfonso Cayperú a que trajese los indios chiriguanáes. Y vinieron muchos de ellos a darle la paz, a los cuales dio entender este traidor de don Alfonso Cayperú a lo que venían los españoles, y el intento que traían de poblar al pie del cerro de plata y minas de oro que labraban los Ingas. Y ellos trataron de entregar a Condori, el capitán del cerro, a quien tenían bien industriado y amenazado de que si descubría el secreto cerro a los españoles, harían de su pellejo un tambor.

Y después que se vieron los unos a los otros con el capitán Irala, les dijo a lo que venían, y que ellos, como gente tan amiga de los españoles, habían de ayudarle. Ellos dijeron que sí, y que en lo que tocaba al cerro y minas de oro, que allí estaba el señor del cerro y del oro, llamado Condori, el cual era hombre de pequeña estatura, y puesto delante del capitán Irala, se holgaron todos los de nuestro campo de ver el reposo y autoridad del Inga, aunque pequeño. Y entre muchas preguntas que le hizo el capitán Irala por lengua del refalsado Cayperú, otro día le preguntó por las minas, y él dijo que ya lo tenían ocupado otros españoles en Porco, y de esto no le pudieron sacar. Y llamando a Grigotá le dijo que cómo le habían engañado. Y por verle desnudo, no quiso darle más crédito. Que si el capitán Irala tomara entonces su parecer, hoy estuviera la cordillera poblada y este reino muy próspero. Y con esto, volviendo a Condori, le dijo: "Volveos, condorillo, a vuestra casa", lo cual dijo por disminución de su persona, cuyo nombre se ha quedado hasta ahora en aquellos llanos. Y a los de Grigotá dijo lo mismo, y él se volvió al Paraguay.

Desde el Paraguay despachó a Lima, o a donde hubiese gobierno por S.M., al capitán Ñuflo de Chávez, con cinco hombres, los cuales llegaron a la ciudad de los Reyes, y hallaron en ella al de la Gasca apaciguando la tierra. El capitán Ñuflo de Chávez fue allí muy bien recibido y despachado con brevedad, porque los nuevamente reducidos a la Corona y que antes habían seguido a Pizarro, no supiesen de la gente que allí quedaba y se aunasen con ellos y hubiese alguna alteración en el reino. Poco después bajó a la dicha ciudad de los Reyes el capitán Andrés Manso, vecino de la ciudad de La Plata, y alcanzó orden para poblar los llanos de Condorillo, y los pobló luego, con intento de descubrir el memorado cerro de Caypurum, a los cuales mataron los chiriguanás sin quedar uno de ellos, como más adelante se dirá.

Vuelto Ñuflo de Chávez, pasó al Paraguay, y volvió con título de capitán para descubrir el Paytití, con orden de Domingo de Irala, con trescientos hombres. Y fueron derechos a los Chiquitos, allí donde se pobló la ciudad de San Francisco de Alfaro. Hallaron gran resistencia de los chiquitos por la hierba mortífera que usan estos naturales. Y al cabo de los ocho meses, con unos cohetes que en sus palizadas echaron una noche, se levantó un incendio, que en poco espacio las abrasó, y murieron hasta trece mil almas, chicas y grandes. Y con pérdida de algunos compañeros que allí le mataron y de los indios amigos, se retiró al sitio donde pobló la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, con intento de rehacerse en ella y volver al descubrimiento de los Moxos.

Segunda vez volvió Ñuflo de Chávez a Lima, donde halló al marqués de Cañete por virrey y a su hijo don García de Mendoza que estaba en Chile. Y habiéndole dado cuenta al virrey de la noticia de los Moxos, que ya la tenía de los vecinos del Cuzco, el virrey hizo marqués del Paytití a su hijo, que después vino por virrey del Perú, el cual envió sus poderes desde Chile a Ñuflo de Chávez para el descubrimiento, dándole título de su general y orden para que luego poblase otra ciudad. Y la pobló en la Barranca, donde ahora se trasladó Santa Cruz. Y sobre los distritos tuvo diferencias con Andrés Manso, que obligaron al presidente Quiñones a entrar en persona a ponerlos en paz y dividir los distritos.

Poco después mataron los chiriguanás a los unos y a los otros, por cuyo respecto no ha tenido efecto la población de la cordillera y descubrimiento del cerro y de los Moxos, por las inquietudes que luego recrudecieron en aquella tierra con la muerte del dicho general y alborotos de su cuñado don Diego de Mendoza. A esta noticia rica de los Moxos entró después don Lorenzo Suárez de Figueroa, que no debiera por el río abajo contra el parecer de los vecinos de Santa Cruz y de los indios guaraníes de Itatín. Y fue a dar cerca de la Margarita, de donde se volvieron *hipatos*, y se murieron muchos, causa principal de haberse oscurecido esta grandiosa conquista.

Ahora últimamente acabó de quitar los ánimos de los que tienen noticia clara de la riqueza de los Moxos y a desvelarlos de todo punto, la entrada de que don Juan de Mendoza Mate de Luna, gobernador de las provincias de Santa Cruz, hizo inconsideradamente por el mismo río abajo, poblando en medio de nidos de arañas, sapos y mosquitos que no hiciera más un bruto. Con que totalmente el día de hoy aborrecen el nombre de los Moxos, por no haberse descubierto en dos veces que se ha hecho viaje a ellos.

1635

“Cronistas cruceños del Alto Perú Virreinal”. Publicaciones de la Universidad “Gabriel René Moreno”. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Imprenta López. Buenos Aires, República Argentina. 1961.

DESCUBRIMIENTO DE LAS PROVINCIAS DE LOS MOXOS, DORADO Y PAYTITÍ, QUE ACÁ NOMBRAMOS TOROCOCIES

Lorenzo Caballero

Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Mándeme V.O. una cosa que cierto lo he rehusado por la dificultad que ofrece haber de recorrer y traer a la memoria cosas antiguas, de tanta grandeza y erudición, que cuando la mía fuera la de Cicerón o Demóstenes, temiera mucho al entrar a vadear mar tan profundo, porque los aceros de mi talento son muy cortos y limitados para empresa tan dificultosa, a la que sólo me anima y pone espuelas la obligación que me corre de servir a V.P. y el deseo de que lo sea la Majestad Divina y que la humana tenga por este camino, aumento de reinos y señoríos, como lo espero, con tan buen medianero y solicitador, a quien suplico perdone mi atrevimiento y reciba mi voluntad.

Sería de catorce años, poco más o menos, cuando salí de la ciudad de Santa Cruz la Vieja, con indios, haciendas y ganados, en compañía del gobernador Gonzalo de Soliz Holguín, y llegamos al paraje donde estaba fundada la ciudad de Santiago del Puerto, veinticinco leguas de la provincia de los Torococies, principio de la noticia, con ochenta hombres que llevaba, todos conformes y con las mismas esperanzas e intentos con los cuales se pasaron veinte años. De donde, viéndome pobre y gastado, me vine a vivir a esta ciudad de San Lorenzo de la Frontera, de la cual salió el dicho gobernador, hará once o doce años, en demanda de este descubrimiento, y se volvió desde el río de San Pedro, que corre por la provincia de los Chiquitos y Tapacuras, por el rigor de las aguas que le impidieron el viaje, y en él me nombró por guía mayor del campo.

En lo demás, haré esta relación lo más breve y sucinta que se pueda por no enfadar, y primero pondré las noticias antiguas que se tienen por ciertas, que son éstas. Que teniéndolas mis antepasados y otros muchos españoles que estaban poblados y hacendados en la provincia del Paraguay, salieron de ella en compañía del gobernador Domingo de Irala, el cual por venir sin guías, gastó tiempo de dos años. En ese tiempo le dejaron unos indios guaraníes, que son chiriguanaes que por no servir a los españoles se retiraron y volvieron al Paraguay y dieron noticia al general Ñuflo de Chávez de cómo prosiguiendo su viaje habían dado con un río muy caudaloso y ancho, que corre de Levante a Poniente. Y haciendo canoas muchos de ellos pasaron a la otra parte, y subiendo una cordillera alta vieron una población muy



grande, cercada de paredes y, estando reconociéndola, pasó muy cerca de ellos una india hilando, con un carnero de diestro. Y envistiendo la gente acogerla dio tantas voces, que acudieron muchos indios de pelea con hondas y piedras, lo que les obligó a matar a la india y retirarse, con pérdida de compañeros, que mataron con piedras. Y temiendo su desbarate, se fueron a los Parecíos y otros al Paraguay.

Con esta noticia y guías ciertas, salió el general Ñuflo de Chávez, con orden del dicho gobernador, con cien hombres, al descubrimiento. Y habiendo llegado sin estorbo al paraje de Santiago del Puerto, halló una provincia que llamaron de los Chiquitos, con ocho mil indios dentro de una palizada. Y el primer día que dio sobre ellos, se retiró con pérdida de catorce compañeros y ochocientos indios amigos y muchos caballos, que los mataron con la hierba que tenían, por cuyo riesgo le dejaron con sólo cuarenta españoles, y los demás se volvieron al Paraguay. El general Ñuflo de Chávez, viendo que no podía pasar adelante por ser pocos, mandó a un extranjero hacer una bomba de fuego, y la echó sobre una casa, que la quemó y se abrasó todo el pueblo y palizada, donde mataron a más de seis mil indios, con lo que se volvió atrás y fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

De allí el gobernador don Lorenzo Suárez de Figueroa salió con el mismo deseo y cien hombres algunos años después, y llegó al paraje de Santiago del Puerto. Pobló una ciudad con este nombre, y dejando en ella treinta hombres, pasó adelante con los demás. A cinco leguas de camino halló una provincia de muchos indios, y dejándolos de paz pasó adelante siete leguas, y halló otra provincia de indios tapacuras, de donde se volvió por unas recias calenturas que le dieron, y envió al capitán Francisco de Coimbra con cuarenta hombres. Y esperándole en Santiago del Puerto, volvió éste en pocos días y dijo que no había podido atravesar la montaña porque había encontrado a tantos pueblos de indios, que por no engolfarse, dejando los amigos atrás y ser pocos, no se había atrevido. Tornó el gobernador a enviar al capitán Alonso López de Vera, que también se volvió sin penetrar en la montaña. Envio por tercera vez al general Juan de Montenegro, el cual dio con una palizada grande, de muchos indios, que tuvo hartos que hacer, y de allí se volvió.

Y el gobernador, visto que no había podido pasar más adelante, despachó al maestre de campo Juan de Torres Palomino con cien hombres, gastando con ellos treinta mil pesos, que tampoco hizo ningún efecto en su propósito, aunque mandó hacer muchos bergantines y se entró con ellos por los ríos abajo del Marañón, que acá llaman Guapay. Y habiendo llegado a la provincia de los motilones, los vencieron con mucho trabajo, porque eran valientes y tiraban con estólicas como los indios Torococíos, señal cierta de que estaban cerca de la gente rica. Allí hallaron muchas talegas de pescado molido, en harina; y preguntados por una lengua, dijeron que era para llevar a un señor a quien estaban sujetos. Y en este paraje les llegó una nueva de cómo el gobernador don Lorenzo Suárez era muerto, y se volvieron mal aconsejados, con lo que se desbarató y descompuso por entonces la jornada.

Al año de seiscientos y uno, el gobernador don Juan de Mendoza Mate de Luna, trayendo desde España esta noticia, entró a ella con ciento veinte hombres, con gastos de más de cuarenta mil pesos de las cajas reales, y tampoco asentaron porque estando ya cerca del fin de su deseo, se le rebeló la gente y se desbarató todo.

Y los que por el Perú han entrado con mucha costa de hacienda en demanda de esta noticia, los más perdieron la vida, como fue Peranzúrez, que entró el primero con guías y trescientos hombres. Los llevó por los mismos pasos, calzadas y puentes que hacían, y por haber invernado en la provincia de los Punaguanas, tierra baja, perecieron todos.

Se ha de mirar con atención este punto, que me parece satisfará a todos los que tuvieran mediano discurso. Y es que todos los que por el Perú han querido descubrir y gozar de esta rica y deseada noticia, digna de eterna memoria, hasta que el demonio se encargue de impedir la, como fueron Francisco Hernández, por los Andes; Pedro de Ursúa, por más abajo; Maldonado, por los otros Andes de Chuquiago; Pedro de Mendoza, dos veces, por Cotacajes; y Pedro de Anzúrez por Pocona. Y todos los gobernadores de esta provincia y gobernación han seguido su derrota con guías y por caminos anchos, y todos han llevado el rumbo del Norte.

* * *

Últimamente, al gobernador Gonzalo de Solíz Holguín le dio gana de ir a la ciudad de San Francisco de Alfaro que fue la que se pobló de las reliquias de la de Santiago del Puerto, a cuarenta leguas de ésta de San Lorenzo al Norte, con cuarenta hombres, siendo yo uno de ellos. Y habiendo llegado a la dicha ciudad, fue recibido de los vecinos y padres de la Compañía, que en ella estaban, con general alegría y contento, por el interés que los unos y los otros esperaban: Los vecinos, porque había de reducirles los indios de sus encomiendas que estaban huidos en el monte; y los padres, porque tantas almas, que con trabajo y cuidado y no pequeño riesgo habían bautizado y adoctrinado en tantos años, no se perdiesen por estar retirados en las montañas.

A los tres días que allí llegó, el gobernador mandó juntar la gente a cabildo abierto, para determinar a qué provincia se había de ir. El padre Jerónimo de Villanao, que se halló presente, ofreciéndose de acompañar al gobernador, propuso que fuese a la primera la de los Tapacuras, doce leguas de allí hacia el Norte. Pareció bien a todos, y con esta resolución mandó aperebir sesenta hombres para salir dentro de cinco días. Y habiendo llegado a los Tapacuras, fueron recibidos de los indios con mucho contento; y llegados al postrer pueblo, mandó el gobernador llamar a los caciques y a los indios para empadronarlos. A los siete u ocho días que allí estuvimos, trajo un cacique un manojito de diez o doce estólicas, y dijo que unos indios, que tiraban con aquellas armas, habían venido a dar con ellos y les habían muerto cinco indios, y con esto pidió socorro, y que ellos abrirían el camino. Pareciéndole al gobernador dar el socorro que aquel cacique pedía, en tanto que el Padre Jerónimo de Villanao doctrinaba a la gente, mandó llamar a consejo a los capitanes y personas de experiencia. Les dijo su determinación y todos conformaron en que sería bien.

Otro día despachó cincuenta indios que abriesen el camino. Al segundo día marchó al campo y al tercero después de haber salido, dieron de madrugada el asalto cuarenta soldados sobre un pueblo de los indios Serranos, que así los llamamos por estar poblados al pie de unos cerros. Y por estar borrachos y tan valientes, no se quisieron dar, y así se perdieron muchos. No se pudo coger más de una india, que el gobernador la volvió a enviar para que llamase y trajese a los indios de paz. Y estando esperando la respuesta, a los tres o cuatro días hallaron los soldados a un indio herido, y le trajeron a cuestras ante el gobernador. Y hablándole en diferentes lenguas, respondió en la general que se habla en esta gobernación.

Preguntáronle si en aquella montaña había muchos indios; dijo que había y los nombres de todas las provincias y que todos eran amigos, sino era una provincia de indios llamados Torococíes, que estaban en la pampa y raso, poblando la orilla de una laguna grande, hacia el Norte. Interrogándole si estaban lejos, dijo que, saliendo de mañana, llegarían a mediodía al primer pueblo, y que si querían ver toda la población, mandase subir alguna gente en uno de los cerros que por allí había. Que él no podía guiar, pues tenía la pierna quebrada de un balazo.

Al momento subieron cinco o seis, y el uno de ellos fui yo. Estando ya en lo alto, vimos pueblos y palizadas, que estarían dos leguas de allí, poco más o menos, y con lo que se vio volvimos al real disparando los arcabuces de contento y pidiendo albricias al gobernador de lo que se vio.

Entre las otras cosas que el indio cantó, dijo de aquellos y de otros pueblos habían hecho junta general para ir a recorrer la tierra hacia el Norte por la orilla de la montaña. Dejando otros muchos pueblos de indios, dieron en uno muy grande, donde hallaron grande resistencia de indios vestidos, que tiraban con piedras, que les obligaron a huir, dejando muchos compañeros muertos. Entre los muertos había quedado él sin sentido y fuera de sí, de una pedrada que le dieron. Y mostrando dónde le dio la piedra, vimos que tenía una o dos costillas sumidas adentro, que pudiera caber el puño en el hueco que hacía, señal muy cierta de piedra redonda. También dijo que sólo aquellos iban vestidos; que los demás indios de los pueblos que habían dejado atrás andaban desnudos como ellos.

Contentos todos y deseosos de vernos ya en los rasos, enfadados de las montañas, partimos otro día para la provincia de los Torococés. Con haber tantas dificultades y estorbos del demonio porque no se llegase al principio y puerta de la Noticia Rica, donde tanta infinidad de almas le están sujetas, rompiendo por todo, con el favor divino llegamos al primer pueblo. Allí encontramos poca resistencia por no haber en él más de diez o doce indios. Indias sí, había muchas y el pueblo era grande, en el cual se prendieron tres indios. El uno daba voces, diciendo que no le atasen. Y llamando a voces al *Yaya*, apuntaba hacia el Norte.

También se halló una cruz, y mostrándosela al gobernador, se levantó una india y la tomó de las manos del soldado, y con mucha modestia la hincó dentro de la casa.

Vimos también muchas figuras de peces de madera y pájaros pintados. Las indias molían el maíz en batanes, el uso del Perú. Los indios sobaban unos tientos de cuero grueso con larga y recia pelambre, que no sabíamos de qué animal cobrado en cacería.

* * *

Otro día marchó el campo hacia el Norte por un camino ancho, dejando a un lado y a otro muchas casas y percheles de maíz, que por ser tantas no tuve curiosidad de contarlas. Vemos en menos de una legua cinco o seis pueblos a la orilla de una laguna grande, que tenía en medio una piedra cuadrada, la cual parecía ser hecha a mano.

Allí se alojó el campo, frontero de dos pueblos que estaban de la otra parte de la laguna, y de hacia ellos vinieron cinco canoas con indios, a desafiar el campo, tirando estólicas, que son las armas que usan. Y requiriéndolos con la paz, no quisieron, mandó el gobernador que les tirasen, con que les mataron dos o tres indios que retiraron a sus pueblos.

Otro día salieron de paz, y al parecer muy domésticos y amorosos. No les entendíamos la lengua, pero por señas indicaban que al Norte estaba el *Yaya* y otras muchas provincias, nombrándolas por sus nombres. Entre ellas nombraron a dos en la lengua del Inca, que fueron: la provincia de Guapama, que era tan grande que se caminaba por ella desde la mañana hasta la noche. La otra provincia se decía *Chinguirupani*. Esto dijeron las piezas que se trajeron después que entendieron nuestra lengua. Y preguntándoles que dónde estaban los indios de todos aquellos pueblos cuando dimos en ellos, respondieron que habían ido a llevar el tributo al *Yaya*.

Una india que le cupo de parte al capitán Juan Montero de Espinoza, después que supo hablar, vio entrar en su casa a un indio del Perú vestido al uso del Inca, y así como le vio se levantó muy contenta diciendo: “Este es roquí. Unos indios vestidos como éste solían venir a visitar a mi padre, que era cacique”. Y dijo otras cosas que confirmaron ser verdad todo lo que por señas nos dijeron.

Estando allá, y visto por el gobernador y capitanes que por señas los indios daban a entender que pasásemos adelante las otras provincias, conjeturaron, como expertos en la milicia, que el intento de aquella gente era que nos engolfásemos en medio de todos aquellos pueblos y provincias, para cogernos a su salvo. Se resolvieron en ir con mucho tiento en este caso. Pero los soldados, ganosos de pelear y pasar adelante a descubrir y traer más claridad, me persuadieron de que suplicase al gobernador diese licencia a treinta hombres para pasar una legua siquiera, y se volvería a la noche al real. A lo que el gobernador me respondió: “Dígales Vuestra Merced a esos señores, que agradezco mucho la buena voluntad. Yo procuraré servirla en la primera ocasión que se ofrezca. Y dígales también que no es tiempo ahora de pasar adelante, porque no sabemos los enemigos que podemos tener, siendo tan pocos y algunos desarmados. Para mí, como aquel que gastó la flor de sus años con todos los gobernadores y capitanes que han intentado este descubrimiento guiados por una relación que don Carlos Inga dio a Martín Sánchez de Alcajaga, en que dice que para llegar donde está la riqueza han de pasar por una angostura de dificultades, que son éstas. A mano izquierda, unos pantanos que ni a pie ni a caballo podían pasar; y a mano derecha una montaña sembrada de indios que comen carne humana. Y pasadas estas dificultades llegarían a una provincia de indios desnudos que adoran en peces y pájaros, poblados en rasos, a la vera de una laguna grande, con una piedra cuadrada en medio. Yo ya la he visto, y no he menester más”.

Y con esto volví a darle respuesta a los soldados.

Algunos de ellos se conformaron con el parecer del gobernador y otros saltaron y dijeron en voz alta:

-¿Es posible que no le mueva al señor gobernador pasar adelante a ver tanta grandeza como los indios dicen que hay, y lo que prometen los caminos anchos y limpios, que todos enderezan hacia el Norte y ver ocho pueblos en media legua, siquiera para atraer los enanos? Pues dicen los indios que está el pueblo cerca, no nos hemos de volver sin llevar algunos enanos, al padre y a la madre en las alforjas y los hijos para pajes en las bolsas de la silla.

Y oído todo por el gobernador, para apaciguar los intentos, mandó llamar a consejo de guerra, y allí les dijo su parecer.

Finalmente, nos volvimos todos con firmes y vivos intentos de regresar aquel año siguiente, con más gente y provención. Y se trajeron hasta cantidad de sesenta piezas jara que sirvieran de lenguas con sus parientes.

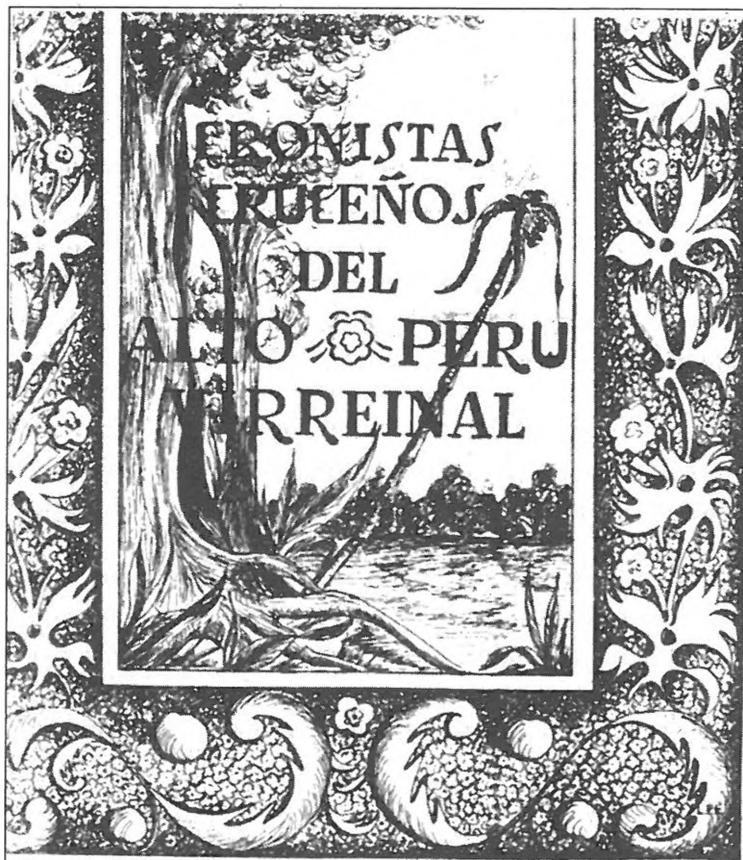
Al fin nos volvimos en la fuerza del verano, gozando de los regalos que en aquel camino Dios puso para que gocen aquellos que fueren a reducir tantas almas perdidas al reconocimiento de su divina ley. Y aunque Vuestra Paternidad me diga que soy prolijo, no dejaré de decir y pintar al vivo el sitio donde están poblados los indios Torococíes y el camino que vimos hasta la ciudad de San Francisco de Alfaro.

* * *

Digo que el sitio donde los indios Torococíes están, son unas lomas tendidas, que corren al Norte y Poniente, libres del riego con que el invierno riguroso suele fertilizar sus huertas. Y agradeciendo

estas vistosas y alegres lomas la compañía que los naturales les hacen, les dan en paga, sacadas de sus entrañas para su sustento tanto arboleda fructífera de diferentes géneros, que son: la almendra, el paquió, la ambaiba, el oquí, el totaía, la palma real, el quimocori y las papas silvestres. Que con sólo esto se pudiera sustentar la vida humana, aunque no hubiera otra cosa. Y porque estas provechosas plantas no se marchiten, ayudándose unas a otras en el invierno, toman agua y vierten unos arroyuelos con que las alimentan y entrando el verano vuelven las aguas a rendir vasallaje a la laguna, dejando los canales secos.

Como los naturales están prósperos de pan, carne y pescado y otras muchas legumbres, no hacen caso de aquello, y así vienen a gozarlo tantos géneros de aves y animales, como son el ciervo, el venado, conejos de castilla, quirquinchos, pejis, coromexís y motacanes, tortugas y jabalís.



Tapa del libro "Cronistas Cruceños del Alto Perú Virreinal".
Publicación de la Universidad Gabriel René Moreno, 1961.

Y por gozar de este bien, de hacia levante, enfadada de la montaña, sale una madre de veinte pasos de ancho, acompañada de muchos géneros de peces, para que le franqueen el pasaje los tres primeros pueblos; diez pasos de ellos les ofrece a los naturales todos aquellos peces para regalo y sustento de la vida humana, hasta llegar a la laguna. También riega y baña esta madre en el invierno una vega apacible de un cuarto de legua, o poco menos, que en entrando el verano queda la vega fresca, verde y olorosa, que es contento caminar por ella.

Subiendo por la falda de aquellos cerros altos, que son principio de la cordillera que corre hacia el Norte, se va gozando de aquella frescura que la arboleda con su sombra causa, entretejidas las ramas con las pencas de cinco géneros de palmas, haciendo compañía a su reina, que es la palma real. Envidioso de esta conformidad el viento manso y murmurador, da en ellas por ver si las puede dividir unas de otras, haciendo un suave y agradable son con el cual que las aves y chirriadores pajarillos, con sus arpadas lenguas, cantan con diferentes géneros de tonos, alabando al Señor que los creó.

Y dejando atrás este paraíso, si así se puede llamar, salen a ver las lomas y rasos, dando libertad a la vista para que pasee por todas aquellas islas, encumbradas de palmas reales que habitan en aquellas lomas tendidas, por donde se señorea aquella regalada madre de Tayjubé y río de San Pedro, que de la madre o río pudiera sólo un soldado con su anzuelo sustentar de pescado un campo.

También corren a trechos por las vertientes de las lomas unos arroyuelos de aguas cristalinas y frescas, y muchos de ellos corren sobre piedras o guijas. Y en contra de estas corrientes van subiendo muchas mojarras, bagres y otros géneros de peces, a ver de dónde les viene tanto bien como la libertad de que

gozan. A la vera de estos arroyuelos se crían tantas flores y arrayanes, que fertilizados con el riego y frescor de la noche y rocío de la mañana, están alegres, ofreciéndoles a las abejas el almíbar de que hacen tanta cantidad de miel, que puede un campo, por grande que sea, gozar de ella donde quiera que se alojare.

* * *

Volviendo a tratar de la madre de Tayjubé, alojóse el campo en el puerto. Aquel día mató a nueve venados, que por estar tan gordos, que parecían carneros de castilla, envió una gama al Gobernador y otra al padre Jerónimo de Villarao. Y por gozar del regalo de aquella madre, holgaron cinco días.

Y donde pusieron los toldos del Gobernador y del Padre, halló segunda vez, que fue el año de 1624 con el Padre Juan Navarro, un mar de agua, que se nadaba, y una cuadra más atrás, donde cayó el rayo cerca de unos soldados que iban a ver el puerto y los aturdió. Daba el agua a los pechos, y se volvieron.

Porque vea V.P. la diferencia que hay de caminar por verano, gozando de este bien, o caminar por invierno trabajosamente, por un mal consejo, atropellando el mío, siendo de hombre tan baqueano. Y habiéndoles guiado a una provincia de quinientos indios, donde pudieran regaladamente pasar el invierno, no quisieron, sino pasar adelante, intrépida y temerariamente, volviéndose por el rigor del tiempo, de catorce leguas de la provincia de los Toros.

* * *

Y por haberlo visto con próspera bonanza a la ida y a la vuelta, gozando de los regalos del camino, al Padre Jerónimo de Villarao le remito esta verdad. Y aunque el Padre Juan Navarro lo anduvo por invierno a la ida y a la vuelta, por la disposición del camino y lo que vio, echará de ver la puntualidad de esta Relación.

La cual Relación he hecho más extendida, de lo que entendí, por si alguna persona, movida con impulsos del cielo, quisiera hacer este descubrimiento o ser parte de que se haga y gozar de lo que prometen tantas muestras y noticias; el demonio como sutil, sagaz y astuto no le engañe, diciéndole y trayéndole a la memoria que todos los que han entrado por el Perú han perecido algunos y otros han salido pobres, y los que han entrado por Santa Cruz se han perdido, no vais a perderos como los otros, no le oiga, sino rompa por todas las dificultades que se ofrecieren, aunque parezcan inaccesibles, pues no es más que otro el que no hace más que otro.

No he querido tratar en la fuerza de mi Relación de la riqueza que el Yaya tiene, por noticia que me dieron unos indios chiriguanaes viejos, remanentes de aquellos que guiaron a Ñufflo de Chávez. Que cuando sus padres dieron en aquel pueblo donde les tiraron con piedras, salieron los indios tan resplandecientes de pechos, brazos y frentes, y aquel resplandor contra los rayos del Sol les quitaba la vista. Y la Relación tan cierta que el capitán Martín Sánchez de Alcajaga, persona tan cristiana y celosa de la honra de Dios y servicio de Su Majestad, hizo con don Carlos Inga. Y es que tiene el Yaya un templo grandísimo, donde están muchos ídolos de plata y uno de oro y muchos pulpitos de plata y uno de oro, desde donde les suele predicar el demonio. Y después que le ofrecen un muchacho y un carnero de la tierra, los degüellan y mezclan la sangre de ambos, y se brindan unos a otros en unos cueros o cubiletos, toscos, gruesos y mal labrados, de plata y oro. Y así no quiero decir más.

Últimamente, una india cacica, de las que trajimos de los Toros, que le cupo de parte a Alonso Rodríguez, después que entendió la lengua y habló, dijo que ella no era natural de los Torococíes, sino de la provincia de guapana. Que después que enviudó en su pueblo se casó con un cacique de los Torococíes, y trajo tres patenas grandes para pecho, espalda y frente. Y mostrándole un plato de plata, dijo que eran de aquel metal y que no había en aquella provincia más que aquella tres.

Y no quiero tratar más de estas cosas porque parecen que se divierten los corazones de los hombres y no atienden a lo principal, que es ir a ganar almas para el cielo. Y el capitán que llevare consigo esta guía, con el favor de Dios conseguirá el fin que pretende. Permítalo Su Divina Majestad para el bien de tantas y tantas almas y para remedio de tantos pobres.

Sólo me resta por advertir que todos los que han entrado por el Perú a la noticia de este descubrimiento se han perdido, los más por el impedimento y estorbo que han hallado en los ríos que causan las vertientes de la cordillera y cerros, que extendiéndose por los llanos y pampas, hacen lagunas y ciénagas, que, con sus crecientes y mala disposición que dejan en la tierra, engendran enfermedades contagiosas y pegajosas, que, apoderándose de los hombres y animales, los matan y consumen. Este inconveniente cesa entrando por esta gobernación, porque todos estos ríos y pantanos los traga y sepulta el río del Marañón, que, como lo tengo dicho, le llamamos acá Guapay, que es el río Grande que pasa entre la ciudad de La Plata y el valle de Mizque. Y así no hay los pantanos y avenidas que estorben el pasaje, cogiendo la entrada por el buen tiempo, que es desde abril a noviembre.

Fecha en la ciudad de San Lorenzo de la Frontera, Gobernación de Santa Cruz de la Sierra, en 22 días del mes de noviembre de 1635 años.

1635

“Cronistas cruceños del Alto Perú Virreinal”. Publicaciones de la Universidad “Gabriel René Moreno”. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Imprenta López. Buenos Aires, República Argentina. 1961.



Calle céntrica de Santa Cruz de la Sierra. Obsérvese a los niños vestidos como adultos, 1910.

MEMORIA DE LO QUE HAN HECHO MIS PADRES Y YO EN BUSCA DE EL DORADO, QUE ANSÍ SE LLAMA ESTA CONQUISTA, Y DICEN QUE ES EL PAYTITÍ

Soletó Pernía

I

Primeraamente vino mi padre del Paraguay, y vino en busca del Dorado, con su gobernador, y vinieron muchos españoles e indios. Y llegaron a los Chiquitos, y de allí se volvieron porque les mataron catorce españoles y muchos indios. Y de allí fue el desbarate que tuvo, y se volvieron al Paraguay. Y otra vez volvieron con hijos y mujeres a la misma conquista, y como hallaron muchos indios en Santa Cruz, se pobló ahí, para pasar adelante a su conquista.

Y de ahí vino don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador, y salimos a otras. Y fui con ellos, y poblamos y se llama el pueblo Santiago del Puerto, más adelante de adonde se volvió la primera gente. Y salió el gobernador con gente, y fue atravesando el monte, y hallaron indios muy caribes, y tuvo grandes rebatos con ellos.

A otra ocasión salió un capitán a esa parte misma, y toparon con otros indios, más eran en el monte mismo, y después se despobló porque no había contrahierba como la hay ahora. Y después vine a San Lorenzo. Así mismo se pobló y lo pobló don Lorenzo, con pensamiento de ir allá a donde había comenzado, y envió al Perú y vino un maese de campo suyo, que se llamaba Juan de Torres Palomino, y con él ciento once soldados españoles, y vinieron estos soldados del gobernador a costa suya. Y no se hizo la entrada por no haber contrahierba, porque es gente que usa hierba. Y así quería hacer su jornada por el río abajo, y así hizo una chalupa y dos barcos y un bergantín, y decía que quería ir por este río y salir a España. Y trajo pilotos y todo recaudo para sus barcos, que fue maestros para todo, y yo ayudé en los barcos; y murió don Lorenzo y no la hizo.

Y encargó a Gonzalo de Solís la jornada, y fuimos allá unos por tierra y otros por el río. Yo fuime por el río por haber ayudado en los barcos y haberme dicho mi padre que a eso sólo había poblado en Santa Cruz, y me escribió diciendo que fuese a la jornada, y me envió recado para la jornada, y así fui a ella de buena gana por ser gusto de mi padre y él mismo lo deseaba. Y nos volvimos porque murió el gobernador. Antes nos quisimos huir, porque no queríamos volver otra vez, y así una noche se nos quedó los barcos en tierra, y así los pilotos y maestros nos dijeron que, pues, Dios lo quería así. Y así nos volvimos.

Y salimos a la jornada de los Jarayes con el maese de campo Hernando de Loma, que fue maese de campo del gobernador don Beltrán de Guevara. Ahí supimos cómo fueron muchos de estos indios, a buscar la noticia, y traje esa nueva a mi padre, y él me dijo: “Ya ves lo que dicen los bárbaros. ¿Por qué no haréis lo que yo os dije?” Y así tomé con cuidado y volví con el gobernador al castigo. Pasamos por la provincia de los Chiriguanas itatines, y nos mataron trece hombres, y nos volvimos. Y salió el mismo gobernador al castigo, y yo fui con él, y llegamos a la provincia de Chiriguanas; y de ahí nos echó el

gobernador al Norte, a sesenta hombres, y fuimos por unas montañas. Ahí hallamos camino grande y llegamos al río del Dorado.

Hallamos indios que nos entendían, y se nos dijo de la noticia y quedaron de llevarnos, porque estos indios habían ido allá ellos y sus padres, siendo ellos mozos que podían ya tomar armas, y hallaron la noticia que buscaban. Y que fueron a ellos con mano armada, y les salieron al encuentro tanta cantidad de gente que les fue fuerza volver atrás huyendo, que a no huir no saben qué fuera de ellos. Lo que más les ahuyentó fue lo que ellos traían puesto, que dicen que parecían soles del resplandor que traían en todo el cuerpo de tanta plata, que les servían de coronas en la cabeza, y en las muñecas muy grandes manillas y en los cuellos muy grandes y hermosas patenas de muy rica plata. Que eso fue más la ocasión por donde estos indios chiriguanas huyeron. Y en esta ocasión, huyendo, toparon con una india que venía de su chacra con un carnero de diestro, y también venía la india hilando la misma lana del carnero.

Preguntóle que cómo sería el animal que traía, dijo que no teníamos nosotros animales como éstos, que eran de pescuezos largos y no como caballos ni mulas. Y así de que la dicha india, cuando supo la lengua, les dijo que del carnero vestían porque les trasquilaban, y que tenían una puerta hecha de crisneja que pasaban de una parte a otra, y que llamaban a aquel cerro la “Cabeza de Anta”, y nos mostró la derecera adonde, y era casi al Norte adonde se pone el Sol. Y nos pareció estos indios que loaban a los españoles, y animábamos, que nos decían: “Acaba dioses, pues que habéis venido, vamos allá antes que me muera, pues mis padres vinieron a esta conquista y no la gozaron. Yo os guiaré y gozar de ella antes que me muera”. Esto decían los bárbaros y así lo decían, y no me alargó más que es cansera repetir lo que el bárbaro decía de esta conquista.

II

De allí fuimos más adelante, a mano derecha, a unos enemigos que tenían estos indios y dimos en un descansadero suyo. Hallamos muchos árboles arrancados, las raíces tenían puestas hacia arriba como a manera de que decían: “Vean la fuerza de indios que en esta provincia hay, y no se atreva nadie a venir a nuestras tierras”. Y en estos árboles arrancados estaban pintados rostros de demonios, digo labrados, con muy sutiles herramientas, de manera que me pareció que era para adorarlos cada vez que llegaban ahí.

Después fuimos adelante por el camino diez hombres, con caballos, y armados con lanzas y adargas. Y decían muchos hombres que sería otro Moctezuma, y dijo un capitán Alonso de Solís que a él le pertenecía prender al señor de aquella tierra, pues prometía mucho en las señas que veíamos. Y después de esto miramos adelante adonde íbamos. Vimos como a una legua una muralla al parecer, y dijo este mismo capitán, que había estado en España y en esas batallas de allá, que parecía una muralla con el Sol que daba en ella, y parecía de cal y canto. Y llegados a ella, era un cerco de la manera de un fuerte, muy reforzado, y estaba en cerco por temor de sus enemigos que tenían, que eran éstos los indios chiriguanas y chirivianos. Era el fuerte de árboles de higueros, y de cedros, plantados alrededor para edificar su ciudad, y de estos árboles se infiere unos con otros, y viene a hacerse una pared; y la puerta tenía de árboles hincados, que apenas podíamos pasar de hombre a hombre, por la puerta, y estaba como trampa.

Y como era hecha trampa, los soldados, ganosos de ver lo que podía ser aquello, tomaron hachas y cortaron un árbol de la muralla, y otros nos fuimos a grande prisa de los caballos al socorro de los que entraron. Por el portillo que hicieron entraron quince hombres bravos, valientes y diligentes. Fue tanta la multitud de bárbaros que les acometieron, que fue el socorro de los caballos muy breve, aunque

grande el socorro. Al fin los sacamos a los quince. Estos bárbaros traían adargas y arcos y flechas y macanas colgadas en las muñecas, para cuando llegaren a manos, con las macanas pelear.

Son éstos unos indios que no saben huir sino pelear a pie quedo, y así quisieron acometernos y se hallaron burlados. Y los otros indios que llevamos de amigos nos habían dicho que acometiésemos, y que luego huirían y que nos veríamos en grandísimo aprieto, como lo fue. Mas es la gente española gente que todo lo abraza.

Y pasamos adelante, y dimos en otro pueblo que estaba a una legua, y entramos. Eran los caminos tan derechos, que casi era más ancha que una calle, por muy ancha que fuese. Y estaban estos caminos tan barridos y tan limpios, que de cierto tuvimos que ver, que fue cosa que jamás habíamos visto.

Llegamos a este pueblo y entramos en tropel a él, y no hallamos gente, porque ya habían pasado los otros huyendo de nosotros. Hallamos una casa en el dicho pueblo, que estaba en la plaza, trece bultos, todos en pie, que al parecer eran frailes, porque tenían rostros de sacerdotes y porque tenían coronas como si fuesen sacerdotes y tenían cilicios y disciplinas en las pretinas, colgadas, y en las disciplinas tenían como a manera de sangre. Y todos estos bultos se estaban mirando unos a otros. Y otros soldados entraron en otro oratorio y dieron grandes voces diciendo: “¿Qué hacen ahí mirando? Vengan acá y verán aquí más que allá. Que aquí están todos juntos los santos, y Dios Padre con ellos”.

La casa era como una iglesia del nombre de Jesús, con muchos bultos todos en pie, de manera que estaban todos sujetos a otro que los cubría con sus brazos abiertos, a manera de Dios Padre. Y hubo soldados que decían: “¡Voto a Dios que parece Dios Padre y todos los santos juntos!”

Y esto vimos y pasamos adelante, a donde nos decían por señas que adelante estaban otros como nosotros. Y como no les entendíamos, ni ellos a nosotros, nos volvimos de ahí. Junto de otro pueblo, fuera estaba otro bulto, como a manera de un hombre crucificado, desnudo, como a manera de cruz y tenía el rostro como a manera de un Cristo muerto.

Y pasamos adelante, y luego topamos en un descansadero. Tenían alrededor del dicho descansadero muchos árboles en pie y con las raíces vueltas para arriba como a manera de figuras de diablos, porque estaban muy mucho de feos y espantosos. Y digo que todos los que hallamos dentro de las casas tenían rostros muy buenos, que con un pincel no podía ser más, y todos los de fuera feísimos. Visto está que habíamos visto un Cristo, digo un culto como hombre crucificado, que tenía rostro, brazos y piernas y pies como nosotros.



Tras de esto pasamos adelante, y hallamos un púlpito a manera de olla, y era de peña redondo y tenía su subidero para subir, labrado en la misma peña. Yo subí a verlo y comencé a dar voces arriba, a lo que me dijo un indio, haciendo señas, que me bajase porque se enojase su Dios. Por señas hacía todo esto, y por ver lo que era y dando más voces, apuntaba este indio a donde se ponía el Sol, haciendo señas de que tenía otro señor.

Esto vi en esta provincia y otras cosas que nos pasaron, que por no ser prolijo aquí no las refiero. Y tardamos en esto hartos días, y de ahí nos volvimos a nuestras casas y tierras.

Todo esto conté a mi padre, lo que yo había visto y he dicho adelante, y él me dijo: “Veslo cómo Dios os ha llevado cerca de la noticia y del cerro que hallaste”. Me dijo que sabía de los dos ríos caudalosos, que son el río del Dorado y el del Plata. Y así los hallé que de ahí salen los dos ríos, el uno para el Norte y el otro para el Sur. Y esto dijo: “Atravesé y vide las cabezadas de estos dos ríos que salen de este cerro, que lo llaman del Norte, va a donde apuntan los indios que nos querían llevar. Los unos y los otros, todos apuntan a una misma parte”.

III

Despoblóse Santa Cruz, y el Gobernador, como tenía en memoria lo de adelante, fue con su gente a poblarla otra vez, por ir adelante. Y así fue que el gobernador de San Lorenzo salió e íbase a los Chiquitos, adonde estaba poblado de los españoles. Y fuimos cuarenta hombres con S.S. Yo, por ser adonde mi padre decía y los indios me dijeron, que era hacia el Norte, fui sin que nadie me apercibiese.

Llegamos al pueblo que quiso el señor Gobernador hacer reducción, y hubo contradicciones. Y dijo el dicho gobernador que si queríamos ir al monte al Norte a traer indios y piezas. Por ser al Norte fuimos de buena gana. Fuimos por donde el Gobernador don Lorenzo fue, y llegamos a estos indios. Como eran ya mansos, nos dijeron que fuéramos a otros indios que habían dado en ellos y fuimos con más voluntad, por ser que decían que era hacia el Norte.

Antes de eso, estando en el Perú mi hermano y yo, en un pueblo llamado Pocona, que es pueblo de indios, un cacique preguntóme que cómo no había parecido. Díjole mi hermano que estaba yo casado con los Chiquitos, adonde estaban poblados los españoles. El indio que estaba entonces bueno nos dijo: “Sobrino, píntanos cómo está vuestra tierra”. Yo se lo roedé (?) adonde nace el Sol y el Perú adonde se pone; y San Lorenzo adonde se pone el Sol y señalé los Chiquitos al Norte, adonde estaba mi hermano poblado. Y le vimos al indio alborozado en el rostro. Y entonces dije a mi hermano en la lengua que le decía con lo que tenía en la mano, y le brindó otra vez. Y como vide que le íbamos a su gusto, nos dijo de esta manera: “Sobrinos, vosotros me habéis pintado vuestra tierra y los Chiquitos hacia el Norte. Mirad que aunque anden vuestros padres, entran por el Perú y han entrado siempre y se han perdido. Vosotros, sobrinos, estáis cerca de ellos ya porque acá no lo descubrirán por esta parte del río sino es por la otra parte adonde me señaláis”. Que así lo sabía él.

Este indio se llamaba don Pedro, cacique de Pocona, muy viejo, que tenía cien años y mucho más. Y nos dijo también que allá estaban sus parientes, y que los indios de allá habían venido, y que estaban muy bien, y que la tierra se llamaba Paitití. Y esto nos dijo el indio. Y dicen que los muchachos y los borrachos dicen la verdad. El indio estaba aquel día para hacer mercedes, y nos dijo esto muy de veras, con muchas ansias, diciendo que allí estaba su rey y señor.

Y así como nos vimos en aquel paraje que nos había dicho, fuimos con más voluntad y decíamos nosotros que esto que con más voluntad iban ahora y era porque teníamos lo que aquel indio nos había dicho, y así íbamos alentados. Fuimos y dimos en estos indios, que estaban junto a unas serranías, y eran indios caribes que comían carne humana. Y no se quisieron sujetar al español, si no es queremos matar y no sujetarse. Antes nos hirieron a ocho soldados, y más avilantados estaban, hasta que nuestro capitán dijo que quemasen las casas donde estaban. Y más quisieron quemarse que darse a sujeción, adonde quedaron quemados. Y hubo más cosas que no se refiere aquí por no enfadar.

Y en esto llegó el Gobernador y nos alojamos. Y después otro día salió un hermano mío a correr la tierra, y pasó por donde habíamos quemado el pueblo, y a un lado halló a un indio herido de un balazo en una pierna. Pasó de largo e hizo que no le había visto, y después no le halló adonde le había dejado, y dijo a sus compañeros y a otro hermano mío, que se apease, y luego se apeó y díjole que buscase a un indio que había visto tendido. Pasaron y buscáronle por el rastro que había hecho, porque tenía una pierna quebrada, y él se la arrastraba por irse. Y dijo mi hermano: “Aquí está este bárbaro. No está muerto”. Y fuimos allá adonde estaba, y lo hallamos como muerto. Y dijo mi hermano que lo trajesen al real, que otro no habíamos cogido, por saber de él lo que queríamos. Y lo llevaron a cuestras cuatro indios, y llegamos con él.

Después con el lengua que traíamos fuéle preguntado que cómo no quisieron sujetarse y él dijo que no entendían que éramos sino sus contrarios, que también usaban con sus armas, que casi eran como el son que sonaba como los de ellos y eran de piedra lo que salía de ellos. Y así entendieron éramos ellos. Y nos dijo que estaban cerca de ahí unas personas como nosotros, y que son indios, y que por ser indios como ellos no se quisieron sujetar a ellos. Y que ellos y otras provincias sujetaron siete u ocho provincias. Fueron de mano armada a ellas y dieron la batalla tan cruelmente que salieron los otros tantos y tan galanes, con muchas coronas y patenas y brazaletes que parecían estrellas con aquella divisa que traían y dijo que eran blancas como lo que traíamos en nuestros arcabuces que eran las virolas y fraquillos y de aquella misma manera. Que este indio quedó con los muertos, con una pedrada que le quebraron dos costillas, y que no huyó porque no le matasen, y quedó allí hasta que fue de noche. Y así se fue adonde estaban los suyos, y así salió de esa batalla. Y dijo que se volvieron después todos juntos, y cuando llegaron a sus tierras envió este señor un capitán sobre ellos y no pelearon más y se quedaron de paz. Y así salieron de paz y estos serranos no quisieron, y así los otros están mal con ellos y fueron y son enemigos hasta ahora.

Y preguntándole cómo de lejos estaban dijo que subiesen al cerro y que de allí le verían. Y fue Antonio de Sanabria y subió a aquel cerro, y como no vio nada, volvió y preguntó el indio que dónde había subido, y cuando le apuntamos adonde dijo que no era ahí, sino en otro cerro, y que fueran a la punta de ese cerro y verían lo que él decía, que eran unos rasos y pueblos.

Y así fuimos al cerro que él decía, y subimos seis hombres, tres de los chiquitos y otros tres de San Lorenzo, y entre éstos fui yo. Después de que estuvimos arriba y miramos de una parte a otra, dije yo: “Señores, ¿no traéis aguja?” Diéronme una aguja y toméla en las manos y cogíe el Norte y el Sur. Hacia el Norte vimos un cerro de Levante a Poniente, y todo hasta allá eran montañas, y hasta donde habíamos venido todo era también montañas grandes. Mirando donde se ponía el sol vimos una laguna, y hacia el Norte lagunetas. Dije a mis compañeros: “Aquellas lagunetas son tres”. Contestaron “sí” y yo volví a decir: “No es eso sino una, porque hay islas que las apartan y que les sirven a los pueblos de rededor de la laguna”. Dijeron los otros que no veían nada y yo les pregunté: “¿Ven los humos?” Dijeron que no, si no es que eran vientos que daban en aquellas peñas. Así lo hicieron y lo oyeron todos los que íbamos, como eran tambores. Y así estuvimos más de una hora larga.

Dijo luego uno de los seis: “¡Si como somos seis fuéramos los siete de la paz!” Respondió otro luego: “Si como somos seis fuéramos tres, los tres reyes nos llamáramos, y conquistáramos todo el mundo”.

Y en esto nos volvimos y dijimos: “Hermanos, digamos a los compañeros que no hemos visto nada. Veamos lo que ellos dicen y de qué pie cojean”. Y así fue. Cuando llegamos a los compañeros, nos preguntaron lo que habíamos visto. “Lo de siempre”, dijimos. Y luego saltó uno de los de España: “Vean cómo es mentira lo que aquel bárbaro dijo. ¡Ea! Vámonos a San Lorenzo”. Esto que el de España dijo me anubló el corazón, porque tal hombre tenía tan poco corazón. Y luego dije a mi hermano: “¿Qué os parece éste? ¡mire que va a lo que dijo el otro, que tres solos quisieran ser para conquistar todo el mundo!”

Y así nos fuimos y ellos delante de nosotros. Llegaron al real y dijeron que no había nada, que todo era bordonales. Y les contestó el gobernador: “Pernia que esté aquí”. Expresáronle que yo quedaba atrás y que ya venía. Y es que sabían el designio que yo llevaba, que jamás dejé salida ninguna que no fuera al propósito.

Y llegué y me preguntó el gobernador que qué era esto que le habían dicho. Yo le dije: “Señor, hijos son muy grandes”. Él me dijo: “yo lo creo que esas buenas nuevas me traes”. Dije que sí, y después él me dijo: “¿Qué vistas?” Yo le contesté: “Señor, vimos al cerro hacia el Norte y el pueblo a la redonda de él una laguna y están en cerro y en rasos. Tomamos la aguja, y todo lo que dice hacia el Norte, a mano derecha, todo es montaña hasta el cerro; y lo mismo por adonde hemos venido es montaña. Lo que es hacia el Norte es todo lomas y rasos”.

Estas nuevas le di al Gobernador porque lo vi, y el deseo mío era tan grande, que quisiera que todos fueran como yo, y tomaran alas para volar y buscar adonde íbamos.

I V

Mas luego el gobernador apercibió al capitán Amaya para que saliese con treinta hombres otro día de mañana. Salimos y fui en el campo de los primeros, y mis hermanos y sobrinos. Toqué mi corneta para que saliésemos porque era el placer que yo tuve de ir adelante, yo y mis hermanos y sobrinos. No sé de los corazones de los soldados. Luego se tocó la trompeta para salir, y en esto todos los indios bárbaros que llevábamos por amigos se alzaron y huyeron al monte, por no ir adelante.

En esto mi hermano dijo el Gobernador: “Querría ir al pueblo adonde dejamos al Padre y diez soldados”. A lo que contestó el Gobernador: “haga lo que más conviniera”. Entonces él nos dijo: “¡Ea! Hermanos y sobrinos, síganme todos”. Y así lo hicimos. Y luego dijo el Gobernador: “Quédese un Soletto conmigo” y de este modo Diego Soletto quedó con el Gobernador.

Fuimos adelante del pueblo, y aquel día anduvimos tanto que lo que se anduvo antes en seis días se anduvo en uno. Ya cerca del real dijo Juan Soletto: “Paremos aquí, y vení hermano, id con nuestro sobrino al real y mira si están vivos los compañeros. Si estuvieren, avisadles lo que ha habido y tráeme al mulato. Id con cuidado”.

Caminamos los dos a pie, y estábamos a media legua del real, que como llevábamos llave de rastrillo, fuimos muy secretos. Cerca del real me salió un perro, como a manera de tigre, a espantarnos y dio un bramido que nos detuvo, hasta que lo conocí que era mi perro y le llamé por su nombre. Llamábase Cirujano, y vino como humilde y amigo. Fuimos al real que estaba a la parte de una laja grande, y caminamos por ella. La laja estaba como hueca, y así nos sintieron los indios que quedaron en el real, y

como estaban con cuidado por temor de los enemigos, estaban así. Llegamos; luego nos hablaron por boca de un indio, diciendo: “Españoles son”. Les contestamos: “Sí, somos” y le preguntamos por la gente, y nos dijo que todos estaban buenos.

Llegamos adonde estaban los compañeros y conté al Padre lo que nos había pasado con los bárbaros, que se nos habían huido todos por no pasar adelante. Contestóme el Padre que también ellos habían estado con cuidado esta mañana, y por estar todos alborotados, no han venido esta mañana como suelen venir. Les pedí las cadenas y los traje como mi hermano me había dicho. Después le dijo que llevase al mulato al pueblo, y que había de ser por las espaldas del pueblo; que la vela tenían por delante. Y así los cogimos. Luego fuimos al otro pueblo, y lo mismo nos sucedió, que sólo indios cogimos e indias no, porque se habían huido todas al monte.

Así fuimos al real con los indios en cadenas. Luego envió mi hermano para coger las indias, y fuimos tras de ellas. Aquel día volvimos y no trajimos nada. Mi hermano tomó dos indios y les dijo: “mira que os llevo a los dos. Al uno tengo de ahorcar y al otro de empalar”. Luego nos dijo que fuéramos y fuimos por volver adonde el Gobernador estaba. Nos dimos prisa porque mis hermanos y yo llevábamos la prisa para adelante.

Así fue que al otro día a mediodía trajimos a estas piezas todos, que no faltó ninguno. Nosotros que llegamos al real oímos la trompeta sonar, y dijo mi hermano: “Malo, hermano, que está ya el Gobernador de vuelta”. Yo le dije: “Ánimo, que Dios es grande y ha de querer que pasemos adelante. Así llegamos al real donde el Gobernador estaba, y habló mi hermano: “Señor, sea bienvenido. Aquí traigo las reinas. Los reyes ellos se vendrán”. Y así fue, que luego se vinieron los caciques y los otros indios, por sus mujeres.

Después puso por plática la vuelta por donde habíamos comenzado, y no quisieron casi todos, sino nosotros, porque éramos hablados de nuestros padres, y le dimos el sí. Aunque era muerto le habíamos de obedecer lo que nos mandara. Así estábamos todos con grande dolor. Entonces les dijo el Gobernador: “Hijos y hermanos, no lo voy a buscar para mí, sino para vosotros”. Estas cosas y otras les decía, y no querían, hasta que yo hablé, diciendo: “Vamos, mis hermanos y mis sobrinos”. Que éramos todos diez, y todos decían adelante. Volví yo a decir: “Señor, aperciba diez hombres que queden con el Padre. Y suba a su caballo y salga y diga: ¡Todos me sigan, que todos serán fuera!” Y así fue que todos nos fuimos con su señoría.

Al otro día estuvimos en los Serranos, de donde nos volvimos, y cogimos una india y la llevamos a nuestro real. Ya habíamos dejado al indio que nos había dicho lo que hubimos visto, y lo hallamos muerto y quemado y flechado, que debieron de entender los bárbaros que era uno de los nuestros.

Tomando a la india por guía, nos llevó por la montaña. Yo observé diciendo: “¿Señor, adónde vamos, que vamos siempre por la montaña y dejamos las lomas y pampas a mano izquierda?” Tanto porfié en ello, que el Gobernador me dijo: “volvamos atrás y hagamos eso que decís”. Y fuimos otra vez de vuelta atrás.

El real quedó levantado en una pampichuela. Fuimos al cerro desde donde habíamos descubierto los pueblos. Subimos allí y no nos separamos los hermanos porque teníamos las ansias de pasar adelante por lo que sabíamos y nos habían dicho y que todos apuntaban a una misma parte. Subimos a lo alto con un capitán y vimos lo que yo había dicho. Hubo un hombre que dijo: “¿Ven un bárbaro que yo veo y está junto a aquella lumbre, en ese campo?” Le contestamos que no veíamos nada, y era cierto. Y así nos volvimos al real y se lo dijimos al Gobernador.

Entonces me dijo mi hermano: “Mira por dónde hemos de ir”. Tomé cuatro compañeros, que eran sobrinos míos, y fuimos a abrir una montaña pequeña que nos estorbaba la entrada, y era como de una cuadra. Macheteé más que la mitad, porque de arriba habíamos visto del cerro y nos volvimos porque ya era tarde. Al otro día por la mañana volví a mi camino y luego salimos, y avisamos a la gente. Nos siguieron por la pampa y nos alojamos junto a un río que iba al pueblo. Allí hallamos rastro e hicimos un puente para que pase todo el real.

V

Algunos días después de lo anterior pasamos todos por el puente que dicho queda y llegamos adonde dijo ese soldado que había visto el indio, y era como el soldado decía. Pasamos delante por la pampa y fuimos todos juntos con ganas de llegar a ver a lo que salimos. El indio nos dijo: “Ya es”.

Pasado quedaba el gobernador de retaguardia y cuando íbamos pasando dijo entonces: “Señores, de los Soletos, uno quédese conmigo y no vayan todos”. Cayóme de suerte ser yo, y él me dijo: “Quédese Pernia” y me quedé de retaguardia. Fuimos mirando a mis compañeros y hermanos cómo iban de ganosos y blandiendo sus lanzas, que era un contento verlos. Pasaron y llegaron al río que se había de pasar para llegar al pueblo. Ahí se detuvo la gente y los indios se resistieron. Y como esto vio Juan Soletto, dijo a los otros: “Hagan lo que yo hiciere y síganme todos”. Y se arrojó a pasar el río y los demás le siguieron.

Entraron en el pueblo, y cuando llegaron tenían un bárbaro atado que hablaba por señas con la boca alargándola y decía así: “¡Yaya! ¡Yaya!” muchas veces.

En este mismo pueblo hallamos batanes para moler maíz, como los del Perú, y la chicha ni más ni menos que la del Perú y sus cántaros como los del Perú y sus pailas, digo de barro, que contando de sus grandezas eran tan grandes que cabía yo. En uno me dormí ocho noches que estuvimos ahí. Era como si fuese de cobre, que tenía tres andenes. Es de pared, hecho a mano, aquello para meter llena para conservar la chicha. Y era tan ancho que cabía un hombre en una de aquellas pailas, que era de siete pies de largo y ancho. Tenía unos a manera de pescados, en donde oraban, y bújaros. Tenían también una cruz de palma como las que aquí tenemos cuando es día de Ramos. Y preguntándole qué era aquello, decía que el Yaya, y hacía señas de que el Yaya se lo daba.

Otro día pasamos adelante y hallamos a los indios sobre un cuerpo de los que habían los soldados muertos. Hallamos como a manera de un baile a la redonda del muerto, al que tenían al fuego, que aquellos hombres se queman y se van en humo.

Esto vide y todas esas naciones, y es una gente tan limpia, que tiene cocina de por sí, donde guisan de comer, por ser gente limpia.

Pasamos adelante como a una legua y hubo dos caminos. Allí decían unos que por aquel camino, otro por el otro, que ya andaba el Estorbador estorbando. Había hablado el capitán que pasásemos adelante, y llevábamos armas y caballos y como el Estorbador andaba listo entre nosotros, dijeron que el Gobernador decía que volviésemos a dormir juntos. Y fue para mi desgracia y desmayo, quedándonos los hermanos tristes. Por donde fuimos vimos lomas, y el Gobernador les decía: “Amigos, vamos hasta aquella punta, porque este bárbaro dice y apunta que estamos cerca”. Y esto era para animarlos. No quisieron porque el Estorbador andaba entre nosotros, y así nos volvimos adonde estaba el Gobernador,

que pensamos volver otro día adelante. Pero el Gobernador nos dijo: “Hijos, no quiero ver más lo que he visto, ¿y es esta laguna que tiene esa piedra preciosa en medio? ¿Queste el puerto de la noticia?”

Tomé luego una canoa abarrotada con otra para que no volcase. Me fui en ella y vi la pena, que parecía hecha a mano. Y volviendo a mis compañeros, me dijo uno de ellos: “Aguardad, iré yo a un lado”. Y vide un caimán grande, y si le aguardo, no sé qué fuera de mí. Me embistió y yo huí con unos curaletes a manera de remos. Pero venía el fiero con la boca abierta tras nosotros, y al fin huimos tanto que no nos alcanzó, y saltamos en tierra. Como el fiero animal hubiera hecho otras veces aquello, vino hasta donde estaba la canoa, y un soldado llamado Juan López, que traía, como nosotros, las armas en la mano, le tiró un balazo en la cabeza y lo mató. Era fiero el animal, que ponía espanto a los bárbaros.

Venía en eso un bárbaro en su canoa, dando voces como desafiando. Nosotros le hacíamos señas, y él nos tiró flechas, y venía solo en pie y los otros asentados. Y dijimos al Gobernador: “¡Señor, que nos han de herir o matarnos!” Y tanta fue la importunidad que le dimos, que nos dijo: “Mátenlo”. Luego lo mataron y cayó en el agua. Los otros se fueron luego en la canoa, escondidos por temor de las pelotas. Aunque daban en ella, nunca los bárbaros la desampararon hasta que se alejaron. Mi hermano Diego Soletto dijo a un indio que lo sacase de dentro del agua, y metiéndose hasta los pechos, le tomó de los cabellos y trájole tras sí a donde estábamos, ensangrentados boca y narices del balazo que le habían dado.

Es la tierra muy dura. La loza deben de mixturar con caracoles. Es tan dura la tierra que parece de metal el más duro. Tenían tanto caracol cogido, que así digo que deben de mixturar la loza con los caracoles, porque tenían tantos guardados en sus casas. Y digo de la loza, como acá se mixtura con arena, porque tomé un cántaro y lo quise quebrar con una macana, y le di dos o tres golpes y no lo pude quebrar y lo dejé.

Me fui donde el Gobernador estaba y él díjonos: “Hermanos, ya hemos visto a lo que veníamos; ya topamos con la piedra de la noticia, que esto sólo queríamos ver. Volvémonos. El año que viene traeremos más munición y gente”. Y así nos volvimos.

En esta tierra son los zapallos como los del Perú y el maíz, grueso, grande y blando y las chácaras muy grandes. Mas vimos pocos indios, muchas más mujeres y chusma, y al parecer no estaban allí ellos. Y así vinimos por las chácaras y hallamos árboles cortados, como si fueran cortados con hachas, y eran cortados con piedras, porque tenían minas de ello, de donde lo sacaban para cortar árboles, y tenía las bocas como si fueran de hierro. Tenían seis percheles, el maíz puesto con grande curiosidad, puesto con las puntas para abajo, y así no entraba el gorgojo. Había mucho más en esto que ver. Y fue para mí de gran pesadumbre porque no fuimos para adelante.

Y quiso Dios que al volver halláramos gobernador nuevo, y se deshizo todo lo que teníamos concertado.

VI

Hicimos otras jornadas a la cordillera con otro gobernador. Y pasóse años, y luego hizo Antonio Suárez una jornada, que le envió el Gobernador a los Chiquitos, a que hiciese la jornada que había hecho el gobernador Gonzalo de Solís Holguín a los Toros. Salió por maese de campo Antonio Suárez y puso en plática la jornada y no quisieron la gente, porque querían que el propio Gonzalo de Solís la hiciese. Yo me hallé ahí con mis hermanos. Por lo que sabíamos de esta entrada, nos holgamos de ir allá, pero no fuimos sino a otra parte mas topamos con el mismo río que iba a los Toros, y dijimos a otros soldados:

“Hermanos, este río parece el de los Toros”. Ellos dijeron que sí y nos volvimos y hallamos el pueblo desamparado.

Y nos volvimos contentos porque ya la esperanza teníamos perdida, ya que Dios trajo al Gobernador, será Dios servido de que viene a hacer la jornada. Nos holgamos mucho y fuimos a esa jornada todos mis hermanos y sobrinos. Por ir a cosa cierta llevamos todo el hato, y fue llevar mujeres e hijos, y así fuimos con tanta voluntad. No quiso Dios que nos desbaratáramos por ir en tiempo corto, que fue por agosto y septiembre, que entonces ha de estar la gente ya parada, y no ha de ir la jornada de prisa porque se perderá, si no es muy despacio. Lo cierto de todo ello fue el Padre Navarro allá, y su paternidad dirá lo que trabajamos y cómo volvimos todos a pica a veces hasta el río Guapay, y que muchos soldados y capitanes vinieron a pie por haber sido el tiempo de aguas. Cuando fuimos a los Toros en la primera vez, fue el Padre Jerónimo de Villarnao con el Gobernador Gonzalo de Solís.

1635

“Cronistas cruceños del Alto Perú Virreinal”. Publicaciones de la Universidad “Gabriel René Moreno”. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Imprenta López. Buenos Aires, República Argentina. 1961.



Baronesa de Libet e indios Chamacocos.

DESCRIPCIÓN DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

GOBERNADOR FRANCISCO DE VIEDMA

Linda por el norte con la provincia de Moxos; por el sur con el partido de Vallegrande, en los altos de la cordillera hasta el Río Grande, cuyo rumbo sigue al Parapetí o río Condorillo, que por esta parte divide la provincia de La Plata; por el este con este río, que se cree sea el de San Miguel de Chiquitos, hasta las juntas en el Río Grande; y por el oeste con la serranía y tierras habitadas de indios de nación Yuracarés.

Los ríos que corren por este partido, son el río Grande, el Piray, Don Jorge, Guandá, Palometas, Surutú, Perdiz, Palacios, Asubí y Zapacani con otros arroyos de poca consideración; algunos de ellos abundan de diversas calidades de pescados grandes y pequeños, entre los cuales hay muchos de gusto delicado, y varios anfibios. En tiempo de avenidas se extienden mucho las inundaciones de esos ríos, principalmente el de Palometas. Los más caudalosos son el Río Grande y el Piray; aquel se navega para las misiones de Moxos, desde el puerto de Paylas; y éste en tiempo de lluvias se hace intransitable. Los demás son de poco caudal.

Lagunas, entre chicas y grandes, tiene siete, las cuales jamás se secan. Las más grandes, de tres cuadras de largo y una de ancho; sus nombres son: Urobo, Mesa, Salsipuedes, Conchas, la Aguilera y el Totoral; en ellas se crían unos lagartos de dos varas de largo a modo de sierpes. De pescado: dentones, bagres y anguilas, mucha porción de conchas grandes y chicas, que sirven de cucharas a la gente pobre, y de caracoles, capiguaras, que es una especie de lobo marino. De aves muy parecida en el color, tamaño y aspecto, al pavo real; su bramito se oye un cuarto de legua: gallaretas, caraus, garzas de tres especies, moradas con el pico en forma de cuchara, blancas y cenicientas con el pico redondo y largo; batos, ave mayor que el pavo real, sus piernas largas y coloradas, la pluma del cuerpo negra y blanca, el pecho todo blanco, y el pescuezo sin pluma, de unos finos colores negro y encarnado, el pico triangular negro y de una cuarta de largo, con el cual pesca dentro del agua con particular tino y ligereza.

Los campos son unas dilatadas campañas de mucha llanura, bien que en algunos parajes hay unas cortas barrancas o bajíos. Las ciénagas y pantanos en tiempo de lluvias, en sitios donde no tiene salida el agua, son tales, que se hacen enteramente intransitables; particularmente en las llanadas de Jores, que son muy dilatadas.

Están poblados a trechos de varias islas de árboles y bosques, principalmente en las inmediaciones de los ríos; todo lo que ciñe la sierra son lomas muy bajas, con grande y espeso monte de que está circundado lo más del partido; tiene excelentes maderas de diversas calidades; entre las que más se aventajan son, el quiche, su color colorado, de tanta consistencia, que aunque esté dentro del agua jamás se pudre; su altura diez y ocho varas, su grosor dos brazas; el toco, su altura ocho varas y tres brazas de grueso; el cachacacha, su altura diez varas, y dos brazas de grueso; el tocomosí, su color morado bajo; el mora, de color de caña; el curupau, negro y colorado; cedro de dos calidades; tajibo de tres, una amarillo, otra colorado, y otra de color de canela, con listas de morado y caña; el mocomoco, morado, con otras muchas menos conocidas. Éstas son las útiles para las casas y trapiches de azúcar, y demás usos necesarios, por su solidez y consistencia que sin embargo de ser el clima muy cálido y

húmedo, se preservan sin notarles corrupción alguna; muchas de ellas, por su grosor y altura, pudieran servir para la construcción de embarcaciones mayores. Algunas dan muy buenas resinas, que sirven para sahumeros en las iglesias, y de que también usan mucho las mujeres en todo el Alto Perú.

De árboles frutales, sólo se crían naranjos y limones dulces y agrios, aquellos en mucha abundancia, y las naranjas dulces son de las más exquisitas del Perú. Frutas de Castilla no se dan aunque a mí me parece hay parajes donde pudieran plantar algunos árboles de duraznos, manzanas y otros más comunes; pero aquellas gentes son tan desidiosas, que por no cuidar de su beneficio abandonarían cualquier comida regalada; ellos se acomodan, y aún tienen en más sus frutas silvestres, las cuales se crían en abundancia y son, el guapurú, redondo y negro, del porte de una aceituna chica, su gusto agridulce, es fresco y cordial; el taruma, negro redondo, dulce, y de fastidioso olor; el aguay, la papaya, la guayaba, el coquino, el guahira, el marayau, el ocoró, sirve para sorbete; el guapomó, el quitachú, la ambaiba, el bisla, pacabiolla, el pitón, el achachairú y luxmas. Muchas de estas frutas comen los españoles, otras sólo la usan los indios; las piñas son excelentes, las que se crían, y lo mismo los plátanos.

En los montes, campañas y bosques, se crían muchos tigres, y causan considerable daño en los ganados de toda especie, no obstante perseguirlos con perros, flechas, bala y lanza, haciendo buenas matanzas en que se ocupan los hombres de más valor, destreza y espíritu, y suelen resultar algunas desgracias; el boroquí, figura de un potro en tamaño, cola y clin, la cara como la del perro hace mucho daño en las yeguas, y es muy difícil de coger por su gran velocidad; son raros los que se encuentran: el león de pelo colorado, facciones de tigre, hace mucho daño en ovejas, potros y terneros; cuando sale a la campaña lo cogen con perros, lazos, o lo matan con escopeta o flecha; onzas, leopardos, antas, vinas muy parecidas a las cacerba; gatos monteses, zorros, osos de dos layas, hormigueros, y como los que se crían en la Europa, infinidad de monos de varios tamaños; jabalíes, periquitos ligeros, corsos, venados, gamas, y otras muchas diversidades de cuadrúpedos.

De volátiles: pavas de monte, de tres calidades, las unas de pluma blanca y negra, el macho todo negro, el pico amarillo, y en la cabeza un hermoso penacho colorado que le hace vistoso; las otras con la pluma negra, la punta de la cola blanca, con una perilla colgando en el pescuezo, y se llaman de campanillas, y las otras denominadas guaracas, de color pardo, que abunda en los montes, el tamaño poco más que una gallina; la carne de todas ellas es regalada; perdices de cuatro especies: el ave que llaman carpintero, su tamaño como el de una paloma, la pluma negra, pico, piernas y cabeza, con un hermoso penacho todo colorado; tiene la particularidad de horadar el árbol de más consistencia con el pico, para hacer en él su nido, donde cría a sus polluelos libres de sus enemigos; el ruido que hace cuando trabaja con los golpes del pico, se oye casi en la distancia de dos cuerdas. Parece en lo natural imposible que pueda en una madera tan fuerte causar tales efectos un instrumento tan débil con el corto impulso del vigor de esta ave, lo que hace presumir se auxilie de alguna hierba que tenga la virtud de ablandar la dureza del árbol, pues al hombre de mayores fuerzas le da mucho que hacer para cortarlo con buena hacha. Hay otras especies de este pájaro más chico, su pluma negra, el pecho y cabeza amarillos y el pico negro; éste se ejercita en aserrar palos delgados y sacar hormigueros; el chopocoro, del tamaño de un tordo, su pluma colorada, hace el nido muy largo, colgado de una rama, tejido y surtido de espinas para librar a sus hijuelos de los enemigos. Dos especies de tordos, la una blanco con alguna otra pinta negra, y la otra todo negro, ambos de un delicado canto; su tamaño como de una pequeña tórtola; tienen la precaución, para defender sus hijuelos, de rodear el nido una porción de ellos, cuando recelan de enemigos, y a picotazos los defienden. El filutilu, de igual tamaño al tordo, su color atabacado; fabrica su nido en la rama de cualquier árbol, de barro tan fuerte que no lo deshacen los más recios aguaceros; la figura es ovalada, su tamaño poco mayor que la copa de un sombrero, con sala y

apuesto, la entrada es una angosta puerta caracoleada. El buitre, algo menor que los de España, causa mucho daño en el ganado vacuno; cuando una vaca está de parto, espían a que nazca el becerrito, e inmediatamente la rodean varios de ellos, y arrastrando un ala la toread los unos y los otros; luego que la madre arremete a defender su hijo, se arrojan a él y le sacan los ojos y lengua, consiguiendo asegurar la presa. Más esto sólo acontece en las primerizas, pues ya experimentadas meten al hijo debajo de sí, y por más que intenten capearla no hacen caso, y así se aburren y las dejan. El tucán, del tamaño de una perdiz, la pluma del cuerpo muy negra, los pies colorados, el pecho y toda la parte del pescuezo encarnado, amarillo, blanco y azul bajo, ojos grandes negros, con su círculo blanco y medio amarillo, el pico triangular de cuatro pulgadas de grueso, encarnado de un gema de largo; se mantiene robando los hijuelos a las demás aves. Éstas son las que se conocen más particulares; de las demás especies abundan como en los otros partidos de la provincia.

De reptiles: culebras de diversos tamaños y especies; unas que llaman boye, su largo cuatro varas, y de diámetro algo más de una; la piel blanca y negra; se atrae con el aliento cualquier animal o pájaro de poco tamaño, que esté en su inmediación, hasta tragárselo; otras con dos cabezas en el extremo del cuerpo; éste tiene una tercia de largo, y dos pulgadas de grueso; viven en el centro de la tierra, y de repente rompen aún dentro de las casas, y con mucha sutileza se prenden en las partes desnudas del cuerpo del hombre que encuentran, o de cualquier animal, y le van chupando insensiblemente la sangre. Cuando las sienten y quieren arrancarles, no pueden conseguirlo, a menos que las corten por la mitad, y otras de las comunes que se crían en España.

Víboras de diferentes tamaños y especies: la actividad del veneno en las unas, es más pronto, en otras es más tardo; hay en tanta abundancia que las casas no están libres, y se necesita mucho cuidado para precaverse de ellas. Muchas diferencias de lagartos y lagartijas, mulitas y quirquinchos, como en las pampas de Buenos Aires; y últimamente toda especie de reptiles que se crían en país cálido y húmedo cual es Santa Cruz.

Insectos son tantos y diversos, que el querer hacer una reducida descripción de ellos sería ocupar mucho papel. Me ceñiré a lo más singular para no hacer interminable este informe. Venenosos alacranes, topéis, tureres y burros; éste es un gusano de cuatro pulgadas de largo, toda la barriga llena de pies, como puntas de alfiler; cuando pasa por alguna parte del cuerpo humano ocasiona tan fuerte dolor que si no se quitara a las veinte y cuatro horas, desesperaría al paciente; arañas y apasancas.

Diversidad de polillas que causan mucho daño en la ropa, papeles y aún en los comestibles como pan, queso y bizcocho; tres especies de luciérnagas, las dos de vuelo, que se divisan a larga distancia, y hacen una luz hermosísima, y la otra como las que se crían en España; niguas, garrapatas y polvorines, infinidad de ellos; lo mismo de moscas, mosquitos y gegenes, particularmente en los montes e inmediaciones de los ríos, cuyos tránsitos son tan penosos, que no dan la más leve tregua al descanso, ni aún en la noche permiten conciliar el sueño; cucarachas, corochopopos, vinchucas, sapos, ranas, infinidad de mariposas, de diferentes tamaños y colores; muchos murciélagos, que causan daño al ganado, y aún a la gente si no se precaven; cuatro clases de avispas y cuatro castas de hormigas: unas que llaman sepes, y causan mucho daño en la hortaliza, árboles y todo sembrado; otras conocidas con el nombre de cazadoras, porque de noche avanzan a una casa con suma presteza y en infinito número, y al momento consumen cuantos grillos y demás insectos encuentran de modo que la dejan limpia de ellos; pero si se emplean en baúl de ropa, lo destruyen; bien que pocas veces se experimentan estos avances; otras que llaman turiros, las cuales forman en el campo unos altos de vara y media de tierra, con tanta consistencia que necesitan barreta para deshacerlas; lo mismo suelen hacer en las cumbreiras

de las casas con la tierra que acarrearán del suelo, de modo que si no se tuviera cuidado de derribarlo con tiempo, se exponía el techo a arruinarse; otras que llaman de palo santo, porque sólo habitan en el corazón de un árbol de este nombre; su altura, el que más, no llega a seis varas; son tan bravas, que su picadura ocasiona un cruel ardor, y muchas veces da calentura al paciente; y otras llamadas chototas, que hacen mucho daño al azúcar, harina y demás comestibles.

Los campos o pampas son dilatadísimos; poseen en ellos los cruceños estancias de seis a siete y más leguas de extensión, con buenas aguadas y excelentes pastos, donde mantienen sus ganados. El vacuno abunda en mucho más número que los otros, y es uno de los renglones principales de su subsistencia; los otros son caballar, mular, lanar, cabrío y de cerda. En muchas de estas estancias hacen sus plantíos de cañaverales, y por lo regular viven lo más del año sus dueños y familias en ellas. De pocos años a esta parte se ha experimentado que los terrenos más fértiles y ventajosos para los plantíos de caña son donde se cría el monte, o bosque más espeso, de tal suerte, que aún después de trece años de corte, sigue el cañaveral con más fertilidad y sazón, lo que no acaece en la campaña, que a los tres o cuatro años tienen que volver a hacerlos de nuevo, y la caña no crece, ni aún la mitad, que en los otros parajes. Este descubrimiento se debe a unos negros que desertaron de los dominios de los portugueses, y desde entonces han dejado los chacos de la campaña y se han ido al monte, donde fomentan el cultivo de la caña, en términos que la cosecha de azúcar excede, en más de tres partes a los años anteriores. También son terrenos más fértiles para arroz, maíz, yuca, batatas o camotes, calabazas y habichuelas, que son los frutos de aquel partido. Las haciendas que hacen para la siembra de ellos llaman chacos; las casas son unos ranchos de mucha capacidad, donde tienen las oficinas para el beneficio y custodia del azúcar, con los trapiches necesarios a la cosecha de la caña. Éstos son de madera tirados por bueyes; les cuesta muy poco, como que tienen el material a la mano y el ganado en abundancia.

Ninguno de aquellos vecinos tiene propiedad en las tierras que labran, ni en las estancias para los ganados, pues no ha llegado el caso de hacer el repartimiento que previenen las leyes; las poseen bajo un dominio precario que les dura mientras que mantienen ganado y labran los chacos; faltando esto entra el primero que tiene proporción a ocuparlas; de tan mal principio dimana el que la ciudad de Santa Cruz, en cerca de tres siglos que lleva de su fundación, no haya prosperado como las demás del Perú: porque el no poder disponer de las tierras en muerte o en vida, les hace no esmerarse en el adelanto y cultivo de ellas, y sólo se contentan con lo necesario para el día. Aunque algunos así lo conocen, están tan imbuidos en la observancia de sus figurados privilegios, que nada puede sacarlos de este error.

El clima, como llevo dicho, es cálido y húmedo; no es dañino como generalmente se piensa, antes me parece más sano que el de Cochabamba. Las enfermedades que suelen experimentarse son la terciana, que llevan al pueblo de Chilón los transeúntes, tabardillos, costados y mucho gálico, pero no causan mayores estragos; la viruela, y el sarampión si es en aquellos parajes azote de la humanidad cuando se experimentan, aunque esto se ve muy pocas veces.

Los vientos más frecuentes son norte y sur. El primero es cálido y húmedo; causa grande bochorno y sudan mucho los cuerpos; el segundo es menos continuo, y cuando más, corre en los meses de junio, julio y agosto; en algunas ocasiones viene tan frío, que se sienten aún con más exceso que en lo riguroso de las punas; el coger los poros abiertos, y pasar de un extremo a otro, le hace muy sensible. Están muchos en el concepto de ser dañoso a la salud, pero si no se templara la atmósfera y disipara los efluvios de las humedades que atrae el Sol con los efectos de este viento, se harían inhabitables aquellos parajes.

Este partido se compone de la ciudad de Santa Cruz, o de San Lorenzo de la Barranca, de las Misiones o pueblos de San Juan Bautista, de Porongo, Santa Rosa, los Santos Desposorios de Buena Vista y la nueva reducción de San Carlos; las antiguas y nuevas reducciones de la cordillera de indios de nación chiriguanas, al cargo de los padres de *Propaganda* del colegio de Tarija, y pueblos de indios infieles, hasta el río Parapetí.

Ciudad de San Lorenzo de la Barranca

Dista del pueblo de Samaypata treinta y dos leguas de muy mal camino, y ciento diez de la capital del gobierno. Acerca de su fundación las noticias más verídicas son, que el año de 1557 salió el adelantado Ñuflo de Chávez de la Asunción del Paraguay con 300 españoles, por disposición de D. Domingo Martínez de Irala, gobernador de aquella provincia, a descubrir la tierra, río arriba, en el paraje denominado Jarayes, y hacer una población en el sitio que encontrasen más adaptado. Se internaron más de 150 leguas al oeste, hasta dar con los indios de nación Chiquita, donde fundó una ciudad con el nombre de Santa Cruz de la Sierra; parte de sus compañeros permanecieron en ella, y otros se volvieron al Paraguay, a pretexto de no ser la voluntad del gobernador se poblara en aquel paraje. Fueron recibidos de los indios con agrado, por haberles ganado la voluntad con su buen trato; de tal modo, que consiguieron repartirlos en encomiendas, con el corto tributo de un ovillo de hilo de algodón, en reconocimiento del vasallaje. Así permanecieron por algún tiempo, hasta que abusando los españoles de la docilidad de los indios, intentaron sujetarlos y oprimirlos, con quitarles los hijos para su servicio. Se amotinaron, matando a algunos españoles, en cuya obstinación siguieron alzándose con los de nación chiriguanas; por cuyo motivo el virrey del Perú, Marqués de Cañete, usando de las facultades que le concedió S.M. en dos reales cédulas de 30 de septiembre de 1588 y 20 de marzo de 1590, mandó se hiciera la población de la Barranca, en la mitad del camino de Santa Cruz de la Sierra y la provincia de los Charcas; así para seguridad de la cordillera de los indios chiriguanas, como para la entrada a la dicha ciudad de Santa Cruz de la Sierra, dando orden a D. Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador de dicha provincia de Santa Cruz, para que viese los medios y forma de hacer la población, el cual, con algunos capitales y gente, pasó a los llanos de Grigotá, y pareciéndole era el sitio más conveniente, trató con el capitán Gonzalo Solís Holguín, que hiciese en él un pueblo con el nombre de San Lorenzo de la Frontera. Y al efecto pactaron e hicieron ciertas capitulaciones, las que mandaron a dicho señor virrey, para que las confirmase y aprobase; y con presencia de todo, libró despacho en 2 de octubre de 1592, dando poder y facultad a dicho capitán Holguín para que pudiese fundar en los llanos de Grigotá una ciudad, a la que nombrase y llamase, *Noble Ciudad de San Lorenzo de la Frontera*, con jurisdicción civil y criminal de mero y mixto imperio, señalándole por término lo que en el día tiene. Que le fuese facultativo nombrar por primera vez el Cabildo y oficiales, quedando en lo sucesivo a éste la elección de oficios concejiles. Que el repartimiento de solares, casas y tierras lo hiciera el expresado D. Lorenzo Suárez de Figueroa, como gobernador de la provincia. Concedió la merced al Cabildo para propios de la mayordomía, correduría, pregonería, el oficio de verdugo, y los de procuradores que en ella hubiese; el oficio y vara de alguacil mayor, la escribanía de cabildo, y una escribanía pública, para que los pudiese vender o arrendar. Dio poder al gobernador Suárez para que señalase baldíos, ejidos, pastos y abrevaderos, bastantes al común de los vecinos; y en parte cómodas tierras para chacras, estancias y cuadras para huertas, con destino a los propios del Cabildo; y para que pudiese encomendar los indios, con tal que a los tres años habían de sacar confirmación de S.M. o del superior gobierno. Concedió a los gobernadores la facultad de hacer entradas y correrías a los indios infieles, cuando mejor les pareciera; y por el trabajo, costo, riesgos y peligros de los pobladores en sustentar la ciudad, les concedió la merced de que por el tiempo de diez años no tributasen sus indios yanaconas de la misma ciudad, chacras y demás partes que fuesen visitados, ni que a los dueños de ellas se le pudiese imponer tributo ni repartimiento en manera alguna; últimamente les conceden otros privilegios de los comunes en toda población, pero

ninguno de ellos de los que se figuran los vecinos de Santa Cruz; como estar libres de pagar el real derecho de alcabala, no usar de papel sellado (bien que en aquel tiempo no se había introducido en los dominios católicos), y ser comunes a todos los terrenos.

A éstas se reducen las decantadas mercedes y privilegios con que han introducido los vecinos de Santa Cruz unos abusos perjudiciales al rey, a los infelices indios y a ellos mismos; al rey, en negarle el real derecho de alcabala, y haber resistido que los indios pagasen el tributo debido a su protección y soberanía, hasta el año pasado de 1787 que hice la visita en aquel partido; y por auto de 20 de agosto mandé, se pusiesen a tributo, en la matrícula de la revista que se estaba haciendo, los indios, que con denominación de piezas sueltas tenían esclavizados, declarándoles la libertad que recomiendan las leyes; y a ellos mismos con el fanatismo de no permitir el reparto de tierras, ni la composición de las que poseen, con S.M., según se lleva explicado.

La situación de esta ciudad es en los 17 grados 24 minutos de latitud, y 49 grados 41 minutos 30 segundos de longitud al occidente del Pico de Tenerife, en un terreno llano, una legua por el este del río Piray, y a distancia de cuatro cuadras por la parte del oeste de una cañada, por donde corre un pequeño arroyo, que llaman el Pari, de cuya agua se proveen, el cual escasea tanto en tiempo de seca que se necesita hacer pauros, o pozos, para recoger la que filtra aquel arenal, con lo cual remedian la necesidad; bien que hay otras lagunas en las inmediaciones, que aunque no beben de su agua, les sirve para los demás usos de las casas. Sin embargo de haber tanta abundancia de ganado caballar y mular, no se valen de este auxilio para la conducción del agua; las pobres mujeres soportan este diario trabajo, cargando los cántaros en la cabeza, de que se siguen no pocos desórdenes por dar pábulo a la libertad de la juventud.

Rodea a la ciudad un pequeño y claro monte, que tienen que rozarlo de tres en tres años para lo que se convoca el vecindario, cuya diligencia es tan precisa, como que, de no hacerlo así, se haría inhabitable.

Las calles principales son once, sin forma, ni orden en el arreglo de sus infelices ranchos, los que están dispersos, particularmente en los cantos o arrabales; éstos son de palizada y barro, cubiertos de una palma, que llaman motacú. Las casas principales se hallan en el centro de la ciudad; sus paredes son de adobe, unas cubiertas con teja, otras con una especie de cañal de tres varas de largo y una cuarta de ancho, que labran de la madera de la palma, y estando en sazón dura hasta doce y más años; pero todas ellas son reducidas, sin comodidad, ni los resguardos necesarios a resistir la intemperie.

La plaza es de mucha extensión y cuadrada; en uno de sus frentes está la iglesia catedral, muy reducida o indecente. Las casas, habitación del gobernador, y en la actualidad del subdelegado, las capitulares y la cárcel, todas ellas guardan el mismo método; y para decirlo de una vez, la población de la ciudad de Santa Cruz está en sus principios. En las casas reales se mantiene diariamente una guardia de una compañía de aquellas milicias, con su capitán, oficiales, sargentos y cabos, la que alternan semanalmente; bien que por lo regular está incompleta, y las más veces aún no llega a ocho hombres. Esto se ha observado desde la fundación de la ciudad, como que estaba al cuidado para contener a los indios fronterizos de cualesquier arrebato y aunque ha cesado la causa, es muy útil para el auxilio y respeto de la justicia. El subdelegado tiene jurisdicción en sólo las dos causas de guerra y hacienda, según el tenor del artículo 73 de la real ordenanza de intendentes, por ser pueblo de españoles.

Se omite hacer relación del cabildo eclesiástico, sus rentas, la de la mitra y colegio seminario, por cuanto con fecha de 4 de febrero del año pasado de 1778, tengo informado a esa superioridad extensamente sobre estos particulares, con motivo de la solicitud del reverendo obispo de Santa Cruz, D. Alejandro

José de Ochoa, acerca de que se trasladase la silla episcopal a esta ciudad de Cochabamba, al que me remito; y por si hubiere padecido algún extravío, acompaño un ejemplar, por lo esencial que es para el plan que me he propuesto en el presente.

A más de la iglesia catedral, tiene Santa Cruz una ermita, que llaman de la Misericordia, donde se entierra la gente pobre; y el convento de la Merced; éste es reducido, y se está hundiendo. La iglesia tiene una regular capacidad, está aseada y decente. Su fundación fue cuando la de la ciudad; sus rentas se reducen a lo que produce una coarta chacra que posee en distancia de una legua, que no da para hostias; y las limosnas que juntan de los fieles, lo que no alcanza a mantener en vida común ni aún a dos religiosos. Esto motiva la libertad de los pocos que hay, pues como les falta lo necesario no puede sujetárseles a clausura. Con motivo de la real cédula de 14 de diciembre de 1786, en que manda S.M. la reunión de los conventos, cuyas rentas no basten a mantener el número de ocho religiosos, se les asignaron en la apariencia, de las del Cuzco, 800 pesos para contener los efectos de tan bien premeditada resolución. Conociendo yo el intento, informé al real y supremo consejo de las Indias, con fecha de 7 de enero del año pasado de 1788, manifestando lo útil de este convento en Santa Cruz, y que solamente podría subsistir reuniendo a él a los de la villa de Oruro y la Laguna, que de nada sirven a estos pueblos, con cuyas rentas se mantendrían con desahogo los ocho religiosos en Santa Cruz y aunque por este supremo tribunal, según se me informó, se tomó providencia, Cometiendo este negocio a la Real Audiencia de Charcas; no sé los motivos que habrán mediado a suspenderla. Lo cierto es, que no pueden mirarse sin compasión la desdicha, el desorden y el abandono de aquella casa.

El cabildo secular se compone de dos alcaldes ordinarios, cuatro veinte y cuatrias rasas, y cuatro preeminentes; que son alcalde provincial, alguacil mayor, alférez real y fiel ejecutor, y una escribanía de cabildo; en el día sólo están en uso dos veinte y cuatrias rasas, la de alférez real y fiel ejecutor. El síndico procurador general se elige cada año, como los alcaldes ordinarios y de la hermandad. El protector de naturales se nombra por el señor fiscal, protector general de la Real Audiencia de Charcas. El hospital, que debía estar en esta ciudad como cabeza del obispado, se fundó en Mizque, según se lleva dicho en su lugar y la falta de tan preciso auxilio es de consideración con respecto a lo numeroso de aquel vecindario, y no tener recursos sus pobres en las enfermedades.

El traje que usan las mujeres es de unas enaguas blancas, que llaman *fustán*, largas hasta los pies, bordadas en colores o listas de encajes; la camisa con unas mangas, puños y vueltas disformes de largo y ancho, cerradas por el cuello, y bordados los pechos son sobrepuestos de oro, plata o seda de colores, muy guarnecidas de encajes; los puños de brocato o cinta de tisú, de holan o elarín muy fino; de modo que algunas son tan costosas que pasarán de 80 a 100 pesos. El cabello lo llevan en dos trenzas partidas por medio, en que emplean cinco varas de cinta ancha de seda o tisú para liarlas de arriba abajo, y que quedan unidas ambas a la cinta, que dejan pendiente, del largor de una vara; éste es el traje más común. En días de gala, o si tienen que recibir alguna visita de mucho cumplimiento, usan de unos guardapiés como los de España, de terciopelo encarnado, azul o verde, tisú brocato u otras telas de seda, a los que ponen guarnición de galón de oro o plata alrededor por tres partes, con el adorno de rosarios o cadenas de oro, gargantillas de perlas o corales. El zapato es de cordobán negro, y poco lo usan dentro de casa. El traje de iglesia nada se diferencia del de España. La gente común gasta polleras de sempiterna azul y verde, y mantilla blanca; y por lo regular andan descalzas. El traje de los hombres es igual a los de las demás provincias del Perú; son de buena estatura y robustez, muy sufridores de trabajo, inclinados al manejo del arma, fieles y leales vasallos del rey, obedientes a cuanto se les manda por sus superiores; en todo el Perú no se encontrarán mejores soldados. Las expediciones contra portugueses, indios chiriguanas y de la pasada rebelión, dan buen testimonio de esta verdad. Las mujeres regularmente son

bien parecidas, afables, obsequiosas e idólatras de su tierra, y lo mismo los hombres. Las indias usan de una camisa larga hasta los pies, de lienzo de algodón sin mangas, que llaman tipoe, lo que se ajustan por la cintura con una faja de cuatro dedos de ancho de lana de colores, y una mantilla negra de algodón; algunas otras la llevan de bayeta de Castilla, encarnada o de otro color.

No acostumbran estos naturales otro idioma que el castellano, de que pudieran tomar ejemplo en los demás pueblos de la Sierra para sacarlos de la costumbre bárbara del nativo, y no hacerse los españoles en esta parte de la calidad de los indios. La parroquia de ésta tiene dos curas rectores, a los cuales con la primicia y el obvencional se le regula al año de renta a cada uno 2.000 pesos; y dos vice parroquias, llamadas de Portachuelo y Paurito, aquella en distancia de doce leguas, y ésta de seis. En cada una mantienen un ayudante, con el salario de 200 pesos, cargados en los cuatro novenos beneficios de toda la gruesa decimal del obispado.

1788

“Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de La Plata”. Tomo sexto. “Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra” por D. Francisco de Viedma. Su gobernador – Intendente. Buenos Aires, imprenta del Estado.

AÑO I	TOMO I	N.º. P.
-------	--------	---------

BOLETÍN

DE LA

Sociedad Geográfica é Histórica

DE

Santa Cruz—BOLIVIA.

Enero de 1904.

REIMPRESIÓN



Sumario

NUESTRA APARICIÓN	Pág.	1
ACTA DE LA FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD	»	3
LAS DOPAS GENERAS DE SANTA CRUZ	»	5
SOBRE LO NUEVO	»	6
EL GENERAL DE SAN BENÓN	»	18
BIBLIOGRAFÍA	»	19
CATÁLOGO DE LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE LA SOCIEDAD	»	19

SANTA CRUZ
TIPOGRAFÍA COMERCIAL
1906.

EL DEPARTAMENTO DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Joseph Barclay Pentland

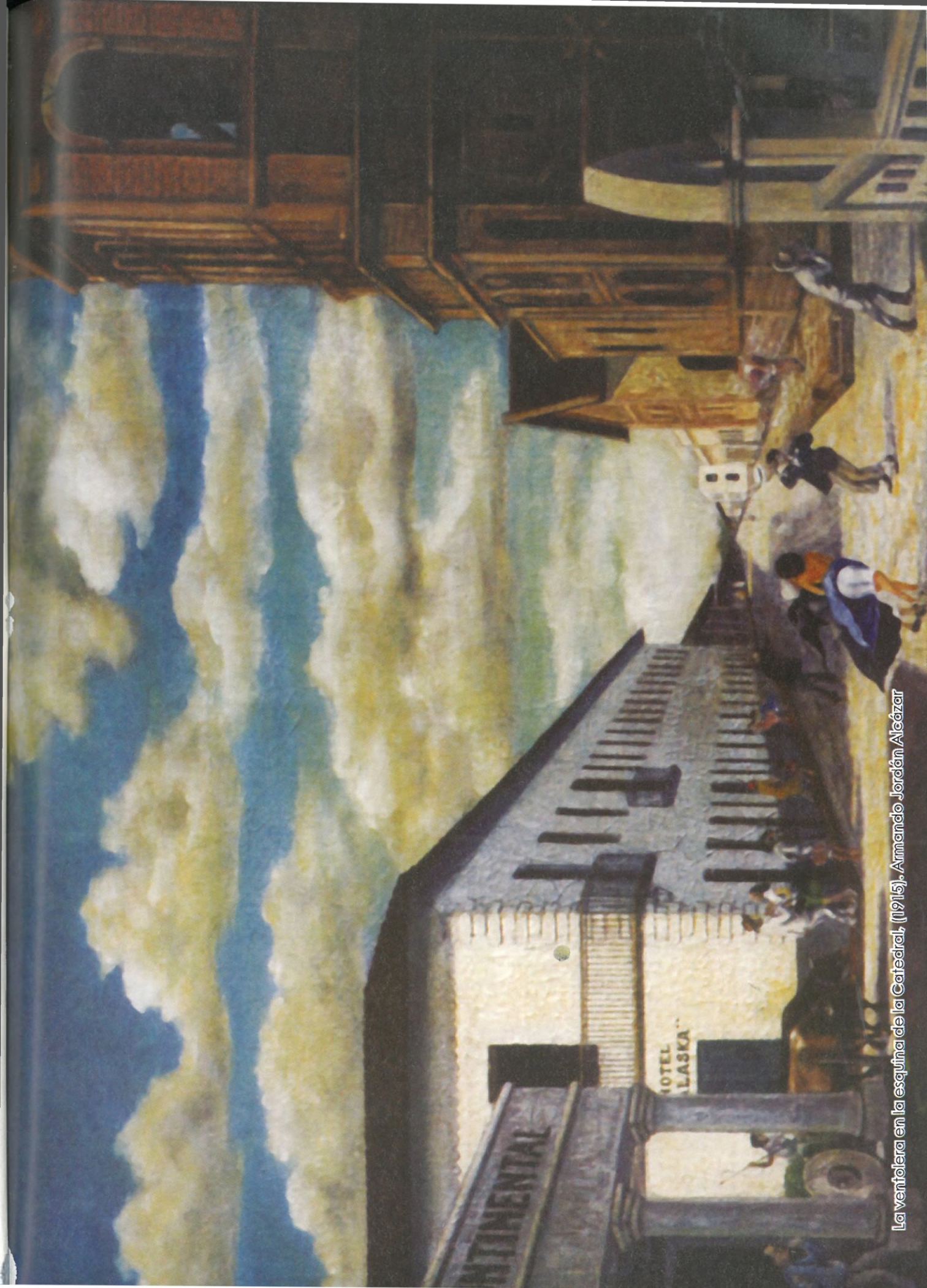
Este Departamento que abarca un territorio de inmensa extensión, constituye el total de la parte Norte y Este de la República, donde limita con el Imperio del Brasil; comprende los extensos llanos de Moxos y Chiquitos, situados sobre las riberas de los grandes ríos que desembocan en el Madera y el Paraguay, la prolongación del territorio montañoso de Cochabamba, situado entre las fuentes de los ríos Mamoré y Grande. El clima de este departamento no es saludable, el calor opresivo y sus producciones ofrecen una gran variedad, pero son poco atendidas hoy día debido a la falta de población; azúcar, algodón, café, arroz, etc., se cultivan cerca de la ciudad de Santa Cruz y la cocoa con un poco de índigo en la provincia de Moxos; de todas esas distintas producciones hablaré más detalladamente en una parte subsecuente de este informe.

Las provincias de Moxos y Chiquitos, estuvieron primeramente gobernadas por los Jesuitas, los cuales fundaron 13 misiones en la primera y 10 en la última; a su celo y perseverancia se atribuye la civilización de los indios Moxos y esas tribus les deben las diferentes industrias que ahora poseen. A la expulsión de los Jesuitas de las colonias Hispanoamericanas, las misiones de Moxos y Chiquitos pasaron a las manos de los misioneros de la propaganda y a las del clero secular, que ahora las gobiernan juntamente con un oficial civil llamado Administrador sujeto al Gobernador de la provincia, que reside en Santa Ana y en San Pedro, las capitales de las dos provincias.

Santa Cruz de la Sierra es la ciudad principal del Departamento; contiene una población criolla de 9.000 almas; está situada cerca del Río Grande en medio de una densa floresta, sus habitantes se ocupan en los cultivos de caña y de arroz, estando sus entradas derivadas únicamente del comercio en cera, azúcar, arroz, etc., que llevan a los otros departamentos de la República. Santa Cruz está situada en latitud 117°26'00" Oeste.

1826

“Informe sobre Bolivia del Cónsul de Gran Bretaña, señor Joseph Pentland”. Traducción al español del Ing. Jack Aitken Soux. Potosí, 1975



La ventolera en la esquina de la Catedral, (1915). Armando Jordán Aleczar



El Muertillo. Armando Jordán Alcázar

¡JAMÁS OLVIDARÉ SANTA CRUZ!

Alcide D'Orbigny

Al entrar en la llanura, abandoné los últimos límites de la provincia de Vallegrande. Seguí durante tres leguas, un bosque virgen extraordinariamente majestuoso, donde árboles gigantescos cruzan sus ramas y hacen de la ruta una enramada impenetrable a los rayos del Sol. En cualquier otra circunstancia, la habría admirado, pero la lluvia caía a cántaros y apenas se veía por el estrecho sendero, donde de cuando en cuando estaba obligado, ya a acostarme sobre mi bestia, para pasar bajo las ramas, ya a saltar por encima de los troncos de árboles volteados por el viento. Era, sin embargo, la única ruta existente entre las llanuras del interior y las ciudades de las mesetas, el único medio de comunicación entre Bolivia y el Brasil. A pesar de todas esas molestias, la vuelta del Sol trajo la alegría y me sentí dichoso al admirar la belleza de bosque, caminando por un terreno llano después de haber franqueado montañas tan difíciles. Nos detuvimos en un espacio desprovisto de árboles, junto al río, en el lugar llamado Potrero del rey. Mi admiración duró poco, atenuada por las picaduras de los marehuí, y los millares de mosquitos que, durante toda la tarde, no me dejaron un momento de descanso. Se asaron algunas penélopes cazadas en el camino, y me tendí en tierra, pudiendo más el cansancio que los insectos. Dormí profundamente la mitad de la noche. Un chaparrón cayó entonces, que me empapó hasta los huesos y duró toda la mañana.

Desde mis viajes por las orillas del Paraná y la provincia de Corrientes, había olvidado la picadura de los mosquitos. Sentimos a tal punto los efectos, que, a la mañana siguiente, cada uno de nosotros, al mirar a los otros, no pudo aguantar la risa, a tal extremo nuestros rostros estaban hinchados y desfigurados. Por mi parte, apenas podía abrir los ojos. He observado que las consecuencias de esas picaduras sólo se producen en los primeros días. La epidermis se habitúa a la larga. Se siente el mismo dolor, pero no hay inflamación y la picazón es menos persistente. Todo durante esa noche contribuyó a contrariarme. Un jaguar, habituado sin duda a reinar en esos lugares salvajes, rugió varias veces en los alrededores. No sólo espantó a mi tropilla y nos obligó a mantenernos en guardia, sino también las mulas asustadas sin duda por ese animal se dispersaron por los bosques, sin que quedara una sola en la pascana. Esa triste noticia, que supe por la mañana, vino a aumentar en mí la molestia de estar expuesto a la lluvia. Mientras mis arrieros corrían por los bosques, tratando de hallar los rastros de las mulas, encendí un poco de fuego e hice construir una tiendita bajo la cual me albergué. Teníamos algunas telas de lana apropiadas para los baúles de la inundación general; por eso sólo me quedó un pequeño espacio en el que no podía permanecer ni acostado ni de pie. Cuando hace mal tiempo, la vista del fuego, hasta en las regiones cálidas, hace experimentar un gozo que no se podría definir; es el verdadero consuelo del viajero.

Constantemente mojado, a pesar de mi tienda, pasé una de las jornadas más tristes de mi vida errante. Los elevados árboles que me rodeaban carecían de todo encanto. La vegetación no me parecía tan hermosa; toda la naturaleza había perdido su prestigio; no era más para mí la tierra prometida, sino una horrible soledad, un horrible desierto, que sólo me inspiraba pensamientos melancólicos. La lluvia cayó sin interrupción dos días y dos noches, durante los cuales, siempre inundado, la incomodidad de mi situación y la importuna vecindad de insectos encarnizados, no me permitieron gozar del menor descanso. Creo que nunca sufrí tanto. No nos quedaban más víveres que maíz tostado. El mal tiempo

no me habría detenido, de haber tenido mis mulas; pero los pobres arrieros, después de haber explorado los bosques en todos sentidos, no lograron reunir las hasta el tercer día, y con todo faltaba una, que fue presa del jaguar. La hallaron en lo más tupido de la espesura donde el feroz animal la había arrastrado, a cincuenta pasos por lo menos del lugar donde la mató.

La lluvia caía todavía, pero las mulas, una vez halladas, me permitieron partir a las once. Estaban en pleno Monte Grande, que, al pie de las últimas montañas, se extiende hacia el norte, hasta Colombia, por Yuracarés y por Apolobamba. Es en efecto uno de los más hermosos que hemos visto; se compone en ese sitio de árboles enormes; su suelo no está cubierto de vegetación más que hacia el confín, junto al río; el resto está libre y se pueden recorrer todas las partes, bajo sombras impenetrables. A pesar de la incomodidad de la lluvia, la esperanza de hallar pronto descanso en Santa Cruz, me permitió, reanimándome un poco, juzgar más favorablemente el hermoso país que atravesábamos. Nada cansa tanto, sin embargo, como la uniformidad de los bosques. Sería necesario romperla con claros abiertos de tanto en tanto o con casas. Era sin duda injusto que recordando haber deseado árboles en la cima de las cordilleras, para animar el cuadro, quisiera ahora que esos sombríos bosques fueran alegrados por la presencia del hombre. Caminé todo el día bajo esa bóveda de follaje. Hacia la tarde, a los árboles de hojas generalmente enteras, se agregaron algunas palmeras Motacús, cuyas hermosas gavillas de hojas acuchilladas, de más de seis metros de altura, coronando un tronco grueso, liso o provisto de antiguos gajos de hojas, presentaban el aspecto más hermoso, y formaban el más bonito contraste con el resto de la vegetación. La noche llegó a grandes pasos y fue necesario detenernos junto a las orillas del Piray, en medio del bosque. La lluvia había cesado durante la tarde. Me sentía feliz al pensar que gozaría algo de descanso, en medio de ese silencio solemne de la naturaleza, que sólo algunos pájaros nocturnos debían interrumpir. El gran búho americano vino a posarse encima de mi cabeza; y su canto monótono y triste (ñacurutu, tu), repetido a intervalos, fue lo único que turbó algún tiempo la calma universal. Hacia medianoche, fui despertado por un aguacero que me inundó al instante. No me inquietaba mucho recibir la lluvia de día, pero nada resulta más triste en el mundo que ser mojado durante las horas que la naturaleza destina al descanso. Uno es sorprendido; la oscuridad impide abrigarse suficientemente y el tiempo que corre hasta la aurora parece eterno.

Las mulas que escaparon, y que era necesario buscar, retardaron la partida. El tiempo era bastante bueno; lo aproveché para dedicarme a exploraciones entomológicas, que fueron de lo más fructuosas, siendo el comienzo de la estación de las lluvias la época del año más favorable para esas observaciones. Resulta hasta imposible imaginar la diversidad de formas, el brillo de los colores de millares de insectos que cubren entonces, al menor rayo de Sol, las hojas de los árboles. Cuando sólo se conoce nuestra Europa, es imposible formarse una idea justa de los tesoros de todo género que enriquecen la zona tórrida en los lugares boscosos. No me faltaba atravesar más que cuatro leguas de bosques para llegar, finalmente, a la primera casa de esa ruta, la posta aduanera. El bosque, cada vez más hermoso, cambió de aspecto; a medida que avanzaba, los motacús más comunes constituían ellos solos toda la vegetación de lo más curiosa por su conjunto. Llegué finalmente a la guardia, dos casas rodeadas de campos de maíz sustraídos a los bosques de los alrededores. Era el primer lugar habitado desde Samaipata; por eso no sabría expresar con qué placer lo vi. Informado de mi llegada el jefe de aduana que allí reside, no sólo no quiso revisar mis maletas, sino que ofreció de corazón una franca hospitalidad, que acepté de buena gana hasta el día siguiente. Apenas llegué, fui a los bosques, a fin de continuar mis exploraciones, fructuosas de todas maneras. La lluvia me hizo regresar al techo hospitalario y me retuvo toda la noche y el día siguiente. Durante las dos noches no pude descansar, porque la casa dejaba pasar el agua por todas partes, lo que me obligaba a vigilar mis maletas para preservarlas del diluvio.

Nuestras lluvias de Europa no son nada en comparación con las de la zona tórrida en el verano. Son allí aguaceros incesantes, torrentes que inundan el país y llenan todas las llanuras, formando momentáneamente lagos. Todo está húmedo, todo está mojado. La naturaleza entera está bajo el agua. Me felicité de haber escapado de ese flagelo, en las montañas, donde habría muy bien podido quedarme; pero a seis leguas del término de mi viaje, agradeciendo al cielo haberme protegido, pedí algunas horas de Sol para llegar a Santa Cruz. Habitado a desafiarlo todo, cuando se trataba de colecciones, partí a pesar de la lluvia para ir a buscar moluscos en medio del bosque. Me empapé, sin otro resultado, en una exploración de algunas horas.

Me había llamado la atención el lenguaje del escaso número de cruceños que había visto, encontrándoles el acento, los modales y hasta los rasgos de los habitantes de Corrientes. Observé el nombre Piray del río, perteneciente a la lengua guaraní, de la que había aprendido muchas palabras en la frontera del Paraguay. Todas esas analogías me sorprendieron; pero lo fue aún más, cuando vi llegar a la guardia a muchos indios del villorrio de Porongo, junto al cual nos hallábamos. Sus rasgos me asombraron. Creí reconocer a los guaraníes. Sin embargo, ¿cómo suponer que esa nación habitaba al pie de los Andes, tan lejos de su cuna? Impaciente por fijar mis ideas acerca de esa curiosa analogía, me arriesgué a decirles algunas palabras en guaraní. Me contemplaron estupefactos, no concibiendo, sin duda, que un extranjero conociera su lengua; me respondieron y tuve la certeza de que son verdaderos guaraníes, así como todos los chiriguano de la provincia de Cordillera. Comprendí desde entonces cómo esos orgullosos descendientes de los caribes debieron rechazar las armas de los Incas, habituados a triunfar más por su número que por su espíritu guerrero, y todas las analogías que observé ulteriormente entre Corrientes y Santa Cruz, se aclararon para mí por la identidad bien demostrada desde ese momento de esas dos comarcas.

El tiempo menos malo me permitió finalmente ponerme en camino. La llanura está primero entrecortada de bosquecillos y praderas, rodeada al norte por las florestas de las orillas del Piray, cuyo curso seguí. Penetré en la Pampa (la llanura), desde donde vi en una colinita boscosa, algunas casas dependientes de la ciudad. Pasé el arroyo de Pari e hice finalmente mi entrada en Santa Cruz de la Sierra, capital del departamento del mismo nombre. Atravesé muchas calles, donde vi a todas las mujeres salir a las puertas para contemplarme. Unas gritaban: es un colla; otras, más jóvenes, decían: Yo fui la primera en verlo, será mi camarada, mi visita.

Llegué así a casa de un anciano español, a quien estaba recomendado, y donde fui perfectamente recibido. Se me festejó en todas las formas y pude finalmente acostarme bajo techo y en una cama.

Al día siguiente fui a ver al prefecto, ex militar, muy buen hombre; y al cura Salvatierra, a quien no se puede ver sin amar. Su bello rostro abierto me dispuso desde el momento a su favor; después su amabilidad, sus modales llenos de bondad, produjeron en mí un efecto realmente magnético, que no disminuyó durante mi bastante larga estadía en Santa Cruz. Tuvo la bondad de conseguirme como alojamiento la más hermosa casa de la ciudad, el antiguo obispado, cuyo alquiler no me costó sin embargo más que diez pesos (cincuenta francos) por mes. Me instalé sin demora, impaciente por comenzar mis tareas. Apenas mis vecinos y los recados de mis vecinas, que, para testimoniar el placer que experimentaban de tenerme cerca de ellas, ponían sus casas a mi disposición, enviándome con sus criados bonitos paquetes de cigarros adornados de flores y atados con cintas, o confituras de toda especie en platos de plata. Algunos días después de mi llegada era conocido de todo el mundo y había visitado a mis vecinos y vecinas. En todas partes fui recibido por las mujeres con tanta amabilidad como franqueza, con tanta alegría y placer, que entreveía la permanencia más agradable en la ciudad,

donde debía pasar la estación de las lluvias. Durante mis visitas, apenas me sentaba en el estrado de los salones, cuando por orden de sus madres las señoritas, lo mismo que en Corrientes, encendían mi cigarro, lo fumaban un poco, lo sacaban de la boca para ofrecérmelo y me presentaban otro, una vez que el primero se apagaba. Por lo general me ofrecían también un mazapán y una copa de vino, de licor, de chicha no fermentada de maíz o de guarapo. Todas trataban de enseñorearse exclusivamente de mí o por lo menos de poder decir que tenía preferencia por ellas.

Pocos días después, el prefecto me ofreció un baile y debí acompañar a muchas de mis vecinas; me dirigí a las ocho. Numerosas mujeres se habían reunido en el salón de recepciones de la prefectura. No reconocí al principio a ninguna, por estar acostumbrado a verlas con el cabello cayendo a la espalda, en dos trenzas (partidos) atadas con cintas; mientras que entonces las veía con el peinado levantado, adornado con dos peinetas, flores, perlas finas y hasta diamantes; el resto del vestido, en un todo a la francesa, me impresionó por su lujo. La sala se llenó muy pronto. Casi todas las madres se colocaron aparte. Las jóvenes, ricas y elegantemente adornadas, quedaron solas y (puedo decirlo en su favor) en ninguna parte de la república vi una reunión de tan bonitas mujeres o de modales más graciosos. Los hombres, también vestidos a la francesa, no representaban, por su número, la tercera parte del otro sexo; por eso son buscados y cortejados de todas formas.

II

Mis remeros eran Moxos. Cada vez que se bañaban, veía en sus hombros y en sus espaldas, semejantes a quemaduras, las anchas cicatrices producidas por las flagelaciones de Semana Santa. Mis preguntas me permitieron saber que los indios se muestran orgullosos de esas cicatrices y que se burlan de los que no las tienen.

Remonté trabajosamente el Piray hasta el 15 de septiembre; su lecho, al comienzo bastante profundo, se encontraba por momentos atestado de árboles que las corrientes habían arrastrado o de troncos que habían quedado fijos en el fondo y que provocan frecuentes accidentes a las piraguas. Los indios sirionós de las selvas vecinas emplean esas cepas para construir sus puentes suspendidos, de los que tuvimos que romper varios para pasar. Clavan estacas en la barranca, unas, derechas para soportar la cuerda, otras, oblicuas, para atarla, más o menos como en el sistema de los puentes suspendidos, amarran a ellas las lianas, que atan luego a esos troncos que sobresalen del agua y a otras estacas colocadas de la misma manera en la otra orilla. Esos bejucos quedan entonces suspendidos sobre las aguas y mujeres y niños se agarran a ellos para atravesar el curso de agua y no ser arrastrados por la corriente. De esos salvajes sólo vimos sus rastros recientes.

Pronto tuvimos que vencer sucesivamente una larga serie de rápidos, formados por especies de saltos de arcilla amarilla endurecida. En cada uno de ellos no había más remedio que descargar las piraguas y arrastrarlas con cabos aguas arriba en medio de la corriente, lo que demoraba mucho nuestra marcha. En dos de esos rápidos, algunos de mis indios, obligados a caminar en el agua, fueron gravemente heridos por el peligroso aguijón de las rayas armadas. Estos peces, como las pastinacas de nuestras costas, tienen en la punta de la cola un estilete filoso de diez centímetros de largo y provisto a los costados de dientes en sierra que desgarran las carnes, provocan atroces dolores y acarrear a menudo accesos de tétano; por desgracia, tales accidentes son muy frecuentes en los nacimientos de todos los ríos. En la época de las crecientes, cubren esas desigualdades de cinco a seis metros de agua, y se pasa sobre ellas sin siquiera sospecharlas. Por lo demás, estos rápidos eran muy interesantes para mí porque me dieron ocasión para reconocer en las arcillas la composición de ese suelo, ordinariamente recubierto de terreno

de aluvión y de selvas. Había visto su analogía con los terrenos fangosos de las pampas de Buenos Aires y hasta llegué a recoger en el fondo del gran río gran cantidad de huesos fósiles que no pude traer a Francia. A esos lugares bajos del río debo también el descubrimiento de un nuevo género de conchas de agua dulce, que se hundan en esas arcillas endurecidas, lo mismo que las conchas perforantes de nuestras costas marítimas.

Este día cesaron de pronto las selvas de las orillas del Piray, y navegábamos en medio de un estero a donde vienen a arrojarse dos riachos, el Palacios y el Palometas, que nacen en la llanura de Santa Cruz de la Sierra. Estos pantanos anunciaban el término de nuestro viaje. Ya era tiempo, pues carecíamos de víveres y yo tenía realmente necesidad de volver a encontrar la civilización y el descanso después de 18 meses de peregrinajes en medio de comarcas salvajes. El día 15 atravesé cuatro rápidos seguidos y llegué al puerto, señalado, en la margen izquierda por una gran cabaña techada con hojas de palmera y que estaban separado del caserío de Cuatro Ojos por un estero profundo de una legua de ancho. Después de hacer desembarcar todas mis colecciones en el puerto y habérselas entregado bajo recibo al guardián del mismo, me encaminé a Cuatro Ojos, en donde volvía a mis andanzas terrestres, abandonando para siempre la navegación por los ríos, de la que estaba fatigadísimo.

Impaciente por llegar a Santa Cruz, al día siguiente volvía a salir hacia la aldea de Palometas, a diez leguas de allí. Dejé atrás, primero, una pequeña colina arenosa llamada Isla Pelada porque está rodeada de tierras anegadizas; luego, un pantano y un bosque no sin razón llamado infiernillo; en efecto, el viajero se hunde tanto en ese terreno en hondonada y lleno de raíces, que casi me quedo allí con caballo y todo. Más allá crucé una llanura oval conocida con el nombre de *Potrero de las Vacas*, y entré en una selva de cuatro leguas de largo, en la que volvía encontrar la misma vegetación que observara en los alrededores de Santa Cruz. Al salir de la selva, estaba en el Rincón del Limón, llanura poblada de ganado y con algunos árboles aislados, en la cual divisé el caserío Puquio, y una legua más lejos Palometas, agradablemente situada en un terreno arenoso, un poco más alto que las llanuras circundantes.

Como no llevaba nada de lo que necesitaba para mis investigaciones, y como por lo demás ya conocía los alrededores de Santa Cruz, no hice más que dormir en Palometas y seguí hasta Portachuelo, situado a unas diez leguas al sudeste. Entre ambos puntos se extiende una llanura arenosa, con algunos bosquecillos y árboles aislados, en donde sólo son dignos de mencionar los numerosos rebaños que allí pacen, las estancias a que pertenecen y tres puntos que se distinguen: Loma alta, especie de colina arenosa, transversal a la dirección que yo seguía; el arroyuelo Asuquito, uno de los afluentes del Río Palometas, que se desliza en medio de un bosque; y el caserío San Diego. Portachuelo es cabeza de distrito de esa campaña y uno de los puntos más poblados de la llanura de Santa Cruz. Se cultiva allí la caña de azúcar, el tabaco y se crían animales.

Quince leguas separan este lugar de Santa Cruz y quise hacerlas en un día. A dos leguas de Portachuelo entré en un terreno arenoso, desigual, absolutamente semejante a las antiguas dunas, que han sido sin duda creadas por las arenas traídas desde las montañas por los desbordes del Río Piray y amontonadas por el viento. En medio de esos singulares terrenos corren un gran número de riachuelos que se dirigen al Piray, tales como los ríos dorado, Maypuba y San Jorge. Después de este último curso de agua penetré en un bosque que creció en las antiguas dunas y, finalmente, divisé al Río Piray, que a esta altura ofrece una playa de arenas movedizas de una legua de ancho, por la que corre, tanto en una como en otra orilla, una napa de agua, cuya mayor parte se filtra, en esta estación, a través de la misma arena y deja apenas un hilo en la superficie. Sólo me quedaba atravesar una llanura que me era muy conocida y de la que ya he hablado. ¡Con qué placer volvía a ver los alrededores de Santa Cruz, en

donde alternativamente hiciera zoología y botánica, en donde todos me conocían, desde las autoridades hasta el último chicuelo, cualquiera fuese su pelaje! Al entrar en la ciudad, me detenían a cada paso y oía decir doquiera, como si se tratase de un acontecimiento: *Nos vuelve el naturalista.*

Regresé con placer a mi antiguo alojamiento y me tomé algunos días de descanso, esperando poder reunir mis colecciones, dejadas en Chiquitos. Recibí de nuevo todas las pruebas posibles de afecto y de consideración de parte de los vecinos; pero, debo confesarlo, las reuniones, los placeres de sociedad ya no tenían ningún encanto para mí. Tenía una idea fija que me perseguía sin cesar: el regreso a mi patria. Por eso, cada vez que desde mi puerta divisaba las montañas azuladas, suspiraba a mi pesar por el momento en que podría atravesarlas para llegar al puerto, meta de todos mis afectos. Me entregué al trabajo más tenaz para poner cuanto antes mis notas al día, y no me ocupé sino de aquello que pudiese acelerar mi partida. Cincuenta días después de mi llegada, ya había enviado bajo escolta mis colecciones a La Paz y me disponía a despedirme. Cuanto más pruebas de bondad se han recibido en un lugar, tanto más difícil es abandonarlo. En efecto, en ninguna parte sentí más pena que al dejar esta ciudad hospitalaria en donde me acogieron como a un compatriota, como a uno de los suyos.

¡Jamás olvidaré Santa Cruz, y ojalá pueda verse en estas líneas la más sincera expresión del reconocimiento que debo a sus vecinos!

1830

“Viaje a la América Meridional”, Tomo IV. Realizado de 1826 a 1833. Plural Editores. Segunda edición, agosto de 2002. La Paz, Bolivia. 1836.



Alcide D'orbigny. Iglesia y plaza de San José de Chiquitos, 1830.

LOS MEJORES Y MÁS BELLOS SERES HUMANOS EN TODO EL PERÚ Y BOLIVIA

Mauricio Bach

Los primeros colonos de Santa Cruz tuvieron que soportar terribles luchas con los *chiriguanos*, quienes igualmente poblaban el Pari, haciéndolos retroceder hasta la provincia Cordillera o Saucos, donde fueron adoctrinados por los franciscanos y formaron una floreciente misión. Hasta que en la guerra entre el rey y los patriotas, los misioneros fueron expulsados por ser realistas y la misión fue destruida. Entonces los indios se volvieron nuevamente salvajes y bárbaros y son hasta el presente los grandes enemigos de los cristianos, a los que atacan, saquean y asesinan.

Los *chiriguanos* reciben el mote de *cambas*, como los *chiquitanos* el de *choropas* (a saber, *camba* significa en lengua guaraní, que también se habla en Paraguay y Guayaguayso, amigo; lo mismo *churapa*, de donde proviene *choropa*). Pues bien, éstos son justamente sus sobrenombres despectivos.

Teniendo en cuenta a los que los rodean, uno se puede imaginar que los cruceños actuales son una mezcla de españoles, paraguayos, *chiquitanos* y *chiriguanos*; la lengua española, la cual es aquí la única que se habla, contiene muchas palabras locales de esas naciones. Traje, comida y costumbres eran antes las mismas del Paraguay y Chiquitos; sólo desde hace 15 años los pobladores empezaron a civilizarse, lo que naturalmente ocurre muy lentamente. El carácter de los mismos se compone, por así decirlo, de cuatro caracteres nacionales, a saber, el español, el del Paraguay, el de Chiquitos y el de los *chiriguanos*. Son pacíficos, pero también cobardes; medrosos, pero también crueles; hospitalarios, pero también codiciosos; impetuosos, pero también alegres y casi siempre sin vergüenza; no son bebedores, pero en cambio son terribles jugadores. No son amigos del estudio, pero son hábiles agricultores y criadores de ganado; tienen un rápido entendimiento y una viva imaginación. Provistos de una buena formación serían personas muy capaces.

Respecto a sus atributos físicos son, sin lugar a dudas, los mejores y más bellos seres humanos en todo Perú y Bolivia; muy blancos, de bella fisonomía y bien desarrollados; por supuesto se encuentra mucha sangre indígena entre ellos (...). Tienen un odio contra todo lo forastero y extranjero, y denominan todo lo que no es de Santa Cruz con el mote despectivo de *colla*. Constituye algo singular encontrar en el interior de Sudamérica una tribu de hombres de vieja sangre española que sólo habla español.

La ciudad está emplazada en una gran pampa, en la cual, donde no encontramos pasto o hierbas, todo lo domina la arena. Las calles son también arenosas, y son un mar de arena en tiempo seco así como un mar de agua en la temporada de lluvias. Encontramos aquí sólo dos vientos, norte y sur; éstos soplan cual huracanes durante casi todo el año. Con viento norte domina un gran calor, pero repentinamente, es decir en un lapso de media hora, éste se transforma en un helado viento sur, sucediendo esto a través de todo el año; en un mes el viento cambia a menudo de seis a ocho meses. De ahí la insalubridad del clima; dominan especialmente debilitación, enfermedades venéreas (pues Lima es un chiste frente a Santa Cruz), dolor de cabeza. Como puede ser también de otra manera, cuando hay viento de norte se transpira copiosamente y entonces llega de repente el helado viento de sur de los gélidos campos del

Cabo de Hornos, encontrando todas las puertas abiertas; hemorroides es otra enfermedad dominante.

Aquí son pocos los extranjeros, y los que vienen o mueren pronto o en poco tiempo dejan de nuevo la ciudad. El país es muy pobre en dinero; como se sobreentiende las ramas principales son la agricultura y la ganadería.

Las casas de la ciudad eran antes miserables, ubicadas sin orden de forma dispersa, techadas con palma y no poseían muebles. Actualmente la situación es mejor: la ciudad está dividida en cuadrantes, todas las viviendas están situadas a la calle, construidas de ladrillos y cubiertas por tejas. Puertas y ventanas permanecen abiertas durante todo el día y hasta las nueve u once de la noche, según qué viento sople.

Respecto al clima, son sin duda las misiones mil veces mejor. Los vecinos, los cuales muestran indiferenciadamente una tez muy pálida, constituyen una simpática y alegre nacioncita que sólo se interesa por el hoy sin preocuparse del mañana. Su principal diversión son las mujeres, como también las danzas del país (igualmente bailan vals, contradanzas y minuetes), las carreras de caballos y las riñas de gallos. Son asimismo grandes amigos de toros, pero sin matar al animal. La guitarra es el principal instrumento; de noche en casi todas las viviendas se escucha su sonido y los zapateos y los tamboreros. La diversión va unida a pocos costos; no se necesita más que un poco de aguardiente, azúcar y agua tibia para un ponche, *chicha de maíz* y una guitarra. Existen tres billares, pero no se conocen los cafés. El traje es español. Casi todos usan caballos, pero no existe ningún coche.

Las mercaderías europeas son muy baratas (existen aquí alrededor de 30 tiendas). Los víveres son igualmente baratos, si es que no sobreviene un año seco como el anterior, si es que no se quema todo en los meses de septiembre y octubre o si el ganado no padece una epizootia. Sin embargo, el cruceño no se deja sacar canas verdes por esta circunstancia, porque la tierra es fértil y el ganado se vuelve a multiplicar rápidamente. Es realmente espantoso ver un incendio de los campos; en una extensión de millas todo está en llamas y quedan reducidos a cenizas bosques, cultivos, casas, plantaciones de caña e incluso hombres y ganado, porque ¡quién podría escapar a un mar de llamas impulsado por el viento! En septiembre estuvo la ciudad en peligro, ya que el fuego llegó a rodear la tercera parte de la misma y muchas familias perdieron sus tierras. En aquella oportunidad una madre murió quemada junto con sus tres hijos: impulsada por el amor maternal salió de la ciudad para salvar a sus pequeños y se precipitó a través de la pampa ardiente hasta la casa en llamas y perdió la vida con ellos.

1842

En Zortschrift fur vergleichende Erdkunde, vol. 2, N° 12. Magdeburth, 1842. Traducción: Mario Arrien. Citado por Alcides Parejas Moreno.

EN EL CORAZÓN DE AMÉRICA DEL SUR

Francis de Castelnau

La casa donde fuimos recibidos sólo estaba habitada por algunas vacas que pertenecían a un rico propietario que poseía vastas tierras en la región. El tiempo anunciaba lluvia y el viento del sur nos provocaba un intenso frío. Nos enteramos de que cruzar el río Grande era muy difícil pues el vado era extremadamente estrecho y a menudo cambiaba de lugar ya que estaba compuesto por arena movediza. Estas circunstancias y el gran cansancio que habían mostrado nuestros animales por la larga caminata de la víspera, me convencieron para tomar un día de descanso en este lugar y hacer partir a Santa Cruz al señor Deville solo, para que nos encuentre un alojamiento. Uno de los habitantes de la casa se encargó de guiarlo; pero nuestro compañero no tardó en volver, completamente mojado pues su caballo se había caído en el río. Le di otro caballo y tuvimos la satisfacción de verlo llegar a la otra orilla sin percance alguno. Nuestro día transcurrió en intentos más o menos inútiles por mantener ardiendo una fogata; el techo, que estaba mal unido y dejaba entrar la lluvia en abundancia, no nos permitió tener tal satisfacción. Temprano al día siguiente, comenzamos los preparativos necesarios para atravesar el río, dos muleros a caballo encabezaban la marcha y nos servían de guías. Durante un instante, esta larga fila de hombres y animales cargados, que serpenteaba a través del curso de este largo y bello río, representó un cuadro curioso; pero súbitamente, la escena cambió: las primeras mulas desaparecieron, las otras, apretujándose detrás de ellas, corrieron la misma suerte; en un momento todo el primer lote fue arrastrado por la corriente. El señor d'Orsey y yo, nos abalanzamos a la cabeza de la segunda división para impedir su marcha, pero nuestros caballos también perdieron pie y casi nos ahogamos. Una gran confusión se apoderó entonces de la caravana; una parte de los animales, derribándose en el río, fue llevada a la deriva; la otra, liberándose de su carga, dio marcha atrás a galope; los hombres gritaban en portugués, español, francés, guaraní, chiquito y ¡sólo Dios sabe en qué otros idiomas! En cuanto a nosotros, estábamos aterrados al ver nuestros instrumentos rotos, nuestras colecciones perdidas, nuestros diarios destruidos, todos esos objetos que habían escapado a tantos peligros y que nos había costado tanto reunir, ¡perdidos en las mismas puertas de una gran ciudad! Abandonando nuestros caballos, nos metimos al agua hasta el cuello o intentamos reanimar a nuestros muleros. Enviamos una parte de nuestra gente a reunir los animales mientras que nosotros, junto a los otros, nos dedicamos a recuperar la carga. Nos costaba mucho luchar contra la violencia de la corriente. Hacia el mediodía y luego de muchos esfuerzos, finalmente nos reunimos todos en la otra orilla.

Se encendieron grandes fogatas y nos pusimos a secar todos los objetos que habíamos retirado del agua; se habían perdido muchos cargamentos y algunos de nuestros instrumentos de astronomía ya no funcionaban. Perdimos, entre otros objetos, una caja que contenía los tubos de repuesto del barómetro. Estábamos tiritando de frío haciendo secar nuestras vestimentas y las hojas de nuestros registros alrededor del fuego, cuando un personaje bastante peculiar se nos acercó. Se trataba de un hombre joven montado, contrariamente a las costumbres de la región, sobre una yegua. Todas sus vestimentas estaban hechas de piel de tigre, llevaba en los pies enormes espuelas de plata y sus estribos, al igual que todos los ornamentos de su caballo, eran del mismo metal; le seguían varios criados montados sobre buenos animales. Respondimos con impaciencia a sus preguntas sobre el tipo de ocupación que realizábamos; empero, él nos ofreció su hospitalidad y supimos que era nada más ni menos que el rico

propietario del terreno donde nos encontrábamos y que se llamaba doctor Ivanies. Lo acompañamos hasta la hacienda de Paula, ubicada a una legua y media del río y allí pudimos, por fin, obtener un poco de comida y secar nuestras vestimentas.

Nos enteramos de que el río Grande generalmente no se vadea y que además esto, como lo dijimos anteriormente, es imposible durante gran parte del año. La travesía se hace generalmente en balsa. Al día siguiente ya era bastante tarde cuando logramos secar nuestras pertenencias para poder emprender la ruta y apenas pudimos resistir a los esfuerzos que hizo nuestro anfitrión por retenernos un día más, pero estábamos muy impacientes por llegar a una ciudad española. Así pues, partimos a pesar de su insistencia y entramos en la vasta pampa que se extiende hasta Santa Cruz de la Sierra. El terreno allí es completamente plano y casi no existen bosques. Vimos numerosas casas habitadas por los colonos de la hacienda de Paula; después, la región se volvió desierta. Al caer la noche se levantó un viento muy frío y tan fuerte que apenas podíamos mantenernos sobre los caballos. A pesar de la gran oscuridad que nos rodeaba, distinguimos a poca distancia del camino una especie de casa y nos dirigimos hacia ella. Como la caravana se había atrasado, decidimos esperarla en este lugar y derribamos una viga de la choza para prender una fogata. Sólo nos acompañaba un joven indio llamado Cattama; como la noche era muy oscura y temíamos que la tropa pase mientras que nosotros estábamos alejados del camino, decidimos que uno de nosotros se quedaría de guardia sobre la ruta mientras que los otros dos se calentaban. Las guardias serían de media hora. Cuando fuimos a relevar al joven que había ido a vigilar, no pudimos encontrarlo; finalmente, luego de una larga búsqueda, lo divisamos: su caballo pastaba en el prado y el pobre niño dormía profundamente sobre su espalda. Esperamos así hasta medianoche, sin saber qué había sucedido con la caravana. ¿Estaba todavía atrás o había pasado mientras Cattama dormía? Nos fue imposible reconocer en la oscuridad las huellas de los animales; sin embargo, creyendo que la última hipótesis era la más probable, nos pusimos nuevamente en marcha. El frío era más intenso que nunca, y nuestros caballos estaban tan cansados, que sólo los podíamos hacer avanzar a punta de golpes de espuelas. Eran las tres de la mañana cuando un ¿quién anda allí? de un centinela nos hizo detener y percibimos nuestro campamento que se había instalado sobre la ruta. Nuestra gente pensaba que habíamos continuado hasta la ciudad. Dos horas más tarde, todo estaba nuevamente en movimiento. La víspera habíamos hecho cuatro leguas y media y sólo nos faltaba un poco más de dos millas para llegar a Santa Cruz de la Sierra. A pesar de la lluvia que caía abundantemente, llegamos, hacia las ocho de la mañana, a unas casas aisladas que anunciaban la proximidad de una ciudad. Caminábamos, unos detrás de otros, en un estado lamentable. En ese momento fui abordado por una especie de oficial que, con bastante insolencia, me preguntó si el jefe de la expedición estaba todavía muy lejos; le respondí dándole a conocer mi identidad, entonces me miró un instante y se puso a sonreír. Parece ser que el conjunto de mi equipo no correspondía a la idea que se había hecho del personaje que buscaba. Yo tenía en la cabeza un sombrero de minero, completamente deformado por la lluvia; sobre mi andrajoso saco colgaban los jirones de un poncho del Paraguay; mis enormes botas de cuero y todo mi ridículo atavío, indicaban un largo viaje en el desierto. Mi mula, de talla pequeña, esquelética y sin ningún otro mérito que el de poder resistir tiempo ilimitado sin beber ni comer y el de haberme acompañado desde Río de Janeiro, mientras que muchos otros bellos animales habían muerto de hambre y de cansancio en la ruta, hacía, tengo que admitirlo, un triste contraste con el fogoso caballo que montaba el mensajero que habían enviado a mi encuentro. Este oficial finalmente me dijo, con maneras bastante torpes, que debía seguirlo hasta la casa del prefecto del departamento. En otras circunstancias, tal vez le habría hecho algunas observaciones sobre su comportamiento pues, si bien su elegante uniforme no se comparaba con la simplicidad de mi traje, mis armas estaban por cierto en tan buen estado como las suyas; pero en las circunstancias actuales, me sentía dichoso de encontrar un guía. De esta manera, siguiendo a mi guía, entré en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

Fui inmediatamente conducido a la prefectura. El prefecto, el general Ribeiro, me recibió bastante bien y me presentó a su mujer, una limeña muy agradable que no pudo contener un ataque de risa al ver mi vestimenta que llamó de peón. Unos minutos después, se nos unió el señor Deville y un buen almuerzo nos hizo olvidar las penas pasadas. Nuestro joven compañero había tenido un viaje bastante agradable a pesar de haberse obligado a dormir bajo la lluvia, en la pampa. Uno de nuestros compatriotas, el señor Desmery, tuvo la delicadeza de cedernos una parte de su casa, y muy pronto nos rodearon sastres, talabarteros y vendedores de toda índole pues, si bien Santa Cruz de la Sierra estaba perdida en los confines de Bolivia, ésta era, sin lugar a dudas, la ciudad más civilizada que habíamos visto desde Ouro Preto.

Santa Cruz de la Sierra fue fundada el 13 de septiembre de 1590, bajo el gobierno del capitán general Don Lorenzo Suárez de Figueroa. Fue constituida en obispado en 1605 cuando don Gaspar de Zúñiga y Acevedo era virrey del Perú. Esta ciudad es la capital del departamento que lleva el mismo nombre; no obstante y a pesar del puesto que ocupa dentro del país, sus calles están mal alineadas y se sienta la ausencia de adoquines pues la arena profunda que cubre el suelo, hace del caminar una tarea muy difícil; las casas no tienen buena apariencia y no existe un solo edificio público importante. Incluso la prefectura no es más que una casa larga de un solo piso al estilo del palacio del presidente de Goyaz.

Los principales establecimientos de utilidad pública son: el colegio donde se enseña latín, historia, filosofía, matemáticas, astronomía, matemáticas, etc., y el hospital, pequeño pero bastante limpio, ubicado en uno de los suburbios. Antaño había una catedral al lado de la Prefectura que fue derribada y no se volvió a construir; el cabildo, compuesto de ocho canónigos fue trasladado a la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Estos eclesiásticos gozaban anteriormente de un ingreso de entre diez a doce mil piastras, pero actualmente sólo reciben mil por año. Las autoridades de Santa Cruz de la Sierra eran, cuando pasamos por allí, un prefecto que habría sido al mismo tiempo comandante de las fuerzas militares si éstas hubieran existido; un intendente encargado de la policía; un juez criminal encargado de las sentencias y apelaciones, y un juez comercial.

Esta ciudad abandonada, por así decir, en los confines de la civilización, presenta para el viajero temas de estudio interesantes. Casi toda la población está compuesta de mujeres y su voluntad es ley; ninguna autoridad se permitiría abstenerse de su ayuda. Desde este punto de vista, esta república de mujeres sólo puede ser comparada a Lima, pero en esta gran capital, una civilización muy avanzada oculta estos rasgos de la sociedad, mientras que en Santa Cruz de la Sierra, los mismos están al descubierto. La gran desproporción existente entre los dos sexos proviene, en partes, de las matanzas que hubo en esta región durante las guerras civiles. En efecto, cuando los realistas se apoderaron de Santa Cruz, fusilaron sin piedad a los independientes, quienes, pocas semanas después, les pagaron con la misma moneda. Esta desaparición del sexo masculino también se debe a que la mayoría de los jóvenes van a buscar fortuna a Chuquisaca donde viven, durante casi todo el año, en haciendas ganaderas más o menos alejadas de la ciudad. Es por esto que cuando se recorren las calles, siempre se ven veinte o treinta mujeres por hombre y en todas las casas hay gran cantidad de niños, mientras que son raras las que cuentan con la presencia de un padre o un hermano y los maridos casi no existen. La llegada de un viajero es la gran noticia del día: inmediatamente se organiza una cruzada contra este desafortunado; sus más mínimas acciones son cuidadosamente vigiladas, incluso la Inquisición se avergonzaría por no haber inventado ni la mitad de estos medios de espionaje que la vanidad femenina ha sabido descubrir. Desde el día en que se llega a esta peculiar ciudad, uno es agobiado por una multitud de pequeños presentes que traen empleadas indias: una le entregará, de parte de su ama, naranjas u otras frutas, otra golosinas o pasteles y una tercera, pieles de animales de la región. Desde ese momento usted no podrá librarse de ir a expresar personalmente su agradecimiento. Una vez dentro de la casa, unas cuantas mujeres indias

abrirán un gran cuarto sin muebles donde, como único asiento, habrá una o dos hamacas; una de las amas de la casa, vestida a la europea pero con los cabellos trenzados en dos trenzas al estilo de las mujeres de Chiquitos, tomará inmediatamente un cigarrillo de paja de maíz, lo encenderá y se lo entregará personalmente. Usted no podrá rechazarlo sin ofenderla mortalmente y cada vez que el cigarrillo se apaga, ella le traerá uno nuevo. A cada rato le servirán tazas de café puro que las reglas de educación obligan, según dicen, a tomar. La conversación girará en torno a su persona, su edad, sus gustos, su vida etc., pero ni una sola palabra sobre su fortuna e invariablemente terminarán diciéndole que usted es *muy bonito*. Debo apresurarme en prevenir a los futuros viajeros que su vanidad no debe sentirse más que mediocrementemente halagada pues este cumplido se aplica, sin ninguna distinción, a todo bípedo del sexo masculino. Al llegar la noche, usted será invitado al baile, pues como esta república ha dejado de lado todo lo que se refiere a la política, el baile se ha convertido en un derecho común. La gente joven de mi expedición se familiarizó rápidamente con los bailecitos, graciosa danza con pañuelos, y con los fandangos y sus movimientos azuzados por las castañuelas. La orquesta generalmente está compuesta por varias guitarras tocadas por desertores brasileños. La coquetería que despliegan estas mujeres es realmente un prodigio. Entrar al baile con tal o tal persona, es un asunto de Estado; no fallar a ninguna contradanza es también objeto de intrigas dignas de experimentados diplomáticos. El prefecto del departamento, gran bailarín, había importado de la capital algunas contradanzas dichas francesas y, desde su llegada, su principal ocupación consistía en difundir entre sus administradas este peculiar beneficio. A una cierta hora de la noche, siguiendo sus órdenes, las bonitas danzas españolas se suspendían y las pobres cruceñas estaban condenadas a enredarse en inextricables figuras, que según se les aseguraba, estaban de moda en París. Esta última afirmación les daba una nueva energía pues la moda era el único código civil que admitía esta sociedad femenina; así ellas estudiaban las imágenes del Periódico de Modas, que llegaba a Santa Cruz luego de dos o tres años de viaje, con más atención de la que prestan muchas asambleas políticas a la elaboración de las leyes que rigen las naciones. Este interesante periódico consistía en la única literatura de la región. Pero volvamos a la sala de fiestas donde, para dar nuevos bríos a los cansados bailarines, traían una enorme cantidad de pan y queso que, asombrosamente, desaparecía en un segundo. En ese momento también empezaban las frecuentes libaciones con ron a las cuales uno era incitado a través de singulares desafíos. Una mujer lo hacía llamar y lo obligaba a tomar la misma cantidad de vasos de licor que ella podía tomar. Aquellos de mis compañeros de viaje, lo suficientemente jóvenes como para aceptar este desafío, llegaban a estar en poco tiempo en un estado de alegría bastante avanzado. Por lo demás, al concluir la noche, todos olvidaban sus diferencias y se ponían de acuerdo y además debo decir, aunque me moleste, que al amanecer la sala estaba repleta de durmientes que no habían podido encontrar, seguramente debido a la oscuridad, el camino de regreso a sus casas.

Es imposible describir los esfuerzos prodigiosos que hacen estas mujeres para llevar un nuevo vestido a cada baile; prefieren trabajar noches y días enteros, antes de ir dos veces con el mismo vestido. Esta vestimenta, cortada y vuelta a cortar veinte veces, siempre tomará, bajo la habilidad de sus ágiles dedos, una nueva apariencia: lo que ayer era una falda, mañana será una blusa; después peculiares métodos de tintura, harán que el conjunto adopte un aspecto diferente, e ingeniosos intercambios lograrán despistar definitivamente a los curiosos. Si bien la forma debe seguir exactamente el código de la moda, la pobreza de la región da completa libertad en lo que a la tela se refiere. Las telas más ordinarias son cortadas en vestidos de baile; pero todas las cruceñas hablan del vestido de seda que poseyeron y del vestido de terciopelo que próximamente recibirán de la capital. Medias de seda blancas y zapatos de satén del mismo color, son las únicas prendas indispensables del atuendo. Mientras que las jóvenes se entregan así a su gusto desenfrenado por la ropa, las madres, que ya renunciaron a las vanidades del

mundo, se sienten felices de servir a sus hijas y los días de baile ellas van, envueltas en abrigos oscuros, para sentarse al fondo de la sala e incluso en la puerta de calle.

El antiguo traje está hoy completamente abandonado; éste era notable por su riqueza: los vestidos eran verdaderos montones de trencillas de oro; las mujeres del pueblo llevaban vestimentas hechas de una especie de felpa jaspeada con colores vivos que adornaban con bandas de terciopelo. Las señoras llevaban una falda de terciopelo decorada con largas franjas de oro y magníficos volados; la camisa, que era de mangas cortas, estaba cubierta, por delante y por detrás, de una pieza de terciopelo que se unía con el sujetador de la falda dejando el cuello al descubierto; una cinta brillante de cuatro dedos de ancho, rodeaba el talle y una gran cruz caía hacia delante mucho más debajo de la cintura.

El sentido de las castas en estas mujeres va más allá de los límites: las muchachas indias que las sirven son vistas como personas de especie diferente y todas aquellas que tienen unas cuantas gotas de sangre mestiza son tratadas de cholos, a pesar de ser a menudo más blancas que las damas de la región. En general, sin ser sobresalientes desde el punto de vista de la belleza, las cruceñas son graciosas y condescendientes; sólo buscan gustar y generalmente lo consiguen; más de un viajero, venido de joven a la región, se sorprende un día al verse viejo y darse cuenta de que su existencia ha pasado sin pena ni gloria. Altas y bien formadas, estas mujeres tienen lindos ojos y magníficos cabellos; su voz es agradable y su coquetería extrema. Cada año se elige una reina de belleza quien, más feliz que muchas soberanas, tiene asegurado su reinado durante un año. Cuando estuvimos allí, una jovencita llamada Enriqueta ostentaba este alto título. Más graciosa que linda, para poder comprender el entusiasmo del que era objeto, había que verla en una sala de baile excitada por el baile y por los aplausos de la multitud; entonces, ligera y loca, se lanzaba toda temblorosa y aceleraba aún más el vivo compás de las danzas castellanas con los sonidos precipitados de sus castañuelas. Pero si bien estas mujeres excitan los sentidos, ellas dicen poco al corazón y las suaves mujeres del Norte, tal vez menos brillantes, no deben sin embargo, temer a la competencia de sus ardientes rivales de los trópicos.

Grabado en uno de los documentos comerciales de la firma "Torres y Hermano"



Por otra parte, en esta ciudad aislada, se encuentra la mayoría de los objetos indispensables para una vida europea: el pan, que tanta falta nos había hecho desde hacía mucho tiempo y que era completamente desconocido en el Brasil, a partir del momento en que se abandonan las grandes ciudades de la costa, éste es universalmente conocido en todas las regiones españolas. La industria es casi inexistente en una ciudad dedicada por entero al placer y sucede lo mismo con el comercio. Sin embargo, se ven algunas tiendas y los dueños gozan de una posición importante en la sociedad. Un negociante de fósforos sobresalía especialmente y era objeto de las atenciones de las mujeres de la región.

Entre las personas a las que debo agradecer por su amabilidad citaré al señor Angelo Costas, extranjero instalado desde hace mucho tiempo en la región, y en cuya familia encontramos todas las costumbres europeas; al teniente coronel Thompson, joven americano al servicio de Bolivia que nos dio detalles interesantes sobre una expedición de investigación que él había conducido en el Pilcomayo; a la familia del general Velasco, etc.

El departamento de Santa Cruz de la Sierra es uno de los ocho que componen la República de Bolivia y forma la parte más oriental de este país. La capital, que también lleva el nombre de San Lorenzo de Barranca, está situada casi en el centro del departamento, en las planicies de Grigorita o Manso.

El clima del departamento es generalmente caliente y húmedo. Sin embargo, se lo puede considerar como un clima sano pues sólo existen algunos puntos donde las fiebres intermitentes son endémicas. La disentería es probablemente la enfermedad que cobra más víctimas; se la puede atribuir a la gran abundancia de frutas, pues las personas que tienen un poco de cuidado con su dieta, se libran de esta enfermedad. A veces la viruela también causa estragos, especialmente en Santa Cruz de la Sierra, a pesar de ser considerada como la parte más sana del departamento. No se toma ninguna precaución contra esta enfermedad y aún no se han hecho esfuerzos para divulgar la vacuna. En una reciente epidemia, la población fue horriblemente diezmada y muchos individuos, abandonados en sus casas, murieron porque sus necesidades no fueron atendidas.

Los vientos más constantes son los del norte y los del sur. El primero es caliente y húmedo, pero sano; el segundo es frío y seco, a menudo sopla muy violentamente pero no durante mucho tiempo; únicamente se deja sentir, algunas veces durante ocho días e incluso quince días seguidos, en los meses de mayo a septiembre.

Entre los grandes cuadrúpedos del departamento sólo citaremos al jaguar que es bastante común, al tapir o gran bestia, cuyo cuero es muy utilizado en la región, a diversas especies de anta, a los tatúes, a un gran número de monos, al perezoso, al cavial, etc.

Los pájaros son muy numerosos y a pesar de que muchas especies son similares a las del Brasil, existen varios que son característicos de esta región, sobre todo aquellos que viven en las partes elevadas. En esta región se puede aplicar la regla que, generalmente, es admitida en geografía zoológica y que dice que la diferencia de longitudes tiene una menor influencia sobre la variabilidad de las especies que la que ejercen las latitudes. Como en todos los lugares cálidos que se extienden entre los trópicos, se pueden encontrar aquí un gran número de caimanes y ofidios. Entre estos últimos son corrientes las boas de tamaño pequeño y las serpientes cascabel.

Las producciones de la región son muy variadas. La caña de azúcar, que se cosecha al cabo de ocho meses, es la principal riqueza de la provincia Cercado. El café, también exitosamente cultivado en esta provincia y en la de Chiquitos, da frutos después de transcurridos dos años de haber sido plantado y casi

no necesita ningún cuidado. El cacao, introducido recientemente en estas dos provincias, da resultados luego de tres o cuatro años como mucho. El tamarindo, que se cultiva en las mismas localidades, pero sobre todo en la región de Chiquitos, es cosechado transcurridos cinco años. El algodón tiene una producción anual; existen dos variedades, el algodón blanco y el amarillo. El tabaco crece, por decirlo así, sin cultivo en la provincia de Vallegrande y constituye su principal comercio. También existen en abundancia tres especies de índigo, una de ellas es salvaje. El maíz da fruto al cabo de tres meses y es cultivado durante todo el año, sobre todo en la provincia Cercado. La yuca se cosecha transcurridos ocho meses de su plantación; existen dos especies, una dulce y otra amarga. La primera puede reemplazar a la papa e inclusive al pan, y la segunda sólo sirve para hacer almidón. Hay una enorme cantidad de especies o variedades de bananos que durante el año producen almácigos; se los cultiva principalmente en la provincia Cercado. En las provincias de Cercado y Chiquitos, se cultivan dos especies de arroz, una blanca y la otra colorada, su producción es cada cinco o seis meses. Se dice que existen plantaciones salvajes de arroz en la región de Chiquitos.

La vid, que crece por todas partes y sobre todo en la provincia Cordillera donde era cultivada en las misiones hasta la independencia, no es bien aprovechada en ninguna parte; tal vez un día esta producción sea una de las principales riquezas de la región. El trigo, la cebada y la papa podrían producirse ventajosamente en las provincias Cordillera y Chiquitos; pero actualmente, sólo se obtienen algunos resultados en la provincia Vallegrande. La coca empieza a cultivarse en la provincia Cercado, también crece de manera salvaje, al igual que la quina, en las montañas de Samaipata. Como lo dijimos anteriormente, las frutas abundan en esta región. Principalmente se cultivan naranjas, limones, cidras, higos, papayas, granadas, melones, sandías, chirimoyas, que los brasileños llaman *fruta do conde*, piñas, etc. Esta última fruta crece en abundancia de manera salvaje en los bosques de Chiquitos; la encontramos sobre todo la víspera de nuestra llegada a Santa Ana. Tiene un gusto excelente pero deja en la boca una sensación de quemadura tal, que yo me arrepentí amargamente de haberla probado. En la provincia se cosecha bastante la jalapa, la corteza de quina, la zarzaparrilla, la vainilla, el achiote, la copaiba, la ipecacuana, el caucho, el copal, etc. Las maderas de tinte, ebanistería y construcción, abundan, y los habitantes de la región cosechan cuidadosamente una infinidad de gomas, raíces y cortezas a las que atribuyen virtudes medicinales de lo más variadas. En diversos puntos del departamento y sobre todo en las provincias de Vallegrande y Cordillera, existen hierro y rastros de mercurio; el oro se encuentra en la provincia Cercado, cerca del pueblo de San Javier, los Jesuitas explotaban plata en las montañas de Colchis. Don Sebastián Rancos, cuando era gobernador de Chiquitos, anunció al gobierno que se habían encontrado diamantes de hermosas aguas en los arroyos de los alrededores de Santo Corazón; pero se dice que la veracidad de este personaje es cuestionable. El mismo, luego de haber sido recibido con mucha hospitalidad por los brasileños cuando se refugió en su territorio durante la proclamación de la independencia, no encontró nada mejor que hacer que abandonar a los indios chiquitanos que lo habían acompañado y cuyos sobrevivientes encontramos cerca de Casalbasco; Rancos formó un establecimiento cerca de la frontera, se rodeó de una tropa de bandidos y cometió robos a mano armada en el territorio imperial sin parar. Se encuentra abundante sal en esta provincia, especialmente en dos lagunas; una situada a cincuenta leguas al sudeste del pueblo de Santiago y otra al noroeste de la primera, a unas sesenta leguas del pueblo de San José.

A pesar de que los bolivianos no pueden ser considerados como un modelo de actividad, si se los compara con los brasileños del interior, son mucho más activos. En efecto, para los brasileños, la cosa más simple está rodeada de dificultades imposibles de vencer; una excursión de pocos días necesita varios meses de preparación y a pesar de que el dinero es indispensable, éste no sirve de nada, si uno no cuenta con la intervención de algún hombre influyente de la región. En cuanto uno atraviesa la

frontera, se da cuenta de la diferencia que existe; así, pagando una suma razonable, uno puede obtener todo lo que la región produce y estas facilidades aumentan a medida que uno se acerca a los lugares más civilizados de la República. Un viaje a través de Bolivia no presenta, por lo tanto, otras dificultades que las que presenta la naturaleza del terreno. En todas partes se encuentran rutas bien mantenidas, en cualquier lugar es fácil cambiar los animales cansados por otros en mejor estado; en casi todas las rutas se encuentran, a cortas distancias, buenas postas con casas que a menudo están amobladas de manera casi lujosa y donde hay un gran número de animales listos para servir a los viajeros, como también guías a los que se les da el nombre de postillones; por último, pagando una leve retribución, uno puede hacerse preparar las comidas.

Los pastos que alimentan a las bestias también son bien controlados y los bolivianos se ocupan activamente en mejorar las razas de los animales; generalmente los caballos están bien formados y sólo cuestan un promedio de doce a quince piastras; las mulas valen de dieciocho a veinticinco. Un día yo recibí como regalo una yegua magnífica, extraordinaria sobre todo por su alta estatura y la rapidez de su carrera; había sido criada por los Chiriguanos y un jefe de esta nación se la había dado al doctor Ivanies, antiguo prefecto de departamento. Este bello animal, acostumbrado a las vastas llanuras del Gran Chaco, no pudo atravesar la Cordillera y me vi obligado, muy a pesar mío, a dejarlo en Chuquisaca.

Existen en la región numerosas fábricas donde se trabaja el cuero para producir excelentes monturas. Las mismas cuestan entre cinco a seis piastras las más ordinarias, y de doce a quince las mejores. Tienen una forma particular y uno se encuentra montado entre dos picos encorvados, generalmente adornados con plata. Se tiene la costumbre de colocar, tanto por encima como por debajo de estas monturas, un número considerable de paños que reciben el nombre de pellones. En Santa Cruz, también se fabrica gran cantidad de calzados que se venden a precios bajos. Por último se tejen alfombras y ponchos, notables por la calidad de la tela y la vivacidad de sus colores. Las importaciones consisten sobre todo en mercaderías europeas, principalmente inglesas, que vienen por Chuquisaca.

1843 - 1847

“En el corazón de América del Sur”. Sendas abiertas, franceses en Bolivia. Edición presentada por Ana María Lema y Carlos Ostermann. Editorial. “Los Amigos del Libro”, Cochabamba, 2001



Costumbres cruceñas: el juego del cabrito, grabado de Manuel Lascano, 1888.

“LAS MUJERES SON MUY BONITAS Y AFECTUOSAS CON SUS MARIDOS...”

Lewis Herndon y Larner Gibbon

La distancia entre Santa Cruz y Cochabamba es de 107 leguas. A los arrieros generalmente les toma 30 días para hacer este recorrido cuando están con cargas de chocolate, café y azúcar, o con las manufacturas de algodón, cristalería o sal en el viaje de retorno (...). El viaje de Santa Cruz a la costa (Cobija), generalmente es hecho en tres meses a través de Cochabamba y Potosí. La distancia del recorrido es de 345 leguas (...).

Una mesa para el desayuno en Santa Cruz, que está construida de una linda madera de cedro, puede ser descrita de la siguiente manera. Está cubierta con un mantel de tela blanca de algodón, vajilla de plata, con platos, tazas, tenedores y cucharas; el café, azúcar, crema, manteca, maíz y pan integral, carnes, huevos y naranja, todos producidos en la provincia. Los brazos de las sillas están hechos de ornamental caoba. Ocho invitados pueden sentarse en esta mesa en sillas de diferente calidad de caoba.

La carne se encuentra en la pampa, la caza en los bosques y la pesca en los ríos. Las papas y todas las verduras crecen en esta tierra. Los sirvientes indígenas recogen las uvas, hacen vino, recolectan frutas tropicales y tabaco; mientras la esposa o la hija muestran su orgullo por los puros bien hechos. El clima es tan agradable que el caballo deambula libremente en las proximidades todo el año, no hay gastos de establos. Ningún granero es necesario para la protección de sus cosechas durante el invierno duro. Las casas pueden permanecer abiertas.

Cualquier ropa delgada y sábanas que requiera la familia son proporcionados por la tierra, trabajada en tela fina por los indios que hilan, tejen y cosen. Al metal de plata no le dan valor, excepto en el uso de la mesa. Onzas de oro se funden en cruces y aretes para uso de las indias jóvenes.

Los cruceños se muestran perezosos, pues con un clima tan benéfico no se preocupan más allá de sus necesidades básicas.

Y ahora se hace necesario hacer un informe, un relato, de la vida diaria de una familia en este pueblo. Muy temprano por la mañana el criollo sale de la cama y se tira en una hamaca; su esposa se estira en un banco cerca, mientras los niños se sientan en las sillas, todos con sus vestidos de noche. La sirvienta indígena entra con una taza de chocolate para cada miembro de la familia. Después ella trae algunos carbones ardientes en un plato de plata. La esposa enciende a su marido un puro y luego uno para ella. Luego, durante algún tiempo se relajan y conversan... El hombre después se pone calmadamente los pantalones de algodón, el saco también de algodón, zapatos de cuero y sombrero de vicuña, se dirige a casa de algún vecino, con quien bebe chocolate nuevamente y fuma otro puro.

A mediodía una mesa pequeña es colocada en el medio del cuarto y la familia se prepara para almorzar. La esposa se sienta al lado de su marido. Las mujeres son muy bonitas y afectuosas con sus maridos. Él la escoge entre cinco, habiendo este número de mujeres por cada hombre en el pueblo. Los niños

se sientan y los perros forman un círculo por detrás. El primer plato es un chupe de papas hecho con pedazos grandes de carne. El hombre se sirve primero y arroja los huesos al lado de la mesa y los perros se apresuran por conseguirlos cuando caen al suelo (...). Luego viene un plato de carne finamente cortada; luego la sopa de carne, verduras y frutas, finalmente, café y chocolate.

Después de comer el hombre se saca los pantalones y la chaqueta y se tira en la hamaca en calzoncillos... Su esposa enciende un puro y se va a la cama. Los perros saltan y se acuestan en las sillas. La muchacha indígena cierra puertas y ventanas y saca a los niños a jugar mientras el resto de la familia duerme.

A las dos de la tarde las campanas de la iglesia repican para hacer saber a la gente que el cura está rezando por ellos, lo que hace que se levanten de la siesta.

La cena tiene lugar entre las tres y las cinco de la tarde y es casi igual que el almuerzo, excepto cuando se ha matado una res que se hace asada a la parrilla. A las costillas y a otros huesos largos de la res se les saca la carne, dejando los huesos ligeramente cubiertos con un poco de carne, estos huesos se cocinan al fuego; luego se reparten a los miembros de la familia para que sean mondados.

Un sirviente indígena trae el caballo y lo sostiene mientras el patrón le coloca la montura y el freno; después se coloca un par de espuelas de plata valoradas en unos 40 dólares, para luego montar y dirigirse a las casas vecinas. Cuando llega a una casa amiga se detiene, se quita el sombrero y dice: *¡Buenos días, señoritas!* Las damas se asoman a la puerta y mientras una le ofrece un puro, otra le trae una limonada para refrescarse. El caballero permanece montado, hablando con las damas que están graciosamente reclinadas sobre la puerta, sonriendo con sus ojos embrujadores. Se despide cortésmente tocándose ligeramente el sombrero y se dirige a visitar a otro vecino. Después de pasar la tarde de esta manera, el caballero llega finalmente a su casa, se baja del caballo, lo desensilla y se dirige a su hamaca mientras los sirvientes guardan los arreos.

Si un forastero que estuviera de paso por el lugar presenta a un mestizo una carta de presentación, inmediatamente le ofrece su hamaca y una taza de chocolate. El viajero será atendido por el tiempo que permanezca entre ellos y será tratado por la familia con tal grado de amabilidad y cortesía que raramente se lo encuentra en otras partes del mundo. Mientras el forastero permanece con ellos, nada alterará su modo de vida, excepto que los perros y los caballos se mantienen fuera de la casa...

El mestizo habla de la riqueza de su región de la manera más exagerada; tiene muchas cosas buenas, de las que alardean naturalmente y piensa muy poco en otros lugares del mundo. No tiene la menor intención de dejar sus frutas y flores. Los caminos son malos y no le importa mucho su estado. Cuando deja su ciudad es más por placer que por comercio.

¡El clima es tan agradable que el cruceño raramente desea viajar, pues no hay ningún lugar mejor que su casa! Está listo para vender sus productos a aquellos que vienen hacia él; sin embargo, cuando se le pregunta lo que desearía de otras partes del mundo, por el tiempo que se toma en contestar, es indiscutible que raramente piensa que tenga necesidad de algo más.

El idioma español se habla más en Santa Cruz que en otras partes del país. A los indígenas se les enseña este idioma excluyendo el propio. La gente de Santa Cruz se enorgullece de su español puro y ridiculiza el habla de otros pueblos. La mayor parte de los profesores de Cochabamba son oriundos de Santa Cruz, así como también los más inteligentes del clero, quienes hablan de las ventajas de establecer comercio

con el océano Atlántico por la vía natural de los ríos, en vez de estar buscando constantemente por el Pacífico.

1854.

En Zortschrift fur vergleichende Erdkunde, vol. 2, N° 12. Magdeburth, 1842. Traducción: Mario Arrien. Citado por Alcides Parejas Moreno.



Calle Bolívar, 1901.

AL VER AQUELLAS MAGNÍFICAS Y HERMOSAS REGIONES, ME LLENÉ DE SANTO ARROBAMIENTO

(Resumen)

Genaro Dalens Guarachi

Con ocasión del confinamiento que sufrí en Santa Cruz, durante una parte considerable de los años 59 y 60, he logrado estudiar con la prolijidad que me ha sido posible, el grado de civilización que ha alcanzado aquella antigua ciudad, las costumbres de sus moradores, sus necesidades, el estado de sus relaciones comerciales con los pueblos del interior y exterior de la República, sus medios de locomoción fluvial y terrestre, la extensión, feracidad y estado actual de los campos que la circuyen, y de toda aquella inmensa región selvática que se extiende majestuosamente al oriente de la parte habitada de Bolivia.

Santa Cruz a pesar de su antigüedad y de la extraordinaria riqueza vegetal de su suelo, es poco conocida; y dándola a conocer bajo todas sus fases, tanto a los bolivianos como a los extranjeros, me propongo rendir un homenaje de gratitud a ese pueblo hospitalario que me albergó en su seno, cuando obligado a dejar mis caros lares, me vi en la penosa necesidad de viajar por esos países.

Además, testigo presencial de las maravillas del reino vegetal, y de todos los dones que la Providencia ha derramado a manos llenas en aquellas inmensas sabanas sin fin, intento, al describir lo que he visto y he observado, llamar la atención de los gobernantes del país y de los hombres, pensadores de todas partes, a favor de aquella región abandonada a las débiles fuerzas de sus moradores.

Quiero también que los ricos capitalistas y los proletarios que muchas veces no encuentran una piedra en qué reclinar su cabeza, tengan noticia de lo que son aquellos países; los unos, para que lleven allí sus capitales e industria, y reemplacen a la silvestre arbolada con las espigas del trigo y del arroz, que son riqueza tan valiosa y mercable como el oro y el diamante; y los otros, para que se trasladen allí y encuentren pan barato y un techo de motacú siquiera para preservarse del Sol, del agua y del viento.

Tal es el objeto que me propongo al hacer esta publicación. Al prepararla en el país mismo que pretendo dar a conocer, no tuve en cuenta ni el peso de las cadenas que arrastraba, ni los tristes recuerdos del hogar perdido; sólo tuve presente el deseo sincero de servir a mi patria en proporción a la situación y a las circunstancias en que me hallaba, porque creí, como ahora creo, que el boliviano, a semejanza del romano de los primeros tiempos o del ardiente republicano de la montuosa Helvecia, no puede dejar de amar a su patria, ni en las penosas épocas del infortunio, ni en los fugaces momentos de prosperidad. Pienso, pues, por lo mismo, que las puras y humanitarias intenciones que dan lugar a esta publicación, me sirvan de égida contra todo lo que, con tal motivo, me sea desfavorable.

En esta parte de la República se hallan situados tres hermosos valles, los que no es justo ni conveniente pasar en silencio, aún a trueque de dejar cortada la descripción de Santa Cruz y sus campos.

El primero de éstos es el valle de Pocona, donde se halla situado el pueblecito del mismo nombre con una población de trescientas almas, más o menos. La vista de este valle, que tendrá como ocho o diez leguas de longitud sobre dos de ancho, es muy pintoresca y agradable; es semejante a la de un valle o comarca de Europa, de las faldas de los Alpes, tanto por la regularidad con que están labrados sus campos, por su arboleda plantada con orden y simetría, como por los techos rojos de sus casas cubiertas de teja, que forman tan bello contraste con el color verde de sus elevados sauces. El terreno, que es también medio rojizo, semejante a las capas que cubren el cinabrio, se presta admirablemente para todas las producciones de la zona templada.

En este valle, y a dos leguas hacia el Sur del pueblo de Pocona, se hallaba situada en otro tiempo una populosa ciudad, llamada el Capin de la Reina. Los habitantes de esta ciudad eran en su mayor parte mineros que trabajaban vetas de oro y de plata, en la dos quebradas de Machacamarca y de Pocona. El impuesto o alcabala sobre los metales extraídos estaba destinado para los zapatos de la Reina y por esta razón tomó aquella población el nombre de Capin, adulterado de Chapín, que significa calzado de mujer en francés. Esta ciudad y la de Comarapa fueron destruidas en una misma noche por los indios yuracarés. Existen todavía sus escombros, pero las minas y vetas de la primera se hallan completamente abandonadas.

En esta misma región, y quince leguas hacia el S.O. de Pocona, estaba la ciudad de Mizque, tristemente célebre por la muerte atroz dada a uno de sus obispos, según la tradición popular. La fiebre terciana, endémica en estos lugares, llegó a producir una espantosa desolación en ella; hoy no existen sino pequeños restos de su antigua población. Sería fácil disminuir en parte, y quizá hacer desaparecer totalmente esa mortífera enfermedad, desecando los muchos pantanos que se encuentran en la hermosa campiña de Mizque.

El otro valle es todo el territorio conocido desde el tiempo de los españoles con el nombre del Valle Grande, que ha servido también de teatro a una gran parte de las sangrientas escenas de la guerra de la emancipación americana, y que hoy se halla yermo e inculto.

Si los valles de Cochabamba, Cliza y Capinota son hermosos, los del Valle Grande sobrepujan demasiado a aquellos, bajo todo aspecto. Desde el pueblo de Chilón que está veinticinco leguas más allá de Pocona, hacia el sur, las elevadas cumbres de los montes empiezan a declinar; las diferentes cadenas de cerros que antes de este punto están unidas, y en partes, en forma de verdaderos nudos, principian a separarse, dejando entre unas y otras, extensas llanuras cubiertas de grama y bosque, y adornadas de otros y colinas sembradas de verde y frondosa arboleda.

Pero todos estos lugares, sin embargo de la belleza de su aspecto físico, de la bondad del clima y de la fertilidad del suelo, permanecen desiertos y solitarios. Las únicas poblaciones dignas de atención en esta vasta provincia, que corresponde al departamento de Santa Cruz, son Samaipata y el Valle Grande.

A mi juicio, las llanuras del Valle Grande, comprendiendo las dos o tres cadenas de cerros que las atraviesan, podrían contener una población agrícola de doscientas mil almas, cuando menos. Esta población sería la que proveyese de todos los artículos indispensables para la vida, y con abundancia y baratura nada comunes, a las plazas de Sucre y Potosí; pero hoy, por falta de caminos, por falta de protección de parte del gobierno y falta de estímulos otorgados al trabajo, esos hermosos valles se encuentran sin población, sin productos, sin vida y sin servir para cosa alguna.

El tercero de los valles de que me ocupo es el Sivingal, que empieza a dilatarse desde cinco leguas más allá de Pampa Grande. Los vallegrandinos le dan también el nombre de vallecito, en contraposición sin duda, al del Valle Grande. Mirando el vallecito o Sivingal de improviso desde el alto de Mairana (y éste es siempre el modo como se le ve a causa de su posición topográfica) ofrece a la vista del espectador un bellissimo paisaje. Su extensión será, cuando más, de doce o quince leguas de longitud sobre cinco o seis de ancho; pero sus colinas siempre cubiertas de grama verde, su arboleda espesa y no interrumpida, el hermoso río que lo cruza de medio a medio y el color en partes blanquizco de los cerros que lo circundan, le dan verdaderamente un aspecto encantador. El clima y la feracidad de su suelo son envidiables, pero también se halla despoblado y erial en su mayor parte. Si este valle se hiciera más accesible al comercio y a la sociedad por medio de vías fáciles de comunicación, sería, sin duda, la morada más linda que el hombre pudiera elegir, para pasar una vida tranquila, cómoda y agradable. Después de haber dejado este valle y caminando pocas leguas, se llega por fin al pueblecito de Samaipata, que es el último de la sierra o de la parte montuosa de Bolivia.

Samaipata, conquista de los antiguos peruanos. Indígenas de la parte montuosa e indígenas de los llanos del Oriente. Fortaleza de los Incas. La palabra Samaipata, adulterada de samañ-pata, pertenece al aimara y al quechua, y significa en uno y otro idioma el alto del descanso; sin duda descansaron allí los indígenas peruanos después de sus conquistas. A lo menos ésta es la etimología del nombre de esta población notable y digna de la atención del viajero por mil razones. Situada sobre uno de los últimos promontorios que se desprenden de la cordillera de los Andes hacia el Oriente, casi sobre los confines que separan lo llano de lo montuoso, lo ardiente de lo frío, Samaipata seduce al viajero por la belleza de su campiña, por su clima agradablemente templado, por su situación tan adecuada para el comercio, y por sus monumentos y recuerdos históricos.

En nada se parece el aborigen peruano de estatura elevada, de cara oval, nariz aguileña, ojos grandes, boca pequeña y labios delgados, al cayubaba o al isoseño de mediana altura, de cara redonda, nariz chata, ojos pequeños oblicuamente colocados, boca grande y labios gruesos. El primero pertenece indudablemente a la raza caucasiana, exceptuando el color, y el segundo, a la de los mongoles o chinos.

Menos se asemejan en religión, pues si el peruano de sabeísta adorador del Sol y de las estrellas, se elevó hasta el monoteísmo racional, dando culto a Pachacamac, hacedor del Sol, de los demás astros y de todo el universo, el cayubaba o el sirionó jamás han pasado de los lindes de un fetichismo grosero; el tigre ha sido la divinidad superior de estos salvajes; y sus dioses inferiores, los caimanes, los ríos, los árboles y ciertos seres maléficos; y aún existen tribus sin ideas ni sentimientos religiosos que no adoran a ningún Dios: tal es la de los itonamas, por ejemplo.

También se encuentra una notable diferencia en sus costumbres. El peruano más inteligente y más suave en sus sentimientos, ha tenido respeto a la propiedad, al matrimonio, a la vida humana, y todos los actos de su vida han sido siempre honestos; por el contrario, el salvaje errante de los bosques del oriente, no teniendo más propiedad que su arco y sus flechas, es inclinado al hurto y a todo género de expoliación; sensual con exceso, es aficionado a la poligamia y a todos los placeres carnales; cruel como los antiguos lacedemonios, si ve padecer a alguno por enfermedad o vejez, lo arroja al agua y lo ve perecer con satisfecha complacencia, creyendo prestarle un importante servicio; si sabe que alguna mujer ha dado a luz dos gemelos, busca a éstos y les da la muerte, porque está en la persuasión de que el parir más de uno es privilegio exclusivo de los animales, y de que tal hecho en el ser humano, es una nefanda monstruosidad.

En los alimentos y en el modo de tomarlos se diferencian también absolutamente: lo que al uno le sirve para nutrirse y restaurar sus fuerzas, para el otro es, según su modo de pensar, una cosa dañosa o poca alimenticia. Por ejemplo, el uso de la coca como alimento y remedio ha sido y es general entre todos los aborígenes del Perú; éstos se dejarían sacar los ojos, antes que dejar de mascar la coca; pero el salvaje no hace uso de ella, y aún la mira con desprecio, a pesar de tenerla abundante en sus bosques.

Porvenir de Samaipata

Samaipata es también muy notable, como he dicho, bajo su aspecto económico. La única vía directa, y por lo tanto más corta, que sirve para salir de los llanos de Santa Cruz a la parte montuosa de la República, es la quebrada de Samaipata, que desemboca en el pueblo del mismo nombre; así es que este pueblo, por circunstancia tan feliz, es como el eslabón o como el lazo que une ambas regiones, la montaña con el llano, ni más ni menos que la ciudad de Panamá que une la América austral a la del Norte, o que la del istmo de Suez que anuda el África con el Asia.

Como los cruceños no quieren salir a la sierra por temor al frío y a las enfermedades que por causa de él les sobrevienen, como tampoco encuentran en ella los alimentos a que están muy acostumbrados; y sobre todo, como carecen de buenos caminos y de arrias bastantes para marchar a grandes distancias, sucede generalmente que los comerciantes y agricultores de Santa Cruz sólo transportan sus azúcares, suelas y demás productos hasta el punto de Samaipata; allí los venden, si hay compradores; y si no, aguardan por algún tiempo a que éstos se presenten. Son por lo regular traficantes cochabambinos los que compran estos artículos, (las más veces al fiado) para trasladarlos a los mercados de Sucre y Cochabamba. Acontece lo propio con los efectos ultramarinos, con la sal, la harina y otros artículos que de varios puntos de la República son conducidos para el consumo de Santa Cruz, es decir, que ellos son descargados en Samaipata, donde se verifica su venta, siendo favorables las circunstancias.

Samaipata es pues, por consiguiente, un punto de escala forzosa, una especie de puerto mediterráneo, donde celebran sus transacciones comerciales los habitantes de dos inmensas regiones; sin embargo, Samaipata no tiene en la actualidad ninguna importancia económica, pues no es, como debiera ser, el foco de un gran movimiento mercantil e industrial.

Los capitalistas situados en Samaipata, tendrían, pues, por objeto: primero, fomentar la labranza de las feraces e inmensas tierras de Santa Cruz; segundo, proporcionar las arrias necesarias para la traslación de los artículos producidos, ya sea a las plazas del interior, o sea a las del exterior de la República. De este modo, y hablando en el lenguaje de los economistas, es indudable que habría mayor abundancia de productos, mayor baratura de precio en ellos, y mayor riqueza, por consiguiente, para Santa Cruz y para toda la nación boliviana.

Además, Samaipata situado en altura, tiene una temperatura suave y benigna; tal circunstancia lo hace muy apto para recibir en depósito o consignación los artículos que se extrajesen de Santa Cruz, así como los que se pretendieran importar allá. El azúcar no puede conservarse en Santa Cruz por más de cuarenta días sin que principie a ablandarse, concluyendo por licuarse un poco más tarde; las estimadas pieles de sus cuadrúpedos y aves se apolillan y destruyen a los quince días; y esto mismo sucede en mayor o menor tiempo, con todos los productos de aquella región ardiente y húmeda en exceso. Por consiguiente, el menor servicio que los capitalistas situados en Samaipata pudieran prestar a la industria de Santa Cruz, consistiría en el establecimiento de almacenes de depósito o consignación, que evitarían la avería de los artículos producidos, la pérdida de esta riqueza, y el desaliento de los agricultores.

El oriente de Bolivia

De Samaipata a Santa Cruz no hay más que 35 leguas de distancia; pero esta pequeña travesía es la parte más penosa y difícil de todo el camino. En la estación de aguas, las arrias emplean regular y comúnmente quince o veinte días en marchar del uno al otro punto. La demora y las dificultades no provienen, como tal vez se creería, de que haya necesidad de atravesar ríos navegables, descender por en medio de cataratas, pasar por sobre cuerdas o puentes colgados al aire; no, nada de eso. Todo no procede sino de la falta capital de no haberse abierto hasta el día una ruta transitable que siquiera preste las comodidades de lo que en Bolivia se llama un camino. Con 10 o 12 mil pesos de gasto habría podido formarse una ruta que, además de abreviar el tiempo empleado en el trayecto, de ahorrar gastos y molestias de toda especie, facilitarse en definitiva la producción de la riqueza local; pero esto no ha podido hacerse en treinta y cinco años de régimen republicano y en trescientos años de coloniaje.

Y es de notar que la apertura de este camino no sólo era indispensable como un medio económico, sino también como un medio político, para vincular los intereses de toda especie de Santa Cruz con los de la República, a fin de hacer más firme e inalterable su unión con ésta. Porque era, y aún es de temer, que el pueblo cruceño, diferente de los demás de la República en genio, usos y costumbres, con relaciones más fáciles y frecuentes con el Brasil y la Confederación Argentina, cuya circunstancia aumenta de día en día, pretendiera separarse de la nacionalidad boliviana. Esto no sucederá nunca, es verdad; pero por esta doble consideración debiera abrirse entre Santa Cruz y el interior de Bolivia, un buen camino. Los caminos no sólo son vehículos de comercio, sino también lazos que amarran los pueblos unos con otros.

Superando todas las dificultades de este horrible camino, el peor de Bolivia, y quizá del mundo, y admirando a cada paso la elevación, el color y las caprichosas figuras de los picos y crestas de los montes inmediatos, y dejando a uno y otro lado del peligroso sendero, bosques impenetrables habitados solamente por tigres, antas y otros cuadrúpedos, se llega, por fin, al Alto del Sillar, que es un punto elevado en forma de observatorio, que domina todo el llano oriental. Desde esta prominencia se descubre por primera vez y de un modo exabrupto, hacia el Oriente, el Sur y el Norte, una dilatada planicie verde, semejante a un vasto océano, cubierta de una vegetación colosal no interrumpida, y cuyas ondulaciones son en efecto semejantes a las oleadas del mar. Esta planicie, color de esmeralda en partes, verde oscura en otras y un poco anaranjada más allá, está surcada por muchos caudalosos ríos, cuyas plateadas ondas forman un contraste bellísimo con el variado color de aquellas selvas seculares tan antiguas como el mundo; y es aún más bello el contraste que forma el color de esta espaciosa llanura con el azul claro de su límpido y extenso cielo coronado de un Sol radiante y abrasador.

La primera impresión que sufrí, al ver de improviso aquellas inmensas sabanas verdes, fue sublime: nunca sino entonces me formé una idea cabal de lo infinito; mi vista no alcanzaba a tocar los últimos límites de aquellas llanuras sin fin, pues ellas se confundían a lo lejos con el azul del cielo. Al ver aquellas magníficas y hermosas regiones, me llené de santo arrobamiento, y creí ver a Dios excelso, delineado ante mis ojos en toda su esencia, lleno de bondad, de poder y sabiduría. Me sucedió lo que al astrónomo que, al observar la magnitud y número infinito de los astros del firmamento, y al reflexionar sobre la armonía y las leyes invariables a que están sujetos en su existencia eterna, se considera repentinamente transportado a la presencia de aquel Omnipotente Ser, que con un Fiat, sacó de la nada el Universo, con todas las maravillas que él encierra.

¡Tal es el aspecto que presenta, tal la impresión que al primer golpe de vista produce, ese famoso territorio que se llama el Oriente de Bolivia; ese Oriente que es toda nuestra esperanza, y cuyos altos destinos, sin

embargo, se hallan aún envueltos en la oscuridad de los tiempos futuros!... ¡Quién sabe lo que será de ese hermoso Oriente! ¡Quién sabe cuántas Romas y Cartagos, cuántas Atenas y Espartas se levantarán de en medio de esos bosques, para disputarse la preeminencia de dictar leyes a los numerosos pueblos que lleguen a cubrir tan extensas regiones!... Lo que sí es indudable, es que esa privilegiada tierra está designada por la Providencia para suministrar el pan de la vida a muchos millares de seres humanos.

Pocas horas de viaje son bastantes para descender de esta última eminencia a la llanura. Cuando me encontré en ella, me vi en medio de un deliciosísimo bosque; todo es bosque y selva en estas dilatadas llanuras; puede decirse, que ellas forman un inmenso piélago de vegetación, reconocido y habitado por pequeños puntos e insondable y virgen en su mayor parte. Nueva fue, pues, la sorpresa que experimenté al verme a la sombra de tanta variedad de árboles tan elevados, tan corpulentos, tan diferentes unos de otros, ya por la configuración y verdor de sus hojas, ya por el tamaño y color de sus flores, de sus frutos, y hasta por la fragancia que cada uno de ellos exhala. Aturdido y extático me sentí al oír aquella mezcla confusa de cantos, gritos y chirridos de tanta multitud de pájaros, cuadrúpedos e insectos; al ver el incesante volteo de tantas mariposas de cambiantes tan vivos y brillantes; al mirar el movimiento interminable, que bien podría decirse perpetuo, de tantos moscardones, de tantas moscas y aún mosquitos microscópicos que inundan el aire... ¡Oh, qué bosques aquellos! ¡Oh, qué mansión tan espléndida y deliciosa! Y donde ahora sólo habitan aves, cuadrúpedos e insectos, y sobre los cuales impera soberanamente la familia de los tigres.

La parte habitada de la provincia de Santa Cruz tendrá 40 leguas de longitud de S., a N., es decir, desde Abapó a Santa Rosa y veinte de latitud de E., a O., desde la Sierra hasta el Río Grande. Todo el territorio que sigue, tanto hacia el Norte como al Oriente y aún al Sur, es desconocido y sólo se sabe que está habitado por diferentes tribus de salvajes.

Los cruceños han establecido sobre esta pequeña extensión varios pueblecitos en cuyas inmediaciones tienen sus fincas o chacos. El clima es más ardiente y húmedo que el de la provincia de Yungas; el terreno, que está cubierto de una gruesa capa de mantillo puro, es sumamente feraz, y produce, por consiguiente, todos los frutos de la zona tórrida. La temperatura media del año, según el termómetro de Fahrenheit, es de 73°. En los días más ardientes sube el calor a mediodía hasta 82° y en los más fríos, no baja de 65°.

La agricultura o el arte de labrar la tierra se halla totalmente descuidado. Este descuido es ocasionado, sin duda, por la feracidad del suelo y por el genio asiático de los habitantes de aquel hermoso país. El cruceño que quiere acres para la agricultura, descuaja por medio del hacha y del fuego un pedazo de bosque, cien varas cuadradas, por ejemplo; concluido el incendio, limpia el terreno; luego toma un palo puntiagudo, y hace con él pequeños agujeros en que planta la yuca. Enseguida observando el mismo procedimiento, siembra arroz, maíz, hocos (zapallos) camotes, etc. Por fin, en el mismo recinto, planta también cañas dulces. Algunos hacen esta plantación y siembra sin separación de especies, es decir, todo mezclado. Pero hágase de un modo o de otro, lo cierto es que de cien varas cuadradas de terreno recoge el cruceño todo lo que ha menester para comer, beber y aún vestirse.

Es verdad que algunos fabricantes de azúcar dan al cultivo de la caña mayores dimensiones, y aún observan quizás un mejor método en la labranza del terreno; pero la generalidad que vive como aletargada, que comparte las horas del día entre los vaivenes de la blanda hamaca y las distracciones del juego y de la danza; no se ocupa ni de dar más ensanche a sus tierras labrantías, ni de emplear un método de cultivo mejor que el indicado. ¡Tanta es la confianza que tienen en la feracidad de su suelo, y en la abundancia de los frutos silvestres de sus bosques.

Hay en estos bosques, árboles de una rara y sorprendente belleza. La palmera ocupa el primer lugar entre ellos, tanto por su extraordinaria elevación, cuanto por su figura perfectamente cilíndrica y tersa, y por el airoso follaje de su pequeña copa. Sin duda se experimenta una sensación de placer indefinible a la vista de un tronco perpendicular de sesenta a ochenta varas de elevación, terminado en una pequeña cabeza verde graciosamente encrespada; pues tal es la palmera de Santa Cruz, en mi concepto, superior en todo a la del Indostán.

Existen varias clases de árboles de la familia de la palmera: el totaí cuyo tronco pulverizado puede servir para hacer pan; el palmero chonta que tiene el tronco tan duro como el hierro y que puede ser aplicado a los mismos usos que aquel; el motacú cuyas hojas se emplean para techar casas, para fabricar sombreros, esteras, canastos, etc. Se cuentan ocho o diez especies más de palmeras, y todas ellas producen cocos muy agradables, de los cuales podría extraerse gran cantidad de aceite.

Rivalizan con la palmera: el tacuarembó que es una caña gigantesca que puede servir para muchos usos; el bibosí de cuya corteza hacen sus vestidos los indígenas de Moxos; el aloé de cuyas hojas filamentosas se forma la pita; el cuchí o colo más duro que la piedra, que puede ser adoptado por la mecánica para la construcción de ruedas, cilindros y otros aparatos; el tajibo, el árbol de la quina, el almendro y otra infinita variedad de árboles, cuya descripción sería larga y embarazosa aún para los mismos naturalistas.

Entre los muchos árboles que podrían suministrar jaspeadas y vistosas maderas para la ebanistería, sólo haré mención del jacarandá, del guayacán y del copaibo; de la cuta cuya madera es negra como el ébano de Ceilán; del curupaú que también tiene el mismo color; del bojo amarillo, que bien pulido es como el bronce; del tirbeti que da madera de diferentes colores con hermosos y caprichosos jaspes, y finalmente de la caoba que es tan conocida entre nosotros. Los cruceños llaman mara a la caoba. Hay tanta caoba en aquellos bosques que la mayor parte de las casas de Santa Cruz tienen puertas y ventanas de caoba macizo. La caoba que traen de Europa a La Paz, en forma de hojas delgadas como el papel, y que sólo se aplican a la superficie exterior de los muebles de lujo, sirve en Santa Cruz para la construcción de portones y otros muebles groseros. ¡Oh! Cuánto ganaría la industria con la explotación de este solo artículo.

Hay también infinidad de árboles cuya raíz, fruto o madera pudiera emplearse ventajosamente en la tintorería; tales son entre otros varios: el jotavió cuya raíz produce el color rojo; el viche que da el azul; el nopal y la tunilla en cuyas gruesas hojas se crían espontáneamente enjambres de cochinillas; el tartaguillo, el chapi, el achiote, etc.

Entre los frutos silvestres destinados por la Providencia para satisfacer agradablemente el paladar del hombre sólo haré mención del achachairú, del pitón, ocoró, ambaiba, tarumá y del guapurú. El fruto del tarumá es un botecito negro cuya pulpa es blanca y muy aceitosa; este árbol podría dar más aceite que el olivo. El fruto del guapurú es más grande y del mismo color que la ciruela; de él se fabrica ya muy buen vino en Santa Cruz. El guapurú se produce de un modo bastante extraño; no es la flor del árbol la que deshojándose se convierte en fruto, como sucede en la mayor parte de los vegetales; el guapurú aparece pegado sobre la superficie del tronco y de las ramas gruesas del árbol que lo produce, a la manera que las conchas u ostras están pegadas a los peñascos de las riberas del mar. El tronco de un árbol de guapurú, cuando está en fruto, parece un árbol enfermo con viruelas, y esta viruela es la exquisita fruta que se llama guapurú.

Se encuentran también multitud de árboles que producen gomas y resinas, así como infinidad de los que contienen sustancias aromáticas. La vainilla es abundante y crece en los lugares pantanosos.

Desde el lugar en que comienza a dilatarse la llanura hasta la ciudad de Santa Cruz, hay como 15 leguas. Esta travesía se hace por un camino delicioso, sombreado por las copas de frondosos árboles. Estos árboles están casi siempre enlazados unos con otros por lindas y graciosas enredaderas; y sobre sus copas brincotean bandadas de monos chillones, de ardillas juguetonas, de tordos y maticos, cantores, de pavas, papagayos, etc.

Santa Cruz de la Sierra

Santa Cruz de la Sierra, cuyo verdadero nombre es San Lorenzo de la Frontera o de la Barranca, fue edificada en el siglo XVI por orden del Virrey Cañete, y tiene poco más de una milla de longitud sobre otro tanto de latitud; sus calles en su mayor parte, tienen de ocho a diez varas de ancho y están cubiertas de una gruesa capa de arena que hace penoso el tránsito. En lugar de veredas, tienen a uno y otro lado, corredores con balaustrada de madera. Las casas, que son también de madera y mal construidas, tienen un solo piso. La población no baja de doce, ni pasa de quince mil almas; y es de advertir, que las dos terceras partes de ella corresponden al sexo femenino. Se cuentan seis templos, y entre ellos son notables San Francisco y la Catedral que aún no está concluida.

Esta ciudad está sujeta al predominio constante y alternativo de los vientos del Sur y del Norte. El viento Sur, frío, helado y seco, ataca y aún destruye la vida animal y vegetal; los ancianos y las plantas débiles apenas pueden resistirle. El viento Norte, por el contrario, ardiente y húmedo, es esencialmente vivificador. Pero uno y otro a su turno soplan tan recio y levantan tal polvareda de arena que no dejan más recurso que el de cerrar las puertas y ventanas de las habitaciones para preservarse de su mortificante contacto; así es que el vivir a media luz es una necesidad en Santa Cruz, donde, por otra parte, no está aceptado todavía el uso de vidrieras.

Los cruceños tienen el acento, el genio y las costumbres de los andaluces; son muy aficionados al baile, al canto y a la equitación y tienen un amor ciego a su país. Sin embargo, aunque alegres por organización y por costumbre, los cruceños no tienen decisión por los licores espirituosos, muy rara vez se ve un hombre embriagado en las calles de Santa Cruz. Las mujeres son esbeltas y bien desarrolladas; de pelo y ojos rasgados negros, con el cutis un poco pálido, vestidas casi siempre de géneros blancos transparentes, nada tienen que envidiar a las bellas hijas del Rimac.

La civilización es inferior a la de La Paz, Sucre y Cochabamba, pero en revancha, como dicen los franceses, se halla propagada de un modo uniforme entre todas las clases de la sociedad; así es que la hija del rico propietario y la del pobre artesano hablan, visten, danzan y se recrean del mismo modo; tan espiritual y viva es la una como la otra. Esto mismo puede decirse del sexo fuerte el cual, por otra parte, es muy inclinado al cultivo de las ciencias y de las letras. En el año de 1.859, concurrían a las aulas del colegio de instrucción secundaria de Santa Cruz más de 400 alumnos, y hay pocas personas, aún entre las gentes que viven en el campo, que no sepan leer y escribir. El único idioma que se habla es el español; a esta ventaja deben sin duda los cruceños su civilización uniforme y general. Los cruceños, educados como han sido por los jesuitas, son muy religiosos, y quizás algo supersticiosos; en las grandes procesiones compran voluntariamente sus velones para acompañar a las efigies de los santos.

Por causa de la homogeneidad de su civilización y por la distribución casi igual de la riqueza, el pueblo cruceño es más apto que ninguno otro de Bolivia para el gobierno republicano y, en efecto, en ninguna parte se halla más arraigado que allí el principio democrático. Por eso los cruceños son de carácter independiente y aún un poco altivos.

A esta descripción de Santa Cruz, hecha a grandes rasgos, sólo me resta añadir la propensión que los cruceños tienen al juego: hombres y mujeres se hallan dominados por esta ruinosa pasión, (se entiende con muchas excepciones honrosas).

Hay casas de juego para ambos sexos, y en ciertos meses del año se juega en las calles, sobre mesas preparadas con este objeto. Sin duda es cosa curiosa y sorprendente ver en las salas de juego, sentadas alrededor de las mesas, a muchas señoras ancianas y respetables, jugando con dados, haciendo rodar, como ellas dicen, “los dientes de Santa Tecla”, y perdiendo, no solamente el tiempo y la salud, sino también la honestidad y la fortuna de los hijos. Creo que esta decisión de los cruceños por el juego, y que se ha convertido en costumbre inveterada, es el resultado del choque de su imaginación ardiente e inquieta con la poca o ninguna actividad de su cuerpo enervado por el excesivo calor.

El juego de azar y de envite no sólo es tolerado, sino que se halla permitido por la autoridad en Santa Cruz; y el impuesto o alcabala sobre las mesas de juego se saca en público remate. El año de 1859 ascendió el derecho sobre el juego a la suma de ochocientos pesos.

II

En uno de los acápite que preceden, dije que Santa Cruz producía todos los frutos de la zona tórrida. En efecto, los produce, pero en pequeña cantidad; se recoge, pues de su suelo, arroz, café, cacao, algodón de varios colores, miel, aguardiente, tabaco, cera, aceite, azúcar, etc., pero todo esto se cosecha en porciones muy pequeñas. El azúcar, por ejemplo, es el artículo que se produce en mayor abundancia y, sin embargo, la cantidad obtenida no abastece a todos los mercados nacionales pues todos saben que se interna azúcar de remolacha, azúcar de caña de las Antillas y del Perú, en grandes cantidades, a diferentes puntos de la República, y especialmente al departamento de La Paz. Esta misma exigüidad de producción se nota en los demás artículos enumerados; los licores sólo cubren el pedido del mismo Santa Cruz; el cacao y el tabaco no son suficientes ni para esto, pues los cruceños consumen en su mayor parte el tabaco y el cacao de Moxos. La cosecha de algodón, aceite, etc., es insignificante; la del arroz sólo alcanza para el consumo local.

Bien pues, y ¿cuál será el motivo que impida la recolección de una cosecha más abundante y satisfactoria? ¿Por qué el suelo indefinidamente extenso y feraz de Santa Cruz no provee con sus productos agrícolas a todos los mercados de la República? ¿Por qué no exporta al exterior sus artículos de calidad tan exquisita?... Este problema está ya resuelto en teoría; las causas del mal se hallan conocidas, y no falta sino la aplicación del remedio.

En primer lugar, no hay en Santa Cruz capitales suficientes aplicables a la agricultura para que esta industria tan beneficiosa y permanente pudiera desarrollarse sobre una escala de mayor amplitud que la actual. En segundo lugar, los moradores de Santa Cruz no tienen hábitos de trabajo, a lo menos, no se encuentra en ellos esa actividad industrial indispensable, y en grado suficiente, para crear productos en grande copia. En tercer lugar, no existen vehículos comerciales que ofrezcan fáciles salidas a los productos de aquel hermoso suelo. En cuarto lugar, no hay estímulos de ninguna clase que impelen a los hombres al trabajo.

Aplíquese, pues, el remedio conveniente a estas causas eficientes de la inacción económica de Santa Cruz, y la producción será asombrosa en aquel país; y no se crea que esto sea cosa difícil de hacerse. El Estado, o mejor dicho, el gobernante o los gobernantes de la República pueden verificarlo sin esfuerzo ni sacrificios.

Prémiese anualmente con una suma determinada de alguna monta, a todo agricultor que, sobrepujando a los demás en la extensión y en las faenas del trabajo, obtenga cosechas más abundantes que ellos. Fácil será designar los artículos o frutos cuya producción se pretenda aumentar, así como erogar mil o dos mil pesos de premio a favor de los cultivadores sobresalientes; mil o dos mil pesos son nada para el tesoro público cuando se trata de acrecentar la riqueza y la población de un territorio extenso y fértil que permanece yermo y erial en su mayor parte, sólo por falta de impulso gubernativo o social.

El premio ofrecido a un ramo de industria con el objeto de alentarla, sólo es malo, según la opinión de los más célebres economistas, cuando tiene por objeto fomentar una industria impracticable o estéril por su propia naturaleza, desviando la corriente de las fuerzas industriales de un pueblo o de una asociación, según la ingrata dirección de aquella; pero no cuando se trata de hacer fructificar una tierra notoriamente feraz. La Inglaterra que hace esfuerzos por tener viñedos y trigo abundante en sus campos, hace lo primero. Los estados meridionales de la Unión Americana del Norte, que premian al mejor cultivador de algodón y de arroz, practican lo segundo.

Ábranse enseguida, caminos comerciales que faciliten la extracción e internación de los artículos destinados al cambio. En la actualidad sólo se necesitan dos principales: uno, que ponga en comunicación corta, expedita y sin obstáculos los mercados de Sucre y Cochabamba con Santa Cruz, lo cual es posible conseguir a costa de 12 mil pesos, cuando más, y otro, que una a Santa Cruz con Salta, y por consiguiente, con los demás pueblos del Norte de la Confederación Argentina. De interés tan vital es para Santa Cruz la apertura de este camino, como la reforma o nueva construcción del primero.

El comercio de Santa Cruz con la República Argentina está tomando de día en día proporciones considerables. Son los pedidos de Salta, Jujuy y del Orán los que, en el año de 1859, elevaron en Santa Cruz el precio del café, pero este comercio entre el Orán, Jujuy y Salta de un lado y Santa Cruz del otro, sólo la practican aquellos comerciantes audaces que tienen el valor suficiente para meterse ciegamente con sus mulas y cargas y abrirse paso, a través de las extensas selvas intermedias, arrojando todo linaje de peligros, luchando con fieras y salvajes, y sufriendo todo el rigor de la intemperie. Se asemejan mucho estos mercaderes atrevidos a los contrabandistas, o más bien, a los traficantes mahometanos que conducen sus caravanas por los arenales de la Arabia, con rifle en mano, y batiéndose a cada paso con los beduinos que encuentran. ¡Sólo el aliciente de un gran lucro puede inducir a esos especuladores argentinos a acometer empresas mercantiles tan arriesgadas como éstas!

Para que no suceda, pues, tal cosa, y a fin de que, desapareciendo esta causa de inactividad económica, se haga por todos, y no sólo por los valientes, el comercio entre Santa Cruz y la Confederación, es de todo punto indispensable que se forme un camino que ofrezca garantías y comodidades de toda especie a los traficantes. Este camino, además, no sólo anudaría las relaciones mercantiles entre Bolivia y la Confederación, sino que estrecharía también más los lazos fraternales y políticos que unen a ambos Estados, suceso plausible por cierto para pueblos procedentes de un mismo tronco; Juzgo que la obra concluida y expedita, atendidos los recursos locales, no costaría más de 25 mil pesos, que son poca cosa para una empresa de tan elevado interés.

Para implantar el espíritu de laboriosidad en Santa Cruz, el Gobierno debería no sólo proteger, sino también solicitar la inmigración de europeos y norteamericanos laboriosos en aquella región. Estoy seguro de que 4 o 5 mil anglosajones transformarían a Santa Cruz en 8 o 10 años. Al cabo de este período es más que probable que en lugar de arboledas inútiles no se viese en sus llanuras más que sembrados espaciosos, cubiertos de vegetales destinados al sustento de la vida y a la fabricación de los

artículos de comodidad y ornato. Los cruceños ganarían mucho con esto, porque se acostumbrarían a las fatigas del trabajo; vivirían con más comodidad, y disfrutarían de mayor suma de placeres que los que ahora conocen. La afición al trabajo no se adquiere en las escuelas o en los colegios, ni los gobiernos tienen potestad para prescribirla por medio de un decreto; ella se contrae prácticamente a la presencia de buenos modelos. Vale más a este respecto un hombre laborioso, favorecido por la suerte, que todos los catecismos o artículos de periódico que se escriban o se hayan escrito sobre el particular. Puéblense los bosques de Santa Cruz de hombres trabajadores, y se verá enriquecer y prosperar a aquel país, y junto con él a toda la nación.

Por lo que hace a capitales, los grandes empresarios que se situasen en Samaipata, (y que es indudable que así lo hagan) serían los que los suministrasen y si el gobierno quisiera formar un banco de habilitación o de préstamo a interés moderado, a favor de todos los hombres pobres que desearan consagrarse a la agricultura en los campos de Santa Cruz, estoy cierto de que no tendría necesidad de hacer grandes desembolsos pecuniarios; con veinticinco, o cuando más, con 50 mil pesos, estaría organizado el banco porque la feracidad extraordinaria de la tierra ahorra en alguna manera en Santa Cruz, la inversión de grandes sumas. Los más de los que se dedican al cultivo de la caña dulce, que es el artículo más valioso allí, principian sus trabajos con ciento o doscientos pesos de capital; la fertilidad del suelo suple todo lo que falta en trabajo y en capital.

Llenadas estas cuatro condiciones indispensables, Santa Cruz se convertiría en un emporio de riqueza permanente; no de riqueza transitoria como la de Potosí, cuya fugaz prosperidad ha brillado como un meteoro y desaparecido como él. Todos los mercados de la República serían abastecidos del azúcar y demás artículos intertropicales de Santa Cruz y no tendríamos que pagar tan caros estos mismos artículos traídos del exterior. Ciertamente, es humillante la necesidad de recibir tales artículos de afuera, pudiendo obtenerlos con más ventaja en nuestro propio suelo, mediante nuestro trabajo. El excedente de aquellos artículos sería más bien exportado al exterior, establecidas las vías indispensables para el efecto, en cambio de otros que no pudieran ser producidos o elaborados en el país.

Conclusión

No concluiré este pequeño trabajo sin hacer antes algunas ligeras indicaciones conducentes a la mejora de Santa Cruz.

Las calles de esta ciudad, como dije antes de ahora, están cubiertas de una espesa capa de arena muy sutil. Esta arena, cuando soplan el Boreas o el Austro, lo cual sucede muy a menudo, molesta y aún causa daño a las personas y a las cosas; y en tiempo de lluvias, arrastrada por los torrentes que corren por las calles, desaparece en muchas partes, dejando en descubierto los cimientos de las casas, de tal suerte que éstas quedan a mayor altura del nivel del suelo, en cada estación de aguas que pasa. Este grave inconveniente podría remediarse pavimentando las calles con madera y especialmente con madera de cuchí o colo que es tan abundante, y que es, sino más, a lo menos, tan dura como la piedra. Este pavimento se conservaría ileso, prohibiendo la entrada de las carretas al interior de la ciudad y reemplazando el servicio de éstas con el de acémilas o con el de las fuerzas del hombre.

Sería también conveniente introducir en la ciudad una parte del Piray, a fin de suplir en lo posible la falta de agua; porque es sensible que en un país como Santa Cruz, cuya población está llamada a multiplicarse indefinidamente, sea menester servirse en muchas partes del agua llovediza, o comprar la del Palmar que dista dos leguas de la ciudad, cuando al cielo le place no dejar caer sus aguas. Con

la introducción de una parte del Piray, que podría realizarse por medio de un acueducto de madera que no costaría mucho, quedaría suplida esta falta, y los cruceños podrían disfrutar, además, de la inmensa ventaja de tener baños inmediatos, y de la de poder sacar sus casas y calles por medio de acequias bien distribuidas.

Hay otra cosa muy esencial para Santa Cruz, en que no se han fijado los mismos cruceños y principalmente los Gobiernos, y es la creación de un Colegio de Artes y Oficios en donde se enseñase también la veterinaria y la agricultura. En un país como Santa Cruz, donde la ocupación general y más productiva de sus habitantes es, y debe ser, la agricultura y la ganadería, y en un país en donde tanto abundan las maderas finas para la carpintería y ebanistería, y las pieles y cueros curtidos para la talabartería y zapatería; es indispensable y esencial la fundación de un establecimiento como el indicado. Más ventajosa sería para Santa Cruz, hablando económicamente, la posesión de un colegio de artes mecánicas, que la de otro de ciencias y bellas letras, pues no dudo que más útiles serían para aquel país, diez agricultores, que cincuenta abogados o que cien literatos.

Últimamente, debería descargarse a los cruceños, de quienes puede decirse, que recién están estableciéndose en medio de sus bosques, de algunas de las contribuciones que soportan y principalmente del impuesto sobre las mercaderías ultramarinas que abonan por duplicado. Por ellas, se pagan con anticipación los respectivos derechos en Cobija y en las aduanas del Norte y no es justo, por consiguiente, que se paguen nuevos derechos por las mismas mercaderías al tiempo de su importación a Santa Cruz. Esta contribución duplicada coloca a los cruceños en una condición inferior a la de los habitantes de los demás departamentos de la República. Con estas medidas de interés local y las otras de interés más elevado que he indicado en el curso de esta obra, es indudable que Santa Cruz modificaría mucho las condiciones de su actual modo de ser, para marchar con paso más resuelto, más firme y majestuoso por la ancha senda que conduce a los hombres y a los pueblos al bienestar material, a la mejora de las costumbres y a la adquisición de mayores luces intelectuales, que son los elementos integrantes de la felicidad humana.

Con trabajo y perseverancia, llegará el día, que ya se dibuja en lontananza, en que Santa Cruz sea el centro de una población floreciente, el emporio a donde afluayan las riquezas de los montes y de los llanos que la circundan, y el foco de donde partan los luminosos rayos de la humanitaria civilización del siglo; de esa civilización sublime, que apoyada en la cruz de Jesús e impelida por el vapor de Fulton, está llamada a segar las impenetrables selvas del Oriente, para reemplazarlas con praderas y florestas, con ciudades y villas que sean la mansión perpetua de la ley, de la ciencia, de la moral y de la dicha del hombre... ¡Qué perspectiva la de Santa Cruz, cuando en lugar de sus pesados carretones, recorran sus calles y caminos, coches y birlochos cubiertos de oro y de cristal; y cuando en lugar de indios mojeños con largas túnicas y sombreros enormes de palma, desembarquen sobre las riberas del Piray hombres y productos de la culta Europa, conducidos hasta allí por el aliento irresistible del vapor.... ¡Ah!... sin duda, la refulgente estrella de Santa Cruz de la Sierra principia recién a elevarse sobre el horizonte de su venturoso porvenir! Tales son, pues, los deseos, o si se quiere, los augurios, del proscrito que un día bebió el agua y respiró el aire de esa hermosa tierra de promisión.

1861

“Santa Cruz de la Sierra o el Oriente de Bolivia”, folleto, Imprenta paceña, La Paz, 1861.

LA FLORA Y FAUNA CRUCEÑA

Rafael Peña

En el oriente de Bolivia hay una extensa región que, principiando entre las últimas ramas orientales de los Andes, desciende y se prolonga al Este, hasta las márgenes del plácido Paraguay y que, bañada al sur por el Pilcomayo, se extiende y toca, por el norte, con el anchuroso caudal del Mamoré. Su territorio austral (Provincia de Cordillera), está fecundado por el río Parapetí, cuyas aguas se infiltran y desaparecen del todo en los feracísimos campos de Izozo, y encierra, entre otras fuentes de aguas termales, al lago Opabuzú (nombre que da a entender, de acuerdo con la tradición, *que allí desapareció un pueblo*), especie de Mar Muerto, de admirables aguas medicinales. Contiene, además, diversos manantiales de petróleo (vulgarmente llamado *aceite de piedra*), como el de Tacurú, cuya producción que, sin mezcla, fluye también en varios parajes, al pie de la Sierra contigua a la ciudad de Santa Cruz, y que es una riqueza todavía no explotada por la industria del país. Surcan también el territorio, por el centro, el Guapay o Río Grande y otros que éste recibe en su curso, como el Pirá y el Yapacaní, para ir a formar el caudaloso Mamoré.

Por el Este, se hallan las provincias de Velasco y Chiquitos, donde florecieron las Misiones Jesuíticas pobladas con los Trabasicosis y otras tribus salvajes, y bajo cuyo régimen prosperan, ahora, las nuevas reducciones de guarayos que al comercio con el Beni sirven de estación hospitalaria. Ese vasto territorio, cuya lujosa vegetación se halla arraigada en varias localidades, sobre ricos veneros de oro nativo, está regado por el río San Miguel (antiguo Hubay), el río Blanco, el Paraguá y otros afluentes del Iténez o Guaporé, todos ellos navegables, en cuyas próximas marismas existen inmensas arboledas de la valiosa sifonea caucho, y que están poblados, abundantemente, de pescados de sabrosa carne, como el bagre o pimélodo, el pacú o boga, el dorado o salmíno, el besugo o corvina, el sábalo o chupea, y conjuntamente, la deforme raya espinosa (*trigon hystrix*, D'Orbigny), llamada yuracaré por los indígenas de este nombre, y armada, en la extremidad de su cola, de un temible aguijón óseo; siendo notables además, el gimnoto eléctrico, que despidiendo poderosas descargas eléctricas, paraliza las fuerzas de otros animales, y el mamífero delfín o bufeo, cetáceo provisto encima de la cabeza de un espiráculo por cuyo conducto arroja sobre los navegantes fuertes chorros de agua.

Por el S.E., el territorio es fertilizado por el río Quimome que desagua en el grande lago de Concepción, por el Tucabaca que forma el Otuquis, cuya corriente recibe las cristalinas y saludables aguas termales del río de Agua Caliente, yendo a desparramarse y perderse (19° 4', latitud 58° 15' longitud) a inmediaciones de la Bahía Negra. Hay, además, otros ríos que al sur del Fuerte Olimpo van a parar al del Paraguay el escaso tributo de sus aguas, como el Camandupá, contiguo al histórico puerto de Candelaria (21°5' latitud), por donde penetró en el Chaco el conquistador Juan de Ayolas, que tuvo fin desastroso, el Galván que corre junto a los tres cerros de su nombre, por una localidad no tan sujeta a las crecientes del Paraguay, como lo está casi todo su margen occidental, el verde que confluye al frente de Concepción, villa paraguaya, y cuya posición coincide con el límite austral de la zona tórrida, siendo ese largo trayecto la mansión exclusiva de los salvajes guanás, zamucos, guaicurús y otros que pueblan aquella parte del Chaco.

Esta región tan variada cuanto hermosa, presenta, en su configuración geológica, dos aspectos enteramente distintos; al Occidente, donde se halla la provincia de Vallegrande, la superficie está erizada por los

escabrosos ramales de la serranía oriental de los Andes, gozando de un clima y producciones análogas a su diversa altura barométrica, y al Oriente se presentan los vastos llanos de Manzo, continuación del Gran Chaco, con clima cálido y húmedo en extremo, engalanados por la más abundante al par que variada y portentosa vegetación, encerrando, juntamente, las más ricas producciones de los otros reinos naturales, como el oro, el hierro y la sal común que abundan en Chiquitos y Velasco, e innumerables especies de la escala geológica. Semejante región, visitada por el naturalista viajero, Mr. D'Orbigny, quien admirado de la pujanza de su fecundidad, la denominó *Tierra de promisión*, merece, más que otra alguna de la América Meridional, aquella poética expresión de Chateaubriand: "la superficie está fertilizada por los ríos y el centro por el oro".

En la parte central se encuentra la deliciosa llanura llamada Grigotá por los antiguos aborígenes, donde encontrándose Andrés Manzo y Ñuflo de Chávez que arribaron allí en direcciones opuestas, fijaron, llenos de asombro, el blanco de sus miradas y armaron entre sí, por su posición codiciada, una de tantas disputas con que los conquistadores ensangrentaron el suelo americano. En esta planicie, a los 17°46'55" latitud, 63° 5' 34" longitud Greenwich y 1.280 pies ingleses sobre el nivel del mar, está situada la ciudad de Santa Cruz, capital del Departamento de su nombre, fundada, primitivamente, por Ñuflo de Chávez en Chiquitos, junto a la Sierra de San José y trasladada por orden del Virrey Márquez de Cañete (2 de octubre de 1592), con el título de Noble Ciudad de San Lorenzo.

Por la atmósfera revolotean, recreando la vista con sus vivos y transparentes colores metálicos, millares de mariposas, diversas, la Uraña entre ellas, de terciopelo negro y rojo, recamado con manchas azules, y, por la noche, contrastan con las estrellas del firmamento las luces fosfóricas de innumerables Lampiros o tapiosis (*Lampiris noctiluca*) y de Elatéridos o Curucusis (*Elater pyrophorus*) que surcan el espacio en todas direcciones.

En su inmenso territorio, ora se descubren, en horizontes dilatados, pintorescas perspectivas de risueñas praderas, siempre llenas de frescura y lozanía, donde pastan innumerables ganados, y mansos, ya salvajes, entre estos el ciervo grande (*servus paludosus*, *desmarets*), los venados o gamas, la corzuela o guazú (*servus capreolus*), el ciervo rojo o urina (*servus rufus*), como también guanacos (*camelus guanacus*, L.) En los campos anidan varias perdices (*tinamus*), deposita sus enormes huevos el avestruz o piyu (*struthio rhea*), y serpentean la terrible cascabel (*crotalus horridus*), la gran boa o sicuri (*boa constrictor*), la murina o boyé y otras muchas serpientes que son perseguidas por el zancudo serpentario o socori (*gupogenarus*, *illiger*), a las cuales rendían adoración los trabasicosis y otros aborígenes, según sucedía también entre los egipcios y griegos, quienes las miraban como emblemas del alma del mundo; a cuyo respeto, cabe mencionar la anfibena blanca o cutuchi (*tiflops*), serpiente doble andadora que vive bajo la superficie del suelo y era venerada, con el nombre de *Ibriarum* o *Señor de la tierra*, por los primitivos indígenas del Brasil.

Allí mismo, presurosos se meten bajo la tierra el roedor oculto o cuguchi (*Ctenomus brasiliensis*, *blaimé*), los tatús o armadillos (*dasypus*), entre ellos el forzado pejichi o dasipo gigante, que suministran sabrosa carne, excepto el peji o dasipo rojizo que es hediondo y se alimenta de cadáveres de animales. Ahí también establecen sus inmensas poblaciones subterráneas la hormiga cargadora o sepe (*Formica processionaria*) y la hormiga cazadora o subahuma, tan ávidamente buscadas por el oso hormiguero (*myrmecophaga jubata*), o construye la Termites o Turiro (*termes fatale*), sus sólidos hormigueros cónicos, en cuyas paredes aguja sus cuernos el toro bravío.

Ora se mira el suelo cubierto de espesísimas selvas, donde ostentan su tallo pujante árboles seculares, como el colosal brobabo mapojo macho, monumentos gigantescos de este suelo privilegiado que encierra en sus troncos o sostienen pendientes de sus ramas, abundantes y riquísimos panales de miel fabricados por las abejas (*apis mellifica*) o por las avispas cartoneras (*vespa* o *petos* o *chaturubís*; y en cuyos follajes, nunca marchitados por el invierno, construye el hornero o *tiluchie* (*furnarius rufus*) su ingenioso nido de tierra, en forma de horno, o busca, perezosamente su alimento el humilde perico ligero (*bradypus tridactylus*) o retozan la inquieta y graciosa ardilla o *masi* y el mono juguetón, desde el pequeñito *mistiti* (*jascchus vulgaris*), hasta el corpulento *marimono* (*atete belzebeuth*) y el chillón *caraya* o *manechi* (*alvate stentor*), encaramándose en las ramas pájaros cantores, como el Cardenal, el jilguero, el tordo, el matico, y el poligloto o *tojo*, que llena el aire con sus deliciosas melodías, o aves engalanadas de vistoso y brillante plumaje, como el turpial de pecho carmesí o hijo del Sol, el pico o carpintero, el tucán de enorme pico rojo, el picaflor o pájaro mosca, el guacamayo o *paraba* y el papagayo o loro hablador, y otros, en fin, que como el misterioso *nequí*, exhalan, durante la noche, ayes tristísimos, o que, como el solitario caprimulgo mayor o *guajojó* (*Urutaú de los guanís*), interrumpe en la soledad de los bosques, su imponente silencio, con clamorosos gritos y en tonos variados de alto a bajo, imitando la voz humana.

Bajo las silenciosas sombras de los bosques cruzan infinitos animales selváticos, ya carnívoros, como el hercúleo oso negro o *jucumari*, el zorro (*canis vulpes*), el mofeta o *zorrillo* (*viverra mephitis*), el lobo de América o *borochi* (*canis rufus*), el león americano, *puma* o *cugar* (*felis discolor*), el gato tigrero *izguarundi* (*felis brasiliensis*, *cuiert*), el gato montés (*felis tigrina*) y el tigre manchado o *jaguar* (*felis jaguar*, *cuiert*) que con sus espantosos rugidos, atruenan la soledad, en la cual airosos, al par que imponentes se enseñorean, ya también paquidernos, como el *tapir*, *anta* o *gran bestia* (*tapirus americanus*), e innumerables manadas de puercos del monte, como el *jabalí* (*sus tajassu*) y el *pecarí de collar* o *taitelú* (*dicotyles torenatus*), igualmente que muchos roedores de sabrosa carne, como el *tapití*, especie de liebre (*lepus brasiliensis*), el *cobaya* o *apérea*, el *jochi* (*cavia agouti*), el *cui* o *puerco espín* (*hystris spinosa*), que eriza y arroja sus pelos, a manera de dardos agudos.

Semejantes bosques y praderas, donde el hombre apenas ha posado su planta, permanecen vírgenes en su mayor parte, sino acaso desconocidos todavía, esperando la mano del inteligente industrial, para brindarle, hospitalarios y generosos, la inagotable riqueza de sus multiplicadas producciones; ya le convidan, fuera de un número indefinido de frutales silvestres y de cereales cultivados, como el arroz y el maíz, sazonados y sabrosos frutos, entre ellos, el gratisimo *nefelionu* *ocoró* de Buena vista, la dulce naranja, la deliciosa piña o *ananás*, la jugosa sandía, el exquisito café, el nutritivo cacao, el succulento plátano o *banano*, el cual según los cristianos de oriente, fue la fruta fatal que sedujo a nuestros primeros padres, ora *tubérculos alimenticios*, como la *patata* o *papa* (*solanura tuberosus*), la *batata* o *camote* (*convolvulus batatas*), la *mandioca* o *yuca* (*jatropha manihot*), ora *finas y sólidas maderas para ebanistería y construcciones*, como la *caoba* o *mara*, el *cedrelo* o *cedro* (*cedrela odorota*), el *nogal*, el *ocrosia* o *amarillo*, el *jacarandá*, el *moradillo* o *amaranto* (*hymenea floribunda*), el *sándalo*, el *astrono* o *cuchi*, el *lapacho* o *tajibo* y tantos otros, ora le presentan innumerables *cortezas u hojas, tintóreas unas*, como la *rubia* o *chopi*, el *añil* o *platanillo*, la *cutárea* o *jotavió*, *olorosas otras*, como el *canelón* y la *vainilla*, *medicinales muchas*, como la *quina*, la *simaruba* o *chiriguana*, ora le ofrecen *gomas o resinas abundantes*, como la *arábiga* que destila la *acacia astringente* o *curupaú*, la *sangre de drago* suministrada por el *dragonero* (*pterocarpus draco*), el *caucho* o *goma elástica* que se obtiene del *peloto*, de la *sifone* y de la *garcinia* o *guatoró*, junto con su *regalada mangaba*, la *leiga* (*Icica*), el *bálsamo del Perú* o *quinaquina*, el *estoraque oficial* y el *lacre* (*hipericón*), ya *jugos medicinales*, como el *acíbar* que da el *aloe zocotrino* o *zábila*, o *nutritivos*, como el *zacariño* de la *caña dulce*, y la *leche de vaca* en que

abunda el brosimon o mururecito, o venenoso como los del glutiero salifolia o leche-leche y del hura ruidosa, ochohó de sombra deletérea, ya aceites officinales, como el bálsamo de María, el de copaiba, el de pezoé (*Pterocarpus hemiptera*), el de ricino o mocororó, el de cusi (*Orbygnia phalerata*), usado para el crecimiento de los cabellos, ya sustancias algodonosas para finos tejidos como el algodón blanco y el anteado, el eriodendron o mapajo, o filamentos foliáceos y corticales, como el carludovica o paja de sombreros, el agave o maguey, el pachiriero o perotó, el artocarpus americano o mururé, especie de árbol del pan. En suma, ¿qué producciones vegetales, útiles o preciosas de las zonas tórrida y templadas, no se encuentran en esta tierra de promisión perfumada con el exquisito aroma de tantas flores matizadas que embellecen tan rico vergel en perpetua primavera?

Todos esos productos, hoy esterilizados por la incuria o la falta de vías fáciles de comunicación con los mercados extranjeros, sólo aguardan, para derramarse benéficamente en los demás pueblos, a que se realice el sueño dorado de los caminos fluviales, cuya franca apertura nos sonríe por el Oriente, donde asoma la radiante estrella del más próspero porvenir, atrayendo y guiando, en su marcha progresiva, a los hombres de la inteligencia, de la industria y el comercio, reyes simbólicos de la regeneración que, llenos de vida, ansiosos aguardan estos recónditos lugares.

Con el fin de contribuir, en parte, a la preparación de ese camino, publicamos, antes de ahora, un ligero y deficiente cuadro de la flora cruceña, y es, con el mismo objeto, que volvemos a reproducirla, si bien más correcta y con mayores dimensiones, incompleta, no obstante, e imperfecta; defectos que, por la carencia de suficientes observaciones, al lado de nuestra impericia, no hemos podido evitar al presente, pero que, un día después, con nuevos estudios que acaso consagraremos a tan interesante asunto, nos alientan la esperanza de reparar. ¡Ojalá que este débil ensayo, pudiera servir de estímulo para que las inteligencias más competentes elaboren un cuadro completo y lleno de perfección, donde aparezcan descritas, con exacto y luminoso colorido, las infinitas especies de vegetales que encierra en su seno la hermosa y fecunda flora de Santa Cruz.

Al bosquejar, otra vez, su diseño diminuto y descolorido, hemos adoptado respecto a la exposición y nomenclatura individual, el orden alfabético de los nombres, con que las plantas son conocidas, como el más adecuado al objeto práctico que entra en los estrechos límites de nuestras miras. Consecuentes con este propósito y con el fin de facilitar el conocimiento de los vegetales, hemos creído conveniente colocar, algunas veces que sepamos, junto al nombre técnico de cada uno, el sinónimo con que es denominado vulgarmente en el país, o en otras localidades circunvecinas, o por otros idiomas, especialmente el guaraní, propio de los indígenas chiriguano que pueblan la provincia de Cordillera, Guarayos y otros puntos del Departamento y cuyo secular origen etnográfico es el mismo de los aborígenes del Paraguay, que hablan el propio lenguaje. (Los chiriguano que son un desmembramiento de la nación guaraní (palabra que significa guerrero), emigraron hacia la mitad del siglo XVI).

1868

Biblioteca boliviana: Ministerio de Educación, ediciones a cargo de Gustavo Adolfo Otero. Talleres de la Editorial del Estado, La Paz, Bolivia. 1944.

NO HAY LENGUA HUMANA CAPAZ DE PINTAR AQUEL VERGEL DE DELICIAS

Gabriel René Moreno

Aunque no destinada a fallecer como la ciudad de la cascada de Sutós en Chiquitos, la ciudad de la Barranca de Güergorigotá nació para vegetar en un encerramiento mediterráneo de siglos. Hacia la época de la expulsión de los Jesuitas distaba todavía muy mucho Santa Cruz de corresponder, por su planta, construcción, civilidad y otras urbanas partes, a su título, a su origen y a su acendrada progenie. Hermosos como el Sol y pobres como la Luna, sus moradores no eran sino patriarcales labriegos que seguían y proseguían viviendo en sociedad civil sin pagar al Rey alcabala; y tampoco tributaban sus yanaconas, y las tierras eran de sus poseedores mientras en ellas mantenían ganados o labraban chacos o cultivaban algodones o cañaverales, y cada cual se instalaba en el terreno que le convenía hasta concluido su negocio o disuelta su familia. La propiedad raíz, divisible y transmisible no existía en la campaña, lo que es un signo evidente de la exigüidad de los cambios y de la estagnación de los productos exportables.

Ciertamente en aquel entonces Santa Cruz, antes que una población urbana, era un enorme conjunto de granjas y alquerías sombreadas frondosamente por naranjos, tamarindos, cosoríes y cupesíes. Senderos abovedados por enramadas florecidas y fragantes separaban unas de otras las casas. Y eran éstas unas verdaderas cabañas espaciosas, de dos maneras techadas fresca pero rústicamente; ya con la hoja entretejida o ya con el tronco acanalado de la palma. Dicen que anacreóntica y epicúreamente se vivía allí a la de Dios, sin que a nadie le importara un guapomó o una pitajaya lo que en el mundo pasaba.

La plaza principal y algunas de las once calles arenosas estaban edificadas de adobe y teja; pero sólo a trechos y dejando intermedios solares, que eran otras tantas dehesas o florestas. Y sucedía que estas praderas y matorrales urbanos estaban cruzados de senderos estrechos, misteriosos, que guiaban a sitios visitados por el amor o a cabañas plebeyas. Apenas había una o dos manzanas cuya parte central no estuviera dispuesta o habitada en esta forma por guitarristas, hilanderas, lavanderas, costureras, etc. Y estas mujeres eran otras tantas andaluzas decidoras por el habla y el tipo de raza, bien que predominando casi siempre en sus facciones rasgos extremeños para todos los gustos.

Ocupaban los mejores edificios el obispo, el gobernador, los canónigos, los dos curas rectores, los oficiales de la guarnición, los empleados de las cajas reales, etc. Veíanse no pocos caserones vacíos, propios de familias descendientes de fundadores, las que vivían, como queda dicho, en afuera el pueblo. Las estancias de ganados y los ingenios de azúcar constituían la riqueza y el bienestar de estas familias. A veces había que citar al cabildo con días de anticipación, por tener que venir hasta de catorce leguas los señores concejales. No perdían éstos la costumbre feudal de los tiempos de Manso, de vivir con sus lindas esposas e hijas en su terruño, rodeados de sus indios de faena y servicio.

Visitábase a caballo, lloviendo se iba a misa en zancos o en carretón, uno se quedaba a comer o a cenar allá donde le sonó la hora, sólo cuatro zapateros bastaban al pueblo, muchos bautizos y poquísimos matrimonios, las frutas más deliciosas reventadas por el paladar de los prebendados, y ¡ay! de aquel que

no fuera blanco de pura raza; pues ese solo y sólo ése debía trabajar y a sus horas divertirse, mientras que los demás debían divertirse y ociarse al modo de señores nacidos para eso únicamente.

* * *

Hasta hace treinta años se enseñaban magistralmente en Santa Cruz cuatro cosas: a bailar, el latín, el amor y la historia natural.

Es la única población boliviana que no habla ni ha hablado nunca sino castellano; ha sido también la única de pura raza española, y se miraba en ello. La plebe guardaba eterna ojeriza al *colla* (altoperuano), al *camba* (castas guaraníes de las provincias departamentales y del Beni), y al *portugués* (brasileños fronterizos y casi todos mulatos o zambos). De aquí el artículo inviolable de doctrina popular cruceña:

*Los enemigos del alma son tres:
Colla, camba y portugués.*

Era una república de mujeres, presidida en jiras, bureos, saraos, lidias de toros, corridas de cañas y de sortijas, juegos florales y de prendas, etc., presidida por una beldad suprema, unánimemente admirada y cortejada, y cuya primacía de honor no duró nunca más de un lustro. La naturaleza regala allá este período de esplendor a la hermosura de la mujer. No hay lengua humana capaz de pintar aquel vergel de delicias. El general Vargas Machuca, que en su ancianidad deliraba aún por el paraíso terrenal, me refería con asombro en Lima: que llegó a Capua jovencito, y de un soplo una mañana se encontró viejo.

Cuando visitaron Santa Cruz los dos célebres viajeros franceses D'Orbigny en 1831, y el Conde de Castelnau en 1845, veíase en los suburbios sin alteración lo que un intendente informaba al rey en el siglo pasado: hermosas andaluzas, solas en los bosquecillos a la caída del Sol, yendo por agua como en la tierra de Canaán. Calcule el lector. Por lo que el magistrado dice de los sotos y espesuras donde estaban los manantiales, imagínese la impetuosidad de los organismos humanos que poblaban aquella tierra venturosa.

La unidad de raza y la pureza mediterránea con que conservaba hasta hace muy pocos años el vecindario su sencillez colonial, habían establecido en las costumbres una especie de fraternidad provincialista, que no excluía sino antes bien mantenía sin resistencia una ordenada jerarquía de clases en la sociedad. Todos, ricos y pobres, chicos y grandes, plebe y señorío, en siendo blancos, que lo eran todos los naturales, por privilegio distintivo de raza y excluyente de colla, camba y portugués, se tuteaban o voseaban, según los casos, y como no mediase el óbce sumo de dignidad, saber o gobierno.

1885

De "Páginas escogidas" de Gabriel René Moreno, edición a cargo de Mariano Baptista Gumucio, H. Alcaldía de Santa Cruz, 1988.

POCAS CIUDADES SE PARECEN TANTO A ASUNCIÓN DEL PARAGUAY

Luigi Balzan

Después de recorrer 11 Km. de pampa, llegamos al Río Grande, al que vadeamos con el carro descargado. Las cajas fueron pasadas en *pelotas* o pieles de buey curtidas sobre las que se colocan los baúles levantando después las cuatro puntas. Un hombre o más, dependiendo de la condición del río, arrastra esta extraña barca. Dormimos en la margen izquierda. El día 14 dejamos el carro y recorrimos 37 Km. siguiendo la margen izquierda del río entre bosques. Vimos casas a menudo. Como todavía no había llovido, el polvo producido por el barro que deja el río cuando se desborda era para asfixiarse. Después de esos 37 Km., el camino gira al O y se atraviesa un bosque abundante en frutos silvestres para llegar a un punto llamado *pampa* donde hay algunas casas. Allí pasamos la noche. Estábamos sólo a 55 Km., de Santa Cruz, pero con pampas y bosque bajo delante. El día 15 a las 2:00 p.m., nos encontrábamos ya en la ciudad después de 31 días de viaje y 700 Km., de camino.

Me dirigí inmediatamente al consulado de España, encargado de la protección de los italianos; fui recibido muy cordialmente. Necesitaba con urgencia mis baúles pero no habían llegado todavía, si bien, según una segunda carta de mi encargado en La Paz, debían haberme llegado ¡hacía dos meses!...

Santa Cruz de la Sierra, ciudad capital del Departamento y sede del Prefecto y de un Obispo, contará hoy con 15.000 habitantes. Fue fundada en 1557 por Ñuflo de Chávez, que salió de Asunción del Paraguay con 300 españoles, en un lugar no muy distante del que hoy ocupa el pueblo de San José de Chiquitos, es decir, a 350 Km., al E., del sitio que hoy ocupa. Pero abusando los españoles de la docilidad de los indios chiquitos éstos se amotinaron y se aliaron con los chiriguano y mataron a algunos españoles. Fue entonces que el Virrey del Perú ordenó al Gobernador de Santa Cruz, Suárez de Figueroa, fundar una ciudad a mitad de camino entre Santa Cruz y Charcas para velar por la seguridad de la primera. Visitó entonces el lugar y encargó al capitán Holguín establecer la ciudad llamándola San Lorenzo de la Frontera en la planicie de Grigotá. Esto aconteció el 2 de octubre de 1592. La actual Santa Cruz dista 90 Km. de las últimas ramificaciones orientales de los Andes y está situada, según un autor que allí vi, a 17° 24' long., S y a 49° 41' 30" Lat. O. de Tenerife y a unos 450 msnm.

Creo que pocas ciudades se parecen tanto a Asunción del Paraguay, hasta en el terreno que es muy arenoso en ambas. El mercado es similar, excepto por el guaraní que aquí no se habla, las mismas mujeres envueltas en mantas o chales blancos sentadas en el suelo vendiendo montoncitos de mandioca, pocas frutas silvestres, algunos cigarros y otros. Lo que aquí abunda y falta en Paraguay son las *chicherías*, lugar donde se fabrica la bebida fermentada de maíz llamada *chicha* que gusta tanto a los del pueblo y a los cochabambinos quechuas que llegan con sus tropas de asnos y de mulas con mercaderías transportadas desde Cochabamba.

Las casas de Santa Cruz son casi todas de un piso con techo de teja. Hay algunas de dos pisos especialmente en la plaza y alrededores. La plaza, cuyo centro es un jardín de palmeras e inmensos árboles, es espaciosa. A un lado está la casa de la Prefectura (de dos pisos), el correo y la nueva Catedral con dos torres, que quién sabe cuándo la terminarán.

La antigua Catedral es un galpón indecente que sería mejor fuese demolido, como también el colegio nacional que se ubica al costado. Las calles no son empedradas y cuando llueve algunas de ellas se transforman en ríos. Para pasar de una acera a otra hay que valerse de gruesas tablas apoyadas en el suelo sobre las que es necesario caminar haciendo equilibrio. La iluminación pública es a base de petróleo.

El comercio de importación consiste en diversos géneros de consumo y el de exportación es el azúcar. En los alrededores existen trapiches o destilerías y se fabrica azúcar, buena y en gran cantidad. Ese [el azúcar] paga un pequeño derecho de exportación y es transportada a la ciudad a lomo de mula. Este artículo de exportación ha recibido un duro golpe por la importación de azúcar peruana; ahora sólo se busca en Santa Cruz aquella de calidad superior. Además, el gobierno, de esa manera, desatiende a los departamentos de Santa Cruz y Beni, donde no hay minas (todos los gobernantes bolivianos son mineros) y sólo se ocupa de abrir caminos hacia el Pacífico para transportar a la costa los productos de las minas.

En los últimos tiempos han surgido en esta zona plantaciones de café que crecen bastante bien. En una superficie de 10.000 varas cuadradas siembran mil plantas de café a una distancia de 3 varas entre ellas y cosechan, en promedio después de cinco años, 900 Kg. de café al año por cada 10.000 varas. El café es consumido en el lugar y exportado vía Corumbá y, a pesar de todo el costo que comporta el transporte desde ese punto, reporta buenas ganancias.

En Santa Cruz también se consume en grandes cantidades *guaraná* o pasta muy dura en panes cilíndricos hecha con la semilla de una planta que crece en el bajo Madeira y cuyo precio es bastante alto. Se ralla con una lima y se toma en agua con azúcar. ¡Es un buen estimulante!

A dos leguas de Santa Cruz fluye un riachuelo en un sitio llamado el Palmar (¡no vi palmeras!) donde van las familias en verano a tomar baños. A una y media legua al O corre el río Pirai sobre cuyos márgenes hay muchas chacras o cultivos.

Los cruceños de Santa Cruz son muy amables con los extranjeros y muy acogedores; mucho mejor que sus paisanos benianos que conocí. No olvidaré nunca las gentilezas de que fui objeto durante mi estadía en esa ciudad.

Pero yo tenía prisa por partir porque las lluvias eran continuas y temía que el camino que debía recorrer hasta Corumbá se volviese intransitable. Cada quince días recibía cartas desde La Paz en la cual se me comunicaba el envío de mis baúles y de una caja que me remitía al Museo de Génova; estaban allí desde hacía un año y medio, pero no llegaban. Decidí enviar yo mismo mulas para recogerlas en Cochabamba y de hecho, el 1 de enero de 1893, recibí, ¡finalmente mis cosas!... Había ya contratado cinco mulas y dos hombres para el viaje pagándoles caro debido a que la estación estaba ya avanzada.

Por fin, el 3 de enero, acompañado hasta las afueras de la ciudad por quince o veinte amigos entre los cuales estaba el Cónsul de España, a quien debo una muy gentil hospitalidad, partí hacia las 3.30 p.m.

Saliendo de Santa Cruz tanto para Mojos como para Chiquitos y Corumbá, se circula por un camino bastante ancho de 5 Km. de largo flanqueado de huertos hasta llegar de improviso a un lugar sin árboles llamado La Isla. Desde allí el camino es semejante al que hice viniendo de Mojos: pampas y bosque bajo. Se encuentran cañas y pequeñas estancias. A las 7.00 p.m., llegamos a un rancho llamado Itapají donde dormimos. La mañana del día 4 partimos con un viento frío del S y amenaza de lluvia. Se camina

al E entre pampas y bosquecillos. Dos leguas antes del río Grande se ingresa en un espeso bosque y se encuentran ranchos y cultivos. A la 1.30 p.m. llegamos a la margen izquierda del Río Grande, al cual debíamos vadear. Desde Santa Cruz habíamos recorrido 55 Km. El río estaba creciendo y se dividía en dos brazos con una isla en medio. Comenzaron a pasar los baúles en las pelotas, pero cuando tocó a las mulas, éstas cayeron y costó mucho a los hombres –a los *vaderos*- sacarlas del río. Yo mismo pasé en *pelota* hasta la isla, donde estuvimos obligados a cargar de nuevo a las mulas que cayeron nuevamente en el barro con los baúles. Después las descargamos y empezamos de nuevo con las *pelotas*.

En tanto, se había hecho de noche y una de las *pelotas* casi fue llevada por el río. Había salido la última a las 6:30 p.m., y yo esperé hasta las 10:30 p.m., solitario en el banco en medio del río, que saliese la Luna y me viniesen a recoger.

1894

Del Libro "A carretón y canoa", La aventura científica de Luigi Balzan por Sudamérica (1885-1893). Edición, estudio, notas y traducción del italiano por Clara López Beltrán.



Ejercicios de la Guardia Nacional, grabado de Manuel Lascano, 1888.

MEMORANDUM DIRIGIDO AL H. CONGRESO Y A LA NACIÓN SOBRE LAS VENTAJAS DEL FERROCARRIL ORIENTAL

Plácido Molina Mostajo, Ángel Sandoval Peña y José Benjamín Burela.

(Resumen)

Hoy que se va a debatir en el Congreso la construcción de vías férreas en la República, como único medio de sacar de la postración económica en que se encuentran las regiones del Oriente, encarrilándolas por el sendero del progreso, hemos creído oportuno hacernos presentes en el debate por medio de este Memorándum. Ciertamente es que tenemos el órgano regular de nuestros representantes que hemos enviado al Congreso para que aboguen por los intereses del Oriente y Noroeste de Bolivia; pero una larga y dolorosa experiencia de más o menos solidarios entre sí, no toman en cuenta los intereses y el bienestar general de la nación, y la mayoría parlamentaria del Occidente, ahoga las opiniones de la minoría del Oriente.

La fe y confianza en nuestros representantes, no nos falta; queremos sí dejar constancia de que sus opiniones en la cuestión ferrocarrilera son la genuina traducción de las aspiraciones de sus comitentes, basadas en la razón, la justicia y la convivencia nacional.

Nos dirigimos en particular a cada uno de los representantes nacionales; que nuestras opiniones no queden amuralladas en el estrecho recinto parlamentario; queremos que sean conocidas por toda la nación y dejar constancia oportuna de ellas.

Entremos en materia: Constituida la nacionalidad boliviana en el corazón de la América meridional en condiciones ventajosas, los pueblos que la forman, gravitan unos hacia la costa del Pacífico, y otros, hacia el Atlántico, por medio de sus arterias fluviales.

Los colonizadores españoles guiados, en esa época, por el incentivo del oro exclusivamente, se concretaron a poblar también exclusivamente, la región minera de los Andes. No tenían más ideal que extraer oro y plata; jamás pensaron en la colonización de los fertilísimos territorios de sus vastos dominios, por medio del establecimiento de colonias agrícolas, como lo hizo la raza sajona en Norteamérica.

Si desde las orillas del Plata, cruzando las pampas argentinas, o surcando aquel río y el Paraguay, llegaron a fundar centros de población al Sur y Este de Charcas, desde Montevideo y Buenos Aires, a lo largo de los ríos y a través de las pampas, no fue con el propósito firme de construir pueblos estables, sino caminos y postas para llegar más presto al famoso Potosí, a la región del vellocino de oro, lugar de sus ensueños.

La aberración española fue tal, que los habitantes de Buenos Aires fueron obligados a ir a Lima, para que pudieran proveerse de las mercaderías traídas de ultramar. Los barcos mercantes de viaje a Lima,

por el estrecho del Magallanes, hacían escala en Buenos Aires, al pasar por allí, pero les era prohibido desembarcar mercaderías, y los que las necesitaban tenían que andar 1.000 leguas más o menos a lomo de mula, para ir a buscarlas a los mercados de Lima. Esto era, algo así como el suplicio de tántalo para los desgraciados bonaerenses.

Los tiempos corrieron y, por sobre las trabas que imponía el gobierno de la metrópoli, las ciudades de Buenos Aires, Montevideo, Rosario, Córdoba y en general, todas las que gravitaban hacia la hoya de plata, dedicadas a la ganadería y agricultura, superaron en población y riqueza real a las ciudades mineras del Alto Perú, y llegaron a constituir un virreinato que sobrepujó al de Lima.

Hoy el libre comercio es libre; pero la ceguera de todos los gobiernos que se han sucedido en Bolivia no ha alcanzado a hacerles comprender que es indispensable, no sólo necesario, encarrillar las corrientes comerciales y económicas de la nación, por los senderos trazados e indicados por el dedo de la misma naturaleza.

Los pueblos andinos, más o menos próximos a las costas del Pacífico, que forman la mayoría de la nación boliviana y el centro dirigente de los destinos de la República, se han aferrado a ponerse en contacto con Europa, precisamente por el camino más largo, por el océano Pacífico, buscando el peligrosísimo paso del estrecho de Magallanes, y despreciando la fácil salida al Atlántico por el río Paraguay. Ellos tendrán sus razones; así estarán mejor encarrilados sus intereses. Sin embargo, nos parece y es evidente que, desde la desastrosa guerra del Pacífico, el pacto de tregua con Chile y los tratados celebrados con el Perú, Bolivia se ha convertido en tributaria de aquellas naciones, y sus mercados en factorías chileno-peruanas.

Comprendemos que esta situación insoportable de vasallaje comercial sea resultante por la fatalidad de los acontecimientos internacionales desfavorables a Bolivia. Pero no llegamos a comprender por qué los gobiernos, desde la pérdida del Litoral, no facilitaron la única salida natural que le quedaba a Bolivia: el Atlántico por la vía del Paraguay.

Si así lo hubieran efectuado no estaría hoy la nación tan exangüe, porque es indudable que una vez establecidas las corrientes comerciales por el Plata, libres de todo tutelaje, habrían compensado ventajosamente a las que se acababan de perder por el Pacífico y contrarrestando las condiciones impuestas por el vencedor al comercio de Bolivia.

Además, si los gobiernos anteriores a la desastrosa guerra de que hablamos, hubiesen tenido miradas más vastas, dirigiendo la vista hacia el Oriente, y hubiesen buscado una salida por el río Paraguay, Chile no hubiera podido imponer condiciones desventajosas a Bolivia, quizás ésta hubiera sido la vencedora, y el país se encontraría al presente, en un estado de prosperidad y grandeza envidiable; pero desgraciadamente; los hombres que han dirigido los destinos de la República, con poquísimas excepciones, han sido muy miopes, por no decir otra cosa, y todos ellos de la privilegiada raza del altiplano!...

Cierto es que Chile, mediante una fementida política, mantuvo adormecidos a los bolivianos por más de 20 años, haciéndoles entrever la posibilidad de obtener el Litoral, o por lo menos uno de sus puertos; pero después de que en 1890 el ministro de los chilenos don Abraham König, declaró terminantemente que el gobierno de La Moneda no entregaría a Bolivia ni un palmo de costa en el Pacífico, se han seguido idénticas declaraciones oficiales y extraoficiales que definen claramente al pensamiento de Chile. El gobierno de Bolivia ha debido persuadirse de que al Pacífico sólo podemos salir arrastrados por el carro triunfal del vencedor.

La ceguera o la ilusión ha debido desvanecerse ya, y volver las miradas hacia el Atlántico. Todo lo que llevamos expuesto lo deben saber muy bien y comprenderlo mejor que nosotros los estadistas del interior que dirigen los destinos de Bolivia; quienes en discursos y escritos hacen las más bellas apologías de la grandeza que le espera a Bolivia por el Oriente. Pero por desgracia no pasan de palabras y frases deslumbrantes; y nosotros los orientales, no comprendemos tamaña aberración; por qué no se llevan a la práctica lo que se piensa, se habla y se escribe; por qué tanta pequeñez de miras; por qué no se reúnen y analizan los elementos étnicos de la nación para que todos contribuyan aunados a su engrandecimiento; por qué no se buscan las fuentes de riqueza del oriente para que contribuyan al desarrollo y progreso de la industria, del comercio y al bienestar general de la república entera.

No han sido, por cierto, nuestros connacionales, sino los hombres prominentes de otras naciones que ven las cosas claras, sin la miopía y ofuscamiento egoísta que padecen nuestros compatriotas del altiplano, metidos entre las escabrosidades de sus breñas. Hoy mismo, con mayor razón, los extranjeros admiran la política antinacional que desenvuelven los gobiernos, al verlos empecinados en soportar y sostener la subyugación a Chile. Repetimos que esta política, desde que la sostiene, debe convenir quizás a los pueblos de la región andina; pero es absurdo, incomprensible, inexplicable, querer abarcar, arrastrar en esa política esclavizadora a los pueblos del Oriente y Noroeste de Bolivia. Esto equivale a querer contrariar las leyes invariables de la naturaleza; y, sin embargo, ya están contrariadas.

Nada significaría el plan de esa política, y más bien merecería todo aplauso si ella estuviera encaminada a producir un beneficio de prosperidad nacional. Pero vemos, estamos palpando, que es todo lo contrario: la ruina de la nación y particularmente la de una de sus más ricas regiones, nos referimos a los departamentos de Santa Cruz y Beni, demuestra claramente que los que dirigen los destinos de la República o son unos egoístas recalcitrantes, o no comprenden sus verdaderos intereses, ni los del país en general. Quizás no sean extraños a esta ruina los departamentos de Chuquisaca, Cochabamba y Tarija.

La ruina industrial y económica de Santa Cruz comenzó con la llegada de la primera locomotora a Oruro. Cochabamba comprendió que debía ser copárticpe de esa ruina.

Presintiendo su inminente mal, los cochabambinos fueron los primeros en atacar y oponerse a la construcción del ferrocarril de Antofagasta a Oruro, por juzgarlo a más de contrario a los intereses económicos de Bolivia, atentatorio a su soberanía.

Hoy parece que los cochabambinos han cambiado de opinión totalmente; ansían y piden la prolongación del ferrocarril de Oruro a Cochabamba. Estarían equivocados antes, y hoy piensan todo lo contrario. Podrá convenirles sin duda; pero, lo que es a nosotros los cruceños, no nos conviene de ninguna manera esa prolongación, si no se gravan con un fuerte impuesto los productos similares extranjeros, a fin de proteger los del país. Con el sistema económico absurdo que siguen nuestros gobiernos, estamos persuadidos de que el día en que llegue el ferrocarril a Cochabamba empezará Santa Cruz a agonizar lentamente, o por lo menos a vivir una vida artificial a expensas de extraños elementos aniquiladores de los propios.

Los intereses del Oriente y Noroeste de Bolivia no están en pugna con los de Occidente; por el contrario, son armónicos y solidarios. Los pueblos del interior son los mercados obligados y naturales de los productos del Oriente, que no tienen allí competidores, sino en los similares extranjeros de Chile y Perú, a quienes los gobiernos, por medio de inconsultos pactos internacionales, han concedido privilegios y franquicias tales que han expatriado de las plazas del interior a los artículos nacionales de Santa Cruz.

El error de los pactos internacionales ha debido corregirse mediante un plan de vialidad que contrarreste la invasión avasalladora de los similares extranjeros. Favorecer el desarrollo industrial del país; procurar que consuma sus propios productos antes de los extranjeros, son las más rudimentarias y primordiales reglas de un buen gobierno.

Por sarcasmo, se menciona el ferrocarril del Oriente en el último lugar.

Ahora que Bolivia cuenta con un fondo regular destinado a garantizar los capitales invertidos en la construcción de vías férreas, atraerá, como es natural, la concurrencia de empresarios europeos.

Hemos dicho unos cuantos egoístas, porque no todos los hijos de la altiplanicie pretenden el aniquilamiento del Oriente, no; los hombres de talento de ideas nobles y elevadas, que desean el verdadero engrandecimiento de Bolivia, esos son partidarios del ferrocarril oriental, porque comprenden que de este modo se utilizarán las riquezas naturales del Oriente, que por falta de vías de comunicación no concurren al desarrollo de la industria y que puestas en explotación contribuirán al adelanto económico y político de la República. Es preciso hacer justicia, uno de esos talentos avanzados es el señor Manuel Vicente Ballivián, que desde hace algunos años viene trabajando y continúa en su tarea por la realización del ferrocarril oriental.

Colocados nosotros lejos de ese ambiente en que entran en pugna las inmoderadas pretensiones y la descarada codicia, al calor de mayores o menores influjos políticos y de prepotencia regionalista (maldito regionalismo), juzgamos que ese producto de la cesión del Acre, región perdida quizás por imprevisión administrativa, no debe emplearse en ferrocarriles onerosos y de puro lujo, máxime si ellos van a sojuzgar a Bolivia, colocándola bajo el influjo de Chile, tanto en lo económico, industrial y comercial, como en lo político y militar, y lo peor de todo, dando el golpe de muerte al Oriente y Noroeste, encadenándolos al Pacífico cuando su libertad y porvenir están al lado del Atlántico.

Los ánimos se sublevan ciertamente al considerar que se pretende contrariar las leyes de la naturaleza cerrando los ojos para no ver lo que más conviene a los intereses económicos y políticos de la nación y desechar las rutas naturales trazadas a Bolivia por el dedo de la Providencia.

Ansiamos que los pueblos del interior prosperen grandemente; la prosperidad y el engrandecimiento de La Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí y Tarija será la prosperidad y el engrandecimiento de Bolivia y el orgullo de los cruceños, queremos sí, que no se sacrifique a Santa Cruz y el Beni, y esto importa la realización del estrecho ferrocarrilero prohijado en las esferas oficiales. Creemos que no habrá un solo representante oriental que consagre con su voto el aniquilamiento del Oriente.

La oposición a ese plan ferrocarrilero no debéis vosotros representantes nacionales, interpretarla como animosidad prevenida, sino como la expresión desesperada del que teniendo derecho a la vida, se ve condenado a morir de asfixia; como repulsa a una política antinacional o como el instinto de conservación; pero jamás como pretensión lugareña infundada.

Juzgamos con evidente convicción, como lo han juzgado los grandes estadistas bolivianos y extranjeros, que el único ferrocarril verdaderamente nacional por sus ventajas económicas, es el que arranque del río Paraguay o del Pilcomayo, pase por Santa Cruz y remate en Cochabamba o Sucre, desde donde pueden extenderse los ramales que se quieran.

Unir el Oriente con el Occidente, salir al Atlántico para contrarrestar la influencia del Pacífico, hoy en manos de Chile, salir así del ominoso tutelaje de esa nación absorcionista, esa es evidentemente la política nacional, racional y unificadora que sin ser estadistas, vemos que el sentido común proclama a voces.

Con las segregaciones de Cobija y el Acre, Bolivia bajo el punto de vista etnográfico, ha quedado purificada y reducida a sus factores afines; pero geográficamente ha quedado encerrada entre sus breñas y selvas.

De esta situación apremiante y desesperada es de donde ha surgido la cuestión de abrirse paso a los mercados extranjeros y poner a Bolivia en contacto con el viejo mundo como condición esencial para definir su existencia de nación autónoma.

A propósito de este asunto de vital y trascendental importancia es que ha nacido la diversidad de opiniones respecto al rumbo que se debe dar a la vialidad ferroviaria que se pretende establecer.

Pero en realidad son dos solamente las opiniones encontradas: la de los pueblos occidentales de la región andina, partidarios de la construcción de líneas férreas como apéndices de las líneas extranjeras de Antofagasta y Puno; y la de los pueblos del Oriente y Noroeste de Bolivia que gravitan hacia las hoyas platense y amazónica, como partidarios de la vía férrea que remate en los ríos Paraguay o Pilcomayo, afluente de aquel, porque esta vía siempre será libre de toda tutela extranjera. Advertimos sí, que al decir pueblos tomamos la palabra en el sentido de la mayoría numérica, puesto que en el interior hay cabezas pensantes decididas por la conveniencia del ferrocarril oriental.

Como del plan ferrocarrilero que adopte el Gobierno y las Cámaras Legislativas pende el porvenir económico y político de Bolivia, con todas sus trascendentales emergencias, prósperas y atrasadas, es que nos permitimos condensar en este manifiesto las ventajas que aportaría el Ferrocarril de Oriente a Occidente, en lugar del plan inverso que germina en los pueblos del interior.

Los productos de Chile y Perú hacen competencia desventajosa a los productos de Santa Cruz; facilitar más los medios de transporte a los productos extranjeros y obstruir los del país, es cometer un absurdo económico y político, es matar a uno de los pueblos que componen la nacionalidad boliviana, es amputar un miembro a ese cuerpo social que se llama Bolivia. Quizá nuestros compatriotas nos juzgan como un factor insignificante en el concierto de la República, como miembros de poca importancia en ese cuerpo social, ¡pero se equivocan!

El ferrocarril oriental es económicamente el más barato, aunque el vulgo no lo comprenda así porque dará vida a un extenso territorio, y desarrollará nuevas industrias, que hoy no pueden tomar incremento por falta de medios de transporte. Ese desarrollo industrial y comercial será inmenso, por las condiciones productoras de los territorios orientales y ese inmenso desarrollo beneficiará grandemente a la nación entera, pero ese fenómeno económico no quieren comprender porque no se trata de beneficiar a la República, sino a unos cuantos paniaguados.

...De lo expuesto anteriormente resulta que el Oriente ocupa una extensión de territorio muy superior a la que ocupa el Occidente, pero muy despoblada, razón demás que tratar de poblarla y hacerla dar productos, mediante la construcción de ferrocarriles.

Resulta también que los intereses territoriales de los departamentos de Chuquisaca y Tarija son solidarios con los de Santa Cruz y Beni, en cuanto a los beneficios que deben esperar del ferrocarril oriental, sin lugar a la menor duda. Los productos del Oriente pueden dividirse en dos clases: naturales e industriales.

Ventajas políticas

Acabamos de hablar del ultraje inferido por el Paraguay a Bolivia hace 15 años más o menos. El invasor quedó impune, por la dificultad en que se vio el gobierno de no poder enviar tropas oportunamente por falta de ¡camino!; en esos 15 años se han sucedido cinco mandatarios, cada uno de éstos rodeado de cuatro o cinco ministros que aspiran al título de estadistas. Todos ellos acompañados de Congresos compuestos de numerosos representantes que aspiran al dictado de representantes nacionales. Pero entre tantísimos varones ilustres y pensadores, padres de la patria, no han podido comprender la causa del desastre, a pesar de que la pérdida del Acre ha debido removerles el cerebro para obligarlos a pensar y esa causa: caminos, continúa en el mismo estado. La voz de los representantes orientales que pide ferrocarriles para el bien de toda la República, es ahogada hoy como antes por la mayoría de la representación Occidental.

El ferrocarril oriental es de grandísima importancia política para los asuntos internacionales de Bolivia. No debíamos decirlo, porque esa idea debía suponerse que está en la conciencia de todos los bolivianos; pero no sucede así, el provincialismo anula u ofusca las ideas de bienestar general de nuestros compatriotas del Occidente, y no les permite ver el más allá del porvenir.

El ferrocarril oriental pondrá coto a los avances y pretensiones del Paraguay, permitirá la población de vastos territorios despoblados y ese aumento de población dará más importancia política a la República ante los demás Estados. El ferrocarril oriental pondrá en manos del Gobierno a los pueblos orientales, tan alejados hoy de su acción. Por último, el ferrocarril oriental, al poner a Bolivia en contacto más inmediato con las repúblicas del Brasil, Paraguay, Argentina y Uruguay establecerá el equilibrio internacional de nuestro país, por el estrechamiento de sus relaciones con los Estados vecinos.

Conclusión

Creemos que ya se ha demostrado suficientemente la importancia del ferrocarril oriental. Lo demás es cansar a nuestros lectores.

No son los departamentos de Beni y Santa Cruz los únicos que constituyen el Oriente boliviano, también forman parte de él los de Chuquisaca y Tarija. Si las autoridades de esos departamentos no han colaborado a los nuestros, serán responsables de sus actos ante la posteridad, como deben serlo también todos los que apoyen la construcción de ferrocarriles en el Occidente.

No hacemos una amenaza subversiva, muy lejos estamos de agregar más desgracias a nuestra desgraciada República. Los hechos se encargarán de comprobar nuestras afirmaciones cuando el mal no tenga remedio. Cuando Bolivia agonice víctima de la política absorcionista de Chile y aún de Perú. No será suficiente la vida de unos cuantos egoístas para pagar las miserias y desventuras de nuestra pobre patria. No lo deseamos, pero tememos y prevemos que pueden cumplirse nuestros vaticinios.

No pedimos a nuestros compatriotas que nos traigan el progreso, como ha dicho un escritor sin sentido común. Tal vez ellos necesitan más de ese progreso que nosotros; el progreso vendrá paulatinamente, nosotros lo obtendremos con nuestro esfuerzo.

Pedimos ferrocarril porque tenemos derecho a pedirlo, no para beneficio del Oriente, sino para el bienestar general de la República, porque nuestra conciencia y buena fe nos obliga a demostrar la verdad, descorriendo el velo provincialista que cubre los ojos de nuestros compatriotas del Occidente.

1904.

“Hitos del acontecer cruceño”, Ángel Sandoval Ribera, Talleres Gráficos de imprenta Landívar. Santa Cruz, 2006.



El buey caballo o cabestro



El buey caballo o cabestro



Carretones vadeando el río Piráí



Carretas procedentes de Puerto Suárez, frontera con Brasil a 500 km.

ES LA CIUDAD MÁS APARTADA DE LA CULTURA Y LAS VIAS DE COMUNICACIÓN

Theodor Herzog

En las semanas siguientes tuvimos muchísimas oportunidades para familiarizarnos con la ciudad y sus peculiaridades. Por eso quiero intentar retener lo más importante con algunas pinceladas y así transmitirlo al lector. Santa Cruz de la Sierra es la ciudad de Sudamérica más apartada de la cultura y las vías de comunicación. Encerrada por todos los lados por selvas casi deshabitadas, llanuras y montañas, sólo es alcanzada por las últimas olas procedentes de altar mar del gran mundo, las mismas que llegan con golpe cansado hasta su lejana orilla. Una carta de Europa necesita no menos de 7 semanas, de las cuales casi 4 corresponden al penoso viaje del correo a caballo atravesando la cordillera de Bolivia. Una conexión por la ruta seguida por nosotros podría ser bajo ciertas circunstancias más corta pero prácticamente no tiene ningún valor, por no presentar suficiente seguridad en la época de lluvia por los niveles de agua cambiantes en la parte superior del río Paraguay y las dificultades del camino entre Puerto Suárez y el Río Grande. Uno se puede imaginar lo que semejante aislamiento conlleva para Santa Cruz. Intentemos imaginarnos un país más grande que Alemania entremezclado en todas sus partes con elementos europeos, pero que sólo puede llamar suya una única máquina de vapor. Imaginémos una ciudad donde los vidrios se cuentan entre los objetos de mayor lujo, sencillamente porque casi todo el vidrio se quebró durante el largo transporte. Una ciudad que cuenta con un importante comercio de exportación e importación pero realizado exclusivamente a lomo de mulas o con el eje de lentos carretones de mulas; un país sin trenes, puentes, transbordadores o barcos.

Pero esta ciudad Santa Cruz tiene un obispo y varias iglesias, tiene guarnición militar y policial, posee una plaza de una limpieza impecable con un quiosco de música donde toca una banda militar. Tiene más de una docena de bandas de música. Cuenta con una universidad con todas las facultades –sin embargo con muy pocos profesores y alumnos–, un hospicio de franciscanos, una prefectura y en la planta baja de su “palacete”, de una blancura resplandeciente y adornado con exuberantes columnas, hay una oficina de correos, donde se consiguen estampillas dos veces por semana y una oficina de telégrafos, que puede ser usada de vez en cuando. Se vanagloria de tener una farmacia con verdaderos precios de farmacia, atendida por su dueño, el simpático don Pedro Ramírez en cuya mente giran las ideas científicas más audaces. Tres grandes casas de comercio alemanas se hacen una dura competencia y un cónsul alemán que se desempeña como tal en su oficina rodeada de viñedos (sic).

Más importante aún es el comercio de importación del oriente de Bolivia. Sin embargo, nos causa extrañeza que todos los productos europeos lleguen hasta aquí en la forma primitiva anteriormente indicada, cargados en mulas o bueyes o arrastrados cientos de kilómetros por carretas llenas hasta el borde. A pesar de ello las casas de comercio de Santa Cruz contienen todo lo que se puede anhelar. Durante mi estadía llegó incluso una caravana de mulas con enormes cajas de sombreros de las cuales surgieron, para encanto de las cruceñas, lujosos sombreros de mujer según la última moda parisina. Con objetos de esta clase se hacen buenos negocios porque hay muchos compradores solventes en Santa Cruz. Y si el comerciante no recibe dinero, obtiene a cambio caucho o cueros u otros productos

naturales como arroz, cacao, maíz o café o un par de animales de tiro o de carga; en otras palabras, en Santa Cruz se hacen grandes fortunas. Es increíble todo lo que se puede obtener en Santa Cruz.

Casi cada familia distinguida posee un piano, lo que disgusta a toda la vecindad. Pero este piano ha llegado acá pieza por pieza, cargado en mulas por las sendas peligrosas de la cordillera, y ha sido armado en el lugar. Que no se hubiera importado también un afinador de pianos y se le hubiera fijado un sueldo anual es lamentable pero comprensible, ya que los cruceños de pura cepa no se molestan ni con la música más desafinada. Resulta más fácil importar instrumentos de metal que pianos, y así vemos que las bandas de música están abundantemente equipadas con los mismos. Está claro que se debe importar también las correspondientes notas musicales. No es fácil formarse una idea de todo lo que importa un país que carece totalmente de industria. En resumen podría decirse: todo. Pero así no hemos avanzado mucho porque los menos se dan cuenta exacta de lo que esto significa.

Ingresemos en una casa comercial. Vestidos, camisas, cuellos, sombreros, zapatos, bastones, paraguas, joyas, cuadros, armas, municiones, mobiliario, escupideros e implementos de tinta, sombreros de copa y corbatas, libros de copias y libros de contabilidad, bañeras, bañadores, herramientas, clavos, serruchos, vasos, mostaza y conservas, vino del Rhin y Bordeaux, aguardientes y licores caros, espejos, cuchillos, pañuelos de cabeza, rosarios, etc., hasta la infinidad. Todo esto se halla en las casas de comercio de Santa Cruz. Sólo resta imaginarse que estos objetos han viajado durante semanas por la alta cordillera o han andado durante meses por el terreno pantanoso de la selva chiquitana para entender lo fantástico que nos pareció encontrar aquí, en el fin del mundo, semejante aglomeración de productos europeos.

Por las gradas de la calle Florida cubiertas de verdura y fruta, es decir, en el mercado de la ciudad, fluye incesantemente una corriente de figuras llenas de colorido, orgullosos españoles con cuerpos macilentos, cholos sucios (mestizos) con sus ponchos y sombreros de ala ancha e indios cobrizos. También cabalgan arrieros y gauchos (sic) vestidos de forma vistosa en mulas y caballos y se apean frente a una casa con una bandera blanca desplegada, para probar la chicha, la popular bebida nacional. Por allí se balancea una caravana interminable de carretones con techo de cuero; cada carretón es tirado por una yunta de cuatro o cinco bueyes, avanzando por la arena profunda de las calles. O también trota una caravana de mulas proveniente de la cordillera con alegre campanileo y con el traqueteo de las cajas que son transportadas hacia la plaza, para descargar su cargamento delante de una de las grandes casas de comercio.

Enceguecedor brilla el Sol sobre los múltiples colores, de modo que preferimos observar las imágenes desde la sombra de las veredas techadas, agradecidos de encontrar protección de los rayos ardientes debajo de los aleros de las casas que son sostenidos por horcones. Todas las calles de Santa Cruz cuentan con estas veredas techadas, las mismas que se encuentran a medio metro de altura y que están unidas a la calle por una grada. Estas veredas techadas rodean las manzanas y permiten en la época de lluvias, cuando las calles se transforman en arroyos, pasar con el pie seco sobre la gran masa de agua. El cruce en las esquinas se hace posible gracias a los tarugos de madera que han sido fijados en la arena y que se elevan un pie de altura sobre el suelo. Pero el visitante hace bien en ejercitarse en este arte en la época seca, porque no es sencillo cruzar estos pasajes, sobre todo de noche, debido a la ausencia completa de iluminación en las calles.

Las hileras de casas forman cuadrados de aproximadamente 100 metros de largo por lado y son generalmente de una planta. El techo poco inclinado está cubierto de tejas huecas; y las oscuras tejas sucias están frecuentemente adornadas por gráciles cactus en forma de columnas o víboras con flores

de color rojo fuego y florecillas grises. La entrada de la casa lleva casi siempre al “salón”, a la sala atravesada por una gran hamaca que cuelga transversal en el cuarto y donde innumerables sillas, colocadas a lo largo de las paredes, esperan al visitante. Las demás habitaciones, también con piso de ladrillo, están dispuestas alrededor de un patio o jardín con árboles, en cuyo verde intenso brilla el color dorado de las naranjas. Basta una mirada a la sala, donde se encuentra amontonada la fruta a un metro de altura, para darse cuenta de la generosidad de este árbol poco pretencioso. Con el mayor placer disfrutamos de la fruta barata, que nos ha tenido que ayudar varias veces a calmar la sed, porque a uno le cuesta animarse a tomar el agua maloliente de las tinajas de barro.

En cada patio hay una cisterna además de varias tinajas elevadas enterradas, de donde se recoge el agua adquirida por barriles durante la época seca. Esta agua proviene de un pozo abierto delante de la ciudad, donde se llenan los barriles que luego son cargados en carretones de bueyes, para ser vendidos por las calles de la ciudad. Esta agua turbia y barrosa es vaciada por baldadas en las tinajas, en las cuales el agua clarea en el transcurso del día al asentarse los componentes sólidos. Lamentablemente no desaparece el gusto putrefacto, producido por la descomposición de numerosas mezclas orgánicas, ni siquiera al hervirla, y después de pocos días pululan en el agua las larvas de mosquitos, de las que se elevan después de una semana los molestos insectos que llenan el patio y la casa con su canto infernal.

Entre los demás animales “domésticos” se destaca el “chulupi” (*Blatta americana*) por su increíble apego. Este ser asqueroso habita por miles y miles todos los espacios huecos entre las vigas y el techo y todos los huecos de las paredes, de modo que en las noches, cuando entramos con una luz en los cuartos, todo cruje por las cucarachas que corren y revolotean, como si el viento llevara una nube de hojas secas por la habitación. Nos dedicamos a lavar las paredes con soluciones de sublimado y carbol, además de azufre y colocamos pedazos de masa envenenados, pero nada fue efectivo contra esta terrible plaga. Simplemente se retiraban debajo de las tejas huecas del techo y aparecían después de pocos días en una edición multiplicada, así que finalmente tuvimos que rendir las armas. También teníamos una gran cantidad de moscas debido seguramente al establo de mulas, que quedaba en un rincón del patio. Si a esto se añade el espantoso polvo que penetraba en la época seca a través de las ventanas sin vidrios, hemos concluido en grandes rasgos con las molestias.

Por lo demás, se vive bastante bien en Santa Cruz y cuando más adelante regresábamos de nuestras agotadoras expediciones a nuestro “hogar”, nos parecía cada vez como que si comenzara para nosotros una vida llena de tranquilidad y placeres poco comunes. Con el tiempo uno se vuelve modesto en sus exigencias.

En lo que se refiere a la comida no nos iba mal. Debido a que la carne en Santa Cruz era increíblemente barata y de excelente calidad, podíamos darnos el gusto de servimos un copioso desayuno inglés, y recuperábamos durante el descanso en abundancia lo que habíamos prescindido durante el viaje. Considero esto extraordinariamente importante y estoy convencido de que puedo atribuir esta forma de vida nacional al excelente estado de salud del que gocé durante todo el viaje. El hecho de que contáramos también con alcohol en forma de un buen vino tinto francés no necesita de ninguna disculpa, si le atribuimos un cierto aunque modesto rol en lo que a nuestros medios de recuperación se refiere. Un disfrute moderado de bebidas alcohólicas no sólo no tenía malas consecuencias sino más bien tenía un efecto estimulante y benéfico en nuestros órganos de digestión, puestos a prueba con el agua mal ay la alimentación primitiva. Por la experiencia adquirida puedo recomendar con la mejor de las conciencias el disfrute moderado de bebidas alcohólicas en viajes tan agotadores.

Una rociada fría en la mañana y una siesta durante las horas más calurosas del día en una hamaca mecedora, completaban los placeres materiales del día. El descanso nocturno en una cama de campaña cuidadosamente protegido por un mosquitero era fortaleciente, porque las habitaciones permanecían relativamente frescas cuando se mantenían cerradas las contraventanas durante el día.

En la población de Santa Cruz resalta fuertemente el tipo español pero la larga consanguinidad ha tenido un efecto poco ventajoso. Y algún que otro cruceño, orgulloso de su ascendencia pura, puede estar contento si por sus venas corre un poco de sangre indígena. Porque lo que se refiere al carácter y la complexión del cuerpo, los despreciados "cambas" son superiores a los españoles de pura raza. Pero al parecer la mejor mezcla resulta del cruce de los españoles asentados aquí con otras naciones europeas, de modo que uno se encuentra a veces con ejemplares magníficos de este origen. El cruceño es en general de complexión débil, tiene una debilidad de carácter sin igual, es tremendamente vanidoso. También en el sexo femenino no se encuentran con tanta frecuencia verdaderas bellezas como lo afirma la fama, las mismas que se marchitan tan rápido como la amapola en el Sol. También se puede interpretar como un signo de la degeneración general la caída tremendamente prematura de los dientes incisivos, lo que deforma incluso una cara bonita. El hecho de empolvarse y maquillarse sin cuidado no mejora la cosa, de modo que no puedo afirmar que me haya impresionado especialmente la tan elogiada belleza de las cruceñas. Con demasiada frecuencia uno se encuentra con los rasgos marchitos y flácidos que caracterizan entre nosotros al mundo de la galantería.

De los 14.000 habitantes de la ciudad corresponden, según datos oficiales, alrededor de 9.000 al sexo femenino y 5.000 al sexo masculino, una relación que se ha desplazado en forma no natural, y que influye de una manera sumamente desfavorable en la moral. Este hecho peculiar ha sido fundamentado muy poco interiormente, porque la falta de hombres se debe en gran parte al éxodo de trabajadores jóvenes a los distritos del caucho (gomales), hecho que está acompañado por consecuencias profundas, porque sólo pocos logran regresar a casa de esas zonas contaminadas de fiebres. Agentes inescrupulosos se dedican a contratar gente con medios reprochables dedicándose incluso a la cacería sistemática de hombres jóvenes. Incluso hoy en día existe, aunque sea negado por la mayoría, un terrible tráfico de esclavos apoyado a veces secretamente por los militares y la policía, y uno que otro muchacho ha desaparecido en la noche sin dejar rastro para terminar su corta vida en los gomales del Beni o del Acre. Pues cada uno sabe que se pagan 1.000 bolivianos al contado por un peón, y algún que otro oscuro hombre de honor ha sabido adquirir fortuna de este modo. Nadie levanta siquiera la mano en contra de esto ya que uno le teme al otro, porque casi siempre sería posible volcar la denuncia contra el demandante. Pero la clase afectada, los pobres, o tienen muy poco poder o poco carácter para defenderse contra la injusticia sufrida. Nadie puede levantarse solo contra un poderoso y, si quisiera encontrar cómplices, correría el peligro de ser traicionado por los parientes más cercanos por una mezquina suma de dinero. Esta falta de carácter tan servil es uno de los capítulos más turbios de la vida en Santa Cruz.

1908.

En *Zotschrift fur vergleichende Erdkunde*, vol. 2, N° 12. Magdeburth, 1842. Traducción: Mario Arrien. Citado por Alcides Parejas Moreno.

VIAJES POR SANTA CRUZ

Ciro Bayo y Seguro

A todo esto no veía el momento de ponerme en marcha para el remoto Beni. El medio más rápido de hacer este viaje desde Santa Cruz es a bordo de uno de tantos vaporcitos de la flota cruceña, anclada en el puerto fluvial de *Cuatro Ojos*, así llamada la junta de los ríos Pirai y Río Grande, que, reunidos, forman el Guapay, afluente del caudaloso Mamoré, cerca del pueblo de Loreto, en Mojos.

A este puerto de *Cuatro Ojos* hay que ir desde Santa Cruz en cabalgadura. Lo peor no son los barriales y la distancia del camino, sino que como la partida del vapor no tiene día fijo, uno se expone a hacer larga cuarentena en el puerto esperando la creciente del río, o que el vapor complete la carga, o que haga acopio de leña, que es el combustible de a bordo. Cuarentena que, aparte la impaciencia del viajero, es muy dura de pelar en *Cuatro Ojos* a causa de las molestas sabandijas que infestan el paraje y del carísimo hospedaje que aguarda al que tiene necesidad de alojarse en cualquiera de los ranchos habilitados para el caso.

Por todo esto y por lo carísimo del pasaje a bordo —cerca de 200 bolivianos, para no comer, sino *majado* y dormir sobre cubierta en la hamaca, de que hay que ir provisto—, preferí la vía Guarayos-San Miguel, a salir al Mamoré por el Iténez, que con ser más larga es mucho más amena e interesante.

Setenta leguas son una semana de viaje cuando se hacen por poblado y por camino real, a caballo o en diligencia; pero resultan las siete semanas de Daniel cuando han de acometerse a través de una comarca casi despoblada de “cristianos”, aunque poblada de indios bárbaros, de tigres, víboras, sabandijas, de pantanos y de todos los inconvenientes imaginables.

No hay que decir que para semejante excursión hay que *tapequearse*, esto es, proporcionarse avíos de viaje, y particularmente hacerse de una buena cabalgadura. En mis largos viajes por América he comprendido la conveniencia de ir de “escotero” o a la ligera, con la menor impedimenta posible, puesto que así uno es dueño de sus acciones y de saborear los accidentes de la marcha. Si uno puede hacerse de un mozo o criado, mejor que mejor.

Por tanto, terciando una buena tercerola Winchester de nueve tiros (que allí llegan a valer hasta 100 bolivianos), salí resueltamente de Santa Cruz de la Sierra a primeros de marzo de 1896, en compañía de un suizo a quien sus negocios llevaban también al Beni, y que hacía este viaje por cuarta o quinta vez. Los dos íbamos montados en sendas mulas, preferibles al caballo por su sobriedad, seguro paso e instinto viajero.

Este suizo era un relojero de profesión —ginebrino para más propiedad—, avecindado muchos años en Santa Cruz, donde había dado su parte de contingente a la población del país con su cruce con una chola, y que, como tantos europeos en América, dejando su natural profesión, se dedicaba ahora a la fabricación de licores que esperándole estaban en Yotaú de Guarayos para ir con su dueño a envenenar Mojos y el Beni. Baste decir que su alcohol era de 40 grados, un amílico infernal que compran a subido precio en estas regiones.

En el Hospicio de Padres Franciscanos de Santa Cruz dejé mi pequeño equipaje, fraccionado en bultos de a dos arrobas cada uno, de manera que fácilmente pudieran ser transportados a las Misiones por los neófitos guarayos que con frecuencia van y vienen de sus pueblos a la receptoría de la capital.

Nuestra primera jornada hasta Río Grande no ofreció nada de particular. Anduvimos al lento paso de las mulas por los llanos que circundan la capital, siguiendo un camino arenoso trillado por las enormes carretas cruceñas, conductoras de granos, pieles, zurroneos de azúcar, de sal, y muy especialmente de la jugosa caña dulce.

Estas carretas se diferencian un tanto de las que he visto en las pampas argentinas y en Tucumán. A pesar de estar hechas de madera muy liviana, soportando un camarote de cuero de buey sin curtir, resultan pesadísimas por las dos ruedas de madera, de una pieza, a manera de ruedas de molino, gruesas por el centro y adelgazadas en los bordes para cortar la arena y el barro del camino con relativa facilidad. En la estación lluviosa da lástima ver a los pobres bueyes esforzándose en sacar de los baches y atolladeros de un camino que nadie cuida, los pesados armatostes.

Algunos ranchos y chacras alegran el paisaje hasta las orillas del Río Grande, río de bastante anchura y de tanto caudal, que el día que lo avistamos daba miedo con las enormes olas de agua turbia que el viento amontonaba en su superficie.

Ni qué decir tiene que ni allí ni en otra parte había puente para pasar a la otra orilla; así, que sin esperar el milagro del mar Rojo ni haber de vacilar entre el vado o el puente, no hubo más remedio que aceptar los servicios de un vadero que en tal punto se nos ofreció a *pelotearnos* hasta la otra orilla.

Bajamos de las mulas, y dejándolas sólo el cabestro y ronzal, liamos las monturas con cinchas y frenos, preparándonos a meternos con estos adminículos en la pelota.

Cuando el viajero llega a orillas de estos ríos que Dios se ha olvidado de hacer pasar junto a las grandes ciudades, al contrario de lo que aseguraba un fraile predicador, inconveniente con que se tropieza lo mismo en Bolivia que en otras repúblicas australes, entonces, a falta de puentes y de barcas, hay que valerse de la pelota.

Así se llama un cuero de buey con los extremos abarquillados hacia la parte de adentro y sujetos con tiras o correas para que el cuero tome la forma de pelota. De ahí el nombre. Metido en este cuero se pasan los ríos muy cómodamente con dos o más cargas de bastante peso. Hay que tener especial cuidado de no moverse del sitio donde uno está sentado mientras dura la travesía, porque cualquier movimiento brusco podría ladear la navecilla, llenarla de agua, y naufragio seguro. Estas pelotas son tiradas a remolque por uno o dos vadeadores mediante una cuerda que se pasan por el hombro y por debajo del brazo, en tanto que van nadando y tirando de la pelota, durante más o menos tiempo, según la anchura y el caudal del río.

Arribamos felizmente a la orilla el suizo y yo, y tras nosotros las mulas, a nado, tirándolas del ronzal. En cuanto éstas se revolcaron en la arena, las ensillamos, pagamos a los vaderos (dos realitos) y vuelta a andar.

A las pocas cuadras –aquí las distancias pequeñas se miden por cuadras o longitudes de 150 varas– entramos en el Monte Grande, espeso bosque que hemos de cruzar por espacio de 31 leguas seguidas, sin más claros que una que otra estancia o tapera de ganado.

Por este monte cruza la senda que nos ha de llevar al otro río de San Julián. Famoso es este trayecto por los peligros de que está preñado y, sobre todo, por los indios sirionós que acechan y asaltan a los caminantes en las pascanas (paradas), así de día como de noche.

Como no sea el puesto del Potrero Largo, no se encuentra un mal rancho donde cobijarse de noche; no hay más remedio que colgar las hamacas y dormir dentro del mosquitero (toldilla), debajo de los árboles. Lo peor fue que como nuestro viaje era a últimos de la estación lluviosa, hubimos de recibir a chorro limpio uno que otro turbión rezagado que los benignos cielos tuvieron a bien enviarnos.

De legua en legua se tropieza con *puchiches* o fangales que es imposible atravesar, so pena de hundirse en ellos caballo y caballero. No queda más sino abrir senda nueva a orillas del fangal con el machete (trazado), para volver a salir a punto donde la senda esté libre de tropiezos.

¿Hemos sorteado así un fangal o un arbolón atravesado que no dejó pasar a la mula? Pues enseguida un *curiche*, un pantano grande como un lago y que hay que atravesar resueltamente con agua hasta las alforjas, respirando las pútridas emanaciones que remueven en el fondo los cascacos de las caballerías. Curiches encontramos que hubimos de emplear horas enteras en vadearlos, expuestos a cada instante a un mal paso de la mula y caer como sapos en charca.

Con tanto y tanto obstáculo y desviación de la *diritta vía*, acontece perderse en el monte, que es el peligro mayor que puede ocurrir al viajero, no tanto por las molestias punzantes y lacerantes de espinas, ramas y bejucos, cuanto porque dando vueltas dentro de un círculo vicioso, se pasan días enteros, con menoscabo de los víveres que en las alforjas se llevan y de la serenidad de ánimo, que es lo peor. En situación tan mísera, no cabe otro recurso que alimentarse como el Precursor en el desierto y esperar a que la Providencia depare una escapatoria en aquella verdadera selva oscura, dantesca; el disparo de un arma de fuego o el sonido de un *churuno*, calabaza esférica con un agujero que, colgada de un árbol, despide un sonido al entrarle el aire como el de trompa de caza, y sirve para pedir auxilio a los troperos, carreros y demás viandantes que puedan oírlo.

Más de uno y más de cuatro han dejado sus huesos en el Monte Grande a consecuencia de haberse perdido en él; bien así como los evadidos de Cayena perecen de hambre o de sed en los bosques, como náufragos marinos. Testigo de tamañas tribulaciones es este suizo, mi compañero en este viaje, quien yendo una vez a pie y solo por este camino se internó unas cuantas varas en la espesura, solicitado por el canto de una pava que trató de cazar. Perdióse y mientras le duraron las fuerzas, subióse a los árboles para *rumbearse* (orientarse) o para coger los frutos del ambaibo o del guaporé. A poco hubo de reducirse a los cocos de motacú, tirados en el suelo, y que no tienen otra cosa que comer más que las fibras que envuelven el carazo o pericardio. A los ocho días cuando perdidas las fuerzas y la esperanza de salvación estaba recostado al pie de un árbol esperando ser víctima de alguna alimaña salvaje o de algún indio cazador, el próximo disparo de una escopeta con que un viajero tiraba a un mono jugueteón le hizo dar con el camino, que por cierto estaba cerca. Salió, pues, a la senda, ¡pero en qué situación! Andrajoso, herido por espinos, acribillado de sabandijas, llagado de pies y manos y cubierta la cabeza con media calabaza, de la que se servía de taza y de sombrero, por haberle robado el cubrecabeza un roedor en una de tantas noches pasadas al pie de un árbol.

Líneas antes aludo a tigres e indios sirionós. Efectivamente, en esta marcha nos cuenta de dos accidentes mortales causados respectivamente por un felino y por los salvajes.

A un matrimonio que con más atrevimiento que previsión emprendió a pie el paso del monte, faltáronle las provisiones en el camino. Con esto, resolvieron que él desandaría una jornada para ir a un puesto a racionarse y que ella esperaría su regreso colgando la hamaca en un claro del camino. Partió el hombre, vino la noche y la mujer acomodó su hamaca en dos horcones, los más altos que pudo encontrar. Pues bien: un tigre *cebado* tuvo el atrevimiento de sorprenderla en aquellas alturas mientras ella dormía, mutilándola horriblemente. Vuelto el marido, halló en el sitio los restos de su pobre mujer, reducida a una masa sangrienta e informe.

El jaguar o tigre americano es un felino de regular tamaño y de hermosa piel, que los cazadores tigreros de aquí venden por 4 o 5 bolivianos. Es el rey de la selva, cebándose en todos los cuadrúpedos, menos en el toro, que le resiste bravamente y a veces le vence. Cuando el tigre se acerca a la pascana, lo conocen los viajeros por la agitación y desasosiego de las cabalgaduras, las cuales relinchan y se esfuerzan en romper los ronzales. A su presencia el caballo se orina de miedo y queda inmóvil; no así la mula, que, más animosa, se prepara a la defensa enseñando los cuartos traseros.

El tigre no ataca al hombre, si no es en último caso, o que haya devorado a otro hombre, en cuyo caso es tigre cebado. Entonces prefiere la carne humana a cualquiera otra tajada, y con preferencia la del indio, que por ir medio desnudo y por el tufillo que exhala, le resulta más incitante que el blanco.

Para hacer presa necesita el jaguar ver la cabeza de la víctima, sobre la que se lanza hincando los dientes en la nuca y chupando ávidamente la sangre de la yugular. A esta circunstancia atribuye mucha gente de aquí su salvación, porque metidos en el mosquitero, compañero obligado en estas expediciones, escapan al tigre, que si bien los olisquea rondando toda la noche por allí cerca, no se atreve a levantar la punta de aquel, para él, velo misterioso. Lo que sí es cierto, y yo lo he visto más adelante, es que el jaguar retrocede a la vista de un hombre que se le encare intrépido y con la vista clavada en él, al paso que acomete al que atemorizado echa a correr o de cualquier otro modo pone en evidencia su miedo o cobardía.

En este camino vimos algunos rastros de tigre, pero ningún ejemplar de la especie.

Abundan por aquí unas tortugas de regular tamaño, que son la providencia del viajero que topa con ellas, porque proporcionan un sabrosísimo bocado sin más que asarlas vivas en el caparazón que les sirve de espaldar. Son tantas en época lluviosa, que la travesía está salpicada de conchas ahumadas, deladoras de la muerte inquisitorial a que sometió a las inquilinas la gula del viajero. No por esto están más seguras en el interior de la floresta, porque el tigre las agarra, juega con ellas como el gato con un ovillo, concluyendo por hincar las garras en la blanca carne de la tortuga, arrancándola a jirones de su encierro y chupando la sangre que de dentro fluye.

De los *pécaris* o puertos salvajes que andan en manadas, saca también tajada el tigre acometiendo al último de la tropa. Si ésta, a los alaridos del compañero, cierra contra el jaguar, éste se sube a un árbol hasta tanto que aburridos los pécaris dejan solos a la víctima y al matador.

El jaguar es hábil cazador de aves. A los avestruces los prende del modo que se dirá cuando se trate de los *piyu* de Mojos; a las pavas de monte, remedando su grito hasta que acuden al reclamo y les echa la zarpa al montón. Es cierto que el tigre se encarama a los árboles, pero sólo cuando el tronco es lo bastante robusto para que le clave las garras y pueda treparle; de lo contrario, al verse perseguido de los perros tigreros, deshace su rabia agitando el árbol con tal furia que muchas veces lo derriba. No es cierto, en cambio, que el jaguar, como el gato y otros felinos, tenga miedo al agua; nada admirablemente, arrastrando su presa hasta la otra orilla con la boca o con las garras.

El otro desaguisado a que hice referencia antes de todo esto, fue el que hicieron los indios sirionós asaltando a unos carreros, haciendo riza en ellos y robándoles los utensilios de hierro, como hachas y cuchillos, de que carecen, y cuya utilidad reconocen. Para no divagar tanto dejaré a estos bárbaros y hablaré de ellos al tratar de los neófitos guarayos, de los que son vecinos y semiparientes, pero acérrimos enemigos.

Si bien se corre el albur de tropezar con fieras y salvajes, lo cierto es que el viajero no tropieza con ellos detrás de cada mata, como decirse suele. Lo que abunda y cansa y mortifica y apura la paciencia en estas florestas vírgenes, es la plaga de mosquitos que a todas horas y de noche singularmente, acribilla al viajero hasta causarle fiebre. Huéspedes son éstos que no dejan de encontrarse en todo el trayecto hasta el Beni, en donde se añaden jejenes, *marigüis* y demás *dulces vecinos de la verde selva*. De mucho sirve la toldera para preservarse de esos trompídeos, aunque se dan casos, según el viento y el grado hidrométrico de la latitud, que ni el mosquitero basta; no hay más que pasar las horas de descanso agitado el pañuelo (un plumero usan los cruceños) a guisa de batuta, con movimientos más vertiginosos que de director de ópera wagneriana.

Otra de las precauciones indispensables en viajes como éste es la de conservar incólumes las cerillas o *pajuelas* en un canuto de lata entre algodones, porque es indispensable encender fuego, bien para comer caliente, bien para secarse la ropa de los chapuzones altos y bajos. Si por fas o por nefas se averían las cerillas, hay que recurrir al calor solar, empleando una lente o el cristal del reloj y en último caso *hacer juyaca*, que es el sistema primitivo de encender lumbre, según los salvajes lo practican.

Toman un palito de madera bastante fuerte, haciéndole girar perpendicularmente a manera de molinillo de chocolate sobre una tablilla de madera levemente ahuecada, en cuya cavidad se pone algo que fácilmente se inflame; estopa, algodón, hojas secas, etc. Por poco tino que se tenga, a las pocas revoluciones del palito la madera se combustiona, y soplando entonces suavemente arde la brasa, y no hay más que alimentar la llama y hacer una hoguera.

Ya que he dado cuenta de éstas que parecen minucias, pero que son datos importantísimos para cuantos hayan de viajar en estas condiciones por las soledades del trópico, proseguiré con el interrumpido viaje por el Monte Grande.

Agricultura cruceña

Bien o mal, *pascando* (acampando) a diario en lugares limpios de maleza y conocidos de todos los caminantes de Santa Cruz a Guarayos, como el *Pororó*, Encrucijada, Sumuqué y Pallarás, pasando el curichón de *Quita-calzones*, cuyo nombre indica muy bien lo que hay que hacer para atravesarlo, y salvando en tres días de marcha precipitada por un camino en el que no se encuentra un solo rancho habitado, llegamos por fin a la estancia (hacienda rural) de San Julián, del río de este nombre, que volveremos a encontrar en *Guarayos* con los nombres de San Pablo y San Miguel, y en *Mojos* con el de Itunama.

El sitio en que ahora estamos pertenece, como casi todo el trayecto recorrido, a la provincia de Velasco, una de las seis en que se subdivide el departamento de Santa Cruz de la Sierra. Velasco es el nombre de uno de los guerrilleros altoperuano de la Independencia con que se designa el territorio al norte y al este de la antigua provincia de Chiquitos, hoy reducida a más estrechos límites. *Velasco* se divide en dos secciones: la primera, compuesta de los pueblos Santa Rosa de la Mina, San Javier, Concepción y los cuatro pueblos misioneros de Guarayos; la segunda, de San Ignacio, San Miguel, Santa Ana y San Rafael.

Por lo mismo que al hablar de Chiquitos he de extenderme acerca de la indumentaria, usos y costumbres de los indios chiquitanos, nada digo sobre el particular al paso de esta sección del antiguo Chiquitos.

Las 24 leguas que hay de San Julián a Yotaú, que es el primer pueblo guarayo, son un paseo por las estancias escalonadas que se encuentran, en todas las cuales se recibe al viajero con la franca y generosa hospitalidad del campesino criollo. Ahora, en lugar de la monotonía y aspereza del monte, con selva impenetrable a uno y otro lado, la vista se recrea en las ondulaciones del terreno, con extensos palmares y *chacos* o plantaciones añejas a las haciendas del tránsito.

Los pueblecillos o núcleos de población que hasta las misiones de Guarayos se encuentran, son: *San Ramón*, *Quísere*, *Limones*, *San Fermín* y el *Puente*, cuyos pobladores se dedican a trabajos de chacarismo y a la cría de ganado vacuno y caballar.

A poca distancia de cada poblado se ve un claro de terreno con multitud de cruces apiñadas, con piadosas leyendas hechas a punta de cuchillo. Es el *panteón* o cementerio del lugarejo. Florestas de la muerte pudieran llamarse, como no fuera por la lastimosa profanación que hace el ganado vacuno que, atropellando vallas y alambrados, invade el recinto, remueve el terreno y deja al descubierto, sobre la hierba, huesos y calaveras.

Antes de llegar a San Ramón empieza la serie de vastos palmares que embellecen esta región. Leguas y leguas de praderío están sombreadas por *cusis*, *totalís*, *motacuses*, etc., palmas elegantísimas, de recto tronco y soberbio penacho. Los frutos de estos árboles cuelgan en racimos de veinte a treinta cocos de pericardio fibroso que alberga una semilla de la que se obtiene por maceración un aceite que usan las mujeres para dar lustre a la cabellera, óleo de soberana virtud para vigorizar el cabello, pero excesivamente nauseabundo por su ranciedad. El perfumista que aromatizara este aceite capilar ganaría mucho dinero.

Asombra, realmente, la variedad de palmas de estos países del oriente boliviano, pudiéndose asegurar que cada grado de latitud tiene una o dos especies peculiares. Las propias de la región en que ahora estamos son el *motacú* (*Maximiliana Princeps*), *cusi* (*Orbiginia phalerata*), *caronday* (*Copernitia cerifera*), *zumuqué* (*cocos bactriophora*) y *chonta* (*Astrocarium chonta*), la más hermosa de todas por lo verde de su penacho y la excelencia de su madera, tan dura y elástica, que sirve al indio para arcos de flecha.

Dos árboles hay que llaman la atención del europeo: el *ambaibo* y el *guapuré*.

El *ambaibo* (*Cecropia palmata*) es árbol ribereño, de tronco liso y recto, que da unos frutos como Algarrobas o dedos de guante, de un gusto parecido al higo. Es el árbol favorito del *perico ligero* (el perezoso), que se eterniza en el *ambaibo* manteniéndose de las frutas y de las hojas. Aquí lo coge el cazador y le quita la piel, que es muy fina y se vende a buen precio. El *guapurú* (*Mortus guapurú*) da un fruto del tamaño y gusto de la ciruela, que sirve para fabricar un vinillo bastante aceptable. El fruto de este árbol se produce de un modo extraño: no está adherido por el pedúnculo, como sucede en casi todos los vegetales, sino que se presenta pegado a la superficie del tronco y de las ramas más gruesas a modo de lapas o almejas adheridas a la roca. El tronco del *guapurú* parece un árbol cargado de viruelas, pero estas viruelas son frutas exquisitas.

Los chacareros cruceños llaman *mazorca* al fruto del cacao que se planta, a diferencia del silvestre, que se denomina *chocolatillo*. El café se vende por arrobas de grano, y su precio corriente en la capital es 10 bolivianos. El plátano o banano, el *pan del pobre*, aquí como en toda la América tropical, rinde hasta cien plátanos por támara o racimo. En lenguaje cruceño, cada racimo se subdivide en *pengas* o puñados

de diez plátanos. Entre las variedades de esta planta que aquí se dan, sobresalen los *guineos*, pequeños y exquisitos, sanos como el pan y succulentos como mantequilla vegetal, y los *harta bellacos* o hartones, capaces de satisfacer por su tamaño y por su pulpa el hambre más bellaca. Es planta tan pródiga, que hasta de la hoja se obtiene lo que los cruceños llaman *papel porongüeño*, por ser un indio del distrito de los Porongos quien descubrió tan flamante aplicación. Finalmente, de tiras y troncos del plátano podado se improvisan balsas y ligaduras, y de sus enormes hojas se sirven los campesinos para resguardarse de la lluvia.

Hay dos clases de *yuca* o mandioca: dulce y amarga. La primera se come asada o cocida, pudiéndose confeccionar con ella tan variados guisos como con la patata de los países templados o fríos. De la raíz de la amarga, brava o venenosa, se extrae la fariña o harina de mandioca, rallándola después de lavada y pelada y poniéndola a fermentar. Así, por la torrefacción desaparecen los principios deletéreos del jugo venenoso y se convierte en alimento principal de las regiones cálidas. Con ella hacen panes y tortas muy buenas de comer y la chicha de yuca, comiéndose, además, los cogollos, que se rocían con agua para quitarles la acritud, y saben entonces a espárragos trigueros.

Todas estas plantaciones apenas requieren del hombre más trabajo que *carpir* o rozar el terreno en que se cultivan, trabajo, empero, que es muy ímprobo por el sinnúmero de hierbas y plantas parásitas que crecen a porfía, amén de los monos, loros y animales roedores que devastan los plantíos.

Al cuidado de éstos se pone de día un muchacho sin más consigna que gritar y alborotar los aires para espantar a los piratas voladores, y además de él, una serpiente, la *boyé* (*Spilotes variabilis*), que limpia el terreno de ratones y aún de cuadrúpedos mucho mayores, que se traga vivos sin necesidad de quebrantarles los huesos. Estas culebras andan sueltas por los chacos, y sus dueños les proporcionan comida para que no se muevan del campo.

Compárese la abundancia de dones y el poco o ningún cuidado que la agricultura demanda, con siembras, podas, riegos y demás trabajos del agricultor europeo, verdadero siervo de la gleba, y se adivinará la vida feliz, casi paradisíaca, del campesino americano. Dígase si no es ésta otra tierra de promisión para emigrantes y colonias agrícolas.

Por desgracia, antes que pensar en fundar colonias hay que hacer los caminos por donde vengán; hay que buscar medios de proporcionar mercados a los productos. Tras esa colonización por la locomotora y la navegación fluvial, vendría la colonización braca, porque en cualquier parte donde humea la chimenea de un vapor o brama la locomotora, acuden pasajeros y colonos.

Entretanto, el agricultor criollo vive de lo que recoge, y aún le sobra para el intercambio y venta locales; y por sobrarle, le sobra el tiempo, que es el peor de los males del campesino americano, tan aficionado a divertirse y echar la casa por la ventana.

Pero pidamos hospitalidad en uno de tantos ranchos de por aquí, y algo se nos alcanzará de la vida de sus moradores.

Escenas campesino-criollas

El *ranchito* o cabaña americana consiste en tres horcones que sostienen tres largas vigas, sobre las que va la cumbrera angular o *surubí* de paja, totora o palma, según las localidades. Cuatro paredes hechas de adobes o de estacas bien juntas y apretadas, completan el recinto de la vivienda. Como aditamento,

un pequeño cobertizo delantero y la *punilla* o remate posterior en forma de cola de pato, como llaman en la Argentina.

A la sombra del cobertizo se cuelga la hamaca, asiento preferente del rancho cruceño, con la que convida al recién llegado. Dentro, muchas cachas o baúles de madera, unos cuantos garabatos en los horcones para colgar las hamacas del resto de la familia y las cacharpas (arneses y ropa), dos o tres estampas de santos o de alguna ilustración trashumante, un par de sillas con asiento de badana y lo demás tajuelas o tajos de tronco, y por último, las *guarachas* o tendales de caña cubiertos con el mosquitero, sobre los que se tiende el colchón para dormir de noche.

Junto al rancho están el horno, el corral, el bramadero para atar las reses que hay que carnear, y el patero, donde se encarama la volatería doméstica. En la *punilla*, que viene a ser desván y alacena juntamente, las provisiones: tarros de manteca de buey o de chanco, panes de sal, que aquí es muy cara; *buracas* o zurrones de azúcar, que, al revés de la sal, casi es de balde, la *pirua* o troj del maíz, sacos de harina de yuca o de arroz y la provisión para el *jacú* de la mesa; plátanos, yucas y *hocos* o calabacines, que en otras partes llaman zapallos.

Fuera del rancho, y en alegre desorden, el tendal, donde se pone a secar el *charque* o cecina; el *tacú* o mortero hecho de un tronco de árbol, que sirve para pisar el maíz; los cántaros de agua; las bateas de las mujeres y otros utensilios de esta laya, que pueden desafiar a la intemperie. Alguna *paraba* o papagayo bicolor o tricolor posado en el caballete del rancho; un mono atado junto a la puerta; un par de *maticos* –especie de tordos dorados con cabos negros, muy buenos cantantes– en jaula de caña; y *joches* o cerdos atramojados, esto es, con una tabla colgante del pescuezo para que no se entren en la maleza, completan el escenario.

La explanada frente al rancho se llama *playa*. Cuando a ésta llega el viajero, el dueño de la casa sale a su encuentro, le invita a apearse, le tiende la mano, y mientras ordena a sus hijos o peones que desensillen la bestia y la pongan a la sombra junto con un buen pienso, convídale con un cigarro y el vaso de guaraná o el matecito de hierba, que aquí aparece con tanto furor como en la Argentina y el Paraguay.

Nada diré del *mate*, por ser harto conocido de cuantos hayan leído relaciones del Río de la Plata. Menos sabido es el *guaraná*, producto dado a conocer por los indios del Amazonas y en predicamento en muchos países de la América equinoccial.

El nombre científico del guaraná es *Paulina sorbilis*. Con este nombre lo veréis en la cacharrería de todas las boticas europeas, y nadie hace caso de él, cuando es lo que va a verse.

En el bajo Amazonas se cultiva el guaraná por los indios *mundurucús*, ya civilizados y famosos cazadores, que lo usan en granos o brebajes para cobrar fuerzas en sus fatigas cinegéticas. Lo llaman *cupaná*. El nombre de *guaraná* con que se le conoce en el Brasil y en Santa Cruz, proviene de que los indios guaraníes de Bolivia y Paraguay fueron quienes divulgaron este producto, anunciándolo como panacea en los países que recorren para su expedición.

La planta se siembra en almácigos, y da unas hojas parecidas a la de la coca peruana. Las almendras del fruto son las que en estado de madurez se tuestan y machacan, cuidando antes de quitarles las semillas. La pasta resultante se amasa con agua, se tuesta y endurece al horno, y se pone en tendales para ahumarla nuevamente y endurecerla al Sol. De ahí sale el guaraná, preparado en forma de tortas o

cilindros de color rojo o ceniciento; tortas que necesitan ser raspadas con una lima para sacar el polvo que se bebe agitándolo en agua.

Es de sabor amargo, por lo que se acostumbra a dulcificar la dosis con un poco de azúcar. El guaraná así empleado toma la apariencia de chocolate claro, y es de sorprendentes propiedades refrigerantes y tónicas, por la teína que contiene, doble de la que encierra el mejor té negro, y cinco veces como el café. Además de este alcaloide, posee el guaraná una materia colorante análoga en apariencia al tanino de la chinchona, y una capa semejante a la manteca de cacao, que puede guardarse por mucho tiempo sin deterioro.

Tal es el guaraná, famosa bebida oriental a que hice referencia y de la que hablo con conocimiento de causa; como que es el único artículo que he manejado en venta en mis expediciones benianas, comprándolo a los indios brasileños muy barato y vendiéndolo muy caro a los consumidores. Baste decir que la libra de guaraná se paga en Santa Cruz a 6 y 10 bolivianos, precio que, aunque parezca exagerado, no lo es por la distancia a que viene y por la cuantía de los transportes.

La conducción de una carreta de guaraná servirá precisamente de argumento para la descripción de Mojos, en viaje de retorno del Beni.

La cocina del campesino cruceño, y aún pudiera decirse de muchas familias pudientes de la tierra, queda anotada en líneas anteriores. Junto a cada plato se pone un plátano maduro, una yuca asada o un pancito de maíz o de arroz, adminículos que suplen al pan de trigo, cereal que aquí no se cultiva. Si el anfitrión es dueño de algún trapiche, no falta a los postres algún platillo de miel de caña o un buen vaso de guarapo.

Lo admirable es que después de una comida así, que yendo de viaje trasciende a festín de Lúculo, no os cobran ni un centavo, y en ocasiones ni siquiera el pienso de la cabalgadura. Tal me aconteció en todas las estancias de este camino, y muy especialmente en Santa Rosa, así llamada por estar a inmediaciones de Santa Rosa de la Mina, en donde se laborea una de oro de más fama que provecho hasta el presente.

En esta estancia descansamos un par de días el suizo y yo, para llegar en dos jornadas a Guarayos, pasando por las otras estancias del Carmen y Chávez.

A las dos leguas de Santa Rosa pasamos en *pelota* el río Quísere, cuyas orillas ofrecen la particularidad de estar pobladas de espesos tacuarales por leguas y leguas. La tacuara (*Arundo macrocephalis*) es el bambú o caña gigantesca, de 20 a 30 pies de altura y hasta 3 palmos de diámetro. La madera ligera y sólida, sin más que abrirla en sección longitudinal, aprovecha para tabiques de ranchos y especialmente para entarimados. Como la caña es nudosa y hueca, hácense de ella recipientes o *tabocas* para guardar manteca, llevar agua en el camino y hasta para cocinar, pues es madera que resiste admirablemente al fuego. De las tacuaras más delgadas y de hermoso color mate se hacen aquellos bastones llamados *caña de Indias*. Personas que han podido comparar ambas gramíneas dicen que la americana es más gruesa que la asiática, si bien ésta la aventaja en altura.

En el Quísere me ocurrió un lance del que salí con bien por misericordia divina. Refocilábamonos el suizo y yo en la fresca corriente, cuando noté que un cuerpo extraño colgaba de una arruga de los calzoncillos. Salí del agua y averigüé que era una palometa, un bicho pisciforme, de color amarillo, con dientes piramidales, con los que corta la presa, y hasta los dedos de los caimanes, como una tijera. De ahí su nombre científico: *Serrasalmus marginatus*.

Sébase, por consiguiente, que para evitar el riesgo de palometas, rayas, torpedos, *camdirúes* y otros huéspedes acuáticos, el mejor baño en estos ríos es hacerlo en la orilla, echándose agua con una tutuma o calabaza, tal como pintan al Bautista bautizando en el Jordán.

En el resto del viaje hasta Guarayos, no vi otras curiosidades que el paso de una tropa de ganado de Mojos y uno que otro buey cabestro o buey caballo.

Mojos es el país de la ganadería, como veremos; de allí vienen numerosas bueyadas, de tránsito para Chiquitos y Santa Cruz. Doscientos o más cornúpetos emprenden larguísimo viaje de más de un mes, bajo la conducción de tres o cuatro capataces que van arreando el ganado, obediente al cuerno o bocina del marucho, muchacho que va de guía. Al paso por el monte o por lugares muy tupidos, se acorrala al ganado en yuntas para que no se extravíe en la espesura. Uno de los peligros a que se expone el viajero en estas trochas es a ser arrollado y pisoteado por una tropa bovina, a menos que en oyendo el ronco sonido del cuerno del marucho no deje la senda expedita.

Cuando ésta es muy trillada por las pezuñas del ganado, se forman unos escalones que las lluvias convierten en fangales sumamente molestos para las caballerías. En compensación, estos cornúpetos prestan un buen servicio al viajero en tiempo de sequía, pues no hay más que seguir las sendas laterales que los rumiantes, guiados por el olfato, abrieron hasta dar con una aguada.

Los barriales, a que tantas veces aludo, han inspirado la idea de utilizar a los bueyes como cabalgaduras, en substitución del caballo o de la mula, incapaces para resistir un viaje por terreno pantanoso. El buey, con su ancha pezuña y lento paso, anda con toda seguridad, sin dar un tropezón. A estos bueyes cargueros y de silla, bueyes-caballos y silloneros o cabestrillos, se les horada la nariz con un cordel, a manera de rienda, con la que se les gobierna admirablemente por entre las astas.

Estos bueyes-caballos o cargueros (según se les destine a animal de silla o de carga) se escogen entre los de la raza caracú, voz brasileña con que se designa a ciertos vacunos de pelo suave y lustro, como de caballo a pesebre, con una borlita además al extremo de la cola. Estos silloneros, que se amansan de muy tiernos, andan a buen paso, y no es raro ver uno que otro que sale trotador y *campeador*, es decir, que sirve para arrear ganado. Entre los cargueros, el mejor de ellos carga hasta 15 arrobas; el que menos, 10. Andan 6 leguas al día. Su precio oscila entre 15 o 20 pesos. Uno tuve, al que llamé *Apis*, del que me desprendí a los pocos días, por lo violento de la sentada y las agujetas que me produjo.

1912

De "El Peregrino en Indias", (En el corazón de la América del Sur). Madrid. Librería de los Sucesores de Hernando. Enero de 1912.

INDIOS Y BLANCOS EN EL CORAZÓN DE SUDAMÉRICA

Erland Nordenskiöld

Entramos a caballo en Santa Cruz de la Sierra, la capital de la llanura.

Con toda seguridad, en toda América no hay un lugar tan grande que esté tan alejado y tan apartado de buenas vías de comunicación como esta ciudad. Está situada justo allí donde los Andes tienen sus últimas estribaciones hacia la inmensa llanura del Oriente; muy cerca de la ciudad corre el río Pirai, uno de los afluentes más septentrionales del Amazonas.

Santa Cruz de la Sierra fue fundada en su actual ubicación en el año 1595. La ciudad tiene 14.000 habitantes, 9.000 mujeres y 5.000 hombres. La población, también entre las clases bajas, parece más española que la de las ciudades de las montañas de Bolivia, donde el componente indígena es predominante. Hay cierta oposición entre los cruceños, habitantes de Santa Cruz, y los collas, los habitantes de las alturas. Los primeros son vagos, alegres, frívolos, irónicos, superficiales, abiertos, amables, generosos y hospitalarios. Por el contrario, los últimos son laboriosos, cerrados, ahorrativos, de buen corazón, confiables y recelosos.

Los cruceños hablan con cierto menosprecio de los collas. Continuamente les toman el pelo. Hay muchas historias de las bromas que los cruceños hacen a los habitantes de los Andes.

Al cruceño le gusta divertirse. Si ha ganado mil pesos en los bosques de caucho, viaja a su amada ciudad natal y se consigue muchachas, champaña, vino, chicha de maíz y una pequeña banda de música, y entonces el dinero vuela, vuela más rápido de lo que ha tardado en ganarlo.

En Santa Cruz, los alemanes tienen gran influencia. En buena medida, el comercio está en sus manos. Los comerciantes nativos no pueden competir con ellos. No faltan razones para que sean odiados. Se reconoce que son trabajadores, pero, sin embargo, no los soportan.

Una vez me dijo un criollo: “al principio, los indios vivían en la plaza, entonces llegamos nosotros y los indios tuvieron que irse a vivir a las afueras. Después llegaron los alemanes, y entonces nosotros corrimos la misma suerte que los indios”.

Santa Cruz de la Sierra está construida como casi todas las ciudades en Sudamérica. Las calles se cortan unas a otras en ángulo recto; en medio de la ciudad está la plaza. Como las calles durante el tiempo de lluvia suelen inundarse, han colocado pilotes en el suelo por los cuales se puede cruzar la calle sin mojarse los pies. Apenas hay edificios de gran belleza arquitectónica. No obstante, alguna que otra vieja casa sin mayores pretensiones resulta pintoresca.

El interior de las viviendas parece bastante amplio, pero sin ningún sentido de la comodidad, lo cual es característico de toda Sudamérica. Los criollos se ocupan muy poco de la comodidad del hogar. No es raro que incluso falten las instalaciones para las necesidades básicas. Por el contrario, el gramófono es uno de los objetos imprescindibles en las buenas casas de Santa Cruz.

El forastero rara vez puede quejarse de haber sido engañado por un cruceño. Son extremadamente hospitalarios y no preguntan si el emigrante europeo es o no un aventurero. Lo más importante es que sea agradable y alegre; por lo demás, nadie se preocupa de quién pueda ser.

La clase baja y la clase media son bastante mojigatas, pero como en todo a su manera, pues también se toman a los Santos con mucho desenfado. El cruceño considera normal que San Antonio tenga que buscar las mulas que se han escapado y que cuando no lo logre, se le ponga cabeza abajo en un mortero; pero cuando las muchachas alegres le prenden una vela para que les consiga un amor para esa noche, piensa que es ir demasiado lejos. San Antonio de Padua puede pasar por alto muchos pecados, pero no deben cometerse contra la Santa Iglesia Católica. Sabe muy bien que es habitual que los servidores nativos de la Iglesia tengan una hermosa sirvienta. Cuando los pastores aman el vino y las mujeres, ¡qué se puede exigir a los siervos!

En Santa Cruz se ven indios con frecuencia. Aquí llegan guarayos de las misiones franciscanas y churapas de Buena Vista; antes también venían numerosos chanés y chiriguanos. A veces, cuando se emborrachaban, los atrapaban y los vendían con destino a los bosques de caucho; es por eso que ahora le tienen temor a Santa Cruz. También se han vendido blancos para trabajar en los bosques de caucho. Se dice que hubo un Gobernador que vendió a todos los presos de la cárcel de Santa Cruz a unos patrones de la goma, algo brutal, pero quizás no tan deplorable desde la perspectiva de los reclusos.

Algunos cruceños tienen una peculiar manera de ganar dinero. Contratan sirvientes en Santa Cruz de la Sierra a bajo precio, viajan con ellos al río Beni y los alquilan allí a cambio de grandes jornales. A menudo ocurre también que enganchadores desalmados prestan grandes sumas de dinero a gente joven que, al no poder devolverlas, se ve obligada a viajar a los bosques de caucho a trabajar para su acreedor, donde se enfrentan con un sombrío destino.

Santa Cruz de la Sierra es una ciudad que tiene mucho futuro. Está situada en una región con grandes posibilidades de desarrollo, pero sólo tendrá verdadera importancia cuando se construya el ferrocarril desde Argentina por Yacuiba y se abran otras líneas férreas hacia el río Paraguay, hasta Cochabamba y hasta Las Juntas sobre el Río Grande. Entonces Santa Cruz será el punto de apoyo del desarrollo de una región inmensa en el interior de Sudamérica, que en la actualidad cuenta con muy poca población y que está casi inexplorada en su mayor parte.

En estas pocas líneas he tratado de apuntar lo más característico de los cruceños y de los blancos que conquistaron y habitan el Nordeste de Bolivia. Junto a los misioneros, ellos han difundido la "civilización" a los indios. Entre los cruceños también hay gente seria y trabajadora, pero son pocos. Algunos rasgos característicos de los cruceños que no he puesto de manifiesto son su crueldad, la explotación abusiva de los hombres a los que llamamos indios, y su incapacidad de pensar en el futuro del país en el que viven.

Para el cruceño, la vida es vino, mujeres y chistes. Pero para eso se necesita oro, y lo han sacado de los indios. Los cruceños han hecho de los hombres libres de la selva esclavos por deudas y de las mujeres indígenas ramerías.

Hemos visto cómo los llanos bolivianos están divididos por una frontera natural en dos regiones antropogeográficas. Por tanto, en Bolivia podemos hablar de por lo menos tres regiones culturales y naturales:

- 1.- Los Andes y el altiplano.
- 2.- Las tierras bajas al norte de los grados 17 y 18 de latitud (la frontera de Santa Cruz).
- 3.- Las tierras bajas al sur de los grados 17 y 18 de latitud.

Obviamente, cada región tiene sus propias características a las que el hombre intenta adaptarse. A veces, estas particularidades son muy marcadas y determinantes para el hombre, obligándolo a descubrir nuevos instrumentos y técnicas. En Mojos, una de las zonas del norte por la que vamos a viajar, no existe la piedra, por lo que antiguamente los mojos afilaban las puntas de flechas con pedazos de cerámica y molían en vasijas con rodillos de barro cocido.

D'Orbigny cuenta que una vez subió a los Andes llevando a unos indios mojos. Cuando vieron las primeras piedras, las apilaron entusiasmados como si hubieran encontrado grandes riquezas, hasta que se dieron cuenta de que no podían ir cargados con todas ellas. Gibbon cuenta que en Trinidad, la población principal de los mojos carentes de piedra, se vendían en el mercado piedras procedentes de la región de los yuracarés.

Es importante que se conozcan las fronteras antropogeográficas, naturales y culturales, de toda Sudamérica, en especial aquellas como la de Santa Cruz donde encontramos la división norte-sur de la presencia de muchas plantas de gran utilidad para los indios, de tal modo que la cultura material a cada lado es muy diferente.

Cuando estudiamos fronteras culturales y observamos diferencias en ese sentido entre las tribus, lo primero que debemos considerar es hasta qué punto esas diferencias en la cultura están determinadas por la naturaleza circundante. Conociendo esas diferencias irremediables, podemos estudiar con más facilidad los contrastes entre tribus, originados por su diferente grado de desarrollo y por la influencia de otras culturas.

Ahora dejamos Santa Cruz de la Sierra para recorrer la segunda de las tres regiones culturales que hemos señalado más arriba. En mi libro "*La vida de los indios*", presenté la tercera.

1922

De "Indios y blancos en el nordeste de Bolivia", traducido del alemán por Gudun Birk y Ángel E. García. Plural Editores, La Paz, Bolivia, 2003.



Procesión de la Mamita de Cotoca, Armando Jordán Alcózar



No hay apuro (1969), Armando Jordán Alcázar

EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA LA SELVA SE HUMANIZA

José Eduardo Guerra

En Santa Cruz de la Sierra, la selva se humaniza. A medida que, viniendo del Beni y acercándose a la capital del oriente boliviano, se gana en grados geográficos hacia el sur, remontando el curso de los ríos o abriéndose paso entre los bosques, el panorama se amplifica y se desdobra en perspectivas que ya no obstruyen la espesura de la selva. Diríase que un soplo de las lejanas cordilleras purifica la atmósfera y serena la frente de la naturaleza que va volviendo poco a poco al sentido de la proporción y la medida.

Santa Cruz de la Sierra, al conservar hasta hoy su nombre primitivo, que es todo un símbolo permanente cargado de significaciones históricas, está expresando que entre esa ciudad y las del Macizo Andino existe un nexo indisoluble: Santa Cruz de la Sierra se llamó la erigida por el insigne capitán Ñuflo de Chávez al pie de la serranía de San José, avanzada del Ande hacia el Oriente, y de la Sierra se siguió llamando, como para reafirmar la inquebrantable voluntad de su destino, al ser trasladada pocos años más tarde a los ubérrimos llanos de Güelgorigotá.

Cochabamba es el punto de tránsito para el viajero que, viniendo de la puna, se dirige a Santa Cruz de la Sierra. Hasta hace pocos años el viaje, por caminos de herradura, era largo y penoso. Hoy en unas horas queda salvada la distancia. Es el avión que, trasmontando primero escarpadas serranías y volando luego sobre un mar inmensurable de verdura, renueva día a día ese milagro. Y es, quién sabe, una pena que se haya producido tan pronto este prodigio, porque, como dice el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, “no comprende a América quien no la haya transitado a caballo, por caminos tales”, igual que en los tiempos no lejanos en que así se viajaba por buena parte del continente, y como se sigue viajando todavía en muchas comarcas de Bolivia... El alma de América hay que conquistarla sentimiento a sentimiento, como el indio y el soldado español conquistaron su suelo palmo a palmo. Los hombres que van a ella para explotarla febrilmente y a ritmo acelerado, no podrán nunca comprenderla y sólo sabrán calumniarla... o adularla, que es lo mismo.

En el departamento de Santa Cruz las haciendas se miden por centenares de kilómetros cuadrados y los hacendados ignoran el número de cabezas de los cuantiosos rebaños diseminados en sus vastos dominios. “Estamos en Santa Cruz, en una hacienda —cuenta Salmón Ballivián, viajero colla—. Al amanecer, después de una noche tibia y tranquila, se oye el ir y venir de mozos y sirvientes en un patio tan grande como una plaza que sirve para secar el arroz y el café”. “Nos hallamos dentro de un patriarcado”. El primer pensamiento del patriarca consiste en ver si está listo el desayuno, o más propiamente el almuerzo del centenar de familias que trabajan con él. Aquello parece una reviviscencia de las bodas de Camacho; una serie de ollas enormes en las que hierve el “*tujuré* o *tojorí* colectivo”, preparado con grandes cantidades de maíz y la leche de “cuarenta vacas”... En otro lugar de la casa de hacienda, “*cambas* de ojos vivos y penetrantes” descargan la caña destinada al trapiche...

¿Han cambiado desde entonces en Santa Cruz de la Sierra el aspecto de la ciudad y el carácter de sus gentes? Dígalo Vaca Chávez: “Aunque en los últimos tiempos ha mejorado notablemente la construcción de sus edificios públicos y particulares, Santa Cruz es una ciudad singular que conserva sus amplias viviendas coloniales, con sus blancos patios de arcadas moriscas, en los cuales no falta el aljibe de agua cristalina y fresca. Vistas desde una eminencia, las casas desaparecen bajo la tupida fronda de los naranjos que al final del invierno envuelven a la población en un embriagante perfume. Y no sólo es Santa Cruz la patria de las mujeres de ojos azules y árabe esbeltez; no es sólo el país de los naranjos, del jazmín del Cabo, de las palmeras y de los pavos reales. Es, ante todo, la ciudad alegre, la ciudad musical, por excelencia. Lo primero que el viajero percibe, al aproximarse a Santa Cruz, junto con las altas y macizas torres de la Catedral, son los acordes de una banda de música, que celebran un cumpleaños, un examen o cualquier otro acontecimiento social o particular. La música es el alma de ese pueblo. Por eso es que con música celebra las alegrías del hogar, con música deja a los difuntos en el silencio del cementerio, con música rinde culto a sus santos y a las glorias de la patria, y con música los políticos ahogan el rumor de sus disputas electorales”.

* * * *

En esa idílica ciudad de Santa Cruz, puesta hoy bruscamente en contacto con el resto del mundo, en esa ciudad vecina de las selvas insondables cuyos habitantes de raza española casi pura hablan un castellano lleno de pintorescos arcaísmos y localismos expresivos, modulados con voluptuosa y cantarina lentitud, nació el más libre de los escritores bolivianos: Gabriel René Moreno.

La ocasión del centenario de ese nacimiento ha dado lugar a que se revisen con carácter definitivo los juicios corrientes que vinieron emitiéndose hasta entonces, no ya sobre su obra de escritor, sino respecto a su actuación pública en determinados momentos de la vida internacional de Bolivia. Se le había llamado antipatriota y difamador de su país, sambenito que cuelgan casi siempre los profesionales del patriotismo a los hombres de ese temple. Moreno tuvo, ante todo, una visión clara y precisa de la realidad y sus juicios, acerbos con frecuencia sobre hombres y hechos, rara, muy rara vez carecieron de fundamento. Pero un hombre que no siente en lo más hondo el amor de su país no se expresará jamás, sinceramente, como lo hace Moreno.

Notable por la concisión, la aristocracia y lo rico y sustancioso de su estilo, Moreno fue el tipo perfecto del hombre de letras; el único en su tiempo y su país, consagrado, con exclusión de toda otra actividad –salvo incidentalmente o como consecuencia de su vocación– al oficio de pensar y de escribir. No es difícil adivinar el dramático conflicto existente entre esa poderosa inteligencia –nutrida por selectas lecturas, afinada por severas disciplinas estéticas y filosóficas, que lo invitaban más bien a los ejercicios contemplativos del espíritu– y las exigencias de un temperamento disconforme y ansioso de verdad que lo empujaba a bucear en nuestra historia para sacar de ella advertencias y lecciones, tanto más saludables cuanto más amargas.

Como historiador ha dejado Moreno obras de un valor inestimable. “El primero de los escritores bolivianos y probablemente el más científico y documentado de los bibliógrafos de Hispano-América”, le llama el eminente y erudito escritor colombiano Max Grillo quien dice, además, que al sabio y torvo historiador “por uno u otro motivo, así en su patria como en los demás pueblos de Sudamérica, se le mantiene dentro de la conspiración del silencio”. La lectura de algunos de sus libros de historia, como el que compuso sobre *Los últimos días coloniales en el Alto Perú*, reserva los mismos goces que la mejor de las novelas históricas, por la fuerza evocadora y la gallardía de su prosa, no obstante,

el riguroso método de investigador que empleó para escribirlos. Otros como el *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos* y los tres volúmenes de *Notas sobre Bolivia y Perú*, contienen las más vivientes descripciones que se hayan hecho de distintas regiones del país.

Como crítico literario, Moreno estuvo siempre atento a todo lo que se producía en su país. *La Introducción al estudio de los poetas bolivianos*, sus biografías y ensayos críticos de Ricardo José Bustamante, Daniel Calvo, Néstor Galindo, María Josefa Mujía y otros, son documentos de inapreciable utilidad para la historia de la literatura boliviana. Su devoción por las letras hizo que dedicara al estudio de éstas buena parte del tiempo que le dejaron libre sus investigaciones históricas. Fue durante varios años profesor de literatura en el Instituto Nacional de Santiago de Chile y publicó sus lecciones en un grueso tratado de preceptiva literaria, obra reveladora de un gusto depurado y libre de estrechos dogmatismos. Esa misma devoción por la belleza hizo que no guardara miramientos con muchos de sus contemporáneos, oscuros ingenios cuyas producciones tritura en el mortero de una aguda ironía, y de las que sólo se acordarían hoy empecinados rebuscadores de viejos papeles olvidados. Este hombre que tanto amó la exuberante naturaleza que rodea a su pueblo natal (lo prueba el hecho de que sus restos mortales, traídos de tierra extranjera, reposen en él por expresión de su propia voluntad), fue un encarnizado enemigo de los excesos de la imaginación caldeada al Sol del trópico, y es ésta una de las fases de su recia personalidad que lo emparenta al andinismo.

* * * *

“La música es el alma de ese pueblo”, se ha dicho de Santa Cruz de la Sierra. La poesía pudo también haberlo sido. La poesía, cálida, desbordante, incontenible, que en cadenas de trinos o en borbotones rítmicos brota de las gargantas de los innumerables ruiseñores del trópico en América. Pero aquel pueblo sensible, sensual, apasionado, afectuoso y expansivo, contó apenas con unos cuantos poetas menores. Ninguno, al menos, que se aproxime, en el verso, a lo que en la prosa representa el gran René Moreno. Rafael Peña el romántico; Plácido Molina, el cantor de *Mi tierra*; Emilio Finot -¡Muerto tan joven!- autor de poesías familiares y patrióticas, incansable huroneador de bibliotecas y que tenía -dijo Reynolds- “corazón de paloma como el del Nazareno”; Rómulo Gómez que celebró con gallardo acento a su tierra nativa y murió trágicamente, casi desconocido... Hoy hay uno que se anuncia con más enérgicos perfiles: Raúl Otero Reiche. Plácido Molina es autor también de poemas únicos.

Entre los prosistas, Alfredo Flores ha reunido en *Quiétude de pueblo y Desierto verde*, algunos “apuntes, tipos y costumbres” de su tierra. Algo más que lo enumerado por su autor contiene el segundo de esos pequeños libros. Si no es larga la lista de novelas de costumbres escritas en Bolivia, tampoco es la de los libros de cuentos inspirados en la observación directa y minuciosa de caracteres, lugares y modalidades regionales. Hay en *Desierto verde* algunos de la más pura extracción vernacular que anuncian en Flores al cuentista magistral y acaso, en germen, al futuro novelista. Las figuras del bandido Hurtado, del Sargento Charupás, del negro Martín, están trazadas con gran vivacidad. Otros cuadros tienen una gracia y naturalidad que recuerdan a Azorín: “Don David es maestro de escuela en un pequeño pueblito del camino. Este pueblito se llama Motacucito y sus veinte casitas están edificadas sobre una loma verde”. “La escuelita se halla al borde del camino. Está edificada sobre un pequeño potrerito, verde como la loma. Una que otra florecilla del campo, pone su manchita roja, amarilla o blanca sobre la grama. La casita pertenece a don David y es limpia, fresca y clara. Una docena de chicuelos rodean al viejo maestro”. “La tarde cae lentamente. La loma parece más verde, el potrerito más fresco, las florecillas más erguidas, la casita menos clara. Don David ha despedido a los alumnos y

marcha despacio, pausadamente, en dirección de la casita de don Lizardo. Llega, entra y toma asiento como en casa propia”. “Don Lizardo le mira y pregunta:

-¿Muy cansado, don David?- Y sin esperar respuesta agrega: A ver, Rosa, un cafecito para don David. Don David no responde, mira en todas direcciones con sus ojazos de hombre bueno, lanza otro largo suspiro y espera pacientemente el cafecito”.

1926

De “Itinerario espiritual de Bolivia”. Casa editorial Araluze, Barcelona, 1926.



Lado sur de la Plaza 24 de Septiembre, 1901.

VIDA PLÁCIDA Y TRANQUILA COMO EN EL TIEMPO DE LOS VIRREYES

Ciro Bayo y Seguro

Todas o casi todas las provincias del interior de Bolivia fueron conquistadas por tenientes del virrey del Perú; pero la ciudad de Santa Cruz lo fue por un capitán extremeño que, más feliz en su odisea que sus predecesores Ayolas e Irala, llegó hasta Chuquisaca, la actual Sucre, desde La Asunción, del Paraguay, a través del Chaco, aventura que hoy parece imposible, y que nadie intenta, como lo prueba el seguir inexplorado, o poco menos, el río Pilcomayo, que es la vía de agua que une al Alto Perú con el río Paraguay.

Sólo echando una mirada al mapa de Martín de Moussy, en su *Descripción de la República Argentina*, puede comprenderse el atrevimiento de los expedicionarios españoles en sus rutas del Paraguay al Alto Perú, o Audiencia de Charcas, y viceversa.

Ñuflo de Chávez, con el fin de establecer un camino entre ambas gobernaciones, fundó la primera ciudad de Santa Cruz de la Sierra, en 1560, cerca de donde hoy está emplazado San José de Chiquitos; fundación que años después, en 1592, se trasladó más a inmediaciones de la sede de la Audiencia, en la parte central del Oriente.

Esta segunda ciudad de Santa Cruz está a 443 metros sobre el nivel del mar, y como todas las poblaciones de los trópicos, a excepción del núcleo urbano formado por la plaza principal y un cierto número de calles, el resto es un conjunto de granjas y alquerías, sombreadas por árboles frondosos. Las calles, ajedrezadas, son puros arenales, pero tienen la novedad de los soportales o porches, a lo largo de las casas, para resguardar las *veredas* del Sol y de la lluvia; de suerte que puede darse la vuelta a toda la cuadra, sin exponerse a los caprichos del tiempo.

Las casas, hechas de adobe y tabiques de caña y barro, porque la piedra se encuentra a mucha distancia, son de un solo piso y muy parecidas a las de Andalucía, con su patio y huertecito. Faltan, empero, las clásicas rejas, que se sustituyen por ventanas, que tampoco tienen cristales, porque lo benigno del clima permite pasarse sin ellos. Es tal la riqueza forestal de la región que las jambas de todos los huecos son de mara, como llaman aquí a la caoba.

Los cruceños tienen tal sello de españolismo que son llamados *los andaluces de Bolivia*; hablan el castellano casi de la colonia, y son corrientes una porción de arcaísmos que no desagradan a oídos españoles. Su vida es también plácida y tranquila, como en el tiempo de los virreyes, y la gente acomodada pasa el día meciéndose en la hamaca, mueble que empieza a verse y a usarse por primera vez viniendo de la cordillera. Es gente muy distinguida, amable y hospitalaria, que recibe al viajero sin ningún género de prevenciones; y si es extranjero, mejor. Las antipatías las guardan para los collas, los bolivianos de las alturas, de los que se diferencian tanto como el andaluz del catalán.

Las únicas distracciones son las visitas y las jiras al cercado o las afueras. El más fino obsequio que os hará un cruceño, y que se debe tomar como prueba de distinción, es una taza del rico café que produce

el distrito y un cigarrito de chala, u hoja finísima de maíz, que juntamente con las pajuelas, o cerrillas, ofrece la señora de la casa. Las damas que ya pasaron la primera juventud no se recatan de fumar estos blandos cigarrillos y aún admitirlos de las visitas; las niñas se abstienen de hacerlo en público, aunque lo hagan allá en su gineceo, al blando vaivén de la mecedora o de la hamaca.

Otra de las distracciones es ver el mujerío yendo por agua al río Piraí, o si no, a las más próximas aguadas, pues ésta es la hora en que la ciudad se surte todavía del agua fluvial o de cisternas, recogida en grandes cántaros. El aspecto de las cruceñitas, vestidas invariablemente de blanco, con el cántaro a la cabeza, es muy original. Las madres llevan a sus hijos "a la paraguayá", cabalgando en una cadera y sujetándolos con la mano izquierda. No menos agradable es montar a caballo e ir a dar una vuelta por entre caminitos y senderos arbolados por enramadas floridas y fragantes, que sepan unas de otras las frescas cañas de palma entretejida, donde el amor sesteja en las hamacas.

De vuelta del paseo, nada mejor que sentarse a la mesa. En Santa Cruz, como en casi toda la América interior, se come a la francesa a las once de la mañana y a las seis de la tarde. Debido a la bondad del clima, se sirven los manjares de una vez, de manera que, de un vistazo, puede decir el estómago: "esto quiero, esto no quiero". El maíz, el arroz, el plátano y el charque, o tasajo, son los compuestos de casi todas las viandas cruceñas. No se come otra cosa en todo el oriente boliviano, pero aderezado de tantas maneras que resultan platos sabrosos y substanciales. El vino y el pan de trigo no se conocen, o son muy caros; los reemplazan el café y el chocolate, a todo pasto, y el jacú, que consiste en rodajas de plátano o de yuca, que se toman entre plato y plato, para abrir boca.

El chocolate es de superior calidad, y suele tomarse como postre, a lo último de la comida, poniendo en una jícara o taza una cucharada de azúcar, porque lo elaboran amargo y en panes redondos, hechos a brazo. El café y el tabaco son tan estimados que vienen de la Argentina con el exclusivo objeto de transportarlos.

Estas y otras riquezas agrícolas y forestales que iremos viendo permanecen estacionarias y apenas estimulan la actividad de los cruceños por falta de comunicaciones. Los caminos del interior de la República son fragosos, largos e incómodos, a través de fangales y maniguas, los que llevan a Puerto Suárez y Puerto Pacheco, en las fronteras del Brasil y del Paraguay; grandes proyectos ferroviarios, pero ninguno se realiza; entre tanto Santa Cruz languidece y se siente pobre, como Midas entre sus tesoros. Tierras sin caminos, son como un cuerpo humano sin arterias; una estatua de barro.

1927

De "Por la América desconocida", Editorial Caro Raggio, Mendizábal, Madrid, 1927.

AISLADA DEL MUNDO, COMO UN OASIS PERDIDO

Philipp Vacano

Sólo dos ríos, el Parapetí y el Río Grande, con sus grandes flujos, pueden desafiar al Chaco. El Parapetí, que está más al sur de ambos, se curva en la llanura proyectando un gran arco hacia el norte y se pierde gradualmente en un enorme pantano en el norte del Chaco.

El Río Grande, una corriente poderosa cuyo ancho llega a alcanzar un kilómetro, también se curva en la llanura hacia el norte y se une, a cientos de kilómetros al norte de Santa Cruz, con el Mamoré, uno de los grandes afluentes del Amazonas.

Las posibles fuentes de agua en el Chaco, y saber a qué cuenca pertenecen sus posibles ríos, es de gran interés para los investigadores. Pero ni una sola de las numerosas expediciones que se han aventurado hacia el interior del Chaco ha resuelto el enigma. Los mapas de la zona muestran diversas colinas y lagunas, pero nadie las ha visto de verdad. A los cartógrafos sudamericanos no parece angustiarles.

Ellos simplemente dibujan los mapas de semejante región según rumores y sospechas personales. Pero tampoco cargan gran responsabilidad sobre sus hombros, pues nadie que quiera adentrarse en estas tierras tomará demasiado en serio estos mapas artísticos de los geógrafos. La exploración de esta región será la primera tarea para los aviadores. Cuando se encuentre agua aquí, la exploración de la totalidad del Chaco sólo será una cuestión de tiempo.

De la orilla del Río Grande volamos guiándonos por la brújula directamente hacia Santa Cruz de la Sierra, casi dos horas sobre selva cerrada, la que, en contraste con el bosque de arbustos que conocíamos, está compuesta por un denso bosque de árboles altos.

A lo largo y ancho de muchos kilómetros la selva está coloreada de un tono rojizo, pues alguna numerosa especie de árbol está floreciendo. Finalmente divisamos delante nuestro el lecho seco del río Piraí, en cuya orilla debe quedar nuestra meta. Aquí, en algunos lugares la selva está despejada.

De pronto surge la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, dividida en manzanos regulares. Una ciudad de verdad, con 17.000 habitantes, en medio de la selva interminable. Aislada del mundo, sin vinculación por tierra o por río, hela ahí, como un oasis perdido.

Por las calles pululan gentes vestidas de blanco y en las casas flamean banderas. Los tres únicos autos de la ciudad corren como locos por las calles arenosas. Es como si hubiésemos perturbado un hormiguero. Aterrizamos; al instante estamos rodeados. El entusiasmo de los habitantes de Santa Cruz no nos sorprende, pues somos los primeros que encontramos el camino hasta aquí en un avión militar. Pero además traemos con nosotros al Jefe del Estado Mayor.

Santa Cruz de la Sierra es un paraíso, un jardín de las maravillas de la naturaleza. El suelo fértil y el clima le dan al hombre todo lo que necesita para vivir sin que tenga que mover un dedo. Aquí, en efecto, es la tan cacareada Tierra de Jauja, donde a uno las palomas le vuelan asadas a la boca. Una pesada cesta

de naranjas cuesta alrededor de 20 céntimos (de franco suizo). Por 50 francos una familia puede vivir principescamente durante un mes. Lo que llamamos trabajo es apenas conocido por los habitantes.

Santa Cruz fue fundada en 1595 y es la capital del departamento homólogo, el más grande de Bolivia, que tiene unos 370.000 kilómetros cuadrados. Poco ha cambiado en la región desde su creación. La ciudad pudo vincularse con el resto del país recién desde hace dos años mediante tráfico aéreo. Al lado del



Manifestación cívica, 1910.

más moderno de los medios de transporte se ve una carreta de madera de dos ruedas, completamente construida, como en la época de las grandes migraciones europeas. Ésta lleva a los pasajeros y el correo, que han cruzado en pocas horas algunas de las montañas más altas de la tierra, y que llegarán en días y semanas, en trabajoso viaje hasta su destino final.

Como de costumbre, partimos temprano. Esta vez habrá que cruzar la cordillera en uno de los sitios en que es más ancha. Tras un corto vuelo alcanzamos las estribaciones más orientales. Una montaña detrás de otra. La vegetación lo cubre todo. Sólo en unos pocos valles estrechos se puede ver de cuando en cuando un pequeño claro. Las montañas se hacen más y más altas. Tras casi una hora de trayecto volamos sobre la zona más alta de nuestro cruce de la cordillera.

La selva ha desaparecido. Calvas y desnudas, las montañas se alinean una tras otra. Sólo los valles conservan algo de su adorno vegetal. De rato en rato sobrevolamos alguna pista de emergencia, que ha construido el servicio aéreo civil con grandes sacrificios financieros entre Cochabamba y Santa Cruz. A pesar de que las pistas son pequeñas, le dan al aviador una cierta seguridad en estas regiones desoladas.

La buena visibilidad facilita la orientación. Pero pronto encontramos un fuerte viento en contra y mi velocidad apenas sobrepasa los 100 kilómetros por hora. En todo caso tengo suficiente gasolina en mis tanques como para llegar al aeropuerto principal de la línea aérea boliviana en Cochabamba.

1928

Artículo publicado en la Neue Züricher Zeitung. Zurich. 1928.

El interés de este texto, como señala el autor, es que recuerda el primer vuelo militar que se hizo sobre Santa Cruz.

UNA DE LAS CIUDADES MÁS SINGULARES DE AMÉRICA

Ciro Torres López

Santa Cruz de la Sierra, antigua de la Barranca, o simplemente Santa Cruz, quedaba hacia levante, a 500 kilómetros del Tunari, en las planicies bajas y cálidas. Podía irse a mula, en 10 días de viaje difícilísimo y malsano, o en avión en 3 horas.

Después de repetidas y nuevas esperas de la Compañía en indecisiones increíbles, que eran las que antes me habían impedido partir; luego de atravesar cuchillas y más cuchillas de agrias serranías plomizas y afiladas que mantienen en continuos altibajos al aparato, y tras flanquear nevados y horadar cúmulos, volando ya sobre la selva, y más tarde encima de una vasta pampa venteada, el avión aterrizó al fin en el Trompillo.

En mitad de una vasta pampa selvosa quedaba Santa Cruz, una de las ciudades más singulares de América. Aún existía en ella la carreta y la fabricación de azúcar en pilón. Contaba con un automóvil, uno solo, que era naturalmente un “Ford”, para subir al cual, lógicamente también, había que hacerlo con suma cortesía. Rural y mudéjar, era ésta un pedazo de Andalucía en América, orlada por la soledad y la grandeza de la floresta boliviana. Andaluces por la pura raza, por el vivísimo ingenio, por la saltarina alegría, por lo aspirado de las haches y lo abundoso de las jotas, por la sal de sus mujeres, por lo parlanchines, enamoradizos, exagerados, haraganes y contemplativos, los cruceños, hasta usaban todavía –en los campos– la chaquetilla y el riflero. A falta del manzanilla tenían el mururé, y de la navaja el puñalíngio. Su lenguaje castizo hasta poner en boca de los rústicos palabras como “acoquinado”, “escotero”, “agujeta”, tenía también vocablos como “jenecherú”, “plequecó”, “jajo”, “tacú”, “panacú”, “pichiró” y mil así de la más esclarecida prosapia guaranítica; que no en vano habían convivido íntimamente, en lucha tenaz, durante más de tres siglos, blancos y aborígenes. A ese magnífico tesoro racial, y de lingüística, y de costumbres, y de habitación (una casa particularísima), había que agregar el de la tierra de una feracidad maravillosa. En ella rodaba el oro por sus arenales, producía dos cosechas al año de la mayor parte de los granos, la caña de azúcar florecía y su rendimiento zacarinoso pasaba del 16%, el añil como el cacao se daban espontáneos, la naranja sabrosísima y grande se vendía a 10 centavos los 24 pares. Su café era más fino y más sano que el de Moka, enormemente superior al brasileño. Tenía doscientas variedades de frutas propias, algunas que daban hasta cuatro cosechas anuales como el “guapurú”; y en sus bosques más de 800 clases de maderas, entre ellas la “mara” o preciosísima caoba que allí se utilizaba para macizas ruedas de carreta. Y por si eso no bastase, ¿qué era Santa Cruz en realidad?, ¡pues pueblos de América posteriores a los días de la Emancipación! En menos de 70 años, desde 1855 hasta 1908, Santa Cruz había conquistado para la civilización casi dos millones de kilómetros cuadrados de tierras bárbaras en las pampas bravas y en las selvas ásperas del corazón de América en pugna con los salvajes, con las enfermedades, con la intemperie, con el hambre, la soledad, la nostalgia y el desierto brutal, jalonando esas conquistas con los cadáveres de más de cien mil cruceños, de más de cien mil héroes que habían titanizado la tierra con hazañas dignas de los dioses antiguos –que al presente eran no sólo desconocidas sino hasta negadas por la Bolivia occidental-, pero que cuando un hombre las incorporase a los vientos de la fama, no sólo abarcarían a toda Bolivia,

honrándola, encumbrándola, e iluminándola, sino que como un nuevo Sol de América se dilatarían más grandes que el Continente mismo, reclamando un nuevo Homero y exigiendo nuevos clarines que como todo lo de América tuviesen una cuarta más de altitud. Y al presente, ¿qué era Santa Cruz? Pues una diminuta ciudad de apenas 20.000 habitantes, poblada por hombres cansados, viviendo en la más lamentable indigencia, profundamente decepcionados, vencida el alma por un escepticismo sonriente y trágico, con una juventud como la de Sucre, desdichada e insignificante –salvo en tres o cuatro individuos–, deshaciéndose entre enfermedades y dolores, agotados, amargados, aislados, engañados cien veces, dejándose morir, cansados, profundamente cansados sobre todo en el espíritu; pero con una raza y una tierra que el día en que tuviesen una pequeña ayuda, el envión inicial, volverían nuevamente a levantarse como Anteo al contacto del planeta, que por algo era Santa Cruz la viva imagen de España, y, más que ello, la surgencia de América.

Por lo que respecta a mi actuación, en su pesimismo desconfiadísimo, Santa Cruz había dejado de alentar incluso para lo argentino ese tradicional afecto de otros días. Es más, hasta guardaba prevención en contra de lo argentino, por muchas razones que oportunamente daré. Me hallé, pues, con un ambiente hostil. Sus mujeres, especialmente, me demostraron una evidente antipatía. Llegué en cierto instante a pensar que lo mejor era marcharse. Pero quise urgir ese final y pronuncié mi primera conferencia a la cual acudió una sola mujer. Doña Julia Barberí de Molina, y pocos hombres. Al día siguiente todas las dificultades e imposibles se convirtieron en facilidades, atenciones y cordialidades, que fueron ya cariños y agasajos en la tercera y cuarta, exaltación racial en la quinta; de suerte que después de la séptima, todos los intelectuales unidos en admirable fraternidad espiritual e internacional ofrecieron a mi país en mi persona una hermosa fiesta, singularísima –que en el libro sobre Santa Cruz he de consignar– deparándome momentos exactamente semejantes a los que estaba acostumbrado a recibir en las ciudades argentinas. Semejantes también porque había florecido ya para mí la dicha de vivir en los soles negros de dos ojazos retintos de mujer. Como en las tierras perfumadas y dulces de Tucumán, como entre aquel mar esmeralda de los viñedos mendocinos, como al amor de las rubias espigas de Córdoba, como en las sonoras noches de Entre Ríos, como en las cálidas y trépidas planicies de Santiago, ahora unos labios –fuego y agua– me brindaban toda la sal de esta tierra de mujeres hermosas y ardientes que en sí adunan las mieles de pámpano, triguil, arroyo, caña y dátíl, a más la suavidad de paloma, la caricia de fronda y la vitalidad jugosa de los frutos maduros. Eran los labios de una mujer, hija de una tierra donde el amor es amor y no negocio, donde la mano es amical, y donde los corazones, como la comarca, acarician con la misma riqueza desbordada y generosa de ella.

Cumplida mi labor, ¿debería regresar de inmediato al altiplano? De ninguna manera, porque Santa Cruz, la ciudad, era tan sólo el nido, el roquedal de los cóndores que habían abarcado a la sombra de sus alas medio continente. Yo acababa de ver el solar de donde habían partido tales varones, pero lo que importaba, sobre todo, lo indispensable, era contemplar algo siquiera de la tierra que ellos habían civilizado, auscultarles en la pampa y en la selva y seguir –humilde rastreador– la huella de esos hombres de roca que tenían la planta de huracán y el corazón de chonta.

1930

De “Las maravillosas tierras del Acre”, (en la floresta amazónica de Bolivia), Talleres Tipográficos del Colegio Don Bosco de La Paz. Noviembre de 1930.

EL EMBRUJO DE ORIENTE: EL PAISAJE Y LA MUJER

Carlos Dorado Chopitea

Abierta como una fruta o una herida Santa Cruz, tierra ávida, brote puro de un paisaje que acobarda las pupilas por la violencia de su belleza.

Aquí domina tan absolutamente, que la obra del hombre, aunque llegara a su expresión máxima de técnica –arquitectura, industria, ferrocarriles–, siempre estará relegada a un segundo plano.

Triunfa en el ambiente, la belleza cálida de la mujer que tuerce destinos y amarra al hombre con la fuerza “vegetal” de su estructura –molde trópico– donde vence la línea rotunda de las formas en el acabado de las caderas firmes y libres. Mujeres con sabor a frutos. Limpias de cuerpo, vigorosas, alegres, capaces de dar una raza purísima. Mujeres para las cuales, parece haber cantado Parra del Riego, aquel formidable “Pollirritmo dinámico de la mujer vegetal”.

Escenario magnífico para la eclosión de esa belleza sensual de la mujer cruceña, Santa Cruz, esconde para el “colla” –pétreo endurecido por la influencia árida del paisaje andino–, una maravillosa válvula, por donde escapa el contenido espiritual, anquilosado bajo el peso cósmico, que significa tener en la raya del horizonte el cinturón de montañas, erguidas ante el tiempo y la distancia.

El paisaje y la mujer, fuerzas donde se asienta el embrujo del Oriente. Paisaje donde revientan los colores, penetrando como rayos de luces en las pupilas absortas. El ambiente se carga de jugos de fruta, olores de helechos y palmas, dulzor de cañas, frescura de platanares, humedad de la tierra negra y congestionada en su avidez de lanzar a lo alto árboles y árboles. Hay una continua relación entre la tierra que recibe la semilla y el aire que la transporta; es una febril culminación procreativa; un ansia incontenible de brotar.

Engarza en el paisaje, la belleza de la mujer. Belleza agresiva en el sentido del sexo. Tentación que sujeta al hombre y le hace perder impulso para la solución de los otros problemas esenciales.

1935

“El Diario”, La Paz, 24 de septiembre de 1935

VIÑETAS DEL CARNAVAL CRUCEÑO

Augusto Céspedes

Santa Cruz... La pequeña ciudad del Oriente, perdida en el llano, apenas perceptible en el verde monte por su torre y los tejados verduzcos o color de siena. Empolvado y con la barba crecida atravesé las calles, ríos de tierra, entre las casas de anchos aleros con galerías sostenidas por pilares de ladrillo o de madera, Tierra de rojo trópico, un país aislado del tiempo que, por eso mismo, conservaba inmutables los genes de un bello tipo femenino que saturaba todas las clases sociales. Una endogamia hispano-arábiga había logrado su dosificación estética con la sangre bárbara, aunque toda la población presumía de blanca pura. En la plaza principal, de altos árboles y flores silvestres, ocupaban los numerosos bancos día y noche los varones en mangas de camisa. Al caer la tarde el bullicio de los pájaros atraía a algunas mujeres que daban su exhibición de ojos negros.

* * *

Ella me dijo posteriormente que anduvo para hallarme en la calle, hasta que me encontró. Caminaba yo bajo los corredores, marcos carcomidos para la belleza de las mujeres que los transitaban, muy serias, algunas con quitasol, ojos luminosos, generalmente negros, sumidos sobre los pómulos radiantes, con trajes delgados, brazos desnudos, las piernas sin medias, los cuerpos erectos en una continuidad anatómica sin otro quebranto desde la nuca a las pantorrillas que la ondulación de las caderas.

* * *

Modistos y costureras confeccionaban trajes de fantasía o dominós con caperuza, iguales a las chilabas. Tema inicial de las conversaciones: "ya llega el carnaval". Llegaba la cromática vendimia, la cosecha de la siembra erótica: compromisos furtivos, citas postergadas, complicidades y represiones, verdades y venganzas en la semana ritual de la embriaguez. En las calles ya se oían tambores que transmitían los ecos de la convocatoria a la farra colectiva. Venía el carnaval en un bombardeo de cohetes y en un derroche de los sueldos, los ahorros y los dividendos de todo el año. Los aviones hacían vuelos extras, los camiones descargaban toneladas de cerveza y licores, el comercio tenía su mejor temporada, se medía el agua de los aljibes.

* * *

Sería imposible reconocer a Leda ni a ninguna de las mujeres cubiertas de cabeza a talones con chilabas generalmente negras, una masa incógnita y misteriosa, sin edad, una movediza sociedad secreta de centenares de tapadas, ceñidas con cinturón algunas y otras con el dominó deformado como una alcachofa por ropas interiores yuxtapuestas, caperuzas y antifaces con dos agujeritos para los ojos. Otras usan unos capuchones cónicos más impenetrables aún. Las mujeres que no temen ser reconocidas llevan el dominó sobre la piel. Las jóvenes asociadas a comparsas tienen trajes de fantasía y un medio antifaz. Los hombres descubiertos, en mangas de camisa o blusas de colores, con las raras excepciones de aquellos que no quieren hacerse ver por luto reciente o compromisos impublicables.

Desde los suburbios al centro el contrapunto de las bandas. Desfilan las máscaras a la entrada del Tropicana como a cumplir un deber cívico. Semicírculos de humo, de mesas y botellas, cadenas de papel, figuras en blanco y en colores, pirámides de raso vivientes. Los ventiladores disuelven los copos de papel picado cayendo sobre los vasos que abrevan los sedientos despegándose pequeños discos de los labios.

La música y el alcohol empiezan a combinar un cóctel de alegría entre pagana y medieval, de sensualidad y secreto, y una mujer blindada de verde con antifaz blanco me aprieta el brazo.

-¿A quien espera usted, jovencito? —dice con voz fingida y me introduce con ductilidad de pantera en la gran congregación de los sexos. Un acento atiplado, el lenguaje de las mascaritas, la voz de los burladores roza las orejas con su bífida lengua viperina. La masa presiona, los cuerpos se acoplan en una gran circunferencia que gira al compás de los boleros, las zambas y los carnavales.

Mi pareja se desliza conmigo hasta salir hacia una mesa arrinconada en cuyo fondo unas máscaras femeninas, taciturnas y ojivales, miran el baile como presidiendo una sesión del Santo Oficio. Un dominó con apariencia de torre medieval nos saluda con un ademán.

* * *

De pronto, con una abertura monumental irrumpe la banda, una armonía bárbara y violenta, un cataclismo sinfónico que engrandece el local con una turgencia de sonidos, un huracán resoplado papel picado, polvos y éter, trasmitiéndonos físicamente su percusión, haciendo diapason del tórax, acelerando el ritmo centrípeto de las máscaras.

Una marejada en la onda gruesa. Nos empujan, el remolino de la pelea, antifaces que vuelan, gorras por encima de la gente, cristales que se rompen, pero la banda echa un amplio manto sonoro de cuero y metales y la masa se cierra como una estela en el agua y sigue girando la rueda. Surgen surtidos de serpentinas, curvas de los chisguetes. Los motores se calientan. En el bar un mitin bárbaro abrevando ríos. La banda hace tintinear las copas. Buscamos rincones para besarnos entre cabezas y ojos de raso. Otra vez a la rueda. Las horas son globos de gomas coloridas, simulan caras que se comprimen o se dilatan, revientan sorpresivamente y las pisan los pies de las diablitas y las apaches.

* * *

Se bailaba aún en el centro de la pista. La orquesta tocaba por parcelas, algunos músicos dormían y al ser tocados por el maestro, a su turno, automáticamente tomaban los platillos o los bronces y lanzaban llamadas de auxilio, en retirada. Ya había palcos huecos, los manteles se arrastraban. Máscaras extraviadas apartaban con los pies montones de papel y copas rotas en el suelo.

Algunas mujeres se volcaron la capucha sobre los hombros y sus cuellos blancos emergieron del bulto deforme cual el amanecer después de los secretos de la noche, como la vida y la carne del ropaje inanimado. Sobre ellas se alzó una serpentina suelta con un vuelo lento y vibrante y se me ocurrió: “cae cayendo la serpentina...”.

Algunas luces se apagaron y la franja de remoto ópalo del amanecer asomó en el fondo de los corredores, amasando las sombras que permanecían en el local.

1940

De la novela, “Trópico enamorado”, Ediciones “Universo”. 1968. La Paz, Bolivia.

Santa Cruz 169

EVOCACIÓN DE LA HISTORIA CRUCEÑA

Alfredo Flores

Portada

Cuentan los viejos y empolvados cronicones que, a mediados del siglo XVI, un puñado de españoles, andaluces en su mayor parte, cruzó las selvas hacia el naciente y, abriéndose paso entre la verde maraña del monte, acampó a orillas de un riachuelo cristalino que corría rumoroso, dulce y fresco, bajo la tibia fronda de las arboledas. Para llegar allí aquellos hombres hubieron de vencer fatigas sin cuento, avanzando durante largos días por tierras pantanosas de aguas infectas, o cubriendo penosas jornadas sobre arenales sin fin; sedientos, andrajosos, hambrientos y desalentados. En la entraña de esos bravos se agitaba una ambición o bullía un sordo deseo insatisfecho. Ellos habían llegado a las tierras del nuevo mundo tras luengas travesías y marchaban en pos de las comarcas encantadas que les brindarían tesoros incalculables, oro, plata, preciosas piedras para colmar su codicia y mujeres ardientes de piel morena, satinada y tibia, sensuales y amorosas, para calmar sus ardores; pero hubieron de hacer un alto en el camino y la hueste aguerrida plantó allí el signo de la Cruz y envainó la espada para fundar un pueblo en un paraje de ensueño y maravilla. Eran aquellos campos exuberantes y extensos; gigantescas arboledas bajo cuyas sombras se cobijaba la gacela y trinaban las aves de todos los plumajes; praderas interminables donde se alzaba grácil la palma y donde la brisa fugaba temblorosa por entre los tiernos y jugosos pastizales. De aquel suelo potente, inviolado en su misterio, se levantaba un vaho excitante que embriagaba y enardecía como si anunciase la proximidad de la hembra en celo; y bajo el cielo gloriosamente claro, orgía de luz y de color, resplandecía el verde ropaje de la tierra. Los hombres pararon las casas cerca de la montaña azul, desde donde se divisaba un cerro hermoso, redondo y perfecto como un seno de mujer. Una cascada suave, alegre y clamorosa, alimentaba al riacho a cuya vera se formó la primera calle de este pueblo que aquella gente bautizó con el nombre de Santa Cruz de la Sierra, porque el mismo nombre llevaba el pueblo del gallardo capitán trujillano que la comandaba.

Pero la obra no terminó allí. Fundado el pueblo había que defenderlo. Era ésta una tarea titánica en aquellas comarcas pobladas por tribus hostiles. El chiriguano amaba también su tierra y odiaba al blanco que, intruso, quería sojuzgarle. Cien veces cercó la incipiente población donde los hombres defendieron su conquista y mezclaron su sangre aventurera con la del indómito aborigen en combates dignos de la leyenda y la epopeya.

Con el correr del tiempo el villorrio fue creciendo. Llegaron las mujeres de los primeros pobladores y tras la caravana muchos hombres con la inquietud hispánica de ver nuevas tierras y con el secreto móvil de probar fortuna. Y es así que ya, en el año 1570, había allí una ancha plazoleta verde donde al caer de la tarde, después de la merienda, paseaba Su Señoría el Gobernador don Diego de Mendoza tramando intrigas con los hidalgüelos linajudos y soberbios; ancho el chapeo con la pluma enhiesta y el gran espadón a la cintura.

Reverendos los canónigos rollizos, aplopéjicos, transitaban circunspectos a pesar de ser los mejores catadores de las sabrosas brevas del amor. Beatíficos pasaban los curas satisfechos de la fe de la parroquia que les colmaba la bolsa con la ingenua y piadosa limosna de los feligreses. También había allí algunos

graves funcionarios de la real casa y oficialillos empingorotados que arrastraban pretenciosamente la tizona junto a las mozas garridas o bajo la reja de alguna ventana que, entre la penumbra, dejaba ver el brillo de unos ojos morunos, ardientes y apasionados. Las contadas callejas del caserío eran estrechas y tortuosas; por allí, al amparo de las sombras celestinescamente amigas, los mozos guapos trajinaban en pos de los rostros morenos y cuerpos ardientes de las indias. A lo lejos, junto a un portón, se escuchaba un canto apasionado bajado por la vihuela soñadora y, al cruzar una esquina, no era raro oír el frío chocar de los aceros entre las sombras de la noche, escuchar un juramento y, luego, el brusco caer de un cuerpo en tierra atravesado por la estocada más certera.

Toda esta gente arrojadiza y pendenciera había trasladado a aquel rincón de las Indias un pedazo vivo de la tierra sevillana. Vivían ellos soñando en aventuras quiméricas, gozando del amor y mestizando a su regalado gusto. De tarde en tarde turbaba tan mansa quietud una gresca de proporciones que marcaba época en la historia del pueblo, como aquella trifulca memorable en que, por cuestión de sitios en el Templo, la orgullosa doña María de Angulo, dio la señal para que los hombres desenvainaran las espadas y desacataran la autoridad del Gobernador Pérez de Zurita, que fue depuesto y reducido a prisión.

No eran hombres para vivir una tranquila existencia sedentaria; su natural individualismo soberbio les impulsaba a la aventura y cuando ésta faltaba, a la querrela. No eran tampoco organizadores fríos que ajustasen su acción al método o al detalle calculado; andantes caballeros, el orden les molestaba más, a buen seguro, que la férrea armadura que les protegía... Y es así que Santa Cruz de la Sierra, la noble e hidalga ciudad de la llanura, con riesgo de extinguirse, languidecía en el fondo umbroso de las selvas.

En aquellos tiempos de Dios los pueblos se fundaban en nuestra América a la buena ventura. Cualquier capitán con un pelotón de valientes se creía capaz de conquistar un mundo, o de echar las bases de un futuro Imperio. Así nacieron y murieron muchas poblaciones fundadas las más de las veces, con el solo objeto de servir de escala a próximas conquistas, o para contener el avance del aborigen sobre los núcleos incipientes del interior. Por otra parte, aquellos españoles no eran colonos sino conquistadores que no querían someterse a la plebeya subordinación del trabajo de la tierra; dejaban ésta en manos del vasallo indio. Cuando faltaba el indio entonces las ciudades perecían de necesidad y lo más cuerdo era abandonarlas o trasladarlas a otro lugar. El caso de Santa Cruz la vieja tuvo mucho de esto y algo de lo otro. La Real Audiencia tomó cartas en el asunto y después de un frondoso papeleo en el que intervinieron oidores, notarios, alguaciles y gente de toga, se proveyó el traslado de la primitiva fundación. Un día de esos, como habían llegado, los hombres con sus mujeres, sus críos, sus armas y sus objetos de culto, sus pendones y sus estandartes, abandonaron la vieja ciudad y fundaron una nueva cerca de la Villa de San Lorenzo, con la que más tarde se fusionaron para formar la actual Santa Cruz de la Sierra. Los cruceños dieron a la nueva ciudad además del nombre todas las peculiaridades de la antigua capital chiquitana que quedó definitivamente abandonada a las selvas y a los espectros de los hidalgos magros que, dicen, ambulaban todavía por sus calles muertas.

La sombra de aquellos aventureros sublimes, comandados por el gran capitán don Ñuflo, se cierne todavía sobre el espíritu de la raza; surge de entre el fuego pirotécnico de la leyenda para dar perfil a muchas características de espíritu cruceño. Parece que sobre la calma solariega vagara todavía el eco de lejanos rumores y que aún se escucharan, susurrantes, en el silencio, las voces de don Sancho, don Mendo y don Rodrigo que dejaron pobladas las brumas de la tradición de extraños ruidos donde, entre los redobles del tambor, se mezclan en bronca sinfonía, el chocar de las tizonas, el resbalar de lanzas sobre los petos y las adargas, junto a las ráfagas detonantes de mosquetes y arcabuces.

Los españoles aportaron al carácter tempestuoso de los moradores de aquellas tierras, las hidalgas virtudes de la raza y las fallas románticas de su espíritu aventurero, impulsivo y despreocupado por todo lo que no fuera gloria, fama o fortuna. El nativo astuto, indolente y sensual, libre y rebelde como el viento de las pampas, se amalgamó en carne y espíritu a la raza conquistadora que él, a su vez, conquistó con el amor arrullador de sus mujeres y el embrujo de aquel suelo cálido como un regazo.

La conjunción de aquellas razas nos legó un tipo de criollo soberbio en apostura, afecto a la molicie, listo a la pendencia como tardío para todo aquello que significara el plebeyo esfuerzo del trabajo metodizado: el hombre sensual y apasionado en el amor, soñador, inconstante y mujeriego; la mujer noble abnegada y sumisa con sumisión moruna, bella y ardiente, de finos perfiles espirituales. Producto de esa mezcla son aquellos tipos velazquinos que aun vemos en los pueblos cuyo lenguaje saturado de arcaísmos, nos trae a la memoria algo de la leyenda cervantina y lo son también aquellos grandes señores; magros caballeros; los gordinflones sanchos; los guapos corpulentos ociosos y pendencieros; las majas mujeres de rasgados ojos y de mirar húmedo; las viejas acorchadas, pregoneras, agoreras como brujas; los marrajos y los mohatrerros. Y no falta tampoco al cuadro algún mendigo popular que parece escapado de una tela goyesca, o un caballero místico y torturado digno del pincel del Greco. El tipo clásico ibérico conserva allí sus nítidos perfiles, y no desentona con el medio, porque Santa Cruz ha llegado hasta nuestros tiempos conservando las costumbres y las peculiaridades que le legaron sus fundadores y que, merced a su aislamiento, permanecen allí guardadas como en un viejo arcón y mantienen en el ambiente el añejo perfume de una villa andaluza de mil seiscientos.

En pleno siglo del progreso, cuando la maquinaria ruge en los pueblos, allí los bueyes siguen tirando de la carreta crujiente por los caminos soleados y las calles arenosas, poniendo una romántica y legendaria nota en el silencio de aquellas tierras olorosamente sombreadas. Todavía, afirman las viejas, aparecen en los caminos los bultos tremendos, y los malignos duendes moran en los viejos caserones.

Y aún hoy, en el año de gracia de mil novecientos veinte, al pie de las ventanas enrejadas, los cruceños enamorados pulsan sus guitarras soñadoras, volcando el ardor de sus temperamentos apasionados en tiernas y sentidas endechas; en las noches de Luna, blancas como el día, se transita por las callejas silenciosas y se puede escuchar, a lo lejos, la vieja música en los compases cadenciosos del vals y la habanera; los hombres gastan levassoleadas y altas felpas lustrosas en los días de fiesta, y las mujeres se tocan con el gallardo mantón que imprime a sus siluetas donaires de maja y majestades de chula.

Por entre las callejas soleadas, cuya tranquilidad no ha turbado aún el progreso, en las mañanas primaverales, se escucha el claro din din de las campanas entrelazado con el nítido golpear de los yunques en las herrerías. De los portones umbrosos se escapa el piar de los tordos, que viene desde los patios rojos, grandes y frescos; al par que, en una esquina, se escucha una voz chillona que pregonasu mercancía. A la hora de la siesta duerme todo el mundo con felicidad patriarcal; y en las tardes, al caer el Sol, cuando llega la brisa perfumada de naranjos, las comadres del barrio y las niñas emperifolladas salen a los corredores de las casas, se sientan formando grandes ruedas y, desde allí, fiscalizan el paso de los peatones, mientras que, entre susurros y cuchicheos, hacen el sabroso comentario de lo que pasa y de lo que no pasa en el pueblo.

En este ambiente apacible de rincón soleado, transcurre esta fábula.

1941

Introducción a la novela "La Virgen de las siete calles", Santa Cruz, 1941.

¡SANTA CRUZ! ¡PATRONCITO, AHÍ ESTA SU SANTA CRUZ!

Enrique Finot

El que así gritaba era el arriero vallegrandino, al propio tiempo que, con el brazo extendido, señalaba un punto en el horizonte.

El camino se alejaba, como trazado a cordel, siguiendo la dirección de los altos postes de la línea telegráfica. Al fondo se divisaba, sobresaliendo por encima de la arboleda y destacándose sobre el cielo claro, apenas manchado por nubes algodonosas, la silueta de un campanario. El viajero a quien iba dirigida aquella jubilosa exclamación era un hombre joven, caballero en buena mula “de paso”, que al punto detuvo la cabalgadura y se quedó mirando aquel indicio seguro de la cercanía de la ciudad. Pero al darse cuenta de que se le humedecían los ojos y de que su semblante podía denunciar la emoción, picó espuelas y tomó, por algún trecho, la delantera de su acompañante. El arriero, sin embargo, no dejó de percatarse de la alteración sufrida por el “patroncito” y se limitó a sonreír socarronamente. ¿No le había dicho cien veces, en el curso del viaje, que volvía a su tierra natal sin entusiasmo, a regañadientes y casi obligado?

Si, ahí estaba Santa Cruz, a donde regresaba después de quince largos años de trajines por el mundo. Nunca hubiera creído que la sola visión de una desmedrada torrecita, que de golpe le salía al paso, pudiera producir en su espíritu aquella extraña conmoción y tener la virtud de enternecerle hasta las lágrimas. Trató de analizar su estado de ánimo y llegó a la conclusión de que no había motivo razonable que justificara tan intempestivo acceso de ternura.

Trataba siempre de evitar las manifestaciones excesivamente sentimentales, que consideraba ridículas y nada varoniles. El poblado próximo ni siquiera guardaba las cenizas de sus padres. La novia hacía tiempo que se había casado con otro, cansada de su desdén y su desvío. De los amigos y discípulos apenas guardaba memoria y casi con ninguno de ellos había mantenido correspondencia. Su larga residencia en países lejanos, en contacto con gentes de otra índole, de mentalidad, costumbres y lengua diferentes, había contribuido a alejarle espiritualmente, acostumbrándole a la idea de que probablemente no volvería nunca por aquellos andurriales.

Estudios, viajes, preocupaciones nuevas y complicaciones amorosas más o menos efímeras, habían trabajado en su ánimo hasta darle la impresión de que ya nada le ligaba al solar nativo. Pensaba en él sólo incidentalmente, cada vez que pasaba por apremios de orden económico. Ciertamente allí estaban sus tíos, los viejos tíos que le habían servido de padres y habían vigilado su primera educación; pero no podía dejar de considerar que a la voluntad de ellos se debía este forzado retorno a la patria, retorno que torcía el curso de su vida y trastornaba todos sus planes.

Y, sin embargo, he aquí que al acercarse al viejo caserío perdido entre frondas y praderas, se levantaba en su pecho algo como la explosión de mil ansias contenidas. Efecto, quizá, del alivio que le significaba haber llegado al término de la penosa y larga peregrinación de doce días, sometido a toda clase de

privaciones e incomodidades, desde que abandonara el tren de Cochabamba para seguir viaje a través de caminos intransitables y empleando los medios de locomoción más primitivos. Tal vez, influencia de las impresiones recibidas desde el día anterior, cuando dejando atrás los últimos escalones de la sierra, ganara “el plan”, la genuina tierra cruceña, tan diferente de todo el resto del territorio boliviano que había recorrido, entrando por Arica, pasando por las altas cumbres, atravesando la altiplanicie, tramontando la cordillera interior y cruzando los valles que marcan el paulatino descenso hacia las llanuras orientales. Nada de lo que había visto anteriormente, ni la topografía, ni el clima, ni la flora y la fauna, ni los habitantes y sus costumbres, se parecían remotamente a lo que ahora le rodeaba. Esto era Santa Cruz, con su lujuriosa naturaleza y su exuberante magnificencia.



Desfile económico e industrial de Santa Cruz, 1961.

Ya al amanecer del día anterior, cuando despertó aturdido por el concierto de la selva, recibió una impresión extraordinaria. Sintió que su espíritu vibraba como un instrumento de música recién afinado, al que una mano impaciente tratara de arrancar las armonías más recónditas. ¿Qué era aquello que invadía a todo su ser, como si naciera a otra vida o como si fuera presa de un extraño sortilegio? ¿Sería posible que pudiera sentir los mismos, otro cualquiera que por primera vez pisara suelo cruceño?

Sin la intención de interpretar tan inexplicables emociones, parecía como si de pronto la tierra natal se esforzara en seducirlo y reconquistarlo. ¿Cómo había podido olvidar tanta belleza? En diferentes países de América, visitando regiones tropicales, se había extasiado en la contemplación de verdaderos paisajes de ensueño. Pero algo le decía que esto era diferente.

Así terminaba el viaje, como deslumbrado por el esplendor del ambiente y como embriagado por los aromas del campo. Se sentía atraído por innumerables accidentes, desde el aspecto de las viviendas techadas con hojas de palmera y rodeadas de sombreadas huertas, de los sembradíos y del ganado, hasta el continente airoso de los campesinos, hombres y mujeres, limpios, alegres, francos y cordiales.

1946

De la novela “Tierra Adentro”, Biblioteca cruceña, Estudio de Alcides Parejas. Colección: Literatura. Fundación “Nova”. Santa Cruz. 2008.

¡QUIEN LA VIO NO PODRÁ OLVIDARLA!

Carlos Beltrán Morales

Santa Cruz de la Sierra! ¡Quien la vio no podrá olvidarla!

El verdor fastuoso embriaga la vista y la serenidad de la atmósfera suaviza los sentimientos. En Santa Cruz campea alegre, decididor y pendenciero el espíritu de la gitanería andaluza.

Tiene la ciudad aire moruno y sevillano. Espera paciente como un mahometano y se emborracha con chatos de manzanilla como un hijo de Triana.

¡Hay cada maja! Morenas con los carbones de los ojos “encendíos” y asesinos; rubias, con cabelleras de aurinos fulgores, ojos de esperanzas, verdes como riberas de mar, azules como los lagos de Patzcuaro. Ojos grandes, abismales, cargados de promesas, que besan al mirar.

La mujer es el eje de la vida en Santa Cruz. El hombre poco o nada cuenta en la tierra. Y es que, el cruceño, sólo se siente bien, “en su temple”, cuando ha de abrir sendas en las selvas vírgenes, cuando ha de colonizar con sangre y sacrificios, como en los maniguales del Beni y del Acre o cuando ha de penetrar en la maraña de los chacos para defender la heredad boliviana.

La ciudad tiene coquetería desconcertante. En los amplios patios de las casas, los aljibes hacen pensar en las ciudades árabes: Haifa, Jerusalén, Beirut. Y como en ellas, los dulces de las frutas más exóticas y exquisitas se sirven en todos los hogares.

Los jardines de los parques, las lagunas artificiales, las clavelinas que rinden con su peso los alfeizares de los ventanales, la tierra dorada de las calles, fina como arena de desierto, todo enmarca bien para la refinada sensualidad cruceña.

Tordos, cardenales, jilgueros, calandrias, maticos, aturden en el tibio silencio de los amaneceres, mientras la mujer pone el encanto de su majeza y de su salero en tonadillas y carnavalitos tentadores, picarescos. ¡Rosas en los caminos; rosas de sangre en los labios! Bajo las palmeras embriagadas de luz y de Sol, florece el amor que eterniza los minutos.

Por las tardes, en las calles sin asfalto ni adoquines, ruedan pesados carros arrastrados por yuntas de bueyes. Los carretoneros cantan coplas de amor y de muerte. De pronto, una banda de músicos bohemios. Un buri: carnavalitos, saraos, taquiraris. Mozas retrecheras, bonitas, alegres, trenzan celos y amores. En las noches, el eco de la música repercute en los caminos. “Allí donde se escuchan bandas, está Santa Cruz”. La luz de la Luna se quiebra sobre los árboles y se refleja en los lagos del Arenal. El aire se puebla de luciérnagas y, lejos, dice su riberana de amor el Pirai...

Santa Cruz es la primera ciudad del Oriente boliviano. Mucho suele hablarse de su “regionalismo” y de sus aspiraciones “separatistas” y se olvida perversamente que ese excesivo amor por el suelo propio está plenamente justificado. El cruceño tiene que amar lo suyo con pasión. Nada de cuanto tiene de bello, de grande, de digno, ha sabido respetarse. Los intereses subalternos de la política enanizante

de las fuerzas cavernarias de la "derecha", no dejaron de atropellar lo mejor de Santa Cruz. Y en el propósito de desviar la opinión nacional, la política de "torcer el cuello" (Política sugerida por Calvo, en el Senado de Bolivia), no ha perdido su tiempo para sembrar la falsa alarma del separatismo.

Santa Cruz pudo una y mil veces haberse disgregado de Bolivia. Tuvo ocasiones para ello desde el comienzo de la guerra de la independencia. Pero, tierra digna y bien nacida, de heroica y noble estirpe, no había de estar buscando tortuosos caminos de la perfidia para traición tan nefanda. Santa Cruz tiene carne y alma bolivianas. Y por mucho que pretendan aislarla, no conseguirán las derechas impedir que ella ocupe lugar preferente en el juego del destino boliviano.

¡Tiempo es de que los hombres responsables pongan en claro las maniobras y los objetivos de la reacción. No más infamias contra Santa Cruz de la Sierra, la única defensora de la heredad boliviana en el Oriente; la primera en la lucha contra los filibusteros; la sacrificada en las guerras provocadas por la incapacidad de traidores y de felones con sede en la Casa Quemada!

¡Santa Cruz de la Sierra!

¡Con qué ternura se te añora!

1948

De "Una tierra y un alma". Librería Editorial del Maestro, Caracas, Venezuela, 1948.



EL CASTELLANO DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Óscar Alborta Velasco

Por siglos enteros vivió la ciudad de Ñuflo de Chávez en el más completo aislamiento que conservó en pureza tal el viejo castellano del siglo XVI, que no puede menos que sorprender al desaprensivo viajero que llega a ciudad tan española.

El arcaísmo, que florece aún en todas las ciudades de la América española, es moneda corriente en el habla popular de Santa Cruz y grande fue la sorpresa de un hombre de letras español al que la cruenta guerra civil había arrojado a la América, al escuchar por primera vez este castellano tan castizo. Parece, decía, que la misma vida quiso detenerse como por arte de hechicería en el siglo XVI, y que se habla, se vive y se ama en esta ciudad, como se hablaba se amaba y vivía en los lejanos días de la Conquista.

Andaluces y extremeños en su gran mayoría los españoles que llegaron durante la Conquista, trajeron su peculiar manera y tono de hablar, habiendo llegado a la América, asturianos, gallegos y catalanes, recién a partir del siglo XVIII.

Los extremeños fueron los primeros en lucir su orgullo localista. Cortés y Pizarro habían nacido en Extremadura. Los vascos realizaron proezas que ha registrado, con prolijidad admirable, el historiador Ispizúa: “La costa del Perú fue, por ejemplo, más propicia al andaluz que la sierra. El vasco halló más campo para su esfuerzo en Chile y Venezuela”.

Luis Alberto Sánchez dice: “Porque España, no hablaba el mismo idioma. El esfuerzo de Nebrija trataba de constituir un lenguaje imperial español; pero era un esfuerzo, no un hecho consumado. Basta revisar los documentos de estos tiempos para darse cuenta exacta de esa diferencia. Bernal Díaz, por ejemplo, habla un idioma diferente al de Juan de Betanzos; y éste, al de Fray Pedro Simón, y ninguno de ellos tiene nada que ver con el impecable Gomara o con el clásico y criollo Garcilaso Inca de la Vega”.

Conviene evocar la vieja casa solariega que dio origen a la española ciudad. Situada la Extremadura en la parte centro occidental de España, es tierra de mieses y ganados, y parece llevar su nombre desde la época de la Reconquista Española, conservando en su territorio otra Santa Cruz de la Sierra, lejana madre espiritual de esta hija opulenta.

Los privilegios que concediera Alfonso el Sabio, al Concejo de la Mesta en 1273, distinguen claramente, las “sierras”, o sea los terrenos útiles para pastos de verano, de los llamados “extremos”, de llanuras con pastos de invierno y donde invernaban los ganados.

Nos detenemos en este punto para hacer notar el origen netamente pastoril del lejano ascendiente extremeño y andaluz del campesino cruceño, y bien se puede comprender por ello, por qué es un magnífico ganadero de aficiones y raza.

Confina la Extremadura por el norte, con el Reino de León; con Castilla la Vieja al noroeste y Castilla la Nueva al este; al sur con la Andalucía y al oeste con Portugal. Forma pues, esta región de España,

un todo armónico con la Andalucía, cuyos “extremos”, integraba primitivamente, y es así, cómo no se puede distinguir al andaluz del extremeño, estando completamente identificados por una tierra común.

Los cuatro reinos de la Andalucía morisca, Jaén, Córdoba, Sevilla y Granada, forman hoy las provincias de Almería, Cádiz, Córdoba, Sevilla, Granada, Jaén, Málaga y Huelva. Limita al norte, la Andalucía con las regiones de la Mancha y Extremadura; al este con la de Murcia; al sureste con el Mediterráneo; al suroeste con el océano, y al oeste con el Reino de Portugal.

Es realmente hermosa la tierra de María Santísima. Olivares y viñedos, palmeras y naranjos, alegran sus cortijos de blancas casitas, y en amplias dehesas arboladas se cría el ganado vacuno, existiendo yeguas de donde proviene el hermoso caballo andaluz de pura raza. Colocada la Andalucía frente al océano y mirando al Nuevo Mundo, cumplió una gran misión histórica en la Conquista y colonización de la América, y mucha sangre andaluza corre entre los criollos, siendo particularmente notable su contribución a la formación de la población cruceña.

Tan andaluz el castellano de Santa Cruz de la Sierra, nótase en él, una gran tendencia a la supresión de la s en una mera aspiración si es final, y lo mismo pasa con la z final. Dícese entonces: foíoroh por fósforos; vamo por vamos; luh por luz; voh por vos. Como en toda nuestra América, también se suprime la palabra vosotros por ustedes, pero lo que da verdaderamente color y carácter al castellano cruceño, es el empleo de vos, apócope de vosotros, que reemplaza al pronombre tú en el habla popular.

Crean algunos autores que era el vos un tratamiento que en los siglos XVI y XVII se daba a los inferiores, y suponía Rufino Cuervo que fuese un resabio de la altanería española en su trato con indios y criollos, habiéndose comprobado, sin embargo, que el vos tenía en los siglos XVI y XVII un uso familiar, siendo usado todavía en ciertas regiones arcaizantes de España como Caso, Astorga, Sayago y Miranda.

Dice Gabriel René Moreno, acerca del empleo del vos en su tierra cruceña: “¡Ay! de aquel que no fuera blanco de pura raza; pues ese solo y sólo ese debía trabajar y a sus horas divertirse, mientras que los demás deben divertirse y ociarse al modo de señores nacidos para eso únicamente. Uno de los rasgos característicos de esta ciudad de blancos, era que todos los de esta raza se tuteaban o voseaban entre sí con excepción de quien quiera que fuese indio, cholo o colla (natural del Alto Perú y casi todos mestizos). Tratábanse de tú los iguales, el inferior hablando con el superior usaba de la segunda plural. Al chiquitano, mojeño, chiriguano o colla que, al igual de lo que podía hacer un sirviente blanco, se atrevía a tratar de vos a un cualquiera de raza española, se le escupía en la cara y no había a quién quejarse. A los collas de buena raza se los puso siempre a raya de esta comunidad de tratamiento por medio de un inexorable usted...”

Hay construcciones en el castellano cruceño que se remontan al siglo XVII, y se dice así: entrar a por entrar en; es nacido, es muerto, por ha nacido, ha muerto. Es grande el vocabulario de voces arcaicas que emplea el pueblo, y se dice todavía escobilla por cepillo; enantes, endenantes por antes; comedirse por ofrecerse; barranco o barranca, por despeñadero; dañado, por estropeado; hechor por autor; cobija por manta.

Es también confundido el puro arcaísmo con el llamado vulgarismo que tiene su origen en algún dialecto y es notable que estando ya en desuso algunas voces en la lengua literaria de la época de la Conquista, son corrientes todavía en el campo cruceño, a donde llegaron los soldados de Chávez. Los vulgarismos citados son netamente andaluces, y se dice joyo, por hoyo; jumo, por humo; pararse, por ponerse de pie; amarrar, por atar.

Pero donde se puede comprobar el origen netamente andaluz del castellano de Santa Cruz es en la aspiración que da el pueblo a la h, diciéndose jomo, jacha, suprimiéndose también la articulación de la d entre vocales, como en las palabras jerío, comió, casáo.

Dijimos ya que la palabra vos, era muy empleada unida a formas verbales arcaicas, y así los Conquistadores andaluces de la hoya del Plata, debieron decir, amas, pasas, pones, tal como sus descendientes cruceños. Tales voces consideradas como vulgarismos por los puristas de hoy día, fueron usadas en la Edad de Oro de la literatura castellana.

¡Menguado papel el de un doctorcillo sabihondo que conozco, que llegando a Santa Cruz, egresado de Universidad moderna de una gran ciudad, nueva Babilonia, quiso constituirse un día en el severo censor de estos bronceados y felices criollos!...

—¿Echóá vení, salí, corre, voces españolas del imperativo, sin final?—

—Pues sí señor, y muy bien nacidas y mejor apadrinadas, y de no creerse que vengan en nuestra ayuda estos versos del “Vergonzoso en Palacio”, de Tirso de Molina:

“Echó vino, Hernán Alonso” (Acto II — escena XIV)

Haiga, déan, vían, componélo, disponéte, son voces arcaicas y de tan buena ley que siguen valiendo, y hasta el vulgarísimo sos que se usa por eres, es forma arcaica, y quien lo emplea es nada menos que Lope de Vega:

“Desde habéis de ser madrina Laura, pues sos nuestra Reina” (El hijo de los leones).

Arcaicas y del más puro castellano son estas voces que tanto se oyen en los campos cruceños: rempujar, ade-vinar, cencia, comparanza, conocencia, disparejo, escrebir, escuro, nenguno, niervo, trujo, trompezar, polecía, mesmo, agüela, agilidioso, chantar, estitiquez, barda, corruto, pringar.

“Son tan oscuras de entender estas cosas interiores...” decía la doctora de Ávila, en “Las Moradas”, y hasta la palabra vía, tan usada por los cruceños, es tan castiza como ninguna, y así, dice Ruiz de Alarcón, en la “Verdad Sospechosa”:

“.. Mientras con cuello le vía...”

Son tantas las voces y locuciones del más castizo español, que al oírlas creemos vivir el español de los clásicos. Se dice todavía: recordar, por despertar, volver en sí; echarse, por acostarse a dormir; chantar, por poner; caduca, por chocha; desguañangado, por desbaratado, desarreglado; barda, por seto, tapia.

—No tenga pena, dice con un mohín delicioso y dulce voz, la graciosa cruceñita, para pedir a un feliz mortal que no se preocupe, y sin saberlo no hace más que seguir a Cervantes, el inimitable, cuando decía: “No tengáis pena Sancho amigo, dijo el barbero... (Quijote - Parte I - Capítulo XXVI)

—Sí que me agrada la tela, pero tendré que pagar a Ud., por armadas — dice la hacendosa madre de familia al solicitar facilidades de pago a un comerciante de los muchos que explotan al pueblo.

¡¡Muchachito abriboca, que camina a los trompezo-nesü!!... — exclama esa otra, regañando enfadada a su hijo por sus primeros y torpes pasos. De locuciones como éstas, del más puro sabor andaluz, está hecho el castellano cruceño.

Son también muy características de Santa Cruz y pueblo cruceño en América, la especial formación de aumentativos y diminutivos. Asegurábame así, un viajero feliz, que solamente en Santa Cruz, y algunas aldeas extremeñas, pudo oír las terminaciones en ingo e inga en la formación de los diminutivos, y dice el cruceño con especial gracia: chiquitingo, muchachinga, peladinga, boninga. Son aumentativos cruceños: opaza, lindota, chupadarazo, hombronazo, grandongo, mujeronga, caronga, mulatazo, animalazo, vejancona.

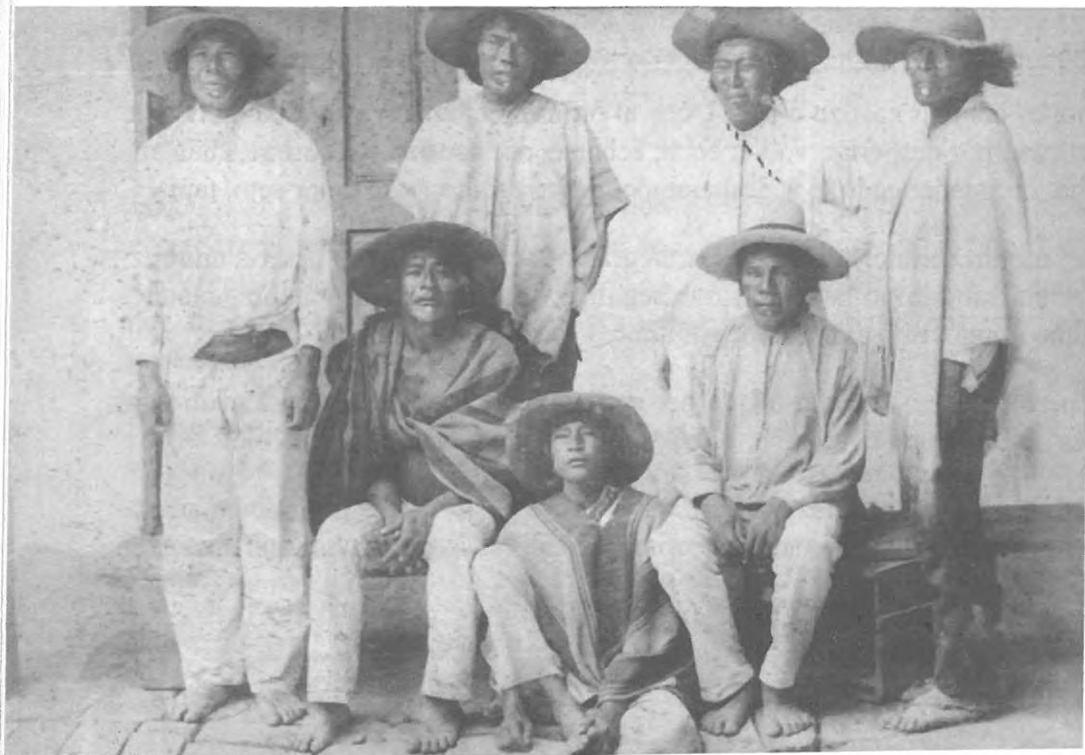
Nótase también la marcada influencia árabe en gran número de voces de ese origen en el castellano meridional de los Conquistadores hispanos, y son así muy usuales palabras como almacén, tara, almud, fanega, arroba, alfombra, alpargata, adobe, arroz, algarrobo, azahar, acequia, azada, aljibe, noria, alambique, y tantas otras, y existen voces que son netamente cruceñas como la de pelao por pelado, que corresponde a muchacho, y que tiene el mismo origen que esta última, pues muchacho se formó en España, de mochacho, por mocho, esto es, por tener el cuello y cabeza rapados, siendo exactamente igual el origen de pelao, pelada.

El musical castellano de los andaluces que hacía exclamar ya a Cristóbal Suárez de Figueroa, allá por los lejanos años del 1617, en su obra *El Pasajero*, al referirse a las mujeres de la Bética que eran “De conversación agradable, atractiva hasta con la suavidad de la voz, por ser su pronunciación de metal dulcísimo”, revive vigoroso entre los españoles del Oriente de Bolivia, que al decir de ese escritor que lleva el glorioso apellido de uno de los fundadores de Santa Cruz, al referirse a los abuelos de los cruceños... “son de abundosas lenguas, y como sutiles, imaginativas, prontas en decir...”

Nunca pudo decirse nada tan cierto, para el castellano traído por los andaluces al corazón de América.

1952

De “En la ruta de Ñuflo de Chávez” (El oriente boliviano). Fundación Universitaria “Simón I. Patiño”. Premio Anual a la Cultura. Obra recomendada. Concurso de 1952. La Paz. 1952.



Indios de la provincia
Cordillera, 1900.

LOS CAMBAS, UN PUEBLO EMERGENTE

Dwight B. Heath

Desde la temprana llegada de los conquistadores al continente sudamericano, el Oriente de Bolivia ha sido considerado la tierra de promisión inexplorada. Los primeros colonizadores llegaron a Santa Cruz en busca de “El Dorado”, pero un clima benigno, una vegetación selvícola lujuriosa, un suelo fértil y la promesa de hallar otros recursos naturales aún no descubiertos en el suelo, han continuado atrayendo a inmigrantes cuatro siglos después. Un autor⁽¹⁾ reunió un cúmulo de pruebas sugiriendo que en efecto éste era el sitio originario del Jardín del Edén. Otros han insistido en considerar a la zona como de enormes posibilidades, un Edén para aquellos que saben reconocer su verdadero valor, aprender sus secretos y los usan bien.

Los Cambas son un pueblo emergente⁽²⁾ que han sabido domar a la selva virgen y lograr que florezcan jardines en el yermo. Yo conozco y admiro a los cambas, y ha sido el propósito principal de mi investigación científica hacer una descripción y analizar las modalidades de su forma de vida. Hablo de los Cambas como un “pueblo emergente” y escribo su nombre con una “C” mayúscula, no sólo en este artículo sino en todas las publicaciones históricas, sociológicas y antropológicas de las cuales soy autor, y que han aparecido en diversos países. Existen razones amplias para hacerlo, pero si deseamos comprender quiénes y qué son los Cambas, debemos primero estar completamente seguros sobre quiénes no lo son.

Todo boliviano está familiarizado sobre un mal empleo muy común del término. En el interior de la república, la palabra “Camba” es usada corrientemente, pero su significado es diferente al utilizado en el Departamento de Santa Cruz –es aplicado a todos los residentes del Oriente, y a veces trae un contenido derogatorio. Por cierto que muchos cruceños han sufrido cierta incomodidad al ser considerados “Cambas” en la misma forma que los residentes del altiplano y valles son llamados “Collas” en forma genérica.

Pero aún en el oriente los residentes allí emplean la palabra en diferentes sentidos. Un error muy corriente es usar la palabra “Camba” en un sentido vagamente similar al utilizado por el biólogo cuando se refiere a una *raza*. Sólo se requiere mirar la diversidad de tamaños, estructura corporal, color de la piel, y otras características físicas para darse cuenta de que los Cambas no son todos homogéneos físicamente. Es también evidente que indígenas de varias tribus han contribuido con su sangre para mezclarse con la de los andaluces y otros en producir la atrayente pero variada figura de los Cambas. Evidentemente no constituyen una raza en el sentido biológico.

Otro uso muy corriente del término es hacerlo como un sustituto corto de la frase más incómoda “campesinos cruceños”. En sociología se emplea el concepto *clase social* para designar a un grupo de esa naturaleza, marcado con estratificaciones económicas dentro de una sociedad. Por cierto que la mayoría de los individuos clasificados como “Cambas” tienen tan sólo poca riqueza monetaria o material, y muchos de ellos son agricultores. Pero de ningún modo todos son distintos al respecto, y existen otros factores más importantes que los sitúan como componentes de una clase social.

La atención del historiador se concentra por lo común en la *entidad sociopolítica*. A los Cambas no se les puede denominar así porque nunca han formado un grupo como una unidad o con autonomía en grado políticamente significativa. El psicólogo social podría hallarse tentado a llamar a los Cambas como un *grupo de referencia*, considerando que constituyen un grupo de individuos que en forma deliberada se relacionan entre sí. Pero uno normalmente no se “convierte” en Camba por afiliación voluntaria. Para ser Camba es necesario haber sido socializado como un miembro de un grupo que ha persistido durante generaciones; un grupo cuyos miembros comparten modalidades comunes en el pensamiento, sentimiento, creencias y modo de comportarse.

Tampoco puede ser utilizada la frase en un sentido etnológico, como el nombre de una *tribu*. Los Cambas no son indígenas ni tampoco ateos primitivos, y sería inexacto como también ofensivo el referirse a ellos en esta forma.

Hemos declinado considerar a los Cambas como una raza, clase social, entidad sociopolítica, grupo de referencia, o una tribu. Si los conceptos de biología, sociología, historia, psicología social y etnología, no bastan, debemos dirigirnos a otra ciencia para comprender la verdadera naturaleza y estado de los Cambas. En calidad de antropólogo cultural, el suscrito prefiere considerar a los Cambas como un *pueblo emergente*. Como un *pueblo*, comparten un sistema de relaciones interpersonales de gran significado que los antropólogos culturales denominan “estructura social”, y también comparten un cuerpo uniforme de costumbres que constituyen una “cultura”. El pueblo Camba, como entidad social y cultural, es algo nuevo en el mundo; es por esta razón que son llamados un pueblo emergente. Sin gozar de la historia larga y pintoresca de otros grupos socioculturales tales como los romanos antiguos, griegos clásicos, japoneses contemporáneos, franceses modernos, y otros, los Cambas han surgido sólo recientemente como un pueblo distinto a los demás. En forma predominante son mestizos, en el uso más preciso de la palabra, habiendo descendido de los colonizadores españoles y miembros de las tribus indígenas. Su estructura social y cultural, así como su forma física, reflejan ambos lados de su ancestro y parecen hallarse aún en proceso de desarrollo por medio de un proceso cambiante continuado.

Lectores observadores están familiarizados con la naturaleza de esta estructura social tal como existe hoy en día. Pero un análisis histórico de sus derivados podría contribuir a una mejor comprensión y apreciación de los Cambas. El significado de un esfuerzo de esta naturaleza deriva del reconocimiento del hecho, cualquiera que sea la zona, de que uno de los más importantes recursos en ella son sus habitantes. Los Cambas constituyen un acervo nativo que ya ha demostrado su valor a los cruceños y que aún podrán probar su valor al mundo, en el desarrollo del Oriente de Bolivia.

Es difícil determinar en qué tiempo el nombre “Cambas” fue usado por primera vez con referencia al pueblo emergente al que ahora se lo designa. La palabra misma presumiblemente se deriva de un término de afecto indígena. En el idioma guaraní del Paraguay la palabra se usa como un pronombre común con acento final, ejemplo: “Cambá”, y es sinónimo con la palabra española “negro” hasta el punto de tener el mismo significado doble, abusivo cuando se utiliza a un extraño y de cariño al ser utilizado a un amante o pariente cercano. La palabra se usa sin acento pero con significado parecido en el dialecto chiriguano de guaraní. Los chiriguanos han jugado un papel importante en la historia de Santa Cruz; en fecha tan cercana como en 1800, se establecieron en Bibosí (actualmente Saavedra) las misiones franciscanas como el sitio de asentamiento de los indios chiriguanos del Sur. Parece ser probable que la palabra fue adoptada al castellano utilizado por los cruceños, y que su actual significado evolucionó solamente en el lapso de los últimos 150 años.

La colonización progresaba lentamente por todo el oriente de Bolivia, y aún hoy el asentamiento de la raza blanca permanece incompleto. El descubrimiento de la zona por sucesivas expediciones exploratorias bajo Alejo García, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Domingo Martínez de Irala, y otros, es un relato que ha sido descrito en forma colorida por otros. Las penurias sufridas por los primeros colonizadores bajo Ñuflo de Chávez son cosas bien conocidas. Sin embargo, menos conocido es el origen del pueblo Camba.

Los problemas de administración colonial fueron mucho más complejos en esta zona que en otras más pobladas de Latinoamérica, tales como el Alto Perú y México Central. No existía ninguna estructura burocrática a la que los españoles podían sencillamente usurpar las posiciones dominantes de los líderes locales. Todo lo contrario, el control tenía que ser local y personal en los llanos orientales. El sistema de encomienda que sirvió en forma eficiente por toda Hispanoamérica era poco apropiado para las condiciones peculiares que los colonizadores hallaron alrededor de Santa Cruz. En ausencia de pueblos sedentarios grandes y una federación política, fue sólo con dificultad que los conquistadores podían establecer colonizaciones donde se juntaban los indios que podrían proporcionarles alimentos, brazos y mujeres. Las Leyes de las Indias no eran adaptables a la condición local en que la economía doméstica no rendía una sobreproducción más allá de la mera subsistencia. La capacidad limitada de producir riqueza se hallaba implícitamente reconocida por una ordenanza Real en la que se pedía que el pago de tributos normales a la Corona en esta zona se reduzca a la suma de solamente dos ovillos de hilo de algodón. En una situación de esta naturaleza no es sorprendente que españoles e indígenas se hallasen en una relación más cercana a la simbiosis que a la explotación.

A los encomenderos se les requería quedarse en la zona y muchos de ellos tomaron mujeres nativas como esposas y concubinas. Rara vez se enviaban reemplazantes de los soldados españoles, y menos, acaso ninguna, mujer peninsular se aventuraba a los puestos de la frontera. Por estos motivos la mezcla racial fue rápida. Un visitante del siglo diez y seis a Santa Cruz cuenta cómo “era costumbre de los indios de la tierra servir a los cristianos y darles sus hijas o hermanas y llegar a sus casas con espíritu de parentesco y amistad. Por consiguiente los cristianos recibían servicios debido a que tenían mucha descendencia entre los nativos y es por esta razón que los indios venían en su ayuda a sus casas a las que se consideraban ligados por vínculos de parentesco”.⁽³⁾

En tales circunstancias ocurrieron cambios rápidos en las costumbres. Los hijos e hijas de los conquistadores originales eran ya mestizos y se educaron en un medio de una cultura española modificada. Los labriegos nativos, sirvientes, y sus mujeres retuvieron algunas modalidades propias en los trabajos agrícolas, preparación de las comidas, etc., en forma tal que la cultura peninsular comenzaba a adquirir determinados cambios desde los primeros días de la colonización en la zona de Santa Cruz. A medida que la mestización iba en aumento, el número de indios en Encomienda disminuía y el control vino a ser más directo y personal, resultando en una aculturización recíproca acelerada.

Aún aquellos indios que se mantenían sin lazos de parentesco con los españoles no se pudieron mantener aislados de las numerosas fuerzas causantes del cambio cultural. Muchos de ellos llegaron a vivir como trabajadores permanentes en las fincas, o como sirvientes domésticos en las casas de los colonizadores españoles, donde se hallaban expuestos a un nuevo idioma, vestido diferente, herramientas nuevas, alimentación y formas de pensar y actuar que diferían de sus propias modalidades tradicionales. El número de indígenas fue reducido, y sus contactos con los blancos y mestizos eran cercanos y prolongados. En realidad, con frecuencia se hallaban unidos a una familia en una relación casi feudal, y a la servidumbre se la transfería por herencia.

Las zonas interiores de Sudamérica, que se hallaban aisladas de los centros de gobierno por la distancia, barreras naturales, y por tribus indias que con frecuencia eran hostiles, por lo general permanecieron pobres y sin desarrollo. La zona del oriente de Bolivia continuó siendo una frontera abandonada que contribuía poco a la Corona y recibía menos en recompensa. Debido a su gran tamaño la zona de Santa Cruz recibió cierto grado de autonomía en la esfera de administración civil y religiosa, algo de lo cual se ha mantenido durante la era republicana.

En tales circunstancias es que los cambas han aparecido como un pueblo emergente. Fue la Intendencia de Santa Cruz una de las primeras en separarse del Alto Perú y fue la de mayor tamaño de las “seis republiquetas” en las que las fuerzas de guerrilla atacaban a las tropas realistas durante todo el transcurso de la Guerra de Independencia de quince años de duración, y constituyó una plaza importante como refugio y fuente de abastecimientos aunque su ubicación no era de importancia estratégica. Para los Cambas la guerra era una ocupación esporádica, y no hay forma de saber cuántos tomaron parte. La táctica empleada por ellos de asaltos sorpresivos tuvo buenos resultados, y también probaron su valor en la batalla principal en Florida, bajo el renombrado Ignacio Warnes.

Fue también con la ayuda de los Cambas que se logró empujar la frontera norte de Santa Cruz mediante el establecimiento progresivo de producción agrícola y ganadera. El mito de El Dorado se convirtió en una realidad para aquellos pocos Cambas que comerciaban con la corteza de la quina y trabajaban oro en la zona de Chiquitos por el año 1850.

El famoso “auge de la goma” durante las últimas tres décadas del siglo diez y nueve involucró a muchos Cambas. Al principio iban con suficiente voluntad contratados como sirringueros, atraídos por la promesa de altos jornales, y más después algunos de ellos fueron atraídos en calidad de trabajadores contratados luego de recibir de los contratistas grandes sumas de dinero por adelantado, y otros han ido como esclavos. Los registros de policía de la ciudad de Santa Cruz demuestran que entre los años 1860 y 1910 pasaron no menos de 80.000 hombres en su peregrinación al Norte. Éste es un número de personas excepcionalmente grande, especialmente si se considera que el tráfico de esclavos era ilegal y también porque una proporción significativa de los sirringueros no se hallaban debidamente registrados y no aparecen en el recuento, ni tampoco aquellos que podían haber salido de los puntos al Norte de la ciudad capital. El hecho de que una proporción tan grande de los Cambas hayan viajado al Beni no significa que el norte de Santa Cruz quedase abruptamente despoblado y empobrecido.

A medida que gran número de brazos se iba a la goma, el precio de los productos subía de valor y había un mercado para toda la sobreproducción de arroz y de otras cosechas. Sin embargo, parece que la agricultura nunca fue una empresa comercial de importancia, debido a un número de razones sociales y económicas que aún tienen aplicación.⁽⁴⁾ El precio mundial de la goma bajó en forma tan rápida en el año 1910 que el látex recogido en los gomales de Bolivia no podía competir con las áreas cultivadas de las plantaciones del sudeste de Asia. El auge llegó a un paro abrupto; y el repentino enriquecimiento de algunos cruceños casi no tuvo ningún efecto sobre el término medio del Camba.

Las luchas políticas emocionales siempre han caracterizado a Santa Cruz, pero es difícil evaluar el rol cumplido por el Camba en este campo de actividad. Si hemos de juzgar por la situación contemporánea, han debido mantenerse inactivos y poco interesados en asuntos internos, a pesar de que lucharon con valentía para defender su tierra en la larga y sangrienta Guerra del Chaco. Las artes y oficios de los Cambas aún hoy reflejan su herencia indígena, a pesar de que su manera de vestir y religión es casi completamente española. En su arquitectura, alimentos e idioma podemos aún discernir elementos tanto

de las tradiciones nativas como de las españolas. Sus juegos, fabricaciones caseras, cuentos folklóricos, farmacopea y un sinnúmero de otros aspectos de su cultura igualmente emergen de su ancestro dual. Por consiguiente, debemos reconocer que los Cambas no son ni indígenas ni andaluces pero un pueblo nuevo que aún se halla en proceso de formación en cuanto a sus costumbres de vida. Su cultura no es copia de ningún molde antiguo sino una cultura nueva, poseída de una vitalidad que concuerda con su estado emergente.

Durante la última década, a los cambas se les ha ofrecido una de las primeras oportunidades para tomar parte en forma más completa en la actividad política, económica y social de la nación. Las Agencias de las Naciones Unidas y el Punto IV han comenzado con su ayuda para llegar a concretar el sueño nacional de desarrollo en la zona fronteriza que ahora constituye el Oriente de Bolivia. A los Cambas se les ha conferido la principal tarea de la búsqueda del petróleo que podría convertirse en el factor principal para lograr la diversificación económica. Se hallan abocados al cultivo de nuevos productos agrícolas y también en la experimentación de nuevos procedimientos para aumentar el rendimiento de cultivos principales en artículos corrientes de consumo.

Durante los años 1950, muchos de ellos se aventuraban en viajes al este y sur de la ciudad capital en la formación de establecimientos ganaderos en la extensa pampa.

La expansión gradual de industrialización halla a los Cambas dispuestos y listos a trabajar en ocupaciones que antes les eran desconocidas, todo lo cual indica que se hallan ahora abocados en materializar la promesa de la tierra donde habitan, tal como lo han estado durante todo su historia. Los Cambas forman una nueva constelación en el universo de la cultura humana. Todo parece indicar que esta constelación pueda hallarse en ascenso.

1956

“Álbum conmemorativo del IV Centenario de Santa Cruz de la Sierra”, Antonio Velasco Franco, editor, Talleres Gráficos Lumen, 1961.

Notas:

- (1) Antonio de León Pinelo. *El paraíso en el nuevo mundo*. Este manuscrito lleva fecha del año 1630 pero fue publicado por primera vez en Lima: Torres Aguirre, dos volúmenes.
- (2) Este estudio se halla basado sobre una investigación conducida entre los Cambas de junio de 1956 a junio de 1957, con becas concedidas por Henry L. Y Grace Doherty Charitable Foundation, Inc. Social Science Reserch Council y la Universidad de Yale, en la zona norte de Santa Cruz.
- (3) Diego Téllez de Escóbar, *Relación de las cosas que han pasado en la provincia del Río de La Plata, desde que prendieron al Gobernador Cabeza de Vaca*. Este manuscrito no lleva fecha, pero fue escrito aproximadamente en 1556 y publicado por primera vez en Volumen I, páginas 260-272; Blas Caray; *Colección de documentos relativos a la historia de América y particularmente a la historia del Paraguay*. Asunción H. Kraus, 2 volúmenes, 1899-1901.
- (4) Una variedad de razones económicas y sociales para el tardío desarrollo de la agricultura como empresa comercial en los alrededores de Santa Cruz han sido analizadas en una serie de estudios de la revista “Asuntos económicos interamericanos”. Washington D.C., “La Reforma Agraria en Bolivia”, volumen 12 N° 4, páginas 3-27, 1959. “Agricultura Comercial en el Oriente de Bolivia”, Volumen 13, N° 2, Págs. 35-46. “La tenencia de la tierra y organización social: Estudio etnohistórico del oriente de Bolivia”, Volumen 13, N° 4. páginas 46-66, 1960.

DONDE LA MARIMBA ES TAMBIÉN BOLIVIANA

Hugo Goldsack Blanco

Cuando aquella mañana del día 8 de agosto despegamos de “El Alto” en un DC 4 del Lloyd Aéreo Boliviano, anticipándonos en minutos solamente al avión presidencial, camino de Santa Cruz de la Sierra, debo confesar que ni siquiera presentía la nueva sorpresa que me depararía este país de los mil rostros, que es Bolivia.

Una larga y desbocada carrera sobre la pista, indispensable a esas alturas para poder elevarse, y el avión enfiló directamente hacia el oriente, dispuesto a desafiar la colérica guardia del Illimani, cuyas cumbres, empenachadas de enormes jirones de nubes, se elevan a 7.509 metros sobre el suelo.

Mientras el DC 4 ascendía en vertiginoso vuelo, dejando muy abajo la estéril extensión del altiplano, comenzamos a lamentar la falta de cámara altimétrica. Una opresión al pecho, que me encabritaba angustiosamente el corazón, y un dolor en la base del cráneo, como si toneladas de piedras pesaran sobre mis vértebras cervicales, empezó a inquietarme seriamente, aunque me cuidé de no decirle nada a la *hostess*, por un orgullo varonil explicable.

A esta angustia habría de sumarse, muy pronto, una informe sensación de terror ante la altura prodigiosa alcanzada por el avión en tan breves minutos. Ibamos a más de 22.000 pies de altura, y el ala izquierda del avión parecía cortar con su filo a las amenazadoras nubes que el viento estrellaba contra las ásperas cresterías nevadas de las cumbres del Illimani, para luego precipitarlas en los abismos escalofriantes que separan las unas de las otras.

Traspuesta esta curva de la muerte, el avión comenzó a descender, entre barquinazos y saltos, que nos sumergían, de repente, en el gélido vientre oscuro de los cirrus, para salir, más allá, a un azul purísimo y a un Sol radioactivo, que nos iluminaba hasta el fondo del cráneo.

Como es natural, el corazón y el cerebro registraron mejor que la vista, el cambio de altura. Considerablemente aliviado, me dediqué, entonces, a atisbar, entre las nubes, el paisaje terrestre que nos ofrecería este lado de Bolivia. Mi paradisíaca ignorancia geográfica me hacía esperar –no sé por qué– un páramo aún más desolado que el otro. Pedregales y barrancos, montañas partidas por el rayo y, después, arenales propicios al espejismo, y soledades interrumpidas, de trecho en trecho, por espinos raquíticos y huesos de viajeros perdidos.

Todavía no dejábamos atrás los últimos faldeos occidentales del Illimani, cuando las nubes se apartaron del campo visual y, ante mi asombro surgió allá abajo, pegada casi a la Cordillera Real, una selva virgen e impenetrable, extendida de confín a confín, e interrumpida, a cada paso, por ríos anchurosos como océanos. Recién entonces, caí en la cuenta de que no hay error más imperdonable que suponer que Bolivia es sólo el altiplano, o que altiplano y Bolivia son sinónimos.

La selva boliviana nace en el vasto anfiteatro formado por la Cordillera Real, que acabábamos de trasponer y la Cordillera de Cochabamba, que corre al Sur, camino también del oriente. Puede decirse

que a los pies de ese anfiteatro tiene su nacimiento la inmensa cuenca del Amazonas, pues todos esos ríos que avanzan, abajo, serpenteando entre árboles de una altura promedio de veinte metros y follaje abierto en un diámetro de cincuenta, y que se pierden hacia el Norte, majestuosos y espejeantes sobre su lecho de arenas, que el Sol del trópico dora y redora, son, todos tributarios más o menos directos del más grande de los ríos de la tierra.

Estos ríos del Oriente fascinan. Mientras uno sobrevuela esa locura vegetal de la selva, que se apega a la planicie como una espesa eflorescencia de musgo de un verde absoluto, interrumpido, aquí y allá, por la mancha rosada del follaje del “urunday”, la imaginación va atisbando, con un miedo muy cercano a la piel, esas corrientes que la altura torna mansas de mirar, pero en cuyo cieno, dormita la anaconda, y en cuyas arenas el caimán acecha el paso de las fieras, cuando bajan a beber o a retozar junto a las aguas mortales.

Cuando surgió en el horizonte la lengua zigzagueante del llamado Río Grande (y con cuánta razón), el comandante de la nave avisó que nos acercábamos a Santa Cruz de la Sierra. Aún sin anuncio, ya nos habíamos dado cuenta de que la civilización estaba relativamente cerca, porque en la espesura comenzaban a aparecer los primeros “chacos” o terrenos ganados por el hombre a la selva, y con un poco de paciencia –virtud en la que Gastón Acuña era pródigo– nos fue posible distinguir, en aquella fiebre verde, los toldos vegetales de las casas campesinas.

En los alrededores de Santa Cruz de la Sierra espera al viajero otra sorpresa. Bruscamente, como obedeciendo a una voz sobrenatural que la conminara, la selva frena en seco, y a los árboles apretados como murallas vivas y sobrepuestas, va a sucederse, ahora, la llanura infinita del Oriente y del Norte –los llamados Llanos de Mojos–, paraíso de los toros salvajes, las tarántulas gigantes y serpientes de los más variados tipos y venenos.

Estamos atisbando aquellos llanos desde nuestros asientos, cuando el avión empieza a descender con limpio impulso, y el suelo, cada vez más próximo, se rubrica de senderos, caminos y avenidas. Las quintas y las casas se van multiplicando encima de los pastizales, y, a lo lejos, entre dos anchurosos ríos, surgen los techos rojos y el trazado colonial de Santa Cruz de la Sierra, una de las ciudades más bellamente antiguas que he conocido.

Minutos después de nuestra llegada al aeropuerto de “El Trompillo” de Santa Cruz, apareció en el cielo la elegante silueta azul del DC 6B de la línea aérea nacional, en que habíamos viajado a La Paz y que ahora conducía al Presidente Ibáñez y a su comitiva, en una visita no prevista por los organizadores del encuentro de ambos mandatarios.

Inmediatamente después de la recepción, que fue entusiasta, sin darnos tiempo siquiera a avistar la ciudad, las autoridades locales nos condujeron, a lo largo de sesenta kilómetros, por una carretera que el Gobierno acababa de entregar al uso público, al Ingenio Azucarero estatal de Guabirá, en donde se nos esperaba con un almuerzo típico.

A pesar de la fatiga del viaje aéreo, y del polvo que amenazaba tapiarnos los bronquios, agradecí en mi fuero interno, a los cruceños, este paseo esforzadísimo, que me permitió conocer una faceta realmente insospechada de Bolivia. Cuesta, en efecto, imaginarse que estas llanuras ganaderas, cuya monotonía apenas morigeran las siluetas solitarias de algunos árboles que ostentan sonoros nombres guaraníes, y estas casas de sabor colonial, que se asoman a la carretera, escoltadas por platanares de anchas hojas y

altísimas palmeras, y esos campos donde la caña de azúcar resiste, jadeando, la sequedad del invierno, sea también Bolivia.

Y es mayor la perplejidad cuando, en Guabirá, nos saluda una población de obreros étnicamente muy parecidos a los nuestros, que visten pantalones blancos, camisa abierta y anchos sombreros de paja, mientras la orquesta local arremete contra un zamba, con todos los aderezos sonoros que la música tropical requiere para conservar su carácter. Cómo se me aleja el altiplano, frío y ceniciento, cuando en el aire denso y caliente, irrumpen las trompetas, y la madera se queja rítmicamente en la marimba, y las marcas exacerbaban hasta el delirio, la vigilia de los monstruos que cada uno de nosotros lleva en el fondo de la sangre.

Pocas horas disfrutamos de la visión de Santa Cruz de la Sierra, señora del oriente boliviano. Las suficientes, sin embargo, para recorrer, jubilosos de cada descubrimiento, sus veredas de tierra, apisonada y de altísimas soleras, y sus calles profundas, para que el agua corra libremente cuando se vuelquen, en verano, los océanos enfurecidos del cielo. Recuerdo que nos paseamos por sus portales innumerables, donde la Colonia dormita todavía, arrellanada en el silencio deslucido de sus bazares comprobando, de paso y con mucho agrado, que no era una leyenda aquello de la españolísima belleza de sus mujeres, si bien es cierto que nos parecieron demasiado orgullosas o, quién sabe, demasiado tímidas y provincianas. En este rubro, debe quedar constancia de un hecho singularísimo: las señoras siguen usando, todavía, el manto negro de nuestras madres y nuestras abuelas.

Conducidos por Carlitos Fuentes, que con sus doce años es, seguramente, el más joven amigo que tiene Chile en el Oriente, recorrimos, muy de mañana, las variadas dependencias del mercado, que se podría confundir fácilmente con los nuestros, si el chillido de los monos y el parloteo de los loros no nos advirtieran, a tiempo, que estamos en el riñón mismo del trópico americano.

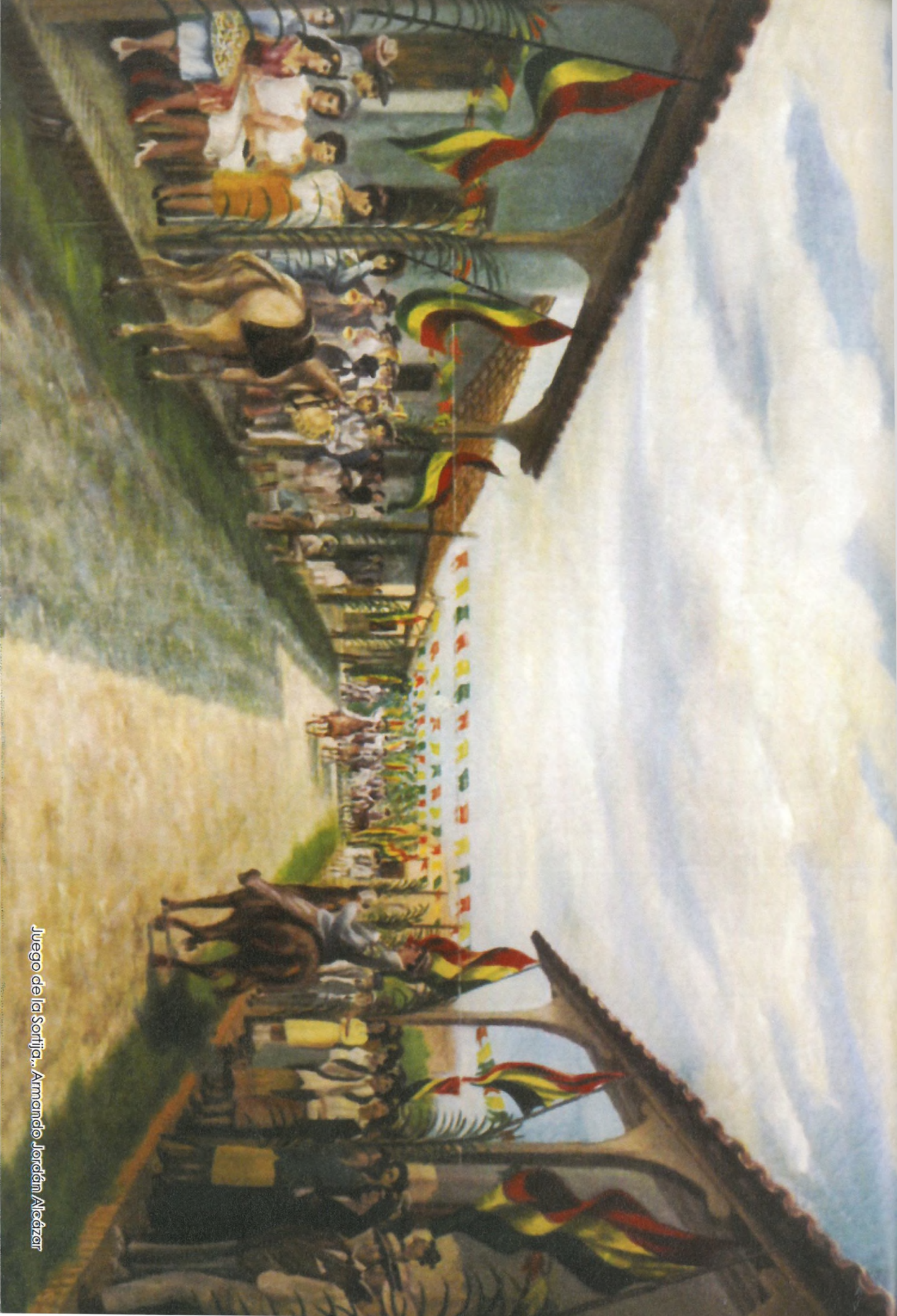
Finalmente, para rematar esta cadena de felices hallazgos, minutos antes de tomar el automóvil para dirigirnos al aeródromo, descubrimos que en la Plaza de Armas, los árboles no están ocupados por palomas, como en Santiago, sino por "perezosos", que dormitan colgados de las ramas más altas, absolutamente indiferentes a los comentarios del turista.

1956

De "Encuentro con Bolivia". Talleres Gráficos Periodística Chile, S.A. julio de 1956.



El Buri (1943), Armando Jorjón Alcózar



Juego de la Sortija. Amando Jordán Alcázar

¿CÓMO ERAN LOS INGENIOS DE ANTAÑO?

Lorgio Serrate Vaca Diez

La “Casa de Pailas” es algo así como un galpón grande entejado, donde funciona lo que podría llamarse la verdadera fábrica de azúcar del establecimiento. Diríamos ahora, el ingenio. Al centro de ella, como en un altar mayor, está instalado el trapiche de palo que tiene en su parte superior, en forma de cruz, un espequi, de cuyo extremo inferior se amarran los dos caballos que en continuas vueltas a galope tienen que hacer girar, permanentemente, esta sencilla maquinaria criolla. Un cunumi con su chicote corre siempre detrás de los pobres animales, dale que dale para que no se paren, en un círculo cerrado de apenas tres o cuatro metros de radio, cinco o seis de diámetro total, más o menos. Y el capataz de la molienda corre con su mirada vigilante como si fuera otro chicote, detrás del cunumi, para que no descansen ni deje descansar un solo instante a los caballos, porque el trapiche debe funcionar las 24 horas del día, renovando animales.

Por un lado del trapiche se introduce la caña, y por el otro hay un canal de palma que desemboca en una gaveta grande, enterrada a sus pies, por donde chorrea el caldo de caña hasta llenar completamente este depósito. El lujo de los establecimientos consiste en tener la gaveta más grande, de una sola pieza, labrada del tronco más grueso de una mara (caoba), la madera más lujosa y la más despreciada del antiguo Santa Cruz. Con ella, hasta se hacían cajones para embalaje de latas de alcohol. De aquí, de la gaveta, los mozos trasladaban en baldes el caldo de caña a los fondos de la casa de pailas, que están instalados en un cuarto vecino al trapiche, a cargo y responsabilidad del “Pailero”, que era algo así como capataz. Se escogía para estas funciones a uno de los mozos más viejos y más respetables, que tenga concepto de responsabilidad, diríamos, que sea más técnico en el arte de pailear. Esta gente no se cambia con nadie, y hasta hace poco, le giraban la boleta hasta a los Ingenieros Agrónomos, de cuya ciencia, la experiencia se reía.

Sentado en su trono, empuñando una grande espumadera en la mano derecha, el Pailero tiene la arrogancia de un señor Obispo cuando en ocasiones solemnes aparece en la puerta de la Iglesia, con su mitra y su báculo de oro, a dar la bendición al pueblo. No es para menos. De la habilidad del Pailero depende en su mayor parte el éxito de la fabricación de azúcar, a la antigua. Mientras el caldo de caña hierve y hierve, en la paila, él tiene en sus manos la responsabilidad absoluta de tirar la espuma o cachaso que sale a flote, como suciedad en el mar revuelto por las olas, y no dejarlo subir al impulso del fuego violento que atiza otro cambia en la sabalera con su jurgunero. Cualquier descuido podría traer graves consecuencias, hasta la pérdida total por derrame del fondo; tiene que batir y batir, levantando la espuma minuto a minuto, para poder sacar su pailada, una a la medianoche y otra a la madrugada.

El trabajo es sencillo, pero cansador. En cierta ocasión, un pobre viejo se dejó vencer por el sueño en su tarea, a eso de las tres de la mañana, con tal mala suerte, que cayó en medio de la paila de caldo de caña hirviendo, para nunca más salir. Al día siguiente, cuando preguntaron por don Juan Angulo, porque no aparecía a recibir su desayuno en la cocina, nadie supo dar razón. Lo buscaron en su casa, en todas partes, hasta que encontraron su cuerpo casi totalmente deshecho, en el fondo, con pedacitos de carne y huesos flotando entre la espuma que rebalsaba por falta del Pailero.

Naturalmente que la mayor parte de estos “accidentes del trabajo” no los llegaba a saber el patrón, o mejor dicho, aparentaba ignorarlos por completo, encargando cuidadosamente al capataz que transara con la familia procurando compensar la muerte causada por un lamentable descuido de la víctima (o acaso un suicidio premeditado), con el gran perjuicio sufrido por el establecimiento al tener que botar toda una pailada de melaza. Era, realmente, mucha pérdida industrial. En otra oportunidad, a propósito de “accidentes fortuitos” un pobre camba de otro establecimiento encargado de meter la caña para la molienda, se descuidó un instante y las masas del trapiche le apretaron la mano derecha que fue prácticamente tragada, y al seguir girando, se iba comiendo todo el brazo.

A los gritos del desdichado acudió otro mozo, y con una serenidad y valentía extraordinaria, sacó del cinto su machete y de un solo golpe cortó el brazo a la altura del codo, salvándole así la vida por milagro de su coraje. En la gaveta, cayeron los dedos crispados y el caldo se tiñó un poco de rojo. En el establecimiento, desde entonces, al Manuel le decían “el tuco”. Ganó un apodo de por vida, y tuvo que seguir metiendo caña con la zurda... Eran los héroes anónimos de esas jornadas, que todavía no tienen en Santa Cruz ningún monumento al Soldado Desconocido de nuestra Agricultura.

Salvados estos pequeños inconvenientes, sigamos con el proceso de la fabricación, de azúcar a la antigua, que dicen que es más dulce y más gustosa que a la moderna. Una vez que el caldo de caña había hervido por espacio de cinco horas, más o menos, era trasegado de la paila a las cubas para que enfríe, y este melao nuevamente hervido para recién convertirse en azúcar. El Pailero le da el punto cierto, echando unas cuantas gotas en una tutuma con agua para probarlo, y por unos canales que son hechos de palmeras cortadas a lo largo del talle, derraman la jalea hirviendo, que va a enfriarse en grandes gavetas, donde es venteada hasta que se pueda echar a las hormas de barro cocido, sin peligro de que se rompan.

Las hormas son unos depósitos que sirven de envase al azúcar criolla, parecidos a un dedal bien grande, que las hormeras del propio establecimiento fabrican de barro con capacidad aproximada de diez a doce arrobas españolas de 25 libras, (como decir 11 kilos y medio) y que sirven para transportar en ellas el producto al mercado de consumo en la capital. Pero no pasemos todavía a hablar de comercio del azúcar. Detengámonos un momento siquiera, al pie de los canales repletos de jalea, donde todo el mundo del establecimiento se reúne, patrones, mozos y sus familias, en amigable compañía, a probar el dulce caliente. Con pequeños batidores en la mano, cortados de un pedazo de la misma caña, todos se entretienen haciendo batidillo en el canal, y saboreando esa extraordinaria dulzura de su propia tierra, producto de su propio trabajo. Sienten la misma sensación de las abejas, al probar su miel en la colmena. (La boca se me hace agüita al sólo recordar esos tiempos tan dulces como el azúcar criolla).

Aquí no termina aún el proceso de la fabricación. Es verdad que algunas veces los patrones resuelven despachar las hormas para venderlas en el pueblo, a razón de ocho pesos de ocho reales cada uno. En un carretón, tirado por tres yuntas de bueyes, caben apenas cuatro hormas, bien acomodadas sobre unas roscas de bagazo, y atadas en las estacas para que no se rompan en los tres días de viaje por esos caminos en que el carretero va abriéndose paso entre montes y quebradas, arreando a los bueyes. Pero, otras veces, los patrones más “riquitos” ordenan al capataz que blanquee el azúcar en los tendales instalados cerca de la pargua.

Preparaban un barro semi-líquido, de tierra negra con agua de pozo, que también debe tener su punto técnicamente. Lo echan encima del azúcar hasta llenar completamente la horma, después de sacarle el “liento” y lo dejan escurrir por la parte inferior, donde ex profesamente las hormas tienen un agujero

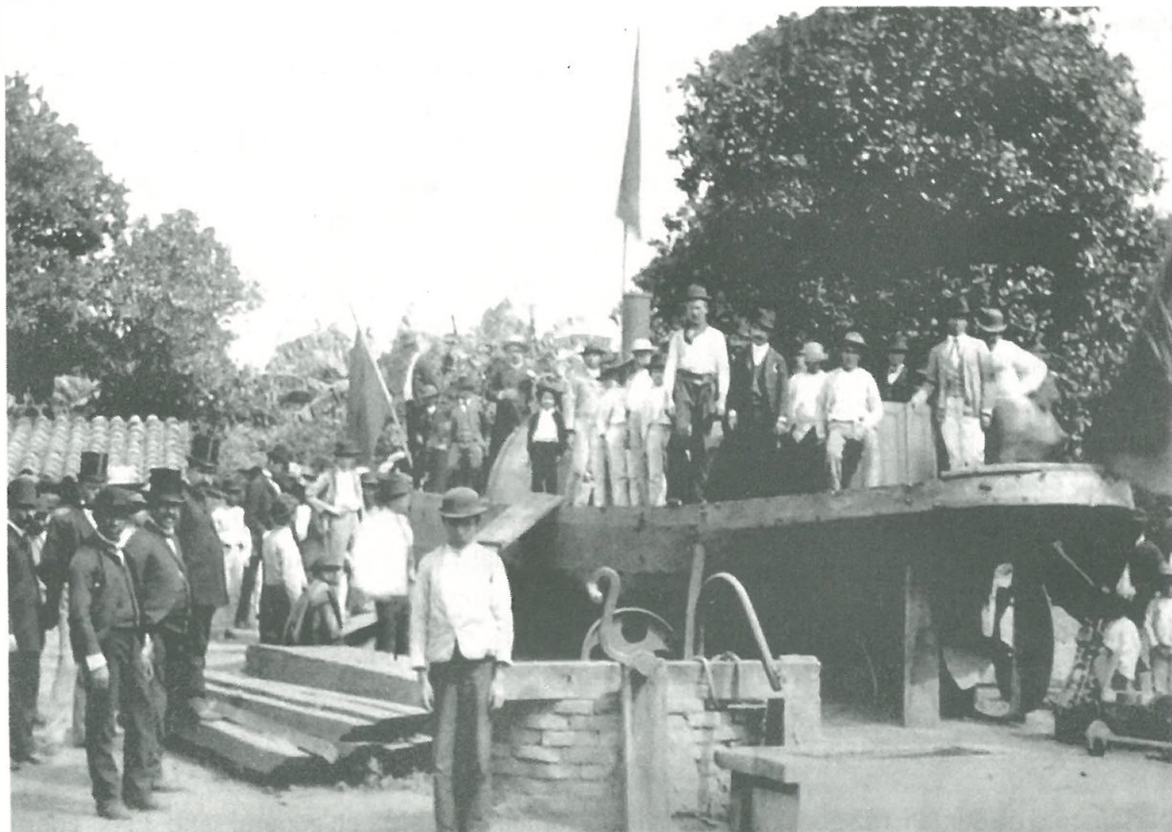
mal llamado “culo” por donde destila todo el barro virgen después de que lo sunchan con una puga. Nuevamente se repite la operación. Le echan encima más una o dos veces del mismo barro, que al pasar por el azúcar hace de filtro de impurezas, hasta que ésta blanquea y queda brillando como si hubiera recibido una lluvia de plata. Luego vuelcan la horma sobre un cuero, tendido en el solaso, como si fuera una copa de cristal invertida.

Tiran cuidadosamente el molde de barro por encima, y queda el cucurucho de azúcar, que es partido a golpes de maceta dados sobre un trazado, dividiéndola en tres partes que corresponden a las tres calidades obtenidas: azúcar blanca, baya – blanca y negra, de donde nace también la diferencia de precio en el mercado. Mientras la primera se vendía en terrones, a \$ 2.50 la arroba, la segunda a 1.50 y la última apenas a 0.80 centavos o sea un peso de ocho reales. El boliviano de diez reales fue implantado mucho después.

Es así como el grande esfuerzo del primitivo agricultor cruceño no tenía casi ninguna compensación económica. Rumiaba el pobre viejo la injusticia de los precios, echado en su hamaca, pite y pite un cigarro torcido por las manos de sus hijas, de tabaco silvestre liado en chalas de choclo, mientras filosofaba a su manera dándole vueltas al eterno problema campesino de si podría este año mandar a sus hijos a la escuela, o ir al pueblo con su familia siquiera a pasar la Semana Santa. Era un pobreza franciscana. Todo faltaba, menos qué comer.

1961

De “Tiempos viejos”, Año del 4° Centenario de Santa Cruz de la Sierra. Primer premio del concurso literario municipal. Bolivia.



Inauguración de una toma de agua, 1890.

SANTA CRUZ Y SUS PROVINCIAS

Guillermo O. Milliet

El departamento de Santa Cruz abarca una superficie de 372.747 kilómetros cuadrados o sea el 34.59% de Bolivia (1.077.544 Kms. Cdrs.) Limita por el norte con el departamento del Beni; por el oeste con los departamentos Cochabamba y Chuquisaca; por el sur con Chuquisaca y la República del Paraguay; por el este con el Brasil.

Santa Cruz, el departamento más extenso de los nueve que forman el conjunto boliviano, en casi su totalidad ocupa una vasta meseta que se extiende entre la parte más oriental y baja del sistema andino o sea la zona marginal, boscosa y subtropical de las cordilleras altas del Oeste y Centro de la República y su límite Este, marcado por el río Paraguay, sus lagos, la serranía Ricardo Franco y parte del río Iténez o Guaporé. Una reducida parte del departamento es ubicada sobre un crecido número de cadenas de montañas que siguen en su dirección el amplio arco que describen los Andes al Oeste de la ciudad de Santa Cruz. La más oriental de estas serranías es coronada por los picachos Amboró y Paranabó, de aproximadamente 1.600 metros sobre el nivel del mar.

La dilatada llanura oriental se halla dividida en una zona Norte que abarca hacia la limítrofe con el Beni y en el Sur forma la prolongación del Gran Chaco. Pero ni la misma llanura puede considerarse como tierra meramente plana. Sierras de bajas montañas, restos del antiguo escudo o macizo brasileño se elevan en su centro, cadenas que al Norte de Santa Cruz se aproximan hasta una distancia de 145 kilómetros al extremo oriental del sistema andino. Estas 42 cadenas principales, en su mayoría boscosas, formadas por rocas del arcaico y del proterozóico, areniscas y pizarras, deben pertenecer a la época precámbrica, cuyos últimos movimientos han debido ser contemporáneos del plegamiento andino. Su cumbre máxima, el Cerro Chochis en la provincia Chiquitos, tiene la altura de 1.285 metros. La altitud media de la meseta cruceña se aprecia en 384 metros sobre el nivel del mar.

El sistema hidrográfico es amplio y rico. Numerosos ríos, riachos, arroyos y torrentes cruzan el territorio departamental, y entre ellos sobresalen los ríos Parapetí o Izozoc, el Gran Piray, Surutú, Yapacaní e Ichilo en la parte Oeste, los ríos San Julián, Quizer, Blanco, Negro, San Martín, Paraguá, San Carlos Tucabaca, Otuquis, Paraguay e Iténez en las regiones centrales y al Este. Las lagunas extensas Cáceres Mandioré, Gaiba y Uberaba, alimentadas como también drenadas por las aguas del río Paraguay, forman parte de la frontera oriental con el Brasil. El río Parapetí, después de atravesar hacia el Norte la planicie del Izozoc, se sumerge a la altura de Sama, originándose en épocas de lluvias inmensos bañados impenetrables, reaparece muy al Norte como río Qimome, forma la laguna Concepción, toma desde allí los nombres de San Miguel, San Julián y San Pablo, para luego internarse al vecino departamento del Beni, hasta que con el nombre de Itonamas afluye al río Mamoré. Sus aguas recorren una distancia de más de 1.000 kilómetros. Esa amplia red hidrográfica del departamento sirve a las cuencas del Amazonas y del Plata. La línea divisoria de sus aguas cruza las regiones que se extienden de Sudoeste a Noroeste entre Cuevo, San José, San Rafael y Las Petas.

El departamento de Santa Cruz goza de un clima subtropical, estable y en general sano. Estas condiciones climatológicas se reflejan, como es de esperar, en el paisaje. Al Norte y a lo largo de los ríos anchurosos

y zonas intermedias, se encuentran los bosques tropicales, en partes ecuatoriales, en la región central, la vegetación consiste principalmente en sabanas salpicadas de bosques y breñas; al Sudeste la tierra es áspera, con sus cactus y sus árboles espinosos y retorcidos, productos de un vigor estático, primitivo e inexpressado, vigor pasivo, nunca quizá mejor observado que en la vegetación silvestre que cubre las tierras secas e incultas.

Santa Cruz de la Sierra, capital departamental y su cercado quedan englobados a la provincia Andrés Ibáñez.

El departamento de Santa Cruz, división más oriental de la mediterránea Bolivia, está ubicado en el centro de la América del Sur, constituyéndose desde ya, y con mayores probabilidades futuras, en el centro natural de las comunicaciones o nexo nacional e internacional, pulsación económica del centro del continente. Para ello sus potentes riquezas naturales, aún racionalmente inexploradas y menos explotadas, le ofrecen un porvenir excelso, difícilmente agotable.

1961

“Álbum conmemorativo del IV Centenario de Santa Cruz de la Sierra”. Antonio Velasco Franco, editor. Primera edición. Impreso en la Argentina en 1961.



Campeños cruceños moliendo caña en viejos trapiches. Buenavista, 1955.

INFLUENCIA DE LA NATURALEZA EN EL CARÁCTER

Mario Gabriel Hollweg

La naturaleza climática del Oriente de Bolivia ejerce fuerte influencia sobre el habitante en sus caracteres físicos y espirituales, que lo diferencian marcadamente del poblador de las regiones occidentales del país, de una manera contrastante. Las inmensas planicies cubiertas de bosques y ríos fueron factores climáticos en el pasado de ser responsables por la pequeña densidad demográfica, al contrario de los pueblos de las montañas que fueron condicionados por un clima que favoreció a la asociación de grandes masas humanas y a alcanzar con el tiempo, un avanzado grado de desarrollo y su posterior expansión. Aquí la naturaleza impidió la comunicación entre las diferentes naciones aborígenes, que se mantuvieron aisladas en la espesura de la selva, dispersas en pequeñas y múltiples naciones que se ocupaban de la agricultura, la caza y la pesca como medios de subsistencia. Estos pueblos nunca llegaron a reunirse y constituirse en una gran nación, ni alcanzar un alto grado cultural.

Con la colonización española en esta región fue fundada Santa Cruz de la Sierra en el siglo XVI y desempeñó el papel de avanzada colonizadora en la selva oriental. El criollo, es decir, el descendiente del europeo, nacido y aclimatado en la región, fue tomando posesión de la floresta e integrando al nativo, poco a poco, a la civilización. La atmósfera climática envolvió al espíritu del criollo cruceño de tal forma con los mismos efectos que ejerció sobre los aborígenes: brotaron en él violentos impulsos de emigrar hacia lo desconocido que se escondía en la espesura de la selva, que es la tendencia natural que inspira el conocer y tomar posesión de una embrujadora naturaleza y así, alejados de miles de miles de kilómetros de su ciudad natal, fue estableciéndose hasta llegar a las distantes comarcas de los ríos Amazonas y Paraguay. Éste es el origen climático de la *Libertad Natural* y de la *Individualidad* del cruceño.

El *Camba* -se le llama así también al cruceño y de modo general al habitante del Oriente Boliviano- es individualista por naturaleza, puesto que se ha acostumbrado a vivir y a entenderse relativamente solo en su "inmensidad verde", pues no ha requerido tanto del otro para sobrevivir. La tierra, fertilísima por excelencia, le ha facilitado lo que precisa para su manutención, y por otra parte los padres los han dejado a que se críen libremente desde muy temprano, configurándose lazos tenues hacia éstos y al poco valor que le ha dado a las determinaciones sociales. De tal manera, que cuando se "encuentra" con la otras personas, mantiene siempre su independencia frente a ellas.

Detestó en principio, el sistema y la organización porque esto lo "amarraba" y le quitaba lo más querido: su libertad. Por eso, huyó de la subordinación y el orden. Es muy conocido el comportamiento del "peón" o campesino oriental que trabaja a salario, por su peculiar falta de *fijación* en un determinado lugar de trabajo. Una *fórmula* de comprometerlo y hacerlo quedar era pagándole anticipadamente, pues el patrón, conocedor de su psicología nada ahorrativa, en vista de que todo lo malgastaba rápidamente, lo obligaba de esta manera, a permanecer por algún tiempo a su servicio para pagar sus deudas.

Celoso por su libertad personal, durante mucho tiempo resistió a la conscripción militar. Obligado, no raramente, de manera violenta a esto, cuando descubierto por las autoridades militares era aprehendido y enchalecado con cuero (chaleco de fuerza) y enviado así al interior de la república para servir al ejército.

El medio climático del oriental contempla una de las más ricas vegetaciones del mundo, cubierta por múltiples variedades de árboles enormes que en determinados lugares sobrepasaban los cien metros de altura. Los “toborochois” dominan el panorama como la más típica especie climática regional con sus pintorescos exuberantes follajes y robustos troncos. Esto influye aún más para que las relaciones del camba con su naturaleza sean tan estrechas que lo ligen a ella en forma simbiótica y que lo hacen expresivo en el vivenciar que acompaña a su totalidad corporal y anímica con todas las sinfonías y ritmos de este sistema natural. Así, pues, los cambios de las estaciones del año, la influencia de la temperatura, la humedad y las variaciones meteorológicas, adquieren una tonalidad especial en el carácter del cruceño.

Las condiciones de este medio natural excepcional del cruceño le han favorecido para desarrollar ventajosamente ciertas aptitudes superiores, en tanto que por otra parte le han desfavorecido para un desenvolvimiento psicoespiritual y vital más integrado. De cualquier modo, estas condiciones no han tenido en cualquier otro pueblo y medio geográfico formas absolutas de influencias positivas; siempre ha existido, sin embargo, una relación que puede ser paradójica situacionalmente.

Así, de esta manera, la *vitalidad* conocida también por **élan vital** por Bergson, depende exclusivamente de estas influencias climáticas de su medio que se irradian hacia lo anímico, que en el camba ha desarrollado particularmente especiales disposiciones vitales que se manifiestan a través de una agresividad de sus impulsos vitales hacia su medio natural, que contrasta con la llamada “astenia” de los trópicos.

Dentro de los rasgos anímicos que le imprime su robusta vitalidad, está el fuerte sentimiento de confianza en sí mismo; por esto se lo puede encajar dentro de las personalidades *esténicas*. Este vigoroso sentimiento del propio poder lo caracterizó a través de la historia, se abrió campo con ímpetu en la amplitud de la selva; la conquistó, pobló y explotó sus riquezas con emprendimiento y coraje. Las crónicas e innumerables escritos históricos testimonian esta estupenda obra colonizadora desde el Bermejo hasta el legendario Amazonas que marcan, precisamente, la férrea decisión y el espíritu de aventura y empresa del cruceño.

Lo peculiar en el *esténico* es la fuerte confianza en sí mismo, sintiéndose poseído por una fuerza vital capaz de doblegar los peligros, enfrentando impetuosamente las amenazas, yendo hasta la temeridad y el arrojo. La actitud activa está vuelta para el momento actual. Sus decisiones son irracionales y no es guiado en el momento por proyectos o ideales y procede de un estado de confianza en sus propias fuerzas. Hablamos de “irracional” al momento histórico que se lanza hacia un horizonte indeterminado; el contemplativo es incapaz de decisiones y de transformar una situación, pues se pierde en la racionalidad fantástica. El sentimiento de fuerte autoconfianza del cruceño parece depender de la dotación de una fuerza vital especial, resultante de condiciones biológicas, ambientales y psíquicas. La acción de un medio físico privilegiado, la exuberante vegetación, la fertilidad del suelo, la belleza del paisaje y el clima, influyen, permanentemente, sobre el fondo vital que ha determinado sus caracteres anímicos.

1977

De “El mito racial y el hombre boliviano”, imprenta “Los Huérfanos”, Santa Cruz, 1977.

APOYEMOS A SANTA CRUZ

Carlos Serrate Reich

El sentimiento nacional boliviano ha sido conmovido hasta lo más profundo frente a la desgracia que atraviesa el pueblo de Santa Cruz. Como sabemos, aunque muchos connacionales no hubieran tenido aún la oportunidad de viajar allí y verlo personalmente, debido a la falta de promoción de turismo interno, la capital oriental y el departamento todo de Santa Cruz se han constituido en lo que -en el mejor sentido de la frase- se ha venido en llamar “la otra Bolivia”.

En efecto.

Se denominó a Bolivia como “la tierra del altiplano” y por la explotación de sus riquezas naturales y sus exportaciones se le consideró siempre como un país minero. Además, en todas partes del mundo, muchos viajeros internacionales sienten cuidado de llegar a La Paz por el temor a la altura.

La concentración del esfuerzo económico, en verdad, se realizó hacia la minería y de la minería al mar Pacífico, de donde era más cómodo y sustancioso descargar divisas por importación de alimentos y otros productos de consumo básico. Toda la zona altiplánica quedó así convertida históricamente en un miserable campamento minero y las demás regiones del ancho territorio nacional abandonadas. Lo que Sucre fue a Potosí, en la colonia, pasó a significar el valle de Cochabamba para la minería del altiplano, durante la República, en el siglo XIX. La guerra civil federal trasladó a la ciudad de La Paz, la importancia capitalina y tránsito fácil a los puertos de Arica y Mollendo, del Perú, impulsando un primario desarrollo agrícola en las provincias pazeñas.

Ésta es Bolivia hasta el momento del desarrollo y conquista del Oriente, de esa nueva frontera que halló el país en la segunda mitad del siglo XX.

Por esto Santa Cruz es la otra Bolivia. La del gas y el petróleo, las maderas y los cítricos, el azúcar, el arroz y una variedad de cereales. La agroindustria. La comunicación con el Atlántico y el Río de La Plata. La siderurgia así continúe dormida. La ganadería de engorde y pecuaria en general. Pero algo más: la integración y vertebración nacionales. La gran plataforma para conquistar para los propios bolivianos la frontera Norte del Beni y Pando y la frontera Sur de Chuquisaca, Tarija y el Chaco.

Los desbordes del río Piraí y las mazamorras y turbiones que han traído luto, desolación y miseria, transformando, incluso, la topografía de inmensas zonas agrícolas, arrasando puentes y carreteras, pone a prueba una vez más al carácter nacional. Estamos seguros de la solidaridad del pueblo boliviano para con los hermanos en desgracia y por ello “Hoy” se apuró en proponer una campaña nacional de ayuda que debe canalizarse a través de la Dirección de Defensa Civil del Ministerio de Defensa Nacional.

La reconstrucción será larga y difícil, sobre todo en momentos de crisis económica, pero servirá para poner en evidencia la unidad del pueblo boliviano y su voluntad de levantar una patria nueva por encima de toda adversidad.

Esperamos que no sea éste un motivo más para acudir a la caridad internacional, sino demandar un crédito global de emergencia de la CAF o del BID, pues será necesario siempre, por encima de cualquier situación, cuidar la dignidad y salvar el honor.

La Paz, marzo de 1984.

Editorial de "Hoy" recogido en el volumen "Vistazo al país", tomo 1, Editora "El Siglo Ltda.", La Paz, 1984.



Otra vista de La Plaza 24 de Septiembre, 1915

LO CRUCEÑO

Herman Fernández

Algo en continuo proceso de hacerse. La preocupación nuestra por inquirir sobre lo que en cierta forma nos caracteriza aparece en los últimos 12 o 13 años. Desde 30 años antes Santa Cruz estaba siendo literalmente inundada por la inmigración de otros pueblos del país y luego por los medios de comunicación social. Al parecer fue esa situación de confrontación y amenaza a la identidad cultural de lo cruceño la que produjo dicha preocupación.

Está fuera de duda que el pueblo cruceño había desarrollado una personalidad bastante característica durante los 400 años de vida social alejada por completo de los centros donde se generan el pensamiento, la moda, la técnica, etc. En esas condiciones de vida social y económica restringida y alejada es comprensible que hubiera habido pocos cambios durante ese largo intervalo.

Incorporada Santa Cruz al movimiento cultural mundial por los medios de comunicación, los viajes, las relaciones comerciales y financieras, los libros, la profesionalización masiva hecha afuera, etc., los cambios tanto tiempo detenidos han comenzado a producirse con tanta celeridad y magnitud que en pocos años muchos hemos sentido a nuestra cultura seriamente afectada por culturas ajenas.

Preocupa seguramente tener que admitir que este fenómeno es inevitable, a menos que nuestra región dejara de interesar y atraer a los demás bolivianos, por una parte, y que cerrásemos de tal modo nuestras fronteras geográficas y espirituales a fin de que nada extraño penetre en nosotros. La primera situación significaría, sin embargo, un achicamiento de la economía y de la vida social de Santa Cruz, que ciertamente a nadie conviene, y que contravendría el sentimiento de unidad nacional. Al contrario, se hace acá todo lo posible por conseguir mejores condiciones de trabajo y de vida en nuestra región a través de acciones del Estado y de numerosas instituciones cruceñas, todo lo cual no hace sino fortalecer esa situación atractiva para cientos de miles de ciudadanos pertenecientes a otras culturas dentro del país. Cerrar nuestras fronteras físicas y espirituales a lo extranjero es algo impensable; en realidad sólo fuera un desacierto calamitoso por su inconvenientes, de ser de algún modo posible.

Ésta es la primera situación típicamente conflictiva dentro de las que plantean las condiciones actuales de la vida cruceña. Podría resumirse quizá en estos términos: personalidad colectiva cruceña tradicional (como fue siempre entendida) y desarrollo. Hay que hallar una respuesta convincente a esta antinomia.

En nuestra condición de sociedad pobre y atrasada parece normal que el contacto con las sociedades de alto desarrollo, complejidad social, ciencia, tecnología, arte, pensamiento, etc. no produzca en nosotros otro efecto que deslumbramiento; y por mecanismos más o menos inconscientes y complejos, cierta forma de tristeza por nuestra suerte y de anhelo de la suerte de las otras, todo lo cual puede llevar con facilidad a renegar inconscientemente de nuestra realidad social y económica, y de las cualidades y formas que de ella se derivan.

Quizá pensando en esas condiciones es que Claude Lévi-Strauss ha criticado acerbamente a la Unesco por venir proponiendo y exhortando a las sociedades desde hace años a “conciliar la fidelidad a sí mismas y la apertura a las otras”; a favorecer al mismo tiempo “la afirmación creadora de cada identidad y el acercamiento a todas las culturas”, pensamientos que el famoso antropólogo considera contradictorios e imposibles.

Sea de ello lo que fuere, pensamos que la situación en Santa Cruz es irrevocable. La cultura de las sociedades altamente desarrolladas penetra nuestro ámbito todavía un tanto restringido, y casi sin resistencia va dando al traste con nuestros particularismos. La esperanza es no perderlos del todo, de manera que más tarde, tal vez dentro de cincuenta años, cuando también nosotros hubiésemos superado las primeras etapas del subdesarrollo y valoricemos mejor nuestra identidad, no tengamos que andar rastreándola por todas partes, como tienen que hacer ahora muchas sociedades de alta tecnología.

Preocupa a muchos la identidad cultural del cruceño porque se siente que en este aspecto también nuestra sociedad atraviesa una profunda crisis. Las crisis en sí no deben hacernos perder el valor ni la esperanza, sino al contrario; se sabe que ellas constituyen los grandes momentos, momentos de transformación y de ruptura, por los que las personas y las sociedades adecuan sus vidas a las nuevas condiciones. Crisis es casi siempre el preludio de renovación y adecuación. No hay que olvidar que el mandato natural y primario para el hombre (y los animales), y con seguridad para las sociedades es, ante todo, seguir viviendo. Esta ley, natural para los animales y su posible generalización a las sociedades, puede dar lugar a muchas conjeturas; entre ellas, que una sociedad tiene la necesidad de reproducir sus caracteres entre sus miembros, siempre por supuesto que esos caracteres permitan o posibiliten mejor la sobrevivencia de ese grupo humano. Es aquí donde una sociedad necesita de su mejor capacidad, equilibrio y sabiduría para resolverse a dejar en el camino aquellos caracteres que empiecen a serle perjudiciales en ese mandato, imposible de desoír, a seguir viviendo, y aceptar a lo mejor otros, tomados de otras culturas, que signifiquen un mejoramiento (aun dentro de lo relativo) en las nuevas condiciones. Ambos procesos, tomar lo ajeno y dejar lo propio, ocurriendo, además y al mismo tiempo, con el interés por retener los caracteres culturales propios y tradicionales que no sean perjudiciales, a fin de que sigan constituyendo la personalidad base del cruceño.

Se ve cuán delicado y difícil es andar este camino. Nos debe alentar, sin embargo, la certeza de que esto se hará de todos modos, querámoslo o no, intervengamos en ello o no. Muchos de entre nosotros tenemos la impresión de que si consiguiéramos hacernos una idea más clara, amplia y coherente del problema de la identidad, tal vez nos fuera más fácil encontrar algunas respuestas acertadas. Esa idea clara, amplia y coherente de la identidad cultural tiene que estar basada en principios morales y políticos universales. Sentimos que es sobre *la libertad, la justicia y la solidaridad* que esa idea tiene que estar basada. Estamos convencidos de la importancia que pueden llegar a tener los principios que guían nuestros propósitos como sociedad organizada; todos los propósitos de esta sociedad, pero máxime este que analizamos en el debate, son especialmente difíciles y oscuros. Es fácil perderse en sus laberintos y cometer errores que pueden llegar a ser muy graves. Por eso es necesario tener para ello pautas y normas diáfanas, indiscutibles.

Las crisis, como se dijo, son saludables; dan vitalidad y energía a las sociedades, las sacuden, las cambian y las adecuan. Pero todo en esta vida tiene un límite; también la solución de las crisis. Si una crisis no es superada en tiempo adecuado, las personas o la sociedad pueden entrar en estados anormales, como la alienación total, fragmentación, anomia, etc., causa a su vez de graves malestares sociales (marginalidad, desarraigo, pérdida de valores, delincuencia, uso de drogas, etc.).

El impulso primario que nos congrega es seguramente la idea de que reflexionando y actuando con cierta sabiduría, las instituciones sociales de la ciudad podrían conseguir en este asunto un resultado algo mejor del que de todos modos se dará, quieras o no, por la interacción espontánea de las fuerzas sociales concurrentes.

Creemos que debe de haber algún supuesto subyacente a esta preocupación bastante generalizada. Tengo la impresión de que se trata del supuesto de que es bueno y saludable para un pueblo tener una robusta personalidad. Y la hemos tenido por varios siglos. Ahora que la sentimos en crisis, pueden acudir a nuestro espíritu muchas explicaciones justificadoras del derrumbe casi total de nuestras normas sociales, costumbres, hábitos, comportamiento, etc.

Lo primero que se le ocurre a cualquiera es justificar la situación actual comentada con el argumento de que es cosa de los tiempos que corren; y que toda esta preocupación nuestra por el asunto es sólo un agreste provincialismo. La vida en condiciones de alta complejidad social y desarrollo científico y técnico, se dice, lleva de manera inexorable a la desvalorización y finalmente a la pérdida del interés por estas cosas. Nadie podría negar la parte de verdad que tiene esta percepción de la realidad. Hay que recordar, sin embargo, que muchos pueblos del mundo han luchado y siguen luchando por recobrar la libertad de ser ellos mismos. Ésta es en la actualidad una de las claras tendencias de muchos grandes y pequeños grupos humanos; sus luchas, sus slogans, sus reivindicaciones, incluso sus excesos, llenan a diario la prensa y la televisión. De modo que tendríamos que sentirnos aliviados; no estamos solos, no hemos estado hasta ahora en contra flecha, sino en el sentido de acontecimientos probablemente universales; nos hemos estado moviendo con el signo de los tiempos. Y el objetivo de estas luchas debe ser algo que se cree mejora la vida de las personas, cuando tantos millones se arriesgan y sufren por obtenerlo. Y antes que ellos, muchos pueblos del mundo.

La tendencia de las sociedades humanas a diferenciarse, su atracción por la diversidad, tal vez sea una inclinación natural, como lo es en las personas, a las que es consustancial.

Esto explica quizá que fuerzas tan poderosas como las del mercado de bienes de consumo, la revolución de los medios de comunicación social y del transporte, la transnacionalización de la economía, etc. no hayan podido acabar en estos tiempos con la personalidad de muchas sociedades y que estén dándose en ellas brotes inequívocos de revalorización de lo propio y diferente. La humanidad asiste un tanto atónita a esta situación completamente inesperada.

Por otra parte, toda esta preocupación y sentimiento de opresión que muchos cruceños hemos sentido, y todavía demasiados siguen sintiendo ante la situación actual, tal vez provengan de una de las derivaciones sociales del concepto de libertad.

Estamos convencidos de que las élites de otros pueblos bolivianos, que manejaron a nuestro país desde su nacimiento, no tuvieron quizá nunca el debido respeto por la personalidad del pueblo cruceño. Da la impresión de que hasta les hubiese molestado aquel modo de ser, extraño a ellas mismas y a sus pueblos de origen. Ahora que ha pasado ya tanto tiempo, que las cosas han cambiado radicalmente en el país, no conduce a nada ahondar y encender viejos rencores. Queremos convencernos, por el contrario, de que era sólo una cuestión de los tiempos que se vivían; no podía pedirse quizá a los miembros de esas élites que conocieran, peor practicasen, la aceptación y el respeto a la diversidad en esos años y circunstancias. No podíamos pedir peras al olmo. En efecto, hay que reconocer que esas son ideas que tal vez no lleven madurando en nuestro país más de 15 años. Pero puede ser éste justamente el momento

de hacer conciencia de que aquello que hemos reclamado y echado tanto de menos tenemos nosotros que darlo ahora que la situación ha cambiado radicalmente, demostrando así que lo nuestro no fue llanto lastimero, coyuntural e insincero, que se dejó oír sólo cuando otro era el opresor, el detentador del poder, el que mandaba y había que obedecer. Oprimir, o tratar de hacerlo, a los nuevos pobladores de la ciudad, venidos a nosotros, lo más seguro, no por una opción verdaderamente libre sino urgidos por el sustento diario de ellos y el de sus hijos, imponiéndoles nuestras costumbres y otros caracteres culturales propios, sería, aparte de una falta de caridad, incoherencia, contradicción y oportunismo.

Creemos que el tiempo se ha ocupado de mostrar que el sentimiento anticolla, que anidó durante muchos años hasta en los estratos socioeconómicos más bajos en Santa Cruz, era en realidad un resentimiento al colla con poder, que era sobre todo el que veíamos por acá, disponiendo desde La Paz o desde aquí mismo la suerte y destino de esta región con absoluta arbitrariedad. Los años han mostrado que el pueblo cruceño llano acoge bien a cientos de miles de trabajadores collas, hombres y mujeres, que han venido y siguen viniendo a laborar entre nosotros; y ha aprendido a reconocer en ellos algunos de sus grandes valores. ¿Alguien duda ahora de la laboriosidad, habilidad, ingenio para rebuscárselas, tenacidad, ganas de superarse, inclinación al ahorro, vida familiar más reconcentrada, valoración del trabajo, aun el más humilde, etc.? Este fenómeno social, que nos parece innegable, tal vez ha favorecido en algo a la relación de las mayorías cruceñas con las élites collas, suavizándola. No nos hemos referido hasta ahora a la relación de los grupos de élites colla y cruceña entre sí. Tenemos la impresión de que han tenido ellos un comportamiento invariable: esas relaciones han dependido siempre de otra clase de intereses, como el poder político, el dinero, el prestigio social, etc. Los pactos y alianzas políticas, y los negocios entre los miembros de estas élites no se vieron nunca entorpecidos ni amenazados por las famosas diferencias culturales. La intolerancia a la diversidad de parte de las clases dominantes collas, y la desigualdad de poder entre ellas y las nuestras seguramente explican toda aquella larga historia, que muchos todavía hemos conocido, de demostraciones públicas de nuestro sentimiento boliviano, aquellas declaraciones a los compatriotas en que asegurábamos, y hubiéramos querido jurar por todos los santos, no ser regionalistas, en medio de un ambiente (que se consentía bastante mansamente, sin proferir una sola queja) en que hablar de lo cruceño era francamente subversivo.

No hay la intención con esto de denigrar o deshonar a esos cruceños, que en otras cosas mostraron a lo mejor valor, entereza, originalidad, etc. Intentamos más bien comprenderlos, más que criticarlos. Creemos que fueron sólo el fruto de mecanismos inconscientes desarrollados colectivamente por esta sociedad; mecanismos responsables, además, de cierta inseguridad que el cruceño sufre hasta ahora, sobre todo en algunos niveles y circunstancias de su actividad o actuación, patente, por ejemplo, cuando habla en público y tiene que echar mano del lenguaje oral.

El desarrollo de las sociedades tiende, como ya fue dicho, a la alienación, a la pérdida de la identidad. Por lo menos en sus primeras etapas. Así ha sucedido con sociedades ricas y complejas. En esto también es posible que en las sociedades pase lo mismo que en las personas; sólo cuando se es rico de mucho tiempo, mejor si la riqueza proviene ya de una familia tradicionalmente rica, la gente adquiere el gusto por cosas en apariencia simples, aquellas en que los nuevos ricos y hasta personas pobres no encuentran valor alguno, y cuya posesión o gusto declarado públicamente podría avergonzarlos o disminuirlos. Este fenómeno no sólo sucede con la riqueza económica de larga data; también ocurre con la cultura de las personas; sólo aquellas que han sobrepasado cierto nivel pueden volver a ser sencillas y gustar de las cosas elementales y propias.

Si ahora abrimos los ojos desprejuiciadamente, como quien se asoma a un fenómeno extraño a uno mismo, que no nos compete ni interesa, como si examinásemos la situación de Kuala-Lumpur, Calcuta o Alejandría, repararíamos mejor en la realidad en la que consiste la sociedad de la que formamos parte. Estamos a merced de los pueblos collas que nos invaden directamente por inmigración, y de la cultura poderosa de los países extranjeros, que nos llega por los medios modernos de comunicación. Todos confluyen para dejar, traer y llevar a su antojo ese conjunto de normas, costumbres y hechos a que hemos llamado lo cruceño o personalidad cruceña, y que viene a constituir ahora su aspecto más conservador y tradicional, algo que a pesar de mantener aún bastante vigor está amenazado de muerte natural a corto plazo. Es decir, un ser en peligro de extinción. Y esto sin ninguna intención aviesa de ninguna de las partes. Con los extranjeros, por razones de fuerza de mercado; con los otros pueblos bolivianos, por interacción social directa. Esta interacción social entre contrarios o simplemente diferentes es imparable. Nos guste o no a los cruceños apegados a la idea tradicional, la realidad de lo cruceño ha empezado a cambiar aceleradamente por el libre juego de influencias de numerosas culturas diferentes a la nuestra, con valores culturales muy apreciados puestos a la fuerza del mercado directamente, como es el caso de la población colla, o bien a través de los medios de comunicación en el caso de las culturas de países extranjeros.

Tenemos que aceptar este hecho como algo inevitable. Y aceptarlo si es posible no a regañadientes, sino con alegría y reconocimiento pues con él nos enriquecemos todos, o al menos quienes convivimos. La cultura de los pueblos convivientes será siempre una síntesis de la cultura de todos ellos y de la que le inyectan los países más lejanos por medios indirectos. Tratemos de imaginarnos, al menos un poco, lo distinto que con seguridad sería lo cruceño de no haber tenido la ocasión de escuchar a Gardel, Pedro Infante, Los Panchos, los Chalchalersos, "Noches de Paraguay"; de no haber visto a Chaplin, Greta Garbo, Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Anthony Queen, Charles Bronson, Cantinflas, las viejas películas de cowboys; las páginas de Billiken, Blanca Nieves, las aventuras de Red Ridders y de Antifaz Negro; de no haber tenido oportunidad de ver el carnaval de Río, el fútbol brasileiro; de no haber leído los "Veinte Poemas de Amor", de Neruda o los de García Lorca; qué sería de lo cruceño sin caballos y luego sin camiones, sin bandas de música, sin máquinas Singer, sin galerías y sin aljibes, sin revólver y sin guitarra ... Es de veras imposible acertar a imaginarse siquiera lo que podría ser lo cruceño sin la incorporación de todo un mundo ajeno de cosas y de valores.

Y esto, además, no es algo que tenga un final. Siempre habrá cosas que tengan que incorporarse, que desecharse, que inventarse. En esto ha consistido también la cultura cruceña más tradicional hasta hace 40 años; sólo que los cambios eran tan lentos, que, como el crecimiento de las plantas y los animales, no se los podía apreciar sino apenas y en el transcurso de una vida entera. Y en eso consiste también ahora, cuando los cambios de los factores y condiciones protagónicos, su flujo y reflujo inmemorial, han adquirido una velocidad antes impensada, y sus magnitudes se han multiplicado. Y desde luego lo cruceño seguirá existiendo, si bien con otras características, en los años que se avecinan, en los que la velocidad y magnitud de los cambios producidos por la revolución de la informática y de la comunicación (en las que ya hemos empezado a participar), la integración de los negocios a nivel continental, la apertura de mercados transcontinentales, la transferencia de tecnología, la universalización de los conocimientos, la implantación entre nosotros de empresas transnacionales de extensión planetaria, etc. imprimirán a los cambios la velocidad del vértigo, como la de esas imágenes pasadas en la TV a gran velocidad, en las que ya no es posible reconocer ni voces ni movimientos que tengan sentido.

Lo cruceño no ha sido hecho de una vez y para siempre. Como todo en esta vida, *lo cruceño se va haciendo en realidad cada día*, como el amor, la amistad, el sentimiento de familia, la solidaridad

social, la cultura, las bibliotecas, etc. Algo al menos de lo inicialmente ajeno se incorpora y termina siendo parte y valorizando, dándole riqueza y vigor, al sentimiento a lo mejor pálidamente sentido inicialmente. Y su destino es ir construyéndose, haciéndose, modificándose según las condiciones en un proceso que podría calificarse de eterno. La tolerancia al “otro”, a las otras culturas, sólo puede darse si esas culturas tienen un desarrollo igual o parecido, si las separa una distancia física suficiente, y si existe entre ellas una cierta incomunicación.

Las dos primeras condiciones son obvias. En cuanto a la tercera, hay al parecer un rango de comunicación entre las culturas que es óptimo, estimulante y enriquecedor. Por debajo de ese rango la vida cultural de esa sociedad se vuelve peligrosamente estática y conservadora; por encima de él, no hay cultura que pueda existir con sus rasgos propios dentro de esa extrema confusión y perplejidad que significa el exceso y la facilitación desmedida de la comunicación. De modo que cierta impermeabilidad y desconocimiento (y hasta cierto rechazo) de las culturas ajenas son necesarios para poder conservar la propia. Con toda evidencia éste no es ya el caso para nosotros. Más cercanía física y comunicación, imposibles. No sólo estamos viviendo unas culturas diferentes al lado de otras, sino que estamos todas en franca convivencia. Por tanto, lo natural, lo esperable, es que de esta convivencia surja una síntesis lenta y progresiva, en la cual el jisunú no sería ya únicamente lo cruceño tradicional; habría otros. Como en todo, alguno se impondrá, pero esa imposición será admitida y vivida no por la fuerza o la coerción sino porque esos valores culturales sean los mejores y más adecuados en cada época.

Esforcémonos para que algunos de los nuestros, los mejores de entre ellos, resulten serlo. Si fuera así, los otros cruceños habrán ganado al incorporar pacíficamente unos caracteres culturales hasta entonces ajenos. Si en esta forma de confrontación pacífica, casi lúdica, las cosas resultaran de otro modo, creo que tendríamos que tomarlo como una ganancia, un enriquecimiento, la posibilidad de acceder a formas culturales más perfectas y adecuadas a los tiempos. Para ello tendríamos que vivir un clima de mejoramiento continuo en todos los órdenes. Me temo que no es del todo el caso:

Santa Cruz padece de una penosa falta de pensamiento (pensamiento hecho público, naturalmente). Hay entre nosotros poca crítica, poco pensamiento creador, excepción hecha de las muchas formas encontradas y hasta perfeccionadas de servicios y negocios; seguramente ninguna ciencia y muy poca investigación seria. Ya tendríamos que haber producido hace rato un matemático, un filósofo, un físico teórico. Para algunos de ellos, dice Mario Bunge, “sólo se necesita una hoja de papel en blanco y un bolígrafo”, ciertamente exagerando un poco por destacar el papel fundamental de esfuerzo personal en la formación teórica, que no precisa de equipos sofisticados; sólo que, por supuesto, necesitan contar estos científicos teóricos con bibliotecas bien dotadas y dinámicas, y algo de qué poder vivir decorosamente.

Algo malo debe estar pasando con nuestra sociedad, que no ha sido capaz de producir un flujo adecuado de pensamiento serio. Creemos que esto debiera preocupar mucho a los conductores de nuestra sociedad. Estamos atrasados en todo; pero la gran brecha con los países adelantados está en la ciencia y la tecnología, fundamentalmente. Un avance sustancial en esta y otras formas del conocimiento podrá seguramente influir en la valoración de la identidad cultural del cruceño. Y posibilitará, sin duda, la reflexión a otros niveles de profundidad, la introspección, etc., todo lo cual posibilitaría la adecuación permanente de nuestro sentido del ser cruceño a las condiciones de la vida social, cada vez renovadas y desafiantes.

Como ya fue dicho, las condiciones para mantener al “otro” en situación de elemento ajeno a nuestra vida, a nuestra cultura, han sido abundantemente sobrepasadas en nuestra ciudad. Me refiero a la

distancia física y a cierta incomunicación, que tendrían que separar a la cultura tradicional cruceña de las otras y que durante muchos años efectivamente las separaron. Ahora las condiciones son del todo diferentes y, como se ha dicho, todo lo ajeno, o parte de lo ajeno, ajeno a cualquiera, puede ser incorporado y terminar, como ya fue antes, siendo parte, valorizando, dando vigor y riqueza a lo cruceño, cambiadas las circunstancias, al adaptarse el nuevo cruceño a ellas, al vivir cada cual una vida más digna y saberse perteneciente al grupo, que no fue, no es ni será nunca homogéneo, ni predominante por medios injustos de ninguna especie.

1994

“De secretos y sombras”. Fondo de ediciones municipales. Santa Cruz, 1994.



Barricada federalista en la esquina de la Plaza Principal.

DECADENCIA DEL “BURI”

Raúl Botelho Gosalvez

Don Gabriel René Moreno en las páginas de su obra —que tantos mencionan y tan pocos han leído—, titulada “*Archivo de la Gobernación de Moxos y Chiquitos*”, donde aún permanece intacto valioso material destinado a orientar al sociólogo para que esclarezca el origen de muchas costumbres que sobreviven a los siglos, cuenta en delicioso pasaje, cómo en las casas cruceñas de antaño, unas techadas con teja, otras con acanalados troncos de palmera y las más con palmas de motacú, en cuyos fondos había amenas huertas donde crecían, junto a las frutas comunes, esas otras que saboreaban los aborígenes del tiempo de Grigotá, tales como la “ambaiba”, el “guapurú”, el “achachairú”, el “guapomó”, la “pitajaya”, el “motoyoé” y otras, se alzaban cercas de madera, envueltas por verdequeantes plantas rastreras, en anárquica profusión digna de la feracidad tropical. El amo de casa, a la hora de la siesta, institucionalizada por el clima, o cuando, relumbrantes lunas llaneras se lo permitían, en la noche iba a los fondos y tras de vencer el vallado se dirigía por “caminitos secretos” hacia las esparcidas casitas donde habitaban familias humildes, en las cuales abundaban bellas mujeres “para todos los gustos” y que, al parecer, no causaban disgustos.

Allí, lejos del adusto hogar afirmado en estrictas normas paternalistas, dábase a libar los licores preparados por Eros para el culto de Venus Afrodita, dando lugar a aquello de que en Santa Cruz hubiesen “más bautizados que matrimonios”, como dice el zumbón don Gabriel. Cuando sus amigos no hallaban en casa a un caballero, solían decir en forma ambigua y complaciente: “Debe andar perdido en los caminitos”.

Esas escapadas, que algunas señoras cargadas de familia consentían haciendo la vista gorda, a manera de procedimiento anticonceptivo para la briosa actividad genésica de sus maridos, con el correr de los años fueron menos furtivas, porque los hombres acabaron por inventar con la colaboración de algún estevado y comedido personaje de Fernando de Rojas, una institución que no tiene personería jurídica, reglamento ni sede social fija: el “buri”, puesto que, como dice el Arcipreste de Hita: “dos cosas mueven al hombre: primero haber mantención, después “fembra placentera”, salvo que sea, como dicen los cruceños: “opa kotudo”.

Pero ¿qué es en buena cuenta el *buri*? El buri es una reunión nocturna en que un conjunto de hombres y mujeres se divierten, beben, comen, danzan y, si llega el caso, hacen el amor. El esposo jamás lleva a su esposa al buri, más aún si es ella de buena casta, porque eso podría tacharle la honra. Una dama jamás pisa los umbrales del buri, aunque éste no se realice en lugar non sancto. Las mujeres que van al buri son, por lo común, solteras de familias honestas pero pobres y no van, precisamente, en pos de aventuras amorosas, sino para divertirse y relacionarse con la *jeunesse dorée* oriental. Si la aventura surge de la diversión, es cosa de inclinaciones y temperamento y no porque el buri sea una institución al servicio del amor libre.

En el buri lucen las bonitas y las feas, y como todas tienen esa sal y pimienta que sus ancestros trajeron de España, especialmente de Andalucía, lo sabroso suele ser la “conversa”, es decir la charla matizada de picardía, de comentarios de la vida local, donde algunas “peladas” parecen más informadas que “el

Diablo Cojuelo”, pues nada se les escapa de lo que acontece debajo del techo de las casas del pueblo. Por otra parte, la banda de instrumentos de viento se encarga de poner pólvora en los ánimos, y así entre carnavales, taquiraris y chovenas discurre la noche, a puerta cerrada, en las casitas arrabaleras de Cosmini, Calle Brava, Caja del Agua, Barrialito, donde no hay viandante, lugareño y forastero, que no hubiese caído o resbalado como en casa del jabonero. Pero no se le ocurra al forastero ir a un buri sin estar invitado, pues no le franquearán la puerta, puesto que es una fiesta privada, preparada ex profeso, a escote, para celebrar a alguien o a algo. Y si el intruso es kolla, mucho peor...

Antes, cuando las calles eran arenosas y enyerbadas, sin ruidosos trajines de vehículos ni pretensiones urbanísticas, bajo el embrujo de la noche olorosa a jazmines, nardos y claveles, irrumpía en lontananza la música de una banda; era un buri, y aunque sonaba la banda hasta que clareaba el alba, nadie se sentía incómodo ni desvelado. Esa música formaba parte de los hábitos locales. Más de una dama cruceña, casada o soltera, en el secreto de su pensamiento, mientras dormitada en su lecho o tomaba fresco meciéndose en la hamaca del corredor, se habrá evadido mentalmente, atraída por el imán de la música y el prestigio pecaminoso del buri, trasladándose con la imaginación adonde se realizaba la fiesta. En cuanto al marido, dormía, estaba en el club golpeando el cacho cubilete o asistía al buri. Más eso ya pertenece al pasado, hoy para la dama que quiere huir del cerrado gineceo queda el recurso de convencer al marido para ir a una “boite” elegante y respetable.

Los cruceños tradicionalistas me han hablado con un dejo de tristeza sobre la decadencia del buri. Junto con el progreso que ha enlosetado a las viejas costumbres, llevándoselas en el “carretón de la otra vida”, aunque ellas busquen refugio en el pueblo que no se resigna a perder su estilo. Han aparecido, tras del mimetismo modernista, algunas tradiciones. Pero no son lo mismo de antes. Por ejemplo, he visto una carrera de sortija, en vez de ser a caballo, como siempre ha sido, era.... ¡en bicicleta! Ahí no se mostraba la viril destreza del jinete ni la pujante fogosidad del caballo, sino la mecánica habilidad para pedalear un biciclo. Eso me pareció un signo de que el hombre ecuestre, señor desde su montura, se estaba mecanizando y abandonaba la noble cabalgadura en reemplazo de un asiento sin vida. También la vieja guitarra, cuyos cordajes acompañaron a las serenatas, va yéndose lentamente, aunque busca, obstinada, refugio en muchos hogares.

“La tradición es bella como un romance y sagrada como un mito”, que no sea desvirtuada ni destruida, porque cuando ella desaparezca, algo del alma de un pueblo habrá muerto. Velen, pues, los cruceños por sus bellas y antiguas costumbres y tradiciones, porque bien se puede progresar sin renunciar a ellas, ni vender el alma a los dioses tecnocráticos.

1998

De “Veinte ensayos bolivianos”. Librería Editorial “Juventud”, La Paz, 1998.

MI SANTA CRUZ

Carlos D. Mesa Gisbert

El terremoto generado en septiembre pasado, a partir de los bloqueos campesinos y cocaleros, ha desatado una ola de artículos de reflexión y opinión en Santa Cruz, que intenta sacar alguna conclusión en torno a la compleja relación Ande-Oriente. Una de las razones (no la única) que explica esta saludable y enriquecedora ola de artículos en la prensa cruceña, tiene que ver con una constatación dramática. Santa Cruz quedó aislada del mundo por el bloqueo de la carretera a Cochabamba y al Pacífico y perdió acceso a un muy importante mercado, el paceño y sus áreas de influencia, por el estrangulamiento de todos los accesos a la sede de gobierno. Tomar conciencia de la importante interdependencia con el Ande y la terrible fragilidad de su estructura productiva en función de los factores antes mencionados, fue un shock difícil de digerir.

Las raíces

A partir de estos hechos, la mayoría de los articulistas planteó las cosas partiendo de la lógica de que Santa Cruz es un espacio geográfico, social y político autónomo y propio, y que su relación con el Ande-Collao-La Paz-nación aymara (se usaron todas estas expresiones calificadoras) es la de un mundo que mira a otro con el que no tiene (casi) nada que ver. Esta lógica no toma en cuenta la gravitación distinta de los espacios territoriales y su realidad demográfica y social en función del momento económico y político de cada momento histórico.

Bolivia como realidad política y geográfica tiene su raíz en la Audiencia de Charcas, cuya razón de ser fue la plata del cerro Rico y el monumental peso económico que ésta tuvo para la corona española. La articulación de la Audiencia y de la República fue por esa razón esencialmente andina. En este contexto, a pesar de esa vocación andina, el proceso de las misiones de Mojos y Chiquitos (Beni y Santa Cruz, es bueno recordarlo ahora que las misiones de Chiquitos están cruceñizando de modo excluyente esa historia) estructuró una relación de intercambio y de vinculación entre Ande y Oriente en el período colonial, que desapareció tras la independencia y que volvió a tejerse a partir de la segunda mitad del siglo XX.

El desplazamiento de Potosí, de primera urbe sudamericana a la pequeña y abandonada ciudad de hoy, el cambio de eje sur-norte tras la guerra federal en detrimento de Sucre, la explosión espectacular de crecimiento e influencia de Santa Cruz, desplazando el eje de poder económico de La Paz a Santa Cruz al final del siglo XX, son hechos que se producen en función del peso específico de la región en un determinado momento del desarrollo social y económico, más allá de los buenos deseos y de las razones de cada región para subsistir; pregúntenle sino a los potosinos que sostuvieron nuestra economía y una parte de la economía europea durante siglos: ¿Quién les compensa ahora? ¿Los soyeros, Juan Carlos?

Esto, por supuesto, no puede dejar de lado la miopía de las elites collas centralistas que tardaron mucho en darse cuenta e interesarse por el destino del oriente y su importancia para el conjunto de la nación. Es cierto que el plan Bohan pensado por un estadounidense fue el arranque que demuestra esa miopía, pero no lo es menos que a partir de entonces se aplicaron políticas explícitas de integración del oriente,

tanto antes como durante y después de la revolución de 1952. Los procesos de esta naturaleza no son unidireccionales; igual que las lúcidas luchas cívicas cruceñas de los cincuenta (y sus antecedentes en el siglo XIX) fueron fundamentales para dar el gran salto; la vinculación carretera, la inversión petrolera, la transferencia de fondos de Comibol, la construcción del ingenio azucarero de Guabirá y los procesos de colonización, fueron acciones del estado central que aportaron significativamente al Santa Cruz de hoy.

Mirarse el ombligo

El problema más grave de las elites cruceñas es que siendo como son la cabeza del departamento líder del país, el que más crece y el que impulsa la economía boliviana, contando con una ciudad cada día más cosmopolita y cada día más atractiva, no sólo para el desarrollo económico, sino para el cultural, siguen razonando y pensando como la región marginada y ajena al poder central de hace medio siglo. Mentalidad provinciana en un cuerpo de dimensión nacional. Santa Cruz es hoy parte del centro, es parte esencial del poder, influye tanto o más que La Paz en las decisiones de presente y futuro de Bolivia; por eso tiene la obligación de asumir su rol de liderazgo, pero no para resolver exclusivamente los problemas de la agroindustria y de la banca cruceña, sino para aportar a pensar y actuar en Bolivia toda y para Bolivia toda.

Los cruceños tienen la tendencia a creer que Santa Cruz es sólo y exclusivamente de ellos (¿Ellos, los nacidos allí, los que tienen en su pasado varias generaciones cruceñas?), lo cual además de mezquino para su propio crecimiento integral dejó de ser real, no sólo porque la migración está cambiando su color y su cultura en un proceso de mutuo enriquecimiento, sino porque, entendámoslo de una buena vez, Santa Cruz es tan mía como La Paz suya. Todos debemos tener exactamente los mismos derechos y obligaciones en el 1.098.581 Km² de nuestro territorio. Santa Cruz es mi tierra, como lo es de Jhonny Fernández, Percy Fernández, Gladys Moreno, Carlos Valverde o Sergio Antelo, como lo es de Sebastián Mamani o de Juan Parada o María Choque Huanca. Por eso, esa frase amenazante de: "Se debe entender, definitivamente que Santa Cruz no es colonia de nadie, y este principio lo vamos a hacer respetar", sale sobrando. Mientras Bolivia siga siendo Bolivia esa es una baladronada inaceptable; Santa Cruz es de Bolivia y de los bolivianos como cualquiera de los otros ocho departamentos.

Es bueno que nos enteremos todos de que si el Ande muere (y no está muriendo, a pesar de los razonamientos de aquellos que creen en una sola tierra prometida en el país), el problema es de todos y lo debemos resolver todos. Esa mirada entre prescindente y despectiva hacia un supuesto altiplano moribundo (¡el mismo que provee el 70% de la dieta alimentaria de los bolivianos) como si quien escribiese fuera un argentino o un chileno o un brasileño y no un boliviano, tiene el mismo tufillo que se critica desde Santa Cruz al referirse a los doctores collas que miraban de menos la llanura.

Las "naciones"

Otra historia que debe matizarse es la de las "naciones" quechua y aymara. Hace ya algunos años que dejaron de ser la mayoría demográfica de Bolivia; el proceso de mestizaje no sólo étnico sino sobre todo cultural al que en particular Santa Cruz contribuye de modo decisivo, ha cambiado dramáticamente el escenario de Bolivia. Vamos rumbo a la urbanización. Quechuas y aymaras tienen, por supuesto, un espacio que debe respetarse, no como nación sino como parte del mosaico que somos.

Pero el Ande de Bolivia no gira exclusivamente en torno a esos factores por muy importantes que sean. La Paz, ciudad india y mestiza sabe de eso, en sus insuficiencias por el racismo y la discriminación

centenaria, pero también en su fuerte personalidad y sus innegables aportes a la comunidad nacional. Pero esa complejidad socio-cultural comienza también a afrontarse en Santa Cruz, ojalá que más inteligentemente que en la ciudad más india y más acomplexada, por ello, de América Latina.

Bolivia debe construirse en la pluralidad cultural pero sin la idea artificial y falsa de naciones originarias. La nación tal como hoy la tenemos es hija de lo indio y lo español, no de uno u otros separados. El bombín y la pollera, el charango y la wiphala, el propio pututu nacieron en el período colonial. Las misiones y la impronta hispánica en el este y el sur, su desarrollo entre criollo y mestizo, son construcciones de la colonia. La verdadera marmita de Bolivia fue el siglo XVIII.

Lo indio como poderosa pervivencia de esa traumática fusión (en muchos casos nunca concretada) es un ingrediente, no el ingrediente; entender esto es básico para establecer claramente nuestro derecho como bolivianos, igual, idéntico, sea de quien llegó a este territorio hacia 7.000 años, sea de quienes lo hicieron en 1535, o de quienes migraron hace una o dos generaciones. Tan bolivianos y con tantos derechos el uno como los otros, en la punta del Illimani o en la plaza 24 de Septiembre.

Manuales de historia

Si la visión nacional desde los Andes fue insuficiente e injusta, que la visión desde los llanos y su centro neurálgico, no lo sea. Esto es decir verdaderamente nacional, trascendiendo la región sin postergarla. Cabe finalmente puntualizar que aquello de que “esa es la historia de los leones... porque en los textos de historia nacional, el oriente todavía no existe”, está muy bien como lugar común para la platea, pero es inaceptable y lamentable como concepto para profesionales de la historia. Como todo el mundo sabe, en 1958, hace nada menos que ¡cuarenta y dos años!, en el libro *Manual de Historia de Bolivia*, escrito en colaboración con Humberto Vásquez Machicado, los esposos Mesa Gisbert incluyeron por primera vez en un texto general la historia del oriente boliviano, con capítulos específicos y amplios dedicados al pasado colonial de la región. En 1997 en un nuevo libro titulado *Historia de Bolivia* con mi participación sustituyendo al desaparecido Dr. Vásquez, se incluye en igualdad de condiciones al oriente boliviano tanto en la parte dedicada a la prehistoria, como a la etapa colonial y la republicana, con capítulos especiales dedicados a la zona, o como parte de la totalidad del país en capítulos integrales. Para no hablar de la cada vez más amplia bibliografía especializada sobre la historia del oriente que producen historiadores y cientistas sociales cruceños. Esa repetida queja de que los textos de historia omiten al oriente carece de fundamento y forma parte de las frases hechas, o por ignorancia o por mala fe.

2000

“La Prensa”, domingo 5 de noviembre de 2000.

SANTA CRUZ LA PRÓSPERA

José Luis Roca

La ciudad actual

La ciudad que cerró el siglo veinte con un millón de habitantes y que hoy es la capital económica de Bolivia, tenía sólo 42.746 almas en 1950, según el censo levantado entonces. En diez años Santa Cruz dobló su población para crecer tres veces más en 1976, y llegar a 750.000 habitantes en 1980. Es hoy una urbe dinámica y desordenada donde cada año nacen o llegan de afuera 60.000 personas.

Una refinería de petróleo, Palmasola, y un ingenio azucarero, San Aurelio, virtualmente se encuentran en su radio urbano, lo mismo que un parque industrial con fábricas y talleres de metalmecánica, ensamblaje, textiles, y una gama de industrias livianas que abastecen a todo el país. Santa Cruz, cuyo crecimiento urbano fue cuidadosamente planificado, cuenta ya con siete anillos periféricos de circulación vehicular. Un puente de reciente construcción sobre la parte del río Pirá que está pegada a la ciudad, ha ampliado su frontera urbana hasta el paraje conocido como Urubó, conectando a la vez a otros municipios adyacentes como Porongo y Terebinto que le están consolidando su fisonomía de gran urbe.

Su composición demográfica y su estructura social son típicas de las ciudades latinoamericanas: un pequeño segmento de la población con ingresos altos y medios, rodeado de centenares de barrios pobres donde aún no llegan los servicios básicos, o ellos son muy deficientes. La fuente principal de empleo es el comercio minorista y callejero, y son varios miles de familias que derivan su sustento de esta actividad. Ella es tolerada por las autoridades y por la población más pudiente, pues todos la consideran una alternativa mejor al robo y otros tipos de delincuencia cuyos índices son, hasta el momento, comparativamente bajos.

En 1988, diez empresarios cruceños vendieron a capitalistas extranjeros el Banco Santa Cruz que ellos mismos habían fundado y que administraron durante 35 años. Por esa transacción, recibieron 300 millones de dólares que están siendo reinvertidos en obras en la misma ciudad y en emprendimientos agropecuarios. Las compañías petroleras han vuelto a Santa Cruz al amparo de una nueva legislación privatizante y globalizadora, y tienen sus casas principales en la ciudad. Allí también se encuentra el aeropuerto más moderno del país, y una feria exposición industrial y comercial que atrae a gente de todo el mundo, y que continuamente se expande haciéndose cada vez más atractiva.

Guiada por su firme determinación, la élite cruceña ha logrado conservar el control institucional de la ciudad, no obstante ser una pequeña minoría en medio de una masa donde predomina gente de todo el país así como un número creciente de extranjeros. Para lograrlo, los cruceños raigales han acudido a recursos imaginativos y eficaces como ser las organizaciones juveniles y clubes cuyos miembros son necesariamente nativos con exclusión de los de afuera, pero incluyendo a los otros orientales: benianos, pandinos y chaqueños.

Proliferan las fraternidades que, en número mayor a cien, albergan a sus miembros y sus familias en cómodas y atractivas sedes sociales, donde además de pasar ratos de esparcimiento se discurre sobre el futuro de la ciudad y la región. Aunque públicamente no se admite, se sabe de la existencia de varias logias secretas compuestas por empresarios y profesionales decididos a orientar y controlar las instituciones que, por su origen y proyección, tienen que ver con el futuro de Santa Cruz.

La identidad regional es una de las grandes preocupaciones de los cruceños de hoy. Existe el temor a perderla o a verla suplantada por otras influencias que vienen junto a la permanente oleada migratoria. Por eso abundan los festivales de música o de comida autóctona así como los días dedicados a la tradición. Se hacen desfiles y marchas donde la gente luce la indumentaria típica del Oriente, escucha y baila su música, y degusta la comida de antaño.

Se publican libros, folletos y artículos de prensa sobre el habla popular cruceña, cuentos y tradiciones locales, mientras los medios conducen programas de radio y televisión orientados al mismo propósito. Son frecuentes los concursos entre la población estudiantil y juvenil con premios a quienes conozcan con más propiedad el significado de vocablos hoy en desuso, pero que se utilizaban habitualmente en el habla de otras épocas.

En ese afán de preservar la tradición, se destaca el esfuerzo en preparar y celebrar el carnaval. Los integrantes de centenares de comparsas que participan en esta llamada "fiesta grande de los cruceños", son los mismos de las fraternidades, o el producto de nuevos vínculos que se van formando alrededor de un barrio. También surgen como prolongación de las comparsas de padres y hasta de abuelos, conservando o resucitando el nombre de aquellas. El carnaval cruceño tiene poco de turístico; no es necesariamente un espectáculo para congregar a visitantes. Posee un significado intimista difícilmente percibido y disfrutado por los de afuera.

No obstante de que reinas, carrozas y comparsas lucen diferentes galas, más vistosas que costosas, el carnaval sigue siendo exclusividad de quienes participan en él. Su expresión máxima no está en los desfiles o "corsos" pues éstos son sólo un aperitivo de lo que viene los días subsiguientes cuando, por las tardes, la comparsa recorre la ciudad deteniéndose en las evocadoras "casas de espera". Allí se produce un destape emocional único.

El carnaval es la hora del reencuentro, de los abrazos de amigotes, de las bromas y risotadas, en medio del atronar de las bandas de música cuyos esforzados ejecutantes se empeñan al máximo para que la suya sea la que más suene y prevalezca sobre las otras. Es la celebración pagana de los dioses Momo y Baco, la fiesta de la carne, de la desinhibición sexual efímera, de la alegría que explota junto al optimismo instantáneo y el prometedor comienzo de cosas nuevas.

Los barrios de la ciudad también hacen esfuerzos para preservar la tradición, pues así se pretende incubar una nueva Santa Cruz que se parezca a la vieja. Conscientes de que la mayoría de quienes la habitan vienen de otras partes del país, o son hijos de éstos, los propulsores del cruceñismo llevan sus mensajes a los barrios y especialmente a dos de ellos: la villa Primero de Mayo y el Plan Tres Mil. También organizan festivales folklóricos de comida típica, artesanía regional, y reinas de belleza. Los inmigrantes que allí habitan, acogen con entusiasmo estas iniciativas, pues quieren sentirse parte de la tierra que los acogió, y están abiertos a ser asimilados a esa cultura.

El castellano de Santa Cruz es rico, castizo y expresivo; emplea vocablos y giros arcaicos. Posee curiosidades lingüísticas como el aumentativo "ango" y el diminutivo "ingo" y entre sus formas

dialectales abundan vocablos de raíz y fonética indígenas predominantemente guaraní aunque también, en número sorprendente, quechua. Muchos vocablos de este último origen son usados en Santa Cruz y no así en las regiones andinas donde el quechua se habla habitualmente. La expresión máxima de ese castellano cruceño se encuentra en Gabriel René Moreno, considerado como el más grande escritor nacional de todos los tiempos. Se lo conoce como “el príncipe de las letras bolivianas”, no obstante haber cultivado disciplinas arduas como la historia y la bibliografía.

Según una teoría biológica, posiblemente no bien desarrollada, los rasgos españoles y en general europeos que predominan en la gente de Santa Cruz, se deben a que, en el largo proceso histórico de mestizaje, permanecieron aquellas características con mayor fuerza que las de los indígenas. Se arguye que los genes de los nativos llaneros no han tenido la fuerza que poseen otras razas prehispánicas bolivianas como por ejemplo la aymara, que por lo general logra imponerse sobre los genes europeos.

La situación de la Santa Cruz de hoy no es producto de la casualidad pues los bolivianos desde siempre apostaron a ella, y en general a todo el Oriente. Pese al precario contacto que el núcleo rector andino mantuvo con las tierras bajas durante las épocas colonial y republicana, la esperanza en el Oriente fue la carta de triunfo que los bolivianos tuvieron bajo la manga para jugarla en el momento más oportuno. Ello, no obstante las barreras orográficas omnipresentes que obstaculizaban el intercambio comercial, y los prejuicios de una mentalidad predominantemente minera y altiplánica. Fue debido a todo eso que el camino para lograrlo fue muy largo, y erizado de dificultades.

2001

De “Economía y sociedad en el oriente boliviano, (siglos XVI-XX)”. Editorial “Oriente”, S.A., Santa Cruz, Bolivia. 2001.



Cacique chiquitano con su familia, San José de Chiquitos.

MI SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Alcides Parejas Moreno

Cada vez me convenzo más, a pesar de los pesares, de la importancia que tiene el lugar donde se ha nacido: es el primer sentimiento de pertenencia que poco a poco te llevará a lo regional, a lo nacional. Es por ello que cultivo mi amor por Santa Cruz de la Sierra, mi ciudad. He usado el verbo **cultivar** a propósito, pues me da la sensación de crecimiento desde dentro, desde la insignificante semilla al gran árbol en el que se hamacan mis sentimientos. Y este amor a mi Santa Cruz de la Sierra –que siempre lo pregonó a los cuatro vientos– no me hace sentir provinciano, o de tierra adentro; antes al contrario, le da sentido a la visión que tengo de la patria grande, pues Bolivia es una y diversa.

El amor por mi ciudad me lleva a seguir sus pasos muy de cerca. Es una ciudad que se desperezó violentamente y empezó a quemar etapas en un camino sin retorno. Es una ciudad que cambia constantemente para bien o para mal. Hace poco, por ejemplo, quedé azorado cuando un grupo de la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra (UPSA) lanzó la noticia de que en esos días había nacido el cruceño un millón y que era un niño de padres orureños (¡un cruceño de Oruro!). No pude menos que pensar un poco en mi niñez: el año 1953 (han pasado 45 años) cuando la ciudad apenas tenía 40.000 habitantes, mi padre construyó la casa familiar a cinco cuadras y media de la plaza principal hacia el norte, sobre la calle 24 de Septiembre, ¡mis hermanos y yo salíamos a cazar pajaritos en la cuadra siguiente, pues allí terminaba el pueblo!

Amo apasionadamente a mi ciudad, pero de ninguna manera soy un nostálgico de la “amable ciudad vieja” que se fue. Y porque amo apasionadamente a la Santa Cruz de la Sierra de ayer, de hoy y de siempre es que me rebelo cuando veo cuántas barbaridades se hacen en nombre del “progreso”. Mi ciudad creció muchísimo más de lo que jamás soñaron sus planificadores y lo ha hecho con escasos y pobres pulmones para oxigenarse: tenemos muy pocos parques y lugares de recreación colectiva. Es más, lo poco que tenemos está seriamente amenazado por una cada vez más agresiva e intensa contaminación visual. Si se hace un recorrido por el primer anillo –el casco viejo– además de terminar exhausto por el tráfico sin solución, uno queda saturado de la enorme cantidad de carteles y letreros que anuncian todo lo imaginable. Y como si fuera una epidemia, los carteles se han apoderado de toda la ciudad. Pero, ¿es que no hay una reglamentación al respecto? Sí, que la hay. En 1995 el Concejo Municipal emitió una ordenanza que regula los letreros y anuncios con gran minuciosidad. Pues bien, el 90 por ciento de éstos están contraviniendo esta ordenanza. Y el Concejo, bien gracias. Sólo un pequeño ejemplo para ilustrar. La ordenanza establece que “queda terminantemente prohibido colocar letreros o propaganda de cualquier naturaleza en jardines públicos, rotondas u otras áreas de uso colectivo”. Qué bueno sería que el Alcalde y los concejales se dieran una vuelta por la ciudad con la ordenanza en la mano. Chabuca Granda, esa peruana universal que amó intensamente a su ciudad, se queja en una de sus más bellas canciones que a Lima la están cambiando en busca de un progreso falso, y pide que la dejen seguir siendo “tan Señora”. Tomo las palabras de Chabuca y sin nostalgias trasnochadas yo también pido que a mi Santa Cruz de la Sierra le permitan seguir siendo “tan Señora”.

Santa Cruz, un río de pie

Lejos de la costa y de las alturas –en realidad lejos de cualquier parte– y casi en el corazón del continente, en 1561 se inició la historia mestiza del oriente boliviano con la fundación de Santa Cruz de la Sierra, capital de la Gobernación de Moxos que había sido creada un año antes. Aunque Santa Cruz de la Sierra se movió de su lugar primigenio –buscando un espacio más adecuado para no estar lejos de los centros de poder– siguió estando aislada del resto de la Audiencia de Charcas, el centro del poder charquino, hasta tal punto que llegó incluso a plantearse su desaparición. Allí, en medio del aislamiento y la lucha por la sobrevivencia –el cruceño vivía con una mano en el fusil y otra en el arado–, se desarrolló el orgullo de una comunidad en la que los cambios eran más lentos y donde el ritmo de vida tenía que ver con una economía agrícola muy precaria. Todo esto lleva indudablemente a que Santa Cruz de la Sierra genere una definida identidad cultural.

El nuevo siglo está a la vuelta de la esquina. Son casi cien los años transcurridos desde que la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos, a través del Manifiesto de 1904, inició la larga y penosa lucha de las reivindicaciones regionales enarbolando la bandera de nuestra identidad cultural dentro del contexto de la bolivianidad. Esta lucha, que no ha acabado, no ha sido siempre bien comprendida; es más, muchas veces ha sido dañinamente distorsionada hasta el punto de que al regionalismo cambia, que no es otra cosa que esa identidad cultural a la que me he referido al inicio, se lo ha mostrado como sinónimo de antibolivianismo e incluso separatismo.

Una buena parte de la historia de Santa Cruz de la Sierra –que es la historia del oriente boliviano– es la historia de un olvido. Nuestra historia nacional andinocentrista mantuvo marginada de la vida nacional a una región que significa más del 50% del territorio boliviano. La lucha cruceña no ha sido por la búsqueda de privilegios, sino por los derechos que la miopía de los gobiernos de turno le habían negado y todavía le niegan. Poco a poco las cosas fueron cambiando para el país andino que se agotó mirándose a sí mismo y no tuvo más remedio que mirar hacia el oriente. La incorporación de Santa Cruz a la vida nacional, pues, cayó por su propio peso. Poco a poco, fruto de un arduo trabajo, se empieza a hacer realidad la figura poética de nuestro poeta mayor; empezamos a ser un río de pie. La “incorporación” de Santa Cruz a la vida nacional ha traído grandes cambios a la región, hasta el punto que nuestra identidad cultural está siendo fuerte y rápidamente modificada, pues de pronto nos hemos abierto al mundo y se ha iniciado una fuerte migración de grupos campesinos de los valles y mesetas andinas; una mestización diferente se está asomando en el horizonte del próximo siglo.

El reto que tenemos planteado los cruceños es seguir adelante en ese proyecto del río de pie; para ello urge preservar lo sustancial de nuestra identidad cultural (Bolivia es una y diversa) y luchar permanentemente por nuestros derechos. La lucha sigue tan incomprendida como en la década del 50. Hay que repetirlo: Santa Cruz pide sus derechos, no privilegios; ¡por eso es que ha resultado fuera de lugar y tendencioso calificar la marcha que realizaron las organizaciones cruceñas hace unos días como una “bofetada”, un “insulto” a la nacionalidad! Un exabrupto como éste puede resultar enormemente peligroso, pues viniendo de tan prestigioso comunicador como Carlos Mesa, es una incitación al enfrentamiento. Para encarar el reto al que antes aludía –que tiene que hacerse cotidianamente– es necesario que los cruceños constantemente, a la manera de los hombres de 1904, asumamos nuestro destino como pueblo y decidamos caminarlo de acuerdo a las nuevas circunstancias históricas.

Santa Cruz de la Sierra y la nacionalidad

Hace pocos días un representante nacional me contó que le correspondió hacer un homenaje a la efeméride cruceña en la Cámara de Diputados y que había hecho énfasis en el papel integracionista que había tenido Santa Cruz de la Sierra en la historia nacional. Al terminar su intervención, se le acercó un diputado paceño que le dijo: “No estoy de acuerdo; has debido mencionar que los cruceños quisieron anexarse al Paraguay”. Mi amigo diputado argumentó en contra, pero su colega paceño se mantuvo firme en sus trece.

La anécdota no hubiera tenido mayor importancia si no me hubiera enterado de que el diputado paceño en cuestión es un hombre “leído”, conocedor de nuestra historia y con un buen ganado prestigio en el foro nacional. Es por eso que hoy, con motivo del 24 de Septiembre, quiero aprovechar la oportunidad para hacer un par de consideraciones en torno a la historia cruceña en el contexto de la historia nacional.

La creación de la Gobernación de Moxos en 1560 –que posteriormente tomó el nombre de Santa Cruz de la Sierra– y la posterior fundación de la ciudad capital (1561), marcan el inicio del proceso de la nacionalidad boliviana en cuanto país integrado por tierras altas y llanos, siguiendo la luminosa interpretación de don Humberto Vázquez Machicado. El hecho de que la incorporación de los llanos orientales a la corona española se hubiera realizado desde el sur –concretamente desde Asunción del Paraguay– es considerado por Vázquez Machicado como algo accidental, pues interpreta que Ñuflo de Chávez tuvo intención, desde el primer momento, de desligarse del Paraguay, y termina el historiador: “De lo anteriormente dicho se infiere que Santa Cruz de la Sierra desde su fundación, desde “el primer instante de su ser natural”, estuvo incorporada al núcleo Potosí-Charcas. En ningún momento ni en ninguna forma tuvo orientación y menos sujeción al Paraguay y al Río de la Plata. Téngase bien en cuenta que no fue sólo incorporación política, sino incorporación económica, lo cual quiere decir que fue en forma íntegra y absoluta, sin discriminación ni reserva alguna”.

La historia del Oriente Boliviano es la historia de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, la pequeña ciudad fundada por Ñuflo de Chávez lejos de cualquier parte. El rol integracionista con el que la nación se fue robusteciendo a lo largo del período colonial y, paradójicamente, mientras más arreciaban las contradicciones: aislamiento casi total con respecto al resto de la Audiencia de Charcas, su extrema pobreza y su escasa población española y mestiza. Durante todo este período cumplió este rol, aún a pesar de la incomprensión y hasta la oposición de los burócratas charquinos de turno, que incluso se plantearon la posibilidad de hacerla desaparecer. Santa Cruz de la Sierra era la punta de lanza de la corona que sentaba la soberanía española en estas tierras contra el continuo empuje del imperio lusitano que más de una vez lanzó sus tentáculos expansionistas; por otra parte, a pesar de su pobreza, fue un activo y continuo foco de expansión fiel a la divisa de su fundador: “Desencantar y poblar la tierra”.

El advenimiento de la república no hizo sino agravar las contradicciones que se habían creado durante la colonia. El Oriente Boliviano y su capital fueron marginados de la vida nacional, pues la nueva república se había empeñado en una visión parcial de su realidad: absolutamente andinocentrista. Sin embargo, Santa Cruz de la Sierra era fiel al rol que le había asignado la historia. El siglo XX trajo consigo los primeros movimientos de rebelión contra esta situación de absoluta injusticia. El año 1904 se lanzó el primer desafío (el Memorándum de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos), pero tuvieron que transcurrir 40 años para que –gracias a un informe que fue encargado a un norteamericano: el Plan Bohan– el Oriente Boliviano empiece la etapa final de incorporación, que en verdad fue dura y dolorosa.

Pero, ¿y a lo que se refería el diputado paceño? Efectivamente, en ese largo y doloroso proceso hubo momentos en los que algún grupo impaciente no veía la luz al final del túnel, y que, como dice Sanabria Fernández, “surgieron grupos prevenidos que trataron de encauzar esa corriente por senderos que no eran precisamente los más indicados, y hasta una especie de partido de agrupación política que dio en llamarse “Regionalista” u “Orientista”. Éste es, sin lugar a dudas, un caso aislado y que de ninguna manera expresa el sentir cruceño.

Hoy, vísperas del fin de milenio, Santa Cruz de la Sierra sigue siendo la ciudad integradora. En ella – con ese empuje del hombre de frontera que vivía con una mano en el arado y la otra en el fusil, – se está gestando la nueva Bolivia. Hago votos para que en ella reinen el respeto mutuo, la dignidad individual, la convivencia pacífica, la moderación, la responsabilidad en el trabajo, la cooperación –en definitiva virtudes cívicas– que darán al nuevo boliviano dominio de sí y, por lo tanto, tesón y sacrificio con una buena dosis de alegría y optimismo.

Santa Cruz de la Sierra a pesar de sus pesares, de la incomprensión de los bolivianos mezquinos y miopes que no pueden ni quieren ver más allá de las montañas, de haber sido sometida a las más duras presiones que han provocado en ella cambios tan importantes que han puesto en peligro su propia esencia, sigue siendo fiel al rol que le dio la historia: integrar al país.

Mi ciudad, tu ciudad, nuestra ciudad

Mi ciudad, tu ciudad, nuestra ciudad (lo expreso así para dejar muy clara esa pertenencia), la doña Santa Cruz de la Sierra de don Raúl Otero Reiche, nos la están cambiando de mala manera. Rectifico: la estamos cambiando; me involucro y lo involucro, querido lector. Creo que esto es fundamental: es nuestro problema, no podemos desentendernos, no se lo podemos endosar cómodamente a los demás y pretender contemplarlo de palco y con ojos críticos.

Los cruceños somos grandes amantes de nuestra ciudad; hemos dado muchas pruebas de ello; sin embargo, pareciera que en estos últimos tiempos ese amor se ha convertido en pose, en mero ropaje de nuestro cruceñismo. Me explico. En buena parte somos los propios cruceños (todavía seguimos siendo la mayoría), los culpables de las agresiones que está sufriendo nuestra ciudad, en la mayoría de los casos por omisión, por ese terrible nomeimportismo que nos está corroyendo. Poco a poco los cruceños estamos perdiendo nuestra ciudad, no porque nos la estén quitando alevosamente, sino porque nos estamos recluyendo en nuestras casas -celosamente amuralladas- y cada vez nos importa menos lo que ocurra fuera de sus “fronteras”.

Para apoyar estas afirmaciones (que para algunos puedan parecer de grueso calibre e injustas), voy a dar unos pocos ejemplos; son pequeños porque cada vez me convengo más de que las cosas grandes se hacen en base a cosas pequeñas. Las calles de la ciudad (las nuestras, las de los demás) están sucias porque no tenemos el civismo de no tirar porquerías donde se nos antoja (véase Equipetrol Norte después de un sábado intenso). Otra: la hermosa avenida que va desde la rotonda del Cristo Redentor a la de La Salle se convierte diariamente en parqueo (a veces los tres carriles) en horas de entrada y salida del colegio; ¿no sería más racional y de muestra de respeto a los demás que el colegio La Salle habilite otra entrada, pues sitio le sobra, o habrá que esperar un accidente mortal? Una más: nuestra ciudad está con la cara sucia por obra de los partidos políticos. Creo que en este tema hay una responsabilidad compartida: el Concejo Municipal no hace respetar a la ciudad, pues toma medidas muy tibias, y los políticos nos ofenden a todos los cruceños al no respetar a nuestra ciudad.

Como diría Chabuca: ¡oiga usted, amigo lector, nos estamos quedando sin esa Santa Cruz de la Sierra tan digna y tan señora y no estamos haciendo nada al respecto!

A mí sí me importa

Hace pocas semanas la cadena CNN hizo un reportaje sobre Santa Cruz de la Sierra en el que tuve una pequeña participación. El domingo pasado recibí un telefonazo desde Honduras de una sobrina de mi esposa que había visto el programa; estaba maravillada del apasionamiento que puse al hablar de mi ciudad para darla a conocer al mundo. Me halagó el piropo, pero también me hizo reflexionar. Me pregunté si este amor, este apasionamiento que se me atribuía, no era sólo palabrería, más o menos bonita, más o menos convincente, pero palabrería a fin de cuentas. Y empecé a escarbar, a cuestionar mi relación con la ciudad que digo amar.

No basta hacer una declaración de amor -aunque admito que ésta es necesaria: el amor hay que expresarlo en voz alta y con alguna frecuencia- sino que hay que demostrarlo con hechos (“obras son amores...”). Para ello se hace necesario sacudirse de una epidemia que ha cundido entre los cruceños: el nomeimportismo. Parece que la comunidad cruceña de las primeras décadas del siglo XX -pobre pero digna; luchadora como la que más, que se lanzó a pecho abierto para conseguir lo que en justicia le correspondía en las llamadas “luchas cívicas”, que creó instituciones que le hacían falta para incorporarse a la nacionalidad e iniciar su despegue económico...- poco a poco, en la medida en que fue adquiriendo cosas y empezó a dejar de ser pobre, se fue adocenando hasta casi convertirse en un rebaño que sigue dócilmente los balidos de sus nuevos dirigentes, sin darse cuenta (¿o se da?) de que está cayendo al precipicio; en otras palabras, que vendió su primogenitura por un plato de lentejas. No creo estar exagerando, pues cualquiera que se asome a la realidad cruceña puede llegar fácilmente a la conclusión de que en Santa Cruz de la Sierra todos estamos de acuerdo con el manejo que se hace de la ciudad, pues son muy pocas las voces que se alzan para protestar. No se trata, por supuesto, de oponerse porque sí, de protestar por protestar. Se trata de protestar, oponerse y, si fuera necesario, llegar a la desobediencia civil e incluso abrir nuevamente el pecho, porque una persona medianamente inteligente, que ame a esta ciudad, sin importar su color político o religioso ni si tiene tal o cual apellido o si vive en éste o aquel barrio, se da cuenta de que las cosas no marchan y de que estamos yendo a la deriva.

A mí sí me importa mi ciudad y por eso me duele tanto lo que le está ocurriendo. Porque me importa y me duele, protesto por la ineficiencia del Ejecutivo y del Concejo Municipal (que escabullen el bulto o se enfrascan en discusiones personales o simplemente bizantinas, o encubren la corrupción o corrompen, o simplemente hacen eso: nada). Y también porque me importa y me duele es que urjo a todos los cruceños -pienso que ya es tiempo de empezar a dejar de lado los miramientos, por tanto creo es mejor usar el verbo EXIGIR- a que volvamos a enamorarnos de Santa Cruz de la Sierra, y que como cortejos amantes y celosos la defendamos del que ose mancillarla o hacerle daño. Y que vuelva a ser lo más importante de nuestros proyectos, lo mejor de nuestros afanes, porque es el lugar en el que vivirán nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Exigir, finalmente, que quienes fueron elegidos por voto popular (sean de nuestro agrado o no, pues éstos son los gajes de la democracia), cumplan con la ciudad antes que con ellos mismos y con sus mandantes políticos. Si así lo hacemos, entonces sí que nuestro amor por Santa Cruz dejará de ser palabrería.

2003

De “Porque me importa”. Editorial “La Hoguera”, La Paz, 2003

ORÍGENES DE LA AUTONOMÍA CRUCEÑA

Paula Peña

Los intereses cruceños

Santa Cruz de la Sierra era sede de la gobernación, y como toda ciudad española, poseía un cabildo conformado de acuerdo a las leyes del cabildo hispano. Cuando llegaba un nuevo gobernador, éste debía ser recibido y reconocido por el cabildo (Sanabria, 1975) y aunque no estaba expresado, era necesario que hubiera una aprobación del mismo para que pudiera ejercer efectivamente sus funciones sin causar la reprobación de los vecinos.

En Santa Cruz de la Sierra, el cabildo “ejercía la suma del poder público” (Vázquez Machicado, 1988/I: 164)., y a su vez representaba los intereses cruceños. Desde su fundación, Santa Cruz de la Sierra quedó desligada de su enlace troncal con el Río de La Plata; la lejanía de los centros de poder de Charcas permitió que el cabildo tomara decisiones sin consultar a las autoridades superiores. El gobernador de la provincia era quien presidía las reuniones del cabildo. (García Recio, 1988: 466) y generalmente, los intereses del gobernador coincidían con los de los cruceños. Cuando moría el gobernador, el gobierno de la provincia pasaba a manos del cabildo. Los conflictos y tensiones se producían si el gobernador y el cabildo no estaban de acuerdo en algunas decisiones.

Las funciones del cabildo eran repartir tierras y otorgar títulos, regular las construcciones, mandar construir puentes, caminos y abastecer de carne a la ciudad (UAGRM, 1977) y los alcaldes actuaban como jueces en caso de algún litigio. Además, se tenía por costumbre llamar a “cabildo abierto” para tomar decisiones mayores que implicaran aportes de los ciudadanos. Entre ellas estaba, por ejemplo, la apertura de caminos al Perú por lo que había que realizar una contribución entre todos los vecinos; la necesidad de tener algún representante en La Plata para agilizar los trámites con la Audiencia, lo que suponía también una contribución y por lo general se decidía en “cabildo abierto” la realización de expediciones, ya sea las de carácter punitivo contra los indígenas, o bien las de carácter defensivo contra la penetración *bandeirante*, porque cada vecino debía solventar sus gastos.

En las Actas Capitulares (UAGRM, 1977) encontramos, por ejemplo, que entre 1635 y 1640 se llevaron a cabo tres cabildos abiertos. La costumbre de efectuar consultas públicas antes de tomar decisiones fue desarrollada por los cruceños, con el fin de legitimar la toma de decisiones, en caso de oposición de las autoridades superiores.

El principal interés de los cruceños era encontrar unas riquezas más soñadas que reales, basadas en el espejismo cautivador del mito de El Dorado. Hallar la ciudad mítica que los sacaría de una vez de su pobreza extrema fue el motor que permitió la existencia y la supervivencia de Santa Cruz de la Sierra. El aislamiento empobrecedor, la lejanía de los centros comerciales y el convencimiento de los cruceños de encontrar ese mito que cada vez avanzaba más hacia delante fue el motivo fundamental de la existencia de la ciudad.

En 1573, por cédula real, el rey Felipe II otorgó a los cruceños la exclusividad de organizar y realizar todas las expediciones descubridoras (Sanabria, 1975: 17; Finot, 1978: 225), frente a solicitudes de algunos para descubrir Moxos. La cédula dice: “Y porque agora somos informados que a nuestro servicio conviene que no se dé a persona alguna, porque los vecinos de Santa Cruz de la Sierra sustentan aquella provincia con esperanza de que han de poblar dicha provincia de los Mojos, que está junto ella, y dándose a alguna el descubrimiento della desampararían la dicha provincia de Santa Cruz de la Sierra...”.

Las expediciones descubridoras o “entradas” debían ser efectuadas por los cruceños, con sus propios fondos, ya que se consideraba que eran empresas privadas. Durante todo este período, se realizaron varias expediciones, quedando muchos de los organizadores –en muchos casos, los mismos gobernadores– en la ruina total. Generalmente, dichas “entradas” sólo descubrían tierras fértiles y muy habitadas; por lo tanto el único beneficio conseguido era traer indios para la posterior venta de su fuerza de trabajo en Potosí o en los valles de Cochabamba. Estos indios eran repartidos entre los participantes de la expedición; se entregaban algunos al gobernador aunque éste no hubiera participado. Éste era el principal conflicto con la Audiencia de Charcas que consideraba que el papel de Santa Cruz de la Sierra debía limitarse a la defensa de la Audiencia de los ataques chiriguano, lo que evidentemente molestaba a los cruceños, que exigían se ponga a “cien soldados” para este fin y que ellos seguirían en sus actividades descubridoras (UAGRM, 1977:89).

El conflicto que explica mejor la tensión entre Santa Cruz de la Sierra y Charcas fue la rebelión de D. Diego de Mendoza, cuñado de Ñuflo de Chávez, quien consideraba su justo derecho la sucesión al cargo de la gobernación, tras la muerte del fundador en 1568. Diego de Mendoza fue nombrado gobernador interino por el cabildo cruceño y el virrey confirmó este nombramiento (Finot, 1978:207). Sin embargo, en 1571, el nuevo virrey, Francisco Toledo, nombró como gobernador a Juan Pérez de Zurita. Zurita tenía instrucciones claras de detener el avance chiriguano y prohibir las entradas descubridoras de los cruceños además de crear un nuevo tributo y de reducir las encomiendas de dos vidas a sólo una. (Dos vidas significa que se heredaban una vez. Una vida, que era otorgada hasta la muerte sin derecho sucesorio) (Finot, 1978: 211-212).

El nombramiento de Zurita y las instrucciones del virrey provocaron un conflicto de intereses que desembocó en una rebelión encabezada por Don Diego de Mendoza, apoyada por mestizos e indios. Fue una: “revuelta de un grupo importante de habitantes de Santa Cruz que culminó con el apresamiento y expulsión del gobernador, la muerte de algunos partidarios y la creación en el pueblo de un estado latente de guerra civil, aunque bajo dominio de los rebeldes”. (García Recio, 1988:98)

Zurita fue depuesto y enviado a Charcas, lo que provocó que el mismo virrey Toledo decida ingresar en la provincia de Santa Cruz de la Sierra y emprender una campaña: “que se proponía el doble objetivo de someter a los bárbaros y de castigar a los rebeldes de Santa Cruz de la Sierra” (Finot, 1978: 208).

En este sentido, se realizaron dos expediciones: una al mando del virrey Toledo contra los chiriguano y otra entrada, al mando de Gabriel Paniagua, contra los rebeldes cruceños. En la primera el virrey fue derrotado por los chiriguano a pesar de que entró “con dos campos de mucha y muy buena gente y con gran aparato de guerra el cual se volvió sin hacer efecto a lo que iba y con daño y pérdida de mucha hacienda, quedando los Chiriguanaes más soberbios y ufanos y llenos de despojos” (Suárez de Figueroa, 1586: 24).

Mientras tanto, Diego de Mendoza buscó alianzas con Vitupué (“viento levantado”), cacique chiriguano, pero no lo logró. El virrey le solicitó que renunciara a sus peticiones para ser perdonado. Diego de Mendoza lo hizo y fue a Potosí: “donde el virrey estaba e hizo proceso contra ellos y contra otro hombre que había venido con don Diego. Hízose justicia de don Diego y de Diego Gómez y le cortaron la cabeza y la pusieron en el rollo; y a Diego Gómez también ahorcaron y se puso su cabeza en el rollo” (Mujía, 1914).

Después de la ejecución de Diego de Mendoza, toda la familia descendiente de Ñuflo de Chávez fue expulsada de la gobernación, (Finot, 1978:216).

Los intereses de Charcas

Para la Audiencia de Charcas, la principal función de Santa Cruz de la Sierra era la de frontera defensiva de la penetración de los chiriguanos en tierras de Potosí y, por lo tanto, la actividad de los cruceños debía consagrarse a defender a las zonas productivas de la penetración, del robo y de los asaltos de esta nación enemiga.

“En la mente de las autoridades superiores la misión que la Gobernación de Santa Cruz y sus poblaciones debía desempeñar era de carácter puramente militar” (García Recio, 1988: 101).

En esto radicaba el conflicto entre los cruceños y las autoridades centrales. En ese sentido, la Audiencia exigía a los cruceños que controlasen a los chiriguanos, pero debía ser una empresa financiada por los cruceños mismos, ya que la Audiencia sólo en escasas oportunidades envió apoyo para la realización de acciones en contra de los indígenas. Charcas sabía que: “la estabilidad económica y social del territorio se basaba en gran parte en el respaldo militar que le proporcionaba Santa Cruz” (García Recio, 1988, 484).

Debido a esta certeza, la Audiencia intentaba satisfacer a los cruceños en la mayor parte de sus peticiones con respecto a las entradas descubridoras a fin de mantenerse protegida, aunque temía las posibles acciones rebeldes de los cruceños, así como posibles alianzas con poblaciones nativas, como ocurrió en el caso de Diego de Mendoza.

La desconfianza fue una constante en la política de la Audiencia hacia Santa Cruz de la Sierra, “teniendo siempre espías para que nos avisen de lo que pasa en sus tierras y de lo que intentan hacer”, como afirma una carta de la Audiencia al licenciado Castro de 1566 (García Recio, 1988:475). A esta desconfianza política se le sumaba la desconfianza natural que la Audiencia tenía hacia los cruceños por ser en su mayoría mestizos y por considerarse superiores a los españoles (García Recio, 1988: 474).

La lejanía y la falta de caminos eran el principal obstáculo para que la Audiencia controlara efectivamente a los cruceños. La fusión de Santa Cruz de la Sierra y San Lorenzo, en 1621, satisfizo los intereses de Charcas, ya que contaba con un núcleo más cercano a la zona andina, pero debió hacer una serie de concesiones a los cruceños, como por ejemplo dejarlos actuar de forma independiente y sin control excesivo de las autoridades. Estaban conscientes de la necesidad de mantener a Santa Cruz de la Sierra como el núcleo más avanzado, una frontera interior contra el avance chiriguano y una frontera exterior frente a los avances de los *bandeirantes* portugueses, pertenecientes a una potencia enemiga.

Entre la sobrevivencia y la exportación

El aislamiento empobrecedor en el que vivían los cruceños los llevó a desarrollar una economía de subsistencia y con una participación marginal en los mercados existentes. Los productos cruceños eran destinados al consumo interno, ya que la lejanía y los malos caminos hacían muy difícil el comercio con las demás regiones de la Audiencia de Charcas.

La tierra era un bien abundante y aunque Viedma afirma que los cruceños no poseían títulos de sus tierras, en las Actas Capitulares de la ciudad se encuentran varias referencias acerca de la dotación de tierras y de sus títulos respectivos.

“Ninguno de aquellos vecinos tiene la propiedad en las tierras que labran, ni en las estancias para los ganados, pues no ha llegado el caso de hacer el repartimiento que previenen las leyes, las poseen bajo un dominio precario, que les dura mientras mantienen ganado y labran los chacos, faltando esto entra el primero que tiene proporción a ocuparlas” (Viedma, 1969: 113).

De lo que se deduce que las tierras fueron utilizadas por algunos años y al agotarse, fueron abandonadas y ocuparon otras que estuvieran fértiles, costumbre que se ha mantenido hasta el siglo XX. Además, los cruceños eran poco numerosos: constituían una comunidad extremadamente pobre y sólo una minoría contaba con el capital necesario para mantener sus tierras.

Los principales productos cruceños estaban destinados al autoconsumo, tanto en la ganadería como en la agricultura. El algodón, sin embargo, adquirió otras connotaciones, ya que era cultivado, cosechado, hilado, teñido y tejido por las indígenas y entregado a los cruceños como pago de tributo. En los últimos años de la dominación española, se hicieron intentos de instalar telares en Santa Cruz de la Sierra (Mariluz Urquijo, 1987: 169). En 1788, Viedma sugirió el desarrollo del comercio del tocuyo para contrarrestar la importación de algodón desde Arequipa y beneficiar a Santa Cruz de la Sierra (1969: 162). La cera de abejas, recolectada por los indígenas y entregada a los cruceños, era otro bien transportable, ya que podía soportar las distancias al ser imperecedera.

El comercio se realizaba inicialmente empleando a los indios como medio de transporte y posteriormente a lomo de mulas dirigidas por arrieros capaces de llevar las cargas en los caminos de herradura. Las rutas más usadas para el comercio con la zona andina partían desde Santa Cruz de la Sierra hasta Samaipata y desde allí, existían dos rutas: una, por el norte pasando por Chilón, Mizque, Cochabamba, La Plata hasta Potosí, y la segunda por el sur, por Vallegrande, Tomina, La Plata hasta Potosí.

La ruta hacia el Paraguay por Chiquitos fue desechada después de la muerte de Chávez, quien sabía que las posibilidades para comerciar entre Santa Cruz de la Sierra y Asunción eran muy limitadas por la similitud entre las regiones y sus productos. Con el traslado definitivo de Santa Cruz de la Sierra hacia la zona del río Pirai, el viejo camino a Chiquitos quedó abandonado hasta el establecimiento de las misiones, a fines del siglo XVII.

El camino hacia Tucumán, era de muy difícil acceso debido a la presencia chiriguana. Recién en el siglo XIX se abrirían las rutas hacia el norte argentino y por Chiquitos hacia Brasil.

El único producto “exportable” por excelencia era el azúcar. Los ingenios azucareros fueron las únicas empresas que se desarrollaron en Santa Cruz de la Sierra. Para montar un ingenio, se necesitaba un capital importante ya que implicaba una actividad “industrial”. En la época colonial, un ingenio debía

contar con una plantación (fase productiva) y con los trapiches, la casa de pailas y la casa de purgas (fase industrial). Si bien el trapiche era fabricado con madera, las pailas para hervir el jugo de la caña de azúcar eran de cobre y había que “importarlas” de Charcas o del Perú. La actividad del ingenio era permanente y el establecimiento funcionaba durante todo el año, dedicándose a las actividades de plantación, cosecha, molienda y elaboración del azúcar.

Vásquez de Espinoza afirma que en 1690 existían en Santa Cruz de la Sierra “grandes cañaverales con 25 ingenios de azúcar, donde se hace mucha cantidad que se lleva a Potosí” (1609: 29), pero sólo contamos con la descripción del ingenio de Francisco Hurtado y Catalina Polanco (García Recio, 1988: 320-343) y documentos del Archivo Catedralicio de Santa Cruz en los que se informa acerca de los pagos realizados por un ingenio en la zona del Valle, en 1735.

Según la descripción de los gastos del ingenio de Catalina Polanco y Francisco Hurtado, el 55% de los mismos estaba destinado a la mano de obra. Durante los primeros años seguramente se utilizaba la mano de obra de los indios de servicios, pero posteriormente se pagaba a los peones por su trabajo. En la descripción de gastos del ingenio de la zona del Valle, para 1735, se consignan los gastos de cada peón para el corte de la caña de azúcar como también los pagos en la fase siguiente de la molienda.

En la fase industrial, se llevaba a cabo la molienda de la caña y la extracción del jugo de caña en los trapiches. El trapiche se movía a fuerza de bueyes, que suponían 3,5% de los gastos del ingenio. El jugo pasaba a las pailas donde se hervía y luego a las purgas para la producción de azúcar, de “miel buena” y de “miel de bareno” (de segunda calidad).

Para toda esta producción, era necesaria la mano de obra calificada: de los técnicos dependía la calidad del producto. Es por ello que el salario de la mano de obra calificada representaba el 40% de los gastos en mano de obra del ingenio de Catalina Polanco; de esta manera, se iba desarrollando un grupo de técnicos con muy buen salario. Según el informe del ingenio del Valle, el pago a los técnicos era exactamente el doble que a los otros peones. Un peón en la fase de corte y de molienda ganaba dos reales por día y los técnicos ganaban cuatro reales.

“Como se puede ver el proceso de industrialización del azúcar fue definiendo a Santa Cruz como una sociedad productiva capitalista que comenzó a configurar una mentalidad diferente en los cruceños, ya que se convirtió en ‘el renglón que sostiene al partido de Santa Cruz de la Sierra’ y que, según Viedma, debía fomentarse para desarrollar la provincia” (1969:163).

De aquí, podemos afirmar que en este proceso estaba el germen de lo que sería una agricultura: “que tiene un proceso de desarrollo histórico distinto y cada vez más diferenciado tanto en sus tendencias político-ideológicas como económicas (Ybarnegaray, 1992:39), del resto de Bolivia”.

Una sociedad mestiza

La sociedad cruceña colonial era el producto de la unión de lo que había y de lo que llegó. Era una sociedad básicamente mestiza, en el entendido de que el número de españoles llegados a la zona era muy reducido y que la gobernación no ofrecía los estímulos necesarios para la llegada de contingentes importantes de españoles.

Santa Cruz de la Sierra estaba alejada de los centros de poder, de las redes de comercio, no poseía riquezas materiales reales, aunque sí muchas posibilidades de encontrarlas, estimuladas por el mito

de El Dorado. Arriesgarse a encontrarlos significaba tener el valor suficiente para realizar las entradas descubridoras y contar con los dineros necesarios para su realización que, como ya dijimos, era una empresa privada financiada por los mismos descubridores que conocían los riesgos de ser atacados o de poder perecer tanto por la acción de los naturales o bien de hambre, sed o enfermedad.

Los pobladores de Santa Cruz de la Sierra debieron adaptarse: “al modo de vida y a la pobreza generalizada pero también a una libertad de acción” (García Recio, 1988: 425), que iba a ir definiendo las actividades, las actitudes, y las mentalidades de esta sociedad a lo largo de su historia.

Vásquez Machicado (1922), Parejas (1979), García Recio (1988) y Roca (2001) coinciden en que el fenómeno del mestizaje se dio inmediatamente después de la fundación en Santa Cruz de la Sierra y que los cruceños fueron un grupo humano mestizo en la medida en que los españoles peninsulares o criollos fueron realmente muy pocos, a diferencia de otras ciudades de Charcas. El hecho de que Chávez hubiera venido con un grupo importante de mestizos desde Asunción, la falta de mujeres españolas, la entrega de mujeres por parte de los naturales como testimonio de amistad, además de la certeza que tenían las mujeres nativas de que sus hijos mestizos se librarían de la carga de los servicios personales favoreció al desarrollo del proceso de mestizaje en esta sociedad. Una carta de un obispo, en 1684, afirmaba que no había “españoles, por que todos son hijos y nietos y bisnietos y mestizos la mayor parte” (sic), y en otro informe, el obispo Ramón de Herboso y Figueroa se quejaba de que, en 1763, en Santa Cruz, tan sólo: “viviesen indios, mestizos y acaso algún hidalgüño sin hacienda (Sanabria, 1975: 131).

Con seguridad, los únicos españoles o criollos que llegaron a Santa Cruz fueron sus gobernadores (Parejas, 1979: 106). Por otro lado, la pobreza material en la que vivían sus habitantes espantaba hasta a los obispos que no solamente radicaban preferentemente en Mizque para huir de su mal clima sino que, como afirmaba en su informe el obispo Herboso Figueroa: “...es un mal pueblo, sin orden de calles, con casas que no pasan de tres piezas bajas, sin vivienda alta, con tal desaseo que ni aun la blanquean, y de suma incomodidad...”, y que no había vino, ni aceite, ni especias, sólo pan de yuca y maíz, y que resultaba: “...pasable que residiesen frailes reductores de indígenas y clérigos doctrineros para celebrar misa y administrar sacramentos, pero no un obispo” (Sanabria, 1975: 132).

En Santa Cruz de la Sierra, los mestizos, que eran la mayoría de la población, no conformaron un grupo marginal sino más bien el que más rápidamente creció y, dentro de la pobreza generalizada, la comunidad cruceña “se convirtió en una sociedad homogénea en términos étnicos y socioeconómicos” (Potthast, 1999; 348). Los desniveles entre los ricos y la generalidad de los habitantes no fueron excesivamente grandes (García Recio, 1988; 466).

Santa Cruz de la Sierra era una sociedad materialmente muy pobre, y esta pobreza era el producto de su aislamiento, de su economía marginal y de su situación geográfica alejada de todos los centros de poder político y económico. De esta pobreza, los cruceños aprendieron a sobrevivir con los “frutos de la tierra”, tanto que, como afirman algunas crónicas, los cruceños no conocían ni las comidas del Perú menos las de España: “No hay pan ni vino ni ninguna otra cosa de las necesarias, y sólo se vive con pan de maíz y muy mala carne” (Gobernador Nuño de la Cueva, 1621, en Finot, 1978).

Consumían vino de maíz y de cupesí (chicha), que eran bebidas de los nativos. Tampoco tenían aceites y menos productos de lujo. El aislamiento, la lejanía, las malas comunicaciones y peores caminos hacían muy difícil el desplazamiento y el comercio de bienes de consumo que, en su mayoría no soportaban los largos viajes. Además, muchos de ellos eran perecederos como, por ejemplo, la harina de trigo. Por

esto, podemos afirmar que, en Santa Cruz, el mestizaje no fue sólo biológico, sino también cultural, y para ello las mujeres jugaron un rol muy importante.

La mujer, reproductora del mestizaje

En la literatura histórica sobre Santa Cruz de la Sierra se ha dejado de lado el papel desempeñado por la mujer en esta zona, que ha sido opacado por la figura del hombre aventurero, conquistador y soldado. Sin embargo, nosotros entendemos que el papel de la mujer fue fundamental ya que es ella quien simboliza el mestizaje biológico y cultural de los cruceños.

Si bien la actividad bélica y descubridora marcó “de forma profunda el estilo de vida de los cruceños” (García Recio, 1988, 451), quienes se quedaban en Santa Cruz durante las “entradas” eran precisamente las mujeres. De ellas dependía la sobrevivencia de la ciudad y de sus moradores.

Los primeros conquistadores recibieron mujeres de los pueblos indígenas como testimonio de su amistad, por lo tanto la primera tarea de las mujeres fue afianzar las alianzas entre españoles e indígenas “mediante lazos sanguíneos” (Potthast, 1999, 349), es decir a través de descendientes comunes. La segunda tarea fue la de los servicios domésticos y el conocimiento de los alimentos y las hierbas medicinales.

La española más célebre que llegó fue Elvira de Mendoza, esposa de Ñuflo de Chávez e hija del gobernador de Paraguay, que demostró “un valor que en nada se diferenciaba del de sus compañeros, los conquistadores” (Pumar, 1988: 65).

La mujer cruceña fue el producto de la unión de los saberes de las mujeres indígenas y de las españolas, produciendo así un mestizaje cultural en todos los aspectos. La alimentación fue la mezcla de los conocimientos de cocina de las españolas y de los ingredientes de las nativas. En la vestimenta, la materia prima era el lienzo de algodón, un producto exclusivo de las mujeres indígenas quienes sabían cultivarlo, hilarlo y tejerlo, pero la confección de los vestidos era arte de las españolas y mestizas. Viedma consideraba que, en el hilado y tejido del algodón, “tienen las mujeres el mayor auxilio a sus necesidades” (1969:163). Según Viedma, las mujeres eran “bien parecidas, afables, obsequiosas e idólatras de su tierra” (1969:120).

La religiosidad fue también reproducida por las mujeres a través de los beaterios y cofradías. El primer beaterio fue fundado por los mercedarios en 1716 con las donaciones de doña Agustina Vallejos, María de Guzmán y Catalina de Guzmán (Sanabria, 1975: 111). Finalmente la educación quedaba también en manos de las mujeres; eran ellas las que reproducían los conocimientos al interior de las familias. Sin su presencia y su protagonismo no se entendería a la sociedad cruceña.

Las diferencias sociales

Si bien afirmamos que la sociedad cruceña era básicamente mestiza, eso no implica que no hubiera habido diferencias sociales. Éstas se basaban en la tenencia de encomiendas y en la posibilidad de acceso a las mismas. La encomienda significaba poseer derechos sobre un grupo de indios mediante el acceso a sus servicios personales a cambio de su evangelización. Quienes accedían a las encomiendas, inicialmente, eran los conquistadores. Sin embargo, después de la fase de la conquista y del establecimiento de la ciudad, recibían encomiendas los que participaban de una actividad bélica y finalmente se las obtenía por matrimonio. De ahí, podemos deducir que existió un grupo de encomenderos que, como afirma

Parejas (1979:105), se convirtió en un grupo de terratenientes. El encomendero, llamado “feudatario” en los documentos, recibía de sus encomendados un tributo en especies y en servicios personales. También tenemos constancia de la existencia de clérigos feudatarios; tal es el caso de Diego de Porres quien recibió la encomienda de los indios tusequis en retribución por el apoyo dado al gobernador en la rebelión de Diego de Mendoza, aunque no era en su beneficio personal sino de su orden mercedaría. (En el Archivo Histórico de la Catedral de Santa Cruz se encuentran numerosos documentos que mencionan las haciendas pertenecientes a sacerdotes. Entre 1660 y 1666, se enumeran las posesiones de los presbíteros: Asuvi del Pbro. Juan Phelipe de Vargas, Chané del Pbro. Joseph Antoline de Campos, Clara del Pbro. Lorenzo Ortiz, Tocomechi del Pbro. Juan Valle entre otras).

Después estaban los vecinos; así se llamaban los que nacían en la ciudad. Los soldados y los residentes también tenían familia y bienes. Constituían un grupo intermedio al que también pertenecía un grupo de habitantes con oficios, especializados, quienes seguramente darían origen al artesanado cruceño, tan importante en el siglo XIX.

Los indígenas constituían el grupo más diverso, pues se dice que había “más de doscientas naciones” en todo el territorio; hacer la paz con una no significaba hacerlo con todas. Coincidimos con la división que hace García Recio acerca de la población nativa en la Gobernación de Santa Cruz de la Sierra: en primer lugar, los indígenas que nunca llegaron a ser sometidos, que se mantuvieron en el monte con escaso o ningún contacto con la población cruceña. Muchos de ellos no se sometieron hasta el siglo XX, mientras que en el caso de otros, no se tienen noticias, habiendo probablemente desaparecido, por ejemplo, como producto de la actividad *bandeirante*. En segundo lugar, los indígenas que fueron sometidos momentáneamente, alternando entre la paz y la guerra, como los chiriguano. Finalmente, los grupos sometidos, que fueron encomendados y reducidos.

Existían muy pocos negros, huidos del Brasil, en su mayoría eran libres, debido a que la pobreza de los habitantes de Santa Cruz de la Sierra no les permitía tener esclavos.

Para finalizar, podemos afirmar que en la etapa colonial se definieron las características de la comunidad cruceña. Entre las más importantes, encontramos una sociedad mestiza que se asumía cruceña y que, con ello, había desarrollado una identidad propia de pertenencia a su región. Esta conciencia de “ser cruceño” se vio reforzada por los constantes enfrentamientos con los nativos hostiles, fundamentalmente los chiriguano, y por el deseo permanente de avanzar hacia territorios desconocidos.

Otra de las características fue que se trataba de una sociedad que desarrolló la capacidad de resolver sus problemas por sí misma, debido a las distancias de los centros de toma de decisión, como la sede de la Audiencia de Charcas, y que legitimaba sus resoluciones a través de una instancia legal ofrecida por las leyes españolas: el cabildo abierto. Éste es un elemento que se mantendrá hasta nuestros días. Finalmente, en lo económico, desarrolló una mentalidad productiva vinculada a la tierra, la única riqueza que poseía.

2003

De “La permanente construcción de lo cruceño”. Estudio sobre la identidad en Santa Cruz de la Sierra. (Investigaciones regionales, Santa Cruz, N° 5). 2003.

SANTA CRUZ Y AMÉRICA

Manfredo Kempff Mercado

Santa Cruz nunca ha podido prosperar, porque el adelanto de un pueblo no depende de influencias telúricas sino de fenómenos, tanto etnográficos, económicos, históricos como de su vida misma que se consienten y armonizan para dar vida a un movimiento dirigido que será el índice que señala su desarrollo en escala histórica del progreso y asimismo las negaciones que se pueden negociar en su evolución gradual y ascendente.

Sin embargo, Santa Cruz nunca ha permanecido en un estado estacionario. Demasiado potente para hacer vida sedentaria, ha tomado impulso en el suelo mismo y en su raza, para dar pasos lentos pero seguros hacia el porvenir. Sin caminos y esperanzas de conseguirlos, siempre tuvo sus sacudimientos medulares de conmoción interna debido a sus fuerzas naturales en estado de prepotencia, y si Santa Cruz no ha muerto asfixiado en su llanura tórrida, tan sólo lo debe a su juventud plena de vigor y fuerzas.

Con un ensayo de camino que nos guía hacia el interior de la República, Santa Cruz ha hecho su comercio. Y sólo aquel que haya viajado por ese camino puede darse cuenta exacta de los peligros y sacrificios a que hay que exponerse para atravesar esa cordillera, toda llena de recovecos sobre los planos de verticalidad andina. Si Santa Cruz lanzara una mirada retrospectiva a su historia, vería con ojos de asombro que recién se trata de solucionar su principal problema, como es el de su vinculación ferroviaria. Porque un ferrocarril es algo más que una locomotora con sus vagones serpenteantes, es algo así como un punto de contacto entre dos cuerpos de ejército que por estrategia quieren dar un golpe en común. Es el nervio motor que lleva y trae las sensaciones entre dos centros, que unidos por este vínculo, llegan a confundirse en el maremagnum de las transacciones comerciales y las finanzas.

Y más aún, si en Santa Cruz se llega a crear la base aérea del proyectado tramo intercontinental aeronáutico, veremos que su adelanto será mayor puesto que entonces constituirá no sólo una mera etapa de vuelos, si no, más bien, centro comercial de marcada importancia económica para el país puesto que con el fácil transporte florecerán las industrias de tantos objetos preciosos de venta en el exterior de la república; nuestra agricultura y ganadería, que hasta hoy es un solo mito, tomarán impulsos nuevos con la vialidad y cobrarán vigor para desarrollarse como conviene al siglo que vivimos.

El futuro de Santa Cruz, está pues en manos de la vía férrea y de la aviación intercontinental proyectadas; y sólo en ellas. Porque si hoy fracasa en sus aspiraciones de vinculación tendrá que seguir esperando lo de siempre: que el nuevo gobierno tome empeño en sus necesidades y labore porque el ferrocarril llegue tarde, traído por el capital internacional de gobiernos imperiales, tan sólo para explotarnos como a colonos y mirar nuestro florecimiento desde las listas de precios de los bancos europeos. Y nosotros nos reducimos entonces a lo que fuimos antes de la República, mientras los "trust" y carteles nos indiquen con cifras escritas en pizarras rayadas, nuestras jornadas de hambre y de miseria. Y ya entonces el ferrocarril no tendrá el fin de transportar nuestros esfuerzos, en grandes bolsas de cotensio lacradas de rojo y con marcas de claves que indiquen el "trust" al que pertenecen, mientras nosotros marchemos bajo el látigo de una dictadura ominosa.

Para que América sea libre debe unirse espiritualmente y materialmente en la brevedad posible. Y Santa Cruz debería de estar atravesada por todos los caminos, porque su futuro está tan sólo en la vinculación y porque con ella se precautela también el futuro de Hispanoamérica.

“El Tiempo”, Santa Cruz, 24 de septiembre de 1942.

Santa Cruz y la vida histórica

Hasta hace pocos años se presentía que en Santa Cruz había oculto un futuro que se gestaba lentamente. En esta forma Santa Cruz se dejaba sentir dentro del concierto nacional por lo que iba a ser. “Mañana”, era el vocablo que condensaba esta vaga conciencia de algo inmensamente promisorio para su destino. Pero todo “mañana” encierra siempre un contenido equívoco. Esta ambivalencia deviene del carácter de promesa ínsito en el mismo. Por eso los “amañanas” tienen un sabor incierto y desalentador. Llevan en su entraña una interrogante que taladra a la conciencia que espera –o tal vez más propiamente desespera– por su cumplimiento.

Tal fue la situación del hombre de Santa Cruz hasta hace bien poco. Su cuerpo se mantenía en el presente, mientras su conciencia se estiraba elástica en un acrobático intento por avizorar lo que habría detrás de los días que aún no habían llegado. Tal vez la figura nos ayude a comprender cierta indolencia que algunos visitantes descubrieron en sus gentes. Éstas escuchaban el sordo rumor del madurar la entraña del paisaje incivilizado, y, entretanto, se limitaban a aguardar la hora del parto. Antes, nada o bien poco había que hacer.

Spengler, arúspice de la historia, acostumbrado a leerla en sus vísceras, nos habla de una vida *fellahica* como preámbulo de toda cultura. En aquella no hay sino paisaje, naturaleza descubierta y olor a campo. Pero de pronto se hincha como una masa e irrumpe en la historia. Todo esto, para Spengler, es un misterio. No olvidemos que Spengler cree en el sino y nos habla de él como de una constante absoluta de la historia. En esto comparte plenamente las ideas deterministas que sobre la filosofía de la historia profesara Hegel mucho antes que él.

Santa Cruz, mirado al través del lente spengleriano, ha dado aquel gran salto. Su vida *fellahica* ha quedado atrás de los ferrocarriles y de la carretera al interior del país. En dichos años, sobre poco más o menos, empieza a despertar a su vida histórica –civilizada, preferiríamos decir nosotros–. Todo aquel que haya vuelto después de una ausencia prolongada no puede dejar de observar el cambio. Y tampoco puede dejar de excluirlo de aquellos pueblos que Breyssig llamaba de la “perpetua aurora”, pueblos que se petrifican en una alborada que no concluye nunca.

Como el niño que, entre ingenuo y orgulloso muestra su primer diente, Santa Cruz mostró el día de sus efemérides su primera calle pavimentada. Cien metros de blancas losetas que parecían sonreír a sus visitantes. Todas las demás calles guardando la misma arena por la que transitaron los conquistadores españoles hace más de cuatrocientos años. El espectáculo –para los nacidos allí, se entiende– participaba de lo alegre y lo enternecedor al mismo tiempo. Empezaba a cristalizarse lo que el cruceño anhelara desde hacía muchos años. Lo que sólo había sido idealidad, se convertía ahora en realidad. Ahí estaba la prueba, tendida sobre la calle, cubriendo como una sábana la desnudez de la tierra. Lo alegre del espectáculo se explica con una sola palabra: progreso. Todos los pueblos –y más mientras mayormente atrasados– anhelan progresar. Pero lo enternecedor no lo podremos comprender si no nos adentramos un poco en el paisaje y la conciencia del hombre de Santa Cruz.

No podríamos decir, con Spengler, que Santa Cruz naciera del campo. Su fundación, en la época de la Conquista, obedecía a razones políticas. Pero si no nació del campo, vivió de él. Su madre fue la política de los Reyes Católicos y su nodriza la naturaleza entorno. Santa Cruz, como quizá ningún otro pueblo, se introyectó el paisaje. El hombre no necesitaba salir al campo, puesto que éste –flora y fauna– radicaba en la ciudad. Si la casa era un ardid para robarle espacio a la naturaleza, ésta lo burlaba acomodándose en el tejado. De ahí que, en rigor, Santa Cruz nunca llegó a ser una ciudad. El paisaje no se limitaba a envolverla sino que la inundaba por sus diferentes costados. Hasta hace bien poco, entre calle y camino no existía solución de continuidad. El cruceño vivía saturado por la naturaleza que lo atravesaba.

Esta circunstancia telúrica determinó –o más propiamente condicionó– la conciencia del habitante de Santa Cruz. A su orgullo racial se añadió la seguridad de ser dueño de la naturaleza más prodigiosa. Dios le había regalado y no sólo prometido una tierra paradisíaca. La semilla germinaba y se transformaba en espiga sin que él apenas se preocupara en lograrlo. El campo respondía, alegre y sumiso, a todo cuanto le fuera pedido. De ahí esa manera tan peculiar de encontrarse el hombre cruceño insertado en su tierra. Y como sobre el andaluz ha observado Ortega, también todo cruceño tiene la maravillosa idea de que ser cruceño es una suerte loca con que ha sido favorecido. Tal vez sea ese el motivo para que el cruceño viva tan satisfecho en su pueblo y le interese bien poco asomar un rato el perfil por la ventana para ver lo que acontece allende su paisaje. De ahí que el cruceño sea el peor turista del planeta y que sus viajes concluyan con un precipitado regreso al solar nativo. Y es que, lo *conditio sine qua non* para gozar de lo extranjero consiste en declararse transitoriamente en franquía lugareña y hacer un hueco en el alma para alojar en él los panoramas inéditos. Este esfuerzo, de desalojar un sector de la conciencia, de vaciarla para que en ella quepa lo foráneo, sobrepasa su incipiente capacidad trashumante. El cruceño se desliza por las fronteras extrañas pletórico de su propio paisaje que siempre lleva dentro. No se vaya a entender esto negativamente. Al contrario, si no se desprende de su carga nativa es porque piensa que vale mucho. En el fondo de su alma, que va estableciendo caprichosos paralelos, compadece a esos extraños personajes de las grandes urbes que ni siquiera han oído hablar de Santa Cruz.

Semejante situación vital nos ayuda a comprender por qué hace un momento decíamos que el nuevo espectáculo urbano ofrecía también una vertiente enternecedora al oriundo del lugar. El peso del asfalto, la carretera pavimentada aplasta a la naturaleza por modo hartamente violento. El paisaje se recoge sobre sí en un inequívoco gesto de huida. El campo se desfigura ante el rudo impacto del hierro y el cemento. Atónito, el cruceño de hoy descubre que el progreso tiene un anverso demoleedor de lo viejo. Y lo viejo es la naturaleza que lo nutrió desde su remoto pasado *fellahico*. Ahí está su paisaje en una permanente fuga ante el avance de lo nuevo. El recién llegado asume una heroica actitud bifronte. No hay más remedio que aceptarlo tal cual es: en su doble todo cuanto amó y amaron sus abuelos. El progreso no respeta los recuerdos sino que se empina sobre ellos para beber del futuro. Lo nuevo se adelanta con desenvuelto paso de gimnasta para arribar en su carrera a la meta propuesta. Entre ambos extremos, el hombre se ve sometido a una tensión enorme. Permanecer atrás es elegir los recuerdos que significan la muerte. Avanzar es olvidar la historia para vivir. Por eso Nietzsche, filósofo de la vida, se declaró enemigo de la historia. Un exceso de ésta paraliza al brazo que quiere actuar. No queda otro recurso que asumir una actitud heroica en trance tan difícil. Nietzsche ha indicado el camino: olvidar. ¡Difícil empresa! El hombre de Santa Cruz tendrá, sin embargo, si quiere seguir viviendo hacia delante, que adoptar el temperamento del solitario de Sils-María. Los llamados filósofos del espíritu contraponen netamente naturaleza y cultura. El cruceño, sumido hasta ayer en su paisaje, ve que sus contornos se desdibujan y que en lontananza asoma un rostro inédito: la civilización. El desafío está lanzado y no

caben prudentes retornos. Santa Cruz desplegará la inmensa fuerza que supo acumular en cuatro siglos de espera. En esta forma dejará a la “aurora” de Breyssig sepultada en la historia.

“El Diario”, La Paz, 23 de octubre de 1966.

El cruceño y las hamacas

Santa Cruz, hasta ayer, permaneció reducida al mero espacio físico. El tiempo histórico, celosamente se detuvo en la ladera de los Andes y sólo tuvimos para consumir nuestro tiempo vital. Y, como el espacio físico es la pura naturaleza, el cruceño se vio obligado a permanecer pegado a ésta. El campo inculto lo cercaba con elemental persistencia. Sin necesidad de desplegar esfuerzo mental alguno, encontró a mano la solución que carecía de alternativa: esperar. El tiempo histórico no podía quedarse indefinidamente petrificado en la gélida Cordillera, como un cóndor esculpido en la cresta de algún picacho. La movilidad del espíritu que anima a la Historia tenía algún día que agitar sus alas para ponerla en marcha hacia nuestro encuentro.

El cruceño sabía bien esto por haberlo oído repetir tantas veces a sus abuelos: “Santa Cruz es el futuro”. No había, pues, que desesperar, sino simplemente esperar. Sólo de tarde en tarde algún grito de rebeldía sacudía momentáneamente la calma urbana para ahogarse luego en la inmensidad de la llanura. La hamaca –quijá– en guaraní, única herencia visible de nuestro ancestro autóctono, simboliza cabalmente dicho período. El cruceño se hamacaba por no tener otra cosa que hacer. El movimiento pendular de este curioso útil causa una impresión extraña: es y no es movimiento. Nos movemos pero no avanzamos: como la flecha en la célebre aporía de Zenón. Acaso el subconsciente del Santa Cruz de ayer se aferrara a este legado de su antigua stirpe por retratarse en él.

Contra lo que ignorantemente se dice de la hamaca, ésta sólo pudo haber sido imaginada por un pueblo activo. Después del combate con la tribu rival o de la agotadora persecución del jaguar o el ciervo, la hamaca ofrece el descanso más completo. Quien se acuesta en el suelo o en la cama siente siempre, aunque sea levemente, la resistencia de un cuerpo extraño. Con la hamaca no sucede lo mismo. La distensión muscular, indispensable para un descanso perfecto, sólo se alcanza cuando el cuerpo se halla libre de cualquier presión exterior. La hamaca, por consistir en una malla suspendida únicamente por sus dos extremos, se acomoda anatómicamente a las posiciones más caprichosas que adopte el cuerpo. Exagerando un poco, podríamos decir que la hamaca se comporta como la misma piel del individuo: lo contiene sin estorbarle y lo que es más, sin percibirlo, la sensación de ingravidez que se logra en la hamaca encuentra su correlato –claro que sólo imaginario– en el fenómeno de la levitación.

Pero si bien la función principal y originaria de la hamaca consiste en el descanso que brinda a quien se sumerge en ella, posee además un atributo superior: apaciguar el ánimo. Aquel movimiento que no es movimiento –Heráclito contra Parménides– ese batirse pendular sincrónico, actúa como un sedante sobre el alma. El que la hamaca sólo penda de sus amarras, pero no dependa de ellas –como el catre depende de sus patas–, transmite a su ocupante una vaga sensación de distanciamiento de la realidad. De ahí ese afán que se manifiesta en hacer desaparecer aún el leve rumor de la argolla a la que eventualmente está amarrada. Como correlato imaginario del fenómeno de la levitación, la hamaca no debería ni siquiera pender de algo, sino simplemente depender de sí misma.

Éste es, más o menos, el proceso psicológico que se opera, con mayor o menor claridad, en quienes se embarcan en la famosa aporía de Zenón traducida al guaraní. Por eso el cruceño, durante más de una centuria, se ha ocupado de levitar. El instrumento mágico lo tenía a mano: la hamaca. Suspendido

sobre la injusta realidad ambiente, su existencia le resultaba más soportable que en un inútil trajín sin horizonte. Y si la hamaca da serenidad al ánimo, es porque al mismo tiempo aviva el pensamiento. No en vano Descartes nos cuenta que acostumbraba recostarse para pensar mejor.

Este meditar del cruceño sobre su propia aporía (literalmente, “sin camino”), no podía, pues, hacerlo mejor que tendiéndose sobre su ancestral quijá. La aporía guaraníca de la hamaca –movimiento que no avanza– retrataba magistralmente su absurda situación histórica. Y, gracias a su virtud de serenar el ánimo, la hamaca le concedió al cruceño el invaluable don de saber esperar. La espera duró cerca de ciento cincuenta años. Por fin la petrificada Historia resolvió sacudir sus alas del embarazo a que la había subyugado un sentimiento adverso. Santa Cruz vio cómo el paisaje se estremecía al recibir al retrasado visitante que llegaba cargado de excusas. Cortésmente, el cruceño lo acogió y no hubo ningún reproche. Después de todo, ello significaba que la Historia le reconocía su mayoría de edad.

La tutela había caducado, aunque tardíamente. Declarado adulto el hijo, tuvo que procurarse una nueva vestimenta. Los antiguos harapos fueron abandonados y se vistió con traje hecho a medida. El traje, por supuesto, lo adquirió con sus propios recursos: regalías petroleras. Conviene, sin embargo, sobre este asunto, decir una palabra a aquellos que ponderan nuestro adelanto urbano con envidia mal disimulada. Los forasteros nacionales y extranjeros que visitaron Santa Cruz antes del último lustro y que luego han regresado, al no enfangarse como entonces, aún en las calles céntricas de la ciudad, se sorprenden de tanto adelanto.

¡Cuando de lo que deberían sorprenderse es del atraso de dicho adelanto! Mientras las demás capitales del interior del país ya contaban con las obras de infraestructura indispensables, como alcantarillado, agua corriente, luz, pavimento, etc., el cruceño seguía hundiendo sus pies en la misma arena en que cuatrocientos años atrás lo hicieran los conquistadores españoles. ¡Bonito adelanto el nuestro! El salto acrobático que ha tenido que dar Santa Cruz –ahora resulta claro– es un mero salto compensatorio. La caravana familiar se había adelantado mucho y el hijo corría el riesgo de no alcanzarla.

Habiendo llegado tarde al escenario nacional, cuando sus hermanos mostraban los síntomas de un desgaste orgánico proveniente de un ininterrumpido ejercicio del poder político, el cruceño conserva aún cierto aire bisoño. Recuerda al alumno que, oriundo de la provincia exótica, se incorpora atrasado al último curso del colegio donde ya todos son viejos camaradas. De ahí esa actitud ambigua del altiplánico hacia el hombre oriental. Lo observa cautelosamente como a un punto o a un pariente lejano del que no se tenía mayores informaciones sino la muy cierta de su derecho teórico a participar en la vida nacional.

En la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual realizada en Buenos Aires en 1936, el pensador mexicano Alfonso Reyes cerraba su exposición dirigiéndose a sus colegas europeos en los siguientes términos: “Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”.

La exhortación de Reyes, si reducimos la escala internacional a la meramente nacional, podría perfectamente adecuarse a nuestra actual circunstancia histórica en relación con la del altiplano. El cruceño ya no quiere ser más el mañana ya no quiere ser más el futuro. Mejor dicho, habiéndoselo forzado a mantenerse dentro de una niñez impropia, la mayoría de edad la ha asumido de la manera más radical: con todos los derechos que ella implica. Y como la Historia no admite prudentes retornos,

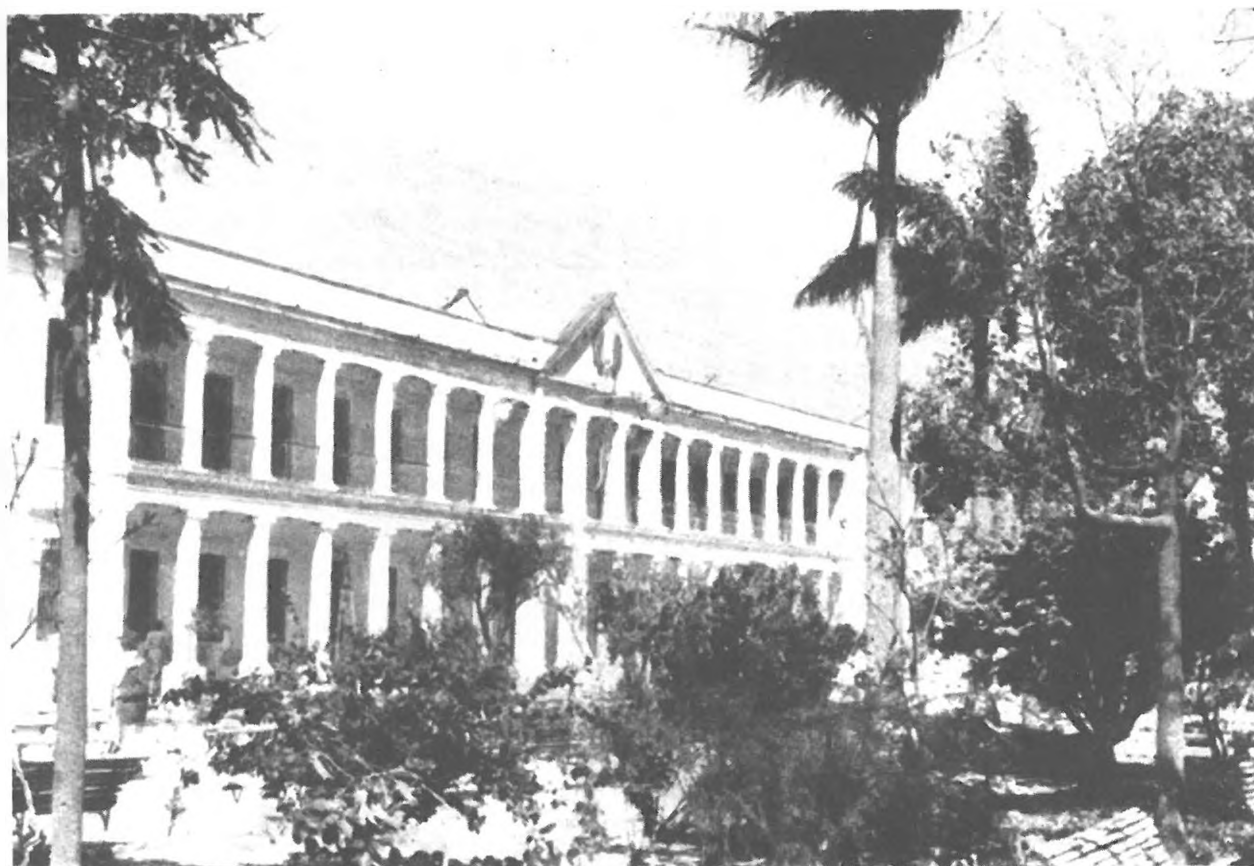
su voz ya no se perderá ahogada en la maraña de su naturaleza sino que será oída en su timbre oriental más alto y genuino.

La vieja hamaca, como siempre, lo seguirá acompañando. Pero el péndulo de su movimiento ya no se traducirá en incolmables horas de espera, como sucedió hasta ayer. Volviendo a su antiguo uso guaraní, el quijá será la mejor expresión de su actividad y esfuerzo. El hamacarse para descansar substituirá al hamacarse para esperar. Dos actitudes que recogen la diferencia radical entre dos formas opuestas de vida: de un lado la vida que se define en términos de dinámica y de progreso; del otro, la vida paralizada que no hace sino repetirse a sí misma. El cruceño ya dejó atrás, junto a sus absurdos y anacrónicos pantalones cortos, a esta última. Renunció a soñar en las fantasías utópicas con las que se adormeciera en su hamaca futurista, y de un salto se puso en pie. Ya no volvería a recostarse más en ella para esperar. La aporía del movimiento que no avanza le resulta ahora insoportable. Hamacarse para sólo descansar es cosa distinta. Poco interesa que Zenón hubiera estado en lo cierto sobre la imposibilidad del movimiento. Aunque no avancemos mientras nos movamos, descansaremos no sólo de la actividad cotidiana, sino también de haber esperado tanto. El hamacarse del nuevo hombre cruceño recoge así el sentido cabal que a esta curiosa función le diera el fundador de su stirpe.

2004

“Presencia”, La Paz, 23 de septiembre de 1973.

Estos 3 artículos figuran en las “Obras completas” de Manfredo Kempff Mercado, publicadas por su familia, en un volumen, en Santa Cruz, en el año 2004.



Prefectura del Departamento de Santa Cruz.

LA CUESTIÓN CRUCEÑA

Manfredo Kempff Suárez

No puedo hablar en nombre de todos los cruceños porque sólo soy uno más de ellos, pero sí escribo regularmente en los periódicos y si siempre he tratado de hacerlo con la mayor franqueza posible, sería extraño para quienes tienen la amabilidad de leerme, que en estas circunstancias me callara. La cuestión cruceña es algo que se ha complicado gravemente en los últimos años y es algo que mientras transcurre el tiempo se va a embrollar más. Se va a enredar y complicar más esta situación porque Santa Cruz pega tremendos coletazos cuando se siente incómoda. No se trata de que a Santa Cruz le moleste un propósito caprichoso de gusto o utilidad, no es cuestión de ventajas simplemente; es un concepto de vida. Cuando esa forma de vida parece escapársele de las manos al cruceño, entonces vienen los coletazos airados de reclamo. Y los coletazos terribles ya los hemos visto desde hace algunas décadas.

¿Cuál es ese concepto de vida tan importante? ¿Qué inquieta tanto a Santa Cruz? Pues habría que contestarse que, aparentemente, nada nuevo. El cruceño ha cambiado, como consecuencia de un progreso inevitable, en su forma de trabajar, en sus comodidades, en sus conocimientos, pero sigue siendo el mismo en su modo de pensar, en su concepto de la vida.

El cruceño puede pasarse toda su existencia afuera, pero no dejar de serlo jamás, de hablar, de pensar, de sentirse orgullosamente cruceño y también de comportarse como cruceño. El concepto de vida del hombre y la mujer de Santa Cruz está en sus enraizadas costumbres; en cómo trabajaron sus abuelos y sus padres, en qué emprendimientos grandes hicieron, en cómo fueron conquistando poco a poco su extensa geografía, a pie y en mula, con sus familias encaramadas en carretones de dos a tres yuntas de bueyes, dispersándose desde el Chaco hasta la región de los grandes ríos y más allá hasta donde se rescataba la codiciada leche de la siringa y la cotizada castaña. Ese es un concepto de vida muy particular, de emprendimiento y aventura, de riesgo y juego, siempre. Así se establecieron en sus comarcas los viejos cruceños y así criaron a su progenie, en campos abiertos, a lomo de bestias, “lindos como el Sol y pobres como la Luna” y siempre solos.

La soledad fue una característica del camba, o el aislamiento, mejor dicho. Pocas veces el hombre oriental se encontró con otro que no le provocara extrañeza, curiosidad y gracia, simplemente porque no lo conocía. Y cuando llegaron los forasteros, collas “gringos”, amarillos, se los recibió con los brazos abiertos. Ahora resulta que Santa Cruz ha crecido impresionantemente gracias a las grandes migraciones, que se ha convertido en una ciudad que sobrepasa el millón de habitantes, pero que, curiosamente, no se la deja vivir en paz. Es decir, el concepto de vida de los cruceños —hombres y mujeres— no existe más. Ya son otras las reglas del juego en una sociedad tan fiel a lo suyo. Los que llegaron y fueron bienvenidos quieren forzar un cambio de actitud y desde hace medio siglo que una enorme presión empuja a Santa Cruz hacia otros valores que no son los propios.

Ha habido un trasplante de cosas muy buenas desde el occidente sin duda, pero llegaron también los vicios de la política, con su demagogia y sus maneras anárquicas, con sus trampas, que se han incrustado en el tejido social cruceño y ya no es posible ni trabajar como antaño, ni seguir conquistando

nuestros propios espacios, ni honrar nuestro pasado casi, ni tan siquiera poder explotar nuestros recursos naturales. Lo del gas es algo que no se puede concebir en una sociedad medianamente civilizada. Es una maldad y una infamia que se quiere producir a las regiones productoras y a la nación.

Santa Cruz, esa gran urbe mestiza que es ahora, donde todos han sido bienvenidos, quiere vivir en paz. Ni siquiera desea favores de los gobiernos de turno. Sólo que no la obstruyan en su desarrollo y en su concepto de cómo construirla.

Santa Cruz se ha cansado de las marchas, se ha cansado de los bloqueos, se ha cansado de los discursos que no le importan ni los entiende, se ha cansado de las mentiras, en suma, de observar su presente y comprender que ha perdido su identidad. Por eso quiere las libertades que le corresponden como región –como la más importante región– y ni siquiera desea arrebatar su autonomía a viva fuerza, sino que la pide como un derecho que le corresponde y que tiene que llegar pronto.

No existe incomprensión y sí más bien una gran tolerancia: no hay falta de solidaridad porque la mayoría de su población pobre no es oriunda de los llanos. Lo que puede ser cierto es que seamos un poquito provincianos. Y eso habrá que agradecerlo a Dios en estos tiempos de soberbia.

2004

“La Razón”, La Paz, octubre de 2004.

Laguna del Arenal en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) vista tomada del norte



SANTA CRUZ Y LA REVOLUCIÓN DE 1952

Susana Seleme Antelo

El informe Bohan define el futuro de Santa Cruz, 10 años antes del '52

En 1942, en el marco de la cooperación de Estados Unidos a Bolivia, el especialista Mervin Bohan presidió una comisión económica de ese país para elaborar un informe que permitiera a Bolivia encarar un plan de desarrollo a largo plazo. Se trata de un estudio científico y metódico de la economía boliviana, sus problemas y sus posibles soluciones, en el marco del desarrollo capitalista. El Informe Bohan partía de la constatación de que Bolivia poseía riquezas, pero no capitales ni ahorro interno, que siguen siendo, aún hoy, algunos de sus puntos más vulnerables. El diagnóstico hecho por Bohan sobre comercio exterior, sugería cambios en la rígida condición monoprodutora minera. Sin desecharla, se debía buscar la diversificación para romper el ciclo minero monoprodutor y, mediante la expansión de la frontera agrícola para la producción de alimentos, expansión que debía darse en las tierras del Oriente, concretamente, en Santa Cruz. La producción de alimentos tenía como fin eliminar la alta erogación de divisas que significaban las importaciones alimenticias. Una política de tal naturaleza exigiría una intervención rotunda del Estado a despecho de cualquier escollo liberalista. Según algunos estudiosos, sin desmerecer los aportes del Informe Bohan, éste también respondía al interés norteamericano de que Bolivia siguiera proveyendo materias primas y, al mismo tiempo, que se convirtiera en consumidora del mercado automotriz de ese país, entre otros rubros.

Sin embargo, la ejecución del Informe Bohan en el país hubo de esperar 10 años, que se sumaron a la larga saga de 4 siglos en los que Santa Cruz vivía adormecida entre el olvido y el rezago. Pero su futuro ya estaba definido.

Según Rodríguez Ostría,⁽¹⁾ el Informe Bohan *“no era original ni proponía nada diferente al ideario que los cruceños habían pregonado previamente y por décadas”*. Hubo que esperar a la Revolución del '52 para que empezaran a hacerse realidad las añejas demandas cruceñas, convertidas casi en ley gracias a Mervin Bohan, que no tenía nada de cruceño ni de separatista. En todo caso, actuó con la lógica de la dominación capitalista y de la relación centro-periferia. Fue, eso sí, un sinceramiento económico descarnado que le hacía falta a la sociedad boliviana, y de los innumerables planes y proyectos de desarrollo elaborados desde entonces, el Plan Bohan es el que mayor y mejor ejecución ha tenido.

La insurrección de 1949 y la revolución de 1952

El despertar del letargo ante las urgencias del tiempo fue el resultado de un proceso gestado durante los últimos años de lo que corresponde a la vieja ciudad tradicional. Convertirse de una ciudad y región aislada y lejana, a polo de desarrollo no podría entenderse sin la mutación, y al mismo tiempo, la articulación de múltiples variables económicas, políticas y sociales que marcan el período previo que corresponde a la ciudad que va a entrar en la modernidad.

El parcial éxito de la asonada del '49 en Santa Cruz, fracasada en todo el país, tiene que ver con la adhesión del MNR local a la tradición anticentralista cruceña, en tanto reclamo de atención al olvido y

marginamiento de la región, vinculado al discurso nacionalista y al antiliberalismo. A ello contribuyó la presencia de líderes del prestigio, como Edmundo Roca Arredondo y Oscar Barbery Justiniano, convencidos ellos que con el MNR, Santa Cruz lograría su incorporación al resto del país, de la mano del progreso y la modernización. No obstante, hay que destacar que los hombres del MNR ⁽³⁾ nunca pensaron en políticas descentralizadoras, sino más bien en la construcción de un poderoso Estado centralizador que aunara e integrara al disperso territorio del oriente de Bolivia y sentar la presencia de un poder estatal y del partido, sin fisuras, como en los hechos sucedió.

Entre tanto, si bien fue derrotada la junta de Gobierno del '49, dejó el camino expedito para que la Revolución de 1952 cristalizara en Santa Cruz sin sobresaltos. En honor a la verdad histórica, se debe reconocer, entre otros factores, que a partir de la revolución nacional de 1952 y de una planificación desde el poder central, con el Plan Bohan, Santa Cruz vivió un intenso proceso de cambio y la ciudad inició una acelerada urbanización. Varias medidas, concebidas como políticas de Estado, bajo el nombre de la mencionada "marcha hacia el Oriente", tuvieron especial trascendencia para impulsar el crecimiento y desarrollo de la ciudad y del departamento. Respondió aquella estrategia a una necesidad estructural que el MNR comprendió muy bien, a partir del Informe Bohan. Pero los logros alcanzados luego del letargo de 4 centurias, hubieran sido imposibles sin la existencia y empeño del capital humano y profesional que ya se había desarrollado en Santa Cruz, cuya idea de progreso se centraba en el manejo autónomo de los recursos generados por la explotación petrolera.

El plan de integración con el oriente cruceño concebido por el Estado a partir de las coordenadas de Bohan, tuvo como consecuencia un auge económico en el que se puede distinguir tres fases iniciales: desarrollo del sector agrícola en la década de los '50, que dio paso de la hacienda tradicional precapitalista, a la moderna y pujante agricultura y agroindustria comercial; desarrollo del sector hidrocarburífero en los años '60 y desarrollo del sector industrial manufacturero y de servicios en la década de los '70. En los '80 se consolidaron y expandieron las actividades de las tres fases y se les agrega la del sector bancario y financiero. A partir de mediados de los '90 ya se puede decir que empiezan los primeros pasos de vinculación con la globalización sobre la base de la actividad agroindustrial de la soya y de las empresas capitalizadas en el área de las telecomunicaciones y sobre todo en el campo de los hidrocarburos y antes del '52 la lucha había sido por la incorporación de la región al ámbito de atención estatal, en sus aspectos económicos y políticos, pronto aquella se convirtió en un reclamo regionalista. Este reclamo se entendía, ahora sí, como una demanda de descentralización del poder político y transferencia de competencias, cuya gestión se canalizaría con el manejo autónomo de los recursos correspondientes, a partir de la hasta entonces no aplicada Ley de Busch sobre el concepto de regalías petroleras. Es cierto que el MNR no tocó las bases agrarias de la clase dominante tradicional, ya que la estructura productiva en Santa Cruz no tenía las connotaciones de occidente, empero pronto afloraron las contradicciones. A pesar de las privilegiadas políticas estatales, las posiciones clasistas, "*el sufragio universal, partidos de masas, sindicatos y milicianos*", ⁽³⁾ chocaron con la identidad señorial de los sectores dominantes y de las élites cruceñas.⁽⁴⁾ A ello se sumarían más tarde el fuerte centralismo del MNR, no sólo en las decisiones políticas sino en la distribución e inversión de los recursos. A partir de ahí empezaría otra etapa del desencuentro entre aquellas y el poder central, esta vez encarnado en el MNR.

El peso político del Comité Cívico Pro Santa Cruz

La disputa cruceña frente al poder central, a partir de 1955, fue por los excedentes de la explotación de hidrocarburos, lo que daría lugar a las luchas cívicas por el 11% de las regalías, ya obtenidas por ley en 1938, en el Gobierno de Busch, pero sin ejecutarse hasta 1959. Hasta finales de los años '40

los instrumentos de los que se dotó la clase dominante, para velar por sus intereses sociales y políticos fueron la Junta Rural del Norte y el Club 24 de Septiembre. En 1950, por iniciativa de los dirigentes de la Federación Universitaria Local (FUL), con el beneplácito de las autoridades departamentales y de la Falange Socialista Boliviana, se fundó el Comité Cívico Pro Santa Cruz.

Las urgencias del tiempo y la historia convirtieron al comité en el instrumento bajo el cual se cobijaron los intereses económicos de la naciente burguesía cruceña y sus elites. *“En la etapa de superación de los pueblos, éstos tienen que buscar las instituciones o caudillos que aglutinen todas sus aspiraciones y que los conduzcan con mano firme, segura hacia la meta de las grandes realizaciones”*.⁽⁵⁾ Y esa institución fue el Comité que logró amalgamar cuatro componentes de la identidad cruceña: lo geográfico (el oriente); lo histórico (la historia de olvido hacia lo “cruceño”); lo cultural (“camba”) y lo ideológico (la “cruceñidad”) para transformarlos en elemento homogenizador de su andamiaje ideológico e institucional, fuente de su poder hasta hoy.

En 1957, la lucha del 11% por las regalías petroleras y la defensa de los intereses regionales inició los llamados “años heroicos” del Comité, con su “brazo armado” la Unión Juvenil Cruceñista, fundada y liderada por Carlos Valverde Barbery. Fue la primera propuesta contestataria exitosa de la burguesía cruceña para administrar los excedentes de los recursos petroleros, pero fue también el catalizador de añejas reivindicaciones de infraestructura y servicios básicos: agua, luz, alcantarillado que demandaban amplios sectores de la población, primero urbana y luego provincial.

Ganada la lucha al poder central y obtenido el 11% de regalías sobre el petróleo, el Comité Cívico Pro Santa Cruz se convirtió en “el gobierno moral de los cruceños”, pero ha ejercido su poder como el más lúcido de los partidos políticos, como un partido de carácter regional, representante de las clases dominantes locales y de la elite, sin ser parte del sistema de partidos políticos nacionales. Su poder es sinónimo de autoridad e ideología. En todo caso, el comité ha sido la única institución que desde la crisis del sistema político, abandera las reivindicaciones regionales, con peso político y autoridad, propios de las clases y sus elites con visión de futuro. Es el caso de la propuesta autonómica, que parte de esos sectores como una demanda regional, pero concibe la autonomía departamental para todo el país, con una fuerza y adhesión locales que, como la del 11%, aglutina a gran parte de la población y tiene remate estatal como aquella.

La estructura organizativa del Comité ha sido siempre corporativa y desde sus inicios los grupos que han sido miembros de su directorio han oscilado entre representantes directos de los sectores de la clase dominante y de las elites que les sirven o de la propia sociedad tradicional. Sectores conservadores como los transportistas, fueron en los años '70 y '80 una fuerza de choque importante. En el curso del tiempo, su brazo armado, la Unión Juvenil Cruceñista, no suele contribuir a una imagen más democrática y abierta del comité, con sus actitudes intolerantes, teñidas de racismo abierto y encubierto, en más de una ocasión. No obstante, en los últimos años, el Comité presenta una apertura democrática, con la incorporación de sectores obreros y miembros de grupos étnicos originarios.⁽⁶⁾

En sus ya más de 50 años de existencia, el ejercicio del poder del Comité ha tenido luces y sombras, amén de las críticas a su composición corporativa, conservadora y poco incluyente a pesar de sus señales de apertura. En todo caso, el Comité Cívico tuvo y tiene la habilidad del sentido de “oportunidad política”, que no han tenido los partidos políticos nacionales para canalizar demandas que emanan desde la clase dominante y sus elites, pero que se convierten en demandas de toda la sociedad y ganan legitimidad en todo el tejido social, gracias a su poder de convocatoria que se irradia desde las clases altas y medias, hasta las populares.

La restauración de la democracia en 1982 hizo pensar que la declinación del Comité Cívico era cuestión de tiempo. Sin embargo, diversas coyunturas políticas, le dejaron el camino abierto para que presentara propuestas de carácter eminentemente político, como la vigencia de los gobiernos departamentales y la descentralización en los años '80.⁽⁷⁾ O el enfrentamiento al régimen dictatorial de García Meza, a raíz de la intención de crear un nuevo ingenio azucarero en San Buenaventura, en La Paz y el apoyo al cometido democratizador del general Torrelio. La actual demanda del Comité por autonomías departamentales y elección de prefectos por voto directo es de un innegable contenido político, que tendrá como remate una nueva estructura política, administrativa y distributiva del Estado, ante el fracaso de la práctica centralista unitaria en los 180 años de vida republicana.

La gran diferencia entre la clase dominante paceña y sus elites, y las cruceñas, es que aquellas en la segunda mitad del pasado siglo, no han producido proyectos políticos que tengan remate estatal o sobre el conjunto del país. En cambio, sí produjeron cambios políticos importantes los sectores populares de El Alto y La Paz. Sin embargo, hay que apuntar que la elite intelectual paceña sí jugó un papel clave en el derrocamiento del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Con su huelga de hambre dieron el toque final para que la exigencia de las masas sublevadas tuviera el remate estatal que tuvo: la renuncia del entonces presidente, lo que arrastró al sistema de partidos políticos a una perplejidad paralizante, incluida la incertidumbre política económica y social posterior, hasta la caída del ex presidente Carlos Mesa.

Esa acción fue producto de la coyuntura y de las masas en la calle, y no de un proyecto gestado en el tiempo, como los propuestos por Santa Cruz, cuyos sectores dominantes y sus elites, en cambio, plantean políticas para la región que luego se convierten en políticas para todo el país, aunque partieran y partan de reivindicaciones locales. Podrá criticarse a la clase dominante cruceña y a sus elites, pero no se puede negar su habilidad en la presentación y demanda de proyectos económicos y políticos que han repercutido en el cuerpo social local y en todo el país, como el del 11% de las regalías. Actualmente bajo el manto del Comité se lanzan a cuestionar un modelo de Estado obsoleto y proponen uno diferente. De ahí que reiteramos nuestra visión sobre el Comité Cívico, en el sentido de que cumple el papel de un partido político regional, lo cual no le ha impedido proponer políticas que luego se convierten en políticas nacionales.

El rechazo que generan las demandas y acciones del Comité en el occidente del país, sobre todo urbano y de sectores políticos e intelectuales, parte, en buena medida, del estereotipo de su presunto componente regionalista y separatista y de su identificación con los sectores dominantes, a los que califican como oligárquicos.

Notas:

- 1.- Rodríguez Ostría Gustavo. *Poder central y proyecto regional, Cochabamba y Santa Cruz en los siglos XIX y XX*. ILDIS-IDAES. Ed. ILAM. Cochabamba, 1993.
2. Los fundadores del MNR no fueron los únicos, pues hasta Gonzalo Sánchez de Lozada, 50 años más tarde diría, en tono de broma, pero de un alto contenido político ideológico: "Me queman vivo antes de permitir un prefecto elegido por voto popular". El MNR siempre desconfió de las demandas regionalistas y autonómicas de Santa Cruz, con el manido argumento que esas llevarían a la desagregación del país.
- 3.- Whitehead, Laurence. *Poder nacional y poder local*. 1977, Pág. 10.
- 4.- No obstante el temprano mestizaje que tuvo lugar en esta región, entre conquistadores y mujeres de los pueblos originarios, las y los cruceños siempre se consideraron descendientes de europeos, como lo señala el propio himno cruceño, escrito por el francés Guillaux. Eso explica los rasgos de la colonialidad del poder, basados en el concepto de raza y color, hasta hoy, y ese carácter señorial, paternalista y autoritario que dejaron como herencia los primeros españoles. Con el

tiempo, y de acuerdo a las coyunturas políticas, la clase dominante y las elites fueron adquiriendo rasgos, intolerantes frente al “otro” diferente. Ya no sólo según el color y origen, sino según la adhesión política: comunista o izquierdista, o cualesquiera otra distinta del patrón dominante local, característica que se reproducían en todo el país, al calor de la pertenencia a las clases dominante, más allá de otras confrontaciones.

- 5.- Ardaya Paz Hernán. *Ñanderoga Talleres Gráficos Bolivianos*. La Paz, 1967, Pág. 13.
- 6.- La revista DEBATE N° 15 de la Cooperativa Cruceña de Cultura, señalaba que “para que las reivindicaciones regionales (...) puedan derramarse en conquistas y beneficios para toda la población (...) es necesario un Comité Cívico verdaderamente representativo en el que se hagan fuertes por una alianza honesta, la clase obrera, el empresariado privado progresista, el campesino asalariado, los medianos y pequeños productores del agro, el sector profesional, técnicos e intelectuales y grupos democráticos de la élite local”. Santa Cruz, agosto de 1982, Pág. 12. Hoy, casi 23 años después, puede decirse que se ha avanzado, aunque los sectores conservadores suelen tener el predominio. No obstante, las reivindicaciones que enarbola el Comité, siempre han sido y son frente al Estado Central, sin involucrarse en los temas de la ciudad y sus problemas urbanos.
- 7.- Durante la presidencia en el Comité Cívico del hoy nuevamente Alcalde Municipal, Percy Fernández, la lucha por los gobiernos departamentales fue una constante.

2005

De “Santa Cruz y su gente”, Una visión crítica de su evolución y sus principales tendencias. ABC Producciones Ltda. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, octubre de 2005.



Una manifestación popular.



Vendedora de tamales, óleo de Herminio Pedraza.



Aguatera, óleo de Herminio Pedraza, 1993

Serenata Camba, óleo de Herminio Pedraza, 1982



SANTA CRUZ: DE LA FIESTA DE PUEBLO A LOS FESTIVALES INTERNACIONALES

Homero Carvalho Oliva

Santa Cruz y los cruceños

Como todos los latinoamericanos, los cruceños somos el resultado de un innegable mestizaje biológico y cultural. Herederos de España y de los pueblos indígenas diseminados en un amplio territorio, el más grande de Bolivia, somos un pueblo enamorado de su tierra. Y como todas las regiones del mundo nuestro Departamento, considerado como un espacio geográfico diverso, por tanto único dentro del territorio nacional, está caracterizado por símbolos, por referencias, por mitos y leyendas, así como por hechos históricos que han definido su impronta regional.

Santa Cruz es la región del calor, de la exuberancia animal y vegetal, de las misiones jesuíticas, del alegre y popular carnaval, de la insurgencia económica y de las mujeres hermosas.

Hasta la segunda mitad del siglo XX el Departamento de Santa Cruz permaneció aislado, olvidado primero por la colonia y luego por la república. La presencia del Estado boliviano era mínima en cuanto a autoridades. Tuvo que ocurrir la trágica Guerra del Chaco (Bolivia - Paraguay) para que la mayoría de los bolivianos descubriera que existían otras regiones además del altiplano y los valles. Fue durante el proceso de la Revolución Nacional iniciada en 1952 que comenzó la denominada "Marcha del oriente" que volcó los ojos de los Andes y del Estado boliviano centralista hacia nuestro territorio, integrándolo al país a través de las carreteras e iniciando el despegue económico con la agroindustria que alcanzaría un desmesurado crecimiento a partir de los años setenta.

Producto de este audaz crecimiento económico mucha gente, tanto de Bolivia como de otros países, se vino al Departamento de Santa Cruz a mejorar su calidad de vida. Se colonizaron amplias extensiones de tierras aptas para el cultivo agrícola y la ciudad de Santa Cruz de la Sierra incrementó notablemente su número de habitantes, pasando de decenas a miles, durante la década del cincuenta, a poco más de un millón según las estimaciones del último censo del año 2001.

Al mestizaje ya existente en nuestra región, mezcla de blancos con indígenas guaraníes, guarayos, chiquitanos y de otras etnias, se suman desde hace medio siglo las grandes migraciones nacionales; cerca de la mitad de la población urbana actual es de origen aymara y quechua. Sin olvidar las migraciones planificadas de japoneses, menonitas y rusos ortodoxos. Todas estas culturas han determinado un pintoresco mosaico regional que se expresa en la vida cotidiana de las ciudades cruceñas. Tal vez con mayor fuerza en la capital del Departamento: Santa Cruz de la Sierra.

Los inmigrantes trajeron, junto a sus esperanzas, sus propias culturas, su lenguaje que sabemos implica una manera diferente de ver al mundo, sus cosmovisiones, sus costumbres, sus danzas y sus comidas. Trajeron lo suyo y dejaron que se fusione o conviva con lo nuestro.

En Santa Cruz, así como nos denominamos "cambas" para identificarnos y diferenciarnos del otro, decimos "collas" a todos los que llegan del altiplano y los valles. En la actualidad la cultura cambia

sobrevive entre las otras y se ha dado lugar a lo “cruceño”. El “camba” es aquel que gusta de bailar un taquirari, de comer un locro o un “majao” y habla con un marcado acento oriental. El cruceño inmigrado o de padres venido de otras partes del país o del mundo no necesariamente gusta de esas cosas; si su ascendencia es “colla” quizá guste de bailar “cullawas” y de comer fricasé. Si es japonés, de las colonias instaladas en San Juan y Okinawa, intentará mantener sus ancestrales costumbres orientales.

Santa Cruz se puede comparar con una mujer hermosa a la que muchos quieren desposar. Las riquezas naturales y paisajísticas han hecho de nuestro departamento un paraíso tropical que enamoran al más indiferente viajero, vecino o natural del lugar. Ahora en pleno siglo XXI cruceños somos todos: los nacidos, los que llegaron y los que vienen. Como yo mismo, soy beniano, criado en La Paz, pero nadie puede decir que no soy cruceño.

Nosotros los cruceños

Los pueblos se definen lucidamente en los poemas, en las melodías y en las creaciones plásticas de sus artistas. Raúl Otero Reiche, el poeta de la selva y quizá el mayor poeta de Santa Cruz, escribió una inspiración titulada “El Trasnochador”, la que cantada por doña Gladys Moreno adquiere dimensiones míticas para quienes conocen esta tierra y sus habitantes. Gladys Moreno es otro de esos iconos culturales que han alcanzado la categoría de mito. “Alegres y bullangueros” nos define la letra de un taquirari, el ritmo regional que nos identifica como los dueños de la fiesta cuando lo escuchamos. Los cruceños somos amables, tal vez un poco exagerados cuando hablamos de nuestra tierra y de nuestras costumbres. ¿Pero quién no lo es?

El cruceño es conversador, extrovertido y orgulloso de su herencia histórica. Nos gusta el carnaval tanto como la buena mesa. Disfrutamos de la compañía de amigos alrededor de un buen churrasco y gustamos de una cerveza fría como un helado refresco de “achachairú”. Uno de los rasgos característicos del ser cruceño es la vanidad que siente por la belleza de sus mujeres, marca registrada en los concursos nacionales e internacionales. Y esa belleza es un rasgo más de la diversidad cultural, blancas, morenas, mulatas y negras, la mujer cruceña es bella por naturaleza, basta mirarla andar para enamorarse de ella.

Sin embargo, producto del mestizaje cultural, como ya lo hemos advertido, el cruceño no posee una cultura homogénea. Todavía son evidentes las diferencias campo-ciudad y es simpático ver en las ciudades a familias de menonitas y/o rusos ortodoxos caminando por las calles con sus overoles azules los hombres y sus amplios y coloridos vestidos de faldas largas las mujeres. Tampoco es difícil ver, especialmente por la Catedral de San Lorenzo de Santa Cruz de la Sierra, a grupos de aborígenes ayoreos junto a indígenas del norte de Potosí.

Mosaico cultural

La diversidad cultural es evidente en cada provincia del Departamento de Santa Cruz. En los valles mesotérmicos se habla un castellano castizo y anacrónico con influencia del quechua. El vallegrandino, como se identifica a los habitantes de esa región dividida en varias provincias, posee un gran sentido del humor y es coplero, gusta del maíz y de las recetas de cerdo en todas sus variedades, baila y canta huayños con una destreza sin par.

Los chiquitanos son los orgullosos descendientes de las etnias catequizadas por los jesuitas cuyos antepasados fundaron las Misiones de Chiquitos, que han sido honradas como Patrimonio Cultural de la Humanidad. La zona de Guarayos, denominada así por la etnia dominante en la zona se caracteriza

por poseer unos de los paisajes más hermosos del territorio cruceño con lugares y poblaciones de nombres misteriosos y poéticos como Yaguarú y Urubichá.

El Chaco es otra historia, pues se trata de una región geográfica y cultural que abarca también los países de Argentina y Paraguay. En Bolivia tres departamentos comparten el Chaco: Chuquisaca, Tarija y Santa Cruz. El chaqueño derrocha humor y no pierde su identidad cultural así esté en la luna de Paita. Esos mosaicos se constituyen en partes indisolubles del gran mural de la cultura cruceña, una cultura hecha de otras culturas.

La Fiesta Grande

El festejo es uno de los símbolos cruceños. Somos alegres y por lo mismo buscamos pretextos para celebrar, todos los pretextos son buenos: bautizos, cumpleaños, aniversarios institucionales y deportivos, homenajes, efemérides cívicas e históricas, partidos de fútbol, elecciones, incluso en la fiesta de Todos Santos donde los cementerios se convierten en macabros espacios de festejos con los muertos.

Pero la Fiesta Grande es el Carnaval. Si bien es cierto que se lo celebra en todo el país y en muchos otros del mundo, en Santa Cruz cobra dimensiones pocas veces vista en este tipo de algarabías colectivas. En otros lugares como Río de Janeiro el baile organizado es la característica principal, en Oruro la entrada folclórica es famosa por sus fraternidades integradas por expertos bailarines, “diablos”, “tobas” “morenos” y... en Santa Cruz el Carnaval somos nosotros mismos.

La capital cruceña debe ser una de las pocas ciudades del planeta en las que se cierran grandes extensiones de la urbe para que la gente pueda divertirse. La diversión carnavalera para nosotros significa mojarnos con agua, con alcohol, ensuciamos con pinturas, talco y betún, bailar con musicones y bandas. Y todo eso en la calle y en las avenidas, en los patios y en los canchones, mezclados, irreconocibles, juntos y revueltos.

¿Hacia dónde vamos?

La ciudad de Santa Cruz de la Sierra hoy está por encima del millón de habitantes. Durante los últimos cincuenta años Santa Cruz de la Sierra, la ciudad capital pasó de ser un pequeño pueblo a una gran ciudad aunque recién esté adquiriendo la apariencia que caracteriza a las grandes urbes: amplias avenidas, restaurantes, teatros, zonas rosas y otros complejos urbanísticos.

Gabriel García Márquez, un escritor muy apreciado por estas tierras del cacique Grigotá, dice: “A una ciudad, a veces, más que su fabulosa aglomeración de casas, de gente y de problemas, la define una mujer hermosa”. Si le vamos a creer, entonces Santa Cruz de la Sierra es una ciudad bellísima, porque en Bolivia nadie duda de que las mujeres más hermosas del país estén en nuestro Departamento. Sin embargo, los cruceños sabemos que aún nos falta mucho para llegar a ser la ciudad que queremos ser. Esa ciudad que, como dice Italo Calvino, como los sueños, esté construida de nuestros deseos y de nuestros miedos,

Así como somos campeones para organizar concursos de belleza, las malas lenguas dicen que hay reinas para cada día, también lo somos para organizar festivales culturales internacionales como los de Música Barroca, el de Teatro y del Cine. La actividad cultural cobra cada día mayor fuerza en la ciudad capital y ya, también se habla de un “boom” de las artes plásticas, como de la literatura cruceña. Fenómeno cultural que se inició en la década de los ochenta y que ahora tiene a connotados pintores, escritores y poetas bolivianos entre los más representativos.

Ya se ven grandes complejos comerciales y el pueblo de otrora está perdiendo su identidad entre tantos supermercados, estaciones de servicios, cadenas de comida rápida y vendedores ambulantes. Nos hemos alejado en el tiempo de la aldea rural pero nos hemos acercado peligrosamente a la aldea global. Los anillos siguen creciendo y la gente sigue llegando...

Andrés Caicedo, personaje de mi novela inédita "El árbol de la locura", define a Santa Cruz de la Sierra de esta manera: "Nos creemos habitantes de las ciudades sin sospechar siquiera que son ellas las que nos habitan. Creemos que las construimos a nuestra imagen y semejanza y lo cierto es que ellas, urbes inmemoriales, nos permiten construirnos al interior de sus cuerpos. Si somos de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, cruceños nos decimos. La ciudad nos da su nombre y nos identifica como suyos. La vida que nos puebla en las ciudades es tanto la de ese distante pueblito que crearon nuestros antepasados como la de aquella metrópoli imaginada por quienes siguen naciendo día tras día. La nuestra, a diferencia de otras ciudades, que se fundaron sobre antiguas civilizaciones o sobre alguna etnia local, fue fundada por caminantes y aventureros y eso nos dio el carácter trashumante que hizo que se trasladara tres veces. Es la ciudad errante en busca de sí misma porque está perdida y seguirá buscándose hasta que se encuentre en los pensamientos de sus propios habitantes. De los trotamundos heredamos el espíritu alegre y bullanguero que nos hace dueños de la fiesta. El acta de nacimiento de Santa Cruz de la Sierra dice que fue creada para "desencantar la selva", quizá como "pascana" de descanso para buscar ciudades doradas y reinos de esmeraldas. Por eso los que siguen llegando creen que van a encontrar la América entre nuestras calles. Vienen de todos lados, de adentro y de afuera de Bolivia trayendo sus sueños y sus pesadillas, sus amores y desamores. Santa Cruz de la Sierra posee nombre y apellido y, aunque tenga más de cuatrocientos años, aún es la adolescente que sueña en convertirse en la más espectacular y hermosa de todas las ciudades, por eso se pone encima todo lo que encuentra. Es la joven coqueta que se siente orgullosa de sus senos que emergen desafiantes, de su frondoso vello púbico que puebla la entrepierna y de sus siderales nalgas que se moverán al ritmo de los tiempos. Pronto crecerá y encontrará su personalidad definitiva. Si para el extravagante poeta Jaime Sáenz, el tótem literario paceño, el aparapita es la imagen de la ciudad de La Paz, libre y misterioso soñando con su alma aymara, para nosotros Santa Cruz de la Sierra es una mujer joven y desafiante que sueña con su alma mestiza. Si para Sáenz en una ciudad sin cerros no vale la pena vivir, para nuestro poeta Raúl Otero Reiche no vale la pena vivir en una ciudad sin selva, sin ríos, sin el verde que es el color de la esperanza. La historia de la ciudad está poblada de recuerdos antiguos y nuevos, de anécdotas casuales y de pequeños y cotidianos heroísmos, de referencias rurales y urbanas, de una cultura citadina que irrumpe impetuosa con las últimas generaciones y proyectan la madurez espiritual para que cuando dejemos de hacernos, seamos ciudad".

Los cafés y los símbolos urbanos

Las ciudades están marcadas por referencias urbanas. Monumentos, casas, calles, parques y paseos que configuran un ethos ciudadano. La capital cruceña ha ido creando estas referencias desde su plaza principal misma, la Plaza 24 de Septiembre. Algunas referencias ya son simplemente un recuerdo como la desaparecida confitería "La Pascana", donde la gente se daba cita a tomar café y conversar, y que estaba en una esquina de la Plaza 24 de Septiembre, cuyos parroquianos multiplicados por miles se han trasladado a los cafés de la avenida monseñor Rivero. Estos cafés que aparecieron con el tercer milenio le cambiaron definitivamente la cara a la ciudad y al ritmo de vida de la sociedad cruceña.

Si hemos comparado a la ciudad con una mujer diremos, entonces, que ella se pasea por este bulvar concentrando las miradas a su andar, siguiendo sus pasos que mueven el mundo hasta que se pierden

por las aceras. Acerca de las referencias vivas que orientan a la población y a los turistas podríamos mencionar al Parque Arenal, el avión Pirata (una verdadera aeronave de los años cincuenta en pleno centro ciudadano), el Cristo, la Madre India (quizá el monumento más hermoso de la ciudad), el barrio Equipetrol, lugar de encuentro de los jóvenes y del “pirañee” (contacto visual y piropos). El mercado siete calles y las cabañas del río Pirai.

La ciudad y las artes

Es a finales de los años cincuenta que empieza el despegue artístico y cultural de Santa Cruz, y lo hace como reflejo de los procesos políticos y económicos que vivía el país en general y el Departamento en particular. Este desarrollo se da primero en las artes plásticas, el teatro popular y la música, según lo constató el equipo que tuvo a su cargo organizar la investigación “los cruceños y la cultura” que fue publicada en 1990.

Dicen que fue en 1958 cuando se dio la primera exposición pictórica en la que participan los jóvenes pintores Tito Kuramoto, Marcelo Callaú y Herminio Pedraza, que luego se convertirían en la vanguardia plástica cruceña. Jorge Rózsa, un artista nacido en Budapest, Hungría, tendrá gran influencia sobre esta generación a los que hay que agregar a Carmen Villazón, Olga Rivera, Heberth Román y otros como el muralista Lorgio Vaca. Recién en el 1973 se realiza una muestra con la obra dispersa del pintor Armando Jordán, uno de los símbolos de las artes plásticas, un pintor que en su estilo ingenuo plasmó al ser cruceño, sus costumbres y la forma de vida de la primera mitad del siglo XX.

Y así como Santa Cruz de pronto tuvo un desarrollo explosivo (demográfico, económico), el arte en la ciudad también muestra un despegue sin precedentes, una ebullición de la que brotan propuestas artísticas interesantes, atrevidas, llenas de coraje y de un espíritu renovable. Lo que el arte hace es legitimizar una situación. Al tener este fin, “siempre va a tener una respuesta a un contexto social que nos afecta a todos”, nos dice Roxana Moyano desde el Centro Cultural Simón I. Patiño, y explica que el momento que se está viviendo es interesante para Santa Cruz, “porque la región ha sacado en alto una identidad: la identidad oriental, del cruceño. Ese es el discurso. Entonces lo que hace el artista cruceño es mostrar los elementos sociales por los que nos reconocemos”.

Entre la generación fundadora, como la podríamos llamar, y la actual, tenemos que mencionar a Raquel Schwartz, Ejti Stih, Juan Bustillos, Romanteh Zárate, Ricardo Jordán, Valia Carvalho, Ciro Paz, Roberto Valcárcel, José Bayro, Carolina Sanjinés, Ramiro Cucaracha y otros, muchos otros, especialmente jóvenes que ya empiezan a destacarse en el mundo de los pinceles, las instalaciones y los *performances*. Mención especial para la Bienal de Artes Plásticas que se realiza desde hace más de 30 años. Un evento que de ser meramente local ha franqueado su paso hacia lo nacional y lo internacional.

La música es algo esencial para el cruceño; la banda, como ya lo dijimos, forma parte de la vida del cruceño y el Carnaval es su fiesta grande. Si hablamos de música no podemos dejar de hablar de Gladys Moreno, una voz privilegiada, de esas que nacen cada mil años en los pueblos, ahora hay otras voces como las de Gisela Santa Cruz, Avenir Chavarria y otras que nos hacen pensar en una supremacía femenina en la interpretación.

Hasta hace unos años existía el Festival “Sombrero ‘e sao” que pretendía incentivar la música folclórica; hoy es famoso en el mundo entero el Festival de Música Barroca y Renacentista, que ha creado una nueva apreciación musical y hasta ha transformado la cultura de varias de las misiones jesuíticas revalorizando sus imaginarios colectivos.

Hay festivales todo el año, estudiantiles, universitarios, provinciales y profesionales como el Festival Internacional de Teatro que ya lleva siete versiones. Este festival internacional, creado por Maritza Wilde, continuado por René Hohenstein y APAC, que cada año convoca a elencos de todas partes del mundo y gracias a la gente de APAC que lo organiza, hemos podido admirar y disfrutar a algunas de las mejores obras de todo el mundo. APAC merece un especial homenaje en el quehacer cultural de la ciudad y el Departamento, pues gracias a gente como Marcelo Araúz, Cecilia Kenning, Alcides Parejas y otros amantes de las artes contamos con grandes festivales.

Para confirmar la preferencia cruceña por el teatro bastaría con destacar la existencia de la Escuela Nacional de Teatro que forma actores de todo el país y también de otros lugares de Latinoamérica. Paola Iporre, en un reportaje sobre este tema, publicado por la revista “Vamos”, bajo el título de “Nuestro teatro se profesionaliza”, expresa: “el movimiento teatral está en un proceso de fortalecimiento cada vez mayor. Es así que en los últimos años los cruceños estamos siendo testigos de un avance significativo en las tablas, que muestra una profesionalización de las actuaciones y una reacción ante las falencias que se revelan debido, justamente, a estas nuevas exigencias del teatro, más calificado”.

En ese mismo reportaje Marcelo Araúz, afirma que “si hablamos del tipo de teatro que se desarrolla en Santa Cruz, un género en particular salta a la vista: la comedia. “La cultura es un hábito, y somos una sociedad muy acostumbrada a que no nos hagan pensar, entonces todo lo que nos divierte y nos hace reír es bienvenido” y el actor y director Porfirio Azogue señala que “a Santa Cruz le falta contar sus propias historias”.

Herman Fernández escribió: “Un día tendremos que dar muestras verdaderas de gratitud a nuestros poetas y escritores, cuya existencia casi siempre azarosa hizo posible descubrir en los llanos esa especie inesperada que ahora empieza a asombrarnos: el cruceño”. Yo creo que la generosa profecía de Fernández se hace evidente para todas las actividades artísticas. La queja de que “la literatura oriental sigue siendo una estampa postal llena de colorido, donde la naturaleza y el paisaje se convierten en tema favorito que se explota al máximo como busca de identidad en los orígenes y efectos telúricos primitivos” dejó de ser tal y ha dado paso a una literatura cosmopolita. Así como la preocupación de Oscar Zambrano de que la clase media no ha producido sus literatos porque la “literatura nacional todavía no ha reflejado esta situación y los conflictos que ella produce” ya ha quedado en el pasado. Ahora, en Bolivia y en Santa Cruz de la Sierra, existen escritores que expresan a esa clase media de una manera sensual, erótica, lúdica, siniestra, cruel, sublime, en fin, de manera literaria.

Para contextualizar diré que con la recuperación de la democracia se ampliaron los espacios de discusión social y diálogo cotidiano generando nuevas corrientes de pensamiento. Si antes algunos escritores estábamos tremendamente comprometidos con los procesos políticos y nos sentíamos obligados a recoger las demandas de la sociedad, en la década de los noventa nos alejamos de esta posición y dejamos que sean los mismos políticos y los medios de comunicación quienes retomen su rol como interlocutores válidos entre la sociedad civil y el Estado. Durante la década del ochenta surgió, en el país, una narrativa que tendía a ocuparse, tanto en lo formal como en lo temático, de aquello que no formaba parte del ámbito discursivo de lo social-político que fue la razón y el corazón de la literatura de los setenta. Una muestra de la literatura de los años de la dictadura se encuentra en la antología de cuentos “El Quijote y los perros”. A partir de entonces los escritores volcaron su mirada a lo marginal, donde lo “grotesco”, según el crítico Javier Sanjinés, se hacía evidente.

En los últimos cinco años, debido a la intensa actividad editorial y a la aparición de nuevos autores, se ha venido hablando de un “boom” de la narrativa boliviana. A la presencia, en Bolivia, de sellos editoriales internacionales como “Alfaguara”, hay que sumarle los nacionales como “La Hoguera”, “El País”, “Gente Común” “Nuevo milenio” y “Plural” que vienen apostando por nuestros autores, con la misma seriedad con la que lo hiciera hace algunos años “Los Amigos del Libro”.

En la actual narrativa oriental, se siente una preocupación mayor por el lenguaje y la expresión literaria es fundamental para el autor, llegando muchas a veces a tomar espacios eminentemente poéticos. Esta búsqueda del lenguaje ha implicado, necesariamente, una profundización del sentido del texto. En muchas de las obras publicadas se puede evidenciar que lo real maravilloso y el realismo mágico todavía son utilizados con solvencia en obras de marcado tono realista.

Como en toda literatura moderna la nuestra registra las particulares visiones y cosmovisiones de sus autores, evidenciando las contradicciones sociales así como las de la pareja y la familia. Hay autores que, también, penetran, indagan -meten la daga- en el cuerpo, en el mundo sórdido de las pasiones secretas. Muchos juegan con el humor, el sarcasmo y la ironía haciendo gala de conocidas técnicas narrativas o experimentando con otras. Se echa mano a la intertextualidad y al uso de otros idiomas. Sin embargo, no se desecha la incorporación del habla popular como una forma de subvertir el habla académica o los lugares comunes de cierto lenguaje literario en desuso.

Según Claudia Bowles, en un breve ensayo publicado por la célebre revista Proa, fundada por Jorge Luis Borges y editada en Buenos Aires, “ la nostalgia por la Santa Cruz aldea, la de los tipos y leyendas, la de los cuadros de costumbres (Alfredo Flores) o los balcones y serenatas (Raúl Otero) fue poco a poco quedando atrás y sólo pervive en algunos textos ya como un tópico o como un tratamiento lingüístico que le da otra dimensión” y luego afirma que “de la misma manera en que sabemos que ya no es la clase media ilustrada europea la que porta la cultura, que ya no existen culturas metropolitanas y mucho menos culturas homogéneas; así como sabemos que la historia se ha vuelto universal y por ello todos somos excéntricos, así la literatura cruceña es producto, también, de ese descentramiento de los focos de cultura nacionales, y alcanza sentidos cuando se aproxima a lo universal, a lo cotidiano, liberándose de llegar a construir un sentido de pertenencia territorial, geopolítico e, incluso, de construir una tradición literaria...”

La anterior cita corresponde a la presentación que hizo Bowles de catorce escritores que fueron publicados en Proa, por iniciativa de “Arte poética e integración”, una instancia cultural dirigida por Gigia Talarico y Juan Murillo. Entre los autores, que representan a Santa Cruz en esa publicación, podemos nombrar a Blanca Elena Paz, Luis Andrade, Gigia Talarico, Gustavo Cárdenas, Giovanna Rivero, Paz Padilla, Aníbal Crespo, Oscar Barbero y Centa Reck, entre otros, a los que había que sumar los nombres de Pedro Rivero, Wolfgang Montes, Alcides Parejas, Ruber Carvalho, Gringo Bendek, Eugenio Verde Ramos, Osvaldo Ramos, Biyú Suárez, Angélica Guzmán. Entre los jóvenes se destacan Roger Otero, Maximiliano Barrientos, Pablo Carbone, Oscar Gutiérrez, Paola Senseve, Edson Hurtado y muchos otros con quienes está asegurada la renovación literaria.

Existen también iniciativas alternativas como “Nicotina cartonera” que publica poemas de jóvenes autores como Albanella Chávez y fusiones de música y literatura como la de “Sobrevolando el vaginario”. La literatura que se escribe por estos lados es uno de los espacios narrativos más interesantes y ricos en el panorama nacional. Así lo reconoció el novelista y poeta Jesús Urzagasti en una entrevista. Creo que hemos encontrado nuestra identidad literaria al mismo tiempo que nuestro lenguaje.

Palabras finales

Antes del final habría que mencionar que la actividad audiovisual y cinematográfica, desde la época de Safipro y las producciones artesanales de Diakonía, se ha renovado con artistas como Rodrigo Bellot, cuyas realizaciones son por lo menos polémicas y, entre otras, la presencia de Jorge Arturo Lora, tanto actor como director y la del escritor Paz Padilla. Tampoco puedo dejar de mencionar a Ariel Gamboa, director del Festival Iberoamericano de Cine que ya lleva once versiones anuales con comprobado éxito en películas, actores, directores y público.

El Departamento, la ciudad capital, y sus habitantes transmiten una sensualidad pocas veces vista y sentida en una ciudad boliviana, tal vez sean el calor, el cielo claro y transparente. Tal vez las sonrisas, la manera de hablar, de reír. La extraordinaria belleza de nuestras mujeres. Tal vez sean el paisaje, las flores, el verde, las ganas de vivir y de trabajar. Tal vez sea Santa Cruz y nosotros que la vivimos. En resumen: el movimiento artístico y cultural en Santa Cruz de la Sierra, especialmente, es intenso, provocador, rebelde y hasta caótico como la ciudad misma.

2010

Revista Nacional de Cultura, Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, La Paz, enero 2010.



Miss Santa Cruz, carnaval 1942

ATREVERSE A SOÑAR

Edson Hurtado

En el crepúsculo primaveral de un pueblo que aparenta ser ciudad, y que en lo más profundo sueña con convertirse en una metrópoli, me atrevo también a soñar y desear.

Recorriendo las calles en donde el asfalto no ha cambiado las conciencias, sigo enamorado de la señora que en la esquina me vendía alfeñiques cuando pasaba a la escuela, y que con su mirada entendía mis pregones y mi rebeldía.

Sigo engatusado con las serenatas de esa lunita camba que aún hoy se niega a desaparecer, y de esas voces que conservan la nostalgia de un tiempo ido, más no olvidado. Mientras camino creo volver a oír al opa de mi barrio que anunciaba la llegada del Gran Inquisidor y al que tantas bromas pesadas le gastamos. Ese opa era un sabio y, sin embargo, nunca lo entendimos. Mi madre, que siempre fue buena con todo el mundo, decía que la inocencia que logra perdurar en una persona, es como la primera flor de aquel toborochi enamorado que regala sus flores a quien las recoja.

Pero todos sabemos que los sueños que se cuentan no se cumplen, y que en la magnificencia del deseo perdura, por siempre, ese anhelo que una vez quiso ser en lugar de aparentar. ¿Qué dirá la señora Gladys, que desde donde se encuentre, le sigue cantando a Santa Cruz? Quizás espera a que algún día, no muy lejano, entendamos la magia de la música que esta ciudad nos ofrece en cada esquina, en cada amanecer. Quizás sólo aguarda a que nos unamos en su canto, a que creamos en nosotros y apreciemos cada una de nuestras melodías. ¿Y qué diremos nosotros, si mañana nos vuelve a encontrar el futuro ejerciendo la futilidad de una vida sosegada y sin horizonte?

Tal vez hubiéramos preferido que más niñas sueñen con ser poetisas, que las modelos coman majadito, que los rockeros sean la voz del pueblo, que los intelectuales no pasen por el embudo del mercado. Quizás hubiéramos construido más bibliotecas y menos discotecas, más guarderías y menos avenidas. A lo mejor nos hubiéramos animado a bailar bajo la lluvia pensando que el *progreso* puede ser parte del ritmo, pero no de toda nuestra canción.

Y bajo esas palmeras, a media tarde, antes de los horneaus, hubiéramos suspirado por el verde y por el azul, por el motacú y el jazz hecho en Santa Cruz. Esta ciudad errante que corre por las autopistas del futuro tiene miedo de perderse, y por eso mismo se busca, se confronta, se reconoce, se aleja y se acerca a sí misma sin saber muy bien por qué. Esta ciudad en construcción es el paraíso de algunos y el infierno de otros, pero es el lugar en donde la vida tiene oportunidades para quien se aviva en medio de la hipocresía, las logias y los entuertos de la televisión.

Tal vez el ánimo de la ciudad tenga razón, tal vez ésta es una ciudad en construcción, una ciudad errante. Y nosotros, habitantes desolados y desconcertados, seguimos junto a ella, tratando de encontrar el rumbo, el horizonte, el camino para lograr que esos sueños, vapuleados por la política y la economía, puedan, de algún modo y en algún momento, en algún tiempo, florecer con el optimismo de nuestros corazones.

2010

HABLEMOS DE CIUDADANÍA

Paola Iporre Kalteis

Al cruzar una avenida con el Jesús en la boca, al sentir que se nos eriza la piel sólo de pensar que ya nos toca renovar carnet, al apretar el paso si caemos en una calle desierta o al aferrarnos a nuestras pertenencias cuando pasamos por algún conglomerado de gente... nos damos cuenta de que nuestra tan querida y piropeada Santa Cruz no es sino todo lo contrario al paraíso donde todos queremos (y creemos) vivir.

Tráfico caótico, corrupción, inseguridad, suciedad, la lista es larga. Y ahora que empezamos el mes con promesas de cambios y mejoras por parte de las autoridades que asumirán la nueva gestión administrativa de Santa Cruz, no hacemos otra cosa que soñar con que todo cambiará, con que tales promesas se vuelvan realidad.

Por supuesto las tareas que tienen estos nuevos administradores son muchas, y sin dudarlo difíciles; lo malo es que probablemente no puedan cumplir ni con la mitad de lo prometido (por ineficiencia, por falta de organización, por intereses propios, por falta de visión o por lo que sea). No sería nada nuevo, ninguna sorpresa... ¿Qué haremos nosotros los ciudadanos entonces?, ¿llorar nuestra desilusión?, ¿patalear por la impotencia?, ¿salir a las calles y reclamar a gritos?, o quizá, simplemente, nada, aceptar que las cosas son así.

El diccionario de la Real Academia de la Lengua define 'ciudadanía' como el conjunto de ciudadanos de un pueblo o una nación; la cualidad y el derecho del ciudadano; y el comportamiento propio de un buen ciudadano. Entonces, ser ciudadano ¿qué implica?

La primera definición nos dice que como conjunto de ciudadanos perdemos nuestra individualidad y nos convertimos en masa. Debe ser por eso que cuando nos encontramos en medio de un tráfico insufrible producto de la mala organización vial y el pésimo servicio de transporte público, nos sumamos a la ira colectiva y lanzamos todo tipo de improperios a la vez que le subimos el volumen a las bocinas, dejando a un lado nuestra individualidad tolerante y educada.

La segunda definición nos otorga la potestad de levantar el dedo acusador y buscar culpables cuando las cosas no andan bien, así que lo hacemos: la culpa de todo la tienen las autoridades que no cumplen con sus funciones.

Y la tercera, sencillamente, sólo nos plantea interrogantes: ¿soy un buen ciudadano?, ¿cuál es el comportamiento de un buen ciudadano?, ¿cómo se logra ser un buen ciudadano?, ¿quién es el responsable para que todos nos convirtamos en buenos ciudadanos?

Quisimos dar respuestas a estas preguntas y salimos a las calles a buscarlas con espejo en mano (unas encuestas), para que nuestros consultados, todos lectores de "Vamos", puedan decirnos lo que ven en el reflejo... los resultados mostraron que efectivamente los cruceños (ojo que nos referimos por igual a los nacidos en esta ciudad y a los que viven en ella) no tenemos los hábitos que debe tener un buen ciudadano.

Como ejemplo, el 56% de los consultados aceptó que alguna vez le dijo a alguien ‘colla e mierda’ y el 42% también insultó con un ‘camba e mierda’; paradójicamente el 89% aseguró que no es racista. El 62% de las personas que contestaron nuestra encuesta confesó haber consumido bebidas alcohólicas en las calles a pesar de las normativas que lo prohíben, y un porcentaje sólo un poco menor dijo no haber querido recibir factura para así pagar menos. El 50% fue sincero y contó que alguna vez se pasó el semáforo en rojo, y otro tanto contestó que insultó al conductor de a lado o estacionó donde no debía. Finalmente, más del 70% dejó claro que considera la falta de educación ciudadana como el mayor problema de nuestra ciudad.

Entonces, lo tenemos claro, no somos buenos ciudadanos, por lo menos en base a las opiniones de nuestros lectores. ¿Qué podemos hacer al respecto?

“Cuando hablamos de ciudadanía no nos referimos a un bollo de personas nomás. La ciudadanía es gente que hace uso de la ciudad -que no es lo mismo que hacer abuso-, para lo que primeramente ha desarrollado amor y cariño por ella... eso que está tanto en nuestros más antiguos versos (el cruceño es tolerante, hospitalario, etc.)”, dice José Antonio Prado, del Centro de Estudios para el Desarrollo Urbano y Regional, Cedure, como introducción al tema de la ciudadanía, o en todo caso a la educación ciudadana, tan necesaria para que todos los habitantes de esta ciudad convivamos en armonía y respetándonos unos a otros.

En nuestra búsqueda de respuestas también nos reunimos, alrededor de una mesa redonda, con ciudadanos comunes y corrientes elegidos casi al azar, para conversar sobre estos puntos y entender un poco lo que ocurre a nuestro alrededor. De esta deliberación de ideas rescatamos las palabras de Fernando Figueroa, un sociólogo de 32 años, que dice que en Santa Cruz las normas son muy débiles o no existen, no porque no estén escritas, sino porque no las conocemos. “Cómo quieres que yo ejerza mis derechos y mis obligaciones, si no los sé, si sólo están en un papel... Lo que pasa es que no nos enseñan algo tan fundamental como ser ciudadano”, afirma.

Según sus palabras, Santa Cruz es una ciudad de 40 ó 50 años que se planifica hace 30, pero que tal planificación ha sido incoherente con la realidad ya que el crecimiento demográfico sufrido sobrepasó las proyecciones estimadas debido a la migración. “Santa Cruz se planificó considerando que hasta el año 2000 iba a tener 300.000 habitantes, no el millón y cuatrocientos mil que tiene ahora”, dice.

Entonces se entiende que la convivencia entre ciudadanos de pronto se haya visto violentada, dejando a la vista la incapacidad de configurar una estructura y una conciencia urbana acorde con la realidad que vivimos. Al respecto, Fernando Prado, urbanista, arquitecto y director del Cedure, nos comenta: “Nuestra cultura individualista y de pueblo no se ha podido adecuar a las necesidades de una gran ciudad. Entonces estamos sufriendo las consecuencias de nuestro propio comportamiento y las del aparato administrativo, que tampoco está en condiciones de controlar los hechos”.

Probablemente un primer paso para lograr una ciudadanía educada sea el comprender que en Santa Cruz no existe una única cultura ciudadana, en el sentido de que aquí concurren diferentes cosmovisiones. El ingeniero civil Stefano Coutand, reflexiona sobre esto: “Es que si hablamos de lo que es aprender a ser ciudadano, hay que entender que primero tenemos que tener una base. Pero lo que pasa en Santa Cruz, creo, es que esa base está totalmente tergiversada o, en todo caso, hay dos o tres bases completamente independientes una de otra. No compartimos la misma idea de lo que es ser un buen ciudadano. Hay que aceptar que la población utiliza la ciudad de diferentes maneras: hay quienes la utilizan para hacer

negocio, que utilizan las veredas para poner su taller o vender su comercio, o quienes utilizan las calles para asaltar (que al final para ellos resulta un negocio)”.

“El espacio urbano finalmente no llega a cuajar como tal, no es un espacio donde todas las personas podemos interactuarnos de forma relativamente sana y amistosa, sino que resulta un mero instrumento de extracción de riqueza: desde el pequeño ambulante que vende panchitos o fridositas en cada esquina, o incluso en media calle, hasta aquel gran empresario que lo único que le interesa es invertir para conseguir un rédito”, agrega Santiago Terceros, un joven de 27 años formado en ciencias políticas y sociología. “El punto es encontrar el ‘cómo’ de que la visión meramente utilitaria que tiene la mayoría de la población sobre la ciudad, se compagine con una visión más ética y estética, para tener una ciudad linda y agradable, y donde a la vez nos respetemos unos a otros”, señala.

¿Se está trabajando para encontrar ese punto de convergencia tan necesario?, ¿qué están haciendo nuestros gobernadores al respecto?, ¿existe un plan de educación ciudadana que tome en cuenta las diferentes visiones de la gente que habita esta ciudad y las necesidades de convivencia pacífica?

“En Santa Cruz está haciendo falta integración y trabajo de las autoridades con la gente, porque siguen haciéndose obras con un fuerte tono paternalista. Está faltando esa relación. Está faltando que la alcaldía sea gobierno y no sólo una ejecutora de obras públicas, y que sea gobierno con la gente, porque la gente no se siente parte del desarrollo de la ciudad”, dice Fernando Prado, como una firme crítica a la permanente construcción física de la ciudad que deja a un lado el factor social y el concurso de la ciudadanía.

Infraestructura vs. ciudadanía

“Yo podría resumir mi expectativa, mi sueño, en que la Santa Cruz del siglo XXI debería ser una ciudad de personas y no de vehículos”, dice José Antonio Prado cuando se le pregunta cuál es la Santa Cruz de sus sueños. “Si seguimos en el tren de abrir cada vez más espacio a los vehículos para que las personas que manejan puedan llegar más rápido y más lejos, y por lo tanto cerrándole cada vez más el paso a los peatones, a los niños, a los ancianos, a los minusválidos, a los seres humanos en general, entonces estamos mal”, comenta, y sueña: “Se tendría que empezar soñando con que el alcalde y sus principales oficiales se abran a lo que los ciudadanos opinan. Si hubiera interés por parte de los funcionarios por saber lo que piensa la ciudadanía, el paso siguiente sería redefinir las prioridades”.

Ese cambio de prioridades del que nos habla debería consistir en ya no destinar el mayor porcentaje del presupuesto anual al pavimento, sino a campañas permanentes y sostenidas de educación ciudadana. “Solamente dentro del segundo anillo se pintan las rayitas de las avenidas, se repinta, se resella, se vuelve a pintar, se cambian los semáforos... pero todo dentro del segundo anillo donde viven aproximadamente 65.000 personas nada más. Afuera del cuarto anillo vive millón y medio, pero ahí no se pone ni un letrero”, señala, dejando claro que de nada sirve, o incluso es peor, si se dota de infraestructura pero no se educa a la ciudadanía sobre cómo dar buen uso al espacio público. “No se nace sabiendo vivir en una ciudad. No podemos pretender que una persona que llega de provincia sepa de la noche a la mañana cómo cruzar una avenida de alto tráfico o que se dé cuenta del perjuicio que ocasiona al parar un micro en medio de la calle. ¿Acaso no es seguridad ciudadana también poder cruzar una avenida sin arriesgar la vida?”, reflexiona.

El debate sobre este tema es largo, minucioso y preocupante, sobre todo cuando llega el momento en el que te das cuenta que la convivencia amigable que se necesita con tanta urgencia en Santa Cruz

depende tanto del gobierno como del ciudadano, de la relación armoniosa de ambos, de la entrega incondicional de ambos, pero que ninguno está haciendo lo suficiente por demostrar, con la mano en el corazón, cuánto quiere a esta 'bella' ciudad que nos cobija. Mientras las autoridades no reflexionen y actúen de cara a este tema tan importante, nosotros, queridos lectores, tenemos la tarea de pensar, soñar y actuar como 'buenos ciudadanos'. ¡Hagámoslo!

Nueva agenda urbana

Recientemente fue presentado el libro que recoge los resultados del IX Foro 'La nueva agenda urbana para el siglo XXI', organizado por el Cedure, durante el cual se analizaron los diversos problemas urbanos que aquejan a la ciudad. Por ejemplo, se destaca que los cambios que se están produciendo en la estructura urbana de Santa Cruz no son estrictamente económicos, sino también sociales, culturales y políticos; se apunta que existen nuevas élites urbanas, con su propia cultura, su propia visión política y sus propios intereses, que están surgiendo sobre la base del control casi monopólico de actividades tan importantes como informales, tales como el comercio, el transporte y la actividad inmobiliaria. Estas nuevas élites, de origen popular y/o migrante, no tienen todavía su propio proyecto de ciudad, pero sin duda no comparten la visión de las élites tradicionales.

Así también se señala que la necesidad de educación y formación del ciudadano es transversal a todos los programas y políticas que se planteen, ya que si no se cuenta con la adhesión voluntaria de los ciudadanos no se podrá garantizar éxito alguno. Como conclusión, se plantea trabajar sobre seis visiones o paradigmas para la planificación estratégica de Santa Cruz, de los cuales resumimos algunos a continuación.

Ciudad saludable:... Y ambientalmente amigable, que supere el concepto de atender sólo enfermedades (destinando presupuesto únicamente para hospitales), sino que vele porque la ciudad tenga aire puro, espacios para el deporte y calles seguras.

Ciudad educadora: ...creativa y de la equidad, que promueva la cultura de la convivencia, en el marco de la interculturalidad, y disminuya la exclusión, la pobreza y falta de oportunidades. Que estimule el crecimiento de las personas.

Ciudad productiva y competitiva: Que integra lo local con lo global, pensando en la Santa Cruz moderna sin olvidarse de la economía popular-informal que también genera ingresos y que puede ser económicamente sostenible si se la acepta y apoya como una realidad económica y humana.

Ciudad planificada: Que ha logrado construir una visión común que se expresa en un proyecto colectivo en base al cual define sus objetivos. Requiere de una gestión con mucho peso político y gran apoyo ciudadano porque involucra grandes intereses económicos, políticos, corporativos y gremiales.

2010

Revista "Vamos", N° 26, abril de 2010, Santa Cruz.

CRUCEÑOS ILUSTRES

Gabriel René Moreno: Poeta, polígrafo. Nació en Santa Cruz el 6 de febrero de 1834. Vivió la mayor parte de su vida en Chile. Su obra literaria es meritoria y dio esplendor y jerarquía a las Letras Bolivianas. Escritor castizo y ameno. Figura cumbre de las letras castellanas, murió en Valparaíso el 28 de abril de 1908.

Manuel Ignacio Salvatierra: Jurisconsulto. Fiscal General de la República y Ministro de Estado.

General José Miguel de Velasco: Presidente de la República por cuatro veces; tres, fue llamado por Asamblea Legislativa. La espada de este insigne militar siempre estuvo al servicio de la Ley.

General Agustín Saavedra Paz: Figura prócer de la nacionalidad, actuó brillantemente en las batallas de Ayacucho, Socabaya, Yanacocha e Ingavi, mereciendo por sus relevantes méritos, varias condecoraciones y medallas de oro. Fue Gobernador de Vallegrande, Prefecto del Departamento y Comandante Militar de Cochabamba.

Teniente general Germán Busch: Héroe de la guerra del Chaco, Presidente de la República. Nació en San Javier (Santa Cruz), en el año 1904.

Teodoro Sánchez de Bustamante: Jurisconsulto. Diputado, Signatario del Acta de la Independencia Argentina en 1816. Fundó el Colegio Nacional Florida.

Nicómedes Antelo: Sociólogo, pedagogo, naturalista, nació en Santa Cruz, el 10 de septiembre de 1829. Se radicó en Buenos Aires donde ejerció el magisterio por largos años y publicó varios libros. Falleció en julio del año 1883.

Monseñor doctor José Belisario Santistevan: Nació el 18 de agosto de 1843. Falleció el 30 de marzo de 1931. Arzobispo titular de Sinnada, Obispo Asistente al Solio Pontificio en 1916. Obispo de la Diócesis de Santa Cruz desde el año 1891. Senador por el Departamento de Santa Cruz desde el año 1884 al 1887. Cancelario de la Universidad Santo Tomás de Aquino, del 1891 al 1899. Catedrático, orador y filósofo. Fundador de los colegios Seminario y Santa Ana, en los años 1881 y 1891, respectivamente. Iniciador e impulsor de la obra de la Catedral de Santa Cruz.

Monseñor Manuel José Peña: Dean y obispo titular de La Paz.

Mamerto Oyola Cuellar: Notable escritor y filósofo, escribió su importante obra "La razón universal".

Basilio de Cuéllar: Jurisconsulto, presidente de la Excelentísima Corte de Justicia de la República.

Aurelio Jiménez: Periodista, parlamentario defensor de los derechos de Santa Cruz en la cuestión de Cuevo e Ivo, en el año 1898.

Rafael Peña: Abogado y periodista de nota.

José Benjamín Burela: Sabio, botánico, naturalista, profesor conocido en otros países por su intelecto y sólida preparación.

Zoilo Flores: Periodista, polemista y parlamentario.

Manuel María Caballero: Vivecancelario y profesor, orador, jurisconsulto, polígrafo, autor de la primera novela boliviana.

Nicolás Suárez: Pionero, hombre de negocios, nació en Santa Cruz en 1851. Admirable impulsor del adelanto industrial, comercial y cultural, especialmente en el departamento del Beni. Prestó su concurso a la heredad nacional en las guerras del Acre y del Chaco, considerado como el rey de la goma.

Nicolás Ortiz Antelo: Médico, Rector de la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca. Consagrado en 1922, Maestro de la Juventud Boliviana.

Miguel Suárez Arana: Explorador y geógrafo.

Cristian Suárez Arana: Explorador nacional y parlamentario. Fundó Puerto Suárez y Puerto Pacheco. Premiado por el Congreso Nacional con la Medalla de Oro.

Julio Salomón Parada: Abogado, catedrático, Rector de la Universidad, maestro de la juventud y ministro de Estado.

Felipe Leonor Ribera: Abogado, Rector de la Universidad, poeta, autor del Himno Cruceño. Proclamado Maestro de la Juventud Cruceña.

Ángel Sandoval: Jurisconsulto, historiador y colonizador. Fundó Roboré. Parlamentario, delegado nacional y presidente de la Corte Suprema.

Horacio Ríos: Notable jurisconsulto, profesor de filosofía y literatura, Rector de la Universidad, parlamentario y presidente de la Corte Superior del Distrito.

Guillermo Aníñes: Abogado, catedrático, parlamentario y ministro de Estado.

Felipe Peredo: Jurisconsulto, parlamentario y catedrático.

Celso Casteló Barba: Jurisconsulto, catedrático y periodista.

Saúl Serrate: Abogado, parlamentario, ocupó varios cargos en la administración pública.

Adalberto Terceros M.: Periodista, catedrático y parlamentario, Rector de la Universidad.

Gustavo Parada: Historiador, profesor y proclamado Maestro de la Juventud.

Víctor Salvatierra: Abogado, educacionista y Rector de la Universidad.

Adolfo Flores: Médico, periodista, diplomático y parlamentario.

Aquiles Jordán: Notable jurisconsulto, escritor y parlamentario.

Mariano Saucedo Sevilla: Periodista, parlamentario, orador, catedrático de la Universidad.

Leocadia Ibáñez de Barbery: Periodista y poetisa.

Rómulo Herrera Justiniano: Periodista, catedrático, parlamentario, Rector de la Universidad y propulsor del edificio. Falleció trágicamente.

Humberto Vázquez Machicado: Catedrático de Historia. Autor de 22 obras, investigador de Historia en Roma y Sevilla. Actuó en la demarcación de límites con el Brasil y en el consulado boliviano en Alemania.

José Mercado Aguado: Benefactor. Donó un asilo de huérfanos.

Antonio Zabala Landívar: Abogado, catedrático y parlamentario, presidente del H. Concejo Municipal.

Rubén Terrazas: Periodista, jurisconsulto, parlamentario, catedrático y ex ministro de Estado.

Carlos Melquíades Barbery: Parlamentario e industrial.

Rómulo Gómez: (Hijo). Inspirado poeta y periodista.

Emilio Finot: Poeta, bibliográfico y educador.

Pablo E. Roca: Parlamentario, abogado, ejerció importantes cargos públicos. Se opuso a la firma del Tratado con Chile en 1904.

Rómulo Mercado: Abogado, ocupó varios cargos en la administración pública.

Mariano Zambrana Roca: Jurisconsulto, profesor de Derecho, Rector de la Universidad y ministro de Estado.

Jesús Gutiérrez Jiménez: Industrial y pionero agropecuario.

José Cronembold: Senador nacional, industrial, Prefecto del Beni.

Claude Mc'Kenny: Propulsor del alumbrado eléctrico.

Gastón Guillaux: Autor de la música del Himno Cruceño.

Pascual Barrero: Jurisconsulto, político y periodista. Fue Prefecto del Departamento. Fiscal, munícipe de la comuna cruceña por mandato popular.

Hans Grether: Ingeniero jefe de los estudios del F.C. Cochabamba-Santa Cruz: (1920-1926).

Ernesto Limpias: Hombre público, diputado nacional.

Leonor Ribera Durán: Educacionista.

Próspero Gil Urgel: Industrial y ganadero.

José Manuel Aponte: Historiador, parlamentario y autor de *Obras históricas*.

Percy J. Boland: Industrial.

Francisco Mora: Ingeniero argentino y propulsor del ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz.

Diplomáticos cruceños que han tenido el honor de representar a Bolivia en el extranjero.

Enrique Finot: Diplomático, historiador, escritor de nota, embajador de Bolivia en varios países de América y Europa.

Arístides Moreno: Diplomático, escritor, ministro plenipotenciario en París.

Coronel Pedro Manuel Suárez: Militar y diplomático, embajador en Gran Bretaña, ocupó varios cargos en funciones públicas.

Bailón Mercado: Ministro plenipotenciario, ante la Santa Sede.

Plácido Sánchez: Jurisconsulto, parlamentario diplomático, desempeñó importantes cargos en la administración pública.

Julio A. Gutiérrez: Ministro plenipotenciario en Buenos Aires, parlamentario escritor y diplomático, Rector de la Universidad, catedrático y jurisconsulto, Canciller de la República.

José Saavedra Suárez: Embajador en Italia, ex Canciller de la República y ex ministro de Gobierno.

Esta lista figura en el “Álbum conmemorativo del IV Centenario de Santa Cruz de la Sierra”, que editó Antonio Velasco Franco, en junio de 1961. En las 5 décadas siguientes, naturalmente, se ha producido una eclosión de personalidades cruceñas, cuyos nombres merecerían consignarse, exceptuando a quienes todavía se hallan dando muestras de su talento y servicio a la comunidad, pero ésta es una tarea que queda pendiente.



Casadores de perdices

AUTORES

Alborta Velasco Oscar: (Oruro 1911- Santa Cruz 1988) Poeta, dramaturgo y narrador. De profesión ingeniero agrónomo. Luego de estudiar en Santa Fe y trabajar en Buenos Aires, pasó a radicar a Santa Cruz. Utilizó el seudónimo Juan Copete.

Bach Mauricio: Alemán que acompañó a D'Orbigny y vivió varios años en la Chiquitanía. Fue secretario de Manuel Luis de Oliden, argentino casado con boliviana que obtuvo del Presidente Santa Cruz, en 1833, autorización para crear un puerto sobre el río Otuquis, con el propósito de colonizar Chiquitos. Bach, es autor de "Descripción de la nueva provincia de Otuquis" y "Los jesuitas y su misión de Chiquitos en Sudamérica".

Balzan Luigi: Científico y naturalista italiano tempranamente desaparecido; su libro de memorias "A carretón y canoa", que describe su viaje de Trinidad a Asunción, entre 1885 y 1893, ha sido traducido y editado por Clara López Beltrán, en la editorial "Plural", de La Paz, el 2009.

Barclay Pentland Joseph: nace en Irlanda en 1797. Sus estudios superiores los realiza en la Universidad de París, lugar donde trabajaría, a lo menos durante cuatro años, con Cuvier. En 1822 es nombrado Secretario del Consulado General de Su Majestad Británica en el Perú. En mayo de 1826, Charles M. Rickets, Cónsul General de Gran Bretaña, le encarga realizar un informe exhaustivo sobre Bolivia, con el propósito de "obtener conocimiento de sus producciones naturales, que de hecho podrían considerarse desconocidas, ya que ningún científico, hasta entonces había dado descripción detallada de ellas". Pentland, a fin de cumplir con lo encomendado, inicia su periplo por el territorio nacional a partir septiembre de 1826. Su viaje a mula duraría siete meses y abarcaría una extensión de 3.200 kilómetros y pasaría a la historia con su Informe sobre Bolivia 1826 (Hanke, 1974:XVII), reeditado y traducido, en 1975, en honor al Sesquicentenario de la Fundación de la República por el Banco Central de Bolivia.

Bayo y Segurolo Ciro: español que formó parte de la generación del 98 en su país. Viajó extensamente por América. Entre sus obras figuran *El peregrino entretenido*, *Lazarillo español*, y las dedicadas a Bolivia *El peregrino en Indias* y *Chuquisaca o la Plata perulera*, *Las grandes cacerías americanas* (del lago Titicaca al río Madera).

Beltrán Morales Carlos: Nacido en Oruro, profesor y literato. Murió en el exilio en Venezuela donde publicó en 1948 su obra *Una tierra y un alma* (Librería y editorial del Maestro, Caracas, 1948), donde figura el texto incluido en este libro.

Botelho Gosalvez Raúl: (1917-2004), nacido y fallecido en La Paz, escritor, periodista y diplomático. Fue Canciller de la República. Entre sus obras de ficción figuran *Altiplano*, *Borrachera Verde*, *Coca*, *Tierra Chúcara*, *Los toros salvajes*, *Los años violentos*.

Carvalho Oliva Homero: Escritor boliviano, autor de varios libros de cuentos y poemas. Tiene premios en su país y en Iberoamérica. Destaca el libro de poemas *Las Puertas*. El año 1995 obtuvo el Premio Nacional de Novela con su obra "Memoria de los Espejos".

Carvalho Ruber Antonio: Nacido en Santa Ana del Yacuma, Beni, 1938. Abogado, novelista y poeta. Entre sus obras figuran: (Novela) "Impropedia y la mitad de la sangre"; (poesía): "Por tu modo de andar y mi forma de soñarte", "Canto cantum cantorum", "De tu amor y mi protesta nace un canto", "Del tiempo y los exilios", "Ahí te dejó el mar... con otras cosas", "Las cartas que escribí mientras dormía".

Castelnau Francis de: Viajero francés que visitó nuestro país durante el gobierno de José Ballivián, ingresando por el Mato Grosso, Santa Cruz, Samaipata, Sucre, Potosí, Oruro y La Paz, entre junio y diciembre de 1845. El texto que figura aquí, corresponde a su libro "Expedición a las partes centrales de Sudamérica, de Río de Janeiro a Lima, y de Lima al Pará".

Céspedes Augusto: Político, diplomático y escritor. Es una de las figuras sobresalientes de la cultura boliviana en el siglo XX. Autor de "Sangre de mestizos", "Metal del diablo", "El dictador suicida", "El presidente colgado", "Trópico enamorado", "Salamanca, el metafísico del fracaso" y "Crónicas heroicas de una guerra estúpida".

Dorado Chopitea Carlos: Nacido en La Paz, columnista y Director de la página de literatura de "El Diario" de La Paz. Su texto está tomado de un suplemento dedicado a la ciudad de Santa Cruz.

D'Orbigny Alcide: (1802-1857) nacido en Cuoverón, Francia, y fallecido en París. Luego de recorrer varios países de Sudamérica desembarcó en el puerto boliviano de Cobija en 1829, recorriendo el país en toda su extensión durante tres años. Su obra monumental, dividida en ocho tomos, lleva el título de *Viajes en la América Meridional*, en la que se halla su descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia, de la que se publicó un volumen en París en 1845. Existen numerosas reediciones condensadas de su obra en la Argentina y Bolivia.

Dalens Guarachi Genaro: Nacido en La Paz, profesor universitario de mediados del siglo XIX, que escribió un libro sobre economía política basada en sus lecciones para la Universidad de San Andrés. (1856). En diciembre de 1859, el régimen de Linares lo confinó, como opositor, a Santa Cruz con un grupo de políticos. Allí permaneció 6 meses, hasta la caída del dictador. Esta infortunada circunstancia le permitió escribir su opúsculo sobre Santa Cruz de la Sierra, del que Humberto Vásquez Machicado dice: "El folleto debe ser considerado con cariño y gratitud, pues no otra cosa revelan sus páginas, gratitud y cariño".

Fernández Herman: Nacido en Santa Cruz. Ha publicado tres libros de ensayo: "Nosotros" y otros ensayos sobre la identidad cruceña, "Libertad puesta a prueba", y "Secretos y sombras", de donde hemos tomado el texto que figura en este libro.

Finot Franco Enrique: Santa Cruz 1891-1952. Diplomático, crítico literario e historiador. Entre sus obras figuran: (novela) "El cholo Portales" y "Tierra adentro"; (crítica literaria) "Elogio de Gabriel René Moreno", "Historia de la literatura boliviana"; (Historia): "Historia de la pedagogía boliviana", "La guerra del Chaco y los Estados Unidos", "Historia de la conquista del oriente boliviano" y "Nueva historia de Bolivia".

Flores Alfredo: Nacido en Santa Cruz, (1900-1987), escritor, periodista y diplomático. Entre sus obras figuran "La Virgen de las siete calles", "Quietud de pueblo", "Desierto verde", el ensayo "El arte español" y "Síntesis del momento boliviano" (1937).

Goldsack Blanco Hugo: Poeta, periodista y crítico chileno que acompañó al presidente Ibáñez en su visita a Bolivia y escribió el libro “Encuentro con Bolivia”, de donde hemos tomado este texto. Es autor también de dos libros de poesía en colaboración con Julio Arriagada Augier, de “Pedro Prado, un clásico de América”, publicado por la Universidad de Concepción.

Gómez Rómulo (h) Nacido en Puerto Suárez, Santa Cruz, poeta, cuentista y periodista. Su libro “Obra poética”, ha sido publicado en 1939. Humberto Vásquez Machicado, recuerda que trató mucho a Gómez en sus años juveniles: “le vi hacer infinidad de poesías, en mi presencia y con una facilidad asombrosa, y el resultado eran versos lindos, muy lindos. No paralelos a los de Rubén Darío ni Amado Nervo, pero muy buenos y en mi concepto superiores a los publicados por muchos poetas... Para mí, es una de nuestras más legítimas glorias y de las que más nos podemos enorgullecer todos y muy en especial las jóvenes generaciones”.

Guerra José Eduardo: (1893-1943) nacido en La Paz, poeta, escritor y diplomático. Entre sus obras figuran *Del fondo del silencio*, y *El alto de las ánimas*. Este fragmento se encuentra en *Itinerario espiritual de Bolivia*, Barcelona, 1936.

Heath Dwight B. Catedrático auxiliar de Antropología de la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island, U.S.A. En Harvard University condujo investigaciones etnológicas y arqueológicas de los Indios Navajos y Pueblo de Nueva México. Se doctoró en Antropología en Yale University como consecuencia de sus investigaciones sobre el Camba, siendo su tesis “Camba: Un estudio de la tierra y sociedad del oriente de Bolivia” y es autor del estudio “Modalidades de beber del Camba boliviano”, publicado por Yale University. Los resultados de sus investigaciones sobre el Camba han sido publicados en revistas profesionales en Bolivia, Japón, México y en los Estados Unidos.

Herdnon Lewis y Gibbonn Larner: Oficiales de la fuerza naval de Estados Unidos de Norteamérica. Recorrieron Bolivia, entrando por Tacna, en 1852 y son autores de un informe al Senado de su país, publicado en 1854, con el título de “Exploración del valle de Amazonas”.

Herzog Theodor: Botánico alemán que visitó dos veces Bolivia, la primera en 1907-1908, pasando de Santa Cruz a Cochabamba y Oruro, y la segunda, 1910-1911, en la cuenca del Pilcomayo y parte del departamento de Cochabamba.

Hollweg Mario Gabriel: Nacido en Santa Cruz, graduado en medicina en la universidad Federal de Río Grande, con post-gradados en filosofía, psiquiatría y sicoterapéutica en la universidad de Heilderberg, Alemania. El fragmento que figura en esta obra, corresponde a su libro, “El mito racial y el hombre boliviano”, 1977.

Hurtado Edson: Nació en Vallegrande, Santa Cruz 1980. Es Comunicador Audiovisual, periodista, radialista y poeta. Actualmente trabaja en Radio Santa Cruz donde conduce un programa de radio alternativo desde hace más de 4 años. Ha publicado dos libros de poesía, “De sábanas y otras decepciones” (Mundo al revés, 2007) y “... y tu nalga también” (independiente, 2009) Dirigió y produjo el programa de TV “Mundo Al Revés” en la cadena nacional PAT y realizó varios documentales institucionales para la cooperación internacional en Bolivia, referidos a desarrollo económico local y turismo.

Iporre Kalteis Paola: Nacida en Santa Cruz, en 1980, licenciada en comunicación social, ha asistido a numerosos seminarios sobre el tema y es colaboradora de numerosos periódicos y revistas de esa ciudad.

Julien Catherine: Profesora de historia en la Universidad de Western Michigan en Kalamazoo, doctorada de la Universidad de California en Berkeley. Desde entonces se ocupa en la investigación de la historia sudamericana en el siglo XVI. Como miembro del proyecto Oriente Boliviano de la Universidad de Bonn, se ha dedicado al rastreo de archivos españoles y sudamericanos para la documentación de la época de exploración y primeros contactos entre europeos y pueblos americanos. El texto fue tomado del libro “Desde el oriente. Documentos para la historia del Oriente Boliviano y Santa Cruz la Vieja” (1542-1597).

Kempff Mercado Manfredo: Abogado, político, diplomático y filósofo cruceño, miembro de la Academia de la Lengua. Entre sus obras figuran “Vida y obra de Mamerto Oyola”, “Historia de la filosofía en Latinoamérica”, “Introducción a la antropología filosófica”, “¿Cuándo valen los valores?”, “Filosofía del amor”.

Kempff Suárez Manfredo: Diplomático, periodista y narrador cruceño. Entre sus novelas figuran “Luna de locos”, “Margarita Hesse”, “Sandiablo”, “Hombres de papel” y “El águila herida”.

López Pedro: Es autor de una “Relación hechas de las tierras, islas, tierra firme del Perú”, (1570) publicada contemporáneamente por el historiador peruano Guillermo Lohmann Villena. López era mesnadero al servicio del señor de la ciudadela de Florencia, don Hernando de Toledo, al atardecer de su vida escribió esta relación del viaje que realizó por el Perú. El texto no es muy confiable pues en momentos confunde hechos y personajes.

Mesa Gisbert Carlos D.: Carlos D. Mesa, nacido en La Paz en 1953, periodista e historiador. Director del programa de entrevistas políticas “De Cerca”, Director del Canal PAT, productor de videos documentales de la historia de Bolivia; autor de “Entre urnas y fusiles”, “Territorios de libertad”, “Historia de Bolivia (en colaboración con José de Mesa y Teresa Gisbert, sus progenitores), “La presidencia cercada”. Ex Presidente de la República.

Moreno Gabriel René: (1836-1908) polígrafo cruceño, considerado como “el príncipe de las letras bolivianas”. Transcurrió la mayor parte de su vida en Santiago de Chile, donde desarrolló su notable obra bibliográfica e histórica. El capítulo reproducido aquí corresponde a su libro capital, *Los últimos días coloniales en el Alto Perú*, del que se han hecho numerosas ediciones.

Nordenskiöld Erland: (1877-1932), nacido en Suecia, es considerado como uno de los clásicos de la antropología americana. Fue uno de los primeros etnólogos, que visitó las tierras bajas de Bolivia, en una de sus cinco expediciones al continente americano. Es autor de “La vida de los indios”, “Indios y blancos” y “Aventuras y exploraciones” donde se ocupa de los pueblos aborígenes de la amazonía, el chaco y el oriente boliviano, a principios del siglo XX.

Parejas Moreno Alcides: Nacido en Portachuelo, Santa Cruz en 1944. Doctor en filosofía y letras de la universidad de Sevilla. En su vasta bibliografía figuran: “La provincia de Moxos en la segunda mitad del siglo XVIII”, “Historia del oriente boliviano, siglos XVI y XVII”, “La población indígena del oriente boliviano, antes del contacto con los españoles”, “Chiquitos, historia de una utopía”, (con Virgilio Suárez Salas), “El carnaval cruceño a través del tiempo”. Como profesor y catedrático, es autor de una serie de libros de historia, desde la prehistoria hasta el siglo XX.

Peña Paula: Nació en Santa Cruz en 1968. Directora del Archivo de la Universidad “Gabriel René Moreno”. Entre sus obras figuran: “500 años de historia y pobreza”, “1900-1999, el espíritu de un

siglo”, “La permanente construcción de lo cruceño”, un estudio sobre la identidad en Santa Cruz de la Sierra.

Peña Rafael: Nacido en Santa Cruz, (1822-1901). Más conocido como botánico que como político, no obstante, es una de las personalidades cruceñas más destacadas del siglo XIX, Prefecto del Departamento en el gobierno de J.M. Linares, candidato a la Vicepresidencia de la República, junto con Severo Fernández Alonso, en 1896, ocupó la Presidencia de la Nación, de fines de diciembre de 1898 hasta abril de 1899. Como botánico su principal obra es: *Flora y fauna cruceña*, publicada la primera edición en 1868.

Roca José Luis: Nacido en Santa Ana del Yacuma, Beni, en 1935. Abogado de la Universidad de San Francisco Xavier, de Chuquisaca, con cursos de post grado en historia y derecho comparado en los Estados Unidos. En su obra histórica figuran: “Casimiro Olañeta, artífice de Bolivia”, “Fisonomía del regionalismo boliviano”, “René Moreno, el hispanoamericano”, “Economía y sociedad en el oriente boliviano”, y “Ni con Lima, ni con Buenos Aires, la formación de un estado nacional en Charcas”.

Seleme Antelo Susana: Nacida en Santa Cruz. Socióloga. Principal responsable del equipo multidisciplinario permanente del estudio sobre “Santa Cruz y su gente”, -una visión crítica de su evolución y sus principales tendencias. 2005-, del que hemos tomado el fragmento que figura en este libro.

Serrate Reich Carlos: Periodista y escritor nacido en el Beni. Ministro de Educación y de Minería, y Embajador ante la Unión Soviética. Autor de numerosos folletos sobre el proceso revolucionario de abril de 1952. Director por muchos años del periódico “Hoy”, autor del libro en tres tomos “Vistazo al país” y de la obra teatral “Arlequine”.

Tórrez López Ciro. Nacido en Salta, Argentina. Periodista y escritor, autor de una obra cíclica, bajo el título de *El valle de Salta*, dividido en 15 volúmenes de los que llegó a publicar fragmentos. Recorrió Bolivia en los años 20 del siglo XX, dando conferencias. Tenía proyectados varios libros, pero sólo llegó a publicar *Las maravillosas tierras del Acre* (En la floresta amazónica de Bolivia). Talleres tipográficos del Colegio Don Bosco de La Paz, Bolivia. 1930 y *Bolivia en el continente*, Santa Fe, Argentina, 1948.

Vacano Phillipp: Nacido en Suiza, e instructor de la Escuela Militar de Aviación de Bolivia. Su artículo relata el viaje de exploración que hizo por encargo del Estado Mayor de la región chaqueña, entonces en conflicto con el Paraguay.

Viedma Francisco de: Nacido en Jaen, España (1737-1809). Gobernador durante veinticinco años de la provincia de Santa Cruz, con asiento en Cochabamba. Es autor de varios informes a la Corona y sobre todo por su “Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra”.

REDACTORES DEL MEMORÁNDUM DE 1904: Dr. Plácido Molina Mostajo (1875-1970), historiador, poeta y magistrado de la Corte Suprema de Justicia; Dr. Ángel Sandoval Peña (1871-1941), jurisconsulto, escritor y explotador del Oriente, fundador de Roboré, parlamentario, munícipe, prefecto y presidente de la Corte Suprema; Prof. José Benjamín Burela (1867-1937), geógrafo, botánico, naturista y escritor.

Arteaga de Pedro: Nacido en Santa Cruz. Su Crónica reposaba en el Archivo Nacional de Sucre, bajo el título de *Relación de todo lo que en el viaje de socorro, el señor Gobernador Martín de Almendras vino a dar al cacique Cuñayuru*. Lleva fecha de agosto de 1607. Lo más interesante de su Crónica es la que relata la expedición de Martín de Almendras, es la lucha permanente con los chiriguano “de natural huraño, intratable y ferozmente cruel y combativo”, por lo que aconseja poblar esa región con un pueblo de españoles, Pedro de Arteaga, figuró como escribano público y de cabildo en Santa Cruz,

Alcayaga de Felipe Diego: Este autor de la *Relación cierta* aclara que la destinó al virrey Márquez de Montes Claros y que fue tomada de una relación hecha por su padre, el capitán Martín Sánchez de Alcayaga, quien fue uno de los 90 fundadores y primeros vecinos de Santa Cruz de la Sierra, beneficiado en la distribución de encomiendas de abril de 1561, a dos meses de la fundación. Martín era cura en el pueblo de Mataka y no se tienen mayores datos sobre su vida.

Caballero Lorenzo: En 1596 este autor salió de Santa Cruz “La Vieja”, en compañía del Gobernador interino, Gonzalo de Solís Holguín, con 80 hombres, entre españoles y criollos e indios que arreaban ganados y portaban la hacienda, para repoblar la ciudad de Santiago del Puerto. Se tienen pocos datos sobre él, salvo su relación de viaje por los Moxos, durante 20 años. Sus antepasados vinieron del Paraguay. Su testimonio se basa en el que escribiera Martín Sánchez de Alcayaga.

Pernía Soletto Alonso: La crónica de este autor criollo, fue escrita a pedido de los padres jesuitas, pues sabían de sus andanzas por los vastos territorios en torno a Santa Cruz pues participó en varias entradas a la selva en busca de El Dorado, permaneció ignorada en el Archivo de Sevilla y fue publicada por primera vez por la Universidad de Santa Cruz.

ÍNDICE

Prólogo

A SANTA CRUZ, EN UN DÍA CUALQUIERA, <i>Ruber Carvalho</i>	19
SOBRE LA VIDA Y HAZAÑAS DE SU PADRE <i>Carta de Albaro de Chávez y Escobar, 1588</i>	20
RELACIÓN VERDADERA DEL ASIENTO DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA, LÍMITES Y COMARCAS DELLA, EN LAS PROVINCIAS DE LOS CHARCAS <i>Para el Excmo. Señor Don Francisco de Toledo, Visorrey del Pirú, 1564</i>	24
CRÓNICA SOBRE LA CIUDAD DE SANTA CRUZ Y LA MUERTE DE ÑUFLO DE CHÁVEZ <i>Pedro López, 1570</i>	28
RELACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA <i>por su gobernador don Lorenzo Suárez de Figueroa, 1586</i>	31
RELACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTA CRUZ Y SU GOBERNACIÓN <i>Juan Pérez de Zurita, gobernador que ha sido de ella, 1586</i>	36
MISIÓN O RESIDENCIA DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA <i>Anua de la Compañía de Jesús – Tucumán y Perú, 1596</i>	38
VIAJE DE SOCORRO AL CACIQUE CUÑAYURU Y SUS COMARCANOS <i>gobernador Martín de Almendras, 1607</i>	43
RELACIÓN SACADA DE LA QUE EL CAPITÁN MARTÍN SÁNCHEZ DE ALCAYAGA, SU PADRE, DEJÓ HECHA, COMO PRIMER DESCUBRIDOR Y CONQUISTADOR DE LA GOBERNACIÓN DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA. <i>Diego Felipe de Alcaya, cura de Mataka al señor marqués de Montes Claros, visorrey de estos reynos, 1635</i>	50
DESCUBRIMIENTO DE LAS PROVINCIAS DE LOS MOXOS, DORADO Y PAYTITÍ, QUE ACÁ NOMBRAMOS TOROCOCIES <i>Lorenzo Caballero, 1635</i>	62
MEMORIA DE LO QUE HAN HECHO MIS PADRES Y YO EN BUSCA DE EL DORADO, QUE ANSÍ SE LLAMA ESTA CONQUISTA, Y DICEN QUE ES EL PAYTITÍ. <i>Soletto Pernía, 1635</i>	70
DESCRIPCIÓN DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA <i>Gobernador Francisco de Viedma, 1788</i>	80

EL DEPARTAMENTO DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA	
<i>Joseph Barclay Pentland, 1826</i>	88
¡JAMÁS OLVIDARÉ SANTA CRUZ!	
<i>Alcide D'Orbigny, 1830</i>	91
LOS MEJORES Y MÁS BELLOS SERES HUMANOS EN TODO EL PERÚ Y BOLIVIA.	
<i>Mauricio Bach, 1842</i>	97
EN EL CORAZÓN DE AMÉRICA DEL SUR	
<i>Francis de Castelnau, 1843</i>	99
“LAS MUJERES SON MUY BONITAS Y AFECTUOSAS CON SUS MARIDOS...”	
<i>Lewis Herdnon y Larner Gibbon, 1854</i>	107
AL VER AQUELLAS MAGNÍFICAS Y HERMOSAS REGIONES, ME LLENÉ DE SANTO ARROBAMIENTO	
<i>Genaro Dalens Guarachi, 1861</i>	110
LA FLORA Y FAUNA CRUCEÑA	
<i>Rafael Peña, 1868</i>	122
NO HAY LENGUA HUMANA CAPAZ DE PINTAR AQUEL VERGEL DE DELICIAS	
<i>Gabriel René Moreno, 1885</i>	126
POCAS CIUDADES SE PARECEN TANTO A ASUNCIÓN DEL PARAGUAY	
<i>Luigi Balzan, 1894</i>	128
MEMORÁNDUM DIRIGIDO AL H. CONGRESO Y A LA NACIÓN SOBRE LAS VENTAJAS DEL FERROCARRIL ORIENTAL. 1904	131
ES LA CIUDAD MÁS APARTADA DE LA CULTURA Y LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN	
<i>Theodor Herzog, 1908</i>	138
VIAJES POR SANTA CRUZ	
<i>Ciro Bayo, 1912</i>	142
INDIOS Y BLANCOS EN EL CORAZÓN DE SUDAMÉRICA	
<i>Erland Nordenskiöld, 1922</i>	152
EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA LA SELVA SE HUMANIZA	
<i>José Eduardo Guerra, 1926</i>	157
VIDA PLÁCIDA Y TRANQUILA COMO EN EL TIEMPO DE LOS VIRREYES	
<i>Ciro Bayo y Seguro, 1927</i>	161
 AISLADA DEL MUNDO, COMO UN OASIS PERDIDO	
<i>Philipp Vacano, 1928</i>	163
UNA DE LAS CIUDADES MÁS SINGULARES DE AMÉRICA	
<i>Ciro Torres López, 1930</i>	165

EL EMBRUJO DE ORIENTE: EL PAISAJE Y LA MUJER <i>Carlos Dorado Chopitea, 1935</i>	167
VIÑETAS DEL CARNAVAL CRUCEÑO <i>Augusto Céspedes, 1940</i>	168
EVOCACIÓN DE LA HISTORIA CRUCEÑA <i>Alfredo Flores, 1941</i>	170
¡SANTA CRUZ! ¡PATRONCITO, AHÍ ESTÁ SU SANTA CRUZ! <i>Enrique Finot, 1946</i>	173
¡QUIEN LA VIO NO PODRÁ OLVIDARLA! <i>Carlos Beltrán Morales, 1948</i>	175
EL CASTELLANO DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA <i>Oscar Alborta Velasco, 1952</i>	177
LOS CAMBAS, UN PUEBLO EMERGENTE <i>Dwight B. Heath, 1956</i>	181
DONDE LA MARIMBA, ES TAMBIÉN BOLIVIANA <i>Hugo Goldsack Blanco, 1956</i>	186
¿CÓMO ERAN LOS INGENIOS DE ANTAÑO? <i>Lorgio Serrate Vaca Díez</i>	191
SANTA CRUZ Y SUS PROVINCIAS <i>Guillermo O. Milliet, 1961</i>	194
INFLUENCIA DE LA NATURALEZA EN EL CARÁCTER <i>Mario Gabriel Hollweg, 1977</i>	196
APOYEMOS A SANTA CRUZ <i>Carlos Serrate Reich, 1984</i>	198
LO CRUCEÑO <i>Herman Fernández, 1994</i>	200
DECADENCIA DEL “BURI” <i>Raúl Botelho Gosalvez, 1998</i>	207
MI SANTA CRUZ <i>Carlos D. Mesa Gisbert, 2000</i>	209
SANTA CRUZ, LA PRÓSPERA <i>José Luis Roca, 2001</i>	212

MI SANTA CRUZ DE LA SIERRA	
<i>Alcides Parejas Moreno, 2003</i>	215
ORÍGENES DE LA AUTONOMÍA CRUCEÑA	
<i>Paula Peña, 2003</i>	220
SANTA CRUZ Y AMÉRICA	
<i>Manfredo Kempff Mercado, 2004</i>	228
LA CUESTIÓN CRUCEÑA	
<i>Manfredo Kempff Suárez, 2004</i>	234
SANTA CRUZ Y LA REVOLUCIÓN DE 1952	
<i>Susana Seleme Antelo, 2005</i>	236
SANTA CRUZ: DE LA FIESTA DE PUEBLO A LOS FESTIVALES INTERNACIONALES	
<i>Homero Carvalho Oliva, 2010</i>	243
ATREVERSE A SOÑAR	
<i>Edson Hurtado, 2010</i>	251
HABLEMOS DE CIUDADANÍA	
<i>Paola Iporre Kalteis, 2010</i>	252
CRUCEÑOS ILUSTRES	
<i>Los Serrate, una familia del oriente</i>	256
AUTORES	260



140

La presente edición se terminó
de imprimir el mes de mayo de 2014
en Grupo Editorial "KIPUS"
c. Hamiraya 127 • Telf./Fax.: (591-4) 4582716/4237448

“Pienso que es urgente recuperar la memoria histórica para preservar la unidad de Bolivia, y por eso considero que esta tarea en que estoy empeñado hace varios años, merece el esfuerzo. En estos tiempos de incertidumbre y a veces pesadumbre por el porvenir de la Patria, abrigo la convicción de que estos libros pueden contribuir en algo a cimentar la unidad y fraternidad entre los departamentos, y la autoestima de quienes por encima de todas sus diferencias proclaman con orgullo su gentilicio de bolivianos”.

Mariano Baptista Gumucio

